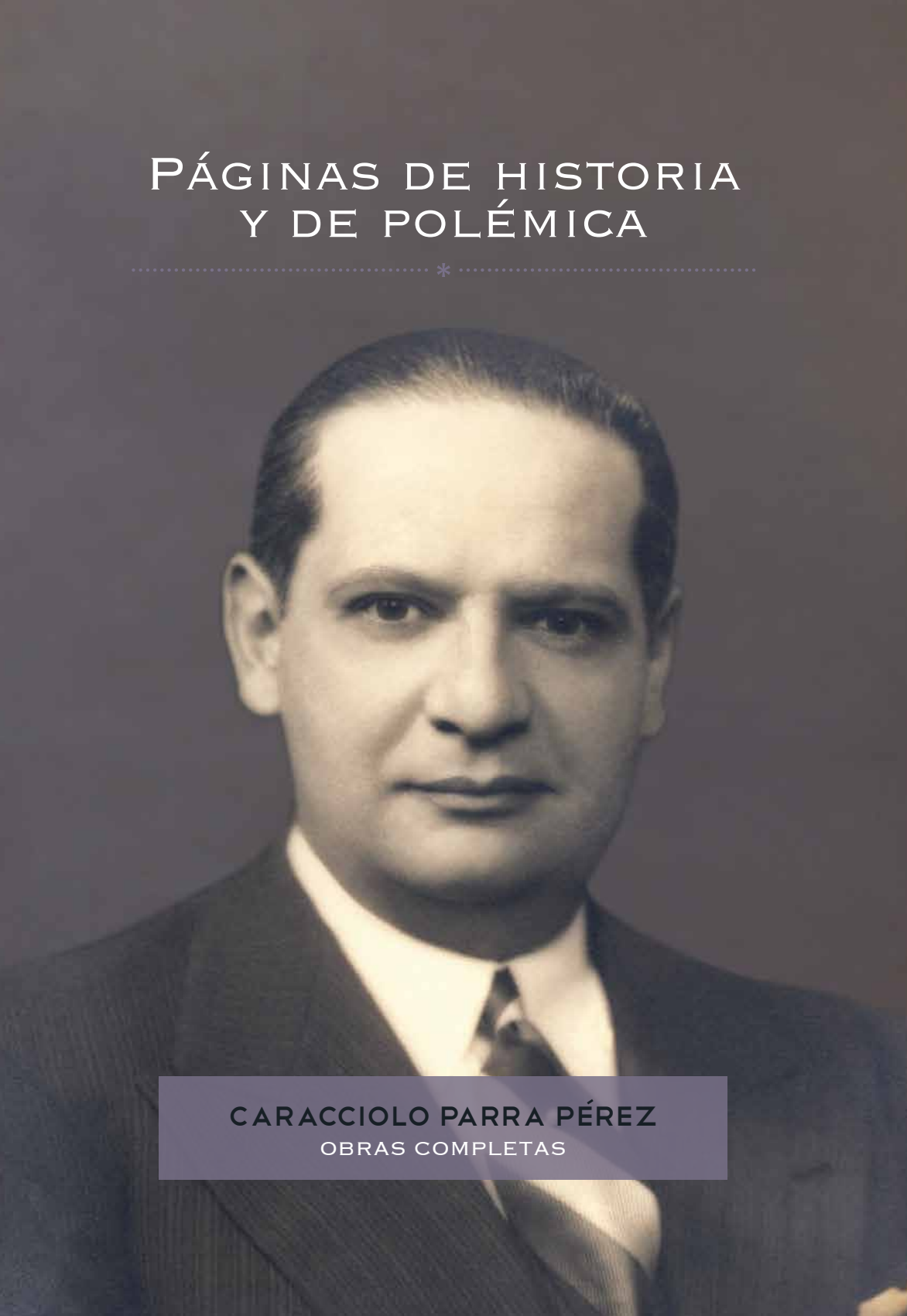
Páginas de historia y de polémica



CARACCIOLO PARRA PÉREZ

OBRAS COMPLETAS

Caracciolo Parra Pérez

obras completas

*

1° edición: Editions Excelsior, 1928.
2° edición: Talleres de artes gráficas, 1942.

3° edición: Academia Nacional de la Historia
Fundación Bancaribe para la Ciencia y la Cultura
Caracas, 2018.

Deposito Legal: DC2018001443
ISBN: 978-980-7088-83-1

Páginas de historia y de polémica

*

Caracciolo Parra Pérez

obras completas

Academia Nacional de la Historia

Fundación BANCARIBE para la Ciencia y la Cultura

SALUDO AL LECTOR

La Academia Nacional de la Historia y La Fundación Bancaribe para la Ciencia y la Cultura han asumido con satisfacción el compromiso de reeditar las obras completas del gran historiador venezolano Caracciolo Parra Pérez y colocarlas al alcance de todos aquellos interesados en el estudio de la historia de nuestro país. Esta y otras alianzas constituidas por ambas instituciones con el objeto de fomentar el estudio de la historia, se revelan hoy como iniciativas plenamente consolidadas.

La obra de Parra Pérez está estrictamente sustentada en rigurosas indagaciones documentales que resaltan su meritoria disposición a salvar, no sólo las barreras del tiempo, sino también las distancias que lo separaban de la ubicación de las fuentes primarias esenciales para su trabajo, aunque también lo acercaban a archivos europeos ricos en información sobre procesos históricos de primera relevancia en nuestras latitudes. Pero esas lontananzas, que se explican por la carrera diplomática seguida por Parra Pérez y que se deja sentir en las obras que ahora presentamos, favorecieron al mismo tiempo, en unión de sus talentos y capacidad interpretativa, la inserción de la historia venezolana en el contexto internacional que la ha servido de marco.

Nos dice el historiador Elías Pino Iturrieta en la presentación que acompaña al primer volumen de esta colección Mariño y la Independencia de Venezuela*, que Parra Pérez se inscribe en el conjunto de historiadores venezolanos que se consideran clásicos y esa es una de las razones por las cuales hemos acometido con empeño el proyecto que une a ambas instituciones y servirá como referencia imprescindible para historiadores, investigadores, docentes, aquellos interesados en la historia y,*

sobre todo, como guía y orientación a los jóvenes venezolanos movidos por el deseo de conocer y comprender cabalmente nuestro curso histórico. Esa obra es hoy extremadamente difícil de acceder, salvedad hechas de las bibliotecas especializadas en los centros académicos, universidades y algunas colecciones públicas y privadas.

Pero además, la obra de Parra Pérez se nos presenta acompañada de un conjunto de características que la hacen singularmente valiosa para el lector. Es, decíamos, una obra sustentada en el rigor investigativo de las fuentes documentales, en la búsqueda de aquello que es verosímil a la luz de los papeles que forman la materia prima del historiador, rehuyendo posiciones preconcebidas e inamovibles, modificando en ocasiones posturas previas según maduraba su pensamiento, y evitando apreciaciones sesgadas que comprometen la imparcialidad de la historia: es, en esencia, el quehacer científico y el equilibrio lo que identifica la producción de nuestro preclaro historiador. Y de allí que, como expresión de una metodología de investigación que reconoce el carácter dinámico de los estudios de historia, los muchos volúmenes que forman su obra sean ejemplos a seguir por quienes transitan los caminos de la investigación y el estudio de ese campo.

En varias de sus obras apreciamos como Parra Pérez admite el carácter polémico de la historia. Entendemos que la interpretación de la historia la dota de sentido, de proyección; añade contenido a la acumulación de evidencias que reposan en los documentos aceptados como válidos y pertinentes. La historia es fuente de polémica y de controversia precisamente porque pueden coexistir diferentes interpretaciones de un mismo hecho o proceso histórico, y porque la historia debe ser interpretada según surjan nuevas evidencias y fórmulas de entendimiento de aquello que ha ocurrido. Así lo expresa nuestro autor en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia. "…bien miradas las cosas, -dice- la historia es polémica continua si por esta última se entiende, como es debido, la ventilación de hechos que se aspira dejar averiguados*." Otras obras suyas invitan igualmente a la polémica, como es el caso de* Miranda y la Revolución Francesa *o* El Régimen de Cultos en Venezuela. *Interesa, pues, que se conozcan estos aportes y las reacciones que produjeron: de la controversia constructiva, animada por el afán de esclarecer aquello en torno a lo cual surgen las discrepancias, se derivan, casi siempre, apreciaciones más completas, razonadas y equilibradas.*

El estilo literario de Parra Pérez, la elegancia con la cual expresa su lúcido pensamiento, son también motivos para celebrar la reedición de sus obras. Su narrativa es cautivante de tal forma que al leer sus libros no sólo se satisface el interés de conocer, entender, interpretar, sino que además se disfruta de textos robustos, fluidos y gratos. Así lo refleja Edmundo González Urrutia en las citas que recoge con relación al estilo literario de Parra Pérez en su biografía del historiador, inserta en la Biblioteca Biográfica Venezolana *con el número 92.*

Estamos en presencia de una producción intelectual regida por un pensamiento ordenado en torno a principios que puedan ser extraídos de su propia obra. Uno de ellos es la presentación de la historia como el resultado de las acciones de quienes han contribuido a forjarla y que se nos ofrece como un notable esfuerzo de integración de hechos, procesos y actuaciones, contextualizado en aquellos ámbitos que responden a la visión ecuménica del autor. En este plano encontramos, además, el ejercicio de una responsabilidad que, a nuestro entender, él asume como compromiso: la de presentar, en un esfuerzo de reivindicación, el verdadero rol que cumplieron Bolívar, Mariño y Miranda; de tratarlos con equidad y ponderación. De allí que esta colección comenzó, precisamente, con su obra en cinco volúmenes Mariño y la Independencia de Venezuela*, seguida por* Bolívar. Contribución al estudio de sus ideas políticas *y* El Régimen español en Venezuela.

Continúa ese esfuerzo con el volumen que contiene dos obras relacionadas con el dominio temporal ejercido por Napoleón en España y las perspectivas políticas hacia las provincias ultramarinas en rebelión. Se trata de Bayona y la política de Napoleón en América y Una misión diplomática venezolana ante Napoleón en América y Una misión diplomática venezolana ante Napoleón 1813.

La obra que hoy presentamos Temas de historia y polémica*, es un compendio fascinante elaborado por Parra Pérez en el largo período de 30 años de recopilaciones y ajustes de pensamiento en temas clave de su obra. A lo largo de ese tiempo fue evolucionando su ojo crítico y así lo demuestran sus correcciones de postura y opiniones sobre temas ya revisados, de allí el título del presente libro.*

La primera parte de esta obra está dedicada a Francisco de Miranda cuya acción, obra y polémicos juicios en torno a él han formado argumentos para la reflexión desde los tiempos del generalísimo. La segunda parte de la obra está dedicada a las ideas políticas del Libertador, espacio donde Parra Pérez retoma y pondera juicios y opiniones emitidos sobre Bolívar y sus actuaciones. La tercera parte del presente libro es un cuerpo libre que abarca temas variados, que no guardan mayor relación con los apartes anteriores pero permiten al autor tener una visión sobre su evolución intelectual y la polémica que ello supone en el estudio de la historia y la política; cierra esta parte con una importante reflexión sobre la enseñanza de la historia, la geografía y la pertinente revisión de los textos escolares desde una mirada objetiva, aspecto que supone un objetivo vital del autor.

El académico Tomás Straka es el prologuista de esta obra y nos advierte sobre la versatilidad del autor a la hora de abarcar temas históricos aún vigentes en el curso de nuestra vida nacional, al tiempo de ofrecernos una amena antesala que hace justicia a esta entrega editorial e invita al interés por su lectura.

Conviene además destacar la relación que ligó a Parra Pérez con las instituciones que patrocinan la reedición de sus obras. Fue Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, incorporado en 1960, en la sesión solemne celebrada con motivo del aniversario del 5 de julio. Ocupó hasta su muerte, ocurrida en París en 1964, el sillón que dejó vacante el historiador Luis Alberto Sucre. En 1966 el Fondo Cultural del Banco del Caribe publicó, por primera vez, en idioma castellano, la obra Miranda y la Revolución Francesa*, traducida del original* Miranda et la Révolution Française *(publicado por primera vez en 1924), por el propio autor. Más tarde, en 1988, al cumplirse el primer centenario del nacimiento del ilustre historiador, apareció la segunda edición de esta obra, con Prólogo de Arturo Uslar Pietri, también bajo el sello del Banco del Caribe.*

Ambas instituciones se complacen en ofrecer el resultado de la alianza que han conformado con el propósito de colocar en las manos de los interesados las obras de Caracciolo Parra Pérez. Otras iniciativas conjuntas responden también al objetivo de divulgar la historia de Venezuela y de promover su estudio e investigación Debemos mencionar aquí el Premio de Historia Rafael María Baralt*, un concurso bienal para historiadores jóvenes que a esta fecha ha cumplido seis ediciones; la ampliación*

y fortalecimiento de la página de Internet de la Academia para ofrecer un espacio de consulta de apoyo a la investigación y de divulgación de las iniciativas de la Academia y de sus instituciones aliadas; y otros arreglos editoriales y de distribución de publicaciones enmarcados en el objetivo que hemos enunciado antes.

Es menester ahora dejar constancia de nuestro agradecimiento a quienes contribuyeron con su dedicación y esfuerzo a convertir en realidad un proyecto, de suyo, ciertamente complejo. Comenzamos por Simón Alberto Consalvi, cuya ausencia ha dejado un vacío permanente, aliviado solo por la posibilidad de ver convertida en realidad una iniciativa que formamos con su concurso, con el de Inés Quintero, Elías Pino Iturrieta, Edgardo Mondolfi Gudat y Manuel Donís Ríos. Agradecemos igualmente a Tomás Straka por su acertada contribución a este volumen. El proceso de edición ha contado con el valioso aporte de Eugenia Pino, Pedro D. Correa, María Sisco, Henry Arrayago y María del Consuelo Andara D., quienes se han esmerado a fin de que la edición de estas Obras Completas llegue a manos de los lectores, estimulo principal de estos esfuerzos.

Finalmente debemos consignar nuestro profundo y permanente agradecimiento a María Sol Parra y Alexandra París Parra, hija y nieta del historiador, respectivamente, quienes siempre han demostrado poseer una generosidad y disposición difíciles de igualar ante todos aquellos que han propuesto explorar el mundo y los papeles de Caracciolo Parra Pérez.

Inés Mercedes Quintero Montiel
Directora
Academia Nacional de la Historia

Carlos Hernández Delfino
Presidente
Fundación Bancaribe para la Ciencia y la Cultura

PRESENTACIÓN

APUNTAMIENTOS PARA LA GRAN OBRA

EL HISTORIADOR Y SUS NOTAS AL MARGEN

Le suele pasar a todos los investigadores. En el acarreo de papeles van apareciendo datos, referencias que parecen irrelevantes, una nota al margen, un sello, cosas que no llaman demasiado la atención y a veces ni siquiera se tiene ni el cuidado de anotar. Sin embargo, son como una pequeña bola de nieve. Van creciendo con otro dato, y otro, y otro más, en la medida en la que la investigación avanza, hasta revelarse como la veta fundamental de lo que se busca. Entonces, si no se ha registrado el primero de todos, hay que desandar lo recorrido para buscarlo y ajustar todas las partes del andamiaje. Otras veces toman un camino distinto. Al principio parecen diluirse en el torrente de los nuevos datos que van llegando; pero eso es sólo un camuflaje, una especie de trampa explosiva que estalla de repente, casi siempre al final, cuando ya se tienen todas las piezas del rompecabezas y nos percatamos de que falta una, justo la que no habíamos atendido mucho tiempo atrás, la que es clave para entenderlo todo. Y hay aún una tercera modalidad: la que se descubre cuando el libro ya está en la imprenta. Entonces sólo queda, junto a los lamentos y alguna que otra imprecación, dejar una aclaratoria para la siguiente edición, si la hay; o para un artículo o una conferencia.

No sabemos cuántas veces le habrá ocurrido esto a Caracciolo Parra Pérez, pero no debieron ser pocas. De hecho, el libro que acá se prologa, aparecido en 1943, está en gran medida formado por un conjunto de textos nacidos de este fenómeno. Estaba entonces en la plenitud de su vida, como una de las grandes figuras intelectuales y políticas del país.

Había escrito al menos dos obras que ya se consideraban fundamentales y algunas más, menos célebres pero también importantes. No lo decía en voz alta, pero debía saber que como historiador no había quién se le comparara en Venezuela. Había ensayistas buenos, como Mario Briceño Iragorry; o sobre todo como Mariano Picón Salas. Pero con el oficio de historiador propiamente dicho, entonces, tal vez ninguno. Y sin embargo, como una piedra en el zapato también sabía que desde sus grandes textos, era mucho lo que se había encontrado y que a pesar de su esfuerzo por aclararlo en artículos de prensa, era necesaria la contundencia de un volumen. Tal vez por eso arranca, en la "Explicación" que colocó al principio de este libro, con la confesión de que fue un hombre que sólo "*en los momentos que nos dejara libres el desempeño de los cargos y misiones diplomáticas que nos ha confiado el gobierno, hicimos de la afición a la historia nuestro violín de Ingres*", admite que su obra hubiera sido "más completa de habernos sido dable trabajar sin premura y en archivos y bibliotecas especiales." Puede sonar a falsa modestia de quien publicó la más vasta y documentada obra historiográfica de su momento. Cualquiera de sus grandes obras, como la biografía de Santiago Mariño en ocho volúmenes, los cinco de *Mariño y las guerras de independencia* en cinco volúmenes (1954-1958) y los tres de *Mariño y las guerras civiles* (1958-1960); sus dos tomos de *Miranda y la Revolución Francesa* (1925), la *Historia de la primera república de Venezuela* (1939) o *La monarquía en la Gran Colombia* (1957), hubiera bastado para consagrar a un historiador, pero él no sólo produjo esta obra monumental por el tamaño, la documentación y las tesis que expone, sino que además escribió muchos otros estudios, recuperó para la nación el archivo de Francisco de Miranda, dictó conferencias y terció en polémicas en la prensa, sin dejar un día de ser el diplomático estrella de la primera mitad del siglo XX. Cuando afirma que todo eso lo hizo en sus ratos libres, cabe suponer que fueron muchos, o que en todo caso estamos ante una capacidad de trabajo y de organización excepcionales. No fue la historia para él un *violon d'Ingres*, y de hecho si hoy se le recuerda, es por "violinista" y no por "pintor", si aceptamos que su violín fue la historia y la diplomacia, su pintura.

Pero precisamente por haber sido un investigador tan capaz y acucioso, hay que tomarle la palabra cuando se lamenta por su falta de tiempo para buscar más papeles. No es, por ejemplo, poca cosa que lo fundamental de sus trabajos sobre Francisco de Miranda, haya sido publicado antes de que se hallara su voluminoso archivo. Era algo demasiado grande como para que Parra Pérez lo eludiera. Por eso estuvo constantemente publicando nuevos documentos, polemizando con otros historiadores sobre asuntos que entonces no estaban claros, rectificando cuando hacía falta y haciendo de la prensa una tribuna para sus avances históricos. Son todas esas cosas como unos apuntamientos a sus grandes obras, una especie de largas notas al margen que amplían y corrigen detalles en lo ya escrito.

Ahora bien, lo dicho tiene dos caras: por una parte puede poner en duda la vigencia del resto de los trabajos de Parra Pérez. Si fue hallando tantas cosas después de publicados, ¿tiene sentido leerlos el día de hoy? Afortunadamente, la respuesta es sí. Nada de lo que encontró después obligó a que fueran enmendados en lo fundamental. Los apuntamientos sirven para precisar o afinar asuntos, para ampliar panorámicas o profundizar puntos, no para cambiar las tesis de base. Entonces, la otra cara: si es así, ¿para qué entonces leer estos apuntamientos si no se es un especialista en la materia? ¿Por qué, si Parra Pérez tiene tantas y tan importantes obras, leer los que apenas son unas notas al margen? ¿Qué sentido tiene dedicarle tiempo a polémicas superadas hace ochenta o noventa años? Acá la respuesta debe ser más elaborada. Vale la pena al menos por tres cosas: porque son una buena introducción al resto de lo que escribió, una guía que nos informa de sus principales tesis y preocupaciones, de modo que el neófito puede arrancar por acá; o porque, en el caso de que ya se trate de un lector familiarizado con sus grandes libros, logra ampliarlos con la vitalidad de quien polemiza en torno a ellos desde la que fue su cotidianidad. Pero sobre todo por una tercera razón, a nuestro entender la más importante: porque nos ayuda a conocer al hombre que suele escondérsenos detrás del narrador que hallamos en sus otros libros; sobre todo conocer algunas ideas suyas

que permiten asomarnos a problemas históricos –que no ya sólo historiográficos– que envuelven su figura, y que hoy, por aquello que se dijo del "violinista" que se impuso al "pintor", están un poco olvidadas. Estas notas al margen de su obra, lo es también del historiador que la produjo, revelando aspectos significativos no sólo de su vida, sino de todos los hombres de su clase y de su tiempo, que por medio siglo gobernaron a Venezuela y terminaron de hacer de ella un Estado-Nación.

PARA LA HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA

Pero vamos primero al aspecto historiográfico. El mismo autor nos orienta al dividir al libro en tres grandes partes: una destinada a sus estudios mirandistas; la segunda con algunos escritos sobre Simón Bolívar; y la tercera, que titula "Silva", de misceláneos, en la que no sólo hallamos los trabajos más tempranos de la compilación, sino también los que muestran al hombre con ideas políticas. Las dos primeras, expresan bastante bien qué cosas les preocupó como historiador; la tercera, además de esto, qué otras cosas le preocupaban como el político y hombre de Estado que también fue. Por el volumen, y sobre todo por la densidad de lo que aparece en las dos primeras, se ve la precedencia de sus intereses: Miranda, en cuyo estudio se convirtió en un hito fundamental; y, bastante más atrás, Bolívar, del que presenta más bien visiones panorámicas, digestos para el público europeo. Casi todo lo que descubrió y difundió entre las décadas de 1920 y 1930, que es la de la mayor parte de los textos compilados, y de lo que debate, hoy ya forman parte de la *ciencia normal* para la academia. Eso habla de su importancia, porque demuestra qué tan honda es la influencia de Parra Pérez en nuestra memoria histórica; pero también puede hacer que el que no es especialista se pregunte qué objeto tiene revisitar sus polémicas con Édouard Clavery o sus críticas a la obra de William Robertson, cuando ya el veredicto está más que claro.

Tal vez, podría alegarse, porque más de lo que dicen en sí, valen como testimonio, como fuente para la historia de la historiografía venezolana, en particular del mirandismo. Aquellos artículos permiten ver

cómo se fue construyendo la documentación y la historiografía que hoy son la base de casi todo lo que se investiga sobre el tema. Cosas que hoy están sabidas y algunas aparecen hasta en los manuales de secundaria, pueden apreciarse acá en su momento de revelación, el impacto que generaron entonces, cómo se las ponderaron inicialmente. La década de 1920 fue muy rica en la de aparición de documentos, ya que se estaban organizando los archivos y celebrándose los centenarios de muchos hitos de la independencia. Es un contexto en el que los bisnietos de los próceres empezaron a donar o a sacar a luz los papeles de sus ancestros, y hombres como Parra Pérez, quien entonces cumplía funciones diplomáticas en Europa, hurgaban en cuantos archivos les abrieran sus puertas. Cada hallazgo más o menos importante, era rápidamente publicado en la prensa. Puede hoy parecer insólito, pero una nueva carta de Bolívar o un documento de Miranda, entonces eran capaces ocupar a la opinión pública por días. En parte, hay que admitir, porque la dictadura de Juan Vicente Gómez no dejaba discutir sobre demasiadas otras cosas; pero también porque la construcción del Estado-Nación estaba aún en plena faena y el conocimiento de la Historia Patria era algo que tenía muy a honra cualquier ciudadano instruido. Cuando nuestros abuelos se quejan de que ahora la gente "no sabe nada de historia", aunque no les falta razón en lo que se refiere a la calidad de nuestra educación primaria, que entonces era muy elitesca pero en ciertos aspectos más rigurosa; en realidad apuntan a que ya no nos sabemos esa ristra de fechas y héroes patrios, o esas parrafadas de *Venezuela heroica*, que se les hizo memorizar a los niños.

En 1927, por ejemplo, Parra Pérez difunde en un periódico de Caracas la carta que la aristocracia caraqueña –entre los firmantes nada menos que Juan Vicente Bolívar– supuestamente le envió a Miranda en 1782, comenzando una polémica sobre su autenticidad que llega hasta hoy. Pero ella fue solo uno de los muchos documentos que fue publicando aquellos años. Cartas del Precursor, aclaratorias sobre su testamento, sobre sus actuaciones durante la Revolución Francesa, sobre su esposa, sus hijos, datos ya de uso corriente que entonces estaban entre

neblinas e incluso generaban alguna incomodidad (¿cómo es *eso* que el Precursor tuvo sus hijos con su ama de llaves que, además, ¡era judía!?). En fin, son discusiones que nos dicen más de las preocupaciones de los años veinte y de la manera en que se fue descubriendo la vida y la obra del Precursor, que lo que representan hoy como novedad sobre Miranda en sí mismo. A esta suerte de historia del *mirandismo* en Venezuela, sigue una segunda parte dedicada a Bolívar. Consta, primero, de algunos trabajos juveniles, sobre temas muy generales que prefiguran una obra valiosa, su *Bolívar, contribución al estudio de sus ideas políticas*, aparecido en francés en 1928 y todavía una de las monografías más útiles para entender el pensamiento del Libertador; un pequeño ensayo para informar al público europeo sobre la vida del grande hombre, que sigue constituyendo una síntesis bastante iluminadora; un par de artículos sobre temas puntuales y una polémica con José Evaristo Casariego, que se inserta en lo que casi pudiera considerarse un género: el de la apologética de los historiadores venezolanos a aquellos autores que expresaban ideas que por alguna u otra razón eran consideradas lesivas a la memoria del Padre de la Patria. Parra Pérez está bien documentado, es sereno y echa mano de sus dotes diplomáticas, por lo que no se trata de un ditirambo del Culto a Bolívar, más allá de que a veces aflore algo de esto. Sin embargo, lo más interesante de esta polémica, como la que tuvo con Clavery y algunas más, nos abre a lo que vemos en la tercera y última parte: sus preocupaciones políticas.

SOBRE LAS IDEAS POLÍTICAS DE PARRA PÉREZ

En "Silva", la tercera parte del libro, hallamos textos de diversa índole. Y justo aquellos que para cuando escribimos -2018- ofrecen más novedad. Desde un muy importante informe sobre la necesidad de reformar los textos escolares de historia, escrito en 1937, poco después de haber sido ministro de educación; a una polémica historiográfica con José Gil Fortoul sobre la valoración del período colonial y otra con Monseñor Nicolás Eugenio Navarro, sobre el papel de la Iglesia en la independencia. Son textos con valor por lo que tratan, pero sobre todo

por los intersticios que abren, por la forma en la que dejan colar al "pintor" que suele opacar el "violinista", el hombre de su tiempo que debe tomar postura, y de hecho la toma, ante las cosas que lo rodean. Parra Pérez fue un hombre de Estado, comprometido sin vacilaciones con Venezuela y con su modernización. Lo que hizo por nuestra historia es comparable a lo que hizo por nuestro Estado en el servicio exterior. Ya antes de la muerte de Gómez había ideado un programa de reformas, que fue en gran medida recogido en el Programa de Febrero, y después de su actuación como canciller de Isaías Medina Angarita durante el delicado momento de la Segunda Guerra Mundial, su nombre sonó como presidenciable. Sin embargo, cuando se cotejan sus ideas con aquellas que mayoritariamente estaban adoptando los venezolanos en las décadas de 1930 y 1940, sentimos que tal vez los años fuera de su patria habían generado cierto desfase con el rumbo que estaba tomando. Y eso sin juzgar que fuera bueno o malo, pero sí para explicar por qué la opción que el encarnaba, de una evolución gradual del gomecismo hacia la democracia dirigida por las élites, al final no pudo mantener las cosas bajo control.

En efecto, si leemos entre líneas sus cartas y artículos, hallamos a un diplomático que en una de las tantas cartas públicas que envía en defensa de la memoria de Miranda, dice "*compré entonces en el vecino quiosco su libro de Ud.* [Pouget de Saint-André] *titulado* Les Auteurs cachés de la Révolution Française *y leílo con tanto interés, en el vagón, que al llegar a Berna llegaba también a la última página, sin haberme detenido ni un instante a contemplar, según mi costumbre, por la ventanilla, las cimas nevadas del Oberland que son para mí, hijo de la montaña, motivo de perpetua maravilla*." Eso fue en 1923. Pensemos en el boom de los campos petroleros, en el Reventón del Barroso que recién había ocurrido, en la carretera Transandina, ya muy avanzada; en el asesinato de Juancho Gómez, en el paludismo que preocupa a la Fundación Rockefeller, y la frase parece la de un hombre que vivía en otro mundo. Sabemos que eso no era tan así, que también reflexionaba sobre cómo transformar al país, pero es evidente que el poder tendría que pasar a manos de gente más vinculada de lo que estaba pasando en

Mene Grande o Cabimas, que a la vuelta de una década entraría a servir a una revolución democrática y antimperialista. Pero si trascendemos su circunstancia particular, y lo vemos como expresión de todo un sector social, acá tal vez tengamos un retrato de un sector de la élite venezolana del momento. De aquellos que en veinte años –años en los que la sociedad y la economía cambian vertiginosamente– serán desplazados del poder. Parra Pérez logró flotar, aunque con una figuración menor; pero no fue el caso de la mayoría.

Por otra parte, Parra Pérez es un liberal en una Venezuela que está dejando de serlo. Aunque el francés fue el idioma de sus primeros trabajos, el modelo inglés es su el objeto de su admiración. En un ensayo temprano, que publica en *El Universal* de Caracas en 1918, "La tradición liberal británica", espeta: "*Cierta vez oí decir a sir Thomas Barclay que la protección que Inglaterra ha prestado en el curso de su historia a los pequeños pueblos, es el resultado de una debilidad de la raza inglesa, de la extrema sensibilidad de una nación constitucionalmente inapta para tolerar el establecimiento de la tiranía de los fuertes de la tierra sobre las débiles agrupaciones de hombres libres*." Va incluso más allá: en la misma carta a Pouget de Saint-André, afirma, seguramente con ánimos de zaherir: "*en mi calidad de latinoamericano y en particular como venezolano, agradezco a la Revolución francesa que difundiera por el mundo cierto número de nociones, casi todas de origen inglés, entre paréntesis, pero que penetraron más fácilmente en las colonias españolas por el hecho de ser expresadas en francés, y que figuran entre las causas determinantes de la independencia del Nuevo Mundo*." ¿Cómo pudo, entonces, servir con tanta eficiencia al régimen de Gómez? ¿Fue, como con la mayor parte de sus coetáneos, resignación a que Venezuela no podría adoptar el liberalismo inglés? ¿Era su esperanza a partir de 1936 encaminar el país hacia algo así? En cualquier caso, si con Gómez pudo al cabo convivir como quien lo hace con un mal menor, debió sentir un verdadero espanto por las ideas más o menos socialistas, más o menos populistas, que en su país estaban emergiendo y que toman el poder en 1945. Por si fuera poco, durante el golpe del 18 de octubre de aquel año una poblada asaltó su casa y quemó parte de su biblioteca, que en gran medida era la que había sido

de Vicente Dávila. No obstante, en vez de integrarse a la oposición *medinista* más férrea y salir al exilio, terminó aceptando la embajada en París que le ofreció Rómulo Betancourt. Aunque no puede descartarse que vio en el cargo la posibilidad de poner mar de por medio con un país que iba dejando de ser el suyo, la verdad es que para el momento en que Medina Angarita fue derrocado ya sus relaciones estaban muy mal, más allá de que la poblada lo siguiera viendo como un medinista. Se trata de uno de esos episodios de la política en su plano más básico y rudo, que en algún momento afectan a todo hombre público: según se ha comentado desde entonces, la enorme popularidad que obtuvo Parra Pérez después de haber participado en la fundación de la ONU, despertó suspicacias en el gobierno. La idea de un *presidenciable* distinto al escogido alteraba peligrosamente sus planes de sucesión, por lo que el canciller fue destituido en una especie de castigo al éxito que no tenía poco de humillación. Betancourt, que era un gran admirador de su obra historiador y de su talento como diplomático, reconocería años después que las noticias que tenía de aquella ruptura en muy malos términos con Medina Angarita, fue clave para el ofrecimiento de la embajada. Y acertó en el movimiento. Desde entonces y hasta la muerte de Parra Pérez en 1964, mantuvieron relaciones muy cordiales; tanto como el diplomático eficiente que le da cuentas al presidente, como del historiador que discute con el pensador político sobre el militarismo o el rol de la burguesía en la formación del Estado. Durante el segundo gobierno de Betancourt (1959-64), incluso, siguió asesorándolo en aspectos tan espinosos como la reclamación del Esequibo, otro éxito diplomático venezolano.

Esto nos lleva a otro aspecto del pensamiento político de Parra Pérez que debió haber generado no pocas fricciones con los movimientos que emergieron y se hicieron mayoritarios en la década de 1940: él estaba convencido de la labor positiva del imperialismo. Es un nacionalista venezolano al estilo del siglo XIX, es decir, se opone a las grandes potencias para defender los intereses del país, pero no en el sentido de estar en contra del imperialismo *per se*, sino en el de que Venezuela

debe ser considerada una igual con Europa, cuya superioridad civilizatoria no está en discusión. En una de las cartas a Calvery le dice: "*mas permítame expresarle ante todo mis sentimientos de viva y simpática condolencia por la muerte de su hermano el señor general Clavery, soldado magnífico caído por Francia en ese país de África que durante un siglo ha sido teatro de las proezas de sus compatriotas. Francia reanudó allí la tradición latina y ha sabido continuarla gloriosamente para la causa de la civilización.*" Otro tanto dice de Inglaterra en su apología a su liberalismo. El mundo casi debe darle las gracias por su política imperial:

El imperialismo británico tiene origen, métodos y resultados especiales. En el fondo del programa económico formulado por Chamberlain, se agita el ideal liberador del partido radical; y en la lucha que por la defensa de sus mercados prosigue contra Alemania y los Estados Unidos, durante el último cuarto del siglo XIX, Inglaterra perfecciona sus medios de expansión y crea el edificio definitivo y admirable de su dominio. Es conveniente recordar este movimiento para convencerse de que, en general, el espíritu liberal y democrático es el verdadero inspirador de la política de la Gran Bretaña, distingue esencialmente su expansión y hace del imperialismo inglés precioso instrumento de cultura para el género humano.

Naturalmente, esto hubo de cambian con la Segunda Guerra Mundial, cuyo horror le hizo poner en duda el porvenir de Europa como civilización. En una nota de 1941 a un ensayo que había publicado en 1912, "Estudios Franco-hispánicos", leemos: *"En 1912 decíamos que el acercamiento a Europa podía salvar nuestra cultura y civilización americanas. Hoy decimos con idéntico propósito: alejémonos de Europa al menos mientras dure el incendio que la devasta. Huyamos, si fuere posible, de la locura que se ha apoderado del espíritu de los hombres de este lado del océano. Cuando vuelva la bonanza, si volviere, que no es seguro, habrá tiempo de estudiar de nuevo las condiciones de una colaboración por el momento imposible."* Son reflexiones que seguramente lo acompañaron cuando participó en las reuniones para la creación de la ONU y, sobre todo, en su gran momento: como relator del proyecto de la Declaración de los Derechos Humanos. En Venezuela está expandiéndose

entonces una nueva ideología, el antimperialismo, vinculado en grados distintos con el marxismo-leninismo. Todo indica que se trataba de un universo insondable para Parra Pérez, que en espíritu es un liberal que en 1945 sigue con el utillaje mental del siglo XIX, con las ilusiones de progreso anteriores a la Primera Guerra Mundial (aunque, como hemos visto, ya algo desquebrajadas), con su confianza en que sí, lo que estaban haciendo los imperios francés e inglés era lo mejor para la civilización. Carreteras, escuelas, medicina, la idea de libertad, de Estado de derecho, de democracia, la prosperidad del capitalismo… ¡Cómo debió apenarlo que en Europa misma se haya intentado acabar con todo aquello!

Leyendo su eurocentrismo entusiasta (por lo general compartido por las élites criollas y liberales), su nacionalismo de hacer de Venezuela un país *civilizado*, se puede suponer que en alguna medida su empeño por defender a Miranda ante los franceses, entre los que aún quedaba algo del desprestigio con el que lo salpicó la traición de Charles François Dumouriez y las dudas en torno a su juicio; y de presentar a los europeos los papeles y las ideas de Bolívar, pudieron haberse debido a ese deseo de ser reconocidos como parte integral de la civilización, de la única, la verdadera, la europea. Miranda como oficial francés y Bolívar como genio de proyección universal, eran dos de las mejores cartas que tenía el diplomático venezolano para lograrlo. Si el liberalismo inglés que admiraba nos hace preguntar cómo se las arregló para trabajar bajo Gómez, esta fascinación por el imperialismo nos genera las mismas dudas con respecto a un hombre tan declaradamente antimperialista como Betancourt. Tal vez las ideas de defender a Venezuela, de salvar su honor, de modernizarla ("civilizarla" en términos decimonónicos), eran puntos de coincidencia que terminaron acercando a dos hombres cuya amistad en principio se veía improbable. Betancourt incluso lo recuerda afable en una tenida con cachapas y caraotas refritas.

Este libro, hecho de notas al pie e intersticios, al permitirnos una mirada a su cotidianidad, a sus posturas ante los hechos concretos que le tocó enfrentar día a días, nos ofrece otras dimensiones de su pensamiento y de los que junto a él dirigieron a Venezuela en la primera

mitad del siglo XX, terminando de construir nuestro Estado-Nación y sentando las bases de muchos de los aspectos de nuestra memoria histórica. Si no hubiera más razones, que las hay, sólo por esta el presente libro de apuntamientos merece ser leído. ¡Qué bien tocaba nuestro Ingres el violín!

Tomás Straka

EXPLICACIÓN

Las páginas que componen el presente volumen, escritas en el decurso de treinta años, precisan, completan y a veces rectifican las ideas y opiniones que su autor ha expuesto, en otros libros, sobre algunos temas de la historia de Venezuela y de América.

La lectura de estos trabajos indica el motivo por el cual fueron hechos y la ocasión en que se publica la mayor parte de ellos. No obstante, parécenos que requieren, aquí, breves comentarios. Nótese ante todo que los artículos que forman la primera y segunda partes del libro guardan unidad y obedecen a un pensamiento central como los personajes que los inspiran. Ora se trate de fijar espontáneamente un punto dudoso de grande o pequeña historia, ora de responder en términos de polémica, más o menos viva, a aseveraciones apasionadas o injustas, puede decirse que tuvimos siempre cuenta de la posibilidad de reunir algún día aquellos artículos y dejarlos como otra contribución nuestra al estudio de las vidas del Precursor y del Libertador.

En los momentos que nos dejara libres el desempeño de los cargos y misiones diplomáticas que nos ha confiado el gobierno, hicimos de la afición a la historia nuestro violín de Ingres. Y nos interesó especialmente la conexión existente entre la particular de Venezuela y la general de Europa y de su civilización, a la cual debe su existencia el país. De allí la curiosidad con que hemos hurgado, hasta donde nos ha sido posible, los anales de la Colonia y examinado muchos papeles europeos referentes al movimiento de la Independencia iberoamericana. El fruto de tales ocios se halla en varios libros, cuya documentación habríamos ofrecido más completa de habernos sido dable trabajar sin premura y en archivos y bibliotecas especiales: es el caso de El régimen español en Venezuela *y de la* Historia de la Primera República de Venezuela. *Creemos, sin embargo, que con ambas obras logramos nuestro propósito.*

El régimen español *debía, según nuestra primitiva intención, servir de prólogo a la* Historia de la Primera República. *Pero la extensión de aquellas páginas y la peculiar estructura que al fin se les dio, aconsejaron editarlas por separado. Formado juicio sobre la fundación y el gobierno de estas provincias por la Corona española, pasamos a examinar los orígenes de la revolución de independencia, a escudriñar sus causas, a relacionarla con el movimiento de las ideas en las naciones del mundo occidental que para entonces ejercían influencia en la política general. La empresa, que por otra parte no tendremos la candidez de presentar como exclusiva y original, resultó superior a nuestras fuerzas y en desacuerdo con el tiempo y los elementos de consulta de que disponíamos. Pero no por eso deja la* Historia*, que se desarrolla principalmente alrededor de Miranda y por su acción decisiva, de ofrecer algunos puntos de vista nuevos y base suficiente para determinar aquella relación de causa a efecto que solicitábamos.*

***

El destino de Miranda fuera siempre argumento abierto a la reflexión de nuestro espíritu. No solo nos ha interesado su intervención en sucesos que por su importancia constituyen trama esencial de nuestra historia, sino que hemos tratado de comprender al hombre mismo, quien por sí solo propone más de un problema psicológico considerable. Quizá, ningún personaje histórico ha sido objeto de mayor número de juicios falsos y de arbitrarias imputaciones. Casi todos los escritos que se reimprimen hoy se dirigieron a destruir los primeros y a defenderle de las segundas. La obra Miranda et la Revolution Française *tuvo su origen en algunas líneas del historiador Chuquet, último biógrafo de Dumouriez y quien acogió como pan bendito las calumnias y tergiversaciones lanzadas por el general tránsfuga contra el ilustre venezolano.*

***

Sobre las ideas políticas del Libertador compusimos hace veinticinco años algunos capítulos que fueron recogidos, en 1928, en un volumen que acaba de ser reeditado. Ya dijimos en su prólogo que si hubiésemos debido escribir el libro por la época en que fue publicado habríamos sin duda matizado una que otra de nuestras

opiniones personales y temperado este o aquel juicio. Con mayor razón todavía que entonces, insistimos en tales reservas. Pero, en conjunto y por cuanto allí nos apoyamos sobre todo en textos bolivarianos no vemos cuál rectificación de fondo se impondrá. La inexorable lima del tiempo se ha encargado de alisar algunas sentencias del Libertador y, por la evolución normal de estos pueblos y la marcha de las ideas, del pesimismo que agobiaba al héroe en sus últimos años nos queda solo la severa y saludable admonición. Bolívar no será hoy partidario de la Constitución boliviana. Bolívar confiará hoy en el porvenir de las instituciones democráticas de Iberoamérica. Él dio siempre lugar preferente en sus especulaciones, y aun en la aplicación cuando le fue posible, a la cuestión social. Es allí donde se nota, a nuestro entender, la influencia de la Revolución francesa en su espíritu. Robespierre, cerebro confuso, orador difuso, fue, sin embargo, quien formuló la pregunta que puede considerarse como punto de partida del discurso socialista: "¿Es, por ventura, en las palabras de república y de monarquía donde reside la solución del gran problema social?". Discípulo de Rousseau, toma de este el Incorruptible las normas constitucionales y la inquietud religiosa. Por él, las ideas que se han llamado ginebrinas y que diferían profundamente de las inglesas, penetraron en la Revolución. A provocar su odio contra los girondinos contribuyó mucho la anglomanía de Brissot. Bolívar, ecléctico y vasto genio, recibe de Rousseau la teoría de la soberanía popular y sus nociones del gobierno representativo, pero, al propio tiempo, adopta en su mayor parte a Montesquieu y por su conducto, con la preferencia por el sistema británico, ciertas ideas políticas que nos vienen de Aristóteles.

Hablóse recientemente de una especie de tomismo del Libertador. Aunque es posible que este haya oído, durante sus años de estudio, algún comentario de textos de santo Tomás es improbable que los haya leído. Por lo demás, es sabido que al santo de Aquino se debió el renacimiento, en el siglo XIII, de las doctrinas peripatéticas y su introducción oficial en la Iglesia. En un trabajo que data de 1920 y cuya versión castellana aparece ahora, apuntamos nuestro parecer sobre las ideas religiosas y filosóficas del Libertador y al tema volvimos mucho más tarde, en amistosa conversación pública con el eminente monseñor Navarro. Aquel parecer reclamaría con seguridad alguna explicación correctiva, pero no podríamos llegar hasta admitir que Bolívar fue escolástico. Francamente, no imaginamos al Libertador buscando con san Anselmo la prueba antológica de la existencia del Ser Supremo, ni desechando

con Abelardo a nominalistas y realistas para profesar el conceptualismo, o cogiendo a los padres en flagrante delito de contradicción. Tampoco creemos que haya ocupado las veladas que precedieron a Carabobo o Junín en lucubrar sobre la realidad del universal en el espíritu, ni en ajustar la controversia entre tomistas y escotistas, entre el Doctor Angélico y el Doctor Sutil, sobre la parte de Dios y la parte del alma en los actos humanos. Puede jurarse que la doble polémica del inmortal san Bernardo con los racionalistas y los escolásticos ortodoxos inquietaba menos a Bolívar que los movimientos de las tropas españolas o las intrigas de los enemigos de Colombia. Dejemos las imaginaciones. No pide el Libertador para su gloria que se le llame filósofo: su filosofía es simplemente filosofismo del siglo XVIII, muy de acuerdo con el momento histórico y con las lecturas que le permitió efectuar la velocidad de su vida. Y que el Paracleto consuele a los flamantes escoliastas.

Si se habla de política y no de filosofía, vemos que también en aquella materia santo Tomás es aristotélico, como lo demuestran los libros en que de ella trata. No se olvide, por otra parte, que algunos de estos libros están considerados como apócrifos.

Mas sea cual fuere la opinión que se tenga de las ideas de Bolívar respecto al régimen político interno de los Estados, esa cuestión es secundaria si se la compara, sobre todo en la actualidad, con otra que llenó también principalmente el pensamiento del grande hombre, a saber: la de las relaciones de los países americanos entre sí y con los extranjeros. Creador del panamericanismo orgánico, la enseñanza del Libertador es inmanente. Cada una de sus frases tiene aplicación en el desarrollo de cualquier programa de política basada en el interés común de nuestras naciones, en sus ideales y en su peculiar concepto del derecho y la justicia. Ningún hombre de Estado de América desaprovecha hoy la ocasión de invocar el nombre de Bolívar cuando se trata de la unión de estas Repúblicas, no solo por la virtud íntima de su doctrina, sino también por el prestigio de que goza aquel nombre entre los pueblos. Sir Robert Wilson decía hace cien años que el retrato del Libertador era el paladín de su hogar: los pueblos proclaman ahora que los principios bolivarianos forman el paladín de América. Bosquejos de la política americana e internacional de Bolívar pueden leerse en el presente libro. Escritos en diversas épocas y con diversos objetos, esos comentarios amplían los que al asunto hicimos en la obra arriba aludida: Bolívar. Contribución al estudio de sus ideas políticas.

No hemos creído nunca que el Libertador necesite del celo de los polemistas para conservar el puesto que tiene en los fastos del género humano. La victoria no ha menester que se corra en su auxilio. Ni ladrido alguno perturbó jamás el impasible curso de la luna. Un escritor europeo nos honró en cierta ocasión sometiendo a nuestra crítica una obra suya sobre Miranda. Entre los poquísimos consejos que le dimos figuraba el siguiente: "Suprima usted las injurias a Napoleón porque ya no se usan". Sin embargo, subsisten gentes trasnochadas que tiran piedras a Bolívar y, cuando circunstancias de tiempo y lugar lo imponen, débese corregir al yangüés. Así nos ha tocado hacerlo varias veces y en especial con cierto peninsular requeteinconsciente y frenético que rumia el singular propósito de endosar oficialmente a la Madre Patria los crímenes de un horrendo malhechor. Por fortuna, la inmensa mayoría de los españoles aprecia de otra manera los esfuerzos que se hacen de este lado del Atlántico para destruir la Leyenda Negra.

***

En la tercera parte del presente libro, nombrada Silva, figuran algunas piezas que no tienen conexión con la época y materia principales a que se refieren las dos primeras. Se insertan, entre otras razones, porque comprenden elementos útiles para la crítica de las opiniones del autor en historia y en política.

Y cierra el volumen una nota sobre la reforma de los textos de historia, argumento de conversaciones entre cancillerías y cuerpos científicos americanos y llamado a tomar considerable desarrollo.

C. P. P.

Caracas: enero de 1943.

PRIMERA PARTE

EL PRECURSOR

*



RETRATO AUTÉNTICO DE MIRANDA.
Pastel hecho en Zúrich en septiembre de 1788 y hallado por C. Parra Pérez, en 1924,
entre los papeles de Lavater que están en la Biblioteca Nacional de Viena,
"Bastante parecido", dice el propio Miranda en su Diario.

MIRANDA EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA[1]

HOMENAJE DE PAUL ADAM. – CARTAS CRUZADAS CON EL ENCARGADO DE NEGOCIOS DE VENEZUELA EN PARÍS

Con patriótico interés serán leídas en el país las interesantes comunicaciones cruzadas entre el eminente escritor francés Paul Adam y el doctor C. Parra Pérez, encargado de Negocios de Venezuela en Francia y también escritor de estilo brillante y hondos pensamientos. Motiva este canje de cartas el envío que hace Paul Adam a nuestro representante diplomático de un ejemplar de la conferencia sobre Miranda dictada por el historiador francés y la cual reprodujimos en sus rasgos principales en la edición de este *Diario*, correspondiente al 6 de mayo de 1917, Nº 1.560. Paul Adam sintetiza en ella la actuación de Miranda en la Revolución francesa ante la defección de Dumouriez, en términos que constituyen un veredicto de gloria para el ilustre hijo de Caracas: "Y todos los franceses de hoy pueden decir que le deben el prestigio de su país en el mundo y las victorias del Derecho Latino sobre la Fuerza. Fleurus, Arcola, Rivoli, Zúrich, las Pirámides, Marengo, Austerlitz, Jena, Wagram: toda la Epopeya nacional".

[1] *El Nuevo Diario*, de Caracas, publicó estas dos cartas, precedidas de un comentario que se reproduce por cuanto envuelve un homenaje a la gratísima memoria de Paul Adam. El lector advertirá luego que Parra Pérez no conservó intactas todas las ideas que expresara en su respuesta al egregio escritor francés.

(Traducción)

París, 10 de octubre de 1917.
16, Quai de Passy.

Señor Encargado de Negocios:

Tengo la honra de enviar a usted este ejemplar de mi conferencia sobre Miranda débil homenaje de mi veneración por lo que fue tentado en su patria, en favor de la libertad universal, por el valor de un grande hombre y por el espíritu de una élite y de un pueblo admirables.

La Liga de la Fraternidad Latina, instituida para imperecedera duración de estos magníficos recuerdos, expresa a usted, por el órgano de su presidente, toda la gratitud de los intelectuales latinos hacia un país que supo educar la infancia del general Miranda y sugerirle el amor de una tierra en donde quiso, al precio de su vida, romper el yugo de la opresión.

Suplico a Ud., señor Encargado de Negocios, se sirva aceptar la seguridad de mis más devotos sentimientos.

Paul Adam.

Al señor C. Parra Pérez, encargado de Negocios de Venezuela.

(Traducción)

París, 23 de octubre de 1917.
7, rue de Villersexel.

Mi querido maestro:

Me ha sido grato encontrar, a mi vuelta de vacaciones, con su excelente conferencia sobre el general Miranda, la carta que con fecha 10 del corriente tuvo Ud. la amabilidad de escribirme.

Permítame Ud., desde luego, darle gracias expresivas, en nombre de mi país y en el mío personal, por las bellas frases de justicia que su pluma consagra, en este magnífico discurso, a un hombre que representa para Francia y Venezuela el augusto símbolo de su unión en un ideal de libertad y de humanidad. Puedo

asegurar a Ud., mi querido maestro, que ningún venezolano olvidará nunca sus esfuerzos para encomiar la memoria de Miranda y para hacer de ella un lazo de imperecedera fraternidad entre nuestros dos pueblos.

El nombre de Miranda es caro a toda la América Latina. Fue el Precursor de la independencia continental y el apóstol generoso de los más nobles ideales por donde quiera que lo llevaron el azar de la vida y el anhelo de la acción. Pero Venezuela reivindica con orgullo el honor de haber visto nacer al grande hombre, de haber educado su infancia, como Ud. dice, y de haberle enviado a predicar a través del mundo con la espada y la palabra la buena nueva de la libertad humana. Nosotros sabemos, también, cuanto el espíritu y el corazón de Miranda deben a Francia, a su cultura, al pensamiento de sus escritores y nos complacemos, en Venezuela, en estudiar y apreciar con este motivo la influencia preponderante de las ideas francesas en nuestro desenvolvimiento intelectual y político.

En las reuniones de nuestra Liga, que se honra en tener a Ud. como presidente, hemos hablado con frecuencia de la necesidad de trabajar por la extensión de las relaciones entre nuestros pueblos, y hemos reconocido que no era inútil recurrir al ejemplo del pasado para ayudar a la preparación del porvenir. Miranda, comandante de un ejército francés, defendiendo el suelo francés al lado de los grandes generales de la Revolución, indica las alturas de humanidad a que puede elevarse el corazón venezolano. El vencedor de Amberes fue en todo tiempo un ciudadano del mundo y prodigó fastuosamente, por decirlo así, esa cualidad de nuestra raza latina: el altruismo. Hay pocos extranjeros que conozcan la historia de Venezuela tan bien como Ud., y cuando Ud. rinde homenaje a la "**élite**" y al pueblo autores de una admirable epopeya, se da exacta cuenta de los servicios hechos por mi país a la causa de la humanidad y a la causa de América. Ud. sabe, en efecto, que hemos guerreado por nosotros y por nuestros hermanos a la vez y que durante quince años de tremenda lucha gritamos con Bolívar: América, he allí la patria, la libertad del mundo, he allí el fin supremo. ¿No encuentra Ud. que nuestra gestión histórica y moral siguió entonces las mismas líneas que inspiraron a vuestros grandes revolucionarios cuando, según justa observación, en vez de establecer los Derechos del Francés, proclamaron los Derechos del Hombre?

Vuestros libros y vuestras ideas circularon temprano entre nosotros y con ellos se nutrieron los patricios de nuestros congresos. El espíritu vasto e idealista de Miranda y el genio incomparable de Bolívar supieron asimilar las lecciones de vuestros pensadores del siglo XVIII, que reanimaron con nuevo aliento la vigorosa savia de los castellanos y los vascos.

Recuerdo tales hechos y similitudes, porque estoy convencido de que encierran más de una útil enseñanza y porque demuestran, con el apoyo de la historia, que nuestras naciones pueden ensanchar de manera considerable sus lazos intelectuales, preciosos en toda época, y sus relaciones económicas y comerciales, de importancia capital en este tiempo y en el porvenir. Hombres de alta inteligencia –como Ud., mi querido maestro– comprenden en Francia la urgencia de canalizar las corrientes de mutua simpatía que se observan entre este país y los Estados latinos de ultramar. Yo sé que esas ideas hallan de parte de los intelectuales venezolanos la más calurosa acogida.

Termino mi larga carta, expresando a Ud., señor presidente, el reconocimiento de mi patria hacia Ud. y hacia todos mis amigos de la Liga de la Fraternidad Latina, por el afectuoso recuerdo que consagran a Venezuela, al evocar la memoria del gran ciudadano Francisco de Miranda.

Sírvase Ud. aceptar el testimonio de mi devota admiración.

C. Parra Pérez.

Al señor Paul Adam, presidente de la Liga de la Fraternidad Latina.

MIRANDA Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA[2]

CARTA ABIERTA AL SEÑOR POUGET DE SAINT-ANDRÉ

Berna, 10 de noviembre de 1923.

Muy señor mío:

Hallábame recientemente en el andén de una de esas pequeñas estaciones suizas bien limpiecitas, donde los trenes llegan a la hora reglamentaria y los empleados, que parecen siempre vestidos de nuevo, se muestran corteses con el extranjero al cual no responden jamás, como sucede en otros países, por favor y con el cigarrillo apagado en la comisura de los labios. Compré entonces en el vecino quiosco su libro de Ud. titulado *Les Auteurs cachés de la Révolution Française* y leílo con tanto interés, en el vagón, que al llegar a Berna llegaba también a la última página, sin haberme detenido ni un instante a contemplar, según mi costumbre, por la ventanilla, las cimas nevadas del Oberland que son para mí, hijo de la montaña, motivo de perpetua maravilla.

El libro contiene gran cantidad de informaciones juiciosamente presentadas y relativas a una cuestión que no cesa de estudiarse hace ya ciento treinta años: ¿Quién hizo la Revolución francesa? No reina acuerdo sobre la respuesta que conviene dar a tal pregunta y basta para convencerse de ello confrontar a Taine y al señor Aulard.

Me complazco en decir a Ud. que las tendencias que parecen conducir su investigación conquistaron desde luego mis simpatías, pues aunque republicano de América y acaso por eso mismo, pienso que el gobierno republicano no debe necesariamente confundirse con la Revolución francesa, cuyos "inmortales

---

[2] Esta carta fue publicada en francés en la *Revue de l'Amérique Latine* (Paris), Nº 29, vol. VII, 19 de mayo de 1924. Una traducción española, no aprobada por el autor, apareció luego en un diario de Caracas.

principios", lo confieso, me hacen más bien sonreír. En mi calidad de latinoamericano y en particular como venezolano, agradezco a la Revolución francesa que difundiera por el mundo cierto número de nociones, casi todas de origen inglés, entre paréntesis, pero que penetraron más fácilmente en las colonias españolas por el hecho de ser expresadas en francés, y que figuran entre las causas determinantes de la independencia del Nuevo Mundo. Por otra parte, guardo rencor a la Revolución de su país por haber oscurecido nuestra atmósfera política con el humo de su ideología, conduciendo a nuestros ingenuos hombres de Estado a implantar en aquel continente sucedáneos teóricos de una democracia a la ginebrina o a la yanqui, cuando, de escapar a tan nefasta influencia habrían podido utilizar los sólidos elementos que nos legaba el régimen colonial para crear verdaderas democracias iberoamericanas, o darnos gobiernos más conformes con nuestro medio que, tal vez, habrían evitado un siglo de conmociones y revueltas.

No me atreveré a examinar en este lugar el temible problema sobre el cual Ud. opina, pues mi único deseo es llamar su atención sobre un punto que me interesa vivamente y que he estudiado durante muchos años: se trata del papel representado en la Revolución francesa por el venezolano Francisco de Miranda. ¿Me permitirá Ud. decirle, sin atribuirme vanidad, que leyendo su libro he recordado el diálogo de Diderot y d'Alembert al salir de la casa de Voltaire? —"Es extraordinario, lo sabe todo –dice Diderot–. Solo le encuentro débil en filosofía". —"Y yo –responde d'Alembert– le encuentro débil en matemáticas".

Porque, señor mío, Ud. me parece extraordinario para el resto, pero muy débil respecto a Miranda.

En efecto: no hay una sola palabra de verdad en todo cuanto concierne al general en las páginas 119 y 120 de su obra. Digo esto libremente y sin temor a ofender a Ud. que de nada tiene culpa pues, como era natural, ha tenido que referirse a los autores que le precedieron, los cuales han escrito pocas exactitudes sobre Miranda, en un país donde este es más célebre que conocido.

En 1919 formé el proyecto de escribir la historia verídica del general Miranda durante los años que pasó en Francia. Con tal fin practiqué búsquedas en París, en los Archivos Nacionales, de la Guerra y de Negocios Extranjeros, y creo que ninguno de los documentos relativos a él [se] me haya escapado. Luego, siguiendo el hilo y como el ambulante héroe dejó trazas en todas partes, continué la investigación en Londres, Viena, Estocolmo, Copenhague, Zúrich y llegué a constituir una colección de algunas centenas de piezas, inéditas la mayor parte y otras poco conocidas o conocidas solo por fragmentos. A mi súplica, las autoridades soviéticas acaban de designar graciosamente a un funcionario de los

archivos del gobierno para que copie, en Moscú, los papeles rusos relativos a Miranda. Y tal vez no me detenga allí porque hallo seductora la idea de agregar a la colección las piezas depositadas en los archivos de Madrid y de Washington y de publicar un conjunto con cuya ayuda pueda escribirse la historia definitiva del general. Por ahora, me contento con haber compuesto un volumen: *Miranda et la Révolution Française*, terminado recientemente, que aguarda un editor y que espero será de utilidad para rectificar el juicio obstinadamente formulado en Francia acerca del hombre que es, sin ninguna duda y por todos respectos, uno de los más hermosos ejemplares de la raza hispanoamericana. Además, y este dato interesa mucho, acabo de saber que el profesor norteamericano Robertson, a quien debemos ya una obra sobre Miranda y la independencia de las colonias españolas, publicará pronto otro libro en el cual ha utilizado, sobre todo, numerosos volúmenes de correspondencia relativos al general que se encuentran en la biblioteca de lord Bathurst, en Cirencester[3].

Me es imposible señalar hoy a Ud. los groseros errores acerca de Miranda que, en el curso de mi labor, he notado en los escritores franceses, los esclarecimientos que mi libro traerá al estudio de aquella vida turbada y turbadora, los descubrimientos realizados al seguir paso a paso al general en sus viajes y en sus empresas. No hablaré a Ud. de sus entrevistas secretas con el rey de Suecia, de sus conversaciones con los ministros daneses, de su amistad con Lavater, de su curiosa permanencia en Rouen, en la casa ultrarrealista de los Helie de Combray, de sus amores con la deliciosa marquesa de Custine, de mil otros pormenores desconocidos hasta el presente y que darán algún interés a mi obra. Sin embargo, es necesario que indique, sucintamente, los errores de que Ud. se hace eco, absteniéndome de suministrar las pruebas que produzco en otra parte.

Es falso, señor mío, que Miranda haya debido su situación en Francia a la protección de Inglaterra: Brissot y Pétion no han podido convenir en ello y nunca lo hicieron. Miranda fue presentado a los girondinos por amigos comunes de nacionalidad inglesa: es cuanto se puede afirmar. Fueron Servan, ministro de la Guerra, el Consejo Ejecutivo entero y varios miembros de la Asamblea Legislativa quienes rogaron al venezolano, entonces coronel, que prestara en el

[3] La obra *Miranda et la Révolution Française* apareció en 1925, en la librería Pierre-Roger, París. Fue durante sus búsquedas personales en Londres cuando el autor, guiado por la correspondencia del general Hodgson, gobernador de Curazao durante la Primera y la Segunda Repúblicas de Venezuela, llegó a la convicción de que los papeles de Miranda debían hallarse en Inglaterra. Dio parte de ello al director del Public Record Office y este, a su vez, le informó de los trabajos del profesor Robertson. Se sabe en qué condiciones el gobierno de Venezuela adquirió poco después el Archivo de Miranda. (Nota de 1935).

ejército servicios que él no había ofrecido y eso en el momento en que se preparaba a dejar a Francia para continuar sus viajes y su propaganda en favor de la independencia americana. Algunos meses más tarde, Miranda rehusó el mando de Santo Domingo, a pesar de las instancias de Brissot y de Monge, entre otras razones porque no quería ir a América a la cabeza de tropas extranjeras, no habiendo sido nunca su intención sustraer las colonias españolas a la dominación de su antiguo Señor para entregarlas a otro, sino únicamente el propósito de procurarles la libertad y de constituirlas en Estados independientes.

Dumouriez riñó con Miranda porque este fue el único de los jefes principales del ejército de Bélgica que se negó a seguirle en su traición. Porque Dumouriez, quiéraselo o no, fue traidor y, además, charlatán y embustero. Es ridículo, por decir lo menos, continuar escribiendo que Miranda traicionó en Neerwinden, o que la batalla se perdió por su culpa: en la primera parte de mi libro destruyo, uno después de otro y para siempre, espero, los argumentos de orden militar que la ignorancia o la mala fe forjaron contra él. Como soldado conocedor de su oficio y como teorizante de la ciencia de la guerra, Miranda era superior a todos sus colegas, sin exceptuar a Dumouriez mismo, cuyos planes de campaña, con frecuencia criticados y alguna vez corregidos por su teniente, pueden calificarse en estrategia, de absurdos. Sin contar que Miranda era un notable ingeniero militar, poseía vasta cultura general, hablaba cuatro o cinco lenguas, leía el griego y el latín, estaba dotado de brillante ingenio y de elocuencia maravillosa.

Es falso que Miranda haya sido en Francia, ni en ninguna otra parte, agente de Inglaterra: estuvo en relaciones con Pitt, en Londres, cuando trató de obtener apoyo del gobierno británico para realizar el ideal de su vida que fue libertar a América. Sus conversaciones con el primer ministro inglés tuvieron lugar en dos épocas bien definidas: hacia 1790, antes del asunto de Nootka, y a partir de 1797, es decir, cuando el general nada tenía que ver con la política francesa. Pero esta es otra historia, como diría Rudyard Kipling, y también historia conocida. Bajo el Consulado, Miranda no fue expulsado de París como agente de Pitt, sino porque se pretendió, como era verosímil por lo demás, que conspiraba contra España, aliada de Francia. Declamadores maniáticos género Robespierre, pudieron acusarle más de una vez de estar vendido a Inglaterra porque, Ud. lo sabe mejor que yo, en aquella época a todo el mundo se acusaba en Francia de recibir guineas.

Ud. leyó en las *Memorias* de la duquesa de Abrantes que Bonaparte y Salicetti emitieron ciertos juicios sobre Miranda. Pero, por la obsesión que le hace ver en todas partes la mano diabólica de Pitt, Ud. leyó muy mal. Bonaparte dijo

que había conocido al general en una comida ofrecida por un hombre que él, Bonaparte, sospechaba estuviese a sueldo de una potencia extranjera; y Salicetti, refiriéndose a las palabras de su compatriota, dijo a Madame de Permon que, en efecto, aquel anfitrión practicaba el espionaje. En rigor, ni uno ni otro sabían nada, pero, Ud. lo ve, ninguno hablaba de Miranda, sino del citado anfitrión. Si, por el hecho de que frecuentaba aquella casa, Ud. formulase la misma apreciación sobre Miranda, debería lógicamente agregar que también Bonaparte era agente de Pitt. Estoy seguro de que si hubiese acordado mayor atención a la narración de la duquesa, no habría dejado de comprobar la especie de admiración que nuestro venezolano inspiró al futuro emperador, y el juicio sumario de Salicetti: "Es un ideólogo". Salicetti pensaba en los habituales huéspedes del salón de Madame Helvetius y, en boca de aquel corso rapaz, el calificativo aparece como el más bello elogio.

Queda un punto oscuro: de 1795 a 1797, Miranda vivió en París con gran comodidad material, puede decirse con lujo. ¿Cómo pagaba tal lujo? Creo poder afirmar que no era con dinero inglés. "He contraído deudas", dirá más tarde, y cuando el general habla dice siempre la verdad. En todo caso, me propongo examinar imparcialmente, y con ayuda de los papeles rusos, si el dinero procedía o no de las liberalidades de Catalina. Importa recordar, no obstante, que no había necesidad de convertirse en espía para poder ser inscrito en el presupuesto de la zarina, bastando haber sido distinguido por ella: tal fue el caso de Miranda cuando obtuvo el permiso de llevar el uniforme de coronel ruso y una carta circular a los embajadores y ministros imperiales para que le diesen ayuda y asilo. Catalina prodigaba su dinero tanto como su cuerpo: Voltaire, abundantemente pagado, estableció en su favor y para engañar a Europa un bombo aturdidor según futura moda norteamericana. El conde de Provenza y el conde de Artois, exiliados, recibían alegremente los rublos de la caja imperial y colmaban de ditirambos a la soberana. No se cita sino un hombre que haya rehusado dinero ruso: el rey Luis XVI[4].

Es falso que Miranda haya conspirado con los realistas en vendimiario. Si se le persiguió en aquella circunstancia fue porque los fracasos sufridos por Jourdan en el Rin sirvieron de pretexto para que algunos demagogos vociferaran en el seno de la Convención que la "facción Miranda" aconsejaba el abandono de la línea del río.

---

[4] Investigaciones posteriores demuestran que tampoco recibió Miranda subvención de Rusia durante el lapso referido, y que la solución del problema está en donde la indicaba el propio general: las deudas. La correspondencia de Madame Pétion parece, a este respecto, decisiva. (Nota de 1935).

La acusación se fundaba en el hecho de haber publicado el general un folleto en el cual, con muy buen sentido, estudiaba la manera de poner término a la guerra y consolidar el gobierno revolucionario. En cuanto al Rin sostenía, y no era el solo de los militares que lo hiciera, que este río no ofrecía, como barrera, todo el valor que se le atribuía. Aconsejaba ya la formación entre Francia y Prusia de lo que se llama hoy todavía un Estado tapón.

Miranda fue proscrito en fructidor, como muchas gentes honradas. De habérsele escuchado, el Directorio no habría podido aprisionar los representantes y ejecutar el golpe de Estado, pues, hombre enérgico y decidido, Miranda proponía obrar con mayor rapidez que el gobierno, apoderarse de Augereau y marchar contra el Luxemburgo. Los escrúpulos de los tímidos jurisconsultos que abundaban en los Consejos permitieron el buen éxito de Barras: "Sois un imbécil y nada comprendéis de revoluciones", dirá Bonaparte a Mathieu Dumas.

Lo más triste de la historia que se ha fabricado de Miranda es que se desconoce totalmente el carácter e idealismo del hombre y se estima cómodo catalogarlo, sin examen, en la categoría de los aventureros. Se le dice amigo de cábalas: yo pienso, sobre todo, a las cábalas que se tuvieron contra él; conspirador: perteneció a la conspiración perpetua de la libertad contra la tiranía; intrigante: los latinoamericanos saben cuánto contribuyeron a la independencia de sus países, desde México hasta el Plata, treinta años de intrigas mirandinas. Para colmo de desgracia, los historiadores románticos queriendo defender a Miranda, siempre contra alguien, han alterado los hechos casi tanto como quienes le han atacado.

He ensayado situarle en su puesto real, definir su papel en el drama revolucionario de Francia. Será asunto de los críticos decir, mañana, si he logrado o no mi propósito.

C. Parra Pérez.

EL TESTAMENTO DE MIRANDA[5]

Don Ricardo Becerra pone en duda la autenticidad del testamento de Miranda publicado por el padre José Félix Blanco, y se hace eco de la leyenda del matrimonio del Precursor con la señorita Sarah Andrews, judía del Yorkshire. Dice que, debido a la oposición de los padres de esta a sus pretensiones, Miranda hubo de ir a buscar en Escocia "ritos religiosos menos exigentes que los de la Sinagoga"[6]. El señor Robertson, a su vez, indica la incertidumbre existente sobre las relaciones de familia de Miranda[7].

Una versión inglesa del testamento, hallada por el suscrito en Londres[8], destruye la fábula del matrimonio, probablemente lanzada por Leandro y repetida por el púdico Becerra. Es posible, además, que Sarah Andrews haya sido no solo el ama de llaves del general, sino también la madre de sus hijos, a pesar de la opinión de quienes hablan a este respecto de lady Stanhope. El documento publicado por Blanco no es apócrifo; pero a juzgar por la referencia a Bolívar y por otras indicaciones, como la mención del nombre de Francisco y la eliminación de Turnbull del cargo de albacea, es indudable que Miranda reformó en 1810 la pieza escrita cinco años antes. Se inserta a continuación la traducción castellana del texto inglés, que modifica el ya conocido y se agregan dos documentos inéditos: el codicilo de ratificación firmado por el testador

---

5 Publicado en *El Nuevo Diario*, Caracas, en abril de 1924.

6 *Vida de Don Francisco de Miranda*, Editorial América, vol. II, pp. 46-56.

7 *Francisco de Miranda*, traducción de Diego Mendoza, p. 358.

8 P. C. C., 85 Effingham, Somerset House.

y la deposición hecha en 1817 por Tomás Molini y Donald Mackellar. Las frases o palabras que aparecen subrayadas marcan las diferencias con el texto de Blanco.

Una referencia interesante sobre Tomás Molini se encuentra en la correspondencia del conde Simón Woronzoff, embajador de Rusia en Londres y amigo de Miranda. Con fecha 25 de julio de 1817, este diplomático escribía a su hijo el conde M. S. Woronzoff: "La persona que os ha enviado el libro sobre Miranda se llama Molini. Había tres grandes libreros del mismo nombre en Florencia, París y Londres. Conocí al primero de ellos, cuya casa subsiste siempre con mucha reputación. Los de París y Londres no existen ya. Este Molini que os envía el libro es pariente de los otros del mismo nombre y nació creo en Inglaterra. Parece que era más bien secretario y amigo de Miranda y no su edecán; que le siguió por amistad y para ayudarle en su correspondencia, porque es hombre instruido, sabe bien inglés, francés, español e italiano"[9].

C. Parra Pérez.

Berna, abril de 1924.

[9] Archivos del conde Woronzoff.–Carta en lengua francesa, cuya copia debo al señor Adoratsky, funcionario de los archivos de Estado de la República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia.

DISPOSICIÓN TESTAMENTARIA

Hallándome a punto de embarcarme para América, con intento de llevar a debido efecto los planes políticos en que tengo empleada gran parte de mi vida, y considerando los graves riesgos y peligros que para ello será indispensable superar, hago esta declaración a fin de que por ella se cumpla, en caso de fallecimiento, esta mi voluntad.

Los bienes y derechos de familia que tengo en la ciudad de Caracas, provincia de Venezuela, mi patria, los dejo a beneficio de mis amados hermanos, sobrinos y *relaciones*, a quienes *afectuosamente* deseo toda prosperidad.

Tengo en la ciudad de París, Francia, una preciosa colección de *cuadros*, *bronces*, *mosaicos*, *acuarelas* y *grabados* (según el catálogo del legajo de papeles A) que paran en poder del señor Clérisseau d'Auteville y de su yerno el señor Legrand, arquitecto de la misma ciudad de París y del abogado señor Chauveau-Lagarde, mi defensor y amigo. Asimismo me debe la nación francesa por mis *salarios* y *remuneraciones* en tres campañas *en* que serví a la República a mi costa comandando sus ejércitos (según cuenta de la Tesorería, certificaciones de *los* ministros de la Guerra Servan, Pille, etc.) *cerca* de diez mil luises *por lo menos* hasta el año de 1801, en el mes de marzo, *en* que *el Cónsul* Bonaparte me honró, como el Directorio, con una especie de ostracismo y yo voluntariamente renuncié *a* Francia, como nación envilecida y subyugada por los hombres más perversos de la Revolución francesa.

Dejo asimismo en la ciudad de Londres, en Inglaterra, mis papeles, *correspondencia oficial* con ministros y generales de Francia en *el* tiempo *en* que comandé los ejércitos de dicha República y también varios manuscritos que contienen mis viajes e investigaciones en América, Europa, Asia y África, con objeto de buscar la mejor forma y plan de gobierno para el establecimiento de una sabia y juiciosa libertad[10] en las colonias de *Hispano-América*, que son, a mi juicio, los países *mejor* situados y los pueblos más aptos para ello de cuantos yo tengo conocidos. Quedan estos (los papeles) cerrados y sellados en treinta cajas de cartón (*además* un portafolio de cuero que está en poder del señor Clérisseau, en París). Más, mi correspondencia y negociaciones con los ministros de S. M. B., desde el año de 1790 hasta el día presente acerca de la independencia absoluta y del establecimiento de la libertad[11] en todo el continente hispanoamericano en

[10] El texto de Blanco dice "Libertad civil".

[11] *Ibidem.*

los propios términos que Francia lo hizo con los Estados Unidos de América *(más tarde transmitidos a Caracas a don Simón de Bolívar en sesenta y dos volúmenes in folio); también una biblioteca de libros clásicos en griego, latín, italiano, francés, inglés, alemán, portugués y español, según aparece del catálogo II y que pueden formar en todo alrededor de seis mil volúmenes; también el mobiliario y objetos de la casa en que vivo, Nº 27, Grafton Street, con alguna vajilla y loza, según el catálogo I*[12].

Dejo como Agente y ejecutor testamentario en esta ciudad al Muy Honorable Nicolás Vansittart, a quien recomiendo particularmente lo siguiente[13]:

1º–Que todos los papeles y *manuscritos* que llevo mencionados se enviarán a la ciudad de Caracas (en caso *de* que el país se haga independiente, o *de* que un comercio franco abra las puertas de la provincia a las demás naciones, pues de otro modo sería lo mismo que remitirlos a Madrid) a poder de mis deudos, del Cabildo o Ayuntamiento para que, colocados en los archivos de la ciudad, testifiquen a mi patria el amor sincero de un fiel ciudadano y los esfuerzos constantes que tengo practicados por el bien público de mis amados compatriotas.

A la Universidad de Caracas se enviarán en mi nombre los libros clásicos griegos[14] de mi biblioteca, en señal de agradecimiento y respeto por los sabios principios de literatura y de moral cristiana con que alimentaron mi juventud *y* con cuyos sólidos fundamentos he podido *sucesivamente vencer* los graves *riesgos y peligros en medio de los cuales me ha colocado el destino*.

2º–Toda la propiedad que queda aquí en Londres y en Francia (según llevo expresado anteriormente) se aplicarán a la educación y beneficio de mi hijo *natural* Leandro, y *también Francisco*[15]*, a quien dejo particularmente recomendado a mi*

---

12 Este párrafo sustituye al dado por el padre Blanco, que dice así: "Quedan igualmente cerrados en cuatro portafolios de cuero con mi sello, recogidos ahora en sesenta tomos *y* folios (*sic*) titulados 'Colombia'. Según mis informes, parece que sean estos manuscritos los hallados por el profesor Robertson en la biblioteca privada de lord Bathurst.

13 El texto de Blanco dice: "Dejo por encargados y albaceas en esta ciudad de Londres a mis respetables amigos John Turnbull Esq., de Guilford Street (por su falta P. Turnbull, su hijo) y al Muy Honorable Nichs. Vansittart, a quienes suplico se encarguen de mis asuntos durante mi ausencia y la ejecución de esta mi última voluntad, en caso de fallecimiento.

14 El texto inglés no habla de clásicos latinos, sin duda por olvido de la persona que hizo la versión.

15 Las palabras "y también Francisco" se encuentran al pie del testamento. Sería interesante establecer si este párrafo, en la forma dada por Blanco, se hallaba en el documento de 1805, o si se trata de una adaptación del texto reformado en 1810, que aquí se publica. Dicho texto, por lo demás, es muy oscuro: ¿de cuál de sus hijos habla Miranda al indicar la edad de diez y ocho meses, de Leandro en 1805, o de Francisco en 1810?

albacea y amigos como queda el primero en la tierna edad de diez y ocho meses y sin ninguna otra protección de deudos o relaciones.

3º–Las 600 libras esterlinas que dejo al señor Turnbull para ir pagando la renta y gastos de mi casa (según el arrendamiento de 70 libras *por año*) se entregarán en la parte restante a mi fiel ama de llaves *Sarah Andrews*, a quien *dejo* igualmente los muebles de dicha casa Nº 27, Grafton Street, la *vajilla*, loza y *adornos* de la misma casa.

M…..a.

Londres, 2 de octubre de 1810. En el momento de embarcarme por segunda vez para la provincia de Caracas con el fin de proteger su independencia y libertad, a solicitud y petición de mis queridos compatriotas, ratifico y confirmo en todo la precedente disposición testamentaria y ruego a mi amigo y albacea el Muy Honorable Nicolás Vansittart darle cumplimiento en debida forma. Fecha *ut-supra*.

Fr. de Miranda.

Traducido fielmente del idioma español por el infrascrito en Londres, a 10 de septiembre de 1816. Doy fe.

Fr. de Pinna.
Notario público.

Comparecieron personalmente Tomás Molini, de Grafton Street, Fitzroy Square, en el condado de Middlesex, gentleman, y Donald Mackellar, de Thavies Inn, en la ciudad de Londres, gentleman y juraron: que conocieron y eran amigos de Francisco de Miranda, quien residía en Grafton Street, arriba mencionado, y general en los ejércitos de la América del Sur, fallecido. El nombrado Tomás Molini por su propia cuenta juró, además, que fue él quien escribió o redactó el testamento de dicho finado y también el codicilo o ratificación del mismo, que actualmente se halla adjunto al testamento que empieza así: "Londres, 1º de agosto de 1805. Disposición testamentaria" y concluye así: "a quien *dejo* igualmente los muebles de dicha casa Nº 27, Grafton Street, la vajilla, loza y *adornos* de la misma casa. *M …..a*" y dicho codicilo o ratificación empieza así: "Londres, 2 de octubre de 1810" y concluye así: "Fecha *ut-supra*" y suscrito *Fr.*

de Miranda; y que él estaba presente y vio a dicho finado firmar el mencionado codicilo o ratificación de su mencionado testamento; y que sabe que las palabras "y también Francisco", al pie de la tercera página del testamento, a las cuales hace referencia en el cuerpo del mismo, fueron escritas antes de que el difunto firmara dicho codicilo o ratificación. El citado Donald Mackellar juró separadamente que conocía muy bien la forma y el carácter de la letra de dicho difunto, por haberle visto escribir a menudo; y habiendo ahora examinado con cuidado y atención la firma puesta en el nombrado codicilo o ratificación del testamento, anexo actualmente al mismo y que comienza y termina como se dice arriba, declara que cree verdaderamente y en conciencia que dicha firma es de la propia mano del difunto general Francisco de Miranda.

Tomás Molini.
Donald Mackellar.

24 de enero de 1817. Los señores Tomás Molini y Donald Mackellar, antes nombrados, prestaron debidamente juramento sobre la veracidad de este *affidavit* ante mí.

S. Parson.
Surr: Prest.

Wm. Fox.
Notario público.

En 10 de febrero de 1817, la administración (con el testamento y codicilo anexo) de los bienes, etc. de Francisco de Miranda, antiguo habitante de Grafton Street, Fitzroy Square, en el condado de Middlesex y general en el ejército de Sur América, soltero, difunto, fue adjudicada a John Taylor, Esq., uno de los socios de la casa de comercio Edmund Boolun y John Taylor, de New Broad Street, Londres, acreedores del difunto, habiendo sido antes debidamente juramentado como administrador; y el Muy Honorable Nicolás Vansittart, único albacea nombrado en dicho testamento, habiendo renunciado y consentido en ello, y no existiendo heredero universal, fueron citados en la forma acostumbrada, pero no comparecieron Leandro de Miranda y Francisco de Miranda, principales legatarios nombrados en el testamento ya designado, y Ana Antonia de Miranda *Wd*, su natural y legítima hermana[16], única parienta próxima, y también

[16] Del general.

José María Arrieta (esposa de Blas Borjas) Rafaela Fernández, soltera ..... Fernández, soltera, Manuela de Orea, soltera, Nieves de Orea, soltera, Paula de Orea, soltera, y Josefa María Núñez, esposa de Luis López Méndez), sus sobrinos y sobrinas y quienes son las únicas personas que con la dicha Ana Antonia de Miranda están calificadas en lo que respecta al remanente de la herencia y efectos personales del difunto.

EL NOMBRE Y LA EDAD DE MIRANDA[17]

El señor Rafael Domínguez, publicó en *El Universal* del 2 de diciembre de 1925, un artículo sobre los estudios universitarios de Miranda y planteó en términos propios el curioso problema histórico de la verdadera fecha del nacimiento del grande hombre, sobre la cual disputan hace largo tiempo los doctores.

En el primer volumen de los *Archivos* personales del general (de los cuales espero poder hablar muy pronto) se hallan las copias de las partidas de bautismo y de confirmación que en seguida inserto, con la ortografía actual y sin abreviaturas, y que vienen tal vez a resolver la debatida cuestión. La partida de bautismo fue ya publicada por Domínguez; la de confirmación es inédita.

Como es increíble que Miranda utilizara los papeles de identidad de algún hermano de preferencia a los suyos propios, el suscrito emite como probable la hipótesis siguiente y la confía al examen de los eruditos:

1º – El Precursor se llamaba en realidad Sebastián Francisco de Miranda.

2º – Nació el 28 de marzo de 1750.

3º – El nombre de Francisco Antonio Gabriel debe corresponder a un hermano del general, nacido el 9 de julio de 1756 y muerto en tierna edad.

---

17 Publicado en *El Universal*, Caracas, 12 de junio de 1926.

Aceptada tal hipótesis, nos faltaría saber por qué tenía Miranda interés en rebajar cuatro años a su edad efectiva[18].

C. PARRA PÉREZ.

Berna, mayo de 1926.

PARTIDA DE BAUTISMO

(Papeles del General. Volumen Nº 1. Viajes)

Certifico yo el infrascrito Teniente Cura del Sagrario de esta Santa y digna Catedral que en Cl. B. uno de los libros parroquiales de mi cargo donde se asientan las partidas de bautismo de los españoles, al folio 739 se halla una del tenor siguiente:

"En la Catedral de la ciudad de Caracas, en cinco de abril de mil setecientos cincuenta (*y cuatro*)[19] años[20] puse óleo y crisma y di bendiciones a Sebastián Francisco, párvulo que nació a veintiocho de marzo, hijo legítimo de don Sebastián de Miranda y de doña Francisca Antonia Rodríguez. Fue su padrino el Br. don Tomás Baptista de Melo a quien advertí el parentesco espiritual y obligación y para que conste lo firmo. *Fecha ut-supra.* Mtro. Don Juan de Rada".

Entre renglones – y cuatro – Ve.

Es copia fiel de su original a que me remito y a pedimento de parte doy esta en dicha Catedral en quince de octubre de mil setecientos sesenta y ocho años.

Don Juan de Orellana.

Derechos arancelarios. . . . . .

---

[18] La alteración de fecha en la partida de nacimiento no era rara en aquella época. En el *Lucien Bonaparte* de François Piétri (p. 52), leemos que: "es curioso observar que José y Napoleón mismo, al casarse, creen útil, sin necesidad aparente, de servirse de un estado civil falso... En cuanto a Luciano, recurrió, por su parte, cuatro veces a este documento que le envejecía siete años...". (Nota de 1941).

[19] Las palabras "y cuatro" han sido agregadas por una mano evidentemente distinta de la que escribió la partida. (Nota de P. P.).

[20] El texto publicado por Domínguez contiene la frase "yo el infrascrito Thte. Cura baptisé y solemnemente...". Es posible que yo haya saltado sobre tal frase al tomar mi copia. (Nota de P. P.).

PARTIDA DE CONFIRMACIÓN

(Volumen indicado)

Certifico yo el infrascrito Teniente Cura de esta Santa Iglesia Catedral como en uno de los libros parroquiales que es el séptimo, en donde se han sentado las partidas de los confirmados por los Ilustrísimos Señores Obispos de esta diócesis, se halla una al folio 747 vuelto cuyo tenor es el siguiente:

"En la ciudad de Caracas en veintisiete de diciembre de mil setecientos sesenta y cuatro, el Ilustrísimo Señor don Manuel Machado y Luna, dignísimo Obispo de esta Diócesis, del Consejo de Su Majestad y su Capellán de Honor, administró el Santo Sacramento de la Confirmación a la persona siguiente, en esta Santa Iglesia Catedral: Sebastián Francisco, hijo legítimo de don Sebastián de Miranda y de doña Francisca Rodríguez de Espinosa, su padrino don Lorenzo Rozel, a las cuales confirmaciones nos hallamos presentes los D. D. don Blas Arnáiz y don Pedro Juan Díaz Orgaz, Cura Rector de esta Santa Iglesia Catedral, y para que conste Su Señoría Ilustrísima lo firmó.–*Manuel*, Obispo de Caracas". Entre renglones – y cuatro – Vale.

Concuerda con su original a que me remito y de pedimento de parte legítima doy la presente que firmo en la misma Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad Mariana de Caracas, a tres de enero de mil setecientos setenta y uno.

Br. Gerónimo Franco de (Ilegible)

DE CÓMO MIRANDA CONSINTIÓ SERVIR EN FRANCIA[21]

En mi obra *Miranda et la Révolution Française* me esforcé en demostrar que Miranda no solicitó del gobierno revolucionario el honor de servir en el ejército francés, y como, en el momento de alistarse bajo una bandera extranjera, el Precursor de la independencia latinoamericana no perdió de vista el perenne ideal de su prodigiosa vida ni la suerte de sus compatriotas. Dicha tesis tiene, como puede suponerse, importancia histórica considerable para el estudio de la psicología y de los actos de Miranda, a quien espíritus ignorantes o de mala fe creen todavía poder calificar desdeñosamente de aventurero.

El documento inédito cuya fiel traducción publico, escrito en francés de puño y letra de Miranda, es la prueba irrefutable de mis aseveraciones, apoyadas por lo demás en otros documentos concordantes conocidos.

En alguna parte de mi obra indiqué esta interesante pieza que se creía perdida y que tuve la fortuna de hallar hace poco entre los papeles de la colección a que entonces me referí.

C. Parra Pérez.

Berna, mayo de 1926.

[21] Publicado en *El Universal*, Caracas, 20 de junio de 1926.

DIARIO Y OBSERVACIONES EN PARÍS

Agosto-septiembre de 1792

11 de agosto.–Mi amigo el alcalde de París (Mr. Pétion) viéndome decidido a partir de un momento a otro para Inglaterra, donde yo tenía compromisos de grande importancia, me preguntó por qué no aceptaría servir en Francia, en la causa de la libertad que amaba tanto, etc.; que se me daría un puesto ventajoso y podría prestar servicios esenciales. Le hice presente mi calidad de extranjero y la ingratitud que después experimentaría, como lo había visto en América, además de las grandes ventajas que iba a perder en América, en Rusia, etc. Por fin me suplicó difiriese mi partida hasta la llegada de Mr. Servan, nuevo ministro de la Guerra y miembro del Poder Ejecutivo. Consentí, y el 20 llegó Mr. Servan. Pétion le habló inmediatamente sobre mí y el ministro le respondió que deseaba mucho emplearme pero que tratándose de un extranjero no sabía cómo hacerlo. Sin embargo me rogó esperara algún tiempo.

El 22.–Mi amigo el alcalde me dijo que "había arreglado mi asunto" y que Mr. Servan le prometía emplearme como "mariscal de campo" de los ejércitos de Francia, si yo quería aceptar. Le respondí que el empleo me sería bastante agradable, en el servicio de la libertad; pero que quería la seguridad de tener el *mismo sueldo* para subsistir después de la guerra, puesto que iba a abandonar todos mis demás recursos. Comimos juntos en casa de Mr. Pétion, y Mr. Servan me habló "sobre el asunto" con interés, haciéndome la misma proposición y ofreciéndome su amistad, pero me hizo observar la imposibilidad en que se hallaba el gobierno actual de darme una seguridad positiva, que no dependía de ellos puesto que su existencia misma estaba, por el momento, a merced de un azar. Agregó, sin embargo, que si la libertad triunfaba, Francia no podría jamás olvidar al "extranjero" que generosamente se consagraba a su servicio, en tales circunstancias, y que yo podría contar con ello. Dile las gracias y solicité algún tiempo para decidirme. Mi amigo el alcalde me dijo fuese a buscarle al día siguiente, para ver a Mr. Servan juntos. Fui a su casa y le presenté las condiciones adjuntas que aprobó; pero me dijo que no creía que el Poder Ejecutivo pudiera firmar con alguna seguridad para mí las condiciones de mi papel, aun cuando fueran justas. Por fin, aprecié la fuerza de esta observación y me retiré para reflexionar... lo que me inspiró el deseo de ir a buscar mi pasaporte para marcharme a Inglaterra.

El 25.–Fui a verle con esta idea, pero me suplicó volviese todavía, hacia las cinco de la tarde, a encontrarle en casa del ministro de la marina, *rue Royale*, donde debía comer con Mr. Servan. Fui a las seis y los tres juntos nos comprometi-

mos: yo a servir la causa de la libertad con todos mis medios y ellos en nombre de la Nación francesa, a apoyarme y emplearme aun después de la guerra, prefiriéndome a oficiales franceses, puesto que, como extranjero y en las actuales circunstancias, mi abnegación era más meritoria. Bajo estas condiciones[22], fui hecho "ipso facto" mariscal de campo. Mi amigo me abrazó; Servan me saludó como tal. Me fui a las Tullerías a reflexionar un poco sobre mi cambio de patria, de situación, etc. Allí encontré a Madame Pétion, a quien comuniqué mis nuevos compromisos y nos fuimos juntos a la Asamblea Nacional.

27.–No habiendo venido el edecán que Mr. Servan prometió enviarme fui a casa de este. Me recibió con amistad, dejó a mi elección el ejército en el cual quisiera servir y me dio la dirección de Mr. Debarquier, ayudante general, para que me ayudase a comprar caballos, hacer el uniforme, etc.

29.–Vi al ministro quien me ha dado como edecán [a] Mr. Barón, capitán de caballería, y me anunció que me destinaba a un campo que debe formarse en Châlons, para detener al enemigo que marcha sobre París; me hizo cumplidos por mi talento, etc. Fuimos a comprar equipajes y cosas de campaña.

Septiembre 1, 2, 3.–Me ha enviado Mr. Servan una carta de aviso en que oficialmente me anuncia haber sido creado mariscal de campo, porque no hay todavía patentes impresas según la nueva forma. Le hablé de Mr. Newton, oficial ruso, que quiere introducir la pica de los cosacos, y de Mr. Maxwell, joven escocés que quiere introducir la espada romana y me ha sido recomendado por mi amigo Andreani y el general Melville. Ambos fueron muy bien recibidos y obtuvieron todo cuanto deseaban.

5.–Mr. Servan me envió esta mañana mis credenciales de servicio, para servir en el ejército del Norte, a las órdenes de Mr. Dumouriez, donde yo pedí me mandasen. Muchas disputas sobre los pasaportes de los criados y sobre los caballos; y hasta los libros militares me han sido confiscados por las Secciones erigidas en árbitros sin saberse por qué. Al fin el vigor y la autoridad respetada del alcalde me han sacado de apuros, y parto mañana. Esta mañana, al entrar al club de los "Jacobinos" que están en elección, observé a Mr. d'Orleans[23] sentado en el banco con todo el pueblo, mientras presidía Collot d'Herbois. *O tempora!*

6.–Mientras escribía esta mañana, el ayudante Barquier vino a hacerme una visita y a ofrecerme su correspondencia. Tissot me ha invitado a comer con él. A las cuatro p. m. partimos de París. Muy buenos caminos hasta el Bourget,

---

22 "Ver la carta adjunta". (Nota de Miranda).

23 Felipe Igualdad, padre del futuro Luis Felipe. (Nota de P. P.).

donde hallé que habían detenido mis caballos porque faltaba el sello de la municipalidad. El alcalde advirtió su locura, pero ya mi criado había salido para París. Continué hasta Dammartin, y allí cenamos en el albergue Sainte-Anne. Pasable.

7.–Salí a las diez a. m. porque no había caballos en la posta. Muy buenos caminos, con árboles a los lados. A mediodía pasamos por las gargantas de Vaucienne, donde hay canteras y que son una buena posición para defenderse contra un ejército. Hay un barranco con un pantano profundo, que es el foso más terrible que pueda imaginarse. Un poco más lejos está la soberbia floresta llamada de Villers-Cotterêts, que es muy bella. A las seis, llegamos a Soissons (al albergue La Croix d'Or). Mi edecán fue a ver al comisario y halló en su casa al general La Bourdonnaye, quien iba a Châlons y deseaba verme. Vino y quiso persuadirme a seguirle[24] pero creí deber obediencia a mis órdenes escritas que son de juntarme a Mr. Dumouriez, y escribí al mismo tiempo al ministro de la Guerra. También escribí a Mr. Dumouriez que marchaba hacia su campamento.

8.–Esta mañana hacia las diez fui a ver al comisario de guerra D'Orly, que me parece un trapacero de antiguo régimen. Luego fui al campo donde el ayudante general Chadlas me habló mucho de insubordinación, de temores de las gentes que llegaban de París, etc. Traté de demostrarle que era necesario darles una ocupación cualquiera, atrincherar el campo, etc. Pero pronto vi que mi sermón era inútil, y le dejé poco más o menos como le había encontrado. Fui a ver al teniente coronel Pioget, que me pidió visitara su batallón y me parece el más franco y honrado de cuantos he visto aquí. Bebimos un trago a la salud de la nación. Al regreso encontré una compañía de campesinos que iban al campo. ¡Oh, qué aire tan honrado, simple y digno! Yo iría al fin del mundo con esas gentes.

9.–Salí a las siete de la mañana de Soissons para Reims. Hermoso camino. Hemos hallado muchos voluntarios que vuelven de Reims. Las gentes de la posta y de las posadas se quejan de las exacciones y del maltratamiento de los voluntarios. Yo mismo he sido detenido por un simple (?) y tres jóvenes, bajo el pretexto de que no gritaba. Informados por mi pasaporte de mi rango y destino, pretendieron que mi edecán tenía aspecto inglés o alemán y quisieron arrestarlo. Por fin, les hice ver la irregularidad de la cosa y me dejaron continuar camino, no sin rogarme les dijese por qué les licenciaban. Llegados al fin a Reims, que estaba en una consternación igual a la de París, me vi obligado a ir a la municipalidad para obtener caballos. Mi edecán llevó mis pasaportes, los cuales dijeron ser muy defectuosos porque les faltaba el sello del Estado, etc., mas, por último, se me permitió seguir. Veo, sin embargo, en la parte más sana

[24] La Cüe y Montjoie estaban con él. (Nota de Miranda).

del pueblo un odio profundo por la monarquía y un civismo que me consuela y me hace creer que triunfaremos al establecer la libertad. Con nuestro pasaporte tuvimos caballos inmediatamente y continuamos nuestro camino hacia Isle, aldea de Champagne; allí dormimos en un pobre mesón, para partir muy temprano e incorporarnos al ejército en Grand-Pré, donde se nos ha dicho se encuentra Mr. Dumouriez.

10.–Partimos de Isle a las seis y media de la mañana. El postillón estuvo a pique de quebrarse una pierna y de rompernos el coche al salir de la aldea, con el fin de hacernos pagar y de enganchar un caballo más. Siguiendo un buen camino de travesía, llegamos a Pauvre, pobre villorrio... en el cual vimos con asombro escrito todavía "Posta Real" y las ordenanzas "Por el Rey", lo que prueba cómo se ignoran en el interior de los campos los sucesos de la capital. De aquí, seguimos por un buen camino, observando en el que habíamos pasado que el villorrio había estado cubierto por una fuerte trinchera que demuestra que la guerra ha sido hecha en otro tiempo por estos lados. Llegados a Vouziers tuvimos noticias del ejército que está en Grand-Pré, y el encargado de los forrajes nos informó que había dejado aquel ayer y que Mr. Dumouriez estaba en Sainte-Menehould revistando las tropas, etc. Aquí estaba también un batallón del Marne, que había capitulado en Longwy, y que todo el pueblo trataba con desprecio por su detestable conducta en aquel sitio. Partimos inmediatamente y por un camino de travesía, ya bueno, ya malo. A una legua de la ciudad, encontramos una mujer joven, de aspecto distinguido, que nos detuvo diciendo que no podríamos pasar pues estaban cerrando el camino, de manera que ella se había visto obligada a abandonar su coche para continuar a pie; que había encontrado los enemigos en Buzancy y que la habían tratado muy cortésmente, etc. Nos aconsejaba no seguir por el mismo camino, porque no podríamos pasar. Reflexioné, sin embargo, que la dama hablaba de su camino que no era el nuestro, y que el miedo dictaba su consejo. Seguimos costeando un gran bosque donde vimos muchos carros que venían de Grand-Pré, prueba de que el camino estaba aún libre. Más adelante, cruzamos un piquete de caballería del campo de Grand-Pré, el cual nos informó que detrás venía un destacamento de cinco mil hombres, caballería e infantería, que iba a situarse en el Chêne-Populeux; vimos desfilar las columnas. A las tres y media, llegamos a Grand-Pré. Mr. Dumouriez no estaba en el Château. Se nos alojó, por orden del alcalde, en casa de un abacero, N° 25, donde estuvimos muy bien. A las ocho vino a verme un pequeño ayudante general, enviado por Mr. Chazot, teniente general, comandante por ausencia de Mr. Dumouriez, y quien me propuso ver a dicho general. Le retorné sus cumplidos hasta el día siguiente, si el servicio no reclamaba otra cosa. Tuvimos una mala cena y nos metimos en cama.

11.–Muy mal tiempo y lluvia continua desde nuestra llegada ayer. A las once, fui al Château a ver a Mr. Chazot, quien me recibió muy bien, un poco a la antigua petulante manera, que se rebajó pronto al leer mis credenciales de servicio. Me invitaron a comer, lo cual rehusé; y me aseguró que Mr. Dumouriez estaría aquí esta tarde. Vi después al tesorero, al comisario general, y volví a mi alojamiento, para pasar mi tiempo estudiando el mapa y las nuevas leyes militares. Dumouriez llegó a las ocho de la noche y me recibió con amistad y distinción.

12.–A las seis de la mañana, su edecán Monban (?) vino a buscarme para algo importante, y se me dio la orden de efectuar un reconocimiento contra los prusianos que fueron batidos por mi destacamento, con una fuerza muy inferior. Yo tenía cerca de dos mil hombres, infantería y caballería, y el enemigo seis mil hombres tanto de infantería como caballería. El combate comenzó a las once, en la aldea de Morthomme, y terminó a las seis, en Briquenay. Es mi primer ensayo en el ejército francés[25].

DOCUMENTO ADJUNTO

Persuadido como estoy del heroísmo y de la magnanimidad con los cuales la Nación francesa defiende su soberanía, y de la gloria que en consecuencia debe recaer sobre los que tengan el honor de unirse a ella para sostener la libertad, fuente única de la felicidad humana, consiento en servirla fielmente y en unirme íntimamente a esta Nación, bajo las siguientes condiciones:

1ª–Debo entrar en el ejército francés con el grado y sueldo de mariscal de campo.

2ª–Como una nación libre debe obrar siempre con justicia y equidad hacia los que la sirven fielmente, se me empleará, una vez terminada la guerra (en lo militar o en alguna otra parte), en un puesto que pueda darme una renta suficiente para vivir decentemente en Francia (25.000 frs.).

3ª–Siendo la libertad de los demás pueblos un objeto también interesante para la Nación francesa, y principalmente la libertad de los pueblos que habitan la América del Sur (o colonias hispanoamericanas) que con su comercio con

[25] Existe un informe completo de Miranda sobre el combate de Briquenay, donde por primera vez las tropas de la Revolución derrotaron al ejército prusiano. A este respecto, los historiadores franceses solamente citan a Valmy, simple duelo de artillería verificado algunos días más tarde y en el cual los prusianos quedaron dueños del campo. La "victoria" de Valmy es una farsa histórica. (Nota de P. P.).

Francia hacen gran consumo de sus mercaderías; y que desean igualmente sacudir el yugo de la opresión para unirse con aquella: es necesario que su causa sea eficazmente protegida por Francia como que es la causa de la libertad, y que se me acuerde el permiso (cuando la ocasión se presente) de ocuparme principalmente en su felicidad, estableciendo la libertad y la independencia del país, deber sagrado de que me he encargado voluntariamente y para el logro del cual los Estados Unidos de América así como Inglaterra han prometido su ayuda en la primera oportunidad favorable.

En París, el 24 de agosto de 1792.

F. Miranda.

N. B.–Es bajo estas condiciones expresamente, y en este espíritu, que me he alistado para servir a la Francia libre y cuya garantía por parte del gobierno representativo me ha sido asegurada por los ministros (de la Guerra) Servan, Roland, Lebrun y Claviére, así como por el patriota alcalde de París, Pétion, quienes me han prometido atestarlo siempre delante del mundo entero en caso de necesidad, etc.

El 25 de agosto dicho.

A Mr. Servan, ministro de la Guerra, en París.

DE CÓMO LOS PAPELES DE MIRANDA FUERON A PARAR A LONDRES[26]

Cuando Miranda fue entregado a los españoles, en La Guaira, ya su equipaje y sus papeles habían tomado puesto en el barco inglés que se dio muy luego a la vela y los llevó a Curazao, donde las autoridades inglesas se apoderaron de ellos.

La correspondencia que publicó, traducida al castellano, establece cómo vinieron a Londres los preciosos archivos cuya existencia se reveló hace poco y constituye lo que no vacilo en llamar estupendo hallazgo histórico. Dicha correspondencia del gobernador británico de Curazao, Hodgson, con lord Bathurst, ministro de la Guerra y con otros personajes ha sido copiada en el Foreign Office, en el War Office y en los *Manuscritos adicionales*, y forma parte en la numerosa colección de documentos inéditos que poseo, relativos a la historia de Miranda y de América[27].

En su carta de 27 de septiembre de 1812, Hodgson habla de una suma de dinero llevada por Robertson a Curazao: se trata de las célebres MIL ONZAS que varios de los culpables de la prisión de Miranda dijeron ser el precio de la capitulación de este, calumnia estúpida a la cual da fe todavía alguna docena de ignorantes. En su oportunidad publicaré ciertas piezas, igualmente sacadas de los archivos ingleses, que prueban

---

[26] Publicado en *El Universal*, Caracas, 26 de junio de 1926.

[27] Con posterioridad a la publicación de estos documentos, hallamos en otra fuente la primera de las cartas que ahora viene a completar el expediente y está dirigida por Hodgson a Vansittart. La copiamos del libro de correspondencia del gobernador de Curazao. (Véase en el presente volumen el artículo "Bolívar y Hodgson").

que aquel dinero no provenía de los españoles sino del tesoro venezolano y fue dado a Robertson por el gobierno de Miranda, para comprar armas destinadas a continuar la lucha.

C. Parra Pérez.

Berna, mayo de 1926.

***

(Llévala el coronel Douglass, en el Sapphire).

Curazao, 2 de septiembre de 1813.

Señor:

Tengo a honra comunicarle que la correspondencia del general Miranda con muchas distinguidas personas pasó a mi poder hace algún tiempo. Habiendo obedecido las órdenes del secretario de Estado respecto a dicha correspondencia, recibí instrucciones de Su Señoría de despacharla a Inglaterra.

Las cartas inclusas fueron halladas sueltas, y he dicho a Mr. Goulburn que las he remitido a Ud. como muestra de respeto. Hay otras varias cartas de Ud. pegadas en libros, que no podrían ser desprendidas sin destruir la correspondencia.

Tengo que presentar muchas excusas por tomarme la libertad de dirigirme a Ud., pero la naturaleza del asunto añadida al considerable grado de intimidad que subsistió entre su familia y mi difunto padre durante su residencia en Berkshire, confío en que me servirá de disculpa.

Tengo a honra suscribir,

J. Hodgson.

Al muy honorable N. Vansittart.

***

Add. Mtt.
31231
pp. 9-10

Privado. Copia.

Downing Street, 27 de enero de 1814.

Muy señor mío:

Le estoy muy agradecido por haberse servido Ud. devolverme mis cartas para el general Miranda. Aunque ellas fueron escritas cuando yo estaba fuera de servicio y no contienen cosa alguna que yo desease ocultar, sin embargo, todo asomo de correspondencia entre él y un miembro del gobierno británico es, indudablemente, una circunstancia hecha para provocar grandes sospechas y tergiversaciones.

Conocí a Miranda por primera vez en 1801, por deseos de lord Sidmouth, quien le puso, en cierto modo, bajo mi protección; y el Sr. Pitt, lord Grenville y lord Wellesley se comunicaron después con él por conducto mío. Nuestro objetivo, primitivamente, era utilizarlo en Sur América, y lord Wellington se preparaba en efecto a llevarlo allí, cuando estalló la revolución en 1808. Desde entonces nos hemos empeñado en aprovecharlo para tranquilizar el espíritu de sus compatriotas y prevenir disensiones entre ellos y la Madre Patria; y me inclino a creer que si él hubiera llegado a Caracas antes de la declaración de independencia, los acontecimientos no hubiesen ido hasta los extremos a que han llegado después. Cuál ha sido su conducta desde entonces es difícil de decir, pues muy poco crédito merecen los rumores que nos llegan; pero parece que, o bien halló a sus compatriotas demasiado violentos para dominarlos, o bien demostró menos habilidad en tratarlos de la que yo había esperado.

Es un hombre ampliamente informado y de talento considerable, cualidades que ha enderezado siempre hacia la realización de su objetivo favorito, de tornarse el Washington de Sur América. Ha viajado a través de toda Europa, y sabe más de la política y el régimen militar de los diferentes países que casi ningún otro conocido mío.

Después de las violencias ocurridas, temo que toda esperanza de conciliación haya desaparecido entre España y las colonias. Nuestra situación entre ellas es dificultosa y temo que nos haya cabido la suerte que con frecuencia

sufren los elementos estrictamente imparciales, a saber, causar enojo a ambas partes. La última esperanza, y es muy escasa, de restaurar la armonía, puede brindarla el regreso del rey Fernando a España, con tal que sus consejeros españoles sean más prudentes y más moderados que hasta ahora. Apreciando debidamente la fina atención de Ud. tengo el honor, etc. etc.

N. Vansittart.

Mayor general Hodgson, etc., etc.–Curazao.

***

W. O. 1-112.
pp. 112-114.
Nº 75.

Curazao, 25 de septiembre de 1812.

Señor:

Tengo el honor de comunicar a V.E. que Cumaná y Barcelona se han entregado a las fuerzas realistas.

El general Miranda existe todavía y comparece ante una comisión militar: se supone, generalmente, que su vida no corre peligro.

No he oído nada más respecto a la insurrección de los negros en Caracas. Supongo, de consiguiente, que ha sido subyugada, o que no tiene el carácter alarmante con que se la representó al comienzo.

Tengo el honor de suscribirme, etc.

J. Hodgson.

Al muy honorable conde Bathurst, etc., etc.

***

W. O. 1-112.
pp. 133-6.
Nº 78.

Curazao, 5 de septiembre de 1812.

Señor:

Hónrome en remitir a V. E. copias de una correspondencia entre don Domingo Monteverde y yo respecto de la suma de veintidós mil dólares traídos a esta isla por un Sr. Robertson, en el Sapphire y que aquel reclama como propiedad de la Corona de España.

Remito asimismo copias de los pagarés del Sr. Robertson por los dólares en cuestión: los originales, con varios endosos, hállanse ahora en posesión de un Sr. Lenz quien ha entablado un litigio para recuperar la suma.

El Consejero Fiscal, cuya opinión va adjunta, considera este asunto como una operación comercial y que no sería legal que yo interviniese, puesto que el caso depende de la Corte Suprema de esta isla.

Respecto del Celoso, no me considero autorizado para acceder a la solicitud del Sr. Monteverde, sin órdenes de V. E. Este buque pertenecía primitivamente a la Corona de España, y fue aprehendido por el Gobierno revolucionario de Venezuela; la manera como llegó a este puerto ha sido ya detallada en mi carta de 8 del último mes.

Envío una lista del contenido de los cajones y baúles aludidos por el Sr. Monteverde.

La vajilla la reclama un don S. Bolívar, pero habiendo desembarcado clandestinamente ha sido decomisada por el recaudador de las aduanas de Su Majestad y está ahora en litigio; según el informe algunos de los baúles que estaban vacíos al secuestrárseles, contenían platería de iglesia cuando fueron desembarcados, sin embargo no es posible aducir ninguna prueba satisfactoria de esto.

La correspondencia de Miranda con muchos personajes distinguidos en Europa, encerrada en uno de los baúles, está cuidadosamente conservada; y suplico a V. E. el honor de favorecerme con órdenes al respecto, lo mismo que sobre los otros tópicos de esta carta.

Deploro tener que decir que varias cartas dirigidas a Miranda por muy altos personajes de Inglaterra se han publicado en esta isla, con el propósito, a no dudarlo, de propalar la opinión de que la Gran Bretaña es favorable a la Revolución en Sur América.

Tengo el honor, etc. etc.

J. Hodgson.

Al muy honorable conde Bathurst, etc., etc.

***

F. O. 72-150.
Oficina Postal.

Curazao, 2 de septiembre de 1812.

Muy señor mío:

Permítame informar a Ud. que, después que la Provincia de Venezuela se entregó a los Ejércitos de S.M. Católica y luego de arrestado el general Miranda como prisionero de Estado, recibí una carta y varios paquetes de periódicos dirigidos a él; pero no creyendo prudente remitírselos pues seguramente caerían a manos del Gobierno español en Caracas, acaso en perjuicio suyo, y teniendo instrucciones de no reconocer agente alguno del último Gobierno independiente de Venezuela, he considerado de mi deber enterar a Ud. de lo ocurrido y pedirle se sirva informarme cómo debo proceder en este caso.

Tengo el honor de suscribirme etc.

William Price.
Agente Postal.

Señor Francisco Freeling, secretario etc.
Dirección General de Correos, Londres.

***

W. O. 1-113.
pp. 34-39.

Curazao, 24 de febrero de 1813.

Muy señor mío:

Tengo el honor de avisarle recibo de su carta de 6 del mes pasado, de carácter privado, en que me comunica las instrucciones de lord Bathurst respecto a la correspondencia de Miranda y otros documentos caídos, recientemente, en mis manos. En primera oportunidad cumpliré las órdenes de s. s. sobre el particular.

La manera que parece más apropiada para asegurar el arribo de aquellos consiste en enviarlos a Jamaica en un navío de guerra, con súplica al almirante competente de que los embarque a bordo de algún buque de Su Majestad con destino a Inglaterra.

En el evento de que el Gobierno español me solicitase la entrega de esta correspondencia, no dejaré de conformarme con la línea de conducta indicada por Ud.; y si se me hubiese hecho alguna solicitud antes de recibir su carta, habría rehusado acceder a ella, pues dicha correspondencia me parece tal que provocaría celos y desagrado por parte del Gobierno español.

Tengo el honor, etc.

J. Hodgson.

Señor Henry Goulburn, etc., etc.

***

W. O. 1-113.
pp. 331-3.
Nº 101.

Curazao, 2 de septiembre de 1813.

Muy señor mío:

Hónrome en remitir al cuidado del coronel Douglass, del Regimiento Nº 55, tres cajas que contienen la correspondencia de Miranda, y una cuarta seguirá en la próxima expedición: esta última parece contener documentos de gran importancia.

Cuando comuniqué, en mi carta del 27 de septiembre de 1812, haberme posesionado de tal correspondencia, no la había leído todavía. Sin embargo, observo ahora que hay muchas cartas privadas, con las que se ofendería a sus autores si otras personas las utilizasen, circunstancia que no dudo, será tomada en consideración por lord Bathurst. Confieso, ingenuamente, que tuve deseo de suprimir estas cartas privadas, pero no me creí autorizado por tal sentimiento para sacarlas de los libros, después que hube recibido órdenes de Su Señoría de mandarlas a Inglaterra.

Habiendo encontrado sueltas varias cartas privadas del Sr. Vansittart para el general Miranda, me tomé la libertad de remitírselas al primero, acto de respeto hacia él, que espero no haya de improbar Su Señoría.

El general Miranda está preso en Puerto Rico.

El coronel Douglass lleva instrucciones mías para notificar su llegada a la Secretaría de Estado.

Tengo el honor, etc.

J. Hodgson.

Señor Henry Goulburn, etc., etc.

***

W. O. 66-3.
Nº 011.

Downing Street
21 de enero de 1814.

Señor Gobernador:

Tengo el honor de avisarle recibo de sus comunicados mencionados al margen[28] y de informarle que los he comunicado a Su Alteza Real el Príncipe Regente, pero que las cajas que contienen la correspondencia de Miranda no han sido recibidas todavía en la Oficina.

Los documentos adjuntos a su carta Nº 104 relativos a la causa contra los señores Robertson y Belt han sido comunicados a los lores del Consejo Privado, con súplica de que Sus Señorías los consideren antes de llegar a ninguna decisión al respecto.

Tengo el honor, etc.

Bathurst.

Al gobernador Hogdson.–Curazao.

***

W. O. 1-115.
p. 521.

Portsmouth
22 de enero de 1814.

Señor:

Habiendo llegado hoy de Curazao, vía Jamaica y Bermudas, tengo el honor de informarle que, al dejar la primera de dichas islas, el mayor general Hodgson me confió tres baúles de cuero negro dirigidos a Su Señoría, que contienen la correspondencia del general Miranda, revolucionario suramericano.

---

[28] Nº 101, 2 de stbre. 1813.–Nº 102, 9 de stbre. 1813.–Nº 104, 16 de octubre, 1813. (Todos copiados y remitidos. A. M.).

Considerando que el contenido de dichos baúles es de carácter muy confidencial, y en vista de que los reglamentos aduaneros no permiten la introducción de bultos sin abrirlos, a menos de mediar autorización especial, los he dejado a cargo del Recaudador de Aduanas aquí (según prueba la copia anexa del recibo extendido por el Guarda almacén), hasta que Su Señoría se digne dar las órdenes que juzgue de rigor al respecto.

Tengo el honor, etc.

R. Douglass.
Coronel del Regimiento Nº 55.

Al muy honorable conde Bathurst, etc., etc. Downing Street, Londres.

***

(Escrito al dorso)

Copia.

He recibido del coronel Robert Douglass, del Regimiento 55, tres baúles de cuero negro con este rótulo: "Secreto – Al Muy Honorable Conde Bathurst, Downing Street, Londres", los cuales deben permanecer cerrados en la Aduana hasta que se reciba autorización para despacharlos sin examen alguno.

Aduana de Portsmouth, 22 de enero de 1814.

Wm. Norris.
(Guarda almacén).

***

(Escrito al dorso)

Nota.

Escríbase una carta a la Tesorería ordenando que, puesto que estos cajones contienen documentos de carácter muy confidencial, deben ser expedidos sin abrir a este Departamento, debiendo informarse al coronel D. de consiguiente.

Hecho.

LA INSPIRACIÓN DE MIRANDA[29]

Miranda fue, en cuanto se refiere a la independencia de la América española, el precursor, el grande inspirador, y no hay hecho de aquella, en la guerra como en la política, que no haya germinado en el fértil cerebro del épico agitador. Él fue durante un cuarto de siglo el centro dirigente del movimiento de opinión revolucionaria que conmovió al continente, desde México hasta Buenos Aires, el creador de la conciencia y de la solidaridad del mundo hispanoamericano, el propagador de las ideas de libertad de América, y aun de la existencia de esta, en los círculos intelectuales y políticos de Europa. El sincronismo de los movimientos de independencia en nuestros diversos países se debió a la tenaz preparación efectuada por los agentes de Miranda, como la simpatía que nos concedieron muchos elementos importantes de Europa y los Estados Unidos se debió al esfuerzo personal de aquel, pues no hubo en aquellos años un solo hombre célebre o simplemente notorio a quien Miranda no hablara, con su ardiente palabra de apóstol, de los negocios de América. Cuando la Academia Nacional de la Historia proceda a la edición metódica de los papeles del Precursor que el general Gómez acaba de adquirir para la Nación, cumpliendo acto de patriotismo inteligente, Venezuela y la América entera sabrán, al fin, quién era Miranda, cuánto le deben ambas, y harán las rectificaciones históricas que reclaman la verdad y la gloria de uno de los más ilustres hijos de nuestra raza. A esa obra de indispensable reivindicación, la justicia enlazará el nombre del presidente Gómez.

---

[29] Publicado en *La Nación*, Caracas, 15 de diciembre de 1926.

En los sesenta y tres volúmenes que forman el Archivo de Miranda que recibí de lord Bathurst, pude apenas, antes de enviarlos a Caracas, tomar algunas notas destinadas a completar mi propia colección de documentos históricos copiados en los archivos de Europa y relativos a Venezuela, a aclarar el sentido de ciertos hechos de una vida cuyo estudio se ha llevado ya varios años de la mía. Gloso a continuación una de dichas notas.

Uno de los aspectos más criticados de la gestión de Miranda en Venezuela ha sido el aspecto militar. Por causas que no sería oportuno indicar ahora, existe una leyenda arraigadísima y que será excesivamente difícil destruir, según la cual el generalísimo además de haberse mostrado inepto a la cabeza de las fuerzas patriotas, nunca pudo combinar un plan de operaciones ni realizar la manera conveniente de hacer la guerra entre nosotros. Yo protesto contra tal leyenda y la contradigo categóricamente, porque reposa sobre datos falsos, sobre interpretaciones erróneas y sobre la opinión de actores del drama interesados en calumniar a Miranda, en oscurecer sus servicios y en desdorar su reputación. Las causas políticas y militares del fracaso de Miranda son explicables, y serán explicadas. Pero, la historia es larga, materia de libro y no de artículo. Hoy, solo quiero probar con párrafos de un documento inédito, cómo Miranda, que temía con razón y preveía la ruina de nuestro país por diez años de guerra inexpiable, sí sabía cómo debía hacerse la guerra y llevaba resuelto en la cabeza desde 1801 y aun antes todo el problema militar de la independencia de Venezuela.

En abril y mayo de 1801, el general, de regreso de Francia, reanudó conversaciones con el gabinete inglés a fin de obtener auxilios navales para intentar una sublevación en Tierra Firme. El subsecretario Vansittart fue encargado por el primer ministro Addington de conducir sigilosamente las negociaciones, en las que tomaron también parte Nepean y lord Saint-Vincent, este último con el mayor interés. Puede verse en el volumen III, *Negociaciones*, de los papeles de Miranda, un diario de este que indica con pormenores la marcha y término de esas conversaciones, sobre las cuales volveré en próxima ocasión. Los proyectos militares

del Precursor habían sido aprobados por dos altas autoridades en la materia, los generales sir Ralph Abercromby y sir Charles Stuart, como debían serlo años más tarde por lord Wellington. En la entrevista del 24 de mayo, Nepean se impuso del plan, que comenzaría por un desembarco en las costas de Coro. Miranda no pedía tropas, sino fusiles, cañones, vestuarios y la cooperación de la flota británica. Copio de dicho plan, expuesto en una pieza adjunta al diario citado: "De esta posición (Coro) se marchará sobre San Felipe, Nirgua y Valencia, dejando siempre puestos fortificados a la romana, para guardar la línea de operaciones en seguridad, siendo Caracas el centro... Se hará un movimiento (con el refuerzo previsto) hacia los Valles de Aragua, por las ciudades de San Diego, Maracay, San Mateo y La Victoria, muy poblados, y de los cuales se espera sacar gente para completar una fuerza de 6.000 hombres de infantería y de 5 a 6.000 caballos". Barcos de guerra (ingleses) atacarían las costas desde Cumaná hasta La Guaira: "el gobernador de Trinidad podría también apoderarse del puesto de Angostura y guardarlo cuidadosamente, para penetrar por el río Orinoco hasta Santa Fe de Bogotá".

Fueron necesarios varios años de luchas sangrientas e infructuosas, aunque ilustradas por algunas grandes victorias tácticas, para que los generales de 1817 se dieran cuenta de la importancia estratégica del Orinoco. Dueño del gran río, Bolívar realizará, en 1819, la concepción mirandina con la magnífica campaña que terminó en Boyacá.

Miranda creía poder reunir en la provincia de Caracas 15 o 20.000 hombres que, apoyados por barcos ingleses, atacarían a Maracaibo y Santa Marta, para libertar el norte de la Nueva Granada y Panamá. Tomada Valencia, en 1811, el generalísimo querrá proseguir las operaciones contra Coro y Maracaibo, fortalezas y almacenes de las tropas españolas: el gobierno de Caracas, celoso y poseído de absurdo jacobinismo, le arrancará el mando y le forzará a abandonar así la ocasión de concluir la guerra.

MIRANDA Y LOS PATRICIOS DE 1782[30]

Miranda afirmaba que desde la época de su permanencia en el ejército de Cuba, cuando la guerra de la independencia de las colonias inglesas, varios patriotas hispanoamericanos le instaban para que encabezara una rebelión contra la metrópoli; pero que él desoyera tales súplicas e invitaciones, porque se consideraba, para entonces, ligado por lazos de honor al rey y a la monarquía, a cuyo servicio estaba. Algunas piezas halladas entre los papeles del generalísimo confirman sus palabras y, una vez más, establecen su veracidad.

Se insertan a continuación tres cartas que demuestran cómo, en 1782, algunos patricios caraqueños, inspirados en el ejemplo de los comuneros de Nueva Granada, en el alzamiento de los indios peruanos, y seguramente también en la independencia de los Estados Unidos, trataban de sacudir la dominación peninsular y a ese fin ocurrían a Miranda que aparece ya como el federador natural de los esfuerzos que tienden a la emancipación, como el caudillo panamericano por excelencia.

C. Parra Pérez.

Berna, febrero de 1927.

[30] Publicado en *La Nación*, Caracas, 15 de marzo de 1927.

***

Carta de D. Juan Victe. Bolívar, D. Martín de Tobar y Marqués de Mixares, al Sor. Don Francisco de Miranda.

Caracas, 24 de febrero de 1782.

Amado paisano nuestro:

Ya informamos a Vmd. plenamente por cartas que le embiamos en el mes de julio pasado de 81, el lamentable estado de esta provincia toda; y la desesperación general en que nos ha puesto las tiránicas providencias de este Yntendente que no parese ha venido aquí sino para nuestro tormento, como un nuevo Lucifer: ultrajando él y todos sus Sequaces personalmente a todo el mundo, y a su exemplo todo pícaro *godo* hace lo mismo, y el peor que es el maldito señor ministro Galves (más cruel que Nerón y Phelipe 2º juntos) lo aprueba todo y sigue tratando a los Americanos no importa de qué estirpe, rango, o sircunstancias como si fuesen unos esclavos viles: y acava de embiar una orn a todos los governadores para que ningún Caballero americano se pueda ausentar a país ninguno estranjero sin licencia del Rey, que es menester se pida por su mano a Madrid: conque véanos Vmd. aquí ia reducidos a una prisión desdorosa y tratados peor que muchos negros esclavos de quienes sus amos hacen maior confianza.

Y así no nos queda ia más recurso que en la repulsa de una insoportable e *infame opresión* (Como Vmd. dice en su carta a D. francº Arrieta) Vmd. es el hijo primogénito de quien la madre patria aguarda este servicio importante, y a nosotros los hermanos menores que con los brazos abiertos y puestos de rodillas selo pedimos tambien por el amor de Dios: y a la menor señal nos encontraría prontos para seguirle como nuestro Caudillo hasta el fin, y derramar la última gota de nuestra sangre en cosas honrosas y grandes. Bien savemos lo que ha pasado y pasa por ntro vecindario en Sta. fé y en el Cusco, pero no nos agrada el resultado y temiendo iguales consecuencias (y con la experiencia además en casa *de los de León*) no hemos querido dar un paso sin su consejo de Vmd., en cuia prudencia tenemos puesta toda nra esperansa.

Allá embiamos a Vmd. con el hijo de (palabras borradas) firmas y noticias hemos creido necesarias para que en nombre nro., y de toda la provincia pacte y contracte con nuestro pleno poder y consentimiento: y aun más allá si lo tuviera Vmd. por conveniente con potencias extrangeras afin de conseguir el rescate de un tan maldito Cautiverio.

Esta la fiamos al *padre Cárdenas*, Religioso de la Merced que va a la havana, y es sugeto de quien se puede Vmd. fiar y mui de su hermano de Vmd. Arrieta: quien le contará a Vmd. todo a boca mui por menor, nos promete traer la respuesta de esta personalmente para nuestro alivio: por Dios que no dexe Vmd. de embiarnosla sin falta. Dios le guarde a Vmd. su importante Vida.

B. L. Mº de Vmd. Sus fieles y amantes paisanos & &... por todos todos.

***

D. F. A. de Arrieta a D. F. de Miranda.

Don Pedro Nava ha benido de The Rey, es Cavrº Canario, su edad 37 años, mui bien informan de sus circunstancias y su avilidad, mui compinche de Cocho, aier me dijo a mi tambien delnte la oficialidad q. desde Madrid trahia deseos de ser mi amigo; este es vellisimo empleo, tres mil pesos sin absolutamente travajo, asi lo pudieras proporcionar para quando se haga la paz, pues este tiene muchos brazos y querrá hirse. Arse va de Govor, a Maracaibo, le pesará bastantes vezes; Huerta el Alferes fue embiado por el Gral con pliegos y se crehe perdido o apresado, pues tardava demasiado en llegar a España: ese Sr. Galbes es criado con los Oreas, no te dejes de insinuar q. al difº Dn Marcos lo amaba y los SSrs. viejos, el Sr. D. Matías le escrivia de Hijo y mui tiernamente y aun el Sr. Ministro con el más agrado.

Este padre Cárdenas es mui mio, sugeto lleno, en su oficio y en los demás, oxalá pudieras servirle en algo q. se le pueda ofrezer a lo menos prestate francamente a su amistad cuia noticia deseo, y ver tus cartas en tu padre, y á dios a qn. ms as. Caracas y 25 febrero 1782.

Su hermano afmo. y amigo

F. A. de Arrieta.

***

El mismo al mismo:

Hai van esos testos afin de q. se conosca loq. ha havido en nra Vecindad, pero la zédula me parece recargadita a favor del Señor Arsobispo, la Rl orn. incorrespondiente aun Virrey y auna audiencia y la carta de Compre yo hera primer Atte. quando se asomaron estos ruidos y intentamos primores, y los huvieramos hecho con otro gral., pero enfin embiamos gente hasta Mérida, y allí están, al otro año de solo regidor fuí diputado al gral. y sin nada consentir me pagó en vozes galanas, puede q. en *Madrid se piense q. somos* levantados, pero ya oy tendrán documentos y mui formales de lo contrario. Homre de Dios escribe a tu Padre y aquí en Caracas a 16 de Junio de 1782.

D. F. A. de Arrieta.

DELFINA DE CUSTINE, AMIGA DE MIRANDA[31]

Vuelvo a amar y honrar el amor a la francesa, mezcla de atracción física sin duda, pero también de gusto y de inclinación moral, de galantería delicada, de estimación, de entusiasmo y aun de razón y de ingenio... Me complace figurar este amor francés o esta tierna amistad, en sus diversos matices, por los nombres de Madame de La Fayette, de Madame de Caylus, de Madame d'Houdetot, de Madame d'Épinay, de Madame de Beaumont, de Madame de Custine: jamás falta allí la gracia.

SAINTE-BEUVE

Alguna vez, en gordo volumen que pocas gentes habrán tenido tiempo de hojear, tratamos de describir la vida heroica de Francisco de Miranda, aquel venezolano que, aun dedicado sobre todo a separar de la Madre Patria los países de la América latina, pudo contribuir a libertar los Estados Unidos expulsando a los ingleses de Pensacola y las Bahamas, y luego, general en las tropas de la Francia revolucionaria, venció a los prusianos en Briquenay de las Argonas, tomó Amberes a los austriacos y fue comandante en jefe del ejército de operaciones en Bélgica.

Pero debería escribirse otro libro para contar la curiosa novela de la vida íntima de Miranda, las peripecias de su viaje por las cuatro partes del mundo entonces conocidas, a través de las cortes, en estrecho contacto con los hombres y mujeres más célebres o notorios de su tiempo. Porque si Miranda disertó sobre la guerra y la política con Washington,

[31] Traducción de la "Introducción" de las cartas inéditas de la marquesa de Custine a Miranda, publicadas por el autor del presente volumen en París (Ediciones Excelsior, 1927).

Federico, Catalina, Gustavo III, el conde Bernstorff, Pitt, Wellington y Bonaparte, si el destino le llevó a mandar a Hoche, Moreau y Bolívar, fue asimismo personaje a quien abrió sus puertas la sociedad europea, compañero de fiestas de los príncipes de Ligne y de Nassau-Siegen, huésped de Madame de Krüdener, correspondiente de Pictet-Turrentini. Miranda estuvo en relación con quienes en su época brillaban en la literatura, las ciencias y las artes, y todos ofreciéronse a satisfacer su insaciable curiosidad, a ornar su espíritu con variados conocimientos. "¿No publicaréis nunca la descripción de vuestros viajes, que sería sin duda alguna la más interesante que se haya escrito?", preguntábale Catalina Hall, una de sus queridas, a quien conoció en casa del barón Alströmer, en Gotemburgo, y que durante largo tiempo lloró la ausencia del caballero errante.

Esta descripción de los viajes de Miranda, que se creía perdida, existe. Encontramos los preciosos papeles del general en un castillo de Inglaterra y, a nuestra súplica, el gobierno de Venezuela los compró y depositó en los archivos de Caracas de donde, algún día, se los extraerá y publicará. Los sesenta y tres infolios empastados por el héroe, que contienen multitud de notas diversas, en particular las relativas a las negociaciones que prosiguió durante veinte años a favor de la independencia de las colonias españolas, junto a su abundante correspondencia con tantos personajes interesantes, pueden presentar a quien sepa mirar una especie de espejo de la época entera.

Miranda cultivó con ardor la sociedad femenina y en su *Diario* recuerda hasta sus aventuras efímeras gustándole entonces entrar, con rabelesiano estilo, en los detalles más escabrosos. Pero, al contrario, en general, solo habla con honesta discreción de sus relaciones íntimas con damas de alta clase.

Muy cuidadoso de su persona, de ademanes nobles y elegantes, nuestro venezolano impresionó siempre favorablemente a las mujeres: la duquesa de Abrantes encontraba sus ojos magníficos y encantadora su sonrisa. Dotado de grande elocuencia, brillaba en la conversación: en Ginebra, Mlle. de Saussure confiesa no haber podido olvidar "su genio,

el fuego de su imaginación". Catalina II fue conquistada antes quizá por el hombre que por el político y el erudito. En Copenhague la condesa Schimmelmann, ingeniosa y rubia beldad que, al decir del ilustre poeta Baggesen, hechizó a Miranda, dejó a este recuerdos imborrables. Admiradora de sus méritos, Helena María Williams le veía Cónsul. La impetuosa Staël busca su compañía, llámale a sí, despierta los celos de Madame de Custine. Lady Stanhope quiere seguirle a América. Madame Pétion se enamora tiernamente de él y las cartas que le dirige sirven ahora, propicias, para esclarecer el origen de sus recursos pecuniarios. En la penumbra de la casa de Grafton Street, Sarah Andrews, madre de sus dos hijos, le guarda fidelidad de esposa. Delfina, por último, le ama como ella sabía amar, melancólica, infielmente...

Los documentos que publicamos hoy, extraídos de los papeles de Miranda, fijan las relaciones de este con Delfina de Sabran, marquesa de Custine. Las páginas que en nuestro libro sobre *Miranda et la Révolution Française* se refieren al mismo objeto y que reproducimos, con las variantes derivadas del reciente descubrimiento, pueden servirnos de Introducción, pues nada tenemos que cambiar, cuanto al fondo, de lo que allí dijimos[32].

Es después de Termidor cuando vemos a Miranda frecuentar el salón de Madame de Custine donde trata, al lado de antiguos terroristas como Fouché y Tallien, a los moderados Boissy d'Anglas y Barthélemy, sus amigos personales y políticos. La marquesa vive entonces en la calle Martel, Nº 9, en casa del señor La Féve, en el fondo del Faubourg Saint-Denis, entre las calles de las Petites-Écuries y Paradis, "primera puerta cochera, a la izquierda, entrando por la parte baja de la calle". Hermoso apartamiento que no dejará sino en 1804 para ir a vivir en la calle Verte, frente al hotel de Chateaubriand. En relaciones con Miranda desde la época del Terror, la inflamable Delfina no había tardado en amarle: sus cartas prueban que entre ellos hubo ligazón bastante íntima aunque la

[32] En aquella obra se indican las fuentes bibliográficas. La mayor parte de las cartas se hallan en el volumen titulado *Correspondencia de mujeres*.

cautela de aquel y el misterio y oscuridad que rodearan su vida no hayan permitido hasta el presente conocer estos amores que creemos haber descubierto.

Luisa Leonora Melania de Sabran, llamada Delfina, marquesa de Custine, era hija del viejo conde de Sabran a quien por su valiente conducta en el combate naval de Santa María Luis XV honró un día ante la corte con el calificativo de "pariente", y de la admirable Madame de Sabran cuya vida fue una novela de ternura y fidelidad. "¡Oh, Dios, cuán bella eres, hija mía!", exclamaba Madame de Sabran en Zúrich, al caer en brazos de Delfina después de cuatro años de cruel separación. Y el grito del corazón maternal correspondía, esta vez, a la realidad, porque podría decirse, en efecto, que nunca ha existido criatura más hechicera que la marquesa de Custine. Blanca como un lis, de talle elegante y de rasgos tan puros que excitaban la admiración de Canova; beldad maravillosa que Chateaubriand veía ornada solo de su cabellera de seda, herencia de Margarita de Provenza, deliciosamente linda, fresca, voluptuosa, de agudo ingenio, llena de encanto y de coquetería, Delfina era una de las mujeres más seductoras y cortejadas de la sociedad francesa en tiempo de la Revolución. La duquesa de Abrantes la decía un don hecho al mundo por el cielo en día de munificencia.

A su primera aparición en sociedad, como el archiduque heredero de Austria la dirigiese galantemente la palabra, Delfina tomó la fuga con grande asombro del príncipe: era tímida como una paloma y temía a los hombres. Cuando, la víspera de su matrimonio, la prudente mamá quiso decirla "el pequeño discurso de circunstancia para prepararla a su nuevo estado", asustóse la joven de tal manera que tuvo escalofríos. Madame de Sabran esperaba, sin embargo, al otro día de las nupcias que su hija, como Psiquis, habría tenido más miedo que mal... Aunque luego llegó a acostumbrarse al comercio de los hombres, fue Delfina toda su vida un ser sensible y de incurable candidez.

A la edad de diez y ocho años casóse con Armando de Custine que contaba diez y nueve. Era el hijo del general marqués de Custine muchacho muy distinguido, inteligente e instruido, de buen carácter y con

todas las cualidades necesarias para hacerse querer. El matrimonio, en los primeros tiempos, fue idílico: ante las cunas de sus dos hijos ambos jóvenes se adoraban. Mas no tardaron los disentimientos, surgieron admiradores y Delfina, coqueta, les escuchó. Herido en su amor propio, Armando se alejó y varias tentativas de arreglo ni siquiera lograron disfrazar la desavenencia.

Cuando se trató de casar a su hija Madame de Sabran expresó el temor de que esta no encontrase jamás reunidos los "ingredientes" de la felicidad, fortuna, en efecto, rara como todos sabemos. El carácter de la joven justificó tal inquietud. ¡Curiosa familia, los Sabran! Delfina, Elzear su hermano y Astolfo su hijo son, evidentemente, seres desequilibrados tanto en lo moral como en lo físico. Elzear, siempre malucho, busca, a la moda romántica, la paz de claustros y cementerios; Astolfo romperá su vida al entregarse a vicios vergonzosos. Delfina tiene los nervios siempre tensos, sufre de ahoguíos y de espasmos. La correspondencia que lleva con su madre y su hermano demuestra el estado anormal en que vive. Presa de horrible misantropía, quisiera olvidar al género humano y sobre todo olvidarse a sí misma. De humor agitado, cree que su cabeza está "mal organizada" y que carece de "sentido común". Asáltanla imaginaciones y aterradores presentimientos y gime que "el fin de todo aquello será la locura". El silencio de sus amigos, por corto que sea, la desespera. Es el hada de Fervacques, la princesa Sin Esperanza a quien el René de los primeros tiempos reprocha sonriente que no pueda aguardar más de dos días una carta.

M. Gaston Maugras que, después de las páginas exquisitas que A. Bardoux consagró hace años a Delfina, ha venido también a echar un velo púdico sobre las debilidades lastimosas de esta mujer encantadora, llega a la conclusión de que le faltaba equilibrio como arriba decimos. En efecto, la inconstancia, la extraordinaria facilidad con que cambia de sentimientos, provienen de una especie de sensibilidad enfermiza que forma el fondo de su temperamento: tierna y ardiente, excesivamente nerviosa, melancólica y fastidiada, inquieta y triste Delfina es de naturaleza caprichosa, paradójica y ligera. Es cierto que fue recta y leal en

amistad, capaz de devoción y aun de heroísmo como lo probó durante los procesos de su suegro y de su marido; pero puede agregarse que en ella el heroísmo es, como la debilidad, hijo de la inconsciencia porque Delfina es feble y fácil. "Quisiera darte un poco más de orgullo", dícela su madre. Confiesa su "sensibilidad vaga" que la extravía y deja correr el torrente "porque no tiene fuerza para impedirlo". Por ello se abandona siempre sin lucha y publica ingenuamente sus caídas. Como cierto día mostrase a Chênedollé el gabinete en que recibía a Chateaubriand, preguntóle el poeta: "¿Era, pues, aquí donde él estaba a vuestros pies?". Y Delfina respondió: "Tal vez era yo quien estaba a los suyos".

Fue su vida una carrera tras la felicidad que siempre le escapó: quería dar la vuelta al mundo en busca de "un verdadero amigo". He allí su sueño continuo: un amigo; y viose condenada a tener muchos, es decir, ninguno. Sin duda, el ejemplo de su madre ligada hacía veinte años al caballero de Boufflers, la llevaba a creer en esta forma accesible de la dicha. Sus cartas a Miranda abundan en lamentaciones. Más tarde importuna a Chateaubriand, hácele reproches, se muestra murmuradora y aun regañona, impertinente a veces, pues desearía pasar con René "la eternidad". El Genio le escribe: "Me perseguís demasiado", y también: "¿Podría atreverme a pediros que no fueseis tan loca?".

Toda una teoría de amantes conquista sucesiva, o simultáneamente, el corazón sensible de Delfina hasta que esta se consagra, extática, a la gloria y a la inmensa vanidad de Chateaubriand. ¡Cuántos se sentaron en el pequeño canapé azul de que habla con ternura a su propio hermano Elzear! Delfina ama a todo el mundo, aun a su marido. Escribe a su hermano: "Nuestras cartas son como de tiernos amantes: ¿sabes que algunas veces deploro no poder amarte de esa manera?". Para consolarse, trata de robar *El trovador* a su mejor amiga la condesa Alejandro de La Rochefoucauld; luego coquetea con M. d'Esterno; con el caballero de Fontanges; y se entrega al conde Antonio de Lévis "el único –confiesa– que yo haya querido verdaderamente y el único, tal vez, indigno de ello". Por lo demás declara a Elzear que las cualidades sólidas no son las que puedan atarla a un amante, pues "tu pobre hermana es demasiado

atolondrada... un fatuo seductor y amable tiene más poder sobre ella, porque lisonjea su amor propio. Es horrible, lo sé, pero no temo hablar francamente contigo".

Al comenzar el Terror Delfina dividía su tiempo entre el proceso del general Custine y las visitas a la Force donde estaba su marido. Fue sin duda en esta prisión que conoció a Miranda y se ligó una amistad luego transformada en amor. Encerrada más tarde ella misma en la cárcel de Carmes, Delfina halló medio de olvidar sus penas en los brazos de Alejandro de Beauharnais de quien fue amante, con el consentimiento de Josefina que compartía su celda. Adoró al vizconde y lo más curioso es que logró que Elzear, satisfecho de saber que había participado, aunque de lejos, al afecto de aquel, compartiese el sentimiento póstumo. Juraba este hermano verdaderamente único que si Delfina "daba un vencedor al recuerdo de Beauharnais" no la querría ya por hermana.

Las aventuras se multiplican. Antes de la que tuvo en la prisión, Delfina iba a ver en El Havre a M. de Grouchy: "es la novela más continua, interesante y tierna". Los sucesores de Beauharnais se nombran: el conde Luis de Ségur; Boissy d'Anglas, familiar de su casa; el médico alemán Koreff que le dio "pruebas que no olvidará nunca" y con quien, a pretexto de cuidar de la salud de su hijo, hizo viajes sentimentales; en fin, el ignoble Fouché, ministro de la Policía, lobo convertido en guardián del rebaño por la gracia del Directorio y de Bonaparte, Fouché que "amaba lo positivo en política como en afecto" y parece haber sido en esta época crítica el protector por excelencia, el "amigo serio" como se dice hoy. ¡Qué tristeza nos causa ver a la más linda de las mujeres entregarse a este hombre de faz pálida, de ojos sin vida inmóviles como si fueran de vidrio!

¿En qué fecha exacta se enamoró del general Miranda la marquesa de Custine? ¿Quísola también aquel, o aprovechóse simplemente de la bella presa que se ofrecía, reservando su corazón para no dar a Delfina sino las caricias que reclama una querida deliciosa y ardiente? Es de suponerlo, si se juzga por la manera como parece haber escapado de los brazos de la voluble sirena. Creemos que Miranda, a pesar de su temperamento

tropical, apenas sufrió el yugo de las mujeres hasta cierto punto, es decir, que aunque tuvo muchas amigas acaso no quiso con pasión a ninguna. Mas de ello nada sabemos positivamente. Por su parte Delfina sintió por el general uno de aquellos anhelos sinceros habituales en ella y no se resignó con facilidad a verse descuidada. Esforzóse después en demostrarle que, en todo caso, la amistad podía sobrevivir a un amor de que Miranda ya no gustaba. Porque fue sin duda este quien se alejó: ni su orgullo, que era ilimitado, ni su carácter duro y absoluto se avenían a un repartimiento. Podría también sostenerse, por idénticas razones, que Miranda enamorado en realidad de la marquesa solo se decidió a romper cuando advirtió que no era el único que gozaba de sus favores. Esto concordaría bastante con cuanto sabemos de la psicología del personaje: si hubiera sido otro hombre habría continuado contándose como un número entre los felices mortales que conocían el pequeño canapé. Delfina no hizo nunca alarde de fidelidad en amor: en plena adoración de Chateaubriand no perdió de vista a su Fouché y las escapadas con Koreff datan precisamente de la época del reinado de René.

Es desgracia que no poseamos cartas de Miranda a Delfina, ni exista alusión alguna de aquel a sus amores. Una sola vez hemos encontrado el nombre de Madame de Custine en la pluma del general (quien, sin embargo, la mencionó más tarde en un interrogatorio de policía), cuando utilizó el viaje de su amiga a Suiza, en 1795, para escribir a Lavater una misiva que tuvimos la fortuna de descubrir en la Biblioteca Central de Zúrich. Allí, como era natural, no se trata de amor sino "de las virtudes y otras sublimes cualidades" de que Miranda cree conveniente exornar a la marquesa para hacerla "muy digna" de la estimación del pastor. "No debo –escribe el general– decir nada al señor Lavater, quien sabiendo conocer mejor que nadie, por la fisionomía, las nobles cualidades del corazón, sabrá mejor que nadie distinguir la interesante persona que tendrá el placer de entregarle esta carta. Ella está encargada igualmente de presentarle los cumplidos de quien bajo el nombre incógnito de Meirat, en Zúrich, el año 88, recibió tantas pruebas de amistad del señor Lavater, al que dejó su retrato y la prenda de su sincera amistad y del más perfecto agradecimiento".

Delfina llevará a París, a fines de 1795, la respuesta de Lavater al general: "Concluid la paz –escribe el filósofo–, acabad de una vez la guerra, por la superioridad de vuestro genio y haced temblar a todos los que no quieren sino hacer temblar. *Nil intentatum relinque* para alcanzar la paz". Bellísimo mensaje este que dirige Lavater al "hombre que no se puede olvidar jamás... el hombre enérgico que se sostiene todavía en el torbellino de las revoluciones, de las intrigas y de las cábalas". Miranda –dice a Delfina– "encierra un mundo de hombres en sí"; y desea que Francia "no rechace ese mundo, un mundo de ingenio y de energía con él".

La marquesa por su parte se había puesto a admirar a Lavater con el entusiasmo irreflexivo y espontáneo que caracterizaba su arrebatado temperamento, y se decía feliz de verse acogida con favor en el gabinete del anciano, "santuario de ciencia y sabiduría", donde "el bueno y mejor ángel celeste" la había devuelto a los brazos de su madre. Prestará siempre y por igual interés a los sabios y a los charlatanes: durante el imperio recibirá en su casa al doctor Gall y al abate Furia que predicaba las doctrinas de Swedenborg y las teorías de Mesmer. Acaso el ascendiente que sobre ella tomó Koreff se debió a la manía del magnetismo que en este médico criticaba Chateaubriand, a quien los celos llevaban al sarcasmo. "Vuestra hija es transparente", decía Lavater a Madame de Sabran; "jamás he visto tanta sinceridad". Y a Miranda: "¡Qué alma la buena Custine, que la Providencia ha honrado con tantas desgracias!". *Quandoque bonus dormitat Homerus...*[33].

---

[33] He aquí la traducción castellana de las páginas que dedicamos al célebre creador o divulgador de la *Fisionomonía* en nuestro citado libro *Miranda et la Révolution Française* (301-303):
En el último cuarto del siglo XVIII llenaba al mundo protestante el renombre de Juan Gaspar Lavater, pastor de Zúrich, el hombre que, al decir de Pfeffel, entrevió la eternidad. Teólogo, filósofo, crítico, Lavater es también uno de los poetas de la nación helvética, el aeda de las virtudes y proezas de los antiguos confederados, el cantor del paisano y de la grandiosa naturaleza alpestre. Aquel cristiano, dotado de actividad y de potencia de trabajo asombrosas, fue como "una luz delante de los hombres". Muy joven aún había ido a Barth en busca del ejemplo y enseñanzas del predicador Spulding, uno de los maestros de la literatura alemana, espíritu luminoso y henchido de mansedumbre evangélica. Algunos meses que pasó bajo el techo del pastor pomeranio fijaron para siempre las ideas y la vocación de Lavater, de quien Spulding elogiaba el alma pura, el sentido moral, la sinceridad, la dulzura y el cristianismo esclarecido. Lavater poseía un corazón apostólico y tolerante cuyos ímpetus y exuberancia perjudican a veces la impresión que siempre produce su clara y profunda inteligencia. En su fervoroso celo trató de convertir a Moisés Mendelssohn y de llevar el genio de Goethe hacia el evangelio de los simples. Enfadóse

Miranda, perseguido injustamente a causa de los sucesos de Vendimiario, se oculta en París. No cesa de recibir noticias de su amiga de vuelta a Francia y quien va a verle en su retiro. El general no podrá salir de este sino en abril de 1796, cuando el Directorio, cansado de buscas inútiles, consintió en no molestarle más. En lo adelante, Delfina

---

el judío; y Goethe que al principio calificara a Lavater de hombre distinguido y único en su género, terminó por hallarle absurdo y le tildó desdeñosamente de misticismo.
El pastor creía la divinidad del cristianismo "tan cierta como poco susceptible de prueba" y escribió un libro para justificar su paradoja. Aprécianse, a cien años de distancia, sus curiosos estudios fisionomónicos y, sobre todo, sus cantos que son populares en Suiza y Alemania. Un aire de helvetismo sopló sobre el alma suiza a la lectura de las estrofas del zurichés que exaltaban la belleza y la gloria de la patria: los padres –dice Gonzague de Reynold– conducían sus hijos a la capilla de Guillermo Tell para hacerles cantar allí el *lied* del poeta sobre el héroe nacional.
Sábese que Lavater, para sostener su famosa teoría, imaginó establecer "por la superficie y contorno de la organización" las virtudes y defectos de una persona. El sistema, en cuyo porvenir aun su mismo autor creía poco, tuvo maravillosa boga en aquella edad prendada de charlatanismo. Se creyó que el buen pastor era un hacedor de milagros y sabios, poetas, reyes y príncipes fueron a verle o le recibieron con grandes muestras de consideración. "Tu penetración es sobrehumana –escribíale un médico famoso, Zimmermann– y tus juicios de una verdad casi divina". Mirabeau insistió para obtener un diagnóstico: "Sois un hombre –respondióle Lavater– que tiene todos los vicios y no ha hecho nada para reprimirlos".
Miranda fue también a Zúrich, por la época en que el duque de Kent iba a pedir al bardo, en nombre de la reina Carlota, un poema sobre el corazón humano. El venezolano dejó allí uno de sus mejores retratos, que se encuentra hoy en la Biblioteca Nacional de Viena. En el sobre que lo contiene Lavater escribió, en alemán, los versos cuya traducción libre damos y que ciertamente representan, en su laconismo lapidario, la pintura más fiel y admirable que pueda hacerse del carácter de una persona:

¡Hombre todopoderoso, tú vives en el sentimiento de la fuerza!
¡Los secretos del corazón, tú los ves mejor de lo que los escuchas!
¿Quién puede penetrar la realidad como tú, a quien tan pocas cosas escapan?
¿Quién comprende como tú las debilidades de los débiles?
¿Quién comprende como tú la potencia de los fuertes?
¡Cuánta resolución, cuánta energía y cuánta habilidad!
¡Cuánto orgullo desdeñoso y cuánto valor te ha dado naturaleza!

Lleno de esperanzas al comienzo de la Revolución, en alas de la ideología que volaba sobre Europa en 1789, no tardó mucho en chocar profundamente a Lavater la tendencia anárquica y anticristiana que tomaban los sucesos en Francia. Desde 1793 escribía a Hérault de Séchelles: "Vosotros tiranizáis a los hombres diez mil veces más que vuestros tiranos sobre cuyos trofeos os eleváis gritando: Adiós, tiranía, vete, despotismo... Me horroriza oíros hablar de libertad. Monarquía o república, me es igual: pero libertad. En verdad, os burláis de nosotros, del universo y de los siglos venideros". Mas fue en 1795, cuando la revolución amenazaba a Zúrich y llevaba al colmo las angustias del pastor, que, al mismo tiempo que trataba de salvar a Bodmer y a los insurgentes de Staefa, Lavater se mostró netamente antirrevolucionario y antifrancés. Amaba la libertad y la paz: la Revolución francesa traía la demagogia y la guerra. "Concluid la paz", decía a Miranda que, por su lado, luchaba en París contra el despotismo y la locura bélica. (Nota de 1940).

repartirá su tiempo entre la educación del pequeño Astolfo y el solaz que le brinda la pintura. Tiene gran necesidad de dinero y se queja continuamente a su madre: es más que probable que en esta época no haya podido vivir sino gracias a la generosidad de sus amigos. Para el viaje a Suiza Miranda le había dado una letra de cambio de la cual cobró seiscientas libras en Basilea. Hemos visto que Fouché, entre otros y a quien acariciaba con el nombre de *Cheché*, la concedió siempre marcada protección acabando por hacer devolverle sus bienes. La marquesa quería entonces casarse de nuevo, con un joven o un viejo, poco le importaba siempre que fuese rico, por tratarse solo de tener dinero para educar a Astolfo: "Búscame un marido rico y viejo", dice a Madame de Sabran. Un momento pensó en Barthélemy, amigo de Miranda que, embajador en Basilea, la había servido con mucha amabilidad. Luego habló del general Beurnonville, lo que provocó violentas protestas de Elzear. Conservará de estos años de pobreza tal impresión que más tarde, cuando se propuso casar a su hijo, mostró avidez desenfrenada, imponiendo como condición única, indispensable, que la novia tuviese dinero, mucho dinero.

Decíamos que debió ser durante el año 1796 que Delfina parece haberse ligado más íntimamente con el general Miranda. Algunas de sus cartas indican ya, sin embargo, la angustia de la mujer que ve a su amante alejarse de ella sin remedio y aun maltratarla de palabra o desdeñarla.

Fructidor. Miranda, unido a cuanto había de más honrado en Francia, trata de derribar al Directorio: Barras triunfa. El venezolano escapa una vez más a la policía y, mientras sus amigos son deportados a Guayana, dispónese a marchar a Inglaterra. Por el momento, se oculta y no responde a los llamamientos de Delfina. No obstante, cuando por diciembre logra obtener un pasaporte que bajo nombre falso le permitirá pasar la Mancha, Delfina está con él. La marquesa que sabía ser encantadora a pesar de sus infidelidades y, sobre todo de sus dificultades pecuniarias, vino a última hora a anudar con sus blancas manos los cabellos del viajero y recibió de este "una cajita con un corazón en lugar de veneno". La seductora mujer era todavía la imagen de la Fortuna

olvidadiza y versátil. ¡Qué destino el de Miranda que dejaba su corazón en manos de la pobre Delfina, cuando iba a dedicarse por entero al servicio de la patria que debía entregarle a sus enemigos!

En Londres Miranda vuelve definitivamente los ojos hacia la América latina y se consagra a libertarla. Está cansado de Europa. Horror inspíranle ahora la Revolución francesa y los hombres que la realizaron. Pero alguien había en Francia que no perdía la esperanza de volver a verle y se esforzaba en probar que un alma femenina, por frágil y tornadiza que sea, puede a veces guardar en medio de muchos amores la llama de un amor. Delfina no olvidaba a Miranda.

Madame de Sabran, reumática, iba aquí y allá en busca de mejoría. Estuviera en Saint-Amand y en Plombières. Hacía varios años y acompañada del caballero de Boufflers, gozaba en Rheinsberg de la hospitalidad del príncipe Henrique de Prusia. El 7 de mayo de 1798 la marquesa de Custine, con Astolfo y Berstaecher profesor alemán que no dejará nunca la casa, llegó a Klosterheilsbrunnen donde, semanas más tarde, llegó también su madre. Delfina y Elzear cayeron enfermos de tercianas. Al cabo de algunos meses separóse de nuevo la familia y la marquesa volvió a París.

Fue de aquella estación termal que escribió al general dos cartas, las primeras que descubrimos en los Archivos Nacionales franceses y que revelaron la galante aventura. Embargadas por la policía con los demás papeles de Miranda cuando este, en ventoso del año IX y de regreso de Inglaterra, fue otra vez arrestado, las cartas no están firmadas, como tampoco lo está la mayor parte de las dirigidas por Delfina a su amigo y llevan solo un sello con las iniciales A. D. Ni siquiera tienen el sello ordinario de la marquesa que figuraba una estrella con la divisa: "¿A dónde me conducirá?". Pero su origen y autenticidad son innegables: Miranda en persona los garantizó en su respuesta al juez Fardel sobre la procedencia de dos billetes de la misma letra e idéntica marca: "¿Quién os ha escrito estas cartas sin firma, fechadas una el 28 de nivoso y la otra el 3 de pluvioso? – Madame de Custine".

Vese que Delfina ama al general, pero también que siente por él alta estima y deferencia particular; aun podría decirse que le teme. Para acercársele, tórnase humilde y habla con el tono lastimero y como asombrado que hallamos casi siempre en la correspondencia de aquella mujer infortunada. No tutea a Miranda, por lo menos cuando le escribe, pues, a pesar de sus innumerables caídas y debilidades, Delfina es siempre gran señora y no se emplea el tú en la buena compañía. ¿No prohibía Madame de Sabran a su caro caballero que usase con ella tal libertad? Es cierto que Boufflers no tomaba muy en cuenta el mandato: "Ese *usted* me hiela... Es como si debiera hacerte una reverencia en vez de abrazarte. Retira tu prohibición: si me vuelves cortés me volverás falso y frío, sobre todo, torpe. El amor es un chico mal educado".

Después del 18 de brumario Miranda, que no había obtenido del gobierno inglés ayuda para sus proyectos americanos, regresó a Francia. Madame Pétion y "la fiel Francisca", su criada, hacen lo imposible e impelen a Lanjuinais: Fouché, arisco, inclínase por fin ante una orden de Bonaparte. No tomó entonces parte Madame de Custine en las diligencias laboriosas que dieron por resultado alcanzar del Primer Cónsul "consentimiento tácito" para que Miranda, desterrado, pudiera atravesar la frontera. ¿Deberemos ver en esta abstención de la marquesa un pequeño misterio de orden sentimental? ¿Por qué no intervino directamente en favor de Miranda? Considerable fue siempre la influencia de la encantadora mujer en el ministro de la Policía. Tiempo después logró que este apartase la vista del caso de Bertin que, acusado de conspiración contra el Estado, había vuelto a París sin permiso; y un día pudo decir que, a solicitud suya, Fouché había hecho a M. de Brezé par de Francia. Fouché sabía todo y seguramente que la marquesa fuese antes amiga del general. ¿Tenía celos y un sentimiento de esa índole se mezclaba acaso a las razones políticas que podían hacerle considerar indeseable la presencia de Miranda en París? Es posible. En todo caso, la malevolencia del ministro fue siempre marcada y puede asegurarse que la ejerció contra aquel en el ánimo de Bonaparte. En tales condiciones, su solo instinto femenino aconsejaba a Delfina abstenerse.

Sea lo que fuere, una de las primeras visitas de Miranda fue sin duda a su amiga. Quizá tardó en volver, porque pronto escuchamos a esta reclamar con insistencia. Parece como si el general hubiera decidido no reanudar sus amores con la marquesa, aunque le conservara su amistad. La inconstancia de Delfina, sus múltiples relaciones no podían agradar a un hombre grave y altanero que poseía también, en buen español, corazón celoso y tiránico. Al contrario, los últimos billetes de Delfina, llenos de mimo sutilmente matizado, demuestran sus esfuerzos para reconquistarle. Una comida con Boissy d'Anglas sirvió de pretexto para esta cita más de una vez aplazada. Mientras tanto, la marquesa consiente en recomendar a Fouché Malouet, amigo de Miranda, como después recomendará a Bertin, amigo de Chateaubriand. También da a Sprengporten la dirección del general.

Bonaparte, súbitamente, cambia de parecer: Fouché aprisiona de nuevo a Miranda y muy luego, a pesar de las instancias de Lanjuinais, ordena expulsarle. Ha llegado el momento de la separación definitiva. Delfina escribirá ocho meses más tarde una postrera carta para expresar su alegría de saber, por Barthélemy, que Miranda no la olvida. Esperaba todavía verle para gustar de su "elocuencia"; y le transmite el elogio más bello, de boca de Madame de Sabran: "Mi madre dice que os escucharía un día entero".

Pero Miranda, al dejar para siempre a París, irá a consagrarse por completo a terminar aquel volumen de América de que hablaba Smith y que contiene las páginas más admirables y dolorosas de su vida. La marquesa, por su parte, se enamorará locamente de Chateaubriand. En el otoño de 1816, Delfina está en Fervacques: hace largo tiempo que olvidará a Rousseau y al barón de Holbach cuya lectura habíala antes convertido al materialismo. La moda oficial y, sobre todo, los beneficios oficiales no se compadecían ya con la filosofía y el jacobinismo, y la marquesa era de nuevo monárquica. Tampoco tardaría en sentir el temor de Dios y en pedir a su hijo que orase por ella al menos dos veces por día. Vivía entonces de tristezas y recuerdos. ¿Dedicó acaso alguno de estos a Miranda que, precisamente, acababa de morir encerrado en un calabozo?

¿Pensó Delfina en plantar en su parque el árbol de Miranda, al lado de los que recibían los nombres de las personas que en aquel momento quería: Rachel Varnhagen, el conde Flemming, el doctor Koreff?

La marquesa de Custine morirá en Bex, en tierra suiza, a los cincuenta y seis años. Poco antes, Chateaubriand la veía aún más blanca que nunca, vestida de negro, sonriente con sus labios pálidos, asomando los primorosos dientes. Era todavía bella, porque hay mujeres a quienes "los años, al pasar sobre sus cabezas, solo depositan en ellas las primaveras".

EL EQUIPAJE Y LOS PAPELES DE MIRANDA[34]

El 26 de junio de 1926, publicamos en *El Universal* la traducción de algunas piezas extraídas de los archivos de Londres y relativas al equipaje y a los papeles de Miranda, embarcados por las autoridades inglesas de Curazao en agosto de 1812. Se inserta a continuación la traducción de la lista de aquellos efectos, la mayor parte de los cuales estaba consignada a la casa de Robertson, bajo el nombre personal de este súbdito británico, amigo fiel de Miranda que prestó ayuda a los patriotas venezolanos durante el poco estudiado período de la Primera República.

En carta del 26 de agosto citado (F. O., 72-140. Curazao), decía Leleux al ministro Vansittart: "... Y el general (Miranda) vino a La Guaira para embarcarse e irse a Curazao, habiéndome previamente mandado, con sus libros y papeles, etc. para hacerlos poner a bordo de un barco inglés y para dirigirlos o acompañarlos, si encontraba oportunidad antes de su venida, a los señores Robertson y Belt, de Curazao. En consecuencia, fueron embarcados en la corbeta de Su Majestad Sapphire, capitán Haynes, y para asegurar los efectos me pareció prudente pasarlos al señor Robertson, quien estaba en ese momento en La Guaira, esperando que serían respetados como efectos ingleses... Si se pudiera buscar una orden para que todos los efectos pertenecientes al general Miranda que están al presente en esta isla me fueran remitidos contra recibos adecuados, yo apelaría inmediatamente a Inglaterra en favor de quienes esto pudiera interesar". El 25 de septiembre siguiente Hodgson, gobernador de Curazao, respondía a las reclamaciones de Monteverde: "Aquí están

[34] Publicado en *El Universal*, Caracas, 28 de febrero de 1928.

varios baúles y cajas en manos de la Aduana. Dos cajas que contenían platería han sido reclamadas por Don S. Bolívar como su propiedad privada. Fueron embarcadas por los recaudadores de la Aduana de Su Majestad por infracción de las leyes de entrada, habiendo sido desembarcados clandestinamente". (W. O., 1/112, pp. 153-156).

El señor William Spence Robertson (véase su obra sobre Miranda, traducción de Diego Mendoza, p. 357), consultó probablemente una copia de la lista que hoy se da a la luz pública. Llama al interventor de la aduana "De Larrey", en tanto que nuestra copista leyó en el original "De Lannoy": no hemos tenido ocasión de verificar el nombre de aquel empleado. La acusación de Monteverde contra Miranda de haber cargado con alhajas de las iglesias y con lingotes de plata no reposa sobre ningún fundamento, como sucede siempre que se trata de acusar al gran patriota de improbidad y aun de otros defectos o faltas. Jamás pudo Monteverde, dice Urquinaona (p. 300), "dar razón de dinero ni alhaja perteneciente a este ponderado robo, según lo manifiestan sus contestaciones oficiales". Otro realista, el regente Heredia, refiriéndose a la expedición de Coro, dice (p. 38): "... y en la casa donde vivió Miranda quedaron alhajas de mucho valor que estaban bien visibles". Como se ve, los objetos de plata que se encontraban en los baúles secuestrados en Curazao pertenecían a Bolívar quien, según parece, iba a embarcarse con el Precursor o por lo menos en la misma nave. Es sabido que los papeles manuscritos de Miranda fueron enviados por Hodgson a lord Bathurst. En cuanto a su ropa, ignoramos a quién se entregó.

C. Parra Pérez.

Roma, 22 de enero de 1928.

***

MINISTERIO DE LA GUERRA

1/112 pp. 169-170.

Lista de los baúles, paquetes, etc. depositados en las Casas de aduana de Su Majestad, cogidos y embargados el día 17 de agosto pasado en la Casa de los señores Robertson y Belt, negociantes residentes en Scharlo, por Henry Livesay servidor e inspector para el puerto de Ámsterdam, en la isla de Curazao, pues los nombrados efectos, etc. fueron clandestinamente desembarcados de la corbeta de Su Majestad Sapphire y no fueron declarados en las aduanas de Su Majestad, siendo primero reclamados como equipaje privado de Jorge Robertson Esq. y ahora reclamados por extranjeros, Vizt. (*sic*).

Marcas, N^{os}, etc.	Contenido
Caja No 17. G. Robertson	Una máquina eléctrica y algunos papeles privados.
Baúl Nº 21. G. Robertson	Varios libros y vestidos.
Baúl Nº 12. G. Robertson	Varios libros de valor.
Baúl Nº 23. G. Robertson	Un tricornio, un paletó de uniforme, ropa interior, un paquete de tenedores y cuchillos y algunas cucharas y tenedores de plata.
Caja No 18. G. Robertson	Dos sombreros viejos.
Baúl (sin marca)	Varios libros y folletos, la mayor parte en español.
Baúl Nº 11. G. Robertson	Varios libros y ropa de montar.
Baúl Nº 20. G. Robertson	Un gran paletó y ropa sucia.
Maleta F. M. en una placa de cobre.....	Vestidos y algunos zapatos.
Baúl Nº 5. G. Robertson	Libros y manuscritos y varios documentos escritos.
Baúl Nº 27. G. Robertson	Ropa, vestidos, una caja de afeitar y una banda de oficial.
Baúl F. M. en una placa de cobre,..... Negociaciones. Mss	Manuscritos empastados y cartas de varios personajes: "Varia Correspondencia".

Baúl Nº 10. G. Robertson	Libros, etc. Un libro de Orden General del barco de Su Majestad Medusa.
Baúl Nº 9. G. Robertson, ... con una placa de cobre F. M.	Libros y algunos periódicos.
Baúl Nº 8. G. Robertson	Algunos cartuchos.
Baúl Nº 26. G. Robertson	Vacío.
Baúl Nº 2. F. M. en una placa ..... de cobre. Revolución francesa	Manuscritos empastados de correspondencia oficial.
Baúl Nº 4. Simón Bolívar	Platería de varias formas.
Baúl Nº 5 F. M. en una ..... placa de cobre	Libros, la mayor parte extranjeros.
Baúl F. M. "Viajes" en una placa ..... de cobre	Viajes y manuscritos.
Baúl Nº 1. Bolívar	Vestidos, un plato de plata y un paño de silla de montar.
Baúl F. M. Geografía en una ..... placa de cobre	Dos atlas y mapas de Europa, Asia, África y América.
Un rollo (sin marca)	Seis mapas.
Baúl Nº 14. G. Robertson	Dos espadas, un bastón con puño de oro de valor, un lazo de espada, unas cucharas de plata, tres paletós militares y varios artículos de vestir.

R. B. Lloyd.
Recaudador interino.

C. A. de Lannoy.
Interventor interino.

SOBRE LOS HIJOS DE MIRANDA[35]

Algunos aspectos de la carrera de Miranda permanecieron durante mucho tiempo envueltos en niebla y dieron lugar a la difusión de consejas pueriles o de calumnias, persistentes a pesar de la luz que arrojan los documentos auténticos leídos y entendidos con honradez. La leyenda tiene la vida dura y cuesta trabajo sustituirla con la historia pura y simple. El caso es tanto más curioso cuanto la existencia real del personaje presenta los caracteres de la leyenda y basta para contentar la imaginación más exigente. ¿Quién no tiene respecto a Miranda, como en la pieza de Pirandello, su verdad absoluta propia? Pero muchas veces, en historia y otras ciencias, la verdad es apenas un compuesto de errores razonados. La reputación de Miranda sufre, probablemente sufrirá siempre, de los juicios de la ignorancia voluntaria o involuntaria, y la ignorancia es, en sus juicios, sumaria y categórica.

Tarea difícil, por ejemplo, la de convencer a quien no quiere o no sabe leer de que el general no fue contrabandista en Jamaica, no comunicó a los ingleses los planos de La Habana, ni tuvo culpa alguna en la derrota de Neerwinden. Poquísimas personas creen que la explicación lógica de la capitulación de 1812, que ciertamente está aún por formular, aparece con sus elementos esenciales del examen de la situación política, militar y social de Venezuela en aquel funesto momento y de la situación e ideas personales del Precursor. A veces la ignorancia se enmascara de majestuosa suficiencia: nada hay tan perentorio como aquel ademán de Pacheco, que Fradique Méndes traducía por un "¡Mediana talla la del señor Cánovas del Castillo!".

---

[35] Publicado en *El Universal*, Caracas, marzo de 1928.

Mas nuestras notas no van hoy encaminadas a defender al hombre egregio, sino a ayudar al esclarecimiento de puntos relativos a sus hijos, de quienes, naturalmente, corren historias y no hay historia.

En mayo de 1924 publicamos en *El Nuevo Diario* una copia del testamento de Miranda y dijimos que, en nuestra opinión, la madre de sus hijos fue Sarah Andrews, la "fiel ama de llaves". Confirmamos este parecer en el libro sobre Miranda y la Revolución francesa. Las cartas de Sarah, firmadas "S. Martín" (Martín era uno de los seudónimos que usaba el general, sobre todo en Inglaterra) y conservadas en el *Archivo* que se encuentra en Caracas, establecen de manera indudable que aquella señora fue la madre de Leandro y Francisco. De dos de dichas cartas, escritas en la época de la expedición a Coro, traducimos los bellísimos párrafos siguientes:

> (…)
> Londres: 1º de octubre de 1806.
> (…)
> Mis amados hijos mejoran de día en día, mi Leandro está más bonito que nunca, se hace cada vez más fuerte y más grande y tiene memoria fácil y nada común; cuando le hablo de su papá, recuerda la conversación una semana después y me la repite palabra por palabra. A menudo me pide que le hable a papá de cosas bonitas y de lo que le comprará cuando vaya a América. Conoce ya todas las letras y con frecuencia nos detenemos en la calle para leer, y cada periódico que ve me lo trae para que yo lea sobre el general, diciéndome que hay buenas noticias, muy buenas en verdad, y que Leandro embarcará y seguirá a Caracas a ver a su papá. Tiene buen carácter y al enfadarse únicamente por ratos solo tengo que decirle que te molestarás con él, y en un momento se torna amable. Tiene tan noble mirada y modales tan buenos que siempre que salgo con él se me pregunta de quién es el niño. Me siento muy (¿orgullosa?) de mi querido chico, mi compañero en todos mis paseos.
> (…)
> Mi querido Leandro estuvo a comer con la señora Turnbull el día de Reyes y ella le hizo Rey, pero no quiso separarse sin traer un pedacito del pastel para su hermano y hacerle también Rey. Aquella me dice que lo halla más hermoso cada vez que lo ve y él podría quedarse allá todo el

> día sin ocasionar ninguna molestia. Mi querido hijito empieza a quererlo todo y está desarrollándose de tal modo que no puede llevar ya ninguno de sus trajes blancos. Yo desearía que estuvieses aquí, querido mío, porque sin ti nos sentimos casi perdidos. Mi querido chico me promete todos los días que volverás a casa y si toma una gota de agua tiene que tomar primero por tu salud; es mi más caro compañero. Cuando está fuera por algunas horas estoy (palabra ilegible); puede caminar hasta el Banco, está muy desarrollado y envía su amor a su papá: te escribirá la próxima vez y te dirá cuán buena chica es su mamá. Juego con él durante horas enteras, pero siente muchísimo la ausencia de su papá, pues no puede jugar con él.[36]

La vida de Leandro fue larga y apacible; corta y trágica la de Francisco. Refiriéndose a la muerte del caballero de Stuers por este último, dice nuestro erudito y excelente amigo José E. Machado, en apostilla publicada en el número de enero próximo pasado del *Boletín de la Biblioteca Nacional*:

> ¿Cuál fue la suerte del joven teniente Francisco de Miranda, protagonista de la novela de Celestino Martínez? Inmediatamente después del duelo desapareció de Bogotá. En marzo de 1828 se hallaba en La Guaira, entre los oficiales del batallón Carabobo; en 1830 en Nueva Granada; en 1831 era segundo comandante de la división Callao...

En las piezas que, vertidas del inglés como las anteriores, insertamos a continuación, se habla de un hijo de Miranda, que ocupaba entonces un importante puesto oficial e intervenía directamente en la política exterior de Colombia. Es probable que se trate de Leandro, pero como no disponemos en este momento de datos ciertos preferimos dejar a otro el cuidado de afirmarlo.

---

[36] Debe advertirse que, a juzgar por su manera de escribir, la señora Andrews no parece haber recibido una educación de primer orden. Sin hablar de faltas de ortografía análogas a las que también cometían entonces grandes damas y aun grandes hombres, su inglés presenta expresiones y giros sospechosos o francamente impuros.

Precisamente el 9 de marzo de 1828 el coronel Patricio Campbell, agente diplomático de Inglaterra en Bogotá, decía a lord Dudley, secretario de Estado para los Negocios Extranjeros: "En el artículo anexo que tengo a honra transmitir verá Vuestra Señoría los sentimientos del general Bolívar sobre el Perú. El artículo está en la *Gaceta Oficial* de este día, fue escrito por un hijo del general Miranda que es oficial mayor en el Departamento de Relaciones Exteriores, y ha sido sometido a Su Excelencia el Libertador para aprobación, antes de insertarlo"[37].

El referido documento es un artículo de la *Gaceta de Colombia* que lleva el título de "Fe púnica". Allí se señala por una parte la conducta generosa del gobierno de Colombia hacia el Perú y sus constantes esfuerzos para conservar con este la unión amistosa y fraternal; y, por otra parte, los repetidos insultos y vejámenes con que corresponde la segunda de estas repúblicas y el espíritu hostil de sus gobernantes. La situación, dice Colombia por la pluma de Miranda, no puede prolongarse; hemos ayudado al Perú a obtener su independencia y he aquí que nos premia apoderándose injustamente de nuestras provincias y provocando la insurrección de nuestras tropas en Bolivia. Aquella nación, con toda evidencia, pretende destruir a Colombia. También se mezcla el Perú en los negocios internos de otros Estados suramericanos: Colombia no desea la guerra, pero llama la atención de los demás países sobre los hechos expuestos.

Año y medio después, el joven Miranda interviene, asimismo en uno de los asuntos más importantes que trató la Cancillería de Bogotá en la época gloriosa de la Gran Colombia: las conversaciones con ciertos gabinetes europeos en vista de un cambio eventual de régimen político. El coronel Campbell escribía a lord Aberdeen, en 7 de septiembre de 1829:

> He recibido la visita del señor Miranda, Subsecretario de Estado para los Negocios Extranjeros, quien nació y fue educado en Inglaterra... Como el señor Miranda es mi amigo íntimo, no me sorprendió su visita; pero

[37] Foreing Office, 18-52.

> después de la conversación general volvió sobre la cuestión de un cambio en la forma del gobierno de Colombia y me preguntó cuál creía yo ser la opinión del gobierno británico y si este se inclinaría a apoyar a Colombia para establecer una monarquía constitucional hereditaria bajo un príncipe europeo, después de la renuncia del Libertador (Bolívar). Le contesté simplemente que él sabía muy bien cuáles eran mis ideas privadas e individuales sobre el particular, es decir, que en el estado actual de Colombia si tal era como yo creía el sentimiento del país, y si ello pudiera realizarse fácilmente como lo pienso, en lo concerniente a Colombia misma, sin ninguna conmoción interna, la institución de tal forma de gobierno contribuiría más que ninguna otra a la estabilidad del país; pero que yo no podría empeñar las opiniones de mi gobierno... El señor Miranda dijo entonces que deseaba ansiosamente que yo pesara bien el asunto, porque recibiría una nota del señor Vergara exponiéndome los deseos de este gobierno sobre el particular, con súplica de comunicarla al gobierno de Su Majestad.[38]

Se sabe cómo el Libertador no tardó en improbar ásperamente, según las palabras de Restrepo, la iniciativa del gabinete en esta materia[39].

Roma, febrero de 1928.

---

[38] Foreing Office, 18-66.

[39] Véase la reproducción de la correspondencia sobre el duelo del joven Francisco Miranda con el *junhkeer* Van Stuers que dimos en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, junio-septiembre de 1929. El *Boletín* estropeó el nombre del caballero holandés. (Nota de 1935).

MIRANDA Y LADY STANHOPE[40]

I

Para redactar una noticia satisfactoria sobre las relaciones de Miranda y lady Stanhope se necesitaría al menos consultar, entre copiosa bibliografía, el *Diario* y las *Notas* del general y los seis volúmenes de las *Memorias* de la inglesa escritas por su médico el doctor Carlos Meryon. Ni aquellos papeles ni esta obra se hallan por ahora a nuestro alcance. La publicación de Meryon, por otra parte, inspira confianza relativa y proviene de apuntes tomados después de conversaciones más o menos coherentes con la heroína. En consecuencia, aplazamos para ocasión más propicia el estudio detenido de la cuestión. El objeto de las presentes líneas es servir de introducción a algunas cartas cruzadas entre aquellos dos célebres personajes, traducidas de los originales ingleses que se hallan en el Archivo hoy en Caracas, y cuya publicación contribuirá a restablecer el verdadero carácter de la amistad que los unió[41]. Miranda amante de lady Stanhope, lady Stanhope madre de los hijos de Miranda: he allí otra fábula destruida para desesperación de cuantos decretan que el héroe venezolano vivió, irremediablemente, en una atmósfera de secretos románticos o en situaciones equívocas. Utilizamos en particular, para dar idea de la personalidad de la sobrina de Pitt, dos libros recientes de Mlle. Paula Henry-Bordeaux[42], que cuentan con exactitud y en hermoso estilo la epopeya de la singular mujer en Oriente.

---

[40] Publicado en *El Universal*, Caracas, 19 de abril de 1928.

[41] Es posible que entre los papeles de Miranda se encuentren otras cartas de o para lady Stanhope, pero solo tuvimos tiempo de hojear y no de ojear dichos papeles antes de enviarlos a Caracas, y apenas copiamos las cartas que aquí se insertan. (*Negociaciones*, vol. XVIII).

[42] *La Circé da Désert* y *La Sorcière de Djoun*.

Lady Hester Lucy Stanhope nació el 12 de marzo de 1776 y fue hija de lord Carlos Stanhope y de Hester, hermana de Pitt. Enérgica, inteligente y bella lady Hester tenía talla de granadero y había heredado, con las cualidades de carácter y de espíritu, varias de las manías del viejo Chatham y muchas de las extravagancias de lord Stanhope[43]. Virtudes y defectos que explican su extraño destino. En enero de 1806 la prematura muerte de Pitt, quien la había llamado a dirigir su casa y en cuya intimidad política viviera, la dejó desamparada, objeto de las censuras y desdenes no solo de los enemigos del formidable tío, sino también de cuantos hasta ese momento la habían cortejado para adular a aquel. Cuando en 1808 murió en la batalla de La Coruña el general Moore, único hombre que tal vez amara, fuera de su primo lord Camelford con quien pensó casarse, su carácter se agrió definitivamente y lady Hester empezó a acariciar la idea de viajar y de buscar aventuras. Es la época en que habla de seguir a Miranda y de ayudarle a libertar a América. ¡Cuán pintoresco capítulo hubiese agregado a nuestra historia un viaje de lady Stanhope a Venezuela al lado del Precursor! Por desgracia, aquella encontró más seductora la perspectiva de conquistar el Oriente.

Es posible que Miranda haya conocido a la sobrina de Pitt en los años 1803 a 1805 cuando ella era algo así como jefe de gabinete del omnipotente ministro[44]. En todo caso, la amistad parece haberse estrechado con posterioridad a la muerte del último, al regreso de Miranda de su expedición a Coro. El general removía cielo y tierra, solicitando como

---

[43] Estas extravagancias y su entusiasmo arrebatado por la Revolución francesa no impidieron a lord Stanhope ser notable matemático e inventar ingeniosos "dispositivos" que perfeccionaron la navegación a vapor.

[44] El *Diario* de Miranda prueba que este conoció a lady Stanhope en abril de 1809. Allí se lee: "Comí con ella... me encantó su amabilidad, educación y conversación liberal... habló de Roma e Italia, otra vez conversó sobre Grecia que deseaba visitar... también se refirió a Venezuela cuya independencia deseaba ella ver establecida, sobre una base de libertad racional. Con respecto a esto me dijo que su tío Mr. Pitt le había hablado muchas veces con interés y calor y que había alabado mis patrióticas ideas. Había deseado ella conocerme y visitar mi interesante país... estaba dispuesta a seguirme aunque más no fuera para dirigir escuelas y hospitales; es la mujer más deliciosa que yo he conocido... es realmente una rareza entre su sexo". Tomamos estas frases de la obra de Pueyrredón: *En tiempo de los virreyes*, Buenos Aires, 1932, pp. 285-287. Nucete Sardi en su libro reciente sobre Miranda da un texto ligeramente diferente. (Nota de 1935).

siempre socorros efectivos de Inglaterra, y conferenciaba sin cesar con sir Arthur Wellesley, futuro lord Wellington, con Grenville, con el duque de Gloucester. Lady Hester no tenía ya ninguna influencia política, mas sus luces y posición social eran de mucha utilidad en el juego del hábil venezolano. Su medio hermano Jacobo Hamilton Stanhope, era amigo íntimo del general. Se sabe que este cultivaba las más altas y diversas relaciones en ambos partidos y su presencia no pasaba sin duda inadvertida en el salón de la duquesa de Rutland, centro de reunión de las mujeres más bellas de Londres, donde aparecían Brummel, el príncipe de Gales y el duque de Cumberland, como tampoco en casa de aquella admirable Georgina Spencer, duquesa de Devonshire, entusiasta partidaria y, a veces, agente electoral de Fox.

Las dos primeras cartas de lady Hester no tienen fecha y deben datar, si se juzga por el tono de una de ellas, del comienzo de las relaciones. La conversación parece limitarse entonces a un comentario baladí de las "ideologías" e ideales favoritos de Miranda: los grandes principios, la libertad, la humanidad, la filosofía. En rigor, lady Hester, aunque hablaba algunas veces del pueblo con simpatía, no heredará con los demás disparates el democratismo de su padre y detestaba las ideas nuevas y revolucionarias: "Soy aristócrata, declaraba al doctor Meryon, y me enorgullezco de serlo; ya veremos lo que resultará de las farsas de las gentes sobre la igualdad: odio a un partido de sucios jacobinos que quiere arrojar al pueblo a la puerta para tomar su puesto". Tales palabras encierran casi toda la doctrina histórica de los ingleses conservadores o liberales, que no creen mucho en la igualdad, pero defienden la libertad como la base de la grandeza política de su país.

Las demás cartas, la mayor parte de las cuales tampoco lleva fecha, fueron escritas en diciembre de 1809 y enero de 1810 y se refieren al viaje de lady Stanhope a Oriente. Estas piezas (hay una de Jacobo Stanhope para su hermana) ofrecen ciertos pormenores interesantes para la biografía de aquella, pero son importantes sobre todo porque muestran cómo, hasta el último momento, tan sorprendente marimacho ayudó a Miranda en sus interminables negociaciones con los hombres influyentes en la

dirección de la política británica. En 21 de enero, el general da cuenta a su amiga de recientes entrevistas con Wilberforce y S. A. R. el duque de Gloucester. Los documentos siguientes, cuyos respectivos original inglés y copia francesa se hallan también en el Archivo[45] aclaran la correspondencia con lady Stanhope:

> Foley House, 18 de enero de 1810.
> Jueves en la tarde.
>
> El duque de Gloucester acaba de tener el placer de recibir la carta del general Miranda y no pierde tiempo en asegurarle que tendrá mucha satisfacción en verle mañana a las 12. El duque había pensado escribir al general esta tarde o mañana para pedirle tuviera la bondad de venir a verle.

El duque de Gloucester cooperó siempre de manera activísima y simpática con Miranda en sus esfuerzos para interesar al gabinete en la causa de nuestra independencia. A los fines del presente artículo basta la mención que de su actitud hacemos[46].

Al salir de la entrevista con el príncipe, el general escribía a Vansittart, futuro lord Bexley, cuya fiel amistad jamás se desmintió:

> *Privada.*
> Londres, 19 de enero de 1810.
>
> No tengo sino el tiempo de decir a usted, querido y digno amigo, que vi antier al señor Wilberforce con quien tuve una larga y satisfactoria entrevista. Había ya examinado casi todos los documentos principales, desde el plan presentado al señor Pitt en 1790 hasta el dado a mylord Castlereagh en 1808. Está al corriente, lleno de celo por nuestra independencia y desea ver los planes originariamente concertados con su amigo el señor Pitt, llevados a ejecución por el presente gobierno, tanto para bien y seguridad de Inglaterra como para felicidad del Nuevo Mundo. Y no duda poder lograrlo en este momento puesto que la exposición de Bonaparte obliga naturalmente a Inglaterra a obrar inmediatamente, o jamás.

---

45 *Negociaciones*, vol. XVIII.

46 Las relaciones de Miranda y Wilberforce merecen también capítulo aparte. Los papeles del primero contienen gran número de cartas del ilustre político y filántropo.

> El duque de Gloucester me escribió todavía ayer y tuvimos esta mañana una muy larga conferencia sobre el mismo objeto. Piensa de la misma manera y con tanto celo como el señor Wilberforce; me ha prometido ver a este, así como a lord Sidmouth, lord G.....e (Grenville) etc. y cree que todos estarán de acuerdo; pero que es indispensable que Ud. venga aquí; que está perfectamente persuadido de que Ud. se encontrará sin falta en la apertura del Parlamento; e iba a informarse en casa de usted y a escribirle inmediatamente. Debemos vernos todavía sobre este objeto el martes próximo, y según este dejo que Ud. juzgue lo que debe hacer. Las noticias que nos llegan de la América Meridional son todas en favor de la independencia, y tengo a mi lado una persona respetable de México que nos ayuda y nos ayudará superiormente.

Lady Stanhope se embarcó al fin el 10 de febrero, diez días después de la fecha que anunciara en su despedida a Miranda, en la fragata Jason y después de tocar en Gibraltar, Malta y Zante, llegó a Atenas acompañada de lord Slige, del guapo Bruce y del doctor Meryon. El coronel Bruce debía más tarde, durante los Cien Días, en unión de Hutchinson, amigo de Miranda y de sir Robert Wilson, futuro amigo de Bolívar, hacer evadir a La Valette condenado a muerte. En la capital de Grecia, lady Hester rivalizó en originalidad con Byron y formuló un juicio definitivo sobre los poetas: "Hacer versos es muy fácil, y en cuanto a ideas ¡Dios solo sabe dónde se las toma! Se recoje un libro viejo que nadie conoce y se saca de allí lo que es necesario". Lord Byron huyó de su estrafalaria compatriota. El cónsul de Francia en Janina atribuía a lady Stanhope la intención de ir a bañarse en la fuente Tirinta, donde Juno rehacía todos los años su virginidad. En Constantinopla permaneció la viajera diez meses, alarmando al joven Stratford Canning, embajador de Inglaterra y primo del futuro gran ministro. Lady Hester odiaba a este último ferozmente, porque había sido enemigo del general Moore. Para molestar a su gobierno la inquieta dama daba citas políticas al agente francés Latour-Maubourg. Lady Stanhope fue luego a Jerusalén y Damasco, pasando por Jaffa y San Juan de Acre. Visitó las ruinas de Palmira y de Baalbeck, escoltada de beduinos ávidos y falaces, y sintió bullir en su cabeza las ardientes ambiciones de

Zenobia. Instalóse al fin en la aldea de Djoun, en pleno Líbano, donde debía morir el 23 de junio de 1839.

Durante veintiocho años, voluntariamente separada del Occidente, la sobrina de Pitt lleva una vida épica, llena de sueños orgullosos y de realidades sórdidas, prototipo genial de la solterona maníaca, rodeada de gatos e insensible a la intemperie. Vestida de inverosímiles harapos, fumando interminablemente su pipa de jazmín, en medio de telas grasientas y de viejas alfombras destrozadas, lady Stanhope injuria a Inglaterra, tiraniza su servidumbre y se defiende con admirable constancia de las celadas de los bajás de Acre y de Bechir, emir druso, bandido magnífico y cruel, déspota oriental de la más pura clase. Especie de Annie Besant supersticiosa, iluminada y mística, agita al propio tiempo proyectos políticos, habla de coronarse reina de los árabes y mantiene en sus caballerizas una yegua blanca, sobre la cual Lamartine la imaginó entrando a Jerusalén, al lado de un nuevo mesías, entre los cánticos y palmas de la muchedumbre subyugada. El único rayo de sol que fue a iluminar el alma de la solitaria parece haberlo llevado en sus ojos el capitán Loustanou, hijo de aquel mendigo trashumante y rapaz, que fuera general de las tropas de un rajá y cuyos últimos años transcurrieron adheridos como piojos a la miseria de lady Stanhope. En el joven Loustanou la vieja bruja veía a Moore redivivo, y cuando el mancebo vino a morir, en agosto de 1820, diole sepultura en su jardín.

Acosada por los acreedores y asechada por los criados que aguardan el desenlace para arrojarse sobre los restos de sus "bienes", lady Hester muere sola en un jergón, entre alimentos podridos y moscas importunas. El doctor Meryon se había marchado a Inglaterra dejándola, como último socorro porque no había un penique en la casa, dos mil piastras a fondo perdido. De los amigos, de los antiguos aduladores de Pitt, solo sir Guillermo Napier la defiende contra los insultos de quienes la tienen por loca. Se ve reducida a rogar a lord Hardwicke que venda su renta vitalicia y su pensión: "No me habléis jamás, dícele, de ir a Inglaterra; no volveré allí sino encadenada".

El poeta Thompson inventó la leyenda de lady Stanhope amortajada en los pliegues de la bandera británica; y el novelista Benoit hizo de la sobrina de Pitt un agente político de Inglaterra en Siria. Benoit pertenece a la escuela que explica la historia universal por las intrigas de Londres y busca en la caballería de san Jorge, o sea en las libras esterlinas, el origen de todos los fenómenos de la naturaleza. La verdad simple es que lady Hester salió de Portsmouth disgustada con el gobierno y que en Siria, sobre todo después que la peste debilitó su cabeza, el disgusto se convirtió en odio furioso contra la patria. En Constantinopla se quejaba ya de la vigilancia de la embajada. "¡Que ningún cónsul británico, gritaba en su exasperación, ponga jamás su mano vil sobre mí o sobre lo que me pertenece!". A lord Buckingham decía: "No volveré nunca a Europa, aunque debiera mendigar aquí mi pan... La nieta de lord Chatham, la sobrina del ilustre Pitt tiene vergüenza de ser inglesa". Cuando el glorioso Ibrahim, hijo de Mehemet Alí, conquista a Siria, la rebelde mujer rechaza una intervención que la favorece del coronel Campbell[47], cónsul general de Inglaterra, con estas palabras: "Os cedo, señor, todas las ventajas que podáis retirar de ese nombre inglés con que os llenáis la boca". Apenas si, muy al principio de su permanencia en Siria, lady Stanhope escribe a su amigo el general Oakes, gobernador de Malta, para decirle que la Gran Bretaña debía imitar a Francia, cuyos emisarios recorrían el desierto. El único lazo que la ata a la patria lejana es el recuerdo inmortal de tío William, el más ilustre de los hombres, genio que oscurece a Napoleón...

Por mucho tiempo estuvo perdida la tumba de lady Hester. Las piedras levantadas en 1912 por la piedad de un monje y de uno de esos funcionarios consulares británicos que tanto vilipendió la muerta, no cubren tal vez sino restos apócrifos. Piedras que, por lo demás, están allí contra el querer categóricamente expresado del último lord Stanhope quien, en mayo del citado año, reclamó el cumplimiento de la voluntad de la vieja misántropa: ningún túmulo, ninguna señal sobre su tumba;

[47] Acaso era el mismo coronel Patricio Campbell que había representado a la Gran Bretaña en Bogotá, en tiempo de la Gran Colombia.

olvido, olvido completo. En 1895, lord Waerdale y la duquesa de Cleveland, resobrinos de lady Hester, visitaron silenciosamente a Djoun, sin ocuparse en hacer limpiar las ruinas [y] ni siquiera en buscar el sepulcro. Se ha dicho que esta indiferencia cubría un respeto muy inglés y muy señoril de los postreros deseos de la ascendiente. Quizá la indiferencia cubría tan solo el temor no menos inglés y señoril de ver removida una historia altamente desagradable para la familia.

Don Medardo Rivas publicó el primero, si no me engaño, una carta de Leandro de Miranda, fechada en mayo de 1850, en la cual se trata de un legado considerable dejado por lady Stanhope a los hijos del general y del cual estos no habían querido aprovecharse. Sospechamos que tal legado no existió nunca, sin que nuestra sospecha vaya hasta tener a Leandro por impostor. En todo caso, desearíamos ver la respectiva cláusula del testamento. Mlle. Henry-Bordeaux dice[48] que lady Hester, en testamento de 1807, legó su fortuna maternal a sus hermanos Carlos y Jacobo, pues entonces andaba de pleito con el otro hermano Felipe[49]. Tampoco se menciona en dicho testamento a las hermanas Griselda y Raquel. El 1º de enero de 1810, en vísperas de embarcarse para Oriente, lady Hester, agregó el siguiente codicilo:

> Dejo la suma de 500 libras esterlinas a mi dama de compañía Isabel Williams, así como todas mis baratijas, con excepción de:
> Un medallón de perlas que contiene cabellos del señor Pitt, a la duquesa de Richmond.
> Un regalo del cardenal duque de York, al duque de Richmond.
> El cuerno de polvos de Tippo Sahib, que me dio el señor Pitt, a lord Temple.
> El sello del último lord Chatham, al general Miranda.
> Mi reloj, al señor Howard; y 50 guineas, para una tabaquera de oro, al señor Murray.

---

48 *La Sorcière de Djoun*, p. 287.

49 Philip-Henry, quinto conde Stanhope, autor del libro *Notes of Conversations with the Duke of Wellington*, en cuya página 69 se narra una interesante escena entre Miranda y Wellington en 1808, relativa a la fallida expedición a Sur América.

Todas las personas nombradas en el testamento y en el codicilo, agrega Mlle. Henry-Bordeaux, excepto Murray y el general Anderson, habían precedido en la tumba a la testadora. La liquidación de la herencia produjo solo un haber de 2.000 libras sobre las cuales se precipitaron los acreedores. En tales condiciones no vemos cómo, de haber existido el legado, hubiese podido hacerlo efectivo el hijo sobreviviente de Miranda.

En cuanto al sello de lord Chatham dejado al general por lady Hester en testimonio inapreciable de cariño y respeto, seguramente se halla en poder de la familia Stanhope.

C. Parra Pérez.

Roma, marzo de 1928.

II

Cartas

Lady Stanhope a Miranda.

Green Street, miércoles en la tarde.

Querido señor:

Como el señor Clive, quien ansía conocer a Ud. come conmigo el *martes próximo*, espero tener el honor de la compañía de Ud. en dicho día. El señor Clive es hombre notable, sensato y bien informado y verdadero amigo de la libertad y de la humanidad: hállase por consiguiente de lo más interesado en los temas que Ud. discute con tanta elocuencia y habilidad.

Jacobo me dijo que a Ud. le gustaba Peter Plymly, que creo contiene mucha enjundia y revela ingenio original. Disponiendo de varios ejemplares, me tomo la libertad de enviarle uno que espero me hará Ud. el favor de aceptar. Si las gentes tuvieran un algo del candor y de la generosidad que guían la pluma de Peter Plymly, podríamos contemplar la perspectiva de un *verdadero jubileo*, cuando cada uno de los súbditos de nuestro soberano se compenetrara de que todos tienen un *interés común* y de que por su unión serían formidables a sus enemigos.

La gente se reiría muchísimo si un enamorado enviase a su amante pudín y sopa de tortuga en *prueba* de afecto, y en mi humilde opinión estas comidas y bebidas son tan poco aplicables a la lealtad como el amor. Si yo pudiera trataría de *elevar* y no de *degradar* la inteligencia del pueblo, y en vez de alentar la bebida y los excesos los reprimiría.

Tengo a honra quedar, querido señor, sinceramente suya,

Hester L. Stanhope.

***

Lady Stanhope a Miranda.

Green Street, martes en la tarde.

¿Podría yo lisonjearme de que las páginas que relatan la brillante carrera política de lord Chatham no perderán valor con ser presentadas a Ud. por su nieta, quien tiene a honra suscribirse con gran respeto de Ud. sinceramente?

Hester Lucy Stanhope.

Muchas gracias por sus preguntas: todavía sigo mal.

***

Lady Stanhope a Miranda.

Green Street, lunes en la noche.

Mi querido general:

Ruégole venga a comer con nosotros el jueves próximo si es posible, pues salimos de la ciudad el viernes o el sábado. Ud. encontrará durante la comida al único abogado *honrado* que yo haya conocido: él arreglará conmigo un pequeño asunto al pie de la escalera, en una media hora, después de la comida y luego se marchará.

Con gran respeto y consideración, créame sinceramente suya,

H. L. S.

***

Lady Stanhope a Miranda.

Green Street, lunes en la mañana.

Ud. se sorprenderá, mi querido general, de descubrir que todavía estoy aquí, pero es el caso que en el momento preciso de tomar mi coche el jueves, recibí una carta del Almirantazgo diciéndome que se había ordenado a los generales Stewart y Picton embarcarse con sus estados mayores y sirvientes en *mi fragata*. Todos los elementos militares que están en Portsmouth, y aun el propio Stewart, están indignados con tal proceder, que me ha ocasionado mucha desazón y gran gasto. Debí haber escrito antes a Ud. pero he estado muy indispuesta e incapaz de resolver lo que debía hacer. A la postre me he decidido a tomar una habitación en o cerca de Portsmouth y a esperar allí mi destino, pues será mejor que Jacobo y mis sirvientas se queden y que no regresen aquí. Me voy el jueves en la mañana, y si Ud. pudiera venir a comer conmigo mañana me contentaría verle: tengo que decirle algo cuyo conocimiento puede ser útil a Ud. Mi doctor comerá aquí pero se marchará temprano.

Muy sinceramente suya,

H. L. S.

Me vi obligada el jueves pasado a enviar un expreso a Jacobo y remito a Ud. la respuesta que recibí por el mismo medio: Ud. puede conservarla y devolvérmela cuando nos encontremos. De estar Ud. muy ocupado, envíeme una contestación *verbal* sobre la comida de mañana aquí.

***

Jacobo Stanhope a lady Stanhope.

George Inn, lunes a las 4 de la tarde.

Como no puedo adivinar lo que Ud. ha hecho, me atrevo solo a darle un consejo en caso de que Ud. no haya hecho nada contrario a lo que propongo. Sopla viento malísimo, *con todas las probabilidades de continuar así*. De todos modos si yo fuera Ud. (y si el viento continuase) dejaría la ciudad el miércoles en la mañana y me iría con Seymour en su convoy actual, si no podemos arreglar lo que recomiendo ahora. Hay aquí tres convoyes: uno para las Indias Occidentales

que se dirige muy al Sur; uno para los Estrechos; y uno para Lisboa, al último de los cuales pertenece el Manila.

No hay en esta menos *de doce fragatas, fuera de los buques de combate adscritos a los convoyes y seguramente podría prescindirse del Manila. Seymour no tiene la más leve objeción* (así lo ha dicho espontáneamente) a llevarla a Ud. durante todo el viaje, aunque teme que esté incómoda. Por consiguiente, mando al duque de Cambridge o al general Grenville a casa del viejo Mulgrave y de Bickerton para que estos pidan a Seymour que se le permita llevar a Ud.; que abandone su convoy o si no que acompañe a Ud. desde Lisboa después de dejar su convoy en seguridad. De todos modos yo iré con Seymour y si Ud. puede dejar la ciudad el miércoles y el doctor Meryon el jueves en la noche con el correo, o el jueves por la mañana en silla postal, podríamos embarcar el viernes. En todo caso, tan pronto como reciba esta carta escriba al viejo Temple pidiéndole sus cartas para Berkly, que podremos quemar si no las necesitamos. Dígale que las dirija aquí.

¿Ha habido nunca nada tan extraño como la conducta del Almirantazgo? Bickerton me dijo el jueves que Seymour no se haría a la mar sino a mediados de esta semana y que seguiría a Cádiz; *y al día siguiente mismo* dio órdenes de conducir un *convoy a Lisboa y de partir con el primer viento favorable* sin decirnos ni una palabra al respecto. ¡Es el desbarajuste más inexplicable que haya existido jamás!

La única objeción de Seymour para ir al Mediterráneo, cuando le vi la última vez, consistía en la esperanza de una guerra americana. No desea hacer *ninguna solicitud*, pero si Ud. puede obtener que se *le impartan otras órdenes*, está a la disposición. De no recibir otras órdenes *obedecerá las que tiene implícitamente* y se hará a la vela con el primer viento favorable. *No se puede rehusar a Ud. embarcarse en su navío desde Lisboa*. Esperaré la *carta de Ud. de mañana en la noche* y procederé en consecuencia. Seymour tiene calefacción, está colocando *mamparos*, acomodará sus sirvientas en sofás en el propio camarote de Ud. y se ocupará del equipaje de la mejor manera posible. Es todo bondad, pero no tiene ni la mitad de sus enseres del Pallas, tanto le han apresurado. La ciudad está repleta, pero *hallaré alojamiento para Ud.* en tiempo oportuno si se me escribe mañana por la noche. Suplícola venga el miércoles si el viento sigue como ahora. No se engañe *al respecto*: hay un buen cataviento sobre Chesterfield House. Como continúe soplando viento del Sur hacia el Oeste y Noroeste, no podrán hacerse a la mar. Dios la bendiga.

(Sin firma)

Reflexionando de nuevo sobre el particular me he decidido a enviarla un expreso portador de la presente[50] que Ud. recibirá hacia la una, y podrá así escribir *sus cartas temprano* sea para el duque sea para el general G.(renville) y arreglar *este asunto* mañana. Es algo muy costoso pero en la ocurrencia vale la pena, puesto que sus cartas llegan tan tarde que Ud. no podría hacer nada si yo la escribiese por correo. Dejo a discreción de Ud. pagar (al expreso) más o menos, según su puntualidad en llevar la carta. El precio es de 1 (¿penique o chelín?) por milla. Puede hacerlo volver como *expreso* o arriba de una diligencia, según plazca a Ud.

(Dirigida)

Por expreso que salió de Portsmouth el lunes a las 4 de la tarde. A lady Hester Stanhope.–14, Green Street. Park Lane. Llegar antes de la una.

***

Miranda a lady Stanhope.

Grafton Street, 21 de enero de 1810.

Era tarde ayer, querida y amable lady Hester, cuando recibí su carta de 19 de los corrientes enviada de Portsmouth y no tuve tiempo de contestarla por el correo del sábado. ¡Qué cúmulo de desengaños y enojos la asedian a Ud. ahora! Mas espero que la superioridad de su espíritu la ponga por encima de estos. Lo que me inquieta es tan solo el estado precario de su salud por la que le ruego, ante toda cosa, velar. Y no dudo que mi dilecto Jacobo haya de cumplir estrictamente su promesa de cuidar de modo especial a su inestimable hermana: ¡le envidio, en verdad, esta grata tarea!

Mi entrevista del miércoles último con el señor W(ilberforce) fue larga, interesante y satisfactoria. Tuve otra el día siguiente (a requerimiento suyo) con el duque de G.(loucester) a quien veré de nuevo pasado mañana sobre el mismo asunto; y no olvidaré el mensaje de Ud. Ambos me parecen fervorosos y esperanzados. Yo desearía que Ud. estuviera cerca para comunicar y dar consejos. Las cosas aparecen ahora prometedoras y dentro de poco debemos percibir la realidad.

[50] Aquí aparecen tachadas las palabras "a pesar del gasto".

Con gran placer veré al capitán Moore. El hermano me fue siempre sospechoso por la misma causa que Ud. menciona en su carta: tan detestable tráfico acabará por destruir todo principio de virtud en este que fue una vez glorioso y muy floreciente país.

Sírvase recordarme a mi dilecto amigo el capitán Stanhope; y no olvide que si algún día se saca un perfil de la divina "Irenide" (y pienso que así se debería) Ud. me prometió una copia.

Adiós, o mejor EUTUXH en griego.

Siempre y sinceramente suyo,

M.

***

Lady Stanhope a Miranda.

Portsmouth. Jueves en la noche.
30 de enero (de 1810)

Zarpamos en la fragata Jason mañana muy temprano, pero debo escribirle una línea, mi querido general, para despedirme y decirle que, habiendo modificado nuestro plan, sería mejor que llevara Ud. sus cartas a los *Horse Guards* bajo cubierta al nombre del teniente coronel Torrens, quien las hará seguir a Mesina en sobre dirigido al general sir John Stewart. El honorable capitán King, que manda la Jason es hermano de dos amigos míos y se ha conducido en lo posible tan amablemente cual corresponde a un caballero, haciendo los mejores arreglos posibles para nuestro confort y comodidades.

Tengo apenas tiempo para agradecerle su carta y decirle lo mucho que me agradó. Jacobo escribirá a Ud. como tenga un momento para hacerlo, y si no, le suplica acepte sus mejores votos; ambos esperamos recibir largas cartas de Ud.

Créame, mi querido general, muy sinceramente suya,

H. L. S.

El coronel Anderson es en verdad hombre sincero, probo y un verdadero amigo del general Marnes.

PRÓXIMO LIBRO EN INGLÉS SOBRE MIRANDA

El señor Robert E. Barclay, eminente jurista, historiador y publicista de Chicago, publicará en breve, en lengua inglesa, una nueva biografía del Generalísimo Miranda, y con este fin se dirigió, en solicitud de algunos datos, a nuestro compatriota Parra Pérez quien es, como se sabe, especialista de la historia del ilustre venezolano. Nos complacemos en publicar a continuación los principales párrafos de la respuesta de Parra Pérez, que creemos interesante, sobre todo porque este vuelve en ella sobre ciertos puntos tratados en su obra Miranda et la Révolution Française*, aclarando o rectificando con laudable sinceridad cuanto allí se dijo.*

El Universal, 26 de diciembre de 1928.

Ante todo, permítame expresarle mis congratulaciones por su proyecto de publicar pronto en inglés una biografía de Miranda. Este, después de sufrir mucho de sus enemigos que contra él inventaron fábulas y calumnias, sufre también de sus historiadores que acogen unas y otras o no se ocupan en destruirlas. El profesor Robertson, compatriota de usted, escribió sobre el ilustre venezolano un libro que contiene bibliografía abundante y datos apreciables, pero cuyos juicios son casi siempre injustos e inexactos. Estoy seguro de que la obra de usted corregirá aquellos juicios y presentará al público de habla inglesa un Miranda despojado de leyendas, pero perfectamente digno de figurar como es en realidad: uno de los hombres más grandes del continente americano.

Consagré varios años al estudio de la vida de Miranda en Francia y el resultado de mi trabajo se halla en el volumen que envío a usted por este mismo correo, y en el cual encontrará cuanto hasta este momento puede saberse sobre la actividad del personaje durante la Revolución

francesa. Creo haber examinado todos los documentos, periódicos y libros franceses que se refieren a él. El Archivo personal de Miranda, que vi en Inglaterra después de la publicación de mi obra y que está hoy en Caracas, completa y confirma mi documentación. Algunos historiadores franceses han escamoteado al general de la escena; otros le atribuyen faltas que no cometió: mi libro, con pruebas fehacientes y objetivamente, destruye los cargos y coloca a aquel en el verdadero lugar que debe tener en la historia.

Me pregunta usted cuáles fueron las relaciones de Miranda con Carlota Corday: que yo sepa, ninguna.

Tampoco hubo aquel de comparecer delante de Marat, pues este no ocupaba cargo oficial alguno que obligara al general a darle cuenta de su conducta. Marat no era sino miembro de la Convención nacional y periodista. Sus relaciones con Miranda, y sobre todo los feroces ataques que le dirigió están expuestos en el capítulo III de la Segunda Parte de mi obra, página 256. El general compareció primero ante el Comité de guerra (página 219) y luego ante el Tribunal revolucionario (página 231). Marat atacó violentamente en su periódico la absolución de Miranda de los cargos que se le hicieron en virtud de las calumnias de Dumouriez, quien le atribuía la culpa de la derrota de Neerwinden.

En la *Introduction* de mi obra verá usted citados y aprovechados muchos documentos hasta entonces inéditos que extraje de diversos archivos de Europa, concernientes a la vida de Miranda, desde que dejó el servicio español, en 1783, hasta su venida a Francia, en marzo de 1792. Los papeles personales del general a que me refiero más arriba completan mis datos. Una de las correcciones, que debe hacérseme, fundándose en estos últimos papeles, se refiere al nombre mismo del personaje y a la fecha de su nacimiento: no se llamaba Francisco Antonio Gabriel, como se creía hasta ahora, sino Sebastián Francisco, y nació el 28 de marzo de 1750. El nombre de Francisco Antonio Gabriel parece haber sido el de un hermano suyo nacido en 1756, y muerto en tierna edad. Es curioso el hecho de que Miranda aprovechaba esta circunstancia para rebajar cuatro años a su edad efectiva.

En la página XLVI de mi *Introduction* se encuentra una nota en la cual digo que no me fue posible fijar el empleo del tiempo de Miranda durante el año que va de junio de 1788 a junio de 1789. El Archivo personal despeja la incógnita y explica la falta de documentos de esa época: el general, quien se hallaba entonces perseguido por la policía francesa a petición de la Corte de Madrid, viajaba en Francia bajo el nombre de conde de Meiroff, gentil hombre de Livonia. Su pasaporte firmado de la propia mano de Luis XVI, está entre aquellos papeles, y un volumen entero del Archivo está consagrado a su permanencia en territorio francés durante los indicados doce meses. Tenía, pues, razón Stephen Sayre cuando escribía a Samuel Ogden: "El coronel Miranda cenó conmigo hace dos días, uno después de su vuelta de París (a Londres). Sus prevenciones contra los franceses y sus costumbres son siempre las mismas". Y yo me equivoqué al decir que era inverosímil que Miranda hubiese ido a París en aquella época.

También es necesario rectificar la fecha de la permanencia de Miranda en Rouen, como huésped del caballero Hélie de Combray (véase la *Introduction*, páginas LVI-LVII). El documento que me hizo fijar esa permanencia en los meses de diciembre de 1791 a marzo de 1792, es perfectamente auténtico y categórico: se trata de un certificado expedido por Combray en favor de Miranda el 12 de abril de 1796. Sin embargo, del *Diario* personal del general aparece que este vino de Londres a París directamente, sin pasar por Rouen, en marzo de 1792. Tal vez en el certificado, que fue presentado a la justicia revolucionaria, se alteraron con intención las fechas, y la estada en Rouen tuvo lugar en 1788 o 1789, cuando Miranda viajaba incógnito. Este detalle deberá verificarse en el volumen citado del Archivo.

Un punto que parece deba interesar particularmente a un historiador norteamericano es la participación de Miranda en la guerra de la independencia de los Estados Unidos. En la *Introduction*, página XIV, pueden verse algunos pormenores sobre esto. Convendría hacer resaltar la parte principal que tomó aquel en las operaciones de la Florida y de las Bahamas, así como en el abastecimiento de la flota francesa auxiliar. El

venezolano no estuvo a las órdenes de Washington ni fue compañero de La Fayette, como algunos repiten aún, pero con las fuerzas españolas o a la cabeza de voluntarios angloamericanos prestó reales servicios a los Estados Unidos. Se lee en la *Introduction*: "En su respuesta al general Éustace, en 1793, Miranda recordará que 'mandaba los voluntarios angloamericanos, reunidos a los españoles y a los franceses, en la expedición de la Florida del oeste, en la toma de Pensacola', e invocará para probar este hecho el testimonio de Dumonteil, de Laval y de todos los oficiales franceses que se encontraban allí. 'Fue él quien proporcionó a los americanos, en La Habana, los inmensos recursos que de allí sacaron, quien procuró a M. de Grasse los medios para su entrada en Chesapeake, la cual produjo, como se sabe, la toma de Yorktown'. Prestó con ello un servicio decisivo a causa de la libertad de los Estados Unidos, pues fue él quien, por su influencia con el gobernador de La Habana, procuró al almirante de Grasse treinta y cinco mil libras esterlinas para comprometerle a ir a acometer a lord Cornwallis. En 1782, las Bahamas fueron atacadas por una flota española, apoyada por barcos tripulados por insurgentes de Carolina. Miranda, que estaba allí también, convino con el coronel inglés Maxwell en los términos de la capitulación que entregó las Bahamas a España".

Fue después de la guerra cuando Miranda recorrió el territorio americano y conoció a Washington y a los hombres que habían hecho la independencia. De aquella época datan sus relaciones con Thomas Paine, a las cuales me refiero varias veces en mi libro (páginas XVII, LIII, LV, 10, 248). El juicio que muchos años después formuló el presidente Adams sobre el venezolano es muy significativo (*Introduction*, página LX).

Me ocupo ahora en escribir una obra sobre Miranda y la independencia de Venezuela, y con ese fin he reunido materiales provenientes en su mayor parte de los archivos ingleses. Las relaciones del general con el gobierno y con los hombres políticos o militares británicos no podrán juzgarse de manera definitiva mientras no se estudie pormenorizadamente el Archivo de que he hablado. No obstante, los papeles de que dispongo por mi parte bastan para hacer la crítica de la política

de Inglaterra en Venezuela en la época de la actividad de Miranda, que es uno de los objetos que me he propuesto. El libro tratará, sobre todo, de indicar imparcialmente las causas de la pérdida de la Primera República venezolana y del fracaso de Miranda en 1812.

Me agradaría poder suministrar a usted cualquier dato o aclaración de que hubiere menester sobre la vida de un grande hombre que espera todavía la justicia de la historia.

Queda de usted obsecuente servidor y amigo.

C. Parra Pérez.

ACERCA DE MIRANDA[51]

Ginebra, 23 de septiembre de 1928.

Al señor director del *Journal des Débats.*

París.

Señor director:

Ocurro a la cortesía de Ud. para que me permita hacer algunas rectificaciones al artículo publicado en los *Débats*, el 21 último, por el señor Édouard Clavery. Este excelente diplomático, a quien interesa la historia de los países de la América Latina, está muy mal informado respecto a los papeles del general Miranda recientemente descubiertos. Es inexacto que dichos papeles hayan permanecido en poder de la familia del capitán Haynes, que se los vendiera en pública subasta a causa de sucesión y que el Estado venezolano los adquiriese, por cinco mil libras esterlinas, a proposición del señor Dávila, director del Archivo Nacional, de Caracas. He aquí la verdad:

Los papeles de Miranda, enviados en 1812 a lord Bathurst, miembro del gabinete, por el general Hodgson, gobernador británico de Curazao, estuvieron en posesión de los descendientes del lord, en el castillo de Cirencester, hasta 1926. En esta época me ocupaba en practicar en el Public Record Office búsquedas sobre las relaciones de Miranda con el gobierno inglés, y habiendo sabido la existencia de los documentos

[51] Publicado, en francés, junto con la respuesta del Sr. Clavery en el *Journal des Débats*, Paris, 29 de septiembre de 1928. Esta carta, que creo cortés y comedida, abrió una polémica que, debido a la irritante mala voluntad de aquel y no poco a su limitada comprensión de los asuntos tratados, no tardó en agriarse. Toda la culpa fue suya.

en cuestión pude, gracias a la benevolencia del actual lord Bathurst, examinarlos y darme cuenta de su inestimable valor histórico. Di parte inmediatamente de ello a mi gobierno y, con su autorización, pregunté al posesor si consentiría en ceder a Venezuela un tesoro que esta tenía derecho a considerar, en cierto modo, como perteneciente al patrimonio nacional. Fue así como el Estado venezolano adquirió el depósito por la suma de tres mil libras. Ahora, una comisión de la Academia de la Historia se ocupa, bajo la dirección de mi amigo Dávila, en clasificar los documentos, cuya publicación comenzará de un momento a otro.

Aprovecho todavía esta ocasión para rectificar un error relativo a la participación de Miranda en la guerra de la independencia de los Estados Unidos, error del cual se hizo eco el señor Clavery en una carta publicada en *Le Temps* de 10 del mes corriente, donde, entre paréntesis, alteró mi nombre. España no se limitó a enviar a la América del Norte un batallón auxiliar, ni el héroe venezolano sirvió nunca a las órdenes de Washington, Rochambeau o La Fayette. Fuerzas españolas de tierra y mar combatieron entonces en la Florida y en las islas y Miranda tuvo parte preponderante en la toma de Pensacola y la capitulación de los ingleses en las Bahamas. Además, y este hecho capital en el activo de mi ilustre compatriota no ha sido suficientemente apreciado por los historiadores, fue en virtud de los esfuerzos personales y de la energía de Miranda cómo el almirante francés Grasse pudo abastecer, en La Habana, la flota que tomó la bahía de Chesapeake y contribuyó a la victoria decisiva de Yorktown.

Un monumento a Miranda se erigirá próximamente en el campo de batalla de Valmy: todos los venezolanos apreciamos en su justo significado este *gesto* simbólico. Pero, en realidad, Miranda, situado en reserva con las divisiones de Dumouriez, no tomó parte alguna en el cañoneo, que fue asunto de los soldados de Kellermann, entre los cuales, sea dicho de paso, había muy pocos voluntarios: Kellermann mandaba sobre todo tropas de línea encuadradas por viejos oficiales reales. Los dos títulos efectivos adquiridos por Miranda al reconocimiento de Francia durante las operaciones en Argona fueron de haber, por su admira-

ble sangre fría en la desbandada de Montcheutin, salvado el ejército entero de Dumouriez, asegurando el buen éxito de la campaña, y de haber ganado, poco antes de Valmy, en Morthomme, contra el conde de Kalkreutz y con fuerzas muy inferiores en número, un combate en el cual los prusianos huyeron por primera vez delante de los soldados de la Revolución.

Sírvase aceptar, señor director, mis sentimientos de consideración distinguida.

C. Parra Pérez.
Ministro de Venezuela en Roma.

CARTA AL SEÑOR CLAVERY[52]

Roma, 5 de marzo de 1929.
42, Piazza Poli.

Personal.
Al señor Édouard Clavery.
Señor ministro:

Doy a usted sinceras gracias por sus cartas de 17 y 18 de febrero, llenas de frases amables para mí. Mas permítame expresarle ante todo mis sentimientos de viva y simpática condolencia por la muerte de su hermano el señor general Clavery, soldado magnífico caído por Francia en ese país de África que durante un siglo ha sido teatro de las proezas de sus compatriotas. Francia reanudó allí la tradición latina y ha sabido continuarla gloriosamente para la causa de la civilización. El general Clavery figurará entre los héroes y mártires que contribuyeron más y mejor a aquella obra admirable.

Agradezco a usted el interés que se sirve acordar a mi libro sobre Bolívar, y me felicitaría si pudiese utilizarlo, por los documentos que cito si no a causa de mis ideas propias, para los estudios que usted sigue sobre historia americana.

Encuentro muy interesantes sus nuevas observaciones respecto de Napoleón "emperador de la República". Es probable que nos pondríamos pronto de acuerdo si nos entendiéramos previamente sobre el sentido de las palabras. No le oculto que desconfío de la fraseología revolucionaria y usted sabe ya que recibo la Revolución a beneficio de inventario. Mi concepto de esta parte de la historia de Francia se aproxima mucho del acreditado con grande autoridad por su ilustre cuñado señor Madelin. Este, Albert Sorel y Albert Vandal me inspiran

[52] Carta inédita, traducida del francés. Nótense, todavía, nuestros pacientes esfuerzos para mantener esta discusión en un terreno objetivo e impedir que el señor Clavery la trabucara. El lector desocupado o curioso de cierta especie de aberraciones hallará en los escritos de aquel vasta materia de reflexión.

la mayor confianza. Aprecio en alto grado los juicios de Mortimer-Ternaux. Y Taine es siempre para todo escritor libre y honrado, a pesar de cuanto hayan dicho los profesores Aulard y Mathiez, la fuente de casi toda la verdad en materia de historia de la Revolución.

En lo que atañe a Miranda, solo deseo que se le estudie y juzgue seriamente y con imparcialidad: no sé de ningún personaje histórico que haya sido como él sepultado bajo tal montaña de mentiras y tonterías. Es el gran Incomprendido, simplemente porque se le ha estudiado poco. En Francia hay dos ideas sobre él: una, que se encuentra en los raros libros de historia que no han escamoteado su nombre de la escena, se formó con las calumnias propagadas durante la época revolucionaria; otra, la de un pequeño y generoso grupo que toma interés por los países latinoamericanos, se funda en la leyenda: la ardiente e ingenua leyenda de Paul Adam. Como es natural, ambas ideas son falsas. Michelet mismo, que escribió bellas páginas en defensa de Miranda, conocía imperfectamente su personaje; pero Michelet tenía genio y el genio adivina lo que no sabe.

Espero, señor ministro, que tendré el placer de verle pronto en París y, mientras tanto, le ruego aceptar la renovada seguridad de mi alta consideración.

C. Parra Pérez.

***

Réplica al señor Clavery

Extensos fragmentos de esta réplica, comunicada desde luego privada y amistosamente al señor Clavery, aparecieron, en francés, en el periódico L'Amerique Latine*, de París, el cual insertó también la contrarréplica del adversario. El presente texto español fue publicado en folleto en 1929, por* El Universal *de Caracas, diario que lo comentó con las siguientes palabras:*

Los trabajos históricos de C. Parra Pérez le han asegurado justicieramente un sólido renombre, dentro y fuera de la Patria. Espíritu sereno, especialmente dotado para el análisis de personalidades y de acontecimientos, posee además una sólida cultura científica e intelectual que le capacita de manera especial para la realización de sus altos propósitos.

Viene ahora Parra Pérez en este trabajo que ofrecemos a los lectores de *El Universal*, a precisar interesantes puntos históricos referentes a la vida del Generalísimo Miranda, a la que ha dedicado especiales estudios.

Estas rectificaciones constituyen una reposada y rotunda lección al señor Clavery y a cuantos como él pretenden hacer la historia de las jóvenes nacionalidades hispanoamericanas sin someterse a las recias disciplinas necesarias para obtener una preparación eficiente y realizar una efectiva labor histórica y no una burda caricatura de personajes y hechos.

***

Con retardo de cerca de dos meses del cual debemos excusas, nos referimos al fin a la respuesta del señor Édouard Clavery a las observaciones que le dirigimos, por órgano del *Journal des Débats*, sobre algunos datos erróneos relativos a los papeles del general Miranda y a ciertos hechos de la vida de este venezolano ilustre[53]. El estudio de la historia es apenas para nosotros una especie de violín de Ingres y obligaciones profesionales nos impiden con frecuencia entregarnos a aquel pasatiempo favorito. El señor Clavery no podía contradecir de buena fe nuestras afirmaciones y no lo hizo; pero, deslizando sobre la verdadera cuestión, tocó otras más importantes respecto de las cuales nos parece todavía que vale la pena criticar sus palabras. No conviene, por otra parte, dejarle en la ilusión de habernos reducido al silencio. Tales son las razones de este artículo.

[53] Véase para los antecedentes de la cuestión *Le Temps* del 10 de septiembre y el *Journal des Débats* del 21 y del 29 de septiembre de 1928. Los documentos que muestran cómo y por qué el Archivo de Miranda fue enviado a lord Bathurst por Hodgson, gobernador inglés de Curazao en 1812, fueron extraídos por nosotros de los Archivos de Londres y publicados en *El Universal* de Caracas, el 26 de junio de 1926. Es allí donde el señor Clavery habría podido encontrar comprobación del hecho y no en "sus libros y expedientes privados", que nada le dirán probablemente respecto de un punto histórico desconocido hasta la fecha de nuestra publicación.

I
MIRANDA EN LOS ESTADOS UNIDOS

El señor Clavery habla una vez más de "un batallón agregado por España (a consecuencia del Pacto de familia) a las tropas que luchaban por la independencia de los Estados Unidos". Ahora bien, se sabe que Carlos III declaró la guerra no solo en virtud del Pacto de familia sino también con el deseo muy natural de reconquistar a Gibraltar y a Mahón, que se hallaban hacía largo tiempo en poder de Inglaterra. Además, los ingleses con el pretexto de que los barcos de los insurgentes norteamericanos encontraban entrada y refugio en los puertos españoles, visitaban y despojaban los navíos de esta nacionalidad e interceptaban la correspondencia de ultramar. Por lo demás, Floridablanca titubeó mucho antes de entrar en guerra, pues esperaba obtener a Gibraltar por medio de negociaciones y, aun cuando quisiese guardar fidelidad a los compromisos del Pacto, trataba por otra parte de libertarse de la tutela de Francia. "Trabajemos por separado, proponía a Versalles, sin dejar de ser amigos". Fue en tales condiciones como las tropas españolas se embarcaron para guerrear en las islas y en Florida, al mismo tiempo que se atacaba a Gibraltar y a Minorca. El ejército y la flota de la monarquía habían sido movilizados.

¿Solicitó Miranda, como se ha repetido, ir a batirse por la libertad de los Estados Unidos? Nada de eso: Miranda se vio en la necesidad de pasar a América conforme nos lo dice él mismo en carta dirigida al rey de España y fechada en Londres el 10 de abril de 1785. La divulgación de las verdaderas condiciones en las cuales el venezolano sirvió en el extranjero arruina tal vez el aspecto romántico de sus célebres "alistamientos", con gran dolor sin duda de cuantos aman las leyendas; pero no tenemos escrúpulos en contribuir a dicha divulgación porque estamos convencidos de la inmortalidad de la leyenda y creemos poder contar honradamente la historia sabiendo que no llegaremos a destruir ciertos errores generosos que se creen, a veces, más bellos y útiles que la simple verdad. Miranda, que era capitán en el ejército activo español en el momento de

la declaración de la guerra, andaba de querella con su superior jerárquico el coronel Roca, y el inspector general conde de O'Reilly, deseando terminar el pleito, ofreció al capitán "pasar a América con el ejército de operaciones". Miranda reflexionó y aceptó: "Viendo –escribirá al rey– que si insistía en que se me oiera en el Consejo Supremo de la Guerra, como lo quería, para que al Coronel Roca se le castigase según merecía, no lo conseguiría tal vez jamás, por la oposición que siempre experimenté del Inspector Gral; e influencia que dho Coronel se avia procurado por sostén en el ministerio de la guerra durante nuestra crítica contestación en Madrid! Resolví haciendo de la necesidad virtud aceptar el que como favor me oponía el oponente, y seguir agregado en el Regimiento de Aragón".

En otra parte nos referimos a los servicios de nuestro compatriota en esta guerra y a la cooperación prestada por las autoridades españolas de Cuba a la flota francesa. Ponwall escribía a Pitt, en agosto de 1790, que la influencia personal de Miranda sobre el gobernador de la isla había procurado al almirante Grasse treinta y cinco mil libras esterlinas, que le permitieron tomar parte decisiva en las operaciones contra Cornwallis.

Al cesar las hostilidades Miranda, que viajaba por los Estados Unidos, fue presentado a Washington, en quien no encontró "cualidades brillantes, sino espíritu justo y honradas intenciones". También conoció allí a La Fayette, a quien detestó después cordialmente, atribuyendo, tal vez sin razón, a "este hombre pérfido" indiscreciones peligrosas para su seguridad personal y de las cuales usó la policía francesa, que trataba de entregar a España el proscrito. Este dirá un día a Pétion que La Fayette había combinado con Aranda, Floridablanca, Montmorin y Luis XVI la manera de prepararle "un alojamiento en la Bastilla". En 1786, mientras presenciaba las maniobras del ejército del gran Federico, el desconfiado Miranda eludió entrar en conversación con La Fayette sobre la independencia de las colonias españolas. El marqués, por su lado, citará apenas incidentalmente en sus "Memorias" el nombre del venezolano: "Miranda cuyas relaciones inglesas y designios personales fueron siempre equívocos". He allí en qué consistieron únicamente los presuntos

lazos de estos dos hombres, que muchos nos presentan con frecuencia como habiendo servido juntos en los Estados Unidos y dialogando sobre la libertad de ambos mundos.

Durante su viaje, Miranda adquirió en Norteamérica, según dice el presidente John Adams, "la reputación de ser hombre que había hecho estudios clásicos, que poseía conocimientos universales y era maestro en el arte de la guerra. Se le tenía por muy sagaz, de imaginación viva y de curiosidad insaciable". "Sabía, concluye el presidente, más que nadie sobre nuestra vida social y política, sobre nuestra guerra, batallas y escaramuzas, sitios y combates que conocía y juzgaba con mayor serenidad y exactitud que cualquiera de nuestros hombres de Estado".

II
MIRANDA, GENERAL FRANCÉS

Antes de hablar de la actividad militar y política de Miranda en Francia, es indispensable recordar las circunstancias en las cuales entró el general a servir en aquel país. Los documentos que reproducimos a continuación y muchos otros demuestran que fue el gobierno revolucionario quien, a instancias de Pétion, ofreció al antiguo coronel español un grado militar y un puesto de combate. Miranda terminó por aceptar el ofrecimiento, aunque no se ocupara en aquel momento, como siempre, sino de trabajar por la independencia de su propio país. Había ya reservado su silla en la diligencia para volver a Inglaterra: "Me marcho a una corta excursión, con la esperanza de encontrarlos (los documentos) en sus manos (del señor Turnbull) a mi regreso", escribía el coronel a Pitt, el 19 de marzo de 1792, pidiéndole, en términos cuya vivacidad llegaba al límite de la insolencia, la devolución de papeles confidenciales relativos a la América del Sur, que había sometido al gobierno inglés y que Pitt pretendía ahora no hallar[54]. ¿Cómo aceptó el extranjero la oferta

[54] A propósito de la fecha de esta carta, debemos decir que a pesar de lo que se afirma en un certificado de Hélie de Combray, fecha 12 de abril de 1796, que citamos en el libro *Miranda*

del Consejo Ejecutivo? Fue, como veremos, por medio de un contrato en regla que contenía dos condiciones esenciales: primera, la seguridad para Miranda, privado de sus bienes, y perseguido por el gobierno español, de tener en Francia empleo permanente y remunerado, una vez terminada la guerra; luego, la promesa de ayudarle en su empresa de liberación de la América del Sur. He aquí cómo, en mal francés, cuenta el general su alistamiento en el *Diario y observaciones en París* (agosto-septiembre de 1792), manuscrito que se encuentra entre los papeles que el señor Clavery tuvo ocasión de hojear en Caracas:

> 11 de agosto.–Mi amigo el alcalde de París (Mr. Pétion) viéndome decidido a partir de un momento a otro para Inglaterra, donde yo tenía compromisos de grande importancia, me preguntó por qué no aceptaría servir en Francia, en la causa de la libertad que amaba tanto, etc.; que se me daría un puesto ventajoso y podría prestar servicios esenciales. Le hice presente mi calidad de extranjero y la ingratitud que después experimentaría, como lo había visto en América, además de las grandes ventajas que iba a perder en América, en Rusia, etc. Por fin me suplicó difiriese mi partida hasta la llegada de Mr. Servan, nuevo ministro de la Guerra y miembro del Poder Ejecutivo. Consentí, y el 20 llegó Mr. Servan. Pétion le habló inmediatamente sobre mí y el ministro le respondió que deseaba mucho emplearme, pero que tratándose de un extranjero no sabía cómo hacerlo. Sin embargo me rogó esperara algún tiempo.
>
> El 22 (de agosto).–Mi amigo el alcalde me dijo que "había arreglado mi asunto" y que Mr. Servan le prometía emplearme como "mariscal de campo" de los ejércitos de Francia, si yo quería aceptar. Le respondí que el empleo me sería bastante agradable, en el servicio de la libertad; pero que quería la seguridad de tener el *mismo sueldo* para subsistir después de la guerra, puesto que iba a abandonar todos mis demás recursos. Comimos juntos en casa de Mr. Pétion y Mr. Servan me habló "sobre el

et la Révolution Française, p. LVI, no parece que Miranda haya estado en Rouen antes de venir a París en 1792. Su estada en aquella ciudad se efectuó probablemente dos o tres años antes. Los papeles del general, hallados no ha mucho, revelaron que viajó por Francia de 1788 a 1789, con el nombre de conde de Meiroff, gentilhombre livonio, provisto de pasaporte firmado por Luis XVI. Miranda fue directamente de Londres a París en marzo de 1792: los documentos presentan ciertas contradicciones sobre el día preciso de su llegada.

> asunto"[55] con interés, haciéndome la misma proposición y ofreciéndome su amistad, pero me hizo observar la imposibilidad en que se hallaba el gobierno actual de darme una seguridad positiva, que no dependía de ellos puesto que su existencia misma estaba por el momento a merced de un azar. Agregó, sin embargo, que si la libertad triunfaba, Francia no podría jamás olvidar al "extranjero" que generosamente se consagraba a su servicio, en tales circunstancias, y que yo podría contar con ello. Díle las gracias y solicité algún tiempo para decidirme. Mi amigo el alcalde me dijo fuese a buscarle al día siguiente, para ver a Mr. Servan juntos. Fui a su casa y le presenté las condiciones adjuntas que aprobó; pero me dijo que no creía que el Poder Ejecutivo pudiera firmar con alguna seguridad para mí las condiciones de mi papel, aun cuando fueran justas. Por fin, apreció la fuerza de esta observación y me retiré para reflexionar... lo que me inspiró el deseo de ir a buscar mi pasaporte para marcharme a Inglaterra.
>
> El 25 (de agosto).–Fui a verle con esta idea, pero me suplicó volviese todavía, hacia las 5 de la tarde, a encontrarle en casa del ministro de la Marina, *rue Royale*, donde debía comer con Mr. Servan. Fui a las 6 y los tres juntos nos comprometimos: yo a servir la causa de la libertad con todos mis medios y ellos, en nombre de la Nación francesa, a apoyarme y emplearme aun después de la guerra, prefiriéndome a oficiales franceses, puesto que, como extranjero y en las actuales circunstancias, mi abnegación era más meritoria. Bajo estas condiciones fui hecho *ipso facto* mariscal de campo. Mi amigo me abrazó; Servan me saludó como tal. Me fui a las Tullerías a reflexionar un poco sobre mi cambio de patria, de situación, etc. Allí encontré a Mme. Pétion a quien comuniqué mis nuevos compromisos y nos fuimos juntos a la Asamblea Nacional.

Miranda fijó sus condiciones en un documento dirigido al general Servan y cuya copia anexó a sus notas:

> Persuadido como estoy del heroísmo y de la magnanimidad con los cuales la Nación francesa defiende su soberanía, y de la gloria que en consecuencia debe recaer sobre los que tengan el honor de unirse a ella

[55] En español en el texto. Las palabras y frases subrayadas lo están en el original. Estos documentos fueron ya publicados *in extenso* traducidos al español en *El Universal* del 20 de junio de 1926.

> para sostener la libertad, fuente única de la felicidad humana, consiento en servirla fielmente y en unirme íntimamente a esta Nación, bajo las siguientes condiciones: 1º: Debo entrar en el ejército francés con el grado y sueldo de mariscal de campo. 2º: Como una nación libre debe obrar siempre con justicia y equidad hacia los que la sirven fielmente, se me empleará una vez terminada la guerra (en lo militar o en alguna otra parte) en un puesto que pueda darme una renta suficiente para vivir decentemente en Francia (25.000 frs.). 3º: Siendo la libertad de los demás pueblos un objeto también interesante para la Nación francesa, y principalmente la libertad de los pueblos que habitan la América del Sur (o colonias hispanoamericanas) que con su comercio con Francia hacen gran consumo de sus mercaderías; y que desean igualmente sacudir el yugo de la opresión para unirse con aquella; es necesario que su causa sea eficazmente protegida por Francia como es la causa de la libertad y que se me acuerde el permiso (cuando la ocasión se presente) de ocuparme principalmente en su felicidad, estableciendo la libertad y la independencia del país, deber sagrado de que me he encargado voluntariamente y para el logro del cual los Estados Unidos de América así como Inglaterra han prometido su ayuda en la primera oportunidad favorable. En París, el 24 de agosto de 1792.–N. B. Es bajo estas condiciones expresamente y en este espíritu, que me he alistado para servir a la Francia libre y cuya garantía (por parte del gobierno representativo) me ha sido asegurada por los ministros (de la Guerra) SERVAN, ROLAND, LEBRUN Y CLAVIÈRE, así como por el patriota alcalde de París PÉTION, quienes me han prometido atestarlo siempre delante del mundo entero en caso de necesidad, etc. El 25 de agosto dicho.

En fin, el 30 de agosto Miranda decía al conde Woronzoff, embajador de Rusia en Londres:

> En el momento en que esperaba tener el placer de veros y de hablaros sobre los asuntos de Europa, etc., héme aquí convertido en general del ejército francés de la libertad y en vísperas de salir a tomar el mando de una división en la frontera. Que me haya unido a los defensores de la libertad no debe extrañaros, puesto que sabéis que es mi divinidad favorita y que me he consagrado a su servicio antes de que Francia pensase en ocuparse de ella... Pero lo que me indujo más fuertemente, es la esperanza de poder un día ser útil a mi pobre patria que no puedo abandonar.

Mucho tiempo después, el 30 de nivoso del año III exactamente, Servan dio a Miranda un certificado que confirma por completo cuanto queda dicho[56].

Es interesante poder comprobar que Miranda, cuyo "destino fue, según sus propias palabras, ser por doquiera el soldado de una causa ilustre", se batió siempre con el pensamiento de servir a Venezuela y a la América latina entera, pues, a pesar de lo que afirmaba Champagneux, el general, tan cosmopolita, tan europeo por su género de vida, sus ideas y sus relaciones personales, no era en modo alguno un "sin patria" y muy por el contrario, podría llamársele nacionalista suramericano, como lo demuestra el estudio de su carrera. Insinuar otra cosa sería continuar desconociendo los hechos históricos y acoger con ligereza hoy inexplicable cuanto la fantasía o la mala fe han imputado falsamente al personaje.

Provisto de su nombramiento de mariscal de campo, Miranda pidió se le enviase al campo de Dumouriez, en el norte. El 6 de septiembre se puso en marcha, pasando por Soissons donde el general La Bourdonnaye, con quien luego tuvo ruidosos pleitos, quiso persuadirle de que se incorporase a su ejército que estaba en Châlons. Miranda vio a los aldeanos que corrían a alistarse llenos de entusiasmo y exclamó ante el impresionante espectáculo: "¡Yo iría al fin del mundo con estas gentes!". Notó, sin embargo, que los voluntarios, según decían los posaderos y empleados de la posta, robaban y maltrataban a todo el mundo. La circulación se volvió difícil y el general tuvo que mostrar sus papeles a algunos jóvenes de bullicioso civismo a quienes habían licenciado en Reims y querían forzarle a gritar con ellos y hallaban que su edecán parecía inglés o alemán. Sueco habrían podido decir, porque probablemente se trataba de Andrés Fröberg, fiel criado que le seguía siempre y al cual Miranda según estuviera de humor llamaba alternativamente "mi Andrés" o "el bribón de Andrés". A menos que se

[56] Esta cuestión se puso en claro en nuestro libro citado, pp. 17-18. Cuando aquel fue escrito no conocíamos todavía el manuscrito del general.

refiriesen al capitán de caballería Baron, que será muerto en Neerwinden. El general, a causa de un defecto de su pasaporte, estuvo a punto de no poder pasar de Reims, ciudad "que estaba consternada como París". En todas partes se comprobaba "en las clases más sanas del pueblo odio pronunciado contra la monarquía y civismo consolador". Sin embargo, por ciertos signos se veía "cuánto se ignoraba en el interior de los campos lo que sucedía en la capital". En Vouziers, Miranda vio al batallón de voluntarios del Marne "que se había rendido en Longwy y al que todo el pueblo trataba con desprecio por su detestable conducta en dicho sitio". Vino después el desfile de las columnas que marchaban a situarse en el Chêne-Populeux, y, por último, la llegada al cuartel general donde, el 10 de septiembre, Chazot recibió muy bien a Miranda, "un poco con la antigua petulante manera, que bien pronto se modificó a la vista de la carta de servicio". Dumouriez, que llegó el día siguiente a las 8 de la noche, acogió al venezolano "con amistad y distinción".

En cuanto al combate de Briquenay, que el señor Clavery parece ignorar, nos referimos al texto de Chuquet[57]. Miranda señala esta acción en su *Diario:* "12 (de septiembre).–A las 6 de la mañana su edecán (de Dumouriez) *Monban* (?) vino a buscarme para algo importante y se me dio la orden de efectuar un reconocimiento contra los prusianos que fueron batidos por mi destacamento, con una fuerza muy inferior. Yo tenía cerca de dos mil hombres, infantería y caballería, y el enemigo seis mil hombres, tanto infantería como caballería. El combate comenzó a las 11 en la aldea de Morthomme, y terminó a las 6 en Briquenay. Es mi primer ensayo en el ejército francés". Así, pues, los prusianos fueron batidos y francamente rechazados: esto ocurría ocho días antes de Valmy y fue allí donde las tropas revolucionarias, por primera vez, hicieron frente victoriosamente a los invasores. Existe un informe "técnico" –como dice el señor Clavery– de Miranda sobre esta acción, el cual deploramos no tener ahora a mano.

[57] *Valmy*, p. 111.

En lo concerniente a la desbandada de Montcheutin, donde diez mil hombres se dieron a la fuga, acuchillados por mil quinientos caballeros enemigos, llegando muchos de aquellos más acá de Reims y Châlons en medio de gritos contra la traición de los generales, fue Dumouriez mismo quien comprobó que Miranda había reunido y rehecho el ejército y evitado un desastre con su firmeza. Thiers y Chuquet no contradicen en este punto al general en jefe. Esperamos confiadamente el "complemento de encuesta" que el señor Clavery juzga necesario para establecer si verdaderamente Miranda prestó en aquella ocasión servicio a Francia.

III
EL VALOR PERSONAL DE MIRANDA

¿Puede creerse que Miranda no se condujo bien en la guerra? Diríase que se trata de una simple burla; y, sin embargo, tememos que haya necesidad de calificar de otro modo esta insinuación del señor Clavery. Trata este la historia con admirable desenvoltura al citar justamente una obra que prueba con testimonios precisos el valor personal del general. Si en nuestro empeño de ser imparciales, empeño que debe guiar a quien escribe sobre estas cosas para el público, citamos las palabras de cierto Capron Wagne, que fue a decir ante el Tribunal revolucionario "que no se había casi visto" a Miranda en Neerwinden, también agregamos lo siguiente, cuya misión es de reprocharse con severidad al señor Clavery:

"Para que haya visto poco a Miranda en la línea del fuego es menester que el 'testigo' se encontrase entre los soldados que huyeron desde el primer momento; pues otros hablaron, cuyas disposiciones no conocemos pero que fueron estimadas por los jurados y a las cuales se refirió Chauveau-Lagarde en su defensa: 'Testigos oculares, dice el abogado, testifican que en Neerwinden Miranda estaba a la cabeza de sus tropas, combatiendo en medio del mayor peligro, asaltado por las balas, rodeado de muertos, entre los cuales uno de sus edecanes caído a su lado y cubriendo así la retirada del ejército'. El director general de la posta, Philippe, es categórico: 'Le he visto rehacer su tropa conmo-

vida bajo el fuego de la mosquetería que derribaba a su lado los más valientes oficiales; le he visto, en el instante en que el cañón arrebataba al bravo Guiscard, a punto de caer él mismo muerto o vivo en poder de los hulanos que le estrechaban a tiro de pistola, y Miranda, siempre intrépido pero siempre general, ordenar fríamente a los que le rodeaban que alejasen aquellos audaces tiradores'... Chauveau-Lagarde invocaba todavía, contra fábulas ridículas, el testimonio de cuantos aseguraban que 'siempre y en todas partes le habían visto (a Miranda) el primero y el último en la línea de fuego, no comiendo cuando era necesario sino pan como el soldado, durmiendo con él sobre la paja y dándole con ello ejemplo de valor, de temperancia y de todas las virtudes republicanas"'.

En la retirada a Lovaina fue Miranda, como se lo decía el mismo Dumouriez en carta [de] 3 de marzo de 1793, "quien había comunicado su energía a los demás generales, refrescado las cabezas, suplido al general en jefe". Valence, por el contrario, lanzaba un grito de angustia: "Volad aquí: declaro que si no venís, soy incapaz de mandar tales fuerzas en tal posición". Y Dumouriez escribía de nuevo a Miranda: "Lo veía todo perdido si no me hubiérais tranquilizado sobre vuestra situación y el espíritu del ejército: la carta de Valence, sobre todo, me desesperaba". En una palabra, se debió a Miranda que las tropas llegasen en orden a Lovaina después de la derrota sufrida en Aquisgran por el cuerpo de La Noue y de Stengel. En Neerwinden Miranda estaba bastante cerca del fuego, puesto que uno de sus edecanes fue muerto a su lado, quedando el otro herido. En Pellemberg el general se puso personalmente a la cabeza de la división de Champmorin, detuvo a los austriacos durante todo un día y no se replegó sino forzado por la retirada de los cuerpos de La Marche y de Le Veneur.

Cuanto hemos afirmado sobre la conducta militar y política de Miranda en Francia nos parece irrefutable, porque cada una de nuestras afirmaciones se apoya en uno o en varios documentos auténticos. Por consiguiente, se necesita para contradecirnos producir piezas de la misma naturaleza y no contentarse con reticencias que solo prueban que quien las emplea no ha estudiado suficientemente el asunto.

El señor Clavery no cita tampoco las palabras del norteamericano Biggs, testigo ocular del ataque de la escuadrilla de Miranda por los navíos españoles, en 1806, cerca de las costas de Venezuela. Sin embargo, dichas palabras se encuentran en la página donde el señor Clavery tomó nuestro texto para mutilarlo: "Durante la escaramuza, dice Biggs, el general conservó la mayor calma, y aunque los oficiales le suplicaban que bajara a su camarote –pues todo dependía de su vida– rehusó perentoriamente y permaneció en el puente".

De todo lo cual se deduce que siempre y dondequiera Miranda mostró ante el enemigo, la frialdad heroica de que habla Michelet.

Chuquet, a quien el señor Clavery tiene con razón en alta estima como historiador militar de la época, no se limitó a escribir que Miranda "poseía grandes conocimientos militares"; escribió también que tenía "talento, sangre fría, valor, y las aptitudes necesarias para comprender las grandes operaciones y conducirlas"[58]. La narración de Chuquet, sin embargo, no está exenta de errores y su juicio no es siempre imparcial. En nuestro libro tuvimos ocasión de rectificar, con ayuda de los documentos, algunos de aquellos errores y presentamos reservas sobre ciertas apreciaciones que nos parecen injustificadas.

IV
LA HISTORIA FALSIFICADA

¿Qué opone el señor Clavery a los hechos, a los testigos, a los documentos? Apenas la vaga frase de un fugitivo y las insinuaciones malévolas de un profesor de los Estados Unidos. Por el momento, fuerza será que nos consolemos de su opinión recordando que mucho antes de que los señores Robertson y Clavery pensasen en acusar a Miranda de cobardía, un comisario de los ejércitos escribió a París que Jourdan, comandante de las tropas del Rin, tenía tanto miedo que no podía mantenerse a caballo. ¡El miedo de Jourdan!

---

58 *La Trahison de Dumouriez*, p. 115.

Mas sería ya tiempo de ocuparse un poco en este libro del señor Robertson cuya utilidad bibliográfica no debe hacer olvidar que está sembrado de juicios falsos y de otras cosas peores. El señor Robertson no ha comprendido el carácter de Miranda, como tampoco ha comprendido el genio de Bolívar, quien es, a pesar de lo que pueda pensarse en Illinois, el hombre más grande de las Américas y uno de los tres o cuatro tipos excepcionales que, en su género, ofrece la historia de los pueblos. Cuando el profesor haya citado a César y a Napoleón, será menester que pida su linterna a Diógenes para hallar otro Bolívar.

El caso del señor Robertson llama nuestra atención sobre otros más recientes que pueden en cierto modo comparársele, aunque en el fondo sean menos graves. Después de haber ignorado casi completamente la historia de la América latina, el europeo, en vista de la importancia cada día más considerable que toman nuestros países en la economía general del mundo, comienza a estudiar el proceso de su formación intelectual y política. Todos los estudiosos se complacen de la nueva actitud; pero es necesario que las buenas recientes intenciones no conduzcan a reemplazar la indiferencia por un estado peor aun desde cualquier punto de vista que se le considere, es decir, por la falsificación de nuestra historia y del carácter de nuestros grandes hombres. Últimamente apareció el *Bolívar* del señor Vaucaire, libro en el cual no se sabe qué admirar más, si la suficiencia o la candidez y que representa el ejemplo típico de lo que pudiera ser esta literatura deplorable. El escritor que firma Y. Semance, en la *Revue de l'Amérique Latine*, hizo muy bien en alertar al lector francés contra las "insanias" de la obra. Y el historiador venezolano Eloy G. González tuvo mil veces razón cuando subrayó para uso de nuestro público el ridículo en que cayó el jocoso señor Vaucaire.

Las consideraciones del señor Ernest d'Hauterive sobre Miranda, en un libro sobre el espía Dossonville[59] son de otro género y provienen de la ignorancia más absoluta de la historia del venezolano. Sobre este, el autor no leyó sino el informe de un canalla, sazonado con algunas

[59] *Figaro-Policier*.–Perrin & Co.

calumnias que han sido destruidas hace tiempo. Es posible que en otra oportunidad volvamos a referirnos a aquel volumen.

V
MIRANDA E INGLATERRA

El biógrafo más reciente de Dumouriez menciona las amistades inglesas de Miranda y ello sirve de pretexto al señor Clavery para lanzar otra flecha envenenada contra el héroe venezolano. A decir verdad, las relaciones del Precursor de la independencia de la América latina con los hombres políticos de Inglaterra, con Pitt y el gobierno, no deben tratarse forzosamente al mismo tiempo que el papel militar desempeñado en Francia por el general revolucionario. Mas como el señor Clavery habla de ellas, digámosle inmediatamente que también en este terreno sus insinuaciones se fundan en datos erróneos. No es esta la primera vez que tratamos de establecer, para el público francés, la separación completa que existe entre las conversaciones de Miranda con Inglaterra y los Estados Unidos para obtener ayuda contra España y los servicios muy honorables que prestó a Francia como jefe de sus tropas. Las relaciones con el gobierno británico abrazan dos períodos definidos, a saber: de 1790 a 1792, época en la cual la querella sobre la bahía de Nootka estuvo a punto de producir la guerra entre Inglaterra y España; y de 1798 a 1810, cuando Miranda desplegó la mayor actividad en favor de la independencia latinoamericana. En el intervalo, es decir, durante el período que va del 10 de agosto de 1792 al 18 de fructidor, año v, Miranda intervino en la política francesa y rompió completamente sus lazos con Londres, según lo prueban los documentos. El gobierno británico, después del fracaso de las negociaciones de 1792 determinado por el tratado con España, dio a Miranda en dos partes mil doscientas o mil trescientas libras esterlinas, suma que Pitt estimó "proporcionada a sus gastos necesarios y como reparación del tiempo que su permanencia aquí (en Londres) haya podido hacerle perder", cosa que el primer ministro mismo había previsto, en carta dirigida al venezolano

con fecha 12 de septiembre de 1791. El Precursor, sin recursos, examinaba entonces la posibilidad de volver a Rusia donde había rehusado un puesto, pero cuya soberana, que le había antes ayudado, mirábale todavía con benevolencia. El destino decidió otra cosa y le lanzó en el torbellino revolucionario. Las cartas de Miranda a Pitt son conocidas. En la del 28 de enero de 1791, por ejemplo, aquel decía: "Mi situación personal reclama, debo manifestarlo, que se me acuerde una renta anual apropiada, pues no puedo recibir recursos de Caracas". Leed también el siguiente párrafo que demuestra cómo nuestro compatriota rehusaba combatir a España por cualquier causa que no fuese la de la independencia americana: "Siendo mi intención puramente patriótica con el solo fin de ofrecer mis servicios a mi país y de fomentar los intereses de la Gran Bretaña, cosas perfectamente compatibles, no habrá de pedírseme servicios contra España con ningún otro motivo". Y repitamos que Miranda estaba muy lejos de prosternarse para hablar al omnipotente primer ministro, empleando a veces, por el contrario, en su correspondencia, altanero tono: "¡No, señor! –escríbele el 19 de marzo de 1792– todas las ideas contenidas en esos planes, ojalá que Ud. no lo olvide nunca, le fueron comunicadas expresamente en pro de la libertad y de la felicidad de los pueblos hispanoamericanos y para utilidad y honor de Inglaterra, siendo ambos objetos perfectamente compatibles. Pero si Ud. tuviese la mira de hacer otro uso, persuádase Ud. con anticipación que no faltarán a mis compatriotas medios para detener sus propósitos siniestros, aun en el caso de que Ud. quisiese, eventualmente, ejecutarlos con prontitud; pues me consta que en este momento Ud. se vale de algunos agentes para obtener informes sobre lo que ocurre en América del Sur. En esta suposición, Ud. me impondría el deber ineludible de demostrar al mundo quien, *de nosotros dos*, ha sabido en el curso de estas negociaciones regular mejor su conducta basándose en los principios de la justicia, equidad y el honor, elevando sus miradas únicamente hacia el bien de sus semejantes, la felicidad y la prosperidad de la patria".

Fue mucho más tarde, bajo el ministerio de Addington, cuando el general había ya renunciado irrevocablemente a volver a Francia, que su amigo Vansittart, secretario del Tesoro, se ocupó en hacer que el

gabinete le concediera una pensión fija. Interrumpida durante la expedición a Venezuela, en 1806, dicha pensión fue restablecida en 1808, a instancias de sir Arthur Wellesley, que se llamó más tarde Wellington, y del general Stewart. En 1810, cuando asumió en su país cargos oficiales, Miranda renunció a aquella subvención, diciendo en carta al marqués de Wellesley que su nueva situación era incompatible con el hecho de recibir dineros de un gobierno extranjero.

He allí la verdad y nos parece que su desnudez no debe hacer enrojecer a nuestro héroe. Cuando este obtuvo su pensión inglesa continuaba sin poder sacar suma alguna de Venezuela; hacía mucho que Catalina había muerto, sin contar con que había roto todo contacto con la czarina desde su alistamiento en Francia. El gobierno revolucionario nada le había pagado de sus sueldos, de modo que en su testamento, hecho en 1805, el general dirá: "Asimismo me debe la nación francesa por mis salarios y remuneraciones en tres campañas en que serví la República a mi costa, comandando sus ejércitos (según cuenta de la Tesorería, certificados de los ministros de la Guerra Servan, Pille, etc.), cerca de diez mil luises por lo menos...". Ciertas cartas íntimas de Mme. Pétion, escritas hacia 1801, revelan que el general se ocupaba entonces en pagar las deudas que había contraído para poder vivir en París. Por lo demás, es conveniente no sorprenderse de ver, en aquella época, a ciertos personajes recibir subvenciones fuera de su país. El lector conoce, sin duda, el clásico ejemplo de Voltaire, quien devolvía en ditirambos las pingües rentas que le daban Catalina y Federico; como sabe que los más nobles de los emigrados franceses vivieron durante largos años de la munificencia de los gobiernos ruso e inglés.

Lo que interesa notar es que Miranda, a pesar de la pensión, no fue jamás agente de Londres, no renunció a su independencia, ni se abstuvo de criticar atrevidamente a los ingleses y aun de combatir sus intereses, si alguna vez los juzgaba opuestos a los únicos intereses cuya carga había asumido o sea los de la América latina. El general no economizaba sus sarcasmos contra aquellos "monopolizadores de la libertad", criticaba su egoísmo y su política oportunista: "¡Me han vendido por un tratado

de comercio!". En 1811, trató de buscar el apoyo de Francia para Venezuela, contra Inglaterra aliada a España, a pesar de no querer mucho a Napoleón. Miranda admiraba la potencia de la flota británica y anunciaba a Champagneux, su compañero de prisión en la época del Terror, que la dominación de los mares estaría todavía por largo tiempo en manos de los insulares. Pero su innegable anglofilia se refería más bien a las instituciones políticas, que prefería a las de otros países. Aunque por sus principios y su teoría del gobierno, no fuese el general lo que se ha convenido en llamar un girondino, compartía con sus amigos girondinos el entusiasmo por cuanto, en materia constitucional, viniese de Inglaterra diciendo, sin embargo, que en este país podrían mejorarse muchas cosas al respecto. En suma, Miranda amaba la libertad a la manera inglesa y despojaba a la diosa de su gorro jacobino. Hemos escrito que no daba aparentemente importancia real a los nombres oficiales del poder público; y por doctrinario que fuera, a la palabra prefería el hecho. Veía la realidad inglesa: el monarca en San James, el ciudadano libre en su casa y la *res pública* muy bien administrada por una cuadrilla de especialistas que, sin declamaciones, manejaban la política verdadera. A causa de esto agregamos que Miranda era republicano en el sentido kantiano de la palabra, lo cual asombró al señor Clavery. Es probable que este no haya comprendido las razones de nuestra modesta opinión, empresa que, sin embargo, creemos más fácil que la de comprender a Kant.

VI
LA LEYENDA, INMORTAL

Hablábamos más arriba de la inmortalidad de la leyenda que, como tal, es más fuerte que la historia. En realidad, el mundo tiene necesidad de creer y no de saber. Mas guardémonos de razonar sobre esto, pues carecemos de filosofía, según nos reprocha el señor Clavery. Digamos solamente que Taine estaba convencido de que no podía cambiarse ninguna de las ideas del vulgo sobre ciertos sucesos de la historia ni sobre la fauna histórica, y sometía el resultado de sus investigaciones sobre el

cocodrilo, por ejemplo, al juicio exclusivo de los aficionados a la "zoología moral". Para "edificación del lector", como escribe el señor Clavery con un poquito de maldad para con nosotros, confesamos que en lo relativo a las aguas en que Taine capturó su bestia, compartimos el modo de ver de Agustín Cochin, contra el de Aulard. En la página 175 de nuestro libro sobre Miranda, publicado en 1925, dijimos: "El señor Aulard hizo una laboriosa crítica de las fuentes de Taine: ¿Cuándo vendrá el erudito que verifique las fuentes del señor Aulard que, por lo demás, no son numerosas?... Agustín Cochin dio justas proporciones a aquella crítica en *La crisis de la Historia revolucionaria. Taine y M. Aulard*, y explicó objetivamente cómo y por qué es imposible que las escuelas concuerden en el terreno de la historia de la Revolución. Además, aun en los casos en que pretende rectificar las citas de Taine, no acierta el señor Aulard, puesto que en sus rectificaciones se equivoca de dos veces una". Y no somos los únicos en pensar de esa manera, bastando para ejemplo recordar que en una entrevista con el señor Andrés Rousseaux, publicada en *Candide* el 1º de mayo de 1928, el historiador más joven y reciente de la Revolución dijo: "El señor Aulard ha discutido las referencias de Taine, pero Agustín Cochin ha verificado a su vez las verificaciones del señor Aulard y Taine sale ileso de la contraprueba".

Cierto es que si quisiera clasificarse a Miranda entre los cocodrilos, el ilustre Paul Adam, cuya memoria evoca el señor Clavery y cuya cordial amistad fue para nosotros título de honor y regalo intelectual, se levantaría de su tumba para protestar. Con él protestaría también otro noble desaparecido, Jules Mancini, en quien la imaginación se hermanaba al admirable talento y a la habilidad en el manejo de los textos, que sabía interpretar y, en ocasiones, solicitar discretamente[60]. Paul Adam nos

[60] Un caso curioso de interpretación de textos por Mancini aparece en la pág. 170 de su libro *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas*, donde arregla, embellece y presenta como fórmula de convocación mirandina para reuniones secretas relativas a la independencia hispanoamericana, algunas palabras de una tarjeta por la cual el norteamericano Smith y el arquitecto francés Legrand rogaban al general fuese a comer y a hablar de arte en su "*pequeño comité de filósofos*". Esto ocurría en 1801, cuatro años después de la conspiración de Gual y España, que Mancini cree haber salido de aquellos conciliábulos (véase nuestro citado libro, p. 428). A veces el llorado escritor se equivoca completamente en cuanto a los hechos históricos mismos.

confió algunas veces su proyecto de escribir una biografía de Miranda: la muerte prematura del gran novelista nos privó por desgracia de un libro que sería ciertamente una obra maestra entre las vidas *romancées* que están hoy a la moda. Porque no podía contarse con él para escribir historia, a menos que un estudio muy profundo le hubiera permitido modificar las ideas extraordinariamente falsas que se había formado de su héroe y a las cuales debimos, con pena, aludir en nuestra obra[61]. Lo que se debe a Paul Adam, sin discusión, es haber visto y sentido cómo Miranda podía ser uno de los símbolos de la unión entre pueblos latinos, que aquel acariciaba; es haber adivinado, para exaltarla, la real nobleza de un hombre singular, calumniado y según la justa palabra de Michelet, desgraciado. Y esto es suficiente para asegurar al eximio maestro la gratitud de los historiadores, con la del pueblo venezolano.

VII
NAPOLEÓN

Acaso se preguntará el lector qué relación tiene el papel histórico de Napoleón con la rectificación de ciertas informaciones del señor Clavery sobre Miranda. Iremos también, sin embargo, a ese terreno con el honorable miembro de las Academias de Bogotá, Caracas y Quito, ya que nuestro artículo es lo bastante largo para que el editor no se alarme por algunas cuartillas más.

¿Napoleón fue nada más que soldado de la Revolución? Es una tesis sostenida no solo por amigos y admiradores de dicha Revolución, sino por muchos de quienes, con fines determinados y más bien hostiles,

---

Ejemplo: hablando de los acontecimientos de la América austral, os dirá en la página 422 de su obra, que "Rondeau y Artigas fueron completamente batidos en los combates decisivos de San José y de Las Piedras". Ahora bien, San José y Las Piedras, fueron, por el contrario, dos victorias de los independientes y la segunda valió a Artigas, héroe nacional uruguayo, el grado de coronel que le otorgó el gobierno de Buenos Aires. Más abajo, en nota, Mancini dice que Rondeau "fue de 1828 a 1839 presidente de la República del Uruguay", lo que es inexacto: Rondeau no ejerció sino el cargo de gobernador provisional; el presidente de la República Oriental fue Rivera, en 1830.

61 P. 25.

ensanchan el sentido de una frase célebre y exclaman: "¡Revolución e Imperio forman un bloque!". Es probable que esta verdad sea muy relativa. Puede perfectamente verse a Napoleón como un regulador del movimiento revolucionario, un estabilizador del sistema nacido de las ideas del 89, que fueron, si se quiere, deformadas en el curso de los años de jacobinismo violento y nocivo que condujeron a la descomposición del Directorio y a los cuales puso fin el 18 de Brumario. Este criterio no es nuevo: "La revolución de Francia ha vuelto a sus principios originales", escribía Miranda después del golpe de Estado a su compatriota Manuel Gual. Es decir que, para el general, el río volvía a sus fuentes, habiendo Bonaparte espumado con su sable purificador todas las escorias que arrastraba, todo lo que en la historia de esta revolución, matanzas, terror, tiranía, chocaba al espíritu de un hombre libre y bueno. Es verdad que Miranda perdió pronto sus ilusiones y, alejado ya de la política interior francesa, se convirtió, probablemente sin motivo, en enemigo constante de Napoleón. De todas maneras, considérese a este como estabilizador, como reformador, o simplemente como continuador de la Revolución, es indudable que una personalidad tan fuerte y compleja como la del emperador hará saltar cualquier marco en que se trate de comprimirla.

Napoleón es uno de los seres muy raros que hayan, por la sola virtud de su potencia espiritual propia, creado acontecimientos que sin ellos no habrían tenido jamás lugar. Y entiéndase que no aludimos a las batallas: antes y después de aquel, los generales franceses ganaron muchas de las más gloriosas y terribles de la historia. Cuando Chateaubriand admiraba al gigante erguido en el umbral del universo nuevo, el fiel legitimista no contemplaba al general revolucionario sino al hombre, solo al hombre. ¿Qué importa, en efecto, que el emperador haya explotado unas ideas de preferencia a otras si, en el fondo, se sirvió de ellas para establecer sobre Francia lo que Albert Vandal llamara con feliz expresión su alta e imparcial tiranía; si las utilizó para tratar de imponer al mundo la dominación de la Francia imperial? Napoleón hizo bastantes cosas grandes para que sea menester atribuirle aquellas que se hicieron sin él y aun a su pesar. No predicó apostólicamente la buena palabra a los pueblos conquistados, ni enseñó a los gentiles los principios políticos que se tornaron al

fin contra él y contra su imperio; como tampoco enseñó de propósito deliberado a los generales enemigos, que inexorablemente batiera durante veinte años, los principios militares que hacen de él el estratégico más admirable de todos los tiempos y que sirvieron para derribarle.

Napoleón, emperador de la República: las palabras fueron creadas para los juglares. Augusto fue también emperador de la República, puesto que no alteró ninguna de las instituciones que sobrevivían, después del fracaso de la tentativa de restauración de Sila, a través de dos triunviratos despóticos y de tres guerras civiles. No obstante, Augusto fundó el imperio, organismo muy distinto de la república de los Escipiones o de la de los Gracos. Cromwell podría, con cierta exactitud, ser llamado presidente del Reino de Inglaterra: una nueva revolución, la buena, la de 1688 que arrojó definitivamente del trono a los Estuardos, trajo mayores cambios en las instituciones políticas de los ingleses, o más exactamente en sus costumbres políticas, que el regicidio y el protectorado de Oliverio. Los usurpadores no destruyen la potencia que usurpan: la adaptan a sus necesidades, la imprimen, fortificándola, la actividad y las características que se acuerdan mejor con su temperamento y sus ambiciones.

Napoleón toma el poder como un césar romano y se instala en él como Luis XIV. El país pone su destino en las manos del cónsul, del magistrado electo y electivo: el cónsul se erige en monarca hereditario y escapa a la sujeción popular. En lo adelante, el plebiscito podrá aprobar los actos del soberano y aun desaprobarlos, pero no podrá discutir la legitimidad del poder imperial, porque este ha sido aceptado por Dios con la consagración en Nuestra Señora, que equivale a Reims, y legalizado por el senado consulto, que es, con el edicto del príncipe mismo, la fuente primordial de la jurisprudencia. Nunca los reyes tuvieron autoridad más formal y regular. Entre los derechos que el emperador crea así por medio de procedimientos religiosos y jurídicos usados desde tiempo inmemorial para sancionar todos los actos de la fuerza, está el derecho para algunos miembros de su familia de heredar la corona: su hijo no tendrá necesidad de ningún plebiscito para sucederle pues será un nuevo Hijo de Francia.

Pero hay mucho más, hay la empresa de reconstruir el Imperio de Occidente. Napoleón es un hombre de otras edades, un hombre del siglo noveno, tiene mil años de retardo. El emperador olvida la Revolución que le elevó sobre el pavés, como hacen todos los fundadores de dinastía. Necesita a Francia, pero, además, necesita el Imperio. De sus predecesores no invoca a Hugo Capeto, sino a Carlomagno: "Decidles, ordena al cardenal Fesch, que yo soy Carlomagno". En nombre de la legitimidad de su poder, revisa los títulos antiguos, discute las donaciones de Pepino y vuelve sobre la vieja querella de las Investiduras. Su heredero es más que delfín, puesto que es rey de Roma, rey de los Romanos. ¡Cuán lejos estamos de Rousseau y de los Derechos del Hombre!

Ernest Lavisse escribió para la traducción francesa de la obra maestra de lord Bryce, *El santo imperio romano germánico*, un prefacio absolutamente digno del libro y que es, en nuestro concepto, el mejor estudio hecho hasta ahora de esta fase de la figura prismática de Napoleón[62].

Roma, abril de 1929.

---

[62] El voto del tribunado sobre [la] creación del Imperio fue redactado así: "1º Que Napoleón Bonaparte, primer cónsul, sea proclamado *Emperador de los Franceses*, y en esta calidad encargado del gobierno de la *República Francesa*". El senado consulto orgánico de 28 de floreal año XII establece: "Art. 1º El gobierno de la República se confía a un Emperador que tiene el título de Emperador de los Franceses". Pero queremos transmitir los siguientes datos al señor Clavery, para aumentar, si cabe, su confusión en materia de títulos: cuando Thouret, a la cabeza de sesenta diputados, presentó a Luis XVI la Constitución de 3 de septiembre de 1791, dijo estas palabras: "Señor: los representantes de la nación vienen a ofrecer a la aceptación de Vuestra Majestad el acta constitucional que consagra los derechos imprescriptibles del pueblo francés, que mantiene la verdadera dignidad del trono y que regenera el gobierno del *imperio*...". Aquella Constitución que habla del "Rey de los Franceses", reza: "Las colonias y posesiones francesas de Asia, África y América, aunque hacen parte del *imperio* francés, no están comprendidas en la presente Constitución". Y el rey decía a la Asamblea el 14 de septiembre: "Pueda esta grande y memorable época ser la del restablecimiento de la paz, de la unión y la prenda de la felicidad del pueblo y de la prosperidad del *imperio*". (Véase a Duguit et Monnier: *Les Constitutions et les principales Lois politiques de la France*, pp. XVIII, XXIV-XV). He allí, si siguiésemos la teoría del señor Clavery, a Luis XVI Emperador de los Reinos de Francia y de Navarra. Y con aquel monarca sus predecesores y su hermano y sucesor, pues como recordaba hace algún tiempo el señor Henri Déhérain, en el *Journal des Débats*, no solo los soberanos musulmanes daban a los reyes de Francia, en su correspondencia oficial, el título de emperador, sino que, hecho más curioso aún, Luis XVIII notificó su advenimiento al Sultán por comunicación fechada en "nuestro Palacio Imperial de las Tullerías" y refrendada por Talleyrand como ministro de Negocios Extranjeros de "Su Majestad el Emperador de Francia". (Nota de 1935).

LA REINCIDENCIA DE MONSIEUR CLAVERY[63]

Vuelve el señor Édouard Clavery, en una especie de baturrillo titulado "Trois Precurseurs"[64], a injuriar a Miranda y a desbarrar de lo lindo con detrimento de la verdad histórica y del simple buen sentido. Su conducta obedece a las inspiraciones de la vanidad, herida por haber el suscrito corregido en el *Journal des Débats*, y desde luego en términos corteses, algunos errores en que incurrió el exdiplomático al hablar de los papeles del Precursor. *El Universal*, citando textos, confundió ya al gratuito ofensor de nuestra historia nacional y de uno de sus personajes más ilustres. Hoy recojo la pluma del sesudo y anónimo redactor y vengo a usar a mi turno de estas páginas, siempre hospitalarias, con el fin de repetir a los lectores venezolanos que los escritos del señor Clavery forman el tejido más estrafalario que pueda darse de disparates, tergiversaciones e impertinencias. Culpa será de aquel si, por razones fácilmente explicables, me veo obligado a abandonar mi comedimiento habitual y a llamar gato al gato, como reza la réplica notoria.

I
LOS PAPELES

Dice el señor Clavery que el profesor Robertson había "señalado al público desde 1922" su descubrimiento de los papeles de Miranda. Es posible; pero yo tuve conocimiento de su existencia solamente en 1926,

---

63 Publicado en *El Universal*, 25 y 26 de octubre de 1932.

64 El libro del señor Clavery se llama exactamente: *Trois Précurseurs de l'Indépendance des Démocraties Sud-Américaines. – Miranda (1750-1816). Nariño (1765-1823). Espejo (1747-1795)*, Paris, Librairie Fernand-Michel.

por el señor Stamp, director del Public Record Office y fue por medio de este como entré en relaciones con lord Bathurst. Alberto Adriani, uno de los jóvenes "intelectuales" más sólidos y brillantes con que cuenta Venezuela, a la sazón en Londres, consintió, a mi ruego, en trasladarse a Cirencester donde acogido con benevolencia por el noble lord, examinó el archivo y me informó de su importancia. Lord Bathurst envió luego los papeles a Londres, a fin de que yo pudiera estudiarlos personalmente, cosa que verifiqué poco después en el local del Record. Apresuréme a dar cuenta del hallazgo al gobierno venezolano, por órgano del ministro de Relaciones Interiores. Adquirido ya el archivo, con las tres mil libras esterlinas que me giró el doctor Arcaya por orden del general Gómez, Presidente de la República, suplicóme el señor Stamp, en nombre de lord Bathurst, que permitiese tomar algunas fotografías de ciertos documentos destinadas al profesor Robertson, a lo que accedí de buen grado. Supongo que este último utilizó dichas fotografías en su interesante volumen sobre el primer viaje de Miranda a los Estados Unidos[65].

[65] Poco después de la muerte de Alberto Adriani, uno de sus paisanos cuyo nombre importa poco se refirió a los archivos de Miranda en frase tan inexacta como insolente (*Cultura Nacional*, número de agosto de 1936). No creo que llorara más sinceramente que yo sobre la tumba de Adriani ninguno de los acaparadores póstumos de las ideas reales y apócrifas de este; y no esperé la catástrofe, propicia a la egoísta publicidad y a la propaganda con mira política, para darme cuenta del gran mérito de quien armoniosamente juntó en su atrayente personalidad la mesura, el talento, la ilustración y el patriotismo purísimo. Desdeñé entonces devolver en pleno duelo la saeta que a mi lado caía, por no mezclar la cara memoria al "detalle baladí". Pero, cazador de verdades a través de libros y papeles, no me place que bajo pretexto alguno se digan mentiras acerca de mi propia humilde persona. Adriani no estudió con tal hijo de lord Bathurst, supo solo por mí de la existencia del archivo citado, se ocupó de él a mi solicitud porque yo no podía volver en aquel momento a Londres y fue presentado a la familia del lord en Cirencester, adonde le indiqué fuese, previa autorización que a aquel pedí al efecto. Si mi afirmación tuviese necesidad de testimonio ajeno invocaría el del doctor Diógenes Escalante, para entonces ministro de Venezuela en Inglaterra. Con fecha 9 de diciembre de 1925, Adriani me informó del resultado de su misión en carta que comienza: "Estuve el lunes en Cirencester. Me fue muy bien. El noble lord estuvo muy amable. Fue a encontrarme en la estación, me hizo visitar su casa, me presentó a sus hijos, almorcé y tomé té con su familia. Desde el sábado me había invitado a almorzar, por telégrafo. La biblioteca en donde se encuentra el archivo de Miranda está en el pueblo, cerca de su casa de habitación. Pues bien, el 'tío' fue conmigo y me ayudó en las primeras búsquedas. Por último, envió uno de sus hijos a que fuera a acompañarme a la estación, a mi regreso". (Nota de 1938).
Últimamente hube de volver sobre la adquisición de los papeles de Miranda por el gobierno de Venezuela, y escribí una explicación aclaratoria al director de *La Esfera*, quien la publicó en el número correspondiente al 2 de septiembre de 1941. Aun cuando allí se repite mucho de cuanto ya he dicho, reprodúzcola a continuación:

Se sabe cómo mi querido amigo el doctor Vicente Dávila, director del Archivo Nacional, viene publicando con inteligente actividad los papeles mirandinos. En artículo de la *Revue de l'Amérique Latine*, de abril-junio del año en curso, el señor Clavery disfraza como siempre la verdad de este asunto.

"Caracas, 31 de agosto de 1941.–Señor don Ramón David León, Director de *La Esfera*.–Presente.

Querido amigo: No por juzgarlas inmerecidas agradezco menos a *La Esfera* las generosas frases que me dedica en un artículo publicado esta mañana. Ruégole transmitir al redactor de ellas la expresión de mi gratitud.

Permita usted que me valga de la oportunidad para aclarar el punto siguiente: no soy abogado francés, ni siquiera venezolano, pues jamás me juramenté como tal ni ejercí la profesión, después de obtener el título de doctor en Ciencias Políticas. Los cursos de derecho y economía que seguí posteriormente en la Facultad y en la Escuela Libre de Ciencias Políticas de París no me dieron la calidad de abogado, ni me autorizaron para ejercer en Francia.

Quisiera, al propio tiempo, exponer una vez más la verdad verdadera sobre la compra por el gobierno de Venezuela del archivo de Miranda. Hela aquí:

Hacía yo copiar en Londres ciertos documentos relativos a la historia de Venezuela, que utilicé en parte para escribir un libro y cuya colección regalé hace algún tiempo a la Academia Nacional de la Historia. Con cartas halladas en diferentes departamentos del 'Public Record Office', logré formar un expediente demostrativo del envío a Inglaterra de los papeles de Miranda por el general Hodgson, gobernador británico de Curazao. Aquel expediente fue publicado un poco más tarde en *El Universal*. Convencido de que el archivo del Precursor debía encontrarse en Londres, hablé de ello al señor Stamp, para la época director del 'Public Record Office', y quien me informó que el profesor William S. Robertson había tenido ocasión de consultar en la biblioteca de lord Bathurst, en el castillo de Cirencester, algunos documentos concernientes a Miranda. Escribí a lord Bathurst rogándole me permitiese ir a examinar los papeles. Accedió el noble lord a mi solicitud: pero como entretanto había yo debido volver a Berna, donde representaba a nuestro gobierno, pedí a Alberto Adriani, a la sazón en Londres, que fuera con carta mía a Cirencester y viese los documentos, lo cual hizo Adriani con prontitud y la eficacia que le caracterizaba. Entre mi correspondencia figuran sus cartas de aquella época y también alguna del doctor Escalante sobre el particular. Cuando murió Adriani, alguien le atribuyó el descubrimiento del archivo de Miranda y trató de lanzar la especie de haber yo robado el mérito a aquel discreto y sólido muchacho, quien habría sin duda sonreído al verme llamado ladrón de su hallazgo y escrítome una de esas cartas que afectuosamente guardo y que él acostumbraba firmar: 'Su fiel Molini', en recuerdo, precisamente, del secretario de Miranda. Adriani fue presentado por mí a lord Bathurst y a su familia.

Pero volviendo al archivo de Miranda, diré que pude luego ir de nuevo a Londres y obtuve de lord Bathurst que enviase aquel al 'Public Record Office', al cuidado del señor Stamp, en cuya compañía lo examiné con calma. Por intermedio de este último, discutí con el propietario, o posesor, el precio de los papeles, que quedó fijado en tres mil libras esterlinas. Dirigíme entonces al general Gómez y al doctor Arcaya, ministro de Relaciones Interiores, para que autorizasen la adquisición y me enviasen la citada cantidad. Acogieron ellos sin retardo mi petición y pude llevarme el archivo a París de donde lo expedí al doctor Arcaya. El doctor Escalante entregó en mi nombre el cheque a lord Bathurst. Ninguna otra persona intervino

II
JAMAICA

A veces la necesidad de defenderse del cargo que le hago de falsear la historia y de hablar de lo que no sabe, lleva al señor Clavery a redoblar los golpes contra Miranda, víctima de su feroz grafomanía. Así, la misión a Jamaica le da ocasión de deslizar nuevas menudas perfidias acerca de las gestiones del venezolano en aquella isla. El tribunal de Indias que juzgó y absolvió a Miranda en condiciones que todos conocen y los documentos oficiales destruyen la inepta leyenda que corrió durante algún tiempo sobre la naturaleza de la misión. Y no sería por otra parte en Jamaica donde Miranda estudiara a Locke y a Bentham como insinúa la pueril malicia del señor Clavery, sino más probablemente en las cárceles en que la Revolución francesa le encerró, para pagarle los servicios que prestó a Francia y castigarle por haberse metido a patriota en país ajeno.

---

en el asunto. Debo advertir que cuando ya estaba virtualmente adquirido el archivo para Venezuela, permití a solicitud del señor Stamp, que se tomase de algunas piezas copia fotográfica destinada al profesor Robertson.

Así sucedieron las cosas, y aun cuando estos pormenores pertenecen a la llamada 'pequeña historia', he querido darlos por la circunstancia de ser quizá Miranda el personaje histórico del cual se haya dicho más mentiras. Hasta sobre la compra de sus papeles, corren por ahí versiones falsas.

Para concluir debo también decir que no tengo conocimiento de que los descendientes del conde de Cartagena guardasen o guarden documentos relativos a Bolívar y que por lo tanto, no me ha tocado intervenir en su adquisición. Me ocupé, sí, en examinar una parte del archivo de Sucre, que está en poder de las nietas del general Flores, en Niza. El gobierno del general López Contreras convino en dar a aquellas una indemnización de tres mil dólares por los papeles. Las señoras Flores aceptaron; pero ignoro por qué quedó el asunto en suspenso.–Muy cordialmente suyo.–*C. Parra-Pérez*".

La expresión *verdad verdadera* que se halla en mi carta al señor León, universalmente usada con la intención que el más lerdo descubre, dio motivo a que algunos plumistas alborotados denunciaran ingenuamente el "gazapo" y a que otros plumistas no menos alborotados que los primeros pero más pérfidos, trataran de explotar la circunstancia hasta para fines políticos. No he tenido nunca tiempo ni humor para devolver "chinitas" de esa especie, pero personas sabidoras lo hicieron benévolamente por mí. Ángel Corao repartió algunos coscorrones entre los jóvenes y un señor Flores, a quien no tengo el gusto de conocer, dictó en la misma *Esfera* una lección breve pero reveladora de conocimientos literarios y lingüísticos. Allí salió no solo la *vérite vraie* de los franceses, sino también *the only truth which is true* de los ingleses y, evocado por Flores, Somerset Maugham acabó de poner en fuga a la regocijada banda con aquello de: *If truth is a value it is because it is true and not because it is brave to speak it*. (Nota de 1941).

III
PITT

Al referirse a la carta de 16 de enero de 1798, repite el señor Clavery que Miranda "llevaba (con Pitt) hacía diez años relaciones ininterrumpidas". Quien eso afirma sabe que afirma una falsedad, porque yo le demostré, con pruebas y en estudio en el cual puse los puntos sobre las íes, que Miranda rompió toda relación con los ingleses cuando entró a servir a Francia. No existe huella de correspondencia con el gabinete británico de 1792 a 1798; y el propio texto de 16 de enero establece que el Precursor "reanudó" entonces las conversaciones de 1791. En este último año, es decir, antes de partir para Francia, Miranda recibió algunos subsidios de Pitt quien esperaba poder utilizarle contra España. Después de su expulsión definitiva de París, en 1801, fue cuando el gobierno británico acordó al venezolano una pensión que se le pagó con interrupciones hasta 1810, época en que Miranda renunció a ella para tomar parte activa en la política de Venezuela. Todo eso consta de documentos archiconocidos, y la verdad no es causa de vergüenza para nuestro compatriota. Puesto que la caballería de San Jorge ofusca al señor Clavery, aconséjole dirigir sus censuras a los príncipes y centenares de emigrados que durante veinte años vivieron de subsidios ingleses y rusos, conspirando y aun combatiendo contra su propio país y contra la Revolución jacobina o cesárea. En cambio, Miranda, que no era francés y que sirvió a Francia a ruego de franceses, según pruebas fehacientes que el señor Clavery quiere ignorar, Miranda que solo cosechó viles persecuciones y a quien jamás se pagaron sueldos legítimos, se negó a guerrear en España contra Napoleón y declaró caballerescamente que no podía combatir a sus antiguos compañeros de armas.

IV
EL SEFARDÍ

El señor Clavery descubre el origen judío de Miranda, por aquello de que su madre era Espinosa (parienta esta señora, cree sin duda el exdiplomático, del célebre filósofo holando-lusitano). A tal propósito,

apunta agudamente que gran cantidad de apellidos españoles, entre los cuales está el Peral de los submarinos y el Maura de D. Antonio, son semíticos. Miranda resulta "correligionario" de Marat, "con quien debió encontrarse" en 1792 y 93. Quien haya leído los ataques de *Amigo del pueblo* contra el general venezolano y su encarnizamiento durante el proceso, apreciará la observación.

V
VALMY

El señor Clavery subraya el sustantivo "cañoneo" que, siguiendo a historiadores y críticos que saben lo que dicen, he empleado al hablar de la acción de Valmy. Si aquel señor hubiera leído lo indispensable sobre dicha acción, sabría que los contemporáneos le dieron el nombre más despectivo aún de *pétarade*. Eso fue Valmy militarmente: una *pétarade*. Los prusianos cañonearon las líneas francesas a distancia y cesaron el fuego cuando menos se lo esperaba el adversario. No hubo batalla. Por la noche, Kellermann abandonó su posición, replegándose hacia las formaciones de Dumouriez. El rey de Prusia levantó días después su campo, huyendo del cólera que diezmaba el ejército, alarmado por los proyectos de la czarina en Polonia y cubierto por las negociaciones de Danton. La propaganda revolucionaria se encargó de hacer "espumar" el suceso, según los hábiles métodos de Barère.

VI
JEMMAPES

En Jemmapes sí hubo batalla y reñida. Allí peleó con honra el duque de Chartres, futuro Luis Felipe. Como el señor Clavery espulga con tanto afán en los asuntos de Miranda, recuérdole que en Jemmapes los franceses disponían de aplastante superioridad numérica sobre los austriacos y que Dumouriez dejó escapar torpemente a sus enemigos.

A propósito de estas acciones y del nombre de Miranda inscrito en el Arco de Triunfo de la Estrella, el señor Clavery ha ido a invocar, no se sabe con qué objeto, el testimonio del mariscal Franchet d'Esperey. Este glorioso soldado, que ilustrara con brillantes victorias la historia militar de su patria durante la última guerra, debe de tener por secundaria la historia personal de Miranda en las campañas de la Revolución. El general venezolano, que solo asistió de lejos al cañoneo de Valmy, tampoco tomó parte en la batalla de Jemmapes, porque cuando esta se dio hallábase en París, tratando de disuadir a los girondinos del empeño de mandar tropas a América. En Jemmapes el ala izquierda estuvo mandada por el general Ferrand, segundo de Miranda. Poco después llegó este al cuartel general y, puesto a la cabeza del ejército del Norte, fue a dirigir las operaciones contra Amberes, en reemplazo del incapaz La Bourdonnaye.

VII
NEERWINDEN

Insiste el señor Clavery en acusar a Miranda por su conducta en Neerwinden. El lector me permitirá remitirle en este punto a la crítica documentada que he hecho de la batalla, tanto en mi obra *Miranda y la Revolución francesa*, como en mis respuestas y réplicas a diletantes superficiales género Clavery. Cuídase este muy poco de solicitar la verdad, aun cuando a menudo solicita los textos, y ni siquiera verifica los nombres históricos. Expliquemos, pues, que cuando creyendo ser irónico cita al "bravo Guisard" alude sin saberlo al muy auténtico y bravo general Guiscard, comandante de la artillería, muerto de una bala de cañón al lado de Miranda.

No confundamos. La estrategia y la táctica de Miranda en Venezuela, en 1812, pueden juzgarse severamente, aunque existen ciertos elementos políticos, psicológicos y militares que permiten explicarlas. Pero la conducta del general en Neerwinden es inatacable, si se la examina con imparcialidad. Esta batalla fue un monstruoso error de Dumouriez, y

sobre ello están de acuerdo los críticos militares, a comenzar por el suizo Jomini que es, en su materia, el perito más ilustre de todos los tiempos y cuyo sentido estratégico ha sido calificado en Francia de infalible[66].

Aparte de las condiciones en que se dio la batalla, hubo la fuga de una parte de los soldados franceses. Los gendarmes y los voluntarios escaparon como liebres, no solo en el cuerpo de Miranda, sino también en el que mandaba Chartres-Égalité. Mal que le pese al señor Clavery, y a otros, en los primeros combates de la Revolución solamente las tropas de línea –herencia de la monarquía– permitieron hacer frente al enemigo. El pánico se extendía con rapidez en aquellas formaciones heterogéneas, que los oficiales no lograban contener. Biron, Lafayette, sufrieron por esta causa durante el primer año de la guerra y Dillon, si mal no recuerdo, perdió la vida en una desbandada. En Montcheutin el desbarajuste fue colosal: partidas de fugitivos llegaron hasta Reims, vociferando contra la supuesta traición de los generales. Cuando llegó Dumouriez, ya Miranda había salvado al ejército. Entre los que se distinguieron en aquella ocasión figuraron Stengel, alemán del Palatinado muerto luego gloriosamente en Italia, y el viejo Duval, hombre probo y enérgico, grande amigo del venezolano. No será difícil al señor Clavery aumentar la lista de los oficiales dignos de mención en la circunstancia, puesto que Miranda, como todo general, debía servirse de oficiales para mandar a los soldados. Los voluntarios y reclutas, encuadrados, concluyeron forzosamente por convertirse en veteranos, y de la amalgama salió aquel formidable instrumento de combate que defendió al país y atacó muy luego a los vecinos, al mando de grandes capitanes

[66] En los comienzos de la última guerra, Joffre, generalísimo francés, destituyó al general Lanrezac, comandante de un ejército y lo puso a disposición de Gallieni, gobernador militar de París, a quien escribió: "Es un espíritu muy claro, que discute admirablemente toda cuestión militar, pero que, en la acción, no saca de las discusiones las conclusiones necesarias. Es un profesor notable que no justifica en tiempo de guerra las esperanzas que en él se habían puesto". El juicio de la historia sobre el general destituido es ya por completo diverso del formulado por Joffre: Lanrezac fue un gran soldado que aplicó perfectamente los principios en la batalla, salvó su ejército de un desastre, y prestó servicios inapreciables en la primera fase de las operaciones. Su caso ofrece singular similitud con el de Miranda, llamado por Dumouriez general teorizante. (Nota de 1935).

como Hoche, Moreau, Massena, Jourdan y Bonaparte. Pero necesitáronse la práctica de la guerra y la férrea disciplina táctica, impuesta principalmente por Carnot, militar profesional, para crear el tipo del soldado conquistador a quien la Francia imperial debió su incomparable prestigio. El voluntario que marcha al fuego al son de la Marsellesa, con el gorro frigio en la punta de la bayoneta, es una imagen de Epinal, buena para almacén de accesorios y utilizable solo como literatura electoral.

VIII
MI LIBRO

La ojeriza de Dumouriez contra Miranda, el hecho está probado, se debió a que el venezolano fue el único de los grandes jefes del ejército que se negó a seguirle en su traición. Nadie puede cambiar la historia en ese punto. Las *Memorias* de aquel general, libro interesantísimo por muchos respectos, merecen poca fe en cuanto a la versión de los sucesos y fueron desde su aparición copiosamente refutadas. El señor Clavery ignora la literatura crítica de la Revolución. En cambio, según el profesor Aulard (quien dada su escuela no podía, sin embargo, aceptar algunas de mis opiniones sobre aquel período de la historia de Francia), la obra *Miranda y la Revolución francesa* es "un libro ricamente documentado. El autor ha practicado búsquedas, que parecen tan completas como bien conducidas, en los Archivos nacionales, en los Archivos de los Negocios extranjeros, en los Archivos de la Guerra, en el Foreign Office. Creo que ha leído todos los impresos útiles. Cita claramente sus fuentes. Su narración es interesante. He allí una materia casi agotada". El señor Clavery confiesa que mi libro "copioso y abundante" presenta los hechos imparcial y aun "indiferentemente": no es pequeño este elogio para una obra histórica. Desdéñolo, no obstante, y me contento con los juicios que han tenido a bien formular sobre dicho libro historiadores verdaderamente ilustres como Pirenne y Verhaegen, notables especialistas de cosas americanas como el profesor

Raymond Ronze, literatos de renombre europeo como Gonzague de Reynold y muchos otros autores a cuyo lado nuestro exdiplomático estaría fuera de lugar[67].

IX
NAPOLEÓN

Por su falta de ideas claras, agravada por la superficialidad de sus lecturas, se lanza el señor Clavery en una serie de digresiones perfectamente inútiles acerca de Napoleón y de la República. Mi lección sobre el argumento cayó en el vacío, vale decir, en el cerebro del adversario. Nótese de paso, sin embargo, que jamás negué "el papel de Napoleón como soldado de la Revolución" y que tal supuesta negación es una de las numerosas tergiversaciones que ofrece el texto impugnado. Remito al benévolo lector a mi página relativa al complejo papel del emperador en la historia, que fue publicada en *El Universal*.

---

[67] Dice Henri Pirenne: "Soy de los muy numerosos que han leído este *Miranda* repleto de sustancia e igualmente precioso para los historiadores de Europa y de América. Admiro la precisión con que el autor habla de los acontecimientos a los cuales Miranda estuvo mezclado en Bélgica y he tenido gran placer en citar su obra en el último volumen de la historia de este país".
Verhaegen escribe: "Para nuestro país en particular, este estudio tiene una importancia considerable. He admirado la riqueza de la erudición del autor y la serena imparcialidad de sus juicios que hacen del volumen una obra de primer orden".
El profesor Ronze, de la Sorbona, opina: "No conocemos muchas obras de tal valor, ni en la historia americana ni tampoco entre los estudios recientes sobre la Revolución francesa".
Y Gonzague de Reynold: "Este libro me parece muy científico sin pesadez, muy serio sin que sea fastidioso y, sobre todo, excelentemente redactado".
El insigne historiador de España D. Antonio Ballesteros y Beretta, escribió hace poco al autor: "Es un libro magnífico... que posee una amenidad y encanto verdaderamente sugerentes. Lo que más me gusta es lo referente a la campaña de Bélgica y a la batalla de Neerwinden. Patético lo que concierne a las prisiones de Miranda y acabado y cabal todo lo demás. Es usted desde este libro el príncipe de los mirandistas y un historiador de primera fila".
Por último, François Pietri, político, diplomático y escritor notabilísimo, al enviar al autor de *Miranda* un ejemplar de su admirable biografía de Luciano Bonaparte, llámale honrosa y amablemente "técnico elocuente de la historia de esa asombrosa época". (Nota de 1941).

X
KANT

Tampoco entiende mi contradictor el calificativo de kantianas que di en cierta ocasión a las ideas políticas de Miranda y sobre el cual consentí en suministrarle explicaciones. Rubén Darío habla en alguna parte de *Celui qui ne comprend pas*: el insigne poeta prefiguraba al señor Clavery. Inútil insistir. El argumento político y su vocabulario son tan extraños como los filosóficos al señor Clavery, a pesar de la extraordinaria cantidad de nombres propios que acumula en sus escritos.

XI
INSANIAS

Parece que el "evangelio según Rousseau" es todo lo contrario del "espíritu de Voltaire" y que este espíritu y no aquel evangelio fue el verdadero animador de la Revolución francesa. Pero al mismo tiempo nos enseña el señor Clavery que "la verdadera razón del sufragio universal y de la soberanía popular" arranca del evangelio según san Juan: "Yo soy la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo". Rechazado, pues, el evangelio de Rousseau, nos queda el de san Juan como base del derecho divino del pueblo votante y aclamante. Sin embargo, la Revolución tiene otros padres fuera de san Juan: Descartes, por ejemplo. Y es bien sabido –precisa el señor Clavery– que este filósofo hubo de huir de Francia y refugiarse en el ambiente republicano de Holanda, para poder "meditar y pensar". Porque bajo Luis XIV y Luis XV fue imposible pensar ni meditar en París y las obras francesas de aquellos siglos de oscurantismo se escribieron al amparo de las leyes de la República de Laponia. Entre los autores demócratas hallamos también a santo Tomás de Aquino, quien heredó su democracia de Aristóteles y la transmitió a los monjes dominicos. Hasta ahora se creía que Aristóteles había sido antidemócrata, y que dominicos e Inquisición eran sinónimos, al menos para los sectarios de la observancia Clavery. Pero este último ha venido a revolucionar la Revolución catalogando como precursores de

los "grandes antepasados" al filósofo y a los frailes. Nuestro Herodes escoge siempre sus víctimas entre los inocentes, que inocentes de toda democracia son el Estagirita y el Angélico Doctor. Como inocente de incesto y parricidio es el general Antonio Nariño, quien de este lío sale bautizado de Edipo americano.

Otro precioso informe, y no el último, que recogemos en esta cátedra es que el Arco de Triunfo de París no es un monumento militar, como se suponía, sino el "monumento de los derechos imprescriptibles de la persona humana, reivindicados desde la antigüedad por Sócrates" y luego por una serie de personajes ya nombrados, a los cuales hay que agregar los Padres Peregrinos del Mayflower, desembarcados –anota concienzudamente el autor– "en el Cabo Code, provincia Town". Y así como Napoleón, al decretar la erección del Arco, solo tuvo por objeto eternizar aquellos derechos imprescriptibles, el único fin que le condujo a pasar el Niemen fue el muy apostólico de "llevar a la Santa Rusia la luz de Occidente".

XII
EL APOCALIPSIS

De ordinario un escritor francés, educado en la primera escuela de Europa y sujeto a precisas disciplinas, desarrolla y presenta al lector, casi siempre en estilo y lengua admirables, ideas lógicas y rutilantes. Nunca ofrece síntomas de indigestión mental y es un regalo verle proyectar con la pluma el haz luminoso sobre la materia que trata. Por esta razón tengo el caso Clavery como extraordinario. El estilo pedestre, la confusión de sus juicios, el hábito de mezclar nociones heterogéneas y de pilarlas a la diabla con propósitos de desaforado grafómano, la prodigiosa sucesión de héroes, de santos, de filósofos, de poetas, de combates, de volcanes que hace desfilar a nuestros ojos, como un Larousse vertiginoso o una película de dibujos animados, todo eso convierte al señor Clavery en ente extraño al ambiente literario francés. ¿Será nuestro autor "correligionario" de Marat, y deberemos ver en su origen el secreto del interés

que toma en los negocios de las Doce Tribus? Sus escritos parecen obra de una imaginación semítica presa de locura sagrada. Nada ni nadie encuentra gracia ante el hombre de Belial, que pasea su impunidad bajo las pacíficas especies de un burgués del Vésinet. Y no concibió Dante para sus condenados mayor tortura que esta de sumergir en una sola caldera, desbordante de derechos del hombre y del ciudadano, a Loyola, Bossuet, Fleury, Voltaire, el gran Federico, la Enciclopedia, el Vicario saboyano, Cicerón, La Fayette, Moliére, Terencio, Leibnitz, Spinosa, Lucrecio, Espejo, Monsieur Herriot, Boileau, Tycho-Brahe y mil personajes más nacidos bajo todas las latitudes. Mas, como si ello no bastara a calmar su furor satánico, el señor Clavery mete también en la inconmensurable caldera la Santa Ampolla, el primer parlamento islandés, la batalla de Farsalia y el Cotopaxi en erupción.

XIII
CONCLUSIÓN

Hace tiempo vengo predicando que es ya hora de aplicar los adjetivos que merecen a ciertos detractores de segunda zona que, por causas y para fines conocidos, se disfrazan de amigos de los países latinoamericanos o fingen interesarse en sus asuntos. Estos escritores, malos en todas las acepciones del vocablo, adornados con los títulos académicos que les otorga nuestro generoso candor, nos perjudican ante el ignorante público extranjero, aun más que por la consciente adulteración de la historia que realizan, por sus solapadas reticencias y la mendaz benevolencia que pretenden dispensarnos. Urge boicotear tales productos averiados y perseguir a los buhoneros sin patente que con ellos trafican.

Roma, septiembre de 1932.

LOS EXTRANJEROS Y NUESTRA HISTORIA

I
MONSIEUR CLAVERY

Sería erróneo suponer que hemos olvidado a M. Clavery. Pero ocurre que las ocupaciones y preocupaciones son tales y tan numerosas en esta agitada época que, por fuerza, debe uno *seriar* más que nunca los asuntos y darles el lugar que corresponde a su importancia. Toca por fin el turno al asunto de M. Clavery, cuyo último artículo vio la luz en *El Universal* del 23 de marzo de 1933, hace exactamente dos años y ocho meses. A ese ritmo si nuestro adversario jurado volviese, como puede temerlo el editor de este diario, a llenar diez columnas con nombres y temas que no vienen al caso, quedan los lectores advertidos con lealtad que la contrarréplica no aparecería antes de julio de 1938, siempre que para esa fecha M. Clavery, el burro y el suscrito gozaremos de vida y salud. Porque es posible que el pleito no termine mientras alentemos las partes y por la nuestra siempre estará inscrito M. Clavery con lápiz azul en la colección de papelitos conocida del querido poeta Luis Yépez. Sería la ocasión, si no fuese pedantería e intolerable vanagloria, de citar cierta frase del Arcipreste y conviene más recordar en esta cíclica pendencia la prolongada que, en tiempos de *La Semana*, tuvieron Gonzalo Picón Febres y Julio Calcaño sobre los vocablos *butaque*, *flacuchento* y *colgador* cuyo uso estimaba legítimo el primero e ilícito el segundo. Naturalmente aquellos insignes literatos no llegaron a ajustarse. Calcaño citó al andaluz: "Aunque usté me cumbensa, Don Gonzalo, yo no me cumbenso", y Picón Febres respondió con el inapreciable adverbio inventado por el general Pulido: "Ambamente, Don Julio, ambamente".

Iniciemos el nuevo episodio de la batalla tratando de conquistar algunos puntos de la línea enemiga que parecen vitales. Será lo que en lenguaje de comunicados militares se llama ofensiva con objetivo limitado. El resto de las posiciones de M. Clavery no interesa y tenemos la seguridad de que las evacuará al fin en vista de su inutilidad para la defensa.

Dice nuestro autor: "Según el señor Parra-Pérez yo he escrito que Miranda tenía con Pitt relaciones ininterrumpidas durante diez años. No sé dónde empleara yo este término de ininterrumpido". A página 15 de su libro[68] se lee: "El 16 de enero de 1798, instalado ya de nuevo a orillas del Támesis, escribía a Pitt, con quien llevaba después de diez años relaciones seguidas". Asegura el diccionario que seguido quiere decir continuo, sin intermisión de lugar o tiempo, es decir, ininterrumpido. Lo cual tratándose de la correspondencia de Miranda con el ministro británico no es verdadero. Si el general llevó a París carta para Boyd Ker y Cia., fue precisamente porque al ir a Francia no abrigaba intenciones de servir en el ejército de este país sino de regresar a Inglaterra, según lo demuestran sus cartas a Pitt, sus apuntes y el hecho material de reservar puesto en la diligencia. Fue entonces cuando el Consejo Ejecutivo, a solicitud de Servan y Pétion "le rogó con instancias repetidas" que se alistase. Volvemos a decir que Miranda rompió relaciones con los ingleses cuando entró a servir a Francia, no cuando salió de Inglaterra, como M. Clavery asegura que hemos escrito.

La "vida fastuosa" de Miranda continúa inquietando a M. Clavery. ¿De dónde salía el dinero que hacia 1795, servía para pagar "caballos y banquetes?". Solo M. Clavery lo ignora hoy. Con seguridad de préstamos, como lo comprueba entre otros documentos la correspondencia con la viuda de Pétion; también, probablemente, del botín cogido en guerra, pues no hay motivo para suponer en este punto a Miranda mejor que los demás generales de su tiempo. El 8 de junio de 1801, el venezolano escribía a Lanjuinais: "... para satisfacer las pequeñas deudas que un conjunto de persecuciones e injusticias abominables y el pillaje

[68] *Trois Précurseurs de l'Indépendance des Démocraties Sud-Américaines.*–Prix: 12 francs. Paris, Imprimerie Fernand-Michel, 1932.

de mis propiedades me han obligado a contraer en Francia, como Ud. no lo ignora, mi querido amigo...".

Parece que cuanto se refiere a Kant es incomprensible y es conocida la ocurrencia del propio filósofo: "no me ha entendido sino una persona y me entendió mal". Renunciamos una vez por todas a hacer entender a M. Clavery aquello de que Miranda era republicano en el sentido kantiano de la palabra. Mas como el juego debe adaptarse al del adversario, dejemos a Koenisberg y, sin salir de Alemania, devolvamos su pelota a M. Clavery quien a página 45 de su libro dice: "Según la célebre fórmula de Leibnitz, él (Napoleón) fue la mejor de las Repúblicas, en Francia, en su época y eso basta a su gloria". Vayan ustedes a probar que, con esta frase, el autor no ha querido incluir a Leibnitz entre los historiadores o comentaristas de Napoleón.

Escribimos: "M. Clavery descubre el origen de Miranda por aquello de que su madre era Espinosa (parienta esta señora, cree sin duda el exdiplomático, del célebre filósofo holando-lusitano)". M. Clavery traduce: "El señor Parra-Pérez estima que la madre de Miranda podía ser de la familia del célebre Espinosa. Es posible".

Expresamos un juicio sobre Valmy como acción de guerra, siguiendo a los escritores y críticos militares que han estudiado aquel cañoneo. No nos ocupamos en sus consecuencias políticas y por tal motivo no contradecimos a nadie. Los nombres con que M. Clavery quiere aplastarnos no conducen a su fin. Hasta hay quien supone que la frase del diario de Goethe acerca de la acción fue escrita treinta años más tarde. Lo importante es que nuestro adversario concluye por darnos completa razón: "Sin embargo, esto no quiere decir que Valmy haya sido una batalla". No asentamos otra proposición"[69].

[69] Invoquemos, como acostumbra hacerlo Lloyd George y como último argumento, la Enciclopedia Británica (artículo Guerras de la Revolución francesa): El resultado fue el universalmente famoso cañoneo de Valmy (septiembre 20, 1792). La infantería de Kellermann, casi toda de regulares, se mantuvo firme. La artillería francesa justificó su reputación como la mejor de Europa, y después de un débil ataque de infantería, el duque terminó la acción y se retiró. Este trivial encuentro fue el punto decisivo de la campaña y un acontecimiento culminante en la historia del mundo.

A propósito de batallas: si M. Clavery se enterara mejor de lo concerniente a la de Neerwinden encontraría mayor número aún de escritores franceses que achacan su pérdida a Miranda. Por desgracia para su tesis, toda esa literatura se basa en las *Memorias* de Dumouriez cuya impostura está demostrada.

La ironía es de mala calidad cuando existe un solo lector que no la aprecia. Fracasamos, pues, al traer a colación la República de Laponia. El único resultado evidente de la bufonada fue que M. Clavery, no contento con amotinar en contra nuestra a todos los partidarios de la Revolución francesa, nos suscitó nuevos enemigos terribles, como Guillermo el Taciturno y varios almirantes holandeses.

Dice M. Clavery: "Luego mi crítico se extraña de ver que nombro en una misma obra de doscientas páginas (que hubieran podido ser trescientas en otra tipografía) a Bousuet, al abate Fleury, a Voltaire, al gran Federico, etc. (él agrega los nombres de Loyola y de Tycho-Brahe que creo no haber nombrado en mi libro)". San Ignacio de Loyola se halla citado a página 108. Tycho-Brahe aparece en una cita de Depons, página 146. En otros lugares hay muchos nombres que antes no señalamos: Plutarco, Epicteto, Marco Aurelio, Virgilio, Lucano, Horacio, Tácito, Quintiliano; y en la página 110, exactamente, conviven, si así puede decirse, Sócrates, Platón, Aristóteles, Pirrón, Carneades, Crisipo, Spensipo y cierto Monsieur Brochard "cuya viva y poderosa inteligencia fue, hace veinte años, a juntarse en los Campos Elíseos con las almas de aquellos".

M. Clavery opina: "Para poder seguir útilmente una discusión histórica u otra cualquiera, es necesario entenderse desde el principio sobre los términos y sus definiciones". Sucede que, en carta muy cortés y comedida de fecha 5 de marzo de 1929, aun no publicada, dijimos a aquel: "Encuentro muy interesantes sus observaciones respecto de Napoleón 'emperador de la República'. Es probable que nos pondríamos pronto de acuerdo si nos entendiésemos previamente sobre el sentido de las palabras". Nuestro contendor empleó cuatro años para darse cuenta

de este requisito primordial, y con probabilidad empleará ocho para ensayar cumplirlo.

Argumenta M. Clavery: "Ahora, que el señor Parra-Pérez pretende entender la historia de Francia mejor que un francés de Francia... es cosa suya". Si esta es cosa nuestra, es muy de M. Clavery la de imaginar que basta tener sangre francesa por los cuatro costados para conocer la historia de su país y discurrir sobre la de los ajenos. La historia de Francia, parte y parte admirable de la universal, no es materia esotérica inaccesible a la inteligencia de los bárbaros. Algunas de las mejores páginas que existen sobre Napoleón son de la pluma del inglés Rosebery y este ejemplo podría multiplicarse. En cambio, no vemos al insigne Louis Madelin, que es el mayor perito vivo en lo relativo a la Revolución y al Imperio, tomando en consideración las reflexiones de su cuñado acerca del emperador.

Afirma nuestro contendiente que detestamos "de todo corazón" la Revolución francesa, denuncia nuestra "antipatía declarada" por aquel movimiento, insiste en que "enemigos declarados de la Revolución francesa, lo somos, sin duda alguna, del principio de la soberanía del pueblo". Tales aseveraciones carecen de la gravedad que su autor quiere darles y son, además, infundadas. No tenemos motivos particulares de amar u odiar la Revolución francesa, y examinamos ese período de la historia moderna como si fuese un ciclo de los anales asirios, siéndonos Robespierre tan indiferente como Asurbanípal.

Concluye M. Clavery: "El señor Parra-Pérez no duda en acusarme de deslealtad histórica". Acusé primero a M. Clavery de incomprensión histórica. Mas cuando un escritor persiste en sus errores por vanidad u otra causa voluntaria y se niega a rectificarlos, la incomprensión cambia de nombre. Es posible que M. Clavery esté animado de excelentes sentimientos hacia Hispano-América, pero es cierto que su manera de presentar nuestra historia, por infiel, es dañosa.

II
MÍSTER ROBERTSON

Mucho más dañosos aun, a causa de la reputación de que goza su autor en ambas Américas, son algunos juicios del profesor William Spencer Robertson, de Urbana (Illinois), sobre hechos y personajes latinoamericanos. Téngase presente que creeríamos pueril discutir los títulos de Mr. Robertson y la consideración que merecen sus libros. Se admite que estos han contribuido a extender en los Estados Unidos el conocimiento de nuestras cosas y que su biografía de Miranda contiene, por lo menos, la más completa bibliografía del ilustre venezolano. Reparos habría que hacer a algunas de las opiniones que allí se leen, pero, en rigor, las opiniones son libres, como decía el otro, y siempre que los hechos se narren como ocurrieron hay que dejar latitud al narrador para glosarlos como le plazca y al lector para formar su propio juicio. Tampoco queremos hoy comentar en su conjunto la obra del profesor norteamericano. Anotamos solo en el mismo orden de ideas que nos inspiran los errores de M. Clavery, y como muestra de los de Mr. Robertson, su versión de la entrega de Miranda en La Guaira. Reitera el autor el cargo de traición formulado contra Bolívar, con la circunstancia agravante de que lo hace sabiendo que afirma una cosa falsa, como lo demuestra el hecho de que cita luego los textos que, justamente, lavan a Bolívar de aquella imputación, es decir, sus palabras a Monteverde y el testimonio del coronel Wilson[70]. Se sabe que Mr. Robertson no admira con exceso al grande hombre, a lo cual tiene derecho, pero ello no le autoriza para refrendar una calumnia usando de la confianza que se concede a su firma y en negocio de tanta importancia como el renombre moral del Libertador. Traduzcamos sus palabras:

"De esta manera el futuro Libertador pudo escapar a las Indias Occidentales. La traición a Miranda (entregado) a sus implacables enemigos fue un incidente trágico que manchó la fama de algunos venezolanos. En su favor debería decirse que aquellos podían difícilmente darse cuenta de los motivos secretos de Miranda. De los tres hombres

---

70 *The Life of Miranda*, II, pp. 183-[18].

principalmente responsables de esta vil acción, Peña, Bolívar y Casas, solo el gobernador civil de La Guaira murió sin ensayar explicar sus móviles o justificar su conducta".

Así tenemos a Bolívar situado en el mismo plan que los que pusieron a Miranda en poder de los realistas. Pero hay algo peor: en el boletín de publicidad sobre el libro de Mr. Robertson distribuido por su editor, o sea la Imprenta de la Universidad de la Carolina del Norte (Chapel Hill), boletín firmado en febrero de 1930 por la señora Bessie J. Zaban y que es pertinente creer por lo menos aprobado por el autor, se lee esta frase llamativa y escandalosa dados el lugar y la intención: "*Bolívar betrayed him*", lo que quiere decir, salvo error, que Bolívar traicionó y entregó a Miranda. A la falacia del aserto júntase ahora la impertinencia.

Contrasta con estos procederes el muy leal y ecuánime del eminente escritor doctor Carlos A. Pueyrredón, cuyo libro *En tiempo de los virreyes*, constituye el más inteligente esfuerzo que se haya hecho para dar a conocer en la República Argentina la influencia de las ideas de Miranda en la revolución austral[71]. Allí vemos el carácter del Precursor criticado con serenidad y comprensión, Pueyrredón, descendiente de ilustres próceres, patriota argentino justamente orgulloso de su gran país, no cree que para apreciar el papel continental de Miranda sea necesario apocar a Bolívar ni proponer comparaciones imposibles entre ambos hombres. El último capítulo del libro, relativo al drama de La Guaira, es modelo de tacto y sensatez y no se aparta de la verdad histórica, archiconocida hoy y archijuzgada. En aquella ocasión como en todas emerge el Libertador del común nivel. Su propósito en la noche trágica fue radical y terrible; fusilar a Miranda a quien creía traidor a la patria. Sus compañeros querían otra cosa. Casas, dueño del mando, habría podido tal vez salvar al viejo patriota de los españoles, como parece haberlo salvado del fusilamiento.

---

[71] *Rosso, Buenos Aires, 1932*. El Dr. Pueyrredón tomó recientemente la generosa y trascendental iniciativa de erigir un monumento a Miranda con la contribución de todas las naciones latinoamericanas. La realización de ese proyecto, acogido desde luego con profunda simpatía por el gobierno y la opinión pública de Venezuela, simbolizaría, al fin, la justicia histórica y vendría a recordar al continente entero, perennemente, el ideal mirandino de grandeza en la unión y la paz. Ya me decía Pueyrredón, amigo noble y cordial, en alguna de nuestras sabrosas charlas de Roma: "Hay un nombre que debe y puede unirnos a todos, el de Miranda".

III
ALDAO Y OTROS

Arquetipo tal vez inimitable de paparruchas es el volumen titulado *Miranda y los orígenes de la Independencia americana*, por Carlos A. Aldao[72], libelo presuntuoso e indiscreto, pergeñado con datos espurios sobre Miranda y abundante en injurias anacrónicas contra Bolívar. Corregir aquellos y refutar estas sería inútil. Los juicios del señor Aldao no valen más que sus informaciones y ofensas, y en su libro aprendemos que solo "por fórmula se puso el sello a la independencia de América en Ayacucho", porque la campaña del Perú no significa nada en sí misma, habiéndose ganado las batallas por fatalidad histórica.

Es natural que el señor Aldao piense como Mr. Robertson en lo de La Guaira, y a página 66 de su obra dice: "Siendo Bolívar personalmente quien le intimó prisión y luego le entregó al enemigo".

Otro escritor rioplatense, el señor Ricardo Caillet-Bois, asumió la tarea de confundir a su compatriota y de sus garras salió este muy maltrecho[73]. Mucho nos agradó entonces la disputa, pero ignoramos si se desarrolló como deseábamos, de modo que la voluntad manifestada por Caillet-Bois de luchar por la verdad le llevase hasta ahogar para siempre al dicho Aldao en el mismo cieno que lanza contra las botas de Bolívar. Es probable que nuestra esperanza fuese infundada y que las censuras de Caillet-Bois, publicadas o inéditas, se limiten a señalar errores bibliográficos concernientes a Miranda.

Sin intención de intervenir directamente en aquella reyerta argentina, queremos aclarar una nota del escrito del señor Caillet-Bois, que a nosotros se refiere y así está redactada: "Parra-Pérez utiliza el documento en cuestión sin aplicar la menor crítica y sin tomar en cuenta los sensatos reparos de Robertson". Relaciónase esta nota con el acta firmada en París el 22 de septiembre de 1797, según la cual Pozo y

---

72 Buenos Aires, Editorial América Unida, 1928.

73 Véase el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Nº 47.

Sucre y Manuel José de Salas "comisarios de la Junta de diputados de las ciudades y provincias de la América Meridional", reunida en Madrid el 8 de octubre anterior, habían venido a París en busca de Miranda "nuestro principal agente" y de Pablo de Olavide "ambos nombrados igualmente por dicha Junta". Cuando el 16 de enero de 1798 Miranda remitió a Pitt copia de aquel documento, se dijo "agente principal de las colonias hispano-americanas y nombrado por la Junta de los diputados de México, Lima, Chile, Buenos Aires, Caracas, Santa Fe, etc., para venir ante los ministros de S.M.B. a efecto de reanudar, en favor de la independencia absoluta de dichas colonias las negociaciones iniciadas el año de 1790"[74]. Los reparos del profesor Robertson, que impresionaron al señor Caillet-Bois, están dirigidos a la legitimidad de los títulos constitucionales que para asumir la representación de las colonias tuviesen los llamados diputados. La respuesta es muy sencilla: carecían de tales títulos constitucionales, como carecen todas las juntas revolucionarias análogas. Es claro que no existían en América ni fuera de ella organismos legales ni ilegales que pudieran dar a Miranda, a Olavide, a Pozo, a Salas, la misión de derribar las autoridades españolas y establecer la república. Pero, ¿en qué cambia esa circunstancia el hecho histórico y por qué debíamos nosotros, forzosamente, en nuestro libro sobre el Precursor entrar también en la disquisición? Bástenos saber que desde que abandonó el servicio del rey, Miranda se invistió a sí mismo de la representación de las provincias ultramarinas de la monarquía y que por haberlo hecho merece el dictado de Precursor de la Independencia[75].

---

[74] Archivo de Chatham, legajo Nº 345.

[75] Si Aldao en el extremo Sur trató de ajar a Bolívar, por el Norte D. Carlos Pereyra empezó a escribir un libro de historia sobre la juventud de Bolívar y terminó un libelo contra Miranda, cuya carrera califica de estéril y quien "habituado a las grandes combinaciones de arbitrismo internacional" (?), nunca buscó otra cosa que imponer a su país el "protectorado" inglés. Según el escritor mexicano, uno de los hombres más notables que haya producido la América española goza de "celebridad inmerecida" pues fue, simplemente, "torpe", "ligero", "débil", "infeliz", "inerte", "intrigante", "incapaz", "tortuoso", "cobarde", "aturdido", "abyecto", "duro", "engañador", "ocultador", "desertor", "malhechor", "vendido" y, por último, "miserable despojo humano".
Los esfuerzos de los historiadores venezolanos para poner en claro las circunstancias de la capitulación de 1812 y de la prisión del generalísimo, son una "bien graduada serie de trémolos

Mas, ¿qué justicia puede esperar Miranda de los extranjeros si en su propio país numerosos historiógrafos o simples aficionados no han hecho sino acoger y propagar patrañas sobre su vida acreditando, en consecuencia, juicios mendaces? Véanse, como ejemplo ilustre, las páginas que Juan Vicente González consagra a la Primera República en su *Biografía de José Félix Ribas*. Cincuenta páginas que contienen cincuenta errores de hecho y otras tantas opiniones falsas. Allí el "Monstruo", el tragalibros, se traga toda la literatura mirandina llegada de Francia y agrega la de su propia invención, sin empacharse de inverisimilitudes o contradicciones.

IV
JACQUES BAINVILLE

Jacques Bainville es uno de los franceses más inteligentes de nuestra época. Empleamos el vocablo inteligente en su acepción excelsa, un tanto adulterada por el abuso que de él se hace prodigándolo sin discernimiento a toda clase de personas, escritores o no. Puede decirse que la Academia francesa, al recibir hace poco en su seno a Bainville, acogió a la Inteligencia en su pureza original. *La historia de Francia*, y otros libros, el *Napoleón* sobre todo, figuran entre las obras más notables de la ciencia histórica contemporánea. *Jaco y Lori* es sátira que Voltaire habría firmado. Los resúmenes diarios de política, economía y hacienda que Bainville publica en varios periódicos de París son, por su estilo, modelos del género y revelan penetración y previsión sorprendentes.

---

compuesta para dejar intactas las dos glorias nacionales. Entre Miranda y Bolívar se presentaba la sombra del traidor Casas, y sobre ella caía todo lo que pudiese haber de responsable en la aprehensión de Miranda por Bolívar. El Precursor y el Libertador quedaban reconciliados en la inmortalidad".

Es el caso de decir, con Talleyrand, que lo exagerado no cuenta. Pero, cabe también preguntar: ¿hasta dónde llega el derecho de injuriar a los muertos, especialmente cuando la memoria de estos forma parte del patrimonio moral de una nación extranjera? Que no se invoquen los acomodaticios fueros de la crítica histórica o las libertades aun mayores de la polémica, ni se crea que la certeza de la impunidad justifica tales excesos. (Nota de 1940).

Lástima grande que tan insigne polímata no haya vacilado en insertar en su último volumen *Los dictadores*[76] algunos capítulos de historia latinoamericana que por fortuna llama "fantástica", sin duda para excusarse por los dislates en que deslíe tres o cuatro verdades esenciales y aceptadas. Ello demuestra que el principal requisito para escribir historia es conocerla, y que si no basta ser francés como imagina el pobre M. Clavery para saber la de Francia, tampoco basta el talento de Bainville para estar informado con exactitud de la de América. La crónica del *candillismo* y de los *candillos* (no es error de imprenta: así está escrito seis o siete veces en el libro) es verdaderamente "fantástica". Allí desfilan Bolívar "indiscutiblemente genial", pero con su parte de "feroz llanero como Boves o Páez"; el "indio" Páez capaz según la leyenda de "cazar realistas lanzando sobre ellos búfalos salvajes" y de "matar a lanzazos hasta cuarenta hombres", Páez "la figura más grande de la América latina" después de Bolívar, aconsejado en su obra de destrucción de la Gran Colombia por "el activo y ambicioso Rojas"; San Martín "amigo de Bolívar y presidente efímero de Chile" donde "implantó bien pronto las ideas y los ejemplos del ilustre Libertador"; Santa Cruz que precipitó a Bolivia en guerras funestas con sus vecinos, "en particular con el Perú"; Iturbide que "la francmasonería pagada por los anglo-sajones destronó y fusiló en 1823"; el doctor *Osfina*, presidente de Colombia, quien pensaba "que era bueno que todas las teorías fuesen ensayadas"; el doctor Núñez, cuyo gobierno "fue sin debate posible la edad de oro de Colombia" y que "volvió a la antigua constitución de los incas, con el acuerdo entre el zaque, jefe secular y el lama, jefe religioso"; Guzmán Blanco que "en su lecho de muerte pronunció esta frase célebre: como su confesor le pidiera que perdonase a sus enemigos, respondió: no puedo, los he matado a todos".

Todo esto es prodigioso en la pluma de Bainville. San Martín implantando en Chile la Constitución boliviana es noticia que va seguramente a despertar de su sueño eterno al general Mitre. Santa Cruz

[76] Denoel et Steele, Paris, 1935. Bainville murió poco tiempo después de haber sido escrita la presente página.

vencido en Yungay por los peruanos pondrá en aprietos a D. Gonzalo Bulnes. La síntesis sobre Núñez hace pensar en M. Clavery y prueba que no solo los habitantes del Vésinet acostumbran extraer de algún libro extranjero dos o tres nombres propios para arrojarlos a la faz de sus lectores. Miles de franceses sabrán de hoy en adelante que el imperio incaico tenía un gobierno duunviral, con un zaque y un lama y que el doctor Núñez impuso a Colombia el mismo sistema. El origen de esta nueva verdad histórica es claro: Bainville, hombre autorizado si los hay, recorrió, sin entenderlos, los artículos polémicos de un brillante escritor venezolano. En cuanto a Guzmán Blanco, aprendemos ahora sus compatriotas que todos los godos y muchos liberales sufrieron la suerte de Salazar y que el "Ilustre" fue una especie de kan tártaro. Aprendemos también que la frase al confesor (que el agudo Robert de Flers atribuyó en su discurso de ingreso a la Academia francesa al general español O'Donnell), es vernácula, criolla de Venezuela, siendo falso que todos los pueblos de la cristiandad la hayan aplicado inmemorablemente a tal o cual de sus respectivos personajes indígenas.

Roma, noviembre de 1935.

LA CAÍDA DE LA REPÚBLICA EN 1812[77]

Tomás Molini, fiel secretario de Miranda, enviado por este a Londres con misión política en 1812, tomó interés en informar al gobierno británico de las causas y consecuencias de la pérdida de la República venezolana. En marzo de 1813 comunicó Molini a Richard Wellesley, hijo del antiguo secretario de Estado para los Negocios Extranjeros, una relación sobre los sucesos de Caracas, redactada por el francés Luis Delpech, quien había servido bajo Miranda a pesar de su parentesco con los Montillas, adversarios del general.

Publicamos hoy, traducidos al castellano, aquella relación y dos documentos anejos. De la primera apenas se conoce hasta ahora algún fragmento y los segundos son enteramente inéditos. Las tres piezas pertenecen a la colección de papeles referentes a Miranda y a la historia de Venezuela, copiados por el suscrito en los archivos ingleses y que se extienden de 1780 a 1816.

C. Parra Pérez.

Roma, enero de 1930.

[77] Publicado en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, julio-septiembre de 1930.

***

Grafton Street, 11 de marzo de 1813.

Tomás Molini a Richard Wellesley[78]

El Sr. Molini presenta sus cumplimientos al señor Richard Wellesley, y tiene a honra acompañarle una corta descripción de los recientes acontecimientos de Caracas, relativos a la capitulación entre el general Miranda y el general español Monteverde. El señor Molini deseaba desde hace tiempo llevar a conocimiento de los amigos del general Miranda algunas informaciones sobre este asunto, particularmente después de haber visto algunos relatos en los cuales el carácter del general es calumniado muy groseramente.

Tal vez no es innecesario observar que el autor de esta narración es un ciudadano francés, establecido en Caracas desde hace años, y cuya esposa pertenece a una familia respetable y de grande influencia en aquel país, la cual se cuenta entre los más grandes opositores políticos del general Miranda.

RELACIÓN SUCINTA DE LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS DE CARACAS, POR L. DELPECH, DE CARACAS.

Querría, querido Molini, poder satisfacer el leal y legítimo interés que Ud. me ha manifestado en conocer con exactitud los detalles de la muy famosa catástrofe de Caracas; pero sería necesario para ser suficientemente exacto una memoria mucho mejor que la mía; poder acordarse de una infinidad de circunstancias, de la conducta de gran número de individuos que no han podido inspirar nunca sino el más perfecto desprecio, y que mi carácter me ha obligado siempre a olvidar. Así, me limitaré a transmitirle los hechos que podré recordar y los que han sido comunicados a Mariano Montilla por Robertson y otros amigos.

Fue la toma de Puerto Cabello la que ocasionó todos los males, llevó al colmo el desaliento, el desorden, la confusión, al mismo tiempo que casi decupló la audacia y el partido de los enemigos, que en este momento estaban sin ninguna especie de municiones y habían determinado retirarse dentro de dos días. Apenas esta importante plaza les fue entregada, con los inmensos almacenes y municiones de guerra que ella guardaba, un enjambre de navíos enemigos

[78] Foreign Office, 72/151.

llegaron allí con tropas, emigrados, opositores del régimen de Venezuela: en el mismo momento los enemigos interiores que estaban dispersos en los alrededores de Caracas, fueron a reunirse a una división de Monteverde situada en dirección de Cura; más de 4.000 negros conducidos por Llamosas y los curas, se levantaron en los valles del Tuy; el dinero y el fanatismo hicieron desertar y abandonar el ejército a una infinidad de soldados, de manera que viéndose en la imposibilidad de hacer nada, el general aprovechó los pocos momentos que le quedaban para obtener una capitulación y no caer con los patriotas, poco numerosos y de buena fe, que lo rodeaban todavía a discreción de Monteverde.

Ud. conoce mejor que yo cuán mal rodeado estaba el general. Sin embargo, eligió a Sata y Aldao para parlamentar con Monteverde. Eran tal vez lo que había de mejor cerca de él, pero estos dos individuos de un carácter débil y sin energía, hicieron conocer demasiado el estado extremo a que estaban reducidos y las intenciones secretas del gobierno; y aun cuando el enemigo estuviese perfectamente instruido en todo, temía aún alguna medida enérgica que pudiese salvar la causa pública; y era muy necesario que no pudiese nunca penetrar las últimas intenciones del general en jefe. Pero se lo repito, el enemigo no tuvo pena en instruirse de ello, y hubo de cerciorarse doblemente cuando por un fatal abandono el general depuso la suerte de la patria y la suya en las manos parricidas del traidor marqués de León, a quien nombró plenipotenciario y confirió todos los poderes (*sic*). Ud. conoce la capitulación que concluyó este pérfido negociador y sabe también con qué falta de fe ha sido infringida. Sería muy penoso contar los crímenes, los sangrientos horrores con que se han manchado Monteverde y el partido español. Le será suficiente saber que ningún europeo, con excepción de Pablo Arambarry y de su respetable familia, ha abrazado el partido de la independencia y sostenido sus juramentos; todos han sido perjuros, crueles sanguinarios; para siempre estarán cubiertos y repugnantes de la sangre de los desgraciados criollos, que todos (con excepción de algunos traidores más horrorosos todavía que los españoles) han sido implacablemente degollados, pillados, vilipendiados, maltratados, sin distinción de edad, de calidad, de sexo.

Se ha contado más de 800 individuos amontonados a la vez en los horribles calabozos de La Guaira y Puerto Cabello, muriendo de miseria, de hambre, de emanaciones mefíticas, con un pie de agua en la prisión, amarrados dos a dos con un negro, para saturarlos con los beneficios de la igualdad.

El monstruoso gobierno del feroz Monteverde es completamente militar; León posee la más alta confianza y parece ser el consejero soberano; el abogado Oropeza es el asesor; Cyres es el escritor. No parece que todavía haya alguno perecido por un juicio legal, porque Monteverde hace publicar su clemencia y

lo hace de manera de acreditarla por su gacetillero Gómez. Es, sin embargo, positivo que una enorme cantidad de prisioneros ha muerto de miseria; se hacen cada noche en los calabozos extracciones considerables; se ignora la suerte de las víctimas. Muchos criollos han sido encontrados apuñaleados en las calles: los feroces europeos dicen que es necesario exterminarlos a todos y persuaden al populacho, ignorante y fanático, que la tierra temblará siempre mientras exista uno solo.

Para darle una idea de los perversos que han traicionado su patria y la confianza del general, sepa Ud. que Gual, Francisco Paúl, Carlos Soublette, Le Mer, Valenzuela, Rafael Jugo y su padre, Manuel María de las Casas, Quero (este último ayudante de campo de Monteverde), y una gran cantidad de otros execrables bribones, han abandonado cobardemente la causa de Venezuela y pagado con la más negra ingratitud las bondades del general. Talavera está libre y en paz. Luis Escalona, presidente del nuevo Cabildo, ha visto morir a su hermano Juan en las torturas del oprobio. En fin, mi amigo, todo ha sido ignominia, confusión, bajeza, cobardía. Este pueblo inmoral y despreciable no merece sino cadenas, humillaciones; y para ocultar tanta vergüenza sería necesario que un temblor de tierra pudiese tragárselo en el seno de sus abismos.

Ud. sabe todo lo que se ha dicho sobre el general. Para responder a las calumnias, a los sofismas, a las injurias con que se le ha colmado, sería indudablemente necesario tener mucho tiempo que perder a fin de luchar con la hidra multiforme de la impostura, del fanatismo y de la necedad. De resto, Ud. sabe que se juzgan casi siempre las cosas por los resultados. Se ha dicho que Miranda era un traidor porque el perverso Monteverde ha infringido la capitulación y las gentes de bien han sido entregadas al cuchillo asesino de los infames españoles; pero sin discutir estas aserciones infundadas, me limito a creer que si Miranda hubiese sido traidor no se habría ciertamente traicionado a sí mismo, compartiendo la suerte de aquellos que había, se dice, vendido a Monteverde, y si no tuviera la convicción de que él ha sido incapaz de una cobardía semejante, diría yo que es imposible que un hombre que trabajó toda su vida por la independencia de América, haya podido al fin de su carrera olvidar esta gloriosa empresa, manchar sus cabellos blancos, deshonrar para siempre su memoria al descender a la tumba y por tanta ignominia y fechoría, no recibir otra recompensa que las cadenas y la muerte.

Londres, 27 de febrero de 1813.

***

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE LOS INDIVIDUOS NOMBRADOS EN LA PRESENTE RELACIÓN

D. Mariano MONTILLA. Nativo de Caracas. Coronel de las Milicias. Gran partidario de la Revolución. Cuñado de Delpech.

Coronel ROBERTSON. Exsecretario de Gobierno de Curazao.

D. LLAMOSAS. Español. Durante algún tiempo presidente de la Junta Suprema de la Revolución de 1810.

D. José SATA. Nativo de Caracas. Jefe de Estado Mayor general. Secretario de la Guerra y diputado al Congreso[79].

D. Manuel ALDAO. Nativo de Caracas. Teniente coronel de Ingenieros.

Marqués de CASA LEÓN. Español. Director general de Hacienda.

D. Pablo ARAMBARRY. Español. Coronel de las milicias.

D. OROPEZA. Criollo.

D. CYRES. Español.

Dr. GÓMEZ. Criollo. Médico.

D. Pedro GUAL. Nativo de Caracas. Miembro de la Cámara de Representantes de Caracas.

D. Francisco PAÚL. Nativo de Caracas. Funcionario del Poder Judicial de Caracas. Casado con la sobrina del general Miranda.

D. Carlos SOUBLETTE. Nativo de Caracas. Primer edecán y secretario del general Miranda.

D. Santiago LE MER. Nativo de Francia o Brabante. Capitán del regimiento de la reina, y promovido en seguida al grado de coronel por el general Miranda.

D. Miguel VALENZUELA. Español. Promovido al grado de capitán de fragata por el general Miranda.

D. Rafael JUGO. Nativo de Caracas. Edecán del general Miranda.

D. Manuel María de las CASAS. Nativo de Caracas. Teniente de las milicias,

---

[79] Don José de Sata y Bussy era natural de Azángaro, Perú. (N. de la R.).

promovido al grado de ayudante general y gobernador de La Guaira por el general Miranda. Fue él quien hizo arrestar al general y a tantas otras víctimas cuando iban a embarcarse en dicho puerto.

D. QUERO. Nativo de Caracas. Nombrado capitán de caballería por el general Miranda y durante algún tiempo gobernador de La Victoria.

D. Francisco TALAVERA. Nativo de Coro. Miembro del Poder Ejecutivo de la Provincia de Caracas.

D. Luis ESCALONA. Nativo de Caracas. Miembro del Poder Ejecutivo de la Provincia de Caracas.

D. Juan ESCALONA. Nativo de Caracas. Hermano del precedente. Coronel de ejército. Miembro del primer Poder Ejecutivo federal de Venezuela.

Al margen: De Molini, secretario de Miranda.–R/Marzo 11
de 1813. C/Marzo 18. Gracias por la comunicación.

CARTA A FAYARD Y CÍA.

Roma, 11 de febrero de 1932.
29, Vía Regina Elena.

Señores A. Fayard y Cía.
París.
Señor Editor:

Reparo en el artículo del señor Lucas-Dubreton, publicado en *Je Suis Partout*, número de 16 de enero último, una apreciación sobre el general venezolano Miranda que creo merece rectificarse. El señor Ernest d'Hauterive ha dicho ya tantas inexactitudes acerca de Miranda en otro de sus libros, que antes de escribir a usted quise leer el que acaba de publicar bajo el título de *La Contre-Police Royaliste en 1800*, y esto explica el retardo de mi carta. Esta vez, sin embargo, el error relativo a mi célebre compatriota se debe únicamente al eminente colaborador de usted. Así, recurro a la cortesía de este último para que haga justicia a un hombre que junta a su calidad de héroe de la independencia de la América española el mérito de haber prestado a Francia leales servicios.

Miranda no fue jamás realista ni agente de potencia alguna. Se le persiguió en Vendimiario y en Fructidor como republicano enemigo de los hombres que estaban en el poder, mas no como enemigo de la Revolución. De vuelta a Inglaterra donde, desengañado de la política francesa, iba a trabajar exclusivamente a fin de obtener del gabinete británico socorros para su empresa patriótica, fue víctima de la traición de un bribón, aquel Duperou o Dupéron a quien tenía de secretario y el cual, de acuerdo con otro individuo de su ralea llamado Dossonville, quiso vender a España los papeles secretos del general. En todo el asunto no hay huella de relaciones con los príncipes franceses emigrados, y

la "gracia monárquica" jamás tocó al antiguo jacobino. Las frases del señor Lucas-Dubreton se aplican al traidor y no al venezolano: el libro mismo que comenta lo demuestra.

El papel histórico de Miranda en Europa ha sido juzgado erróneamente por la mayor parte de los historiadores. Célebre mas poco conocido, el general no obtuvo en cambio de los servicios efectivos que prestó a Francia sino el calificativo de aventurero, pues –detalle curioso– el gobierno revolucionario no le pagó siquiera el sueldo señalado a sus grados sucesivos de mariscal de campo, teniente general, comandante del ejército del Norte y, temporalmente, comandante en jefe de las tropas que operaban en Bélgica. Se le atribuyó injustamente la derrota de Neerwinden, cuyo verdadero responsable fue su jefe jerárquico. Miranda fue el único oficial superior que se opuso a los proyectos de Dumouriez contra la Convención y el general en jefe, convertido en su enemigo, obtuvo de Danton y de sus colegas el mandato que le condujo ante el Tribunal revolucionario. "No hay en toda la Revolución –repetirá el mismo Miranda– un asunto que haya sido mejor elucidado que la responsabilidad de la pérdida de Neerwinden". Sirviéndome de documentos oficiales probantes, hace algunos años, restablecí una vez más sobre ese y otros puntos la verdad histórica[80].

Miranda, desterrado y sin recursos, aceptó una pensión de Inglaterra. Pero sus relaciones con esta no fueron nunca las que lleva un instrumento con quien le paga sino las relaciones de un hombre que decía tratar, en nombre de los pueblos hispanoamericanos, con el gobierno del único país que podía ayudarles a conquistar la independencia: no conozco nada más digno y altivo que la conducta del venezolano frente a los ministros de Su Majestad británica.

Acepte usted, Señor Editor, mis cordiales saludos[81].

C. Parra Pérez.

---

[80] Véase *Miranda et la Révolution Française* (Librería Pierre-Roger).

[81] Como era de esperarse y según costumbre casi general de periodistas y escritores, M. Lucas-Dubreton no rectificó sus errores, y, como dicen sus compatriotas, *il s'en tira par une pirouette*.

MIRANDA Y LA REVOLUCIÓN EN EUROPA Y LAS AMÉRICAS[82]

Francisco de Miranda es uno de esos personajes, escasos en los anales humanos, a quienes su propio destino, arrojado en el revuelto mar de los sucesos, ha llevado a tomar parte importante y aun decisiva en actos originarios de un nuevo período histórico. Su caso es tal vez único si bien se mira, pues su conocida participación en las conmociones revolucionarias que provocaron la creación de los Estados Unidos, la caída de la monarquía francesa y la independencia de la América española hace de él una especie de lazo viviente que ciñe en haz luminoso aquellas tres manifestaciones del formidable movimiento. Su vida es como un espejo poliédrico en cuyas múltiples facetas pueden contemplarse, a voluntad, los variados aspectos de una época prodigiosa y terrible. Miranda es testigo inteligente y atento de acontecimientos transcendentales, actor y víctima del drama extraordinario que se inicia con las protestas de los colonos anglosajones contra impuestos ilegales y termina con la batalla de Ayacucho, último episodio del trastorno general, el más considerable de la historia después de la disolución del imperio romano y de la reforma religiosa predicada por Lutero.

Un criollo nacido en lejana ignorada colonia, que abandona su ciudad nativa para seguir en España la carrera normal de oficial del rey, compartida entonces entre la intermitente y oscura guerra de África y el tedio de guarniciones sedentarias, va a tomar parte en la vasta y triple aventura de cuyas peripecias saldrá el universo nuevo de que nos

[82] Estudio publicado en el *Boletín de la Unión Panamericana* (Washington, junio de 1933), con motivo de la inauguración del busto de Miranda en los salones de la Oficina.

habla Chateaubriand. Porque aquel venezolano es mucho más que el sujeto de novela, viajero incansable, diletante documentado, o irresistible Casanova que una leyenda pertinaz acuesta en lechos imperiales. La curiosidad que despiertan algunas acciones secundarias de esta vida, típica bajo ciertos aspectos románticos, hace muchas veces minorar la verdadera importancia histórica que presenta Miranda, no solo por su larga gestión emancipadora de las colonias de España, sino también por la influencia directa que fue llamado a ejercer en la guerra angloamericana y durante la Revolución francesa. Su nombre se ofrece a nuestra reflexión en ciertos momentos supremos, cuando el inequívoco influjo personal imprime orientaciones decisivas para la existencia de grandes pueblos. La consideración de tales momentos, el examen de las posiciones del héroe en circunstancias precisas tiene tanto interés efectivo para la historia que bien pueden, sin grave daño, abandonarse los atributos novelescos de aquel a los aficionados a componer historias maravillosas.

¿Cómo y por qué encontramos a Miranda envuelto primero en la guerra angloamericana y luego en la Revolución francesa? ¿Cómo vino a hallarse en situación de prestar a la causa de los insurgentes del Norte y a la causa de Francia servicios considerables? Por mucho tiempo escritores y cronistas hablaron de un aventurero voluntario, garibaldino, de un soldado de fortuna que corriera de uno a otro extremo del mundo brindando a todos los oprimidos su espada redentora. Imagen es esta que no encaja dentro de la realidad histórica ni corresponde exactamente al carácter efectivo de Miranda. Batióse el venezolano en favor de la independencia de los Estados Unidos en calidad de oficial español y a consecuencia de la guerra regular hecha entonces por España a Inglaterra, como se batió en favor de Francia a ruego del gobierno francés, a instancias de políticos franceses y mediante promesas formales que no fueron jamás cumplidas. En realidad fue voluntario de una sola causa: la independencia de la América latina. La experiencia de la guerra del Norte y las amistades que trabó poco después con altas personalidades de los Estados Unidos, como más tarde sus batallas en Francia y su influencia momentánea sobre algunos hombres de la facción girondina

no tenían utilidad a sus ojos sino en función de la suerte de su propio país. Pensacola, Amberes fueron hilos secundarios en la trama de aquella vida compleja a fuerza de ser simple, inmutable y una en su armoniosa diversidad. Y, sin embargo, el nombre de Miranda, inseparable de la historia latinoamericana, aparece también incrustado definitivamente entre acontecimientos de primera magnitud en la historia de los Estados Unidos y en la de Europa.

Edecán y consejero escuchado del general Cagigal en Cuba, el capitán Miranda participa activamente en las operaciones militares y políticas de los españoles contra los ingleses. Presente en el sitio de Pensacola, segundo jefe de las fuerzas hispanoamericanas en la conquista de Providencia, obtiene en recompensa el ascenso a teniente coronel. Más tarde, toma parte en el ataque de las Bahamas y conviene con el comandante británico los términos de la capitulación que entrega a España el archipiélago. Pero la operación decisiva de la guerra angloamericana fue sin duda la entrada de la flota de Grasse en la bahía de Chesapeake, que permitió ganar la batalla de Yorktown y con esta la rendición de lord Cornwallis. Y fue merced a los esfuerzos personales desplegados por Miranda en La Habana –Pownall lo confirmará a Pitt– como las autoridades españolas pudieron suministrar al almirante 35.000 libras esterlinas y los demás recursos que habilitaron la escuadra en tan graves instantes. Así, además de su participación en la campaña de Florida y Bahamas, el oficial venezolano aprovecha su influencia en el ánimo del gobernador de Cuba para organizar el abastecimiento de la flota francesa y hace cuánto está a su alcance para que cumpla su glorioso destino. Si la justicia efectiva existiera, sería necesario ir a buscarla en algún remoto rincón de la historia para que inscribiera a Francisco de Miranda en la lista de los hombres que cooperaron a fundar la federación norteamericana.

Muy luego deja el coronel su situación subalterna en el ejército español y, en espera de romper para siempre con su rey y su gobierno, recorre los Estados Unidos, estudia las instituciones, las costumbres y los campos de batalla, habla ya de la posible independencia de las

colonias hispanoamericanas con Washington, John Adams, Hamilton y Knox. Estamos en el comienzo de una serie de viajes que, de América, le conducirá a Inglaterra y a casi todos los países del viejo continente. Marcadas encontramos sus huellas en Alemania y Suiza, como en Rusia, Escandinavia y Holanda. El gran Federico le admite a sus célebres revistas. Protégele la gran Catalina. En Dinamarca sus certeras críticas inducen al gobierno a reformar el régimen de las prisiones. Un año pasa en Francia, incógnito bajo el nombre de conde de Meiroff, hidalgo livonio, según reza el pasaporte firmado de la propia mano de Luis XVI. En Zúrich, Lavater, el pastor fisónomo, consigna en versos admirables su diagnóstico sobre el viajero a quien "tan pocas cosas escapan", que "vive en el sentimiento de la fuerza", y que la naturaleza ha dotado en grado máximo de "resolución, energía, destreza y desdeñoso orgullo".

Años fecundos en enseñanzas son para Miranda los comprendidos entre la paz de Versalles y la toma de la Bastilla. Años de gestación durante los cuales se prepara el derrumbamiento del antiguo régimen, con el desarrollo de ideologías seductoras cuyo recóndito virus pondrá en peligro la civilización francesa y precipitará a Europa en una guerra inexpiable. Miranda, acechado por el ojo de la policía española, escribe en los periódicos, expone a reyes y poderosos su programa de acción en favor de la libertad de las colonias de ultramar. Su incansable propaganda caracterízale ya como una especie de agente viajero que toma para sí el encargo de lanzar al mercado de las ideas y de la política el trascendental negocio de la emancipación de América. Tal intensa labor produce como primer resultado muy considerable el despertar en el espíritu de los gobiernos europeos interés hacia aquellas colonias, tenidas hasta entonces como elementos secundarios en las combinaciones de cancillería.

En Londres, el coronel completa su conocimiento de las ideas inglesas, poniéndose en relaciones personales con los *leaders* políticos y los directores de conciencia de la opinión pública. Wilberforce, Cooper, Maitland, muchos otros, le inician en su movimiento humanitario, como los jefes *whigs* le reconcilian con los principios del liberalismo

a los cuales, en los Estados Unidos, le hemos visto preferir la sólida doctrina *tory*.

Por 1790 Pitt, en dificultades con España, toma la iniciativa –según informaba al gobierno ruso el conde Woronzoff– de entrar en contacto con Miranda. Principia entonces la negociación encaminada a obtener para las colonias españolas el apoyo moral y material de Inglaterra, negociación que debía durar, con el paréntesis creado por la permanencia del venezolano en Francia, veinte largos años y a cuya primera fase puso término el tratado angloespañol del Escorial. Miranda pretende arrancar a América al dominio de la Madre Patria, mas no entregarla a los ingleses. Su plan consiste, por entonces, en formar un Estado de constitución monárquica, con ayuda de Inglaterra, a la cual se acordarían ventajas comerciales, alguna base naval estratégica y, de ser indispensable, un pedazo de las colonias portuguesas del Brasil. No se trata de protectorado británico sino de alianza y amistad, en guerra y en paz. "No quiero tropas inglesas en nuestros territorios" dirá más tarde el negociador, aunque poco después, bajo la presión de las circunstancias, aceptará cooperar a la frustrada expedición de sir Arthur Wellesley. El oportunismo de Miranda se revela en esta ocasión, cuando, en pleno conocimiento de las tendencias del gobierno inglés, aconseja la monarquía como forma eventual de gobierno para el nuevo Estado. Y no es este el único ejemplo de realismo político que ofrece la carrera del hombre tan impropiamente calificado de ideólogo, en el sentido peyorativo de la palabra. Repárese, sin embargo, para correcto entendimiento de sus ideas constitucionales, que nunca Miranda dejó de preferir a cualquiera otro el régimen inglés y que su próxima experiencia de los desórdenes de Francia vino a robustecer sus ideas y preferencias.

Puede afirmarse que Miranda, en contacto con la Revolución francesa, perdió gran parte de su entusiasmo por las ideas abstractas de libertad y la rigidez de su candoroso doctrinarismo. Desde Londres había seguido con interés el desarrollo de los sucesos de Francia, y algunos testigos declararán más tarde ante el tribunal revolucionario que, amigo de Fox y de la oposición, mostrábase el venezolano adversario

decidido del fogoso Burke que, en nombre del tradicionalismo inglés, predicaba con vehemencia en sus libelos la cruzada contra la Revolución. En aquellos días Miranda discute con Talleyrand los méritos de la Constitución de 1791 y declara al célebre diplomático que la presencia del rey en el trono es incompatible con la libertad francesa. Ni futuros girondinos ni futuros montañeses parecen todavía pensar en la república, cuando ya Miranda la estima, para Francia, deseable y necesaria. Es la época en que Brissot, Buzot, Isnard y aun Vergniaud son estrictamente constitucionales, es decir, monárquicos; en que Saint-Just proclama que la monarquía es la sola forma de gobierno que convenga a una gran nación, en que Robespierre acusa a la Asamblea de usurpar el poder real, en que Danton, puestos los ojos sobre el duque de Chartres busca un "rey revolucionario". Miranda, en cambio, jacobino de izquierda sin haber pasado aun por el club, juzga híbrido y nada viable el sistema que arranca su corona a Luis XVI para calarle el gorro frigio, que reemplaza por la popular la unción de Reims y se empeña en conservar la sombra de la majestad real desaparecida en la tormenta.

Bien provisto de sus ideas republicanas y en la primavera de 1792, entra el venezolano en relaciones íntimas con los girondinos que, para entonces, dominan en los consejos del rey y agitan la opinión pública con su proselitismo demagógico. Para aquel, en tal momento y en Francia, república y libertad son sinónimas. A la libertad rinde culto ingenuo de humanista imbuido de literatura y de historia, ajeno todavía a la áspera lucha con las realidades, virgen de duras experiencias. Su república es la de Atenas vista a través de Tucídides, o más aún la de Roma leída en Livio y Tácito. "Que yo me haya unido a los defensores de la libertad –escribe al conde Woronzoff– no debe admiraros, pues sabéis que es mi divinidad favorita y me he consagrado a su servicio mucho antes de que Francia pensase en ocuparse de ella". Ocho años después, habiendo escapado por milagro a la guillotina, expulso del país que defendiera con bravura contra el enemigo extranjero y al cual dio su amor de buen ciudadano, Miranda saluda el advenimiento del cesarismo de Bonaparte como "la vuelta de la Revolución a sus principios

originales", y consagra con esta fórmula elegante e inexacta –empleada también por el Primer Cónsul– el renunciamiento definitivo a las ilusiones del 92. A decir verdad, no es extraño que la Constitución consular y el gobierno personal inaugurado el año VIII agradaran al antiguo jacobino, pues las bases de la primera y los métodos del segundo no diferían sensiblemente de los expuestos por él mismo, en julio de 1795, en su notable escrito sobre los males de que sufría la República y sus remedios posibles.

Pero antes de entregarse al genio constructivo de Bonaparte, la Revolución va a realizar una serie de devastaciones en la economía interna de la nación francesa y, por la insensata política de Brissot y sus amigos, a ensangrentar a Europa durante un cuarto de siglo. Enorme, extraordinaria epopeya en que todas las energías de un gran pueblo se tienden desmesuradamente para la defensa nacional cubriendo con el esplendor de los triunfos militares los excesos del Terror y las convulsiones anárquicas. Miranda, y tampoco esta vez por propia iniciativa, entra de lleno en la acción revolucionaria a la cual aporta su contribución política y guerrera, toma por un instante figura de jefe militar de una facción poderosa, para ser después acusado, preso y, por último, proscrito. No economizará hasta entonces las críticas al pueblo francés, cuya ligereza aparente de carácter chocaba a su personal y exagerada circunspección, proclamando, por otra parte y a pesar de su respeto por la antigüedad latina, lo que hoy llaman superioridad de los anglosajones, al menos en materia política. No obstante, vémosle adoptar lealmente el programa de la Revolución y entregarse al servicio de Francia, contra Inglaterra y contra Europa. Es porque el venezolano espera que el triunfo de la Revolución y de las teorías que la inspiran creará en el mundo atmósfera propicia a la independencia de las colonias españolas y le dará, personalmente, la posibilidad de realizarla: "Pero –agrega en su citada carta a Woronzoff– lo que me ha inducido más fuertemente todavía (a alistarse en Francia) es la esperanza de poder un día ser útil a mi pobre patria que no puedo abandonar". Tal es la razón primordial por la cual Miranda consiente en combatir por la Revolución. No solicita empleo; el

gobierno se lo brinda, más aún, insiste para que lo admita. "Yo le rogué vivamente –dirá el general Servan, ministro de la Guerra– que ayudase a Francia con sus talentos...". Y el propio Miranda: "Acepté en 1792 el honorable empleo que me fue ofrecido, con instancias reiteradas, de defender contra la liga de los déspotas la libertad francesa".

Nombrado general de la república, el excoronel de Su Majestad Católica, no se muestra inferior a las responsabilidades que asume. El 12 de septiembre, ocho días antes de Valmy, bate al conde Kalkreuth en Briquenay, y es allí donde por vez primera los soldados del rey de Prusia ceden el campo a las tropas del nuevo régimen. Casi al mismo tiempo Stengel, otro extranjero también alistado en Francia, rechaza en Saint-Juvin los ataques de Hohenlohe. Poco después, Miranda salva el ejército desbandado por el pánico de Montcheutin y lo concentra en Wargemoulin: fue sin duda aquel, secundado por Stengel y Duval, quien preservó la fortuna de esta campaña decisiva. Muy luego el cañoneo de Valmy y la subsiguiente retirada de Federico Guillermo abrieron a los franceses el camino de estupendas y repetidas victorias.

Mientras tanto Brissot, momentáneo factótum de la política exterior de la Revolución, proyecta sublevar las colonias latinoamericanas y trabaja para que se dé a Miranda el mando de una expedición a Santo Domingo. A insinuación suya, el Consejo ejecutivo pide al general que vaya a discutir el grave asunto, en París, con su comité diplomático. No busca Miranda abatir la dominación española para entregar el imperio al extranjero; su plan, repetimos, consiste en independizar al continente, no en que este cambie de dueño. Además, comienza a inquietarle el desenvolvimiento que toman las ideas en Francia, pues, aun en aquellos momentos el venezolano es, en el fondo, una especie de conservador autoritario a quien repugna hacer concesiones a la anarquía. Por estas razones, a las cuales juntáronse acaso otras de índole personal, esforzóse el general con buen éxito en disuadir al gobierno de la expedición a América. A causa de su feliz oposición de entonces, aquel podrá decir más tarde que había librado a las colonias de la "influencia fatal del sistema francés".

Comandante del ejército que expugna la fortaleza de Amberes y conquista el ducado de Clèves y la Güeldres prusiana, tocó a Miranda ejecutar uno de los actos más importantes de la Revolución en los Países Bajos: la apertura del Escalda al tránsito internacional. "No hay más obstáculos a la navegación –escribe el general al ministro de la Guerra– como no había hace doscientos años, excepto la injusticia y la tiranía holandesas". Agrega, sin embargo, que el arreglo definitivo de esta cuestión política deberá obtenerse por negociaciones entre Francia y Holanda. La Convención escuchó en sesión pública la lectura de los despachos que relataban la rápida marcha del venezolano hasta Roermond, tras el enemigo en derrota, a la cabeza de los soldados franceses que "llevaban todos la patria en el corazón y la libertad en el alma".

Vienen luego las funciones temporales de general en jefe de los ejércitos de operaciones en Bélgica, que el Consejo ejecutivo le confía por orden de 5 de enero de 1793, y que Miranda desempeña con su actividad característica, elogiada por Jomini, crítico militar incomparable. Entretanto, su importancia política crece a tal punto que, en la Convención, el escrutinio para el nombramiento de un nuevo ministro de la Marina arroja en su favor mayor número de votos que los obtenidos por Bougainville, d'Estaing y otros ilustres marinos franceses. Los meses de enero y febrero de este año marcan el apogeo de la carrera del general en la Revolución.

Pronto, por desgracia, ábrese un período de desastres imputables sobre todo a Dumouriez y en los cuales corresponde también grave responsabilidad al general Valence, su segundo. Miranda, que ha recibido orden de atacar a Mäestricht con fuerzas manifiestamente insuficientes, se ve obligado a retirarse por la derrota que sufre La Noue en Aldenhoven: las tropas francesas reculan precipitadamente hacia Lovaina, picadas por los enemigos que salen al fin de su larga inacción. En medio del desorden general –los documentos lo demuestran de manera irrefutable– Miranda conserva la calma, salva su cuerpo de 12.000 hombres, "suple" a Dumouriez que guerrea en Holanda, contribuye más que nadie a reorganizar el ejército entero cuya destrucción cree

Valence inevitable. El comandante en jefe le escribe: "Yo lo veía todo perdido si vos no me hubiéseis tranquilizado sobre vuestra posición y el espíritu del ejército; la carta de Valence, sobre todo, me desesperaba".

En Neerwinden Dumouriez tienta locamente la fortuna y contra toda prudencia lanza sus regimientos al asalto de posiciones inexpugnables. Miranda, comandante del ala izquierda, que ha ensayado disuadir de su empresa al general en jefe, pelea bravamente y deja 2.000 de sus soldados en el campo de batalla. En la nueva retirada, que el venezolano tiene mandato de cubrir, ocurren bajo sus inmediatas órdenes los porfiados combates de Pellemberg, que historiadores poco escrupulosos han escamoteado hasta ahora del haber militar del general extranjero.

Pero Miranda ha rehusado, único de los grandes jefes, secundar a Dumouriez en el proyecto de derribar la República, y ante los comisarios de la Convención el rencoroso tránsfuga echa la responsabilidad del fracaso militar sobre las espaldas de su teniente. El diálogo decisivo entre los dos generales, vaciado en molde romano, según la pedantesca moda de la época, es de sobremesa:

—Es necesario –dice Dumouriez– ir a París con el ejército para restablecer la libertad: estoy decidido a pasar el Rubicón.

—Creo el remedio peor que el mal –responde Miranda– y ciertamente lo impediré si puedo. No sois César ni el ejército francés está compuesto de las legiones del vencedor de las Galias; si se sospechase que abrigáis tal propósito, los soldados os responderían a tiros y sablazos.

—¿Os batiríais contra mí, Miranda?

—Es posible, si os batís contra la libertad.

—¿Seríais, entonces, Labieno?

—Labieno o Catón, me hallaréis siempre del lado de la República.

Absuelto por el tribunal revolucionario, coronado de laureles por la turba aclamadora que le lleva en hombros a su domicilio, Miranda termina, sin embargo, desde aquel instante su papel activo en la

Revolución. Sin tardar, enciérrale de nuevo en sus calabozos la tiranía de Robespierre, y solo Termidor le salva del cadalso. Sufre, en Vendimiario, injustas, inexplicables persecuciones. Víctima por último de la represión de Fructidor, el general se refugia en Inglaterra, ya decidido a cerrar su libro de Europa y a terminar aquel volumen de América, de que le hablara más tarde el coronel Smith, edecán de Washington, y en el cual están escritas algunas de las páginas más interesantes de la historia de nuestro continente. Recomienza la carrera del Precursor. De su contribución al movimiento de las ideas durante la Revolución francesa, sobre todo, de los servicios efectivos y honorables que en el campo de la guerra prestó a Francia, cuyos soldados mandó en jefe ante el enemigo, apenas queda, con la inscripción de su nombre en el Arco de Triunfo de la Estrella, un recuerdo esfumado, que relega hacia la penumbra cómplice la mayoría de los historiadores franceses, acaso secretamente incomodados por la irrupción de aquel extranjero importuno en los gloriosos anales de su nación.

Es en el "volumen de América" donde se hallan los títulos que hacen imperecedera la memoria de Miranda. Abandonada para siempre la política interna de Francia, rica en desilusiones, el incansable agitador reanuda sus negociaciones con Londres, ábrelas con Washington y tiende los hilos de su intriga en torno del vasto cuerpo del imperio español. Mientras, ante los ojos admirados de Europa, se desarrolla fulgurante la parábola cesárea y se transforma la sociedad, en medio al choque de las armas y en el dolor universal, labora el venezolano por la independencia de América, indiferente a cuanto no sea aquella idea que se ha fijado en su cabeza con la perennidad de las obsesiones exclusivas. Las naciones como los hombres, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Pitt, Wellington, Napoleón, no tienen para él importancia sino en cuanto puedan ayudar, en una u otra forma, al magno designio libertador. México, Buenos Aires, Lima y Santa Fe significan, en la combinación del esfuerzo, tanto como Caracas, la ciudad natal cuyos felices habitantes guardan, bajo la azul serenidad del cielo, imprevistas reservas de heroísmo. Miranda es el animador del patriotismo latinoamericano

que reemplaza, cuando se derrumba la monarquía, al patriotismo español e imperial. Habla aquel a sus diversos agentes idéntico lenguaje, dirígese al "Continente Colombiano" por órgano de cada una de sus provincias: su revolución es una, como son unos la historia, el porvenir, el interés de nuestros pueblos. Es el federador de las actividades comunes, el instigador supremo del movimiento ordenado y simultáneo contra la Corona impotente o usurpada. El antiguo agente viajero de la libertad entabla gestiones directas en casi todas nuestras capitales, por medio de correspondientes que aglutinan las voluntades deseosas de independencia, determinando, al presentarse circunstancias favorables, el sincronismo de los trastornos revolucionarios que, de México al Plata, quebrantan el imperio. Tal es el doble papel histórico y político del personaje sobre el cual la posteridad, al fin mejor informada, trata hoy de decantar sus juicios.

Agente viajero propagandista, investido, además, de propia autoridad y en la acefalía colonial, con la representación diplomática de las provincias, órgano de coligación entre estas, Miranda aparece ante la América latina en posición única y singular que justifica el título de Precursor, el cual solo cede en dignidad al máximo de Libertador dado por los pueblos a Bolívar.

En la lucha por la independencia del continente ejerce Miranda las cualidades que tiene de su naturaleza excepcional: perspicacia, profundidad de espíritu, elocuencia, fértil imaginación y, sobre todo, constancia que nada desalienta, que los obstáculos excitan y tonifican. No hay ejemplo, hasta los días fatales de 1812, de que "el hombre más maravillosamente enérgico" que James Lloyd dijera haber visto, desesperase de su causa. Para apreciar el temple de aquel carácter y su tenacidad en el propósito, es menester seguirle paso a paso en sus negociaciones para obtener que el gobierno británico auxilie la empresa, o tolere los cautelosos manejos que España vigila y periódicamente denuncia; en sus esfuerzos para inducir a los norteamericanos a abandonar el aislamiento y neutralidad y acoger como propia la política de una América española independiente y libre; en la querella con sus compatriotas

mismos, cuya inmensa mayoría permanece fiel a la monarquía y cuyos jefes criollos, además, abrigan invencible desconfianza de aristócratas hacia el hijo del mercader de Canarias. Catorce años solicita la amalgama o transformación de tan heterogéneos y aun opuestos elementos, indispensables, en su concepto, para nuestra independencia: intereses de Inglaterra, intereses de los Estados Unidos, voluntad de los colonos en las relaciones con la Madre Patria. Fue después de su muerte cuando pudo cumplirse la cooperación de las fuerzas que el pertinaz obrero se empeñó en suscitar y aprovechar.

El acta o convención firmada en París, el 22 de diciembre de 1797, por la cual Miranda y otros dos latinoamericanos asumen la representación de las colonias y se encarga el primero de negociar en nombre de estas con el gabinete británico, define también la política del Precursor. La alianza entre la Gran Bretaña, los Estados Unidos y las provincias de la América española constituidas en países soberanos es, en su sentir, "la sola esperanza que queda a la libertad audazmente ultrajada por las máximas detestables profesadas por la Revolución francesa" y el único medio que exista "de formar una balanza de poder capaz de contener la ambición destructiva y devastadora del sistema francés". Comercio libre, apertura de canales en Panamá y Nicaragua, cesión eventual de algunas Antillas son, en términos generales, las ofertas que Miranda cree pueden hacerse a ingleses y norte-americanos en cambio de su concurso y amistad.

Grenville, de influencia preponderante en el gabinete, opone calculada inercia a las sugestiones mirandinas, porque el noble lord teme que Inglaterra arroje por completo a España en la órbita de Francia, si la ataca en el continente americano. Ejecuta, no obstante, operaciones de detalle la precavida Albión y ocupa la isla de Trinidad, base cómoda para inquietar a los establecimientos de Tierra Firme y preciosa provincia perdida desde entonces para la futura República de Venezuela.

Rufus King transmite por su lado a los Estados Unidos aquellas sugestiones, y varios agentes de Miranda cruzan el Atlántico con encargo de propagar la agitación, aconsejando al propio tiempo a los criollos

que no adopten "el sistema jacobino o principios que harían de la libertad una tumba en lugar de una cuna, como lo demuestra toda la historia de la Revolución francesa". Si el venezolano da aquí libre curso a sus rencores contra las gentes que le han expulsado de París, más que nada trata de tranquilizar a sus contingentes aliados sobre las consecuencias políticas eventuales de la rebelión de las colonias. Tal criterio inspira en lo adelante las negociaciones, que se prolongan hasta 1810. Queda roto el lazo moral y espiritual con Francia y los recuerdos de 1793 solo causan adversión. En cuanto a la maravillosa aventura napoleónica, tendrála el antiguo general *sans-culotte* por simple usurpación, reinado de dolo y tiranía.

A dura prueba sometióse la constancia del Precursor con el malogro de su expedición de 1806, debido a la hostilidad de los colonos a la fuerza libertadora, y también a falta de apoyo activo por parte de las autoridades navales británicas. El fracaso de Coro probó que los habitantes de la Capitanía, las clases elevadas tanto como el bajo pueblo, entendían mantener la integridad de la monarquía contra las tentativas de quien, según la hábil propaganda de los españoles, era un tránsfuga extranjerizado, agente sucesivo de los revolucionarios de Francia y del gabinete de Londres. Los sentimientos de la oligarquía venezolana cambiaron totalmente en los años subsiguientes respecto del problema de la independencia, mas no respecto de la persona de su campeón y la oposición encarnizada que este encontró después en Caracas fue la causa principal de nuestra ruina en 1812.

Preparaba el gobierno inglés, en 1808, una expedición a las provincias del centro y del norte de la América española y Miranda, de vuelta a Londres, ayudaba con sus consejos a sir Arthur Wellesley, cuando estalló, por mayo, la sublevación de Madrid contra los franceses. Inglaterra cambia entonces súbitamente de política: las tropas destinadas a América desembarcan en Portugal y sir Arthur, a su cabeza, inicia la terrible campaña que concluirá por arrojar de la Península a los soldados de Napoleón. El futuro vencedor de Waterloo dirá mucho más tarde a lord Stanhope: "Pienso que no he cumplido nunca tarea más difícil que

la de decir a Miranda, por encargo del gobierno, que abandonábamos su plan". Indecible fue la cólera del Precursor al recibir la confidencia, y Wellesley debió esperar con paciencia que aquel recobrase la calma para continuar la conversación. Ratifica Miranda en la ocurrencia su posición clara e inequívoca: a la invitación que se le hace de acompañar a sir Arthur da respuesta negativa, porque no debe batirse contra los franceses, sus antiguos compañeros de armas y porque –ya lo dijera a Pitt 18 años antes– no quiere mezclarse en los asuntos de España en Europa. Por otra parte, muéstrase adversario decidido de cualquiera idea de conquista en América, condena el ataque de Buenos Aires, exalta la gloria de Liniers y del pueblo de aquella ciudad que rechazaran la invasión: "Soy y seré perpetuamente –escribe a un correspondiente argentino– el defensor encarnizado de los derechos, libertades e independencia de nuestra América". El supuesto instrumento de Inglaterra censura agriamente la artera política de Londres y predica con ardor el "sacro egoísmo" latinoamericano: "Es necesario evitar –dice al marqués del Toro– que se nos envuelva en este conflicto y que se transporten al continente colombiano las calamidades de la guerra: aprovechemos para librarnos del extranjero".

El 19 de abril de 1810, Caracas echa por tierra la autoridad real y, con la formación de su Junta Suprema, abre el período decisivo de la revolución continental. En diciembre Miranda, al cabo de 40 años de ausencia de su ciudad natal, desembarca en las costas de la patria. Va a cumplirse el ineluctable destino, la evolución normal de los sucesos hacia la independencia de Venezuela, en cuya declaración influye más que ningún otro el general por su acción perseverante en la Sociedad Patriótica y en el Congreso.

La crítica completa y suficientemente documentada de la época que conocemos con el nombre de Primera República de Venezuela está aún por escribir y es probable que se halle solo planeada entre los papeles de algún aficionado o historiador imparcial. Puede decirse que, hasta ahora, los elementos de un juicio sobre la obra de Miranda en Caracas vienen siendo más utilizados por el sentimiento que por el raciocinio

y de allí la gama de opiniones que va desde la detracción pura y simple hasta la desdeñosa indulgencia. No quiere esto decir que hayan faltado laudables conatos de escritores venezolanos para encaminar el criterio de la posteridad hacia la apreciación equitativa de hombres y de hechos; pero las páginas consagradas al citado período, sobre ser cortas, permanecen en una semioscuridad difícil de escrutar, por contraste con las que inmediata y magníficamente ilumina la incomparable epopeya de Bolívar.

Miranda es y debe ser, sobre todo, el hombre del 5 de Julio, consecuencia grandiosa de sus trabajos por la libertad. Aquel día entra en la historia la República, destinada a templarse en la sangre de innumerables combates. ¿Qué importa que, en la tremenda lucha, caiga primero en La Victoria, luego en La Puerta o en Urica si, cada vez, se levanta más temible y decidida, manejando el Libertador su espada? Capitulación, batallas perdidas, reconquistas de Monteverde, Boves y Morillo, anarquía, rebeliones, cadalsos son accidentes de una tragedia de desenlace inevitable, previsto porque el 5 de Julio Venezuela nació inmortal.

Roma, enero de 1933.

EL BALANCE DE LA REVOLUCIÓN[83]

El señor Aulard escribe que los hombres de 1789 legislaron para los franceses y para su tiempo y no como se afirma, para la humanidad y para los siglos. Quiere así el historiador defender a los revolucionarios del reproche de haber perdido el contacto con las realidades y extraviádose en el doctrinarismo y la ideología.

Tendría razón si los legisladores del 89 se hubiesen limitado a registrar y codificar los desiderata contenidos en los memoriales preparados con ocasión de los Estados Generales, que enumeraban las verdaderas reivindicaciones del pueblo francés, correspondientes a necesidades puramente francesas. Mas no sucedió así y los declamadores de la Constituyente obraron como apóstoles humanitarios y entendieron, en su sonora ingenuidad, establecer la Ley eternal. Por lo demás, el señor Aulard toma un camino peligroso y cabe preguntarle qué nos deja de la leyenda y del prestigio revolucionarios si arrebata a la Revolución la tendencia y el carácter llamados universales.

Espíritus muy diversos, de opiniones filosóficas diferentes sobre el conjunto de los hechos que juzgan, pertenecientes a escuelas políticas e históricas opuestas, llegan sobre este punto a conclusiones idénticas. Durante cien años, la ilusión latina se ha nutrido de la torpe y sangrienta superchería de 1793. La Revolución francesa nada inventó: ni la república y la democracia, que vienen de Grecia; ni la noción jurídica de la

[83] Capítulo final de una obra inédita del autor titulada Lecturas sobre la Revolución francesa. Fue publicado en *El Universal* hace más de diez años y se reproduce aquí porque sirve de complemento y resumen a ciertas ideas enunciadas en los artículos que acaban de verse.

soberanía del pueblo cuya esencia se desprendía ya de las funciones conjugadas del senado y de los comicios romanos; ni la libertad civil y el parlamento, que son de origen inglés; ni los derechos del hombre, cuya fórmula se debe a los congresistas de Filadelfia. La Revolución contribuyó, sí, poderosamente a la propagación de tales ideas. Taine creía que el espíritu clásico, propio de los franceses, había sido la causa principal del gran movimiento. Ahora bien, el profesor Albert Mathiez nota que Taine "no parece advertir que dicho espíritu reinaba para aquella época en toda Europa y que Europa nos lo enviaba". Entonces, ¿al diablo el nacionalismo revolucionario? ¿Fue acaso la Revolución francesa un fenómeno universal, o por lo menos europeo, que se manifestó en Francia, pero que hubiera podido manifestarse en cualquiera otro país? Mathiez encuentra siempre placer en contradecir a Aulard y se atreve a discutir aquí uno de los títulos más preciados que se haya dado la Revolución. Si nos situamos en su punto de vista, concluiremos que aquella no fue tan exclusivamente francesa como lo dicen quienes atribuyen a una riada del Sena el diluvio universal.

Sea lo que fuere, la Revolución se presenta como un acontecimiento histórico de inmensas consecuencias, que es necesario tomar en cuenta. Y, sin embargo, hay escépticos que piensan que en la época actual se goza apenas de un poco de libertad, en la dosis compatible con las imposiciones de una sociedad civilizada, y de un poco de igualdad, por lo menos teórica, sin que, por otra parte, exista ninguna fraternidad. Además comiénzase a decir que hay antinomia entre las consecuencias de la libertad y el deseo de la igualdad, porque la libertad conduce forzosamente a la desigualdad. Mr. Murray Butler da sin duda pruebas de gran osadía al proclamar estas conclusiones en Ginebra, ciudadela democrática. La verdad es que viene procediéndose a una severa revisión de los valores revolucionarios, pero tal revisión determinada por numerosas causas, que utiliza métodos diversos y abarca los dominios de la filosofía, de la política, de la sociología y de la economía, es operación demasiado compleja que solo puede bosquejarse en este lugar.

Las proporciones del vasto trastorno no escaparon a los contemporáneos atentos, aunque algunos de ellos no se dejaran engañar por el charlatanismo a la sazón imperante. "No se trata ahora –escribía Mallet du Pan– de constitución, de libertad, de leyes, de antiguo o nuevo régimen, de nobles o de pecheros, de monarquía o de república. La Revolución ha excedido a todas las perturbaciones que llenan la historia vulgar de los pueblos". La Revolución se prolonga: el movimiento político y literario del mundo latino en el siglo XIX proviene de ella, nuestras teorías del Estado y del individuo de ella se originan. Para el francés, 1789 representa, con la difusión de las ideas, la libertad de la persona, del pensamiento y del trabajo, la seguridad de los bienes. Pero gran parte de esto existía en Francia y todo esto existía en Inglaterra y en los Estados Unidos. En Prusia la libertad civil era casi ilimitada. El francés debe a su revolución un beneficio cierto, porque ella acabó la liberación de la pequeña propiedad: es lo que Michelet llama la conquista de la tierra por el trabajador[84]. Un beneficio de esta índole será, probablemente, lo que ganará el ruso con su bolchevismo, suerte de ideología marxista aplicada por mongoles. En realidad, al decir de Albert Vandal, la Revolución cortó los destinos de Francia y dejó suspensos los problemas políticos y sociales que, al cabo de más de un siglo, esperan solución.

---

[84] Hace poco, en *Le Temps* de 30 de mayo del presente año, escribía el profesor Joseph Barthélemy, demócrata y radical, uno de los publicistas y juristas más notables de la Francia actual: "La Revolución no inventó la pequeña propiedad. La desarrolló, amplió, multiplicó y nos dio así esta clase campesina que, a despecho de cuantos persistentes esfuerzos se han acumulado para desalentarla y corromperla, es todavía hoy la pieza más sólida de la armazón de nuestro pueblo... Las aportaciones reales de la Revolución son bastante substanciales y es inútil inflarlas artificialmente".
Por esta misma fecha efectuóse en París una reunión del Círculo Fustel de Coulanges, en la cual los profesores Louis Dunoyer, de la Sorbona, y Fallot, del Colegio de Francia, y M. Peyron, del Instituto Pasteur presentaron sucesivamente un conjunto de hechos incontrovertibles para demostrar cómo, al contrario de lo que se ha afirmado, la Revolución no innovó en materia de ciencias. Así, por ejemplo: la Academia de Ciencias fue fundada por Luis XIV, la Oficina de Longitudes existía, con otro nombre, desde 1679, el sistema métrico se usaba hacía tiempos. "Respecto de instituciones científicas –concluyó M. Dunoyer– la Revolución casi no hizo sino destruir, para restablecer bajo otra forma no preferible". Según M. Fallot, la Francia revolucionaria "ignoró" a Condorcet y a Lavoisier. Yo agregaré que, en realidad, la Revolución hizo algo más que ignorar a estos dos sabios puesto que guillotinó a uno y obligó al otro a suicidarse. (Nota de 1939).

Aparte de las innovaciones sociales, la Revolución revistió un carácter de misticismo religioso que escapa a la inteligencia y cuya influencia sobre la psicología de los pueblos es todavía considerable. Fue una nueva religión que comenzó por tratar de convertir al mundo y concluyó por convertirse en una empresa de patriotismo agresivo. El Panteón se transformó en santuario, Marat en dios, Pitt y Goburgo en demonios. Nuestra época desea sacudir el yugo de esa iglesia, pues nos hallamos aún bajo la tiranía del *Contrato Social*, de que habla Taine, la tiranía del dogma reinante.

Se ha dicho: la Revolución es un bloque y es necesario aceptarla o combatirla como tal, con la totalidad de sus hechos, buenos o malos. Habría entonces que alistarse por fuerza en uno cualquiera de los bandos en que estrechos doctrinarios han repartido a los militantes de la política y a los especuladores en filosofía y en historia: el bando de los que quieren el progreso o el bando de los reaccionarios, de los que viven en medio de restos de una tradición definitivamente abolida. La Revolución es un bloque: he allí una imponente necedad. El doctor Le Bon trata de disociar ese bloque, situándose en un punto de vista psicológico: es menester disociarlo también desde el punto de vista político. El discernimiento es posible, sin polémicas estériles ni solemnes fulminaciones. Sobre la Revolución no puede haber un juicio, sino varios juicios[85].

---

[85] Uno de los pontífices del radicalismo jacobino en Francia quien es al mismo tiempo historiador e ilustre hombre de letras, Édouard Herriot, decía en Versalles el 6 de marzo de 1939, en su discurso conmemorativo de la Revolución: "Y he aquí, pienso, una segunda verdad. No acepto, por mi parte, decir que la Revolución es un bloque. Cometió errores, faltas, ¡peor todavía! Los mutuos odios de los hombres pusieron trabas al movimiento de las ideas. Robespierre consultó con demasiada frecuencia la sombra irascible de Rousseau. La ejecución de Bailly o de Lavoisier ¡qué inútil barbarie! Cerca del palacio donde estamos reunidos un adorable poeta, heredero directo de Racine, cree poder escapar a las tempestades de París. Día vendrá en que André Chénier perderá su cabeza en el cadalso. ¡Qué duelo!". Y al celebrar la famosa noche del 4 de Agosto en artículo publicado en *Paris-Soir*, el 21 de mayo de este mismo año de 1939, Herriot escribe: "A pesar de la fórmula célebre puesta en circulación por Clemenceau, la Revolución no es un bloque. Ella tiene de excelente y de detestable. Si se quiere sacar de ella para el porvenir las enseñanzas necesarias, importa distinguir sus diversos elementos. Personalmente, no me exalta la toma de la Bastilla. La operación dirigida contra esta fortaleza por el pueblo tuvo sobre todo valor simbólico. El 14 de julio de 1789 se encontraron allí siete prisioneros, de los cuales un demente y cuatro falsarios. Los calabozos que se suponía llenos de instrumentos de tortura no existían, o no existían ya". (Nota de 1939).

Los Goncourt sufrían en su delicadeza literaria al considerar aquella fiebre de destrucción y locura que se apoderó de Francia bajo el bacilo jacobino. Según ellos, el esfuerzo de los republicanos del año II tiende a destruir la civilización, a conducir veinticinco millones de franceses al estado de naturaleza, a una democracia inculta y primitiva: "Los arcontes de la república sienten entonces, como Voltaire cuando leía a Rousseau, deseos de marchar en cuatro patas". En efecto, el espectáculo de tales insanias lastima el sentido artístico e impresiona penosamente al hombre de buen gusto. Todo esto, dirá Maurice Barrés, es una abominable regresión. Y Albert Vandal: un fenómeno de regresión brutal. Cuantos han escrito sobre los estragos causados en la vida interior de los franceses por el vandalismo revolucionario, enseñan cómo el populacho enemigo de la belleza y del arte, que creía aristocráticos porque estaban fuera de su alcance, pilló y demolió cuanto pudo.

En resumen, lo que queda, lo que podía quedar de la Revolución, en materia civil y administrativa, se obtuvo desde 1789 y fue consolidado diez años después por Bonaparte. El período comprendido entre 1790 y el Consulado está lleno de destrucciones, de violencias, de viejas teorías remozadas en discursos embaidores. Ese período representa la más sorprendente tentativa que un pueblo haya hecho para aniquilar su patrimonio nacional y zambullirse en la miseria de las edades bárbaras.

Alguna vez Taine, conocedor de la historia egipcia, quiso ver el cocodrilo. Detrás del velo halló la bestia sagrada, la comedora de hombres, la implacable exterminadora. Estudió entonces esta religión, examinó sus dogmas, desmontó el mecanismo de sus métodos, precisó sus fines, totalizó sus resultados. Luego escribió un libro para desgarrar el velo, expulsar la bestia y derribar el templo. Tal libro que contiene la patología de la Revolución, está destinado "a los amigos de la zoología moral, a los naturalistas del espíritu, a los que solicitan verdades, textos y pruebas y no al público, que tiene una opinión hecha sobre la Revolución". Porque ¿cómo sería posible enseñar verdades a un público persuadido de que "los cocodrilos eran filántropos, de que muchos de ellos tenían genio, de que no devoraron sino culpables?".

Taine escribió esas páginas en Menthon-Saint-Bernard. La pureza del cielo, en julio, el cuadro maravilloso formado por las montañas saboyanas, el lago azul insinuándose en las ensenadas florecidas de Doing y de Talloire, o deslizándose hacia el rincón de ensueño donde levanta sus viejas casas Annecy, ¡cómo escoger otro sitio para reflexionar en calma sobre la roja tempestad del pasado! Y, sin embargo, aquella alma de poeta debió de hacer un esfuerzo para consagrarse, en la paz feliz de los parajes, al rudo oficio de fiscal general, de disector de cadáveres históricos. Taine marca la bestia con el hierro candente: la bestia corcovea, el señor Aulard protesta, los herederos de los virtuosos y sensibles jacobinos, los nietos de los grandes abuelos denuncian la reacción y entonan la retahíla de lugares comunes sobre la libertad, la igualdad y los derechos del hombre: bajo el hierro candente, el cuero de la bestia chirría.

MIRANDA Y LA INDEPENDENCIA DEL BRASIL[86]

Fue leyendo una obra de M. André Fugier: *Napoleón et l'Espagne*[87], como dimos con una referencia a ciertos papeles sobre Miranda existentes en los archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros de Lisboa. Nuestro querido amigo el Excmo. Sr. D. Alberto d'Oliveira, ministro de Portugal ante la Santa Sede, tuvo a bien servirnos de intermediario para obtener el expediente cuya copia dispuso el conde de São Payo, joven diplomático, funcionario del citado Ministerio. A entrambos queremos expresar aquí cordial reconocimiento.

El conde de São Payo, en la nota informativa que se sirvió comunicarnos, critica somera y acertadamente los papeles y, con prudente criterio, deja pensar que esta historia de expedición libertadora al Brasil en 1806 fuera tal vez una simple treta para sacar dinero al gobierno portugués. No es imposible que así haya sido, mas creemos que vale la pena extractar los documentos, a reserva de publicarlos después íntegramente y confiando a los estudiosos lusitanos y brasileños el cuidado de ahondar en el asunto y, con datos complementarios, poner en claro su verdad. Debemos, sí, adelantar que aquel proyecto no parece inverosímil y que cuanto sabemos de la incansable y múltiple actividad de Miranda, de su concepto de la unidad de intereses del continente americano puede autorizarnos a suponer que la denuncia hecha a Sousa Coutinho tenía algún fundamento. A ese criterio obedecen las pocas observaciones que

---

[86] Publicado en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Nº 73, Caracas, enero-marzo de 1936.

[87] Vol. II, p. 63, nota 2.

encuadran los fragmentos que ahora traducimos. Que los eruditos establezcan la identidad de Archibald Campbell, de Jennings, de Rawson y digan si efectivamente una expedición estuvo a punto de partir de Liverpool para el Brasil, de acuerdo con conspiradores existentes en este país y en combinación con el ataque de Miranda a Venezuela.

El expediente consta de dos partes. La primera está formada por cartas de Campbell a Domingo Antonio de Sousa Coutinho, ministro de Portugal en Londres, en las cuales se descubren los principios de la conjuración y se insinúa que, mediante pago del servicio, podría revelársela completamente. La segunda parte se compone de notas de otro intermediario, Rawson, quien capta la confianza de Jennings, principal correspondiente de Miranda. Campbell es un negociante de Liverpool que comercia con África y América y allí viaja. Pide 2.500 libras esterlinas como precio de su denuncia: se trata –dice– de dos expediciones, una al Brasil, otra a Venezuela, esta bajo las órdenes directas de Miranda. Campbell asegura haber entrado con 2.500 libras en la primera y 2.100 en la segunda y, con la traición, quiere recuperar su dinero al menos en parte. Afirma que desde octubre de 1805 había propuesto al gobierno español comunicarle los planes del agitador venezolano. Rawson es holandés, sospechoso por su modo de vivir, "persona de poca nota, por cierto", dice Sousa Coutinho. En agosto de 1806 se va a Liverpool con intenciones de alistarse en la expedición al Sur, para informar al ministro de cuanto hagan los conjurados.

Entre las personas que corresponden con Miranda figuran, además de Jennings, cuyo criado William traiciona, ciertos Rouvière y Mendoza residentes en Portugal. Sousa Coutinho anuncia que solicitará el paradero real de Jennings, pero no encontramos el resultado de su investigación.

El representante portugués había referido a la expedición de Miranda a Venezuela el final de una larga nota enviada el 22 de abril de 1806[88] a su ministro de Negocios Extranjeros Antonio de Araujo d'Azevedo, en que se lee:

---

[88] *Arquivo do Ministerio dos Negocios Estranjeiros*, Lisboa, Nº 163.

> Vuestra Excelencia leerá en estas gacetas los extractos de las americanas y cómo el famoso aventurero general Miranda halló en aquella nación partidarios con quienes realizar, o al menos tentar el proyecto que por espacio de once años recomendó inútilmente en este país al pasado ministro. Cualquiera que sea el éxito de su primer tentativa esta no puede dejar indiferentes ni a la corte de España, ni a la de Portugal. Salió de Nueva York con tres embarcaciones en que llevaba (salvo exageración) tres o cuatro mil aventureros.

Con carta fecha 29 de julio, posdata del 2 de agosto, Sousa Coutinho transmite las de los denunciantes:

> Esta serie de cartas numeradas de 1 a 55, todas como se ve de la misma letra, son los originales que recibí, las dos primeras dirigidas a mí y las siguientes escritas al intermediario que dice el señor Rawson... A nadie he mostrado estas cartas, ni a mi propio secretario, y la copia que conservo está escrita del mismo intermediario señor Rawson.

El 4 de agosto, con nueva comunicación "secretísima" Sousa Coutinho remite otras cartas de Campbell, en las cuales

> se atribuye al general Miranda en primer lugar y a sus socios el siguiente proyecto de revolucionar al Brasil, que pretende tener un partido formado en aquel reino, que Mr. Jennings a quien él dice haber ganado es un hombre que ha estado en la América española y en el Brasil, es uno de los agentes de Miranda que ha solicitado para entrar en esta empresa, que hay en el Brasil depósitos de armas que los comisarios repartirán por el interior desembarcando en la costa con el auxilio del contrabando favorecido, según él dice, (y según yo he oído que así es) por personas empleadas en el gobierno de diversas capitanías.

En esta misma carta de 4 de agosto dice Sousa Coutinho:

> Sería una lástima que cuando Portugal corre tanto peligro en Europa de los proyectos gigantescos, como V. E. justamente los llama, se presentase una conmoción civil en aquel inmenso reino del Brasil que siempre será un magnífico *pis aller* (*sic*) para S. A. R. y para todos los buenos portugueses que se vieren obligados a perder su patria.

Sigamos cartas y notas.

Campbell escribe:

> 24 de junio de 1806.
> Me parece por lo que conozco de Miranda y sus aventuras en Londres que contarlas sería fastidioso y sin interés. Basta que deje a S. E. el cuidado de fijarse en mis palabras, que merecen atención. *Está en grave error quien crea a Miranda embarcado en una aventura romántica y especulativa y dependiente de la asistencia casual de algunos pocos descontentos en América, sin apoyo y sin contar con el reconocimiento de una potencia cualquiera.* La verdad es que va basado en una expedición grande y bien concertada, invitado por miles de sus compatriotas que están listos a ayudarle en su empresa con sus vidas y fortunas, *que se hará una poderosa diversión en su favor*, y que posiblemente, dentro de algunos meses quedará destruido el poderoso imperio español en aquella parte del globo.[89]

Campbell no conoce exactamente los pormenores de cuanto se prepara en el Brasil, pero sabe que la expedición "hace originariamente parte del gran plan de Miranda":

> He adquirido conocimiento de estos hechos en parte por el mismo general Miranda y en parte por uno de aquellos señores que se hallan hoy en Londres, quienes me han pedido con mucha insistencia que entre en la expedición, cosa que hasta ahora he rehusado a causa de mis compromisos de comercio...
>
> Manchester: 30 de junio.
> ... Creo que, ciertamente, para la colonia portuguesa está llamada la Isabella, capitán Green, agente de Miranda. Va también en ella una de las principales personas comprometidas en la conspiración, que vino hace poco de Lisboa.
> ... Las dos personas a que antes aludo formalmente como mezcladas a fondo en el asunto son el señor Thomas Jennings que ha vivido cerca de veinte años en las colonias españolas y portuguesas de América y el señor O'Callaghan, anteriormente al servicio de España.

[89] Lo subrayado es de Campbell.

> Liverpool: 8 de julio.
> He descubierto, cosa que hasta ahora ignoraba, que los conjurados de Europa solo esperan informes de Miranda. Si el éxito de este corresponde a las esperanzas saldrán para América sin pérdida de tiempo, y si aquel logra su empresa creo que será difícil al gobierno portugués impedir un levantamiento en sus colonias, a menos que tome inmediatamente medidas de precaución, según la magnitud y necesidad que el caso requiere. Si Miranda es vencido, fracasarán los designios contra el Brasil; si tiene buen éxito, que Portugal se ponga en guardia.
> Ud. sabrá otra vez de mi muy pronto.
>
> Liverpool: 11 de julio.
> Mi espionaje empieza a tomar forma más decidida y me aventuro a pensar que será casi imposible que sus operaciones sigan inadvertidas. Después que escribí la última vez, Jennings fue a Parkgate a pasar el día con unos parientes, y en su ausencia su criado me enseñó algunos papeles de los que tomé pasajes que me parecieron de cierta consecuencia. Se trata principalmente de cartas y de memoranda de respuesta a estas sobre el asunto. Así he sabido que la Isabella tocará en Trinidad donde desembarcará el pasajero (un español cuyo nombre es *Veronfay*). Seguirá al Río de la Plata y volverá luego a Trinidad para tomar allí la parte que tiene designada en la empresa.
> ... Encuentro entre los papeles la copia de una carta de Jennings a una persona de Londres. Está dirigida a "J.C. Esq." y dice entre otras cosas: "Se ha decidido siguiendo la opinión del general Miranda y la mía propia que los cinco buques toquen en Santa Catalina. Estas islas están situadas en longitud 42,17 O., latitud 27,35 S. y allí podremos pasar insospechados y desconocidos.

Los brasileños conspiradores tenían un agente en Trinidad y cierto señor Curry, era, en Nueva York, uno de los más activos correspondientes de Jennings.

Provisiones de material de guerra y vestuarios, por más de 200.000 libras esterlinas, parecen revelar por su minuciosidad la intervención personal de Miranda en la preparación de la aventura.

> Liverpool: 13 de julio.
> Estos papeles contienen también una larga correspondencia entre el general Miranda, Jennings, una persona llamada Rouvière y otra llamada Mendoza. Las cartas de Rouvière están fechadas en Lisboa y las de Mendoza unas veces en Lisboa y otras en Oporto.

En el mes de mayo anterior, Jennings había escrito a Rouvière:

> Mi amigo y yo estamos listos para dejar este país tan pronto como sepamos que Miranda ha dado el golpe en los territorios españoles.
>
> Liverpool: 14 de julio.
> No he tenido tiempo de examinar todos los papeles que me mostró William, porque su amo volvió a casa. Sin embargo, si ocurre algo que valga la pena Ud. sabrá de mí por el correo. Jennings recibió algunas noticias favorables de Miranda. Trataré de inquirir los detalles.
>
> Liverpool: 23 de julio.
> Jennings me comunicó que había recibido cartas de Trinidad y Jamaica con noticias muy favorables de la empresa de Miranda, y me sorprendió bastante diciéndome que si este aventurero encontrare impracticable el desembarco en tierra española, ellos volverán toda su atención al Brasil, pues están determinados a no perder nunca de vista sus fines, en la seguridad de que si tienen buen éxito en un lugar lo tendrán en todos...
>
> Liverpool: 17 de agosto.
> Jennings recibió cartas del general Miranda, en las cuales le da favorable relación de cuanto ha hecho y le apremia para que tome medidas rápidas y vigorosas. Dice que no tiene ninguna duda sobre el logro de su objeto. Estas cartas acelerarán la partida de Jennings de Inglaterra.

Hasta aquí Archibald Campbell. Ahora, Rawson entra en relaciones directas con Jennings, y, después de exponer los primeros resultados de su investigación y las grandes líneas del proyecto de los conspiradores, dice en su nota de:

> 4 de septiembre.
> Que la expedición de Miranda tenga el apoyo del gobierno británico no puedo dudarlo, pues Jennings posee una carta de aquel oficial que dice que cuenta con persona de ayuda del almirante Cochrane, y me aseguró,

además, que él mismo había presenciado una entrevista de Miranda y el señor Pitt, en la cual se expusieron entera y claramente todos sus planes. Sabe también, por Miranda, que pocos días después el señor Pitt dio a este seguridades del apoyo de su gobierno. Dice Jennings que la razón que impide que el gobierno británico aparezca públicamente mezclado en el asunto es que en caso de que se tomase alguna colonia española habría que abandonarla al concluir la guerra, mientras que si Miranda logra revolucionar el país nada podría imputarse a Inglaterra. Agrega que este es uno de esos hábiles golpes de política dignos del genio de dos hombres como el señor Pitt y Miranda. De este habla como de persona de cualidades poco comunes, valiente y decidida. Encuentro que Jennings está positivamente determinado, si hubiese derrota o descalabro de Miranda en las provincias españolas, a ensayar en el Brasil. Sin embargo, cree que una derrota no es cosa de temerse.

Jennings enseñó a Rawson el plan de gobierno preparado para el Brasil:

5 de septiembre.
El Brasil será dividido en treinta distritos y estos subdivididos, hasta formar un total de trescientas pequeñas porciones. Cada división enviará un miembro al consejo llamado Consejo Libre Electivo y Representativo del Brasil. Dichos miembros serán escogidos por el pueblo del respectivo distrito. Tendrá derecho a votar todo individuo de sexo masculino mayor de veintiún años y la elección se efectuará del modo siguiente: cada elector escribirá el nombre de la persona que crea elegible como representante y lo depositará en una urna situada en la iglesia principal del lugar. Al cabo de un mes contado a partir del día de la votación se abrirá la urna y la persona que haya obtenido mayor número de sufragios será declarada electa. Reunido el Consejo Electivo escogerá de su seno treinta sujetos de los más recomendables por sus talentos, integridad y experiencia, para constituir el llamado Consejo Supremo del Brasil. Este, a su vez, elegirá de su seno al Magistrado en Jefe o Gran Elector, quien durará cuatro años en su cargo. Los dos Consejos serán renovados cada tres años. Así la elección de los legisladores se deja enteramente al pueblo. Toda ley, todo reglamento civil y militar, todo impuesto y distribución de dineros públicos serán ordenados y fiscalizados, decidiendo ambas asambleas por mayoría. El Gran Elector tendrá la facultad de

> aprobar o desaprobar la decisión. Este funcionario podrá ser sometido a juicio de residencia e investigación de su conducta a expiración de su mandato, por iniciativa de cualquier miembro de las asambleas. Mientras tanto, se nombrará un Consejo llamado de Urgencia que actuará hasta que las circunstancias lo impongan.

Un proyecto de proclama de los brasileños, copiado en inglés para el momento de efectuar el desembarco, indica también probablemente, como el anterior, la mano de Miranda:

> ... Tenemos armas y somos hombres. El gobierno portugués ha cesado de ser legítimo en el Brasil. El tirano de Francia usurpó aquel trono y se propone apoderarse de esas ricas y fértiles provincias como parte de su conquista. Pero ¿someterán tranquilamente los brasileños su cuello al yugo de un tirano?
> Que nuestra divisa sea Libertad o Muerte.
> Brasileños: somos propietarios hereditarios del suelo, y no debemos permitir que el terror de ser tratados como rebeldes influya ni por un momento en nuestros espíritus...

Los conspiradores esperaban poder reunir un ejército de 40.000 hombres, número necesario en país tan extenso como el Brasil.

> 6 de septiembre.
> Han contratado algunos oficiales de grande experiencia para mandar las tropas y el general en jefe, me dice Jennings, estuvo durante cierto tiempo a la cabeza de un ejército francés considerable y se le reputa como uno de los mejores oficiales de esta época. También han cuidado de proveerse de buenos ingenieros, considerando objeto principal el orden y la marcha eficaz de la artillería. Todos están de acuerdo en creer que el gobierno portugués en el Brasil es ahora muy eficiente.

Según afirmaba Jennings, los conspiradores habían pensado al principio en enviar diputados a Francia, en solicitud del apoyo de algunos barcos de guerra para la expedición. Esta idea, que fue abandonada, vendría a demostrar una vez más cómo Miranda no vacilaba en recurrir a todos los medios para sus fines de independizar a los países americanos.

Comprometido con Inglaterra, que en aquel preciso momento le suministraba dinero y otros auxilios para su empresa en Venezuela, posesión española, el general contemplaba acaso fríamente la posibilidad de obtener recursos en Francia para atacar al Brasil, posesión portuguesa. Que Inglaterra fuese aliada de Portugal, que Francia fuese aliada de España, Miranda estuvo siempre dispuesto a servirse de ambas para sus fines personales, sin importarle un bledo la guerra anglofrancesa.

Varios barcos se preparaban a zarpar, entre ellos el Gustavo Vasa de veinte cañones.

> 6 de septiembre.
> Un caballero llamado Tudor llegó anoche de las Indias Occidentales y trajo a Jennings cartas del general Miranda, que Jennings me asegura contienen noticias muy favorables y que precipitarán su salida de Inglaterra tan pronto como él y yo hayamos concluido todos los asuntos.
>
> 7 de septiembre.
> Desde la llegada del señor Tudor encontré a Jennings más y más atareado en negocios particulares y dice que dentro de pocos días dejará a Liverpool. Sin embargo, no puedo saber (pues no querría preguntárselo) si Tudor es uno de los asociados.
> ... Escrito lo anterior me entero de que el señor Tudor vino aquí a recibir de Jennings una suma que anticipó al general Miranda en Trinidad. También me informó de que en la actualidad no es asociado sino buen amigo de la causa.

Rawson pregunta a Jennings si la partida de la Familia Real portuguesa para el Brasil, anunciada por las gacetas, desbaratará el plan de los conspiradores:

> 8 de septiembre.
> Dijo Jennings que prefería ayudarlos a retenerlos, porque las gentes que ahora estaban indecisas se juntarían ciertamente a aquellas, por considerar que la presencia de la Familia Real traería muy probablemente el establecimiento de impuestos más pesados para indemnizar a los que la seguían de las pérdidas que hubieran sufrido en Europa. Agregó que esta era la opinión generalmente profesada allí hace tres o cuatro años, cuando se

> tuvo el informe. Pero, concluyó, ello no significa que los conjurados que han ido demasiado lejos y concebido grandes esperanzas de buen éxito puedan ser disuadidos por alguna causa que no sea un señalado y completo trastorno, improbable en los momentos actuales.

A la observación de Rawson que Inglaterra ayudaría sin duda a sus aliados de Portugal con una flota, Jennings replicó que sería ridículo que los ingleses sacrificaran los intereses de su comercio, cuyas posibilidades de desarrollo aumentarían considerablemente con la libertad que la revolución llevase al Brasil.

> Sé positivamente que la intención de los conspiradores sería enviar un navío con bandera norteamericana y rumbo aparente a la India, el cual tocaría en Río Janeiro con pretexto de hallarse en peligro, y durante su permanencia allí o en otro lugar de la costa, desembarcar una cantidad de armas con la complicidad de los conjurados. Sin embargo, creo que este proyecto no ha sido puesto en ejecución por miedo a que los descubran.

Jennings, "pronto a partir para juntarse a los asociados" expone a Rawson su deseo de que se decida a tomar parte en la expedición:

> 26 y 27 de septiembre.
> Habiéndome dado al fin sus últimas instrucciones, Jennings me puso al corriente de las ceremonias y signos usados por los conjurados para distinguirse entre ellos... Con estos medios, que se me deje ir cuando yo quiera y tendré como descubrirlos. También me dio a comprender que cierto gobierno no ignoraba los planes preparados ahora. Opino que se intenta nada menos que la completa revolución de la Península (*sic*) de Sur América, a no ser que el adelanto de los conspiradores sea solo un paso para ello.

Este párrafo pondría de manifiesto de nuevo la unidad de los planes de Miranda, que se extendían a toda la América latina y sería, además, interesante por la luz que parece arrojar sobre la debatida cuestión de la sociedad secreta formada por el Precursor para sus fines políticos, la cual, por sus "ceremonias y signos", ha podido ser comparada a la francmasonería.

Rawson anota sus conversaciones de aquellos días con Sousa Coutinho en persona, a quien informa circunstanciadamente de cuanto sabe, y se prepara a salir para Buenos Aires donde espera comunicarse por una parte con los conspiradores que allí se hallan y por la otra con observadores del gobierno portugués. Las previsiones sobre el modo de cumplir su misión y de corresponder con Sousa Coutinho y las demás autoridades interesadas, están consignadas en una hoja fecha 2 de octubre cuyo número 3 dice:

> Desde entonces y con toda comunicación que pueda recibir de los conjurados, iré de acuerdo con sus instrucciones, a cierta parte del Brasil y de allí a encontrar a Jennings en Trinidad, llevándole la correspondencia que haya recibido. Le probaré la posibilidad de comunicación rápida entre Trinidad y el Brasil. Quiere que sea yo y no otro quien cumpla la comisión que me destina.

Roma, noviembre de 1935.

SEGUNDA PARTE

EL LIBERTADOR

*



RETRATO DEL LIBERTADOR,
por Doña Mercedes San Martín de Balcarce, hija de San Martín.
(Buenos Aires, Museo Histórico Nacional)

BOLÍVAR Y LA GUERRA[90]

Bolívar es, en la América Latina, el maestro de la política y de la guerra. Cuando nuestras naciones alcancen la prosperidad y la fuerza que trae la civilización y formen al héroe el soberbio pedestal que espera Rodó para su gloria, la humanidad entera se habituará a buscar en las ideas y en los actos del Libertador –como en los de Napoleón o César, hombres universales– una suprema enseñanza en los problemas siempre renovados que preocupan al gobernante y al conductor de muchedumbres. La característica del espíritu superior es su perpetua actualidad. El genio no envejece, porque su magnitud no se mesura con relación al tiempo y al lugar, sino en razón de su capacidad como generador de cosas imperecederas. La obra del genio es uno de los aspectos visibles de esa fuerza perenne que llamamos Dios. La humanidad no rompe jamás los moldes que construyen ciertos hombres y su progreso intelectual y moral es asunto de extensión y cantidad, no de espíritu y esencia.

Así, en las cuestiones de alta política, de administración y de guerra, la obra bolivariana es escuela viva y portentosa. La América española de principios del siglo XIX, mundo exiguo y particular, trabajado por la soberana cabeza y las manos expertas, se convierte en un laboratorio de experiencias de trascendencia universal. El pensamiento del Libertador abandona los límites de su continente y de su época, para formar parte de la riqueza efectiva del género humano.

---

[90] Publicado en la revista *América Latina*, Nº 3, París, 19 de marzo de 1919. Reproducido en *La Opinión Ilustrada*, México, 12 de octubre de 1919.

Reflexionara yo de esta manera, hace meses, siguiendo un debate de prensa sobre el mejor modo de hacer la guerra y la capacidad de la democracia para conducirla. En efecto, para un americano es interesante estudiar esta materia en el hombre que durante veinte años magistralmente practicó el arte militar y especuló en la ciencia política. La sonriente pero firme tiranía de mi compañero Ventura García Calderón, viene hoy a permitirme recordar a los lectores de *América Latina* algunas ideas y palabras de Bolívar sobre el particular.

Para el Libertador, el ideal político fue la democracia. Mas ella no existía en América y Bolívar no podía crear, con un pase de su varilla mágica ese estado, que es una larga etapa de la evolución de los pueblos. Es posible libertar por las armas a una nación cualquiera, pero la fuerza sola es impotente para inculcarle una conciencia y dotarla de educación política. De allí que el Libertador se inclinase a la institución de un régimen aristocrático y oligárquico, que permitiera utilizar la *élite* en el gobierno de las nuevas sociedades. Las Constituciones de Angostura y Chuquisaca siguen este principio. "El Libertador –he escrito en otra ocasión– habría sido el más grande de los tiranos helenos, tutelares y magnánimos, que protegían la democracia y fundaban el orden en la igualdad. Muchas razones mostráronle pronto la conveniencia de neutralizar los embates de la anarquía con instituciones oligárquicas, pero su espíritu acarició siempre el ensueño de una gran democracia igualitaria y estable, gobernada por su genio".

La primera necesidad de Bolívar es hacer la guerra, y para vencer a los españoles, que se apoyan en la mayoría de la masa popular, es menester que posea autoridad ilimitada. Si para el porvenir desea un régimen de libertad, mientras dure la guerra entiende ejercer el poder discrecional. En sus manos la espada es el instrumento del gobierno; arrojar de América a los realistas es su fin inmediato. La lucha reviste carácter inexpiable. Monteverde, Antoñanzas, Zuazola incendian nuestros hogares y degüellan a los patriotas; Boves y Morales son bárbaros comparables a Atila. El Libertador, exasperado, firma en su cuartel general de Trujillo el tremendo decreto: "Españoles y canarios, contad

con la muerte aun siendo indiferentes; americanos, contad con la vida aunque seáis culpables...".

De 1812 a 1819, Venezuela vive o muere entre el fuego y la sangre. Cuando más tarde inaugura en Angostura el Consejo de Estado, Bolívar recuerda la terrible época de la Segunda República y exclama: "Toda la fuerza y, por decirlo así, toda la violencia de un gobierno militar bastaba apenas a contener el torrente devastador de la insurrección, de la anarquía y de la guerra. ¿Y qué otra constitución que la dictatorial podía convenir en tiempos tan calamitosos?".

Patriotas ingenuos y liberales alarmáronse desde el principio ante las tendencias absolutistas del jefe de la Revolución. El historiador Eloy G. González, que ha escrito un valiente capítulo sobre la dictadura militar de Bolívar, recuerda que en 1813 el gobernador de Barinas reclamaba la restauración de las instituciones de 1811, cuya debilidad causara, según el Libertador, la pérdida de la República. "Jamás, responde este, la división del poder ha establecido y perpetuado gobiernos; solo la concentración ha infundido respeto; y yo no he libertado a Venezuela sino para realizar este mismo sistema... Mientras dure el peligro actual, a despecho de toda oposición, llevaré adelante el plan enérgico que tan buenos sucesos me ha proporcionado". Toda la epopeya bolivariana es la imposición de su personalidad, en medio de la tierra hostil, de los tenientes rebeldes, del español tenaz. Centralización del poder político en las manos de un hombre, dictadura militar, tal es el programa de Cartagena.

La dirección de las operaciones, en Bolívar, se inspira en un absolutismo inexorable. El Libertador no transige con la indisciplina ni la negligencia. Durante los meses atormentados de la campaña de Guayana, sus generales se insubordinan: Bolívar fusila a Piar, expulsa del ejército a Mariño, aplasta la anarquía. En el Perú el gobierno y el congreso ensayan estorbar el ejercicio de la autoridad que acaban de conferirle. La situación se complica con la rivalidad de los partidos y la deserción de las tropas patriotas que guarnecen El Callao. El ejército nacional de Santa Cruz ha sido destruido, y la única esperanza son las divisiones colombianas que manda Sucre. El Libertador escribe al

presidente Torre Tagle: "Ud. crea que el país no se salva así. El mío se ha libertado porque ha habido unidad y obediencia, no siempre voluntaria, pero siempre constante. De Pradt dice, con mucha razón, repitiendo a los maestros de la guerra, que el alma de esta es el despotismo, es decir, mando sin límites y obediencia sin examen". Y al general Sucre: "He amenazado al gobierno de irme del Perú si dentro de un mes no me dan dinero para mantener la tropa". Y agrega: "Necesitamos, querido general, hacernos sordos al clamor de todo el mundo, porque la guerra se alimenta del despotismo, y no se hace por el amor de Dios. No ahorre Ud. nada por hacer, despliegue Ud. un carácter terrible, inexorable".

Hombres severos e intachables, como Salom, no escapan a las advertencias de Bolívar. "Yo soy irrevocable, como el destino, en los negocios de disciplina", dice a aquel general. "Si Ud. quiere que yo lo aborrezca, ampare Ud. estos desórdenes. Mande Ud. en el acto al general Valero para Colombia, sin pérdida de un instante y sin el menor disimulo o indulgencia. Añado: mande Ud. a todos los que hayan participado de sus ideas; digo más, en lo sucesivo es Ud. responsable si no castiga con el último rigor los delitos de esta naturaleza que se cometan en ese ejército".

El año de Junín y de Ayacucho marca el apogeo de la energía del Libertador y corona su eficaz autocracia. El "triunfar" de Pativilca resume los fines del dictador, y la febril actividad de Trujillo de la Costa indica cómo espera realizarlos. Esta ciudad, dice O'Leary, "se convirtió en un inmenso arsenal donde nadie estaba ocioso y donde las mujeres ayudaban a los trabajadores. Manos delicadas no acostumbradas a las rudas labores no desdeñaban coser la burda ropa del soldado". Todo se hacía "bajo la inspección inmediata del Libertador, que infundía actividad con el ejemplo, y cuando este no bastaba recurría a las amenazas y al castigo".

Entretanto, se prepara en Venezuela la rebelión de Valencia, que Bolívar considera como "un paso escandaloso y funesto para Colombia, y una lección para todos del peligro de los cuerpos deliberantes en donde la paz y el orden no están perfectamente establecidos". En esta emergencia, vemos al Libertador dando pruebas de habilidad consumada

para dominar la revolución, empleando alternativamente el consejo y la advertencia. Recuerda cómo supo siempre doblegar la resistencia y matar la sedición. "Se diría, escribe a Páez, que la Providencia condena mis enemigos personales", y hace el recuento de cuantos sucumbieron combatiéndole: Labatut, Castillo, Piar, Mariño, Riva Agüero, Torre Tagle.

Al terminar la guerra, Bolívar acomete dos magnas obras: la confederación latinoamericana y la aplicación del Estatuto de Chuquisaca a las diversas naciones que libertara. La lucha por la creación de un gobierno fuerte, de un poder ejecutivo vigoroso, consume los últimos años de Bolívar, que ve sus soberbias ilusiones hundirse paulatinamente en el fracaso. Perú, Bolivia escapan a su *control*. Colombia cae en la anarquía. El Libertador, enfermo y desengañado, no pierde por completo, sin embargo, la fe en su genio ni la esperanza en el país. Viejo enemigo de la federación que proclaman sus adversarios, centralista para quien la garantía del Estado reside en la fuerza del Ejecutivo, Bolívar desdeña las supersticiones revolucionarias y aconseja un sistema rechazado por los liberales sinceros y pérfidamente explotado por los demagogos. El Libertador aplica a los negocios políticos de América un criterio de imperator. La guerra y la anarquía son males análogos que solo una autoridad fuerte y tutelar puede vencer. Angostura, Chuquisaca, Ocaña, señalan sus tentativas para imponer, como régimen legal, los invariables principios de su vida. El mensaje a la Gran Convención es el último esfuerzo de conciliación, antes de la crisis de la Dictadura.

En 1827, Bolívar cree aún que podrá mantener la integridad colombiana y tal vez recuperar su influencia en el continente. Pero, la paz, piensa, no vendrá sino de su cabeza y de su brazo. "Yo lo digo altamente, escribe, la República se pierde si no se me confiere una inmensa autoridad... Para atender a tan enormes distancias y sujetar a la ley del deber tantas pasiones irritadas, se necesita un poder colosal que participe de la opinión y de la fuerza pública. La Gran Convención no se reunirá jamás si yo no destruyo antes las pasiones. Que haga el Congreso lo que los pueblos piden, es decir, mandarme que salve la patria". Bolívar renuncia con dolor a su senado hereditario, a su cámara de censores.

En cuanto a la constitución del poder ejecutivo sus principios son invariables. "Un gobierno firme, poderoso y justo, dice a la Convención, es el grito de la patria... Mirad que sin fuerza no hay virtud y sin virtud perece la República. Mirad, en fin, que la anarquía destruye la libertad y que la unidad conserva el orden. ¡Legisladores! A nombre de Colombia os ruego con plegarias infinitas, que nos déis, a imagen de la Providencia que representáis como árbitros de nuestros destinos, para el pueblo, para el ejército, para el juez y para el magistrado, ¡leyes inexorables!".

Después del fracaso de la Convención, donde triunfa "la demagogia de la canalla", según dice a sir Robert Wilson, el Libertador asume la dictadura, y por el decreto que reglamenta el ejercicio de los poderes públicos deroga las instituciones vigentes. Es el período reaccionario, la lucha contra los elementos disolventes que se revelan en Nueva Granada con el manto liberal, en Venezuela y Ecuador con las tendencias separatistas. Bolívar es entonces el campeón del conservatismo. El ejército, el clero le sirven de instrumentos en esta suprema batalla que agota su vida y destruye sus generosos ensueños.

El titánico esfuerzo del Libertador para conservar su obra continental y la unidad de Colombia viene a morir en San Pedro Alejandrino. El estupendo edificio se derrumba sobre su propio creador y el desorden reina como soberano en América.

La anarquía americana durante el siglo XIX y la disolución de Colombia son fenómenos cuya manifestación ningún hombre podía evitar. El criterio según el cual la virtud de las instituciones y la acción del individuo bastan para determinar la paz y la normalidad en el seno del Estado reposa sobre un error esencial. Impotente para cambiar los elementos del problema político-social, el gobernante puede alcanzar soluciones satisfactorias con la sencilla aplicación de reglas lógicas en un medio dado. Se tiene por evidente que no se resuelve una ecuación sociológica en Indochina del mismo modo que en Inglaterra, o más bien, que la ecuación difiere según las colectividades. Ciertas teorías políticas claras y plausibles en un país, por ser fruto de larga experiencia, se deforman

al adaptarlas a un medio extranjero. Así se ha falseado el parlamentarismo británico en naciones de distinta estructura social. En último análisis, para dirigir los negocios públicos debe preferirse un sesudo empirismo a la teoría de los ideólogos. Si se mira el resultado inmediato, la dificultad consiste, para el hombre superior, en trabajar con los elementos que provienen de la experiencia: un creador no imita. Quienes dicen que hay personalidades que se adelantan a su época, se fundan en que el resultado de ciertas gestiones es fatalmente mediato. La lentitud para constituirse en fuerza trascendental caracteriza las grandes ideas. Una zona infranqueable aísla del mundo exterior al hombre según Ibsen, y años enteros tarda la luz de Sirio para llegar hasta nuestra pequeña humanidad.

París, febrero de 1919.

BOLÍVAR Y LA PAZ UNIVERSAL[91]

Durante tres siglos, por la violencia de la fuerza militar y los resortes de una administración habilísima, los pueblos grecolatinos vivieron en profunda quietud. El ruido de los pronunciamientos legionarios, frecuentes, sin embargo, no turbaba aquella situación definitiva y estable. Se habría creído que, en la uniformidad romana, bajo la armadura del imperio eternal, los hombres guardarían como un precioso bien el presente magnífico que Roma les hacía: la paz. Y esta parecía tanto mejor asegurada cuanto el régimen imperial supiera, en cada provincia, penetrarse del espíritu y de las necesidades locales y emprender con buen éxito la tarea de transformar ese espíritu y de satisfacer esas necesidades, según métodos adecuados y para fines exclusivamente romanos, logrando así crear un patriotismo de Estado en España y en Galia como en Panonia y en África. Los emperadores, ya los de la dinastía siria, ya los ilirios, medio bárbaros como eran, se inspiraron siempre en la concepción latina de Augusto o de Tiberio cuyas bases inmutables fueron la paz, el reposo, la tranquilidad de las naciones bajo la tutela de Roma.

Los césares se entregaron a la grande experiencia y por espacio de trescientos años trataron en su inmenso laboratorio los elementos de aquella sociedad, hasta hacerla flexible y dócil a las exigencias de la política imperial. La paz se alcanzó, mas fundada sobre la arcilla de la servidumbre universal y apenas sostenida por las fuerzas de un Estado, de un Estado heteróclito a despecho de su admirable armonía aparente. Tal paz debía fatalmente ser efímera. Aunque vasto el imperio tenía

---

[91] Este estudio fue publicado en francés y reunido con los dos siguientes en folleto por el *Bulletin de l'Amérique Latine*, París, 1919. Reproducido en español por *El Nuevo Diario*, Caracas.

límites; rodeábanlo pueblos que no se romanizaron jamás, que jamás comprendieron la civilización romana y los cuales, en un momento dado, se arrojaron sobre él para destruirlo. Roma ignoró dos nociones sin cuyo respeto la paz es imposible: la noción de humanidad y la de libertad. En consecuencia, el orden romano no podía ser universal ni permanente. ¡Cuántas diferencias esenciales, en efecto, no ofrece con la paz cristiana soñada por la Edad Media o con la paz jurídica a que aspira el mundo contemporáneo!

Ya cedían las fronteras a la presión de los Bárbaros, cuando el cristianismo, lanzado también a la conquista del mundo, vino a precipitar la obra de demolición. Obispos y monjes abrieron al enemigo las puertas del imperio y el espíritu ampliamente humano de la nueva moral, al debilitar el patriotismo, produjo la ruina del Estado. El cristianismo suscitó al hombre contra el quirite y sobre los vestigios de Roma fundó la humanidad moderna.

La Edad Media solicitó tenazmente la unidad y el destino la condenó a vivir en la pluralidad. Toda la historia de este maravilloso período se concentra, en la prosecución de un grande ideal: la lucha por escapar a la anarquía y fundar bajo el cetro de César o el báculo de Pedro la república del género humano, una, indivisible, a imagen de Dios. Es la busca de la paz agustiniana, que abarca la humanidad entera, el "Cuerpo místico del Cristo", la unidad suprema cuyo interés, único que valga, es, en suma, la síntesis final de todos los intereses.

La Iglesia y el Imperio, alternativamente victoriosos y vencidos, prolongan a través de los siglos la querella de las Investiduras, que turba la oscura conciencia de Europa, entre el tumulto de las expediciones guerreras que descienden a Italia y las fulminaciones de los pontífices de Roma, siempre de pie, que oponen su místico escudo a los golpes del sable usurpador de los emperadores germánicos.

Hacia el año mil Hildebrando yergue su alta talla y tiene en la diestra el mundo cristiano. Humilla al Imperio en Canossa y, por un momento, cree haber logrado su empresa de establecer, bajo el ala de la Iglesia, el

orden ecuménico. El milenario marca el apogeo de la potencia papal. Gregorio VII, en la cima, proclama el reinado universal de la justicia que es la expresión de la paz. Magnos pontífices, tal Inocencio III, se esforzarán luego en mantener la supremacía del Sacerdocio y en prevenir las ofensivas eventuales del poder laico.

Pero la concepción secular recobra aliento. Barbarroja, Federico II, otros aun, continúan el combate interminable de la espada contra la tiara, que acabará por agotar a ambas y precipitará a Europa en la anarquía moral. Los reyes de Alemania, "agobiados por el don funesto del Imperio", disipan sus fuerzas en la solicitación quimérica de la monarquía universal y preparan a su patria largas edades de impotencia y división.

La batalla se extiende en un frente inmenso. En Oriente la política del basileo se inspira siempre en el odio de Roma y se dedica a ahondar el abismo del cisma que arrebatara al Papado la mitad de sus fieles. En Francia la fuerte raza de los Capetos, que forjó la nacionalidad y construyó el Estado sobre el polvo feudal, también se levanta desde el principio contra la Iglesia absorbente; y vemos entonces, desde Felipe Augusto hasta Felipe el Hermoso, y más allá, la constante defensa de las prerrogativas reales contra las pretensiones del poder espiritual. La hija mayor de la Iglesia es la más rebelde de las hijas: el papa se inclina delante de Luis XIV y Carlomagno revive en Napoleón. En Inglaterra se verifica, desde el punto de vista religioso, el lento proceso de formación nacional que cristaliza en el anglicanismo y en la constitución de sectas igualmente antirromanas. Los reyes españoles empeñados en guerra secular por la liberación del territorio cultivan, no obstante, el individualismo de nuestra raza, cuyo fanatismo obstinado se exalta con un sentimiento de altiva independencia.

Estos irresistibles movimientos nacionales y el nacimiento de la noción de Estado, tal como la entendemos todavía, impidieron el advenimiento de la paz deseada por los papas y los emperadores. La paz teocrática fue irrealizable por la difusión de ciertas ideas bajo cuyo peso se hundió el sueño grandioso de la Edad Media. La Reforma y el Renacimiento rompen para siempre la unidad ideal de Europa y exasperan los

celos entre los Estados rivales. El mundo deberá esperar el movimiento filosófico que precede a la Revolución francesa y la Revolución misma para estar en capacidad de crear, con elementos nuevos, una nueva y magnífica concepción de la unidad perdida.

La Revolución afirma el derecho de los pueblos contra el derecho del Estado o, más bien, da al derecho del Estado una base distinta llamada a desarrollo considerable. El individuo adquiere en la teoría política una significación que le negaron la Antigüedad y la Edad Media. La noción de humanidad, del conjunto de individuos, se presenta con aspecto más jurídico y recupera viabilidad. La proclamación de los derechos del hombre es, hasta hoy, la fuente de la filosofía político-social.

Vuelve a examinarse entonces la posibilidad de llegar a la paz universal, y no faltan esfuerzos en tal sentido. Los soldados de la Revolución creen defender la causa de la paz defendiendo la libertad en la tierra de Francia. Napoleón cree combatir por esa causa cuando conduce sus ejércitos a través de Europa. Mas, el espejismo de la monarquía mundial atrae los ojos del emperador. Napoleón sueña con el día en que todos los soberanos europeos vendrán a recibir órdenes en las Tullerías y a sostener con sus manos el manto de armiño del césar franco. Todavía un ideal que se derrumba y provoca por el exceso de su grandeza una reacción que sepulta no solo la dominación napoleónica, sino también las ideas de libertad a que abría caminos la espada del conquistador.

La Santa Alianza obedeció a una concepción política retrógrada y, sin embargo, debe considerársela como gran tentativa para llegar a la paz de las naciones. Fracasó porque quiso ignorar las adquisiciones de la Revolución y ensayó imponer a los pueblos, ya mayores, la tutela tiránica del Estado absolutista.

El ideal de paz vivía, no obstante, en medio de las convulsiones sociales y de la anarquía filosófica. Pero en las condiciones políticas en que iba a encontrarse el mundo después del Congreso de Viena, toda realización parecía improbable. El problema, por otra parte, se presentaba en términos tan imprevistos que era de temerse un largo tanteo antes

de que se hallara su solución racional. Desde luego, había necesidad de crear la paz universal por el consentimiento de los pueblos y no por el simple querer de los gobiernos. Ahora bien: las instituciones impuestas a los pueblos no resultaban en manera alguna apropiadas para mantener la paz interna de cada nación, condición de toda paz exterior. Solo quedaba en Europa un foco de liberalismo: Inglaterra, mas este país tenía aún constitución aristocrática, y la política de Saint James tendía ya a situarse en el espléndido aislamiento que no abandonó durante el siglo XIX. Sobre todo, el espíritu inglés se inclina hacia soluciones empíricas, practica raramente lo que llamamos idealismo y siente repugnancia marcada por la especulación y la generalización. La idea de catolicidad parece escapar al genio de la raza. Un inglés puede muy bien apreciar esa entidad estupenda que es el mundo británico, pero rehúsa crearse un concepto del mundo entero. Desde su punto de vista la paz es cosa deseable, aunque solo tratará de obtenerla por medios que, en razón de experiencia prolongada, juzgará seguros y eficaces. Dudo que el plan de la Sociedad de las Naciones haya podido nacer entre las brumas de Ultra Mancha; y sin embargo, si como es de esperarse esta Sociedad se convierte en instrumento útil y fácilmente manejable, Inglaterra será su más ardiente y decidido defensor.

Decía, pues, que por las condiciones de Europa a partir de 1815 parecía deber aplazarse indefinidamente el proyecto de paz perpetua. Los pueblos del continente habían menester, ante todo, defenderse contra la reacción sistemática de los gobiernos y sus esfuerzos propendían más bien a provocar el incendio que fundiría las cadenas de la "esclavitud". Tal era el momento en que, en el otro hemisferio, se cumplía un vasto movimiento de emancipación. El Libertador Bolívar lo personificaba, conduciéndolo a brillantes destinos. Al cabo de quince años de lucha, la bandera de la libertad que partiera de Caracas, llegaba a las fronteras argentinas, a través de derrotas y de triunfos. En 1825, Bolívar era el árbitro del Nuevo Mundo latino.

***

El historiador César Cantú, al ensayar tal vez una figura de retórica, hizo una observación profunda. En efecto, cuando la libertad sucumbe en Europa entre las manos de Napoleón, sálvala en América la espada de Bolívar. Esta coincidencia tuvo resultados incalculables, porque vino a mantener la continuidad del pensamiento revolucionario y ofreció asilo inesperado a los principios liberales perseguidos en el Viejo Mundo por los furores de la reacción.

Ningún hombre en la historia poseyó mejores condiciones que Bolívar para soportar el pesado cargo de campeón de la libertad. Tiene la cabeza formidable y el brazo poderoso de los grandes dominadores, con el corazón ardiente y convencido de los apóstoles. Encarnación del más bello de los ideales, vive en la conciencia de su destino y habla y obra siempre en el ejercicio de su misión libertadora. "Yo soy, proclama, el centro de reunión de cuantos aman el derecho de los pueblos". Sabe su prestigio, lo que de él se espera y, orgullosamente, lo declara: "Mi nombre es un talismán. Conozco las vías de la victoria y los pueblos viven de mi justicia". Y cuando identifica su persona y su obra, responde al poeta Casimir Delavigne: "Acepto vuestros elogios, no porque lisonjeáis mi fortuna, sino porque habláis como amigo de la libertad".

Bolívar ama la paz, la paz en la libertad. Cree que su causa es grande porque interesa a la humanidad y al mundo. La humanidad, el mundo, la paz son palabras que brotan sin cesar de los labios de este hombre que se levanta como el profeta de un tiempo mejor sobre la cima del idealismo. No hay un solo incidente de la vida nacional, al que no atribuya estrecha relación con la vida de todos los pueblos. "Hemos vencido, querido amigo, escribe a sir Robert Wilson después de los sucesos de Valencia; la humanidad ha vencido con nosotros".

Esta paz humana, ¿cómo la concibe Bolívar? Desde luego por la independencia y la igualdad absolutas entre las naciones; en seguida por la consagración en el régimen interior de cada una de ellas de cierto número de principios que garanticen la seguridad de los ciudadanos y

permitan el desenvolvimiento normal de su actividad hacia el progreso. ¿Cómo espera Bolívar mantener tal paz? Por la creación de un organismo internacional, de un consejo anfictiónico, capaz de querer el bien y la justicia, y provisto de fuerza suficiente para imponer sus voluntades.

El Libertador tentó la empresa más considerable e interesante que se haya conocido hasta la asamblea de Versalles. Precisa recordar lo que fue el Congreso de Panamá donde, según su promotor, debían firmarse "protocolos que la posteridad registraría con respeto como las fuentes de nuestro derecho público". Desde 1815, Bolívar escribió estas palabras, con frecuencia citadas, que condensan a maravilla su programa: "¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo". Es ya la idea de la solidaridad humana, tan cara al espíritu latino, que se ofrece a Bolívar bajo las nuevas formas determinadas por el derecho revolucionario. Mas el Libertador es, ante todo, un realizador. Trata primero, viendo allí la base de su obra, de establecer estrecha alianza entre las naciones americanas, de fundirlas en una liga y, después, de ensanchar esta liga con la admisión de las potencias que en su época representan los principios democráticos enfrente de la Santa Alianza, cuya política consiste en sofocar las aspiraciones populares. Con este fin, Bolívar solicita la colaboración de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos de Norte América. Un siglo más tarde, la Conferencia de Versalles, obrando de análoga manera, creará la Sociedad de las Naciones con un haz de Estados que reúnen garantías suficientes en cuanto a instituciones políticas y a sentimientos pacíficos.

En 1822 el Libertador hizo enviar por el gobierno de la gran Colombia misiones diplomáticas encargadas de invitar a los Estados americanos a delegar plenipotenciarios para la constitución de una asamblea que serviría "de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando

ocurran dificultades y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias". Algunos días antes de la batalla de Ayacucho, que selló la independencia americana, el Libertador se dirige personalmente a las naciones del continente en circular que dice: "Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América, por obtener el sistema de garantías que, en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos. Establecer aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime, que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios nombrados por cada una de nuestras repúblicas, y reunidos bajo los auspicios de la victoria, obtenida por nuestras armas contra el poder español".

La diplomacia bolivariana sabe inspirarse en un gran ideal humano, aunque se proponga como objeto inmediato afirmar la independencia y la tranquilidad de los nuevos Estados. El Libertador pretende formar, con la unión de América, un factor decisivo del equilibrio universal. Él dilata el sentido de las palabras de Canning: es necesario que el mundo nuevo haga contrapeso al antiguo. Para Bolívar, el Viejo Mundo no es en modo alguno una expresión geográfica, sino una entidad moral que se manifiesta forzosamente por actos de reacción. He allí por qué separa del conjunto europeo a Inglaterra, potencia liberal y, aprovechando el antagonismo que existe entre esta nación y las que componen la Santa Alianza, trata de establecer con el gabinete de Londres relaciones que puedan convertirse en verdadero pacto y forzar la Gran Bretaña a prestar abiertamente su apoyo a la liga proyectada. Por lo demás, Bolívar se dice siempre anglófilo para servir sus designios políticos, y también porque considera a Inglaterra como la nación "capaz de conservar los preciosos derechos del mundo, pues es grande, gloriosa y sabia" y porque la estima

"responsable de la felicidad de las naciones". La muerte de Canning es golpe sensible para sus esperanzas. "Yo no sé, escribe en esa ocasión a sir Robert Wilson, si el mundo está condenado a las cadenas, mas veo que el destino no favorece a los bienhechores que debieran componer la dicha de sus semejantes". Y al coronel Patricio Campbell: "La humanidad entera se hallaba interesada en la existencia de este hombre ilustre".

La política exterior del Libertador se desarrolla así de acuerdo con sus planes de organización de los Estados americanos. En carta al vicepresidente Santander, fechada en Lima el 11 de marzo de 1825, recomienda "una alianza íntima y muy estrecha con Inglaterra y la América del Norte". "Después de esta guerra horrible, continúa, sacaremos por toda ventaja gobiernos bien constituidos y hábiles y naciones americanas unidas de corazón y estrechadas por analogías políticas". En ejecución de dicho programa, el gobierno colombiano (que obtuvo en todas las gestiones que prepararon el Congreso de Panamá la solícita colaboración del gobierno del Perú), dio instrucciones a su ministro en Washington para "invitar a los Estados Unidos a que envíen sus plenipotenciarios a Panamá, para que en unión de los de Colombia y sus aliados concierten las medidas eficaces para resistir a toda colonización extranjera en el continente americano y para aplicar los principios de la legitimidad a los Estados americanos en general". El ministro de la gran Colombia en Londres recibió instrucciones semejantes. Es sabido que el gobierno de los Estados Unidos decidió diputar a Panamá una misión que llegó con retardo, y que el Congreso reunió apenas los delegados de Colombia, México, Perú y Centro América, así como los agentes de Inglaterra y de los Países Bajos.

Bolívar esperaba resultado feliz de las conferencias del Istmo, y poco antes de su apertura creía que "el Congreso de Panamá reunirá todos los representantes de América y un agente diplomático del gobierno de Su Majestad Británica. Este Congreso parece destinado a formar la liga más vasta, más extraordinaria y más fuerte que haya existido sobre la tierra. La Santa Alianza será inferior en potencia a esta confederación, siempre que la Gran Bretaña quiera hacer parte de ella en calidad

de miembro constituyente. El género humano bendecirá esta Liga de Salud y la América y la Gran Bretaña obtendrán muchos beneficios". Sin embargo, el Libertador no desea la preponderancia eventual de Inglaterra en la liga y teme que dicho país se convierta en el "alma de la confederación". Piensa que "a la sombra de la Gran Bretaña podríamos crecer, instruirnos y fortificarnos, para presentarnos delante de las naciones con el grado de civilización y de poder necesarios a un gran pueblo"; pero, agrega en esta carta dirigida al ministro Revenga, "hay peligro en mezclar una nación tan fuerte con otras tan débiles". A pesar de sus aprensiones, Bolívar continúa solicitando el acercamiento con el gabinete de Londres y en este sentido se orienta la diplomacia de la Dictadura.

El programa del Libertador, al promover el Congreso, era el más amplio que se hubiera formulado hasta entonces. En lo que concierne al derecho público y a la moral de las naciones, solo el programa de Versalles puede sobrepujar al de Panamá. No se trataba ya, en efecto, de un proyecto de hegemonía disfrazado de pacifismo, como el de Sully; de un sueño de escritor semejante al del abate de Saint-Pierre; o del simple enunciado de una teoría de filosofía política, a ejemplo de Kant. Lo que hace la grandeza de la obra de Bolívar es que, por primera vez en la historia, gran número de naciones independientes, que poseían instituciones análogas fundadas en los principios de la democracia, fueron convocadas para deliberar, según programa concreto, sobre los medios de conciliar sus intereses respectivos y de preparar la paz del mundo. Tal es la tarea que un siglo más tarde reasume el presidente Wilson, padre de la Sociedad de Naciones. Condiciones de tiempo y de medio infinitamente más propicias han permitido al jefe del pueblo americano, quien es a la par teorizante y realizador, organizar la liga y lograr un fin que Bolívar no alcanzó.

Entre las numerosas cuestiones que debían ser tratadas en el Congreso, muchas de las cuales se relacionaban exclusivamente con el estado de guerra que existía entre España y sus antiguas colonias, merecen señalarse las siguientes, que se podrían llamar los Siete Puntos de Bolívar:

1º–Proclamación de la neutralidad perpetua de los Estados de la Liga, es decir, abandono definitivo de todo recurso a la guerra.

2º–Adopción de medidas para hacer eficaces las declaraciones del presidente Monroe, en lo relativo a la intervención de Europa en los negocios americanos.

3º–Establecimiento de principios fijos de derecho internacional para evitar conflictos entre las naciones de la Liga. A este fin los tratados celebrados en el Congreso confederal formarían el código del derecho público americano, con fuerza obligatoria.

4º–Abolición de la trata de esclavos.

5º–Salvaguardia de la soberanía nacional y de la voluntad popular en los diversos Estados, aseguradas, una por la fuerza de la Liga, otra por la aplicación de principios de democracia y de libertad en las instituciones internas.

6º–Establecimiento del arbitraje obligatorio. La pena de expulsión sería pronunciada contra el Estado que no se conformase a las decisiones de la Liga, juez supremo en las disputas de sus miembros; y

7º–Como garantía de los principios enunciados y para dictar las medidas propias a asegurar su aplicación, el Congreso se reuniría periódicamente y se crearían un ejército y una flota confederales.

He allí, pienso, las bases de una Sociedad de las Naciones que, aun cuando fueran formuladas por un suramericano y debieran aplicarse inmediatamente por las repúblicas suramericanas, tenían, sin embargo, trascendencia universal. En efecto, si la exclusión temporal de Alemania y de las potencias que fueron sus aliadas del seno de la Sociedad creada en Versalles, no impide que esta sea realmente una obra mundial, por el pensamiento que la inspira y por su desarrollo futuro, es evidente que el esfuerzo de Bolívar debe clasificarse, como el del presidente Wilson, entre los más vastos que la humanidad haya hecho para crear, en el dominio de la política, un estado de cosas conforme a la justicia y a los postulados de la razón. Cada época trabaja con los elementos que le son

propios; cada hombre utiliza las fuerzas que tiene en la mano. Cuando Bolívar arma contra la Santa Alianza imperialista y reaccionaria y la excluye de su Liga, sigue una política racional con respecto a las "potencias centrales" de su tiempo. Y cuando pide la unión de las naciones latinoamericanas con los países liberales extranjeros, Inglaterra, Estados Unidos, quiere agrupar, para defenderlos mejor, todos los pueblos que viven bajo un régimen de democracia y de libertad.

Por desgracia, la Liga del Libertador tropezó en América con obstáculos más serios que el escepticismo con que Europa recibiera en nuestros días el propósito wilsoniano. En otro estudio notó el autor de estas líneas que Bolívar era el único hombre que se daba entonces cuenta exacta de la solidaridad continental. Él concebía a América como una unidad moral que podría, en la diversidad armónica de sus pueblos, ejercer todas las actividades impulsada por un alma colectiva. Pero los hombres que gobernaban aquellas repúblicas fueron incapaces de alzarse por encima de las fronteras regionales y de seguir el potente vuelo del águila libertadora. En Buenos Aires, Rivadavia declaró enfáticamente que el congreso arbitral convocado por Bolívar era "una imitación inútil y peligrosa del consejo anfictiónico de la antigua Grecia". El Brasil permaneció neutral en el conflicto de España con los nuevos Estados: el emperador Pedro prometió enviar a Panamá plenipotenciarios que nunca llegaron. El gobierno chileno alegó, para retardar su decisión, la necesidad de consultar al parlamento.

Además, y ello tuvo influencia decisiva en el fracaso del Congreso, ni la política inglesa ni la de los Estados Unidos respondieron a las esperanzas del Libertador. Sería ocioso, por otra parte, examinar aquí las razones que movieron a los gobiernos británico y americano a adoptar una actitud desfavorable al proyecto.

La situación general de la América latina fue sin duda la causa que impidió establecer un acuerdo leal y fructuoso entre los diversos países. La guerra exterior apenas terminaba, se abría el ciclo de las revoluciones. Los nacionalismos se exaltaban y los pueblos, olvidando el bello propósito de unión y de confraternidad hecho en vista del peligro

común, recaían en el aislamiento, ahora agresivo, en que la política española les mantuviera hasta la emancipación. Una ola de reacción contra las tendencias unificadoras y el poder del Libertador se extendía sobre el continente. Desilusionada porque Bolívar rehusaba tomar parte en la guerra contra el Brasil, la Argentina no ocultaba su enfado. En Bolivia se preparaba la rebelión. En el Perú la presencia de guarniciones colombianas exasperaba los sentimientos populares, y la manera como la Constitución boliviana fue impuesta allí acabó por desatar un verdadero movimiento nacional. La gran Colombia marchaba hacia la disolución: Venezuela, Nueva Granada, Ecuador destrozaban locamente los lazos por los cuales el Libertador había unido sus destinos.

Una atmósfera de desconfianza rodea desde entonces a Bolívar. Se le acusa de aspirar al trono imperial o real, imputación pérfida cuyo eco se prolonga hasta hoy, gracias a la mala fe de adversarios humillados y, a veces, a la interpretación arbitraria de algún texto histórico. La verdad es que Bolívar no pensó jamás en la corona. No pensó porque si amaba mucho el poder y lo ejercía sin límites, la corona no podía dárselo mayor. No pensó porque amaba la gloria sobre todas las cosas y llevaba con soberbia un título único en la historia: "El título de Libertador, exclama, es el más alto a que pueda aspirar el orgullo humano: es imposible engrandecerlo". Nunca Bolívar habría consentido en remedar a Napoleón, ni a nadie: "Yo no quiero ser César o Napoleón, menos aún Iturbide", fue su respuesta a cuantos le incitaban a subir al trono. El Libertador, por otra parte, juntaba al más noble patriotismo notable sentido político y sabía que, en América, toda aventura de este género estaba inevitablemente condenada a fin funesto, como lo probaron los acontecimientos de México. Pedía la dictadura, por creerla necesaria durante el período de organización de los países libertados: en verdad, siempre la ejerció y por espacio de quince años, bajo formas legales, gobernó como autócrata glorioso y bienhechor. Buscaba la unión de las naciones americanas, para formar un haz de estas partes independientes más solidarias. Ahora bien: Colombia y el Perú no querían ya la dictadura, por brillante que fuese; América no comprendía las ventajas

de la unión. Además, la enfermedad, la implacable tisis que roía el organismo del héroe y debilitaba progresivamente su voluntad y sus energías sobrehumanas, le privaría bien pronto de capacidad para dominar la situación.

Desde 1826, año del Congreso, Bolívar se dio cuenta de la inutilidad de su esfuerzo. Puede leerse en una de sus cartas, fechada el 8 de agosto y dirigida al general Páez, jefe superior de Venezuela, esta confesión dolorosa: "El Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si fuera eficaz, se parece a aquel loco griego que pretendía conducir los navíos desde una roca. Su poder será una sombra; sus decretos, consejos: nada más". Poco más tarde expresa su desencanto con este apóstrofe terrible: "No hay fe en América ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; y la vida es un tormento".

Los tratados y convenciones firmados en Panamá, en efecto, no tuvieron consecuencias. Poco después Colombia y el Perú se hicieron la guerra. La reacción contra el nombre de Bolívar arrastró en su corriente el magnífico ideal y condenó sin remedio este programa de política útil y vasto.

No obstante, la humanidad entera desea hoy realizar el intento del Libertador. Después de la sangrienta prueba de la guerra, el mundo va a ensayar la aplicación de una nueva concepción de la confraternidad de los pueblos y a extraer de ella una paz durable y justa. Y si bien el mérito principal de esta tentativa debe atribuirse a la América del Norte y al presidente Wilson, será eterno honor para la América latina haber formulado, hace un siglo, los principios de la Sociedad de las Naciones.

Berna, junio de 1919.

IDEAS RELIGIOSAS Y FILOSÓFICAS DE BOLÍVAR[92]

Bolívar era deísta y cuando tuvo que manifestar sus ideas religiosas díjose cristiano católico. Se sirvió frecuentemente de las creencias del pueblo para fines políticos y como legislador supo amalgamar en las teorías un volterianismo indudable con los escrúpulos y el fanatismo de la opinión. En este punto, como en todos, mostró el Libertador amplitud de miras y perfecto conocimiento de la realidad y de las necesidades nacionales. Verdadero hombre de Estado, desarrollaba sus planes con oportunismo, aprovechando igualmente las iniciativas de su genio y los recursos del medio y dejando una parte del éxito a la evolución social. El doctor Gil Fortoul señala el pensamiento de Bolívar, al recordar las declaraciones de este a un viajero norteamericano: "Cuando se formó la Constitución de Colombia, conociendo que no sería admitida la tolerancia de ninguna otra religión sino la católica, puse yo cuidado en que no se dijese nada sobre religión, de manera que, como no hay una cláusula que prescriba la forma de culto, los extranjeros adoran a Dios como les parece. El pueblo de Colombia no se halla preparado todavía para ningún cambio en materia de religión. Los sacerdotes tienen grande influencia con las gentes ignorantes. La libertad religiosa debe ser consecuencia de las instituciones libres y de un sistema de educación general"[93]. En la Constitución de Bolivia aplicó el Libertador estos principios y los razonó en la forma delicada y respetuosa que convenía, en su mensaje al Constituyente de aquella República. "Legisladores, dice: Haré mención de un artículo que, según mi conciencia, he debido

---

92 Véase el *Bulletin de l'Amérique Latine*, Paris, N[os] 9 y 10, junio-julio de 1919.

93 *Historia constitucional de Venezuela*, vol. 19, p. 318.

omitir. En una constitución política no debe prescribirse una profesión religiosa; porque según las mejores doctrinas sobre las leyes fundamentales estas son las garantías de los principios políticos y civiles; y como la religión no toca a ninguno de estos derechos, ella es de naturaleza indefinible en el orden social y pertenece a la moral intelectual. La religión gobierna al hombre en la casa, en el gabinete, dentro de sí mismo: solo ella tiene derecho de examinar su conciencia íntima. Las leyes, por el contrario, miran la superficie de las cosas: no gobiernan sino fuera de la casa del ciudadano. Aplicando estas consideraciones ¿podrá un Estado regir la conciencia de los súbditos, velar sobre el cumplimiento de las leyes religiosas, y dar el premio o el castigo, cuando los tribunales están en el cielo y cuando Dios es el juez? La inquisición solamente sería capaz de reemplazarlos en este mundo. ¿Volverá la inquisición con sus teas incendiarias? La religión es la ley de la conciencia. Toda ley sobre ella la anula porque imponiendo la necesidad al deber, quita el mérito a la fe, que es la base de la religión. Los preceptos y los dogmas sagrados son útiles, luminosos y de evidencia metafísica; todos debemos profesarlos, mas este deber es moral, no político. Por otra parte, ¿cuáles son en este mundo los derechos del hombre hacia la religión? Ellos están en el cielo; allá el tribunal recompensa el mérito y hace justicia según el código que ha dictado el Legislador. Siendo todo esto de jurisdicción divina, me parece a primera vista sacrílego y profano mezclar nuestras ordenanzas con los mandamientos del Señor. Prescribir, pues, la religión no toca al legislador, porque este debe señalar penas a las infracciones de las leyes, para que no sean meros consejos. No habiendo castigos temporales, ni jueces que los apliquen, la ley deja de ser ley. El desarrollo moral del hombre es la primera intención del legislador: luego que este desarrollo llega a lograrse, el hombre apoya su moral en las verdades reveladas y profesa de hecho la religión, que es tanto más eficaz, cuanto que la ha adquirido por investigaciones propias. Además, los padres de familia no pueden descuidar el deber religioso hacia sus hijos. Los pastores espirituales están obligados a enseñar la ciencia del cielo: el ejemplo de los verdaderos discípulos de Jesús, es el maestro más elocuente de su divina moral, pero la moral no se manda, ni el que manda es maestro,

ni la fuerza debe emplearse en dar consejos. Dios y sus ministros son las autoridades de la religión que obra por medios y órganos exclusivamente espirituales, pero de ningún modo el cuerpo nacional, que dirige el poder público a objetos puramente temporales"[94].

Es evidente que el Libertador distingue aquí la idea religiosa pura de la idea de moral ciudadana, o sea del conjunto de principios que hacen a los hombres cívicamente virtuosos y para cuyo fomento y desarrollo propusiera, en Angostura, su poder moral. La derrota del proyecto, que fue calificado de inquisitorial, no influyó sensiblemente en su manera de ver puesto que en 1823 escribe todavía: "Defienda Ud., mi querido amigo, mi poder moral: yo mismo que soy su autor no espero para ser bueno sino que haya un tribunal que condene lo que las leyes no pueden impedir; quiero decir, que mis propias flaquezas no esperan para corregirse sino un tribunal que me avergüence. Este móvil de la vergüenza es el infierno de los despreocupados y de los que se llaman filósofos y hombres de mundo. La religión ha perdido mucho su imperio y quizás no lo recobrará en mucho tiempo, porque las costumbres están en oposición con las doctrinas sagradas. De suerte que si un nuevo sistema de penas y castigos, de culpas y delitos, no se establece en la sociedad para mejorar nuestra moral, probablemente marcharemos al galope hacia la disolución universal. Todo el mundo sabe que la religión y la filosofía contienen a los hombres, la primera por la pena, la segunda por la esperanza y la persuasión. La religión tiene mil indulgencias con el malvado, la filosofía ofrece muchos sistemas encontrados que favorecen alternativamente los vicios: la una tiene leyes y tribunales estables, pero la otra no tiene más que profesores sin códigos y sin establecimientos fijos y autorizados por ninguna institución política. De aquí deduzco yo que debemos buscar un medio entre estos dos extremos creando un instituto autorizado por las leyes fundamentales y por la fuerza irresistible de la opinión"[95].

---

[94] El Libertador al Constituyente de Bolivia, mayo de 1826.

[95] El Libertador a D. Rafael Arboleda. Guayaquil, 15 de junio de 1823.

Bolívar abandona de hecho, sin embargo, la honrada utopía, y cuando ejerce la dictadura legal de Colombia, en 1828, no se ocupa en mejorar la moral de los ciudadanos y se decide francamente a utilizar las fuerzas reales que le brindan el clero y la religión para mantener su autoridad y el conservatismo que únicamente pueden salvar a la República. No es el catolicismo, entonces, el inspirador de Bolívar. Es la aplicación del clericalismo político como arma para combatir la demagogia revolucionaria. Es necesario darse cuenta exacta del estado político de Colombia en aquella época para explicar la reacción que prohibió leer en la Universidad las obras de Bentham e instituyó una cátedra de "fundamentos y apología de la religión católica romana", conforme al decreto de 20 de octubre que reformó el plan de estudios[96]. La política tiene duras imposiciones y Bolívar no podía escapar a ellas. Una simple conveniencia de esa índole le hizo, según decía, abandonar la francmasonería, a la que adhiriera en sus mocedades como la mayor parte de los suramericanos que, en Europa, trabajaron por la independencia[97]. En carta a Rafael Arboleda, indica el Libertador su propósito de aprovechar el factor religión para sostener el orden. "Me dice Ud. que el artículo de religión no ha sido puesto al acaso. Yo lo entiendo muy bien y estamos más que de acuerdo con respecto a la religión: este es el grande entusiasmo que yo deseo encender para oponerlo contra todas las pasiones de la demagogia, pues el de la guerra no puede prender sino en los jóvenes ricos, pero no en el bajo pueblo..."[98].

Más tarde, en los días postreros de su vida, el Libertador hace un voto solemne ante los representantes de la nación colombiana: "Permitiréis que mi último acto sea recomendaros que protejáis la religión santa que profesamos, fuente profusa de las bendiciones del cielo"[99].

---

96 Véase a Gil Fortoul, quien dice que Bolívar "empezó por olvidar los principios constitucionales que había profesado toda su vida, o por no ver en ellos sino la fase autocrática y despótica". *Loc. cit.*, vol. 1º, p. 443.

97 Véanse en el *Diario de Bucaramanga* (p. 94) los conceptos ingenuos que Perú de Lacroix puso en boca de Bolívar sobre la francmasonería y sus símbolos. Durante la Dictadura, dice Restrepo, el Libertador "ridiculizaba con mucha fuerza las logias masónicas".

98 Bogotá, 29 de julio de 1828.

99 El Libertador al Constituyente de Colombia, 20 de enero de 1830.

Sin embargo, la expresión pública de ciertos pensamientos no impide a Bolívar guardar por las cosas de religión un poquillo de desdén, conforme con sus ideas generales y su educación, desdén que, a las veces, se revela bajo el manto de la ironía. Gran señor epicúreo, organismo solicitado con igual fuerza por la vigorosa acción y los placeres sensuales, cerebro de enciclopedista e hijo del siglo, poco había en su temperamento y en su educación que hiciese de él un verdadero católico.

Gil Fortoul le cree apenas cristiano o simplemente deísta[100]. "*La Profesión de fe del Vicario Saboyano* le sirve de religión", escribe Mancini[101]. "Respetaba la religión católica –apunta Restrepo– aunque sus opiniones fueran libres y dirigía su culto a la Divinidad"[102]. En el fondo, el Libertador era un religioso a lo Rousseau, un impío socrático que no vacilaba en sobreponer la moral a las iglesias y Dios a los dioses.

El general Perú de Lacroix nos da en el *Diario de Bucaramanga*, detalles interesantes sobre la vida ordinaria de Bolívar y sobre sus prácticas e ideas religiosas. Durante su permanencia en aquella ciudad, el Libertador iba a misa todos los días de fiesta con gran compostura y respeto. Alguna vez hizo decir por un edecán al doctor Moore, durante el oficio divino, que era inconveniente cruzar las piernas en la iglesia. Por lo demás, no se persignaba jamás e ignoraba igualmente cuando debía arrodillarse o quedar de pies. En el curso de la ceremonia leía con mucha atención "un tomo cualquiera de la Biblioteca Americana", tal como Felipe de Orleans asistía a tres misas consecutivas sin levantar los ojos de un libro de... Rabelais.

En ocasiones, Bolívar diserta con dureza y vehemencia acerca de cuestiones religiosas y clericales, especialmente sobre el clero colombiano. Ataca el culto de las imágenes, que califica de grosera idolatría, se burla de la Virgen de Chiquinquirá[103] y llama a los sacerdotes hipócritas

[100] *Loc. cit.*, I, p. 495.

[101] *Bolivar et l'Émancipation des Colonies espagnoles*, p. 149.

[102] *Loc. cit.*, IV, p. 415.

[103] Imagen venerada en Colombia y en Maracaibo (Venezuela), a la cual se atribuyen muchos milagros.

e ignorantes. "Mi médico –dice– es para mí un mueble de lujo y aparato, no de necesidad; lo mismo que me pasa con mi capellán a quien he despedido". El oficial francés agrega: "El Libertador prosiguió diciendo que todo esto lo decía como pensador y que tales eran sus ideas como particular, como hombre, pero que como ciudadano respetaba las opiniones recibidas y como jefe del Estado había protegido y siempre protegería la religión católica que es, puede decirse, no solo dominante sino universal en Colombia"[104].

Durante la tremenda lucha momentos hubo en que, ante el apoyo prestado por los sacerdotes al enemigo, rompió en invectivas contra las dos instituciones que combatían la revolución: "Usted dirá, escribe a Peñalver, que toda la tierra tiene tronos y altares; pero yo responderé que estos monumentos antiguos están todos minados con la pólvora moderna y que las mechas encendidas las tienen los furiosos, que poco caso hacen de los estragos"[105]. De Kingston responde, con fina ironía, a las insinuaciones de aquel caballero inglés que no conocemos: "Pienso como usted que causas individuales pueden producir resultados generales, sobre todo en las revoluciones. Pero no es el héroe, gran profeta, o dios del Anáhuac, Quetzalcóatl, el que es capaz de operar los prodigiosos beneficios que usted propone. Este personaje es apenas conocido del pueblo mexicano, y no ventajosamente porque tal es la suerte de los vencidos aunque sean dioses... Nuestros mexicanos no seguirían al gentil Quetzalcóatl, aunque apareciese bajo las formas más idénticas y favorables, pues que profesan una religión la más intolerante y exclusiva de las otras. Felizmente los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa Virgen de Guadalupe por reina de los patriotas, invocándola en todos

---

104 *Loc. cit.*, pp. 90, 100, 138, 167, 213. En su *Delirio*, cuando en la cima de los Andes su propia grandeza parece confundirse con la gloria nacional y la majestad del universo, Bolívar se siente poseído por el Dios de Colombia, Jehovah guerrero y libertador, que armara su brazo de la espada redentora de los humanos... Bolívar ve a Dios sobre las nieves del Chimborazo, como le vio Moisés en la zarza ardiente del Sinaí, la poderosa diestra extendida sobre su pueblo, dictando a Israel la ley suprema de salud.

105 El Libertador a Peñalver. Cuenca, 26 de septiembre de 1822.

los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión, que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en México es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta"[106]. Acaso el Libertador pensara, antes de Lamartine, que el único milagro que salva a los pueblos en el momento supremo es el patriotismo.

La experiencia del poder y su criterio sereno mostraron a Bolívar como es conveniente y equitativo temporizar con las creencias religiosas del pueblo, y que gran partido puede sacarse de estos sentimientos generales, si se les utiliza para fines políticos. En su vasto plan de organización de nuestros países, el Libertador había necesariamente recurrido a los elementos conservadores para detener el desbordamiento demagógico. El clero, omnipotente en América, era una fuerza de resistencia indispensable y he allí por qué Bolívar, legislador, se guardó de establecer en sus Cartas principios exagerados que hubiesen elevado entre la República y la Iglesia barreras infranqueables y mantuvo siempre con la última y sus ministros cordiales relaciones. En aras del interés social, sacrificó el Libertador los restos de jacobinismo que hubiera podido conservar su cerebro cesáreo, a los diez años de mando: orden y estabilidad fueron, en aquel medio convulso, los primordiales objetos de la política bolivariana.

Cuando la expedición del duque de Angulema y los proyectos atribuidos a la Santa Alianza inquietaron a América, por el temor de una reconquista, Bolívar se ocupó activamente en preparar la defensa nacional, no solo por medios materiales, sino recurriendo a la propaganda moral y religiosa, para levantar el ánimo de las poblaciones e interesarlas en la suerte de la patria: "No se le olvide a usted, dice en una posdata al general Santander vicepresidente de Colombia, hacer declarar una

[106] Kingston: 6 de septiembre de 1815. Un hecho análogo al recordado por Bolívar se produjo en el extremo sur del continente. Se sabe que el general argentino Belgrano detuvo en el campo de carreras la procesión de la Virgen de las Mercedes para entregar a esta el bastón de mando y proclamarla Generala del ejército de Buenos Aires.

cruzada contra los herejes y ateos franceses, destructores de sus sacerdotes, templos, imágenes y de cuanto hay de sagrado en el mundo. El obispo de Mérida[107] y todos los fanáticos pueden servir en este caso en los templos, en los púlpitos y en las calles"[108].

Bolívar tuvo necesidad más de una vez de consagrar su atención a la obra de apaciguamiento religioso interior y de consolidación del organismo moral de Colombia. En el momento de iniciar la rápida campaña del Ecuador, en la cual recogió los laureles de Bomboná y que valió a Sucre la gloria precursora de Pichincha, vémosle dar pruebas de consumada habilidad en sus negociaciones con el obispo de Popayán, prelado recio e intolerante, espíritu de la resistencia pastusa a las ideas revolucionarias. Habla entonces el Libertador un lenguaje manso y apostólico, que adormece la suspicacia de monseñor Jiménez y atenúa sus escrúpulos ortodoxos: "Cuando nuestros gobiernos republicanos, escribe al agrio pastor, por su demasiada liberalidad parecían amenazar a la Iglesia, a sus ministros y aun a las leyes santas que el cielo nos ha puesto para nuestra dicha y salvación, V. S. I., con algún género de justo temor prefería la obediencia de un gobierno absoluto y fuerte a un gobierno laxo por su naturaleza y también frágil por su estructura. La revolución de España ha pesado tanto en la balanza de este equilibrio religioso, que todo el temor se ha cargado sobre la conciencia de los españoles europeos, y toda la seguridad se ha venido a la conciencia de los republicanos de América. V. S. I. puede informarse, por los recién venidos de España, cuál es el carácter antirreligioso que ha tomado aquella revolución; y yo creo que V. S. I. debe hacernos justicia con respecto a nuestra religiosidad, con solo echar la vista sobre esa Constitución que tengo el honor de dirigirle,

---

[107] Monseñor Lasso de la Vega, después obispo de Quito, hombre de gran valer, conocido por su fidelidad al rey y luego por sus ideas monárquicas. El historiador Groot cuenta que, por marzo de 1821, hallándose el Libertador en Trujillo, fue invitado por el obispo a venir a la iglesia. "La contestación fue, dice el prelado, presentárseme a dicha puerta, teniendo yo el mayor gozo de verle edificar a todo aquel pueblo, arrodillándose a besar la cruz, y luego en las gradas del presbiterio, hasta que, concluidas las preces, di solemnemente la bendición". Véase Doc., tomo VIII, p. 456.

[108] El Libertador al general Santander. Lima, 11 de marzo de 1824.

firmada por el santo obispo de Maracaibo[109], cuya conciencia delicada es un testimonio irrefragable de la buena opinión que hemos sabido inspirarle por nuestra conducta. Aquel obispo, como el de Santa Marta y el de Panamá, principal agente de su insurrección, muestran bien cuán acepta es a la verdadera religión la profesión de nuestros principios. El ilustrísimo señor arzobispo de Lima ha dado un grande ejemplo de esa misma sumisión a nuestro sistema, y el ilustrísimo señor obispo de Puebla, tío del señor general Iturbide, es el motor único del gran trastorno que ha sucedido en México. Aquel obispo era más adicto a Fernando VII que V. S. I. mismo: él fue uno de los peores enemigos de la Constitución, mucho más aún de las insurrecciones. Pero al ver brotar del fondo del infierno un torrente de maldición y de crimen, arrollándolo y asolándolo todo en la Iglesia española, el obispo de Puebla no pudo salvar la suya sino poniendo el mar entero entre México y España. Si V. S. I. estuviera en comunicación con el gobierno español y hubiese recibido esas fulminaciones atroces, dictadas por el desenfreno de una impiedad sin límites, V. S. I. sería otro obispo de Puebla"[110].

Reacio se mostraba el prelado a aceptar la independencia, prefiriendo, decía, abandonar su solio. Bolívar insiste, acariciador: "Por otra parte, Ilustrísimo Señor, yo quiero suponer que V. S. I. está apoyado sobre firmes y poderosas razones para dejar huérfanos a sus mansos corderos de Popayán; mas no creo que V. S. I. pueda hacerse sordo al balido de aquellas ovejas afligidas y a la voz del gobierno de Colombia que suplica a V. S. I. que sea uno de sus conductores en la carrera del cielo". E indica los resultados fatales que traería a la Iglesia el propósito episcopal: "Mientras Su Santidad no reconozca la existencia política y religiosa de la nación colombiana, nuestra Iglesia ha menester de los ilustrísimos obispos que ahora la consuelan de esta orfandad, para que llenen en parte esta mortal carencia. Sepa V. S. I. que una separación tan violenta en este hemisferio, no puede sino disminuir la universalidad de la Iglesia

[109] El obispo de Mérida de Maracaibo, miembro del Constituyente del Rosario.

[110] El Libertador al obispo de Popayán, 31 de enero de 1822. Bolívar alude aquí a la Constitución impuesta a Fernando VII por los liberales españoles.

romana, y que la responsabilidad de esta terrible separación recaerá muy particularmente sobre aquellos que, pudiendo mantener la unidad de la Iglesia de Roma, hayan contribuido, por su conducta negativa, a acelerar el mayor de los males, que es la ruina de la Iglesia y la muerte de los espíritus en la eternidad"[111].

Como es sabido, la habilidad y la firmeza de Bolívar eliminaron de la política interior el arduo problema pastuso y hubieron razón de la tenacidad vendeana de aquellos habitantes.

Bolívar, jefe del gobierno, defiende siempre las prerrogativas del Estado. En la Constitución para Bolivia prevé la adopción de una ley de patronato de la Iglesia católica semejante a la dictada por el Congreso colombiano en 1824, la cual declara a la República heredera de los derechos y regalías de la Corona de España y cuyas disposiciones fueron aplicadas enérgicamente por Bolívar mismo. El Libertador protege la Iglesia sin que tolere, no obstante, sus tentativas de dominación o independencia, como institución que debe contribuir al mantenimiento del orden público y a la paz de las conciencias. A su juicio, como según el espíritu y la letra de la citada ley, los obispos y curas son funcionarios del Estado. Un obispo no puede obedecer al papa, si para ello contraría las leyes nacionales y las órdenes del gobierno. El concordato –tradición española, reciente ejemplo de Napoleón– regulará las relaciones de la República con el Vaticano.

Bolívar se confesó y recibió los demás sacramentos de la Iglesia, algunos días antes de su muerte. El doctor Reverend da cuenta de los últimos instantes de aquel y de su narración parece desprenderse que el egregio moribundo estaba en el dominio cabal de sí mismo cuando le exhortara a confesión el obispo de Santa Marta. No fue, ciertamente, el Libertador quien exigió que trajesen a monseñor Esteves para salir de aquel "laberinto" como él mismo exclamara "con voz moribunda". El general Montilla llamó la atención al doctor Reverend sobre la situación de Bolívar y le insinuó la conveniencia de hacer saber a este cuán grave

111 *Id. id.* Cuartel General de Pasto, 10 de junio de 1822.

era el estado de su salud. Negóse a ello Reverend, pero entrambos convinieron en que fuese el obispo quien le aconsejase "arreglar sus cosas espirituales y temporales"... El propio día administróle los sacramentos el cura de Mamatoco, acompañado de algunos indígenas de la feligresía. Ignórase la fecha de tal acto, pero es probable que aconteciera en la noche del 9 de diciembre, pues el 10 leía el escribano Noguera la Proclama a los Colombianos, y entre las personas presentes se encontraba el obispo Esteves: se sabe que esta lectura fue posterior a la confesión. De haber sido el día 9 –y la costumbre de administrar los sacramentos cuando el enfermo está en trance de muerte permite creerlo– Bolívar delirara durante la confesión, porque en el diario clínico que llevó piadosamente, hora por hora, el médico francés, este dice que el día 9 observó "*algún delirio*"... "*Cuando se le preguntaba a Su Excelencia si tenía dolor*, *siempre contestaba que no; por lo que se conocía que el sistema nervioso estaba atacado*...". Bolívar deliraba en la noche, a causa de la fiebre vespertina, y después sentía el pesar de verse perdido irremediablemente[112].

Un párrafo de Restrepo parece indicar, en verdad, que cuando Bolívar recibió los sacramentos estaba en pleno ejercicio de sus funciones intelectuales[113]. El doctor Gil Fortoul, al contrario, cree que la confesión demuestra que el espíritu del grande hombre no era ya sino una sombra[114]. Pero cualesquiera que hayan sido las circunstancias, es un hecho que Bolívar murió en el seno de la Iglesia y nada permite dudar de su sinceridad. En último análisis, puede admitirse que el Libertador evolucionó en materia religiosa y que su espíritu, abandonando progresivamente las ideas brillantes de la juventud, buscó nueva orientación bajo la influencia de la edad y del medio y por la conciencia de sus graves responsabilidades.

---

[112] La cuestión, no resuelta aún, de saber si fue el obispo o el cura quien administró a Bolívar los últimos sacramentos es de interés secundario. El hecho histórico de la confesión parece establecido. Sobre el delirio del Libertador se puede consultar con provecho la obra del doctor Carbonell: *Psicopatología de Bolívar*, París, 1916.

[113] *Loc. cit.*, IV, p. 412.

[114] *Loc. cit.*, I, p. 495.

Acaso no existan elementos suficientes que permitan precisar las ideas de Bolívar en cuanto a filosofía especulativa, pero es natural que haya seguido al respecto las influencias predominantes en su época. Las doctrinas de Locke, Condillac, Holbach y Diderot debieron, sin duda, dirigirle hacia el sensualismo, el naturalismo y la creencia en la transformación y el progreso universales. Es probable que haya profesado los principios éticos de Spinoza[115] y que el vasto sistema panteísta del israelita de Ámsterdam sedujese su espíritu.

El concepto de la virtud es en Bolívar digno del estoico Marco Aurelio, y el Libertador tiene de este la serenidad y el amor desinteresado por el bien y la verdad. Pensamientos suyos ofrecen el corte de las sentencias del emperador filósofo: "El fruto de la injusticia, dice, es amargo para todos". O bien: "La clemencia con los criminales es un ataque a la virtud". La tristeza y el pesimismo que, sobre todo en sus últimos años, se convirtieron en morbosos, le llevaron al renunciamiento: "La vida es un mal; la muerte es la cura de nuestro dolor"[116]. Sin embargo, la acción había sido siempre la razón de su existencia[117]: "Una vida pasiva e inactiva –leemos en una de sus cartas al mariscal Sucre– es la imagen de la muerte, es el abandono de la vida, es anticipar la nada antes de que llegue".

El *Diario de Bucaramanga* presenta algunos datos sobre las ideas del Libertador acerca del origen de la vida y la naturaleza del alma. Allí le vemos ridiculizar a Tales por sus opiniones sobre Dios y el alma, sobre el principio húmedo, amorfo y eternamente móvil, causa primera del universo. Otra vez nos expone su pensar con precisión: "No gusto, dice, de entrar en metafísicas, que descansan sobre bases falsas. Me basta saber y estar convencido de que el alma tiene la facultad de sentir, es decir, de recibir las impresiones, pero que no tiene la facultad de

---

115 Ver en el *Bulletin de la Bibliothèque Américaine* del mes de noviembre de 1912: "Les Caractères de la littérature de l'Amérique Latine", por Oliveira Lima. Ver también a Gil Fortoul, *loc. cit.*, I, p. 205.

116 A Joaquín Mosquera. Guayaquil, 3 de septiembre de 1829.

117 Gil Fortoul, *loc. cit.*, I, p. 205.

pensar, porque no admito ideas innatas". "El hombre, continúa, tiene un cuerpo material y una inteligencia representada por el cerebro, igualmente material, y, según el estado actual de la ciencia, no se considera a la inteligencia sino como una secreción del cerebro; llámese, pues, este producto alma, inteligencia, espíritu, poco importa, ni vale la pena disputar sobre ello; para mí, la vida no es otra cosa sino el resultado de la unión de dos principios, a saber: de la contractilidad, que es una facultad del cuerpo material, y de la sensibilidad, que es una facultad del cerebro o de la inteligencia. Cesa la vida cuando cesa aquella unión; el cerebro muere con el cuerpo y muerto el cerebro no hay más secreción de inteligencia. Deduzca usted de ahí cuáles serán mis opiniones en materias de Elíseo y de *Fánaro* (?), o Tártaro, y mis ideas sobre las ficciones sagradas que preocupan todavía tanto a los mortales"[118]. Todas las leyes de la vida reducidas a un mecanismo fisiológico: es la fórmula filosófica de Holbach. Hecha abstracción de la impropiedad de este lenguaje, que debe tal vez imputarse al general Lacroix, podríamos buscar la fuente de las ideas atribuidas al Libertador en la teoría de la irritabilidad que enseñó Glisson y, sobre todo, en la concepción de la vida desarrollada por Haller a mediados del siglo XVIII y según la cual las propiedades vitales serían la irritabilidad o contractilidad y la sensibilidad. Esta teoría es francamente materialista y sirve de apoyo a la doctrina llamada de las propiedades fisiológicas.

Bolívar proclama que está libre de supersticiones y de prejuicios. No cree en presentimientos ni en sueños, de los cuales "no deben hacer caso los verdaderos filósofos". Burla el demonio de Sócrates y la buena estrella de Napoleón[119]. No acuerda "a nuestra inteligencia, o si se quiere al alma, la facultad de antever los acontecimientos y de leer en el futuro", aun cuando reconoce que aquella puede, en ciertos casos, "juzgar que si hacemos tal o cual cosa, que si damos cual o tal paso, nos resultará un bien o un mal"; pero "ningún movimiento, ningún sentimiento interior

[118] *Loc. cit.*, pp. 113, 119.

[119] *Diario de Bucaramanga*, pp. 228 y ss.

puede pronosticarnos con certeza los acontecimientos venideros". Estas opiniones confirman sus tendencias materialistas.

En filosofía social Bolívar es un ecléctico sometido a muy diversas influencias. Sus teorías traducen a la vez los principios sensualistas de Helvecio, el intelectualismo de Montesquieu, los postulados igualitarios de Juan Jacobo y revelan, así, la completa asimilación de las doctrinas que forman el ciclo de la filosofía francesa durante los siglos XVII y XVIII. Locke, inspirador de esta, da al Libertador sus ideas respecto de la tolerancia y de las leyes constitucionales en materia de religión. Puede, en consecuencia, apreciarse el ascendiente ejercido sobre Bolívar por los grandes escritores entonces en boga: el liberalismo positivo del autor del *Ensayo sobre el gobierno civil* y la moral utilitaria de Jeremías Bentham, atenuados por el espiritualismo de los publicistas franceses. Montesquieu, Voltaire y Rousseau, junto con historiadores y poetas, son sus lecturas preferidas[120]. Juan Jacobo, sobre todo, ese "fenómeno histórico", como le llama Mancini siguiendo a Melchor de Vogue, y cuya influencia fue decisiva en la formación del mundo moderno, imprimió imborrable huella en el espíritu de Bolívar. Rousseau y Napoleón –afirma aquel escritor– son los padrinos de su genio. D. Simón Rodríguez ensayó hacer de su discípulo un *Emilio*. En carta fechada en Pativilca, Bolívar comprueba la influencia que su preceptor ejerciera sobre su educación espiritual, y aunque no convenga tomar a la letra tal confesión, el Libertador no escapó tal vez completamente a la seducción de las quimeras que poblaban el desordenado cerebro de Rodríguez. Mas, en general, sería prudente atribuir más bien a fuentes comunes la analogía de ideas que se observa entre maestro y discípulo.

El estilo del Libertador, nervioso, incorrecto y descuidado, pero de belleza y elocuencia notables, es un espécimen del lirismo que, por la misma época, fluye de la pluma de Chateaubriand y soberbiamente canta en las estrofas de Byron. La prodigiosa facultad de acción, la fantasía desbordante y la continua exaltación poética arrastran el alma española

120 *Diario de Bucaramanga*, pp. 134 y 168; O'Leary, Narración II, p. 31; Gil Fortoul, I, p. 200.

de Bolívar hacia el romanticismo literario y social. Es el más grande de los románticos americanos por sus ilusiones generosas, por su fe en un porvenir mejor, que renace sin cesar después de múltiples crisis de desesperanza, por su esfuerzo incansable tras un fin que le escapa siempre y hasta por su convicción íntima de que la fatalidad inexorable le condena a trabajar sin resultado, a "arar en el mar".

En 1830, cuando el romanticismo llega a su apogeo en Europa Bolívar muere, frente al mar, perseguido por el odio de los pueblos que ha libertado y por la cólera del destino, y esta muerte tiene el sello de una historia romántica. Habríase dicho que la bandera se arriaba entonces en la ribera misma de la patria.

BOLÍVAR Y SUS AMIGOS DEL EXTRANJERO[121]

Los historiadores no han dejado de indicar que la preferencia de Miranda por los extranjeros, en medio de los cuales había vivido siempre, no tardó en despertar la desconfianza de los patriotas venezolanos, tanto menos halagados por aquel sentimiento que el altivo generalísimo no trataba de ocultarlo absolutamente. Miranda desembarcó en Venezuela en uniforme de general francés y, puesto a la cabeza del ejército, se rodeó de oficiales europeos, haciendo ver en seguida que se proponía mandar las tropas revolucionarias, improvisadas y sin disciplina, como había mandado en Bélgica el ejército francés, dirigido por los primeros oficiales del mundo.

Conócese el calvario del Precursor de la libertad americana. En 1812 fue el desaliento, la ruina de todas las esperanzas, la capitulación. Cuando en La Guaira, a despecho de los tratados, Miranda fue puesto en prisión por los españoles, los patriotas de nuevo subyugados, no midieron la magnitud del sacrificio hecho por aquel hombre a la causa de la humanidad. Decían que había sido demasiado extranjero entre disciplina, como había mandado en Bélgica el ejército francés dirigido por los primeros oficiales del mundo[122].

---

[121] El presente artículo apareció, como el anterior, en el *Bulletin de l'Amérique Latine*. Lo tradujo y publicó en español la revista *Cultura Venezolana*, de Caracas (Nº 9, diciembre de 1919). Insertamos esa traducción con ligeras variantes de estilo. Nuestro propio texto español del artículo se ha extraviado.

[122] Estas afirmaciones, que eran todavía entonces generalmente repetidas y se apoyaban en todos los autores no corresponden a la realidad. (Nota de 1940).

Entonces surgió Bolívar. Como Miranda, es un europeo en el más amplio sentido del vocablo. Aristócrata de nacimiento, de educación, de gusto, debía serlo también en política. Ha viajado y observado. Sus lecturas, muy variadas, le dan, si no gran profundidad, por lo menos, ese conjunto de nociones generales que parece bastar a los genios universales. En esto Bolívar se parece a Napoleón y como él habla indistintamente de todo, sin incurrir nunca en lugares comunes y sin equivocarse casi nunca. Es vivaz y brillante, gran conversador, le gusta hacerse escuchar y, sobre todo, comprender. Por necesidad intelectual mantiene cerca de su persona a los más cultos de sus tenientes. Los venezolanos Soublette, Montilla, Urdaneta, Sucre, el granadino Santander, los ingleses Fergusson y Wilson, el irlandés O'Leary, el francés Perú de Lacroix son sus confidentes.

Bolívar posee el arte de manejar las multitudes y seducir a los hombres. Es un gran actor. Ved cómo va a conferenciar con Morillo, quien espera hallar en él un ogro. La entrevista se efectúa en el pueblo de Santa Ana, en plena cordillera de los Andes. El jefe de las tropas españolas llega rodeado de un estado mayor brillante y pintoresco, en gran uniforme, constelado el pecho de cruces y de placas. Bolívar viene sin escolta, de casaca civil azul y corbata blanca. Diríase un *muscadin* extraviado en el campo de Boulogne. En la salvaje decoración de nuestras montañas era el mismo hombre que, muy joven aún, paseaba en París, en los salones del Consulado, su actitud rebuscada y su elegante distinción. Morillo, seducido, hizo retirar la guardia y por la noche ambos adversarios durmieron en el mismo aposento. Celebróse el tratado de armisticio que fue obra de un gran diplomático. Años más tarde, en París, Morillo rogaba al general sir Gregor MacGregor que transmitiera a "su amigo" el Libertador sus cumplidos entusiastas. "Me encantaría, decía, recibir una carta de Bolívar". En 1822, el Libertador recibe en Guayaquil al general San Martín. Allí Bolívar quiere el campo libre, nada de rivales, las puertas del Perú francamente abiertas para conducir y concluir la guerra. Ambos están frente a frente. San Martín se sienta, trata de razonar, de argumentar; Bolívar se pasea a lo largo de la sala,

declama, ahoga el sólido buen sentido del ilustre argentino en el brillo de copioso discurso. El glorioso vencedor de Chacabuco, desilusionado, incómodo quizá ante su competidor, decide marcharse y por la noche, mientras Bolívar valsa, se escapa a Lima, donde abandona la vida pública. "El Libertador, escribe a O'Higgins, director de Chile, no es el hombre que imaginaba".

De regreso del Perú, Bolívar es recibido con solemnidad por el vicepresidente de Colombia, acompañado de los miembros del gobierno y de los grandes cuerpos del Estado. Sus adversarios habían emprendido ya la dura campaña que debía rematar en la ruina de la República. El Libertador llega a aquella recepción a la manera de Luis XIV, calzado de botas y espuelas, sable al cinto: es lo suficiente para dar a entender a los conspiradores que el amo vuelve más poderoso, más autoritario que nunca.

Es muy natural que semejante hombre haya podido imponerse al medio americano, dominar caudillos semibárbaros, hacer durante quince años la guerra más difícil y desoladora. Habíase adaptado rápidamente a las circunstancias. El general Perú de Lacroix, su edecán, relata sus proezas de jinete y Páez mismo, el legendario centauro de las pampas, quedaba maravillado al ver al Libertador pasar a nado ríos inmensos, domar potros salvajes, marchar sin detenerse día y noche. "Para mantener mi autoridad entre aquellas gentes, dirá Bolívar, era necesario demostrarles que lo que yo hacía, nadie podía hacerlo".

Pero hecho por necesidad caudillo, jefe por excelencia de la guerra americana, al conducir sus tropas a través de las ardientes llanuras del Orinoco, o sobre las cumbres heladas de los Andes, Bolívar no deja por eso de seguir atentamente el curso de los asuntos de Europa, cuyo desenlace prevé con sagacidad sorprendente. Sabe que su misión es de crear y civilizar tanto como de libertar. Para crear y civilizar ha menester Europa, porque América necesita del Viejo Mundo, no solo desde el punto de vista político sino también en cuanto a vínculos morales e intelectuales. Bolívar tiene, además, la pasión de la gloria: cree en ella

y la busca. Mas la gloria puramente americana no le basta y falta a su aureola la consagración que solo puede darle el antiguo continente. Al Libertador le gusta saber que el esplendor de su epopeya deslumbra a Europa, resonantes aún las victorias napoleónicas. Lisonjea a sus grandes amigos de ultramar, que llenan con su nombre las asambleas, la prensa y los salones. La amistad le une a hombres como La Fayette, sir Robert Wilson, O'Connell, Humboldt, Bentham, el abate de Pradt. Protege a Boussingault y pide al doctor Francia, el misterioso tirano del Paraguay, la libertad de Bonpland.

Así, su prestigio en Europa es considerable. Lord Byron desea ir a América para ver "la patria de Bolívar". José Bonaparte le hace preguntar por intermedio del coronel Wilson si aceptaría a su servicio al hijo de Murat y "habla del Libertador con entusiasmo, aunque conozca las ideas de este con respecto de su hermano". Skobisky, sobrino de Kosciusko, el hijo de O'Connell, un Ipsilanti, quieren también ser sus edecanes. Las Cases le envía el *Memorial de Santa Elena* con esta dedicatoria: "Hacer llegar a manos del Libertador los hechos, los pormenores íntimos de la vida de Napoleón, ¿no es reunir, aproximar dos grandes hombres?". El general inglés William Miller, que ha hecho bajo las órdenes de Bolívar la campaña del Perú, quiere dar a conocer en Europa la historia circunstanciada del héroe "cuyos principios, reglados por la naturaleza y la razón, le valen la admiración de los hombres y del universo civilizado".

Durante años existe apasionado interés por todo lo que se refiere al Libertador. "Si viniérais a Europa, le escribe su 'prima' Madame de Villars, vuestro viaje sería una serie ininterrumpida de triunfos y de honores, porque todo el mundo dice que vos sois el primer hombre del siglo". O bien: "Mi Carlitos tiene once años apenas y esperaré para bautizarlo a que vengáis y elijáis madrina. Todas las mujeres bellas de París se disputarían el honor de ser vuestra comadre porque aquí sois amado como un dios". La noble dama que ha consagrado a Bolívar un sentimiento tan firme y que al cabo de veinte años de ausencia, le envía "un puñal para que se defienda y su imagen como talismán", refiere al Libertador que el rey Luis XVIII en persona "le pidió su retrato, que entregó al duque

de Chaulnes, su primer gentilhombre, y que tuvieron en el palacio de las Tullerías durante ocho días". Os citaré las palabras del rey: "Señora, yo no viviré bastante para ver cumplido en su totalidad el bello destino de vuestro primo; pero si no le asesinan podréis algún día hacerle un gran servicio y hacerlo también a los franceses, cooperando a la unión de los intereses de ambos mundos". Y el monarca tranquilizó a Madame de Villars respecto a la suerte de su hijo, que el coronel marqués de Rochedragon quería expulsar del regimiento, a causa de una carta entusiasta que había dirigido a Bolívar.

Sir Robert Wilson siente hacia el Libertador admiración y amistad calurosas. "El retrato de vuestra Excelencia –escríbele– es el paladión de mi hogar". Pronuncia en el parlamento británico el elogio del grande hombre; defiende su conducta y exalta el mérito de la Constitución boliviana, de la cual dice que "será aceptada como la carta de la libertad y de la civilización y que la gratitud futura la saludará como una fuente de prosperidad y de dicha", y añade que "concentra todas las condiciones de estabilidad y de libertad que puede reunir una obra humana". En vísperas de Ayacucho el Libertador le escribe: "El vicepresidente de Colombia me ha escrito participándome que Ud. ha tenido la bondad de hacerme el precioso presente de dos libros de derecho y de guerra, de un valor inestimable: *El Contrato Social* y *Montecuculli*, ambos del uso del gran Napoleón. Estos libros me serán muy agradables por todo respecto. Sus autores son venerables por el bien y por el mal que han hecho; el primer poseedor es el honor y la desesperación del espíritu humano, y el segundo, que me ha honrado con ellos, vale para mí más que todos porque ha trazado con su espada los preceptos de Montecuculli y en su corazón se encuentra grabado el *Contrato Social*. Más tarde desde Potosí, en plena apoteosis, Bolívar vuelve a dar gracias a su amigo: "Muchas veces he dicho que estimo en más el concepto de un caballero como Ud. que el de naciones enteras. En el Parlamento Ud. ha querido relevar tanto mi conducta, que confieso con franqueza que Ud. más ha atendido en semejantes oportunidades a su pasión por la libertad, que a su respeto por la justicia".

Otro europeo que sigue con pasión la carrera de Bolívar y no escatima el elogio a su respecto, es el abate De Pradt, exarzobispo de Malinas, antiguo limosnero de Napoleón. El Libertador aprecia en su justo valor el entusiasmo del abate, agradeciendo debidamente los esfuerzos que hace para agradarle. "Es una gentileza de De Pradt, dice, ocuparse siempre en mi apología, pero me agradaría más que tomase mi defensa". Bolívar asigna al prelado, de su caja personal, una renta de tres mil pesos al año y se lo participa en estos términos: "De Pradt no teme a la censura porque es incorruptible, y Bolívar es incapaz de corromper a sus amigos porque nada puede pretender que no sea justo".

El exarzobispo no economiza el ditirambo al "hombre que ha libertado un Continente y llena el otro con su nombre". "La mano valerosa y sabia de Vuestra Excelencia, dice, ha consumado la obra más grande que el cielo ha encargado a un mortal, la de libertar un mundo entero, pues Colombia es la que ha libertado a América; ella es la que ha soportado todo el peso de la guerra: Vuestra Excelencia es el que ha roto para siempre el yugo de la Europa sobre la América...". "Jamás ha recibido el mundo de un mortal un beneficio tan puro y tan grande...".

Hay un título que honra grandemente al abate De Pradt y es su Memoria sobre el Congreso de Panamá. Muestra una comprensión exacta de la importancia de esta asamblea en la que Bolívar intentó no solo realizar la unión de los pueblos americanos, sino también dotar al mundo de un estatuto nuevo por el establecimiento del arbitraje obligatorio y la creación de un consejo anfictiónico, órgano de la Sociedad universal de las Naciones. Si De Pradt considerara, en este momento, las bases de la paz wilsoniana, se sorprendería de encontrar cómo se parecen a los principios que guiaron el pensamiento del Libertador al convocar el Congreso; principios claramente expuestos en la circular que Bolívar dirigió al respecto a los Estados americanos y en el programa de la asamblea. De Pradt ha oído la gran palabra que partirá de Panamá, declarando que "el derecho es una divinidad tutelar e imparcial para todos, extendiéndose a todo el mundo". De Pradt sabe que Panamá marca una fecha de la historia humana y "da nacimiento a una era nueva

en lo que concierne al derecho público de las naciones", porque "allí se proclamarán con una majestuosa y tranquila solemnidad los principios generales hacia los cuales se inclina complacida la atención del mundo". Fue el abate quien primero vio que el acto del Istmo era "un acto humano y universal".

Pero existe un hombre que, apóstol él mismo y soldado de la libertad, dedica al Libertador respeto y noble amistad. Encargado por la familia de Washington de entregar a Bolívar algunas reliquias del gran ciudadano de los Estados Unidos, La Fayette se mantiene en lo sucesivo en contacto con el héroe del Sur y es, en Europa, el defensor más solícito de su gloria. Nada tan hermoso como el sentimiento que inspira la correspondencia de aquellos dos hombres. Diríase que La Fayette quiere confirmar por su conducta con Bolívar sus títulos a la gratitud de América y de los amigos de la libertad. He aquí cómo desempeña su misión:

"Ese retrato del Libertador de la América del Norte lo regala a nombre de la familia del general Washington, mi afecto religioso y filial a su memoria. Hoy me encuentro encargado de una comisión muy honrosa. Al reconocer el exacto parecido del retrato me siento feliz, pensando que entre los hombres que viven, y aun entre todos los de la historia, no a otro sino al general Bolívar hubiera preferido ofrecerlo mi paternal amigo. ¿Qué más podría yo decir al gran ciudadano que la América meridional ha saludado con el nombre de Libertador? Nombre confirmado por ambos mundos al hombre que, dotado de una influencia igual a su desinterés, lleva en su corazón el amor a la libertad sin ninguna reserva, y a la república en toda su fuerza". "Los testimonios públicos de vuestra benevolencia y vuestra estima me autorizan para presentaros las felicitaciones personales de un veterano de la causa común, que próximo a partir para otro hemisferio, seguirá con sus votos el glorioso remate de vuestros trabajos y los de esa asamblea de Panamá, en donde quedarán consolidados y completos todos los principios de su ilustre hijo, de aquel que alcanzó igual gloria a la de Washington en la América del Sur".

Una carta del descendiente de Washington acompañaba a la de La Fayette:

"Libertador: Un americano de la familia de Monte Vernon os presenta, por las honorables manos del último de los generales del ejército de la independencia de la América del Norte, el buen La Fayette, una medalla conmemorativa del mérito y de la fama del hombre más verdaderamente grande y glorioso, dádiva de la antigua capital de su estado nativo y conservada en su familia desde la guerra de la Revolución. A este monumento acompaño un retrato del gran jefe que contiene una trenza de sus cabellos. Aceptad, Libertador, estas ofrendas tributadas a vuestras virtudes y a los ilustres servicios que habéis hecho a vuestro país y a la causa del género humano. Que ellas se conserven en los archivos de la libertad de la América del Sur, para que atraigan la veneración de los siglos futuros, y junto con las interesantes reliquias de sus jefes reciban el homenaje de todos los americanos que con pura y triunfante aclamación, os saludan como a *Bolívar el Libertador*, *el Washington del Sur*".

Ante este homenaje conmovedor, Bolívar se entusiasma y contesta a La Fayette:

"La familia de Washington me honra más allá de mis esperanzas aun las más imaginarias, porque Washington presentado por la Fayette es la corona de todas las recompensas humanas... ¡Ah!, qué mortal sería digno de los honores de que se dignan colmarme vos y Monte Vernon!".

Y a la familia:

"Aunque los papeles públicos me habían informado del glorioso don con que el hijo del gran Washington había querido honrarme, hasta este día no había recibido ni la santa reliquia del hombre de la libertad, ni la lisonjera carta de su digno descendiente... La imagen del primer bienhechor del Continente de Colón presentada por el héroe ciudadano general La Fayette y ofrecida por el noble vástago de esa familia inmortal, era cuanto podría recompensar el más esclarecido mérito del primer hombre del universo. ¿Seré yo digno de tanta gloria? No: más

la acepto con un gozo y una gratitud que llegarán, junto con los restos venerables del padre de la América, a las más remotas generaciones de mi patria".

Más tarde, en 1828, Mrs. Elisa Parke, nieta de la esposa de Washington, encarga al general d'Evereux de una misión igualmente conmovedora: hacer llegar al Libertador un paquete de cartas íntimas dirigidas a su esposa, durante la campaña, por el libertador de los Estados Unidos.

La correspondencia de Bolívar y La Fayette, franca y cordial, continúa en lo sucesivo. En diciembre de 1826, el general escribe: "Me siento penetrado de efusión y reconocimiento hacia Vuestra Excelencia con la carta que Vuestra Excelencia se ha dignado enviarme con el coronel Soyer. Nada puede exceder al elevado precio en que tengo vuestra estima y vuestra amistad; mi admiración y los votos que hago por Vuestra Excelencia datan de vuestros primeros esfuerzos por la causa patriota. Estos sentimientos se han fortificado cada año, con la vasta utilidad de vuestros triunfos, la fecunda beneficencia de vuestros talentos, la superioridad de vuestra abnegación republicana por causa de las ambiciones subalternas que han desconocido la verdadera gloria, y por el constante pensamiento de vuestra influencia en la libertad de ambos mundos. A todos estos títulos pasados, presentes y futuros, que tan fuertemente me ligaban a Vuestra Excelencia, yo me complazco en añadir el de amigo, pues que Vuestra Excelencia me ha autorizado para ello".

La Fayette informa a Bolívar que su amistad por él es el origen de numerosas peticiones de recomendación: "Los franceses que marchan para la América del Sur desean ser presentados a Vuestra Excelencia, dando con razón a esto el más alto precio". El viejo soldado aprovecha todas las ocasiones de dar al Libertador avisos llenos de prudencia sobre los escollos por evitar en su política y hacerle observaciones perspicaces sobre la situación europea. Nobles emisarios se encargan a veces de llevar aquellas misivas a América. "Esta carta, escribe el general, en marzo de 1827, la entregará a Vuestra Excelencia el coronel de Trobriand, relacionado con Vuestra Excelencia por lazos de parentesco y por quien tiene Vuestra Excelencia personal afecto. Sin embargo de

esto y por antiguos que sean los títulos que él tenga para con Vuestra Excelencia, no puedo dejar de decir a Vuestra Excelencia aquí que el señor de Trobriand, ex-coronel del 7º regimiento de húsares, ayudante de campo del mariscal Davoût, fue uno de los más valientes oficiales del ejército francés y de los más queridos y estimados de sus jefes y sus camaradas, cuyos sentimientos le han guardado, aun cuando en 1815 dejó el servicio militar".

Hacia la segunda mitad de 1830, Bolívar, traicionado por todos, sintiendo cercano su fin y viendo su obra zozobrar en el torbellino de las pasiones desencadenadas, dirige un postrer llamamiento a sus amigos para que tomen su defensa. En América triunfan la reacción, el fraccionamiento, el furor nacionalista que divide y enfrenta unas a otras aquellas pequeñas patrias de que él quiso hacer una sola patria fuerte y unida. En Europa, aumenta la desconfianza de la opinión liberal y Benjamín Constant, extraviado por errores de apreciación, le ataca y calumnia.

El Libertador sufre en lo más profundo de su corazón por aquel desconocimiento absoluto de sus sentimientos. Teme, sobre todo, el juicio de la historia. Con voz solemne, en plena conciencia de su propio valer, ruega al Congreso colombiano que acepte su dimisión: "Salvad mi gloria, exclama, salvad mi gloria, que es de Colombia". Suplica a sus amigos de Europa que esclarezcan la opinión, que muestren cuán difícil es mantener el orden y la libertad en medio del caos americano. "Lucho solo contra la mitad del mundo", escribe a sir Robert Wilson. Y en la angustia, se vuelve hacia su viejo amigo La Fayette y le pide "sus venerables consejos".

La Fayette siempre es fiel. "No, mi querido general, dice el veterano en una carta fechada en La Grange, el 1º de junio de 1830, yo no consentiré jamás en deprimir el gran nombre de Bolívar y en descender yo mismo hasta el punto de imputar a Vuestra Excelencia los inconvenientes y los deseos de una ambición vulgar. La corona fue para Napoleón una degradación, así como su segundo matrimonio fue una alianza inferior: no conoció cuánto le elevaba sobre los tronos de Europa una

magistratura popular, viniendo a estrellarse frente a una mezquina monomanía de poder los dones del carácter, del espíritu, del talento y la más bella probabilidad de una situación extraordinaria. Faltábale el entusiasmo abnegado que pide la causa de la humanidad y que mantendrá a Vuestra Excelencia, en un hemisferio esencialmente republicano, a la altura del título de Libertador tan justamente discernido a los nobles esfuerzos de Vuestra Excelencia y a los gloriosos resultados que ha alcanzado... Pero en la situación extraordinaria en que han colocado a Vuestra Excelencia sus grandes cualidades, para la libertad y la gloria de la América meridional, yo no he vacilado; y a pesar de todo lo que tiene de lisonjero y amistoso para mí el recuerdo de Vuestra Excelencia, no tengo como mérito haber defendido a Vuestra Excelencia contra imputaciones que repugnan tanto más a mis sentimientos, cuanto que yo mismo en mi esfera de acción he sido víctima de calumnias del mismo género, y que una equivocación de mi parte acerca del bello carácter de Vuestra Excelencia, me habría llenado de dolor".

Si algo podía consolar al Libertador, en las horas lentas de su agonía en la playa de Santa Marta, era, quizás, el último testimonio de confianza que le enviaba el viejo La Fayette, hombre que compartió con Miranda el honor insigne de servir de lazo de unión entre dos continentes y de haber demostrado, con sus actos, la solidaridad de los pueblos en la defensa de su libertad.

BOLÍVAR Y ROMA[123]

Durante el verano de 1805, una de esas tardes de Roma en que el sol pinta el cielo de maravillosos colores y clava sus últimas saetas en la cúpula de Miguel Ángel, el venezolano Simón Bolívar, de solo veintidós años de edad, ascendía a la cima de alguna de las insignes colinas y paseaba la mirada sobre la ciudad y el panorama de su campiña. Que Bolívar, aquel día, subiese al lejano Monte Sacro como él mismo y Rodríguez su compañero de viaje lo dicen, o a la Montana Sagrada del Aventino como es también verisímil; que pronunciara o no textualmente las frases que en todo caso empleó después su antiguo maestro de primeras letras para expresar erradas o personales ideas sobre Roma, es lo cierto que el joven caraqueño, llevado de su ardiente imaginación y anudando con ella el hilo de la historia romana al de su propia futura historia, juró, tendida la diestra hacia la Urbe inmortal, consagrar su vida a libertar la América española.

A su paso por Milán, Bolívar había asistido a la entronización de Napoleón como rey de Italia, había visto al conquistador poner sobre su cabeza la corona de hierro de los lombardos y resucitar el imperio de Carlomagno. Una gran tradición política volvía al Occidente latino, después de haber permanecido nueve siglos en el otro lado del Rin,

[123] *El Universal* de 17 de diciembre de 1930 publicó este prólogo precedido de una nota que dice: "Acaba de ver la luz pública en Roma, editada por el 'Instituto Cristóbal Colón', con el auxilio del gobierno de Venezuela, la versión italiana del libro *Bolívar* de nuestro colaborador doctor C. Parra-Pérez. Dicha traducción es obra del doctor Paolo Nicolai, joven intelectual de la nueva gloriosa Italia. El doctor Parra-Pérez habría querido componer un estudio de alguna extensión sobre el vasto y rico tema de la influencia de Roma en Bolívar. La falta de tiempo le ha obligado a limitarse a escribir el prólogo que a continuación publicamos".

refugiada en los caducos títulos de los emperadores germánicos. Los revolucionarios de 1793 exaltaron en sus discursos el nombre y los ejemplos de Roma republicana, sin honrar a esta ni imitar a aquellos. Bonaparte, imperator plebiscitario, apoderábase por su lado del vocabulario cesáreo y tentaba la gigantesca aventura que perpetúa como un símbolo la columna Vendôme.

Diez y siete años más tarde el Libertador aludirá irónicamente a la exaltación de Bonaparte, al escribir: "Iturbide se hizo emperador por la gracia de Pío, primer sargento". Mas en 1805 la sensibilidad del joven, su genio y sus ambiciones latentes recibieron para guardarla siempre la impresión de aquellos días de Italia transcurridos entre la apoteosis napoleónica y la contemplación de las ruinas augustas. La gloria de Roma, la incomparable sabiduría de sus leyes civiles, la secular solidez de sus instituciones políticas aparecen entonces en toda su magnitud al espíritu del viajero, tan curioso ya de lecturas clásicas como de autores del siglo XVIII. Por ese doble canal entran conjuntamente en el cerebro de Bolívar la Antigüedad y la Revolución, y se compenetran allí de tal manera que no será posible separarlas. A veces, una especie de interpretación o de adaptación revolucionaria de la Antigüedad falsea en Bolívar, como en Bonaparte, la comprensión de nociones y sistemas. Pero el primero, español genuino, es también como el corso un latino clásico por su pensamiento y su palabra. ¿No fue España la más latina de las provincias? Libertador y conquistador al mismo tiempo, triunfante del europeo enemigo y del reacio indígena, la voz de Bolívar resuena como aquella de Tito Quinto Flaminino, que en el lenguaje de la libertad anunciaba el orden romano a los griegos indóciles.

En el curso de su vertiginosa carrera, en la multiplicidad de sus posiciones históricas, Bolívar se compara con frecuencia a César o a Catón, aunque de este solo tenga la absoluta probidad. Cierta vez dice envidiar el papel de Bruto, mártir de las libertades públicas, ilustre asesino que con ellas defendía las ideas del patriciado, pero a quien los revolucionarios de toda época toman por un héroe plebeyo. Durante la contienda el Libertador lanza contra el régimen colonial español acusaciones que

desecha por inmerecidas la posteridad sosegada, y en su misión de renovador social, eupátrida disfrazado de jefe popular, conviértese como César en demagogo para beneficio de castas que, hostiles al principio, concluyen aprovechando sus iniciativas audaces. Oligarca y privilegiado, perteneciente a una familia que con algunas otras ejerce en la Colonia la "tiranía activa" y es "instrumento de opresión", es decir, ocupa los altos puestos del gobierno, Bolívar, en nombre de la libertad y en favor de la igualdad, ataca la oligarquía y destruye sus propios privilegios. Más tarde, ante el caos dejado por la Revolución, trata de reconstituir los cuadros políticos, la jerarquía y el equilibrio, de reponer el pacífico dominio de las altas clases en aquellas sociedades perturbadas. Su pensamiento de entonces se traduce en la dolorosa alusión: "Hemos sacrificado todos nuestros bienes en aras de uno solo: la independencia". Y antes mencionara a Sila como restaurador de la constitución romana. Estadista con ideas de aristócrata y tendencias de autócrata, Sila y César a un tiempo, sucesivamente demoledor, reconstructor, profeta de tiempos nuevos, la vida de Bolívar, enorme, esquiliana, representa el esfuerzo más considerable que haya hecho un hombre para amalgamar y sintetizar los contradictorios. Ese esfuerzo dilucida la ruina de muchas de sus ilusiones y en él consiste la grandeza de cuanto realizó.

Manifestaciones claras de la influencia de la historia grecorromana en Bolívar las tenemos en su invención del poder moral, que "extrae del fondo de la obscura Antigüedad", y en su proyecto de establecer una cámara de senadores hereditarios. Por medio de los censores o areopagitas prueba el Libertador a crear y conservar la virtud en la república. Con los senadores introduce un elemento ponderador en el mecanismo del poder público, porque "es un principio recibido en la política –afirma– que tan tirano es el gobierno democrático absoluto como un déspota". Por el contrario, obedeciendo a imperiosas razones que explican si no justifican su actitud, Bolívar contribuye a destruir el municipio, principal institución romana transportada a nuestra América, donde sirvió de base y órgano a las libertades efectivas de los colonos. Su error en este punto es persistente, y cuando en los últimos tiempos ejerce lo

que pudiera llamarse dictadura legal, suprime por decreto las municipalidades y da sus atribuciones a los jefes políticos y de policía, ciegos instrumentos del poder central. Sin embargo, el Libertador aprecia la eficacia histórica y civil de la citada institución y piensa que la duración de Roma se debió al solo hecho de haber esta guardado, al extender sus conquistas, las viejas leyes de república municipal.

Como jefe militar, Bolívar ejerce la dictadura a la romana, sin trabas ni contrapeso: primero, porque la guerra "se alimenta de despotismo", luego, porque la división del poder impide establecer el gobierno tal como lo concibe, ejecutor de "leyes inexorables". Para el dictador la disciplina es obligación natural y necesaria del cuerpo social: "¿A qué no se han sometido los hombres, a qué no se someterán todavía?". Al defender su gestión en la tremenda época de la Segunda República, se vale de una síntesis elocuente: "Los ejemplos de Roma eran el consuelo y la guía de nuestros conciudadanos". Mas, como es temporal el remedio de la dictadura, como los títulos de un soldado feliz al mando son precarios, Bolívar invoca el desprendimiento de Sila y pide se le deje volver a la vida privada: "Un hombre como yo es un peligro en un gobierno popular". Alguna vez responde al asalto de implacables adversarios con el acento desdeñoso de Escipión: "Estoy cansado de mandar esta república de ingratos". Atráelo por fortuna el ejercicio de la autoridad y las circunstancias le sujetan. Libertador de naciones, jamás podrá libertarse de sí mismo. Es el titán que ha luchado con los dioses para dar luz a los mortales y expía su crimen bajo el pico del buitre.

A la dictadura militar sucede en 1828 un verdadero cesarismo aplicado como sistema de gobierno. El procónsul victorioso envaina la espada, pero el magistrado conserva el azote bajo los pliegues de su toga. Después de haber buscado largo tiempo el apoyo de los restos de la oligarquía que han sobrevivido a la guerra, en pugna con el descontento o la abierta insurrección de los caudillos locales, que crearán en la desordenada vida de los nuevos Estados una especie de régimen feudal, proveniente, a no dudarlo, del espíritu mismo de las constituciones coloniales, grávidas de federalismo, el Libertador gobierna a Colombia

por medio de edictos y apela al pueblo como única fuente de la potestad que asume. Comienza la experiencia decisiva. Rompe entonces Bolívar con la Revolución y para restablecer la autoridad y la paz combate contra el liberalismo, fermento de guerra civil, solicita la alianza del clero y ensalza al ejército, ejecutor de la voluntad nacional.

El principio de la legitimidad, definido por la Santa Alianza en favor de las casas reinantes, trataba de establecerse en América en favor de los gobiernos de hecho, que libres del enemigo exterior habían de defenderse contra las sublevaciones legionarias y poner término a la discordia intestina. Uno de los puntos más interesantes del programa de Panamá consistía precisamente en la aplicación del principio legitimista y el hecho de que se emplease el aborrecido vocablo indica el cambio que, para 1826, se había efectuado en las concepciones políticas de algunos de los más notables directores de la Revolución suramericana. Mas la reacción que se inicia tiene carácter napoleónico, vale decir, que el jefe supremo pretende ejercer el poder omnímodo por delegación popular. Si Luis XIV había sido el Estado francés en virtud del derecho divino de los reyes, el Libertador es ahora el Estado colombiano en nombre del derecho divino de los pueblos. Empleando la fraseología de la Revolución que cree repudiar, Bolívar se eleva una vez más hasta Roma, clásica fuente del plebiscito, y en esta época con mayor precisión que en ninguna otra se sirve para el gobierno personal de la antiquísima fórmula, renovada por los ideólogos del 89 para glorioso provecho de Bonaparte. El principio, en cualquier medio que se lo aplique, produce virtualmente consecuencias idénticas. Que se apoye en la ley comicial de Roma, que resulte de la teoría revolucionaria como en Francia, o que venga a ser como en Colombia simple ficción e instrumento de un general feliz, el plebiscito confiere a su hombre la omnipotencia. En el último de estos países no se proponía la cuestión de regular el uso que del mando absoluto haría Bolívar, vasto y absorbente genio comparable solo a César o a Napoleón: tratábase de saber si sus contrarios y los males físicos le dejarían tiempo de ejercer dicho mando. Es imposible figurarse el destino de la gran República de haber Bolívar vivido diez

años más. Puédese presumir que el fracaso de la tentativa se debió a la lenta enfermedad que dio en tierra con el héroe y no a causas de índole política y social. Un gran tirano que dura, funda. Francia vive aún dentro de la armadura administrativa que le impuso el Consulado. El cesarismo bolivariano, prolongándose en una Colombia pacificada, habría cambiado tal vez el rumbo de nuestra historia.

Pero es menester concluir. No pueden el crítico y el atento observador de las cosas de la historia suspender sus juicios y recurrir al fácil juego de la hipótesis. Bolívar fue como el escultor que, siguiendo solo la fuerza de la inspiración, anhela traducir en la masa informe del barro toda la belleza de las ideas que se le agolpan en la mente y, después de sus primeros infructuosos ensayos, titubea desengañado porque la materia no obedece al pulgar, para volver luego a la imposible empresa y crear al fin algo bastante lejano de su primitiva concepción. Bolívar, lleno el espíritu de los fastos de la Roma republicana, no encontró en los pueblos de la América meridional sustancia propia para el estupendo modelo clásico que imaginara, y antes que abandonar la noble fatiga quiso realizarla con la dictadura, a riesgo de que la aplicación de este remedio extremo viciase un tanto su maravilloso apostolado y sin poder impedir que de sus manos saliera una obra memorable, sí, más imperfecta.

Roma, abril de 1930.

SIMÓN BOLÍVAR[124]

El genio consiste en hacer mucho con poco.

GALSWORTHY.

Bolívar nació en aquel año de 1783, que vio la conclusión del primer tratado de Versalles y el reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos de Norte-América. El imperio inglés, que habría podido creerse dislocado por la pérdida de las trece colonias, entraba, al contrario, en un período de desarrollo imprevisto. De los países vencedores,

[124] Traducción del francés. Este trabajo fue escrito a ruego del señor Henri Bonnet, director del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, de París, con el fin de facilitar al lector europeo la comprensión de las *Cartas, discursos y proclamas de Bolívar*, obra publicada por aquel Instituto, a costa del gobierno de Venezuela (París, 1934). En respuesta a cierta crítica del doctor Gil Fortoul, el autor de esta *Noticia* le escribió la siguiente carta, que publicó *El Nuevo Diario*, de Caracas, el 12 de noviembre de 1934:

EN TORNO A UNAS "NOTAS RÁPIDAS".–*Carta del Dr. Parra Pérez al Dr. Gil Fortoul.*– Roma: 8 de octubre de 1934.–Señor Dr. José Gil Fortoul.–Caracas.–Mi distinguido amigo:–Leo la Nota Rápida que usted dedica, en *El Nuevo Diario* del 31 de agosto último, a la edición francesa de *Cartas, discursos y proclamas de Bolívar* hecha por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. A este respecto deseo que sus lectores sepan que no debe atribuírseme la más leve responsabilidad en la división del libro. Hay una comisión del Instituto que dirige las publicaciones, la cual no solicitó mi parecer sobre el particular. Gonzalo Zaldumbide me escribió, por julio, sus impresiones de la edición y en mi respuesta hube ya de decirle: "No se me debe, como tampoco, creo, a Vallenilla Lanz la absurda división del volumen que usted critica... Tal división no se defiende de ningún modo".

Mi participación en la obra se redujo a redactar (muy de carrera, porque había poco tiempo) a ruego del director señor Henri Bonnet, la que usted tiene la bondad de llamar cuidadosa noticia biográfica, destinada a facilitar al lector extranjero la comprensión de los documentos. El trabajo se titulaba, precisamente, *Noticia biográfica*; pero los editores cambiaron este rótulo por el de *Simón Bolívar*, menos adecuado. El señor Braga, notable literato brasileño, funcionario del Instituto, a cuyos esfuerzos se debe en parte la publicación, me pidió, además, algunas indicaciones sobre el itinerario militar del Libertador, para completar los datos que poseía el cartógrafo que hizo los mapas.

Saluda a usted cordialmente su amigo y admirador.–*C. Parra Pérez.*

Francia, que había restaurado su marina y dado nuevo brillo a su política exterior, preparaba la Revolución, mientras España había prestado su concurso a una empresa cargada de consecuencias para sus destinos de potencia colonial americana. Poco antes Miranda había abandonado el ejército real y no iba [a] tardar en convertirse, ante Europa y para sus propios compatriotas, e inspirado por el ejemplo de los Estados Unidos, en el apóstol de la libertad de las provincias españolas de ultramar. Fue, pues, en un momento particularmente crítico de la época contemporánea cuando vino al mundo el hombre llamado a representar papel tan decisivo en los sucesos de América y a inscribirse entre los muy poco numerosos que hayan dejado marca efectiva en la historia universal.

Causas de orden psicológico, político y social dependientes de la propia mentalidad de los habitantes y de la estructura del imperio español, estrechamente mezcladas a elementos de naturaleza económica, provocaban ya inquietantes y periódicas sacudidas en algunas de las colonias, cuando las revoluciones norteamericana y francesa, junto a las maniobras de Inglaterra, vinieron a colmar el desafecto de las clases superiores de nuestras provincias hacia la Madre Patria. Se necesitarán ciertamente todavía muchos años de decepciones para llevar a los colonos a concebir y querer la separación. Se necesitarán la invasión napoleónica a España y la acefalía de la Corona, para determinar en América el movimiento, tan español y al propio tiempo tan subversivo, de la formación de juntas autónomas. Se necesitarán, sobre todo, los graves errores de la Regencia y de las Cortes, de 1810 a 1812, para lanzar definitivamente a nuestros pueblos en la lucha abierta contra España en busca de la independencia absoluta. Mas ya la atmósfera política en cuyo medio iban a transcurrir la infancia y la adolescencia de Bolívar era propicia a los sueños y ambiciones de su alma ardiente e indómita. Gran parte del Virreinato de Nueva Granada y de la Capitanía General de Venezuela había sido sacudida por la revuelta de las comunidades que, iniciada en la ciudad del Socorro, rápidamente se extendiera hasta las puertas de la lejana Santa Fe. Con gran pena las autoridades habían dominado aquel movimiento de origen económico, pero que mostró a

los colonos la debilidad militar del régimen y dejó tras sí odios y rencores. Algunos notables de Caracas escribieron a su compatriota Miranda, quien servía a la sazón en Cuba, excitándole a ponerse a la cabeza de una sublevación contra la metrópoli. Calmóse todo, sin embargo, y la vida reanudó su curso normal en la Capitanía, cuya administración, aplicando las sabias ordenanzas de Carlos III, la conducía hacia la relativa prosperidad material de que gozará al estallar la revolución, a pesar de las dificultades creadas por el enemigo extranjero.

Muchos autores han escrito lo esencial sobre los primeros años del futuro Libertador. Vástago de una familia perteneciente a aquella nobleza que ejercía influencia decisiva en los negocios públicos de la Colonia y acaparaba los principales empleos o, como entonces se decía, "los oficios de república", Simón Bolívar recibió educación e instrucción tan apreciables como podía darse en aquella época a los jóvenes de familias ricas, en Caracas u otras partes. "He sido muy bien educado", responderá más tarde a alguien que parecía presentarle como víctima de la supuesta ignorancia española, y entonces mencionó todas las materias que desde su más tierna infancia habían tratado de enseñarle. Su profesor de gramática y primeras letras fue D. Simón Rodríguez, preceptor hábil aunque lleno de ideas y manías extravagantes, a quien la posteridad no ha vacilado en acordar el pomposo título de maestro del Libertador. D. Miguel José Sanz, admirable tipo representativo del humanista de fines del siglo XVIII, enseñó sin duda al niño más nociones que el gramático, sin economizarle las lecciones que le dictaba su vasta cultura clásica. Vino después el viaje a España, casi de rigor para los mozos nobles de la Colonia, la presentación a la Corte y, un poco más tarde, el matrimonio con la encantadora María Teresa del Toro, muerta prematuramente al regresar a la patria.

Para olvidar su dolor, Bolívar parte de nuevo, inicia en París un idilio con su "prima" Fanny de Villars, recorre varios países de Europa y, arrojando el dinero a manos llenas, disipa una crisis de neurastenia aguda en medio de mujeres y de naipes, placeres de hidalgo. Alardeando ideas avanzadas, rehúsa a su curiosidad el espectáculo de la Consagración en

Nuestra Señora; mas, como se hallara por casualidad en Milán poco después, ve allí a Bonaparte colocarse en la cabeza la férrea corona de los reyes longobardos. La apoteosis del corso y las ruinas de un pasado augusto, que visita en compañía de Rodríguez, despiertan en el joven criollo el ardiente deseo de imitar a los grandes hombres de Roma, que la literatura revolucionaria ha puesto a la moda y cuyos actos y proezas son familiares a su clásico espíritu latino. A pesar de la admiración que por él siente, Bolívar juzga entonces a Napoleón tirano liberticida, y el famoso juramento de luchar por la independencia de las colonias españolas aparece como la actitud republicana y liberal del presuntuoso mancebo frente a la usurpación cesárea. Porque Bolívar sube cierto día a la cima de una de las célebres colinas –el Aventino, con verisimilitud– y, tomando por testigos a Roma y sus anales y también al pedagogo medio loco que le sigue, jura consagrar su vida a libertar a América. A partir de aquel momento, nuevo y sagrado ideal le inspira, el demonio de la política posee su espíritu, la ambición hincha las velas de la barca en que ha echado su destino y el tierno recuerdo de María Teresa se esfuma en un horizonte preñado de tempestades. En 1807, Bolívar deja a Europa y regresa a Venezuela, atento ya a las consecuencias que cree no dejará de producir allí la intervención de Napoleón en los negocios de España. Presiente claramente que la iniciativa del emperador será el punto de partida de la verdadera revolución americana y que la entrada de sus tropas en la Península, al reducir a la impotencia al gobierno metropolitano, dará a los colonos la ocasión única de sublevarse.

Los venezolanos no habían cesado de agitarse y su agitación redobló cuando, después de la Revolución francesa, el mar Caribe se convirtió en uno de los teatros de la lucha entre Francia e Inglaterra y cuando España, acosada por ambas potencias, adoptó aquella política de báscula que, con grave perjuicio de sus verdaderos intereses nacionales, debía situarla alternativamente al lado de uno u otro adversario. El fracaso, en 1797, de la tentativa revolucionaria de Gual y España dio a las autoridades públicas asidero para aplicar en Caracas una serie de medidas represivas, algunas de las cuales excesivamente rigurosas, a pesar de las

órdenes precisas de Carlos IV. Medidas eficaces, sin embargo, puesto que los colonos se apresuraron a manifestar una fidelidad que pareció sincera cuando, en 1806, Miranda apareció en nuestras costas a la cabeza de una expedición preparada en los Estados Unidos y proseguida con ayuda de las fuerzas británicas de las Antillas. Miranda volvió a Londres y desde allí recomenzó a tender sobre el continente su vasta red de intrigas antiespañolas. Por la misma época en el extremo sur, en Buenos Aires, Liniers, oficial de origen francés al servicio de Su Majestad Católica, combatía con gloria y buen éxito las tropas enviadas por Inglaterra a la conquista de las Provincias del Río de la Plata. El patriotismo imperial, todavía intacto y decidido a defender la monarquía contra los ataques del extranjero, se manifestaba según la ocasión en varios puntos del territorio de América.

En Venezuela Bolívar toma parte en todos los complots que los jóvenes caraqueños urden para obligar al capitán general a instituir una junta que asuma la dirección de la administración pública. Los criollos quieren hacer en Caracas cuanto han hecho los españoles de Europa para combatir la invasión francesa, recurriendo, como en la Madre Patria, a la vieja tradición de las libertades castellanas. Los juristas americanos no tardarán en formular la doctrina: nuestros territorios no son colonias pertenecientes a España, son provincias que hacen parte de la monarquía como las provincias peninsulares. Como el rey de Castilla, soberano común, está prisionero y suspendida la autoridad real, ha cesado el lazo federativo: los pueblos, todos los pueblos españoles tienen el derecho de proveer a su propia salvación y de darse gobiernos que, aunque provisionales, sean capaces de mantener la paz interior y de luchar si fuere necesario contra los enemigos extranjeros, en aquel caso contra Napoleón. Por desgracia, los hombres que en España se dirán sucesivamente depositarios del poder regio, no aceptarán jamás esta tesis, obstinándose en obligar a los americanos a obedecer pura y simplemente a la Regencia y a las Cortes. Hízose por tal motivo inevitable la guerra por la independencia, que, por lo demás, esperaban secretamente muchos criollos.

No fue sino el 19 de abril de 1810 cuando se instaló, en Caracas, la primera junta autónoma americana viable. La segunda se formó en Buenos Aires a fines de mayo. Retirado en sus haciendas, a cien kilómetros de la capital, Bolívar no asistió a los sucesos que determinaron con la caída del capitán general Emparan, el acto inicial de abdicación del poder español en América. Mas pronto corrió a la ciudad, ejerció sus influencias y fue encargado de ir a solicitar en Londres la benevolencia de Inglaterra hacia Venezuela y, si posible, ayuda naval contra eventuales ataques de Francia. Traspasando un tanto sus instrucciones, Bolívar irá hasta defender cerca de Wellesley la causa de la separación de Venezuela de España. Cauteloso, guardóse el secretario de Estado de seguirle sobre aquel ardiente terreno y el "embajador de América", como le llamaban las gacetas británicas, regresó a Caracas con la sola promesa, considerable, de mediación entre España y la Capitanía, las cuales unirían sus recursos en la querella contra el emperador. Al mismo tiempo, Bolívar incitó a Miranda a embarcarse para Venezuela, donde se procedía a elecciones en vista de la reunión de un congreso constituyente.

Miranda y Bolívar estuvieron de acuerdo en el seno de la Sociedad Patriótica, especie de club revolucionario, a la moda francesa, cuya presión sobre el Congreso será decisiva para forzar a los diputados a declarar la independencia. Fue en la tribuna jacobina donde el joven aristócrata pronunció su primer discurso histórico: "¿Qué importa que España venda a Bonaparte sus esclavos, si estamos decididos a ser libres?". En los bancos del Constituyente, la voz de Miranda y de algunos otros acabó por vencer las vacilaciones de sus colegas y, el 5 de julio de 1811, se proclamó la independencia.

Creada la primera república iberoamericana, era necesario defenderla. Y no será esta fácil empresa, si se juzga por los signos de reacción que manifiesta el pueblo, alentado por la actitud de las autoridades de las provincias de Coro, Maracaibo y Guayana, que permanecen fieles a la causa real. Desde el 11 de julio, Valencia, segunda ciudad del país por orden de importancia, se subleva en favor de Fernando VII y el gobierno republicano debe enviar contra ella un ejército al mando de

Miranda. En el asalto, el oficial Bolívar se bate valerosamente y gana las felicitaciones de su jefe y el aprecio de sus compañeros de armas. Después vienen, con los errores políticos de los directores patriotas y su inexperiencia administrativa, los incesantes progresos de la propaganda enemiga, las deserciones y, por último, el espantoso terremoto que destruye nuestras ciudades principales y que una parte del clero presenta al pueblo aterrado como castigo del cielo.

Las tropas reales, compuestas en su inmensa mayoría de soldados venezolanos, crecen con rapidez, avanzan contra Caracas. Miranda, tardíamente nombrado general en jefe, ensaya salvar los restos del territorio independiente. "Estoy llamado a presidir los funerales de la República", declara con tristeza al tomar el mando. Envejecido, sin ilusiones, hostil con toda la fuerza de su carácter irascible y altanero a casi todos los aristócratas, a quienes cree responsables de las desgracias del país y que le odian y contrarían sus planes, el hombre que durante treinta años ha luchado por la libertad del mundo hispanoamericano, va a asumir la tremenda responsabilidad de entregar a los españoles las últimas armas de Venezuela. Mas, en la tragedia, Bolívar recibe también los golpes de un destino terrible: comandante de la fortaleza de Puerto Cabello, arsenal de guerra de los patriotas y posición estratégica de primer orden, es víctima de la traición de algunos oficiales y, después de defenderse con heroísmo, debe abandonar la plaza a los realistas. No puede entonces Miranda sino capitular o hacerse matar a la cabeza de algunos últimos leales. En efecto, desbándase con rapidez su ejército y conspiran sus subordinados. El generalísimo prefiere capitular, porque detesta la guerra civil y comprueba que el país entero aclama al rey. Y como sus compatriotas no parecen desear la independencia, quiere al menos darles la constitución que las Cortes acaban de votar en Cádiz, confiando en el honor y la fe del gobierno español. Por desgracia, no existe ya gobierno español en Venezuela, sino un aventurero usurpador y felón, rodeado por una banda de pillastres, cuyo primer cuidado será violar la promesa e imponer tan absurda tiranía que la población no tardará en echar de menos el régimen caído.

Es cierto que Miranda no ha traicionado, pero su decisión, tomada por lo demás en completo acuerdo con los hombres que formaban el poder federal, era sorprendente y algunos oficiales no ocultaron su descontento. En La Guaira y en oscuras circunstancias, subalternos enloquecidos osaron levantar la mano contra la persona del viejo patriota. Bolívar hablaba de fusilarle, porque creía en su traición y le acusaba de ser causa de las desgracias de la patria. Otros –y son ellos quienes, en todo caso, pasan a la historia cargados de pesada responsabilidad– por rencor o cobardía entregaron a Miranda a los realistas. El sentimiento de Bolívar en la noche trágica es, pues, conocido y está exento de toda intención inconfesable. El futuro Libertador, que iba a recomenzar la terrible lucha contra los españoles, estimaba sinceramente que era necesario castigar al jefe que, suprema esperanza de la República, arrojara las armas ante el enemigo.

Miranda, preso en Puerto Cabello y enviado después a España, Bolívar se apodera de la escena y la ocupa durante diez y ocho años. Asume su papel en momentos en que caída Venezuela bajo la bota de Monteverde, no queda por toda la costa del mar Caribe más refugio para los patriotas sino la plaza fuerte de Cartagena, en Nueva Granada, donde reside un gobierno todavía independiente. Allí el fugitivo coronel encuentra a algunos de sus compañeros y allí publica su famosa *Memoria*. No nos toca hacer en este lugar el análisis de un documento que el lector verá más adelante y que es, al propio tiempo, la exposición de las causas de la ruina del gobierno de Caracas y un programa de acción para el porvenir. Debemos limitarnos como lo haremos, por lo demás, con otros documentos bolivarianos, a señalar la importancia de esta exposición de principios para el estudio de la vida del héroe y de la independencia de los países hispanoamericanos.

Bolívar entró al servicio de los patriotas de Nueva Granada que habían logrado establecer una república federativa, como la que acababa de sucumbir en Caracas. Fue, pues, el Congreso de Tunja quien debió autorizarle a recomenzar la guerra en Venezuela cuando, al frente de una pequeña columna y nombrado ya general de brigada, llegó a la

frontera de este último país. Algunos éxitos felices obtenidos en el territorio del antiguo Virreinato habíanle permitido afirmar sus brillantes cualidades. Simple oficial honorario, por decirlo así, de los milicianos criollos antes de los sucesos de 1810, Bolívar probará su valor bajo Miranda y en Puerto Cabello. Jefe de ejército, comienza ahora la larga serie de aquellas admirables campañas que, ora victoriosas, ora desgraciadas, harán de él uno de los hombres de guerra más grandes de la historia.

Operaciones conducidas con fulmínea rapidez, digna de Bonaparte, llevaron a Bolívar a Caracas, al cabo de una marcha de millares de kilómetros marcada por triunfos contra las tropas reales. Acuden los voluntarios a sus banderas. Secundado por lugartenientes que unen el entusiasmo de la juventud a preciosas dotes militares, el caudillo que ya los maravillados pueblos llaman "libertador", bate siempre al enemigo, restablece las autoridades provinciales caídas ante la reconquista, ocupa la capital e instituye el régimen que conocemos con el nombre de Segunda República. Al mismo tiempo, en las regiones orientales de Venezuela, Mariño y sus compañeros se arrojaban a la batalla, jurando alcanzar la independencia por su fe de hidalgos y la cruz de sus espadas.

Mas la lucha se anuncia larga y encarnizada. En Trujillo, Bolívar exasperado por la crueldad de los aventureros que se abrigaban bajo la bandera del rey, había firmado la terrible proclama de guerra a muerte. Los llaneros, nuestros cosacos, se levantaban a las órdenes de jefes indomables, de Boves sobre todo, para combatir la república, régimen de nobles habitantes de la ciudad, cuyos bienes se ofrecían como fácil presa a la rapacidad del pueblo bajo. Aquí y allá, curas guerreros y fanáticos arrastraban sus ovejas a la guerra en nombre de Dios y la monarquía. En suma, habrían los republicanos de vencer a la vez a España y a las masas populares que suministrarían en lo adelante a la causa realista la gran mayoría de sus defensores. En su discurso al Congreso de Angostura, en febrero de 1819, Bolívar recordará el "torrente infernal" que inundó a Venezuela y que no bastaron en esta época a contener los recursos de su prodigiosa energía.

El primer cuidado de Bolívar en Caracas fue constituir un gobierno que, bajo la presión de las circunstancias, no tardó en convertirse en dictatorial. Rompe el general sus lazos con los federalistas de Tunja, que juzga ideólogos y cuyos principios han sido perniciosos en Venezuela y enuncia sus propios principios, los que guiarán su vida entera frente al problema político de los nuevos Estados: poder ejecutivo fuerte, centralización administrativa. "Jamás –dice– la división del poder ha establecido ni conservado un gobierno; solo su concentración puede hacer respetable a una nación. Yo no he libertado a Venezuela sino para realizar este sistema". En realidad, apenas la dictadura militar podía permitir la continuación de la lucha contra la reacción realista, o más bien, contra las innumerables bandas alistadas por los caudillos. Estos, aunque se decían monárquicos, mostraban completo desdén hacia los débiles personajes que, en algunos lugares del país, representaban las autoridades regulares españolas. Entre aquellos jefes, Boves, asturiano inmigrado algunos años antes, había adquirido sobre los llaneros inusitado ascendiente. Valeroso, hábil, dotado de un sentido militar de primer orden, era el adversario más temible de la República.

1814 es, en Venezuela, el Año Terrible, el año de Boves. Las brillantes victorias de Bolívar y de sus tenientes en Las Trincheras, Bárbula, Mosquitero, Araure, Ospino, no producen resultados estratégicos contra un enemigo que, vencido aquí, disloca sus fuerzas para reunirlas más lejos, con desconcertante rapidez y que tiene, para abastecerse en hombres, caballos y víveres la inmensa y rica llanura, propicia a largas retiradas y a súbitos ataques. En San Mateo, en el sitio mismo de sus propiedades de familia, el Libertador bate a Boves todavía en mortífera batalla y le rechaza, herido. Multiplica sus llamamientos a Mariño quien, después de haber arrojado a los enemigos de las provincias orientales, dirígese lentamente hacia la de Caracas donde se juega la partida decisiva. Urdaneta, sitiado con un puñado de bravos, recibe de Bolívar la orden espartana: "Defenderéis a Valencia, ciudadano general, hasta morir". Mariño llega, por fin: el Libertador gana al ejército de Cagigal y de Ceballos la primera batalla de Carabobo y libra a Urdaneta. Pero

vuelve Boves, aplasta a Bolívar y Mariño en La Puerta, bajo el peso de la caballería llanera, y marcha contra la capital, que los dos libertadores abandonan, seguidos por gran parte de la aterrorizada población. Es la emigración a Oriente: viejos, mujeres, niños señalan con sus cadáveres aquella fuga despavorida, mientras Bolívar, picado por un enemigo implacable, trata de rehacer sus regimientos. En Aragua de Barcelona, hace frente a Morales y le da la batalla más sangrienta de la guerra. El destino se encarniza contra él: vencido de nuevo, bien pronto sus propios generales rehúsan obedecer y le abandonan. Una vez más busca refugio en Nueva Granada. Boves muere de una lanzada en Urica, teatro de su última proeza, pero Venezuela está destruida: Atila ha pasado sobre el país.

Reinaba la anarquía en el antiguo Virreinato y los patriotas mismos parecían esforzarse en preparar el terreno a la ya próxima reconquista. Recurrió el Congreso a la espada de Bolívar para reducir a los rebeldes de Santa Fe y pudo creerse en algún momento que el joven general renovaría su expedición a Venezuela, al frente de tropas granadinas. Pero las pasiones e influencia de los adversarios de su potente personalidad no lo permitieron, y hubo de embarcarse para Jamaica, donde esperaba obtener la ayuda británica y recomenzar la lucha. Que Inglaterra le diese un poco de dinero, algunos fusiles y él se encargaría de libertar "la mitad del mundo y de poner al universo en equilibrio". Ya no es el caudillo venezolano quien usa tan soberbio lenguaje: ahora, el americano adivina su papel futuro y se apresta a tomar el continente entero como escena de una vasta experiencia militar y política. Y no es la menor entre las sorpresas que nos reserva este hombre singular verle entonces pobre, vencido, en una isla extranjera, no solamente leer en el porvenir de nuestros pueblos con maravillosa claridad, sino también presentir su participación personal, preponderante y decisiva, en la revolución que se desarrolla. Bolívar en Kingston, por 1815, merece ya y justifica las palabras que diez años más tarde le dirá en Potosí el general argentino Carlos de Alvear: "Vos sois la conciencia nacional del Continente; vuestra espada es la espada de América". Leed, para convenceros, sus cartas

de Jamaica, algunas de las cuales figuran en el presente volumen. La primera de ellas, escrita a "un gentilhombre inglés", ha sido justamente calificada de profética y es, sin duda, uno de los documentos más admirables de la literatura política hispanoamericana.

Como nada hicieran las autoridades inglesas para ayudarle, marchóse Bolívar a solicitar en Haití la hospitalidad de Pétion. Acogió el presidente negro al proscrito con benevolencia y se apresuró a suministrarle los pocos elementos de guerra con que tentará de nuevo la fortuna. Fernando VII reafirmado en su trono a la caída de Napoleón, fuerte por la amistad de las potencias continentales y la tolerancia de Inglaterra, había enviado una expedición pacificadora a Venezuela y Nueva Granada. El gobierno real se daba cuenta de que era necesario, en estas provincias sobre todo, extirpar la rebelión y el espíritu separatista. Opinión justa si se piensa que las tropas venezolanas y granadinas bien organizadas y mandadas por los primeros oficiales de América ganaron, en efecto, las postreras decisivas batallas de la independencia común.

Así, pues, cuando en los primeros meses de 1816 Bolívar desembarcó en la isla de Margarita a la cabeza de doscientos cincuenta compañeros, nuestras provincias estaban ocupadas por un ejército hispanovenezolano de veinticinco mil hombres bajo el mando supremo de D. Pablo Morillo. Este y los generales Morales y Latorre eran verdaderos jefes de guerra, los mejores sin duda, con Boves, que España haya tenido en América por aquella época. La situación parecía, sin embargo, modificada en sentido favorable a los designios de Bolívar, por haber cambiado de campo gran parte de los llaneros, quienes seguían ahora a algunos caudillos republicanos que guerreaban en la sabana oriental y en las provincias de Apure y de Barinas. Entre esos caudillos, Páez tendrá gran figura, adquiriendo reputación de incomparable heroísmo. Su ejército, aumentado y disciplinado, será más tarde, en manos de Bolívar, el principal instrumento de los patriotas en la lucha inexpiable.

El Libertador fracasó, sin embargo, una vez más en sus esfuerzos. Derrotado en Ocumare, sus generales se sublevaron, obligándole a volver a Haití. Pero el destino iba por fin a cumplirse: Piar, uno de los jefes

patriotas más hábiles, vence a los realistas en el Juncal, y las puertas de Venezuela se abren de nuevo para Bolívar, a quien la experiencia ha permitido madurar sus planes. Necesita una buena base estratégica para emprender operaciones que serán largas y difíciles. El Orinoco le dará esta base: por el gran río traerá del extranjero armas, víveres, oficiales instructores, soldados voluntarios. Angostura será la capital de su república.

1817. Todavía otro año trágico para Venezuela. Bolívar ha formado una especie de gobierno, un consejo de Estado, una corte de justicia y redactado un estatuto provisional, buscando dar a la dictadura militar de que se invistiera apariencias de legalidad. Y he aquí que los volubles generales, que por un momento se plegaran ante su autoridad, se agitan, descontentos y ambiciosos, y el Libertador debe a la vez combatir a los españoles y castigar a los rebeldes. La severidad de su justicia cae entonces sobre cabezas ilustres: Piar es fusilado; Mariño, depuesto de su mando, toma la fuga. Inmediato resultado dan estas enérgicas medidas: sométense los caudillos de Oriente; Páez no se atreve a olvidar su deber. A principios del año siguiente, Bolívar pasa el Orinoco, incorpora a sus propias tropas la caballería apureña y va a atacar a Morillo en las llanuras del Guárico. Por culpa de Páez se malogra la campaña y el Libertador, batido en la batalla del Semén, retrocede hacia Guayana.

En medio de sus reveses, Bolívar halla tiempo para escribir a Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias del Río de la Plata, a quien expresa su esperanza de ver pronto a América convertirse en "reina de las naciones y madre de las repúblicas". Para él, "única debe ser la patria de todos los americanos". En generosa proclama promete a los argentinos: "La República de Venezuela, bien que cubierta de luto, os ofrece su hermandad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad para que nuestra divisa sea unidad en la América Meridional". El Libertador será, toda su vida, el solo hispanoamericano que tenga verdadera conciencia de la solidaridad de aquellos países, de la necesidad de armonizar sus destinos con un objeto común.

A fines de 1818 Bolívar concibe dos proyectos considerables, uno de orden civil, militar el otro. Primero convoca a congreso los diputados de las cuatro provincias venezolanas ocupadas por los patriotas; y luego se dispone a llevar la guerra a Nueva Granada que los realistas habían reconquistado tres años antes.

El lector encontrará en este volumen el magnífico discurso pronunciado por el Libertador en el Congreso de Angostura, que es una de las piezas capitales salidas de su pluma. Extensos comentarios, en este lugar, debilitarían tal vez aquel texto que merece, como los mensajes al Constituyente de Chuquisaca y a la Convención de Ocaña, la calificación de "verdadero curso de derecho público" que se ha podido dar a algunas de las manifestaciones oratorias del grande hombre. Dichos documentos contienen la exposición de los principios constitucionales caros a Bolívar y que él defenderá siempre tratando de imponerlos a los países que le deben la independencia. Una carta a D. Guillermo White, fecha el 9 de mayo de 1820, completa el pensamiento bolivariano respecto al senado hereditario de que habló en Angostura. Por razones de oportunidad parecerá a veces el Libertador abandonar algunos de aquellos principios y se expondrá a que se le reprochen las contradicciones que no faltan en su vida. Pero es un hecho que jamás cesará de aconsejar para los nuevos Estados un gobierno centralizado en la administración, muy autoritario, libre de trabas parlamentarias, con presidente vitalicio que tenga facultad de designar sucesor. Nada hay en esta concepción que corresponda a la vaga ideología girondina: diríase, en cierto modo, bonapartismo puro. En cuanto a libertades civiles, búscalas Bolívar en Inglaterra. Su "poder moral" viene de Roma, a través de las viejas lecciones de Miranda. Los diputados liberales más influyentes combatieron estas ideas y, aunque sin insistir en que se adoptase la forma federal, el Congreso rechazó el proyecto bolivariano salvo en lo relativo al senado hereditario.

Entretanto, el Libertador realiza una campaña de incomparable audacia. Burlando la vigilancia de Morillo que ocupa los llanos de Venezuela y ante el cual despliega la caballería de Páez, Bolívar pasa los Andes en

tiempo inclemente y cae sobre el ejército español de Nueva Granada, lo bate en Boyacá y le toma millares de prisioneros entre los que se cuenta Barreiro, su general en jefe. Fue aquella una de las marchas más osadas de la historia militar, y la maniobra que le dio la victoria bastaría para calificar a Bolívar de notable estratégico. Poco antes, el general San Martín, en el curso de brillantes operaciones y después de larga preparación, había también tramontado los Andes del Sur para libertar a Chile.

Boyacá abre la serie de grandes victorias decisivas de la guerra de Independencia. En ese campo de batalla, donde al lado de las tropas venezolanas se distinguieron los voluntarios británicos y los soldados de Santander, adquirióse la libertad de Nueva Granada. Los sucesos felices toman, por fin, acelerado y definitivo ritmo. Bolívar vuelve a Guayana, hace decretar por el Congreso la creación de la gran Colombia, república formada por las provincias de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, y parte de nuevo en campaña contra Morillo.

El Libertador es ahora presidente de la República de Colombia y el general español no se encuentra ya frente a un "cabecilla insurgente". En España Fernando VII se había visto forzado a aceptar una constitución liberal y el nuevo gobierno envió instrucciones a Morillo para tratar con los rebeldes sobre la base, naturalmente, del reconocimiento de la soberanía española. Bolívar rechazó tal condición, pero consintió en ver a Morillo y firmó con este un armisticio. Morillo marchó a Europa y el general Latorre asumió el mando de las tropas reales. Reabiertas poco después las hostilidades, el Libertador venció al ejército enemigo el 24 de junio de 1821, en la llanura de Carabobo, ya célebre por la victoria de 1814. En la batalla final, que libertó virtualmente las provincias venezolanas, los realistas hubieron sobre todo de soportar las cargas irresistibles de la caballería de Páez y la tranquila firmeza de la legión británica.

Un mes antes habíase reunido en el Rosario de Cúcuta el primer congreso colombiano. La asamblea que elaboró una constitución cuyos principios no concordaban exactamente con las ideas de Bolívar nombró a este, sin embargo, presidente de la República. El discurso que el Libertador pronunció ante los diputados en el acto de prestar juramento,

el 3 de octubre, es uno de los más hábiles, nobles y elocuentes que de él tengamos. Mas podía verse que con ansia deseaba abandonar los políticos a sus disputas sobre el sistema de gobierno ideal y entrar de nuevo en campaña para liberar al Ecuador, que solo teóricamente formaba parte de la República.

El ejército debía aún llevar a cabo rudísima tarea para "redondear" a Colombia. En el territorio del Sur, en Pasto sobre todo, la población misma combatía con ardor en nombre del rey y fue necesario, para reducirla, aplicar medidas de extremada severidad. Bolívar pudo, por último, entrar en el Ecuador y batir las tropas españolas en Bomboná. Su teniente Sucre, quien entonces demostró ser, después de su jefe, el primer capitán de la Revolución, ganó en Pichincha una victoria decisiva y tomó a Quito. Bolívar avanzó hasta Guayaquil.

Fue por esta época cuando entraron en estrecho contacto los dos grandes movimientos libertadores del continente. Los hombres que habían abatido el poder real en Buenos Aires y Chile comprendieron pronto que, para asegurar su obra, era preciso expulsar a los españoles del virreinato del Perú. De allí las campañas, gloriosas pero sin fruto, efectuadas por los argentinos en las provincias que componen la actual Bolivia. Por fin, el general San Martín organizó, con soldados y buques suministrados sobre todo por el gobierno de Chile, la expedición a Lima. Tomada esta ciudad, San Martín, rodeado de los patriotas peruanos, proclamó la independencia del país. Por desgracia, el ejército español no había sido aún vencido y faltaba hacer lo más difícil. San Martín, cuya posición era precaria y no esperaba ninguna ayuda de Buenos Aires ni de Santiago, advirtió que había menester entenderse con Bolívar y fue a verle a Guayaquil.

En aquella célebre entrevista ambos libertadores discutieron los problemas políticos y militares del momento. San Martín se inclinaba al establecimiento de monarquías constitucionales, porque creía que tal forma de gobierno consolidaría los nuevos Estados. Sin ambiciones personales de ninguna suerte, el ilustre argentino estaba dispuesto a dejar el campo a un monarca cualquiera, siempre que con ello se

obtuviera tranquilidad para América. Bolívar, al contrario, afirmaba categóricamente que ninguna constitución política que no fuese republicana convendría a los americanos. De temperamento cesáreo, de genio vasto y exclusivo, Bolívar no podría nunca resignarse a representar papeles secundarios. Así, empleó su magnífica elocuencia en convencer a San Martín de la necesidad de no detener "la marcha del género humano con instituciones que son exóticas en la tierra virgen de América". Leía en el lejano porvenir: "Ni nosotros ni la generación que nos suceda veremos el brillo de la república que estamos fundando; yo considero a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes, y al fin una nueva casta de todas las razas producirá la homogeneidad del pueblo".

Los dos generales trataron en seguida de la ayuda militar que Colombia debía prestar al Perú, mas, no pudieron concordar su colaboración personal y el más fuerte acabó por triunfar. San Martín, magnánimo, ofreció servir bajo las órdenes de Bolívar. Luego, como recibiera malas noticias de Lima, dejó a Guayaquil y, algún tiempo después, depuso el mando y se retiró de la vida pública. En realidad, no podía hacer otra cosa, y el historiador argentino Mitre nos ha dado las razones por las cuales la grande empresa de completar la independencia continental incumbió al presidente de Colombia.

Ante la reacción de los realistas, el Congreso peruano llamó en su auxilio al Libertador. Gemía el país en medio de terrible anarquía y, mientras varios de los nobles patriotas desertaban de la causa republicana, gran número de otros y el bajo pueblo aclamaban al rey de España. Un ejército enemigo de veinte mil hombres preparaba, en la Sierra, la reconquista. Bolívar terminó por asumir la dictadura y, en circunstancias adversas, realizó una obra inmensa de reorganización que no tardó en dar frutos. El 7 de agosto de 1824 ganó en Junín la que puede llamarse batalla de las naciones americanas, pues en ella soldados argentinos y peruanos se batieron gloriosamente al lado de las divisiones de Venezuela y Nueva Granada. El 9 de diciembre, Sucre selló en Ayacucho la independencia de toda América y obtuvo, a la edad de veintinueve años,

su bastón de mariscal. Un oficial francés, el general barón d'André, ha escrito, al juzgar la epopeya bolivariana en la cual se dieron cerca de quinientas acciones de guerra, en un territorio de siete millones y medio de kilómetros cuadrados: "El Libertador es un genio sobrehumano que, venciendo dificultades verdaderamente inimaginables, alumbra con brillo incomparable en la historia militar del mundo".

Pero aquel gran soldado es también otra cosa, o, más bien, es muchas cosas a la vez. Escritor, orador, legislador, hombre de Estado, diplomático, Bolívar aparece a nuestros ojos como una de esas figuras poliédricas, de múltiples facetas preparadas igualmente para recibir y reflejar los rayos de la luz más indiscreta. Es uno de los hombres que han creado anales de pueblos. Y los escritores que hablan del triunvirato ideal César-Napoleón-Bolívar aproximan, sin retórica hipérbole y en fórmula sorprendente, las cimas a que ha llegado el genio del mundo latino.

Terminada la guerra, vemos al Libertador dedicado a la inmensa tarea de organizar primero las repúblicas que fundara, de reunir luego por lazos de común política todas las que se extienden de México a la Argentina, de crear, en fin, un estado de verdadera paz y colaboración entre los pueblos, o al menos entre aquellos que, en Occidente, se gobiernan según principios liberales. Para dar estabilidad a los nuevos Estados, les ofrece la Constitución boliviana. Para engrandecer a nuestra América, propone la Confederación continental. Para "poner el universo en equilibrio", conforme a su promesa de 1815, convoca el Congreso de Panamá. He allí los tres elementos que componen el sistema de una vasta política que, creemos, no ha caducado. Analizar en primer lugar aquellas diferentes tentativas y realizar en seguida la síntesis de la obra orgánica concebida por Bolívar, necesitaría mucho mayor espacio que el que se nos concede aquí para resumir, a uso del lector del presente volumen, la actividad general del héroe durante los últimos años de su vida. Recordemos, no obstante, que el mal éxito de aquel plan más que a vicios intrínsecos debióse a las condiciones político-sociales de nuestros países en el siglo XIX. Ved, si no, cómo los pueblos buscan hoy todavía la estabilidad por la autoridad. ¿No quieren los de América salir

de su impotencia, hacerse respetar, explotar sus riquezas colaborando en esos movimientos que, bajo los nombres de iberoamericanismo y panamericanismo, empujan unos hacia otros? ¿Y no esperan todas las naciones del mundo sedientas de paz que sus gobiernos se decidan a aplicar en Ginebra el mismo programa de Panamá?

En julio de 1825 los diputados de las provincias del Alto Perú habían decidido que el nuevo Estado tomaría, en honor de su creador, el nombre de República Bolívar, convertido luego en República de Bolivia. Fue, pues, al Congreso de Chuquisaca que el Libertador envió, con el mensaje célebre, su proyecto de constitución. Allí trata aun de fundar un gobierno cuya fuerza asegure, con la igualdad de los ciudadanos, las libertades esenciales del orden civil. Aléjase más y más de la mística revolucionaria, particularmente en lo relativo a la capacidad del pueblo para dirigirse por sí mismo. Para Bolívar, el problema constitucional parece ser ante todo un problema de autoridad, y a fin de resolverlo construye un sistema que, aunque lleva el sello de su potente originalidad, inspírase a la vez en lecturas clásicas, en costumbres y leyes anglosajonas y en recientes experiencias de Francia. Con su presidente vitalicio, que posee facultad para designar sucesor, su cámara de censores igualmente vitalicios, su magistratura inamovible, la Constitución boliviana tiene figura reaccionaria. Está, sin embargo, muy colorada de liberalismo y puede dársela como tipo de los estatutos adoptados por varias naciones europeas hasta 1848 y aun después. Bolívar, ecléctico, no teme elogiar al mismo tiempo, en la exégesis que nos presenta de su régimen, el ideal del progreso político y social de la Revolución y las sólidas ventajas de la estabilidad monárquica.

Mientras los legisladores de Bolivia discuten su Constitución, el Libertador trabaja en formar una confederación entre todos los países hispanoamericanos. Hemos visto que de ello hablaba ya en sus cartas de 1815 y, más tarde, en su correspondencia con los gobernantes del Río de la Plata. Pero como no se prestan las circunstancias para realizar aquella grandiosa idea, reduce su ambición a estrechar los lazos entre las repúblicas que se hallan bajo su intervención inmediata, y reserva al

Congreso de Panamá el cuidado de establecer convenciones más elásticas que unan al conjunto de los Estados continentales. Proyecta así, en primer lugar, una confederación bolivariana de la que será director supremo, y después una alianza latinoamericana, especie de frente común de defensa ante Europa, pero que no excluye en manera alguna la cooperación de ciertas potencias extranjeras, a fin de mantener la paz universal. Para confederar a Colombia, Perú y Bolivia, cuenta con la autoridad efectiva que ejerce desde Caracas hasta Potosí. Para formar una liga de naciones liberales, cuenta con su incomparable prestigio, con su posición política y militar que le hace árbitro de Sur-América y con el apoyo de Inglaterra. En ambos terrenos encontrará solo desilusiones. La anarquía producida por el inevitable choque de razas y de castas lanzadas en el hirviente crisol de América, los nacionalismos exasperados y en lucha unos contra otros, todo vino a echar por tierra los propósitos de estabilidad interior y de confederación bolivariana. Agregad la desconfianza de las naciones anglosajonas y veréis que tampoco podía realizarse el pensamiento de Panamá. Y el Libertador que peleará, sin embargo, hasta su último suspiro con los hombres y las cosas, concluyó por renunciar a tan caros ideales.

Bolívar había creído en la fuerza de su genio, en los milagros que la gloria le permitiría cumplir y por ello exclamaba, en momento de supremo orgullo, frente a las dificultades de su tarea: "Mi nombre es un talismán. Conozco las vías de la victoria y los pueblos viven de mi justicia". Mas, pronto confiesa su impotencia, y punto tras punto abandona el programa: "Nada bueno puede hacerse –dice– y ni el prestigio de mi nombre vale ya". De su Constitución escribe al mariscal Santa Cruz: "Tampoco me importa la Constitución boliviana; si no la quieren, que la quemen: yo no tengo amor propio de autor en materias graves que interesan a la humanidad". ¿Confederación, fraternidad latinoamericana? Escuchad estas palabras definitivas: "No hay fe en América ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; y la vida es un tormento". Y he aquí cómo resume el revés fatal de Panamá: "El

Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si fuera más eficaz, se parece a aquel loco griego que pretendía conducir los navíos desde una roca. Su poder será una sombra; sus decretos, consejos: nada más".

A partir de 1827 el Libertador, visiblemente, declina. Llamado a Bogotá por la revolución de tendencia separatista que estalla en Venezuela y cuyo jefe es el general Páez, deja a Lima y hace un esfuerzo supremo para salvar la integridad de la gran República colombiana. "No se sabe en Europa –escribe a sir Robert Wilson– lo que me cuesta mantener el equilibrio en algunas de estas regiones. Parecerá fábula lo que podemos decir de mis servicios, semejantes a los de aquel condenado que llevaba su enorme peso hasta la cumbre para volverse rodando con él otra vez al abismo. Yo me hallo luchando contra los esfuerzos combinados de un mundo". Y al mariscal Sucre: "El Nuevo Mundo no es otra cosa que un mar desencadenado que no se calmará antes de muchos años". La tempestad americana durará cien años, y más. Por el momento, el Libertador deja a peruanos y bolivianos arreglárselas, o mejor dicho, hundirse rápidamente en la anarquía, y galopa hacia Caracas donde cuenta realizar aún, con su presencia, el milagro salvador. Mantiénese, en efecto, la paz, y la unidad parece lograrse una vez todavía bajo su gloriosa autoridad. Pero las facciones continúan minando el precario y débil organismo de Colombia y trabajan contra el poder de Bolívar, a quien la prensa de todas las capitales, de Bogotá como de Buenos Aires, acusa de tiranía y, lo que es peor, de aspirar a la corona. Los electores, que convoca a fin de reformar la Constitución, envían a Ocaña una mayoría de diputados liberales resueltos a combatir lo que llaman su cesarismo. Por última vez aconseja establecer un gobierno "firme, poderoso y justo..." pues "sin fuerza no hay virtud y sin virtud perece la República". Pide "leyes inexorables". La Convención, anárquica, acabó por dispersarse y Bolívar, a quien la mayor parte de las municipalidades aclamaron dictador, suspendió la Constitución y decidió gobernar al país por medio de decretos-leyes, en espera de poder reunir otra asamblea. Sin embargo, no abriga ya ilusiones: "Yo no sé a qué aspiramos –léese en una de sus

cartas al general Briceño Méndez– ni el fin que buscamos con nuestros sacrificios... Nosotros no podremos formar ningún gobierno estable porque nos faltan muchas cosas, y sobre todo hombres que puedan mandar y sepan obedecer. Todavía menos somos capaces de gobernar un vasto imperio con leyes democráticas; y no tendremos nunca otras leyes porque cada Convención será peor que la precedente". Además, el hombre está gravemente enfermo, la tisis le corroe, el hígado funciona mal. La vieja energía, la voluntad sobrehumana desaparecen con rapidez: el Libertador concluye por tener apenas veleidades.

Extiéndese de día en día la reacción contra el nombre de Bolívar. En Colombia sus enemigos tratan de asesinarle, mientras aumenta la anarquía en las demás repúblicas y se acentúan los movimientos separatistas. En el Perú y en Bolivia el odio y el miedo han sucedido a la admiración y al reconocimiento. Argentina, Brasil, Chile temen siempre el establecimiento de la hegemonía colombiana, apoyada en un ejército irresistible, bajo un jefe genial. Por doquiera se habla de las ambiciones de este y muchos le imaginan ya emperador y conquistador. Las protestaciones de republicanismo que hace Bolívar, su ofrecimiento de abandonar el poder, tan pronto como logre restablecer la situación normal solo encuentra auditores escépticos. Los ministros, que por orden suya estudiaran al mismo tiempo la reforma del sistema de gobierno en Colombia y un proyecto de mediación de los Estados Unidos o de Inglaterra para poner fin a las querellas de los países latinoamericanos, sobrepasaron a la vez su pensamiento y sus instrucciones, hablando abiertamente de monarquía. Reprobólo ásperamente el Libertador pero el mal quedó hecho y creció con ello su impopularidad. Ha perdido para entonces la fe en el porvenir de la gran Colombia: "No pudiendo –profetiza– nuestro país tolerar ni la libertad ni la esclavitud, mil revoluciones producirán mil usurpaciones". Su penetrante mirada escruta todo el continente: "Se piensa en Bogotá que se hará mucho cambiando la forma de gobierno, pero yo tengo el dolor de decir que no espero nada de ninguna forma de sistema americano...".

A fines de 1829 Venezuela, por boca de algunos de sus hombres más notables reunidos en Valencia, expresa el deseo de separarse de la Unión. Poco después, las provincias del Ecuador harán lo mismo. A dichos movimientos correspondía la sorda agitación de las facciones en Nueva Granada, cuyo sentimiento era nada amistoso hacia los venezolanos. Por otra parte, el Perú declaró la guerra a Colombia. Persistió Bolívar, no obstante, en convocar un congreso nacional y así lo hizo, en efecto, para enero de 1830, en Bogotá. Este congreso, que llamaron admirable porque reunió en su seno los personajes más ilustres del país, no pudo sino comprobar el término de la unidad colombiana.

El Libertador desaparece con su República. Dimite ahora, definitivamente, la presidencia y pronuncia ante los diputados frases que revelan su dolor y el orgullo de su alma: "El pueblo quiere saber si dejaré alguna vez de mandarlo. Los Estados americanos me consideran con cierta inquietud... Aceptad mi renuncia: salvad la República; salvad mi gloria que es de Colombia".

Bolívar murió el 17 de diciembre de 1830, en Santa Marta, localidad de la costa colombiana del Atlántico. Camino del destierro voluntario, había recibido la hospitalidad de un español en la Quinta de San Pedro Alejandrino. Fue allí donde firmó el último llamamiento en favor de la unión a sus conciudadanos sumidos en la anarquía.

Ginebra, octubre de 1933.

BOLÍVAR Y HODGSON[125]

Hace algunos años tuvimos la buena suerte de comprar en Londres, en una venta pública de papeles viejos, dos copiadores originales de la correspondencia del general Hodgson, gobernador británico de Curazao durante la Primera y la Segunda Repúblicas de Venezuela. Uno de los volúmenes, el más gordo, carece de título por haber sido arrancado con la hoja anterior de la pasta y contiene cartas consagradas por completo a los sucesos de la vecina Tierra Firme, que van del 24 de junio de 1811 al 2 de agosto de 1814. El otro tomo se llama: *Curaçao. Treasury, Admiralty*, *Naval and Miscellaneous Letters, commencing August 1811 and ending... (Julio de 1814).* La mayor parte de los documentos del segundo copiador no se refieren a nuestros asuntos. Muchas de estas piezas se hallarán utilizadas, con las muy numerosas que hemos copiado directamente en los archivos ingleses, en la ya concluida Historia de la Primera República de Venezuela.

El general Hodgson reemplazó en la gobernación de la isla al brigadier Layard, cuya conducta favorable a la Junta de Caracas desaprobó el gabinete de Londres. Al contrario de su predecesor, y a pesar de sus repetidas declaraciones de neutralidad en el conflicto que ensangrentaba a la Capitanía, Hodgson se mostró francamente amigo de los realistas y trató con gran deferencia a sus jefes Miyares, Ceballos, Monteverde. En cambio, evitó cuanto pudo todo contacto con los patriotas y ocurrióle juzgarles con severidad. Damos a continuación, traducidas al español, las tres solas cartas que dirigió a Bolívar, las cuales suponemos inéditas.

---

[125] Publicado en *El Nuevo Diario*, Caracas, 3 de mayo de 1935.

Para apreciar con exactitud la intercesión del gobernador en favor de los prisioneros españoles que consta de una de aquellas, es necesario darse cuenta de que las noticias que se tenían en Curazao sobre los excesos de los patriotas, en la Campaña Admirable, eran terribles. En comunicación a lord Bathurst, ministro de la Guerra y de las Colonias, Hodgson dice haber recibido la nota de Bolívar acerca del cambio de gobierno habido en Venezuela, pide instrucciones y agrega que los progresos de aquel, "han sido señalados por las medidas más sanguinarias; todos los españoles europeos que cayeron en su poder, armados o no, fueron condenados a muerte y su segundo en el mando, Don Félix Ribas, es uno de los caracteres más crueles y feroces que existan"[126].

Hodgson no daba a Bolívar ningún título; tardó casi un mes en responder a la primera carta de este (que no conocemos), y cuando lo hizo fue, en cierto modo, para poder intervenir el mismo día a favor de los prisioneros realistas. El Libertador replicó, con fecha 2 de octubre, por la carta que aparece en la colección del doctor Vicente Lecuna, explicando las razones de su conducta con los españoles, sobre los cuales echó la responsabilidad de la guerra a muerte y cuyos crímenes denunció: "Vuestra Excelencia pronunciará, pues: o los americanos deben dejarse exterminar pacientemente, o deben destruir una raza inicua que mientras respira trabaja sin cesar por nuestro aniquilamiento". El 9 del propio mes, Bolívar comunica al inglés las proposiciones hechas inútilmente al comandante realista de Puerto Cabello para canjear prisioneros[127]. Hodgson tenía en Caracas lo que se llama mala prensa y, el 22 de febrero de 1814, Muñoz Tébar transmitió a Vicente Salias, redactor de la *Gaceta*, observaciones del Libertador a causa de ciertos conceptos ofensivos para el gobernador, publicados en aquel periódico por "un extranjero".

En cuanto a la tercera carta que hoy publicamos, sería interesante ver en la nombrada *Gaceta de Caracas* el suelto a que se refiere, y si Bolívar hizo publicar la rectificación. Suponemos que este Semple es el

---

126 *War Office*, 1-113, Nº 99, 26 de agosto de 1813, pp. 263-266.

127 *Cartas de Bolívar*, I, pp. 60-67, 69-71.

mismo que dejó sobre los sucesos de la época la noticia cuya traducción nos dio recientemente el señor Stabler, en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Nº 60, octubre-diciembre de 1932.

Roma, marzo de 1935.

C. Parra Pérez.

***

Curazao, 4 de septiembre de 1813.

Señor:

Tengo a honra agradecer a Ud. el recibo de su carta de 9 de agosto, por la cual me comunica el último cambio de gobierno en Venezuela y cuya copia no he dejado de transmitir al Muy Honorable Conde Bathurst. Al recibir las órdenes del gobierno de Su Majestad en esta importante materia comunicaré a Ud. su sentido sin pérdida de tiempo.

Tengo a honra ser, Señor, con el mayor respeto, su más obediente y humilde servidor.

J. Hodgson.

Don Simón Bolívar, etc. etc. etc.

***

Curazao, 4 de septiembre de 1813.

Señor:

Habiéndoseme representado que muchos españoles europeos están encerrados en La Guaira y Caracas, a causa de la parte que tomaron en los recientes desgraciados disturbios de Venezuela, y que es probable que se les condene a muerte, tengo a honra importunar a Ud. sobre ello y a pesar de que, por la conocida humanidad de su carácter, no puede considerar ninguna medida de este género. Sin embargo, es posible que haya entre las personas que ejercen la autoridad en aquellas ciudades quienes no posean sus generosos sentimientos

y también lo es que de errados principios resulten actos de crueldad. En consecuencia, creo un deber de humanidad interceder en favor de los prisioneros y rogar a Ud. les conceda pasaporte para dejar la Provincia: los valientes son siempre misericordiosos.

Tengo a honra ser, Señor, con el mayor respeto, su más obediente y humilde servidor.

J. Hodgson.

Don Simón Bolívar, etc. etc. etc.

***

Curazao, 22 de abril de 1814.

Señor:

La *Gaceta de Caracas* ha publicado un suelto anónimo desdoroso para la reputación del señor Semple, negociante de esta Colonia, y este me pide intervenga cerca de usted sobre ello.

La fama de honor e integridad del señor Semple es indudable y estoy convencido de que es incapaz de haber tenido la conducta que se le atribuye en aquel calumnioso y ofensivo suelto. Tal circunstancia me induce a transmitir su carta a la consideración de Ud. confiando en que su conocida rectitud y el liberalismo de su carácter le acordarán la reparación que solicita.

Tengo a honra ser, Señor, con el mayor respeto, su más fiel y obediente humilde servidor.

J. Hodgson.

Don Simón Bolívar, etc. etc. etc.

LA INSANIA DE CASARIEGO

El señor Jesús Evaristo Casariego es un carlista tal como el vulgo lo imagina: fanático, terco y retrógrado. Las gentes informadas saben que el carlista real y realista es otra cosa, y por ello no conviene caer sobre el carlismo bajo pretexto de caer sobre Casariego. Que cada cual cargue con su responsabilidad. A pesar del espacio considerable que ocuparían, yo podría insertar aquí los artículos a que se refieren los míos: no lo hago por respeto y consideración hacia España.

C. P. P.

Madrid, 28 de diciembre de 1940.
Velázquez 55.

Señor Don J. E. Casariego.

Ciudad.

Muy Señor mío:

No me dirijo a usted en mi calidad de Ministro de Venezuela sino como simple aficionado a estudios históricos. Mas por esto mismo, hágolo con la libertad que naturalmente tiene quien ha escrito a favor de España y de la verdad española páginas que forman libro o corren en revistas y periódicos y que no todos ignoran en este noble país.

Su artículo sobre Bolívar y la Hispanidad, publicado en *Fotos* el 21 de los corrientes, intenta plantear de nuevo un problema que se creía resuelto hace tiempos, resuelto a la vez por la crítica histórica que ha colocado a Bolívar en el alto sitio único que le corresponde, y por la propia España en cuyo nombre el general Primo de Rivera pronunció

elocuentes palabras en la ceremonia oficial celebrada en la plaza de Salamanca el 12 de octubre de 1925, día de la Raza. Cinco años después, solemnes funerales en San Francisco el Grande honráronse con una presencia augusta.

Quisiera recordar ante todo que los ataques, por decir así, personales, de puro mal gusto en su mayor parte, que se dirigen a hombres como Bolívar, grande entre los que más lo han sido, carecen de interés para la historia porque salen de su terreno y solo sirven a los autores para llenar las cuartillas que reclama a veces el duro oficio de cada día. Así, pues, no me detendré mucho en borrar la caricatura que usted hace de aquel, aunque no deje de protestar contra los rasgos odiosos que la componen. Limitaréme a decir que sus ataques se basan en información insuficiente, y no discutiré tendencias a recoger anécdotas más o menos apócrifas y consejas pintorescas que sobre el personaje publicaran libelistas o firmantes de efímeros librillos.

El asunto que me lleva a escribir a usted es grave y distinto del prurito de asumir defensas superfluas. Lo esencial, en efecto, es saber hasta qué punto usted, escritor de mucha reputación y con auditorio en círculos extensos e importantes, guía o interpreta la mentalidad de estos. Si el caso no fuere aislado, si su artículo no debiere tenerse como mero exponente de personal ardor polémico, habríamos de temer que tuviese imitadores y contribuyera entonces a dar al traste con todo conato de lograr mejor comprensión mutua de españoles y americanos y con la propaganda en favor de la unidad moral e intelectual de los pueblos de nuestra lengua. Hay temas cuyo manejo exije un máximum de discreción. Cuando uno asume la responsabilidad voluntaria de escribir para el público, de explicar al público cuestiones fundamentales, no hay derecho de hacerlo sin tanteo y con atolondramiento que recuerde el clásico ejemplo del elefante irrumpiendo en un almacén de porcelanas. Usted, como todo el mundo, tiene libertad para emitir juicios en materia de historia, aunque el que ahora formula de Bolívar no resista al análisis: en América usamos y abusamos bastante de tal facultad para no alarmarnos con ella. Pero, en virtud del propio carácter que heredamos de nuestros

mayores peninsulares, los hispanoamericanos apreciamos más el respeto que el halago, y una de las formas de respeto que sobremanera nos complace es el que se tenga a nuestra historia. En razón particularmente del argumento que usted suscita, no es inútil decirle que el rey D. Felipe v hablaba ya del "caviloso genio" de los habitantes de la provincia de Venezuela. Imposible será entenderse si recomenzamos a emplear en 1940 el lenguaje de 1820. Millones de hombres, en Ultramar, aman y admiran la Madre Patria, sienten sus dolores y valoran el esfuerzo que la lleva hacia nuevos destinos. Es importuno herirles en cuanto poseen de más caro y glorioso. No reabra usted, a través del Atlántico, un diálogo que pronto se convertiría en funesta disputa.

Permítame, por último, que fije un punto de los anales de Venezuela que usted no parece conocer con exactitud. José Tomás Boves fue un malhechor que abandonó el campo independiente y se cubrió con la bandera real para cometer inauditas crueldades. Antiguo contrabandista, ese miliciano antes de la letra desconoció de hecho las autoridades españolas y, dotado, en efecto, de cualidades militares excepcionales, recorrió a Venezuela peleando y destruyendo a la cabeza de bandas que nunca tuvieron que ver con las tropas regulares. Propúsose, y así lo declaró por escrito, exterminar a los blancos y robar las propiedades. Las proclamas que dirigió a las milicias bárbaras que le seguían en sus devastadoras algaras, la seducción como magnética que se dice ejerció sobre las turbas, su prédica demagógica por la lucha de castas y de clases, inspiraron a Juan Vicente González una definición que le dejará a usted boquiabierto: "Boves fue el primer jefe de la democracia venezolana". La eficaz lanzada de Urica evitó ciertamente que aquel facineroso, de la calaña de Lope de Aguirre, proclamara independiente una Venezuela de la cual todo elemento español, étnico, moral o intelectual, hubiese desaparecido.

Bolívar no "inició en Tierra Firme la guerra sin cuartel", como no la iniciaron tampoco los oficiales de carrera que, bravamente, sirvieron al rey: Cagigal, Ceballos o Correa. La guerra a muerte, que Bolívar aceptó por la terrible declaración de Trujillo, pero a la que más de una vez intentó poner fin, antes de que con Morillo "regularizara" la contienda,

fue inventada por aventureros cuyos tipos son Monteverde o algunos de sus secuaces y, en especial, Boves, todos usurpadores arbitrarios contra quienes no cesaron de protestar los representantes del gobierno real y los magistrados de la Audiencia. Morales, segundo de Boves, exvendedor de pescado seco en Píritu, fue otro miliciano de talento militar y no menor ferocidad que su patrón.

Puedo asegurar que la lápida conmemorativa de Boves que usted desea ver colocada en una iglesia de la ciudad de Oviedo, verdadero paradigma del heroísmo español, solo serviría para traer a la memoria de los venezolanos horrores que han tratado de olvidar. Invocar el nombre del atroz bandolero en los términos de que usted se sirve es un insulto a la majestad de España.

Es posible que usted no publique esta carta: la prensa hispanoamericana lo hará.

Con sentimientos de distinguida consideración me suscribo de usted muy atento servidor.

C. Parra Pérez.

DE LA GUERRA A MUERTE

Replico a la respuesta que, dirigida a "Plaza" según estricta usanza militar, dio el señor Casariego a mi carta anterior. Refiérome también a la abierta del Excmo. señor general D. Luis Bermúdez de Castro, publicada en dos periódicos de esta ciudad el 9 del mes en curso. Ocupaciones más urgentes y alguna ausencia de Madrid impidiéronme volver inmediatamente sobre la cuestión que nunca habría planteado, por considerarla inconveniente para los propósitos de acercamiento y compenetración de las naciones hispánicas que con tanto y justificado ardor se manifiestan en ambos lados del Atlántico.

Es posible que a los palos de ciego del señor Casariego haya contestado con frases acres, que no sean precisamente de las que sirven para que dos señores se sienten a la mesa sin ceremonia y departan sobre historia y amistad de raza, según el amable deseo que aquel tuviera antes y que muy de veras deploro no se realizase. Quiero, no obstante, dejar constancia, ingenua y categórica, de que no he tenido ni tengo la menor idea de molestar por ningún respecto en su persona al señor Casariego, quien merece homenaje como escritor, soldado y patriota español.

Dicho lo anterior, continúa la polémica que él provocó.

I

Puede haber disparidad acerca de la ortografía del nombre de Boves, aun en Venezuela donde, sin embargo, se enseña a los niños a escribirlo con v de vesania; pero no existe en mi país, ni debiera existir en ningún otro, disparidad sobre el calificativo esencial que aquel merece: Boves

fue un malvado. Mas, si concesiones de mi parte pudieren contribuir a calmar la sed rehabilitadora, pongamos que Bobes fue un malbado. Y tan excepcionalmente malbado, que así como los árabes de Egipto y Siria acostumbran todavía intimidar a sus hijos pequeños con el famoso: "Ahí viene Ricardo Corazón de León", las buenas gentes de mi pueblo venezolano marcan siempre la maldad de alguno con la frase que lo dice todo: "Es *más malo* que Boves". Otro recuerdo guarda de este y de su segundo el folclore llanero.

> Entre Boves y Morales
> la diferencia no es más
> que el uno es Tomás José
> y el otro José Tomás.

En cuanto al apellido "de la Iglesia" solo se recuerda que quien lo llevaba violó todos los preceptos de esta y entró en la de Valencia para jurar ante la hostia consagrada una capitulación que no cumplió. Sobre la coronelía, sábese que devolvió el despacho al capitán general Cagigal con un desdeñoso: "yo también hago coroneles". Y en lo que mira al uniforme, dúdase mucho que Boves tuviera tiempo, comodidad ni siquiera intención de cambiar por el glorioso de oficial de Su Majestad las prendas clásicas de nuestro llanero a caballo: sombrero de alas anchas, camisa de abierto cuello legionario, hendido garrasí y, al pie desnudo, "el férreo acicate que arma el áspero talón cuarteado de los lanceros de Arismendi", como soberbiamente dice mi amigo Eloy Guillermo González, maestro de la historia y artista de la lengua.

Con esto y el resto veráse cuán difícil será hacer aplaudir por el público una oración *pro Bobo*, puesto que se ha escogido para defenderle el aspecto menos recomendable del temible asturiano. Compréndese bien que el general Bermúdez de Castro, figura expectable y conspicua del ejército español, y el señor Casariego que se batió sin duda con legendario valor de requeté para salvar a España de tantos sub-Boves marxistas, compréndese, digo, que estudien a Boves como militar. ¿Boves interesante? ¡Vaya si lo es! Los escritores venezolanos no hemos esperado hasta ahora para calificarlo uno de los mayores hombres de guerra que ha visto

el Nuevo Continente. Agrego (con ruego al lector de guardar el secreto) que cuando en épocas, por fortuna olvidadas, se disputaba en América sobre los méritos respectivos de nuestros países en la lucha de independencia, mis compatriotas notaban con orgullo de pueblo guerrero, si los hay, que hubieron de batirse contra Boves. Más aún: en la escuela de este se formó Morales, otro miliciano, que llegó a ser verdadero general con bicornio, placas, espada y despacho en regla. Morales ganó por su cuenta muchas acciones, entre otras la de Aragua de Barcelona, que fue la más sangrienta dada en América, durante las campañas de la Independencia, y una de las principales perdidas personalmente por Bolívar. Porque es notorio que Bolívar perdió muchas batallas, como también lo es que concluyó por ganar las decisivas. Los historiadores elevan a quinientos el número de sitios, combates y batallas que se efectuaron entonces en el territorio de los Estados llamados hoy bolivarianos. El general barón d'André, oficial francés que estudió aquellas guerras, escribió hace treinta años, y me ha tocado citarlo en varias ocasiones, que: "El Libertador es un genio sobrehumano que fulgura con gloria incomparable en la historia militar del mundo". Pero esa es otra historia y Bolívar no necesita exaltación, sobre todo a propósito de esta ruin querella. Es el caso de decir: Bolívar no se compara, Bolívar se separa.

El señor Casariego es revisor que aspira a revisar muchas cosas. La expresión revisión de valores sigue de moda y facilita la lucubración. A no dudarlo, la historia está en continua revisión y es curioso que yo lo haya recordado respetuosamente a un eminente polímata venezolano, con quien dialogaba por la prensa, justamente a propósito de España y de su obra en América. El señor Casariego dice que "es sencillamente intolerable" que "venga a decirle cuál es la majestad de España". Invítole a reflexionar sobre mis esfuerzos en defensa de aquella obra para que enfríe su majestuosa indignación. Porque parece necesario repetir, con la modestia del caso, que pertenezco al grupo de escritores hispanoamericanos que ha tomado a pecho la revisión de los valores históricos en favor de España. No recuerdo si los términos de la dedicatoria de un ejemplar de alguno de mis libros al señor Casariego fueron "encomiásticos"; pero sí recuerdo que se lo envié a raíz de leer un volumen suyo

sobre el carlismo. A ese grupo de defensores de la verdad en la historia del nacimiento de las naciones americanas perteneció también, siendo uno de sus miembros más notables, mi primo hermano Caracciolo Parra León, profesor de la Universidad de Caracas con quien el señor Casariego, que a ninguno de los dos ha leído, me confunde honrosamente para mí y cuya muerte, a la edad de treinta y ocho años, es una de las recientes pérdidas mas graves y dolorosas de la alta literatura y del humanismo en Hispano-América. Nunca tuvo España en nuestros países amigo mejor documentado que aquel joven eximio por mil títulos, de quien pudo decirse que fue de la madera de Menéndez y Pelayo.

Decía que el señor Casariego quiere revisar muchas cosas. Teoriza también sobre temas delicados. Precisa entenderse ante todo en lo que expresan los vocablos y, para nuestro caso, especialmente acerca del significado que se dé al vocablo hispanidad. Nada es más fácil, creo. Por hispanidad debe tenerse el movimiento que conduce a los Estados de lengua española a preservar en común, dentro de la realidad actual, cuanto les es común porque viene de la tradición y forma el ideario y los principios morales de dichos Estados. Así, la hispanidad reposa sobre la firme base de un hecho histórico incontrovertible, como es la constitución de una comunidad de naciones libres y soberanas, sinceramente dispuestas hoy a explotar juntas el enorme y fecundo tesoro que juntas heredaron y a apartar de su camino cuanto el irremediable pasado pudo dejar entre ellas de resquemor y de rencores. La "revisión" que consiste esencialmente en vilipendiar al más grande de los americanos y en alzar sobre el pavés a un bárbaro cuyas víctimas inocentes se cuentan por millares, equivale a cultivar la "guerra civil" entre España y América. Tal obra es antihispánica. Lo demás es simple logomaquia.

Sin contar con que hacer de Bolívar un enemigo de la hispanidad es majadería anacrónica.

¿Y qué sabe, por último, exactamente el señor Casariego de las ideas políticas de Bolívar? ¿Ha leído acaso sus proyectos de Constitución, sus discursos de Angostura, Chuquisaca y Ocaña, su prodigioso epistolario? No es de creerse, a juzgar por las cuatro frases sumarias con que supone

definir a uno de los personajes más complejos de la historia universal, personaje a quien es imposible medir con otra escala que la de César o Napoleón. Bolívar fue lo que fue y su papel histórico está determinado hace tiempo. Cuando el señor Mussolini hizo a mi humildísima persona el honor de contestar el discurso por el cual se entregó a la ciudad de Roma, en nombre de seis naciones americanas, la estatua del Libertador, dijo las siguientes palabras que deben leerse en su admirable lengua:

> Puro eroe, animato da una energia indomabile e talvolta spietata, che ricorda quella dei primi conquistatori, della sua stessa nobile stirpe; egli concorse, con un'opera veramente rivoluzionaria perchè profondamente creatrice, a gettare le basi dell' odierna America latina.
> Con animo e genio di Condottiero condusse i suoi uomini oltre vette ritenute inviolabili; non schiavo di sette né di ideologie, assurse alla concezione dello Stato unitario poggiato sulle grandi forze della nazione liberando le energie sopite della sua razza.
> Dal quadro infranto in cui da tanto tempo si adagiava l'America fiorirono i nuovi Stati.
> Inmortale è la sua opera. Gli Stati da lui creati portano nel loro grembo dovizia di richezze e sicure promesse di futuro. E nel suo nome riecheggia quell' ideale di solidarietà che egli sognava fra "i figli dell' emisfero di Colombo".
> L'Italia, che agli Stati dell' America latina è unita da tanti ed infrangibili vincoli storici, sociali ed economici, a lui oggi s' inchina, cosi come rievoca gli eroi della propria storia, nei quali vede esempi e fonti di vita.

II

El general Bermúdez de Castro habla de paradojas en este asunto. En efecto, hay algunas. La primera y más extraña e imprevista es que él y el señor Casariego al personificar a España en un sujeto de la calaña de Boves, vengan a apoyar una de las tesis de los inventores y defensores de la "leyenda negra". Por mi parte, a riesgo de que se me diga tozudo, impertinente y entrometido, continuaré gritando que la leyenda es leyenda y que Boves no es España. He dicho que es comprensible el interés que este despierte como militar, pero lo es menos, o no lo es en absoluto,

que se pretenda hacer de él un símbolo de la Patria y de la hispanidad. Renuncio a explicármelo. Boves no es héroe en la acepción noble y única de la palabra. No es un paladín desconocido, sino un bandolero conocido, un aventurero sin Dios y sin ley que, después de usurpar la autoridad de los funcionarios reales, anegó en sangre a Venezuela, destruyó cuanto pudo y realizó en forma espantosa la guerra social. Es inútil detallar lo que fueron en mi país los años de Boves, los "años terribles". Baste aquí afirmar que los malhechos de este solo pueden compararse a los perpetrados recientemente en España por las hordas rojas.

En la acción de Urica las fuerzas republicanas estaban mandadas por José Félix Ribas, primo de Bolívar y uno de sus mejores tenientes, y por José Francisco Bermúdez de Castro, cumanés, a quien llamaban *El Pueblo*, porque imponía sus personales voluntades diciendo: "el pueblo manda". He allí otra paradoja: un Bermúdez de Castro libró de Boves a la tierra y otro Bermúdez de Castro trata de resucitar al monstruo. El Bermúdez venezolano espera una monografía. Gigante épico e irascible, que carga siempre a la cabeza de sus tropas y deja por doquiera la huella de su nervudo brazo. Si Páez es el hombre de la lanza, Bermúdez es el hombre del sable. Lleva en el alma la rebeldía. Tiene la magnífica presunción de los conquistadores y el coraje impertérrito de su raza española. Arroja a sus enemigos, en la refriega, invectivas homéricas y cuéntase que ellos ábrenle libre campo cuando, a punto de agobiarle, vocéales imperativo: "¡Paso, que soy Bermúdez!". Cerveris asesinó a su hermano Bernardo con horrendo refinamiento: juró Bermúdez venganza y pocas veces viósela más inhumana. Cerveris fue el Mina de aquel "Tigre del Maestrazgo". Interesantes páginas podría escribir el general Bermúdez de Castro –lo digo sin ironía– sobre su tocayo insurgente, matador de la fiera bovina.

Pero el adversario más temible que el asturiano halló del otro lado de la barricada fue su paisano Vicente Campo Elías, natural de Ronda, cuyo nombre aparece por incidencia en la pluma del señor Casariego. La lucha entre aquellos dos españoles fue implacable y ofreció variadas alternativas. Para comenzar, Campo Elías aplasta a Boves en Mosquitero

y acuchilla a su hueste hasta el último soldado, pues es también aquel de los que no dan cuartel a militares ni civiles; Boves escapa a duras penas; mas, rehecho y con doble ejército, despedaza el de su rival en el sitio de La Puerta y va a atacar a Ribas en la plaza fuerte de La Victoria: reculan los estudiantes que Ribas ha lanzado a la pelea, cuando aparece Campo Elías y su solo nombre "proclamado como un grito de guerra por las filas, sobrecoge a sus contrarios de profundo terror". Es el desquite de La Puerta: la caballería de Boves huye hacia los llanos. El rondeño cayó mortalmente herido en las líneas de San Mateo, baluarte en que Bolívar resistió durante treinta días los impetuosos asaltos de un enemigo más fuerte, más hábil, más audaz que nunca. A su lado murió el coronel Villapol, otro oficial peninsular que se batía por la independencia y que era, según Baralt, "tipo perfecto del carácter español en toda su belleza". Ya Boves doblegaba a su contrario por la superioridad del número cuando el neogranadino Ricaurte se hizo saltar con el parque de municiones y la columna realista que de él iba a apoderarse: la fiera, herida, abandonó la partida y debió decirse luego que bien valía una derrota la muerte de Campo Elías.

Como Bermúdez, Campo Elías aguarda un biógrafo. ¡Cuántas veces oí en mi niñez a ancianas parientas memorar las hazañas del *Indomable* y defender candorosamente a aquel mi terrible tío abuelo del cargo muy fundado que se le hace de haber sido, si valiente cual ninguno, cruel en exceso con sus propios compatriotas! Difícil tarea será la de narrar la vida esforzada del torvo andaluz y de penetrar el secreto de su alma despiadada.

III

¡Ah!, no fue, ciertamente, la guerra de Venezuela guerra de sacristanes. Nadie piensa borrar de la historia la declaración de Trujillo ni en pintar la lucha como de ángeles y demonios. Pero el señor Casariego ha abierto polémica sobre ese tema inoportuno, y no faltarán escritores americanos que le demuestren, con hechos espeluznantes, que

Bolívar no "inició" la guerra a muerte. Le enseñarán que aquel era oficial subalterno o estaba ausente del país cuando, por 1812, Antoñanzas, en cuya partida andaba ya Boves desde la toma de Calabozo, empezó las matanzas en esta ciudad y en Villa de Cura; cuando Cerveris arrojó en los calabozos, encadenadas y desnudas, a las personas más respetables; cuando Zuazola se dedicó en Oriente a matar criollos y a clavar sus orejas en las puertas de las casas. ¿Desea el señor Casariego testimonios de autores, de autores que parecen hechos especialmente para él? Que lea las *Memorias* de Heredia, monárquico hasta los tuétanos, decano de la Real Audiencia de Caracas, y las de Andrés Level de Goda, fiscal de la Real Hacienda y jefe político de Cumaná por el rey, enemigo y acerbo censor de los independientes y en especial de Bolívar; que lea los informes de la Audiencia y sus protestas contra la usurpación de Monteverde y las fechorías de sus satélites. Cuando haya leído eso, nada más que eso, podrá decir el señor Casariego quién provocó e "inició" la guerra sin cuartel en Venezuela.

Al citar en mi carta cierta frase de Juan Vicente González no pretendí "apabullar" al señor Casariego con la autoridad en historia del gran escritor, que poca tiene. González es uno de los literatos más notables de América y el primer polemista de Venezuela (el segundo es, en mi opinión, José Domingo Díaz, realista, autor de los *Recuerdos* sobre la revolución de Caracas). El *Manual de historia universal*, que considero casi perfecto como texto didáctico, es una obra en que la extraordinaria memoria de Juan Vicente pone a contribución, olvidando solo las comillas, a Louis Blanc, Michelet, Chateaubriand y otros Lamartines. La *Biografía de José Félix Ribas* es de muy escaso valor como historia y muy apreciable modelo de prosa castellana. En alguna ocasión me atreví a impedir que se tradujeran al francés, como muestra de literatura histórica venezolana, páginas de este autor, porque me pareció inconveniente servir a los franceses platos recalentados. Pierde, pues, su tiempo el señor Casariego si cree "apabullarme" con Juan Vicente González, cuyo mérito aprecio y sé buscar donde lo tiene. En cuanto a Lino Duarte Level es buen cronista de cuestiones militares, pero no historiador propiamente dicho. Sería

cosa de nunca acabar si emprendiésemos la crítica del gran escritor y del buen cronista. Vamos al grano: son irrecusables los testigos oculares que presento al señor Casariego en esta materia de "iniciación" de la guerra sin cuartel. Hace poco publiqué una *Historia de la Primera República de Venezuela* en cuyo último capítulo se encontrarán referencias suficientes para aclarar el punto. Reproduzco algunas, para el lector que tenga prisa.

Baralt dice que con los degüellos e incendios perpetrados en los llanos del Guárico, durante los primeros meses de 1812 por las bandas de Eusebio Antoñanzas (en las cuales, como se ha dicho "inicióse" Boves) comenzaron "la horrible celebridad de su nombre (de Antoñanzas) y la serie no interrumpida de atrocidades que mancharon después la guerra entre los dos partidos". Pero, tomemos el hilo del proceso. Vencido el gobierno independiente en julio del año citado y desarmado su ejército, usurpó Monteverde la autoridad, forzó al capitán general Miyares a marcharse y, según escribe Level de Goda, "puso una estacada de sargentos en toda la orilla del mar: el sargento Mármol en La Guaira, el sargento Antoñanzas en Cumaná, el sargento La Hoz en Barcelona y el sargento Martínez en Margarita, fuera de innumerables sargentos en los innumerables puestos subalternos. La milicia española se convirtió en una sargentería". Debo decir, antes de pasar adelante, que Fernández de La Hoz no está en su puesto entre aquellos bribones. El oidor Vílchez escribía al ministro español de Gracia y Justicia: "Allí no se conoce más autoridad ni más ley que la libre voluntad de Don Domingo Monteverde". "En mi isla –decía a su vez Pascual Martínez– no hay más Audiencia, ni más Capitán General ni más Fernando VII que mi voluntad". Y Cerveris: "No hay más, Señor, que un gobierno militar: pasar todos estos pícaros (criollos) por las armas; yo le aseguro a V. S. que ninguno de los que caigan en mis manos se escapará. Todo gobierno político debe separarse inmediatamente, pues no debemos estar ni por Regencia, ni por Cortes, ni por Constitución sino por nuestra seguridad y el exterminio de tanto insurgente y bandido". El jefe, Monteverde, resumía: "La indulgencia es un delito". Caracas y otras ciudades que se han rebelado deben ser tratadas por "la ley de la

conquista". "Es la arbitrariedad absoluta", observaba el fiscal don José Costa Gali, futuro miembro de la Real Audiencia de Madrid. Y Heredia que comprobaba por su parte aquella brutal situación de hecho, agrega que también más tarde Boves "y los demás bandoleros" que se decían realistas "eran insurgentes de otra especie", pues negaban obediencia a los jefes nombrados por la autoridad regular española.

Fueron, pues, los sargentos de Monteverde quienes "iniciaron" la guerra a muerte. Urquinaona, otro funcionario real que dejó Memorias publicadas repetidas veces, dice que Cerveris, trasladado de La Guaira a Cumaná resolvió "acabar con los vecinos" de esta última ciudad, e hizo famoso el totumo de Yaguaraparo al que ataba a aquellos para azotarles. Los vecinos que escaparon a su furia refugiáronse en los bosques. Extendióse el terror por todo el territorio venezolano. Un cura realista de Trujillo decía a Heredia que "ni con los turcos habrían sufrido tanto aquellos infelices pueblos", y el magistrado concluía que era "natural que hasta las piedras se levantasen contra el nombre español". La tiranía tomó carácter anónimo: "Solicítese quién puso preso a ese individuo", contestaba Monteverde a quejas que le merecían alguna atención. "Peor que entre los cafres", opinaba Gali. "Yo no sé –escribía Level de Goda al secretario de Estado y de Ultramar– yo no sé si a V. E. le faltará para leer el ánimo que a mí me falta para describir lo que aconteció en Aragua, esas muertes, ese desuello, esas orejas...". Los que "quedaron vivos se refugiaron en el pueblo de Maturín e hicieron allí el juramento saguntino", sacando "de la naturaleza y sus leyes irresistibles aquella fuerza sobrehumana que ampara y guarece la propia conservación. No querían morir, ni ser desollados, ni perder las orejas y se batieron con desesperación hasta rechazar el ataque". Level se refiere allí a los crímenes de Zuazola, después de los combates de Los Magüeyes y de Aragua. Fusilados los prisioneros, llamó el sargento con melosas palabras a los vecinos que habían huido aterrorizados: los que volvieron, hombres, mujeres y niños fueron desorejados o desollados vivos. Baralt describe: "A quienes hacía quitar el cutis de los pies y caminar sobre cascos de vidrios o guijarros; a quienes hacía mutilar de uno o dos miembros o de las facciones del rostro, haciendo mofa después de su fealdad; a quienes mandaba coser

espalda con espalda. No siempre eran unos mismos los suplicios: variábalos y combinábalos de mil maneras, para procurarse el fruto de la novedad... Sucedió entonces que un niño de doce años se le presentó ofreciendo su vida por salvar la de su padre. Hízolos matar a entrambos, antes al hijo". Supongo que el señor Casariego no recusará el testimonio de Level de Goda, fiscal del rey, ni la descripción de Rafael María Baralt, sucesor de Donoso Cortés en la Real Academia Española.

Los magistrados regulares españoles trataban en vano de poner coto a aquella sangrienta locura. ¿Sabe el señor Casariego, quien quisiera impedirme invocar la majestad de España, cómo he defendido yo a su patria que él trata de identificar con un criminal peor que los arriba nombrados? Que juzgue el lector entre él y yo: al narrar estos atroces sucesos dije entre otras cosas: "Más tarde, Baralt escribirá impropiamente que Venezuela volvió en aquellos días al 'estado colonial'. No: el estado colonial no fue nunca el reinado del despotismo. En la época de Monteverde la tradición de la Colonia se encarna en la Real Audiencia que protesta contra la tiranía, ordena la libertad de los presos, casa los decretos de la autoridad usurpadora. Heredia, Vílchez, Uzelay, Gali, con su integridad y valerosa actitud, salvan entonces del oprobio el nombre español".

IV

El resultado de todo aquello fue la reacción de los perseguidos, la resurrección de la República, cuya bandera levantaron Bolívar y Mariño. Recuérdense las palabras del primero en su manifiesto de Cartagena: "¿Qué esperanzas nos quedan de salud? La guerra, la guerra sola puede salvarnos por la senda del honor".

Y volvió la guerra, inexpiable esta vez. Y a Antoñanzas, a Cerveris, a Zuazola, a Tizcar, a Puy, a Yáñez, a Boves, a Morales, a cuantos ya jefes o aún subalternos habían "iniciado" la matanza, a todos los que Arístides Rojas, historiógrafo venezolano conocido por su amor a la "sublime España", llama "expósitos de la historia" porque "sin familia y sin patria, ni hay nación que los reclame, ni sociedad que los defienda", a

todos respondió Bolívar con la declaración de Trujillo, que nadie aprueba, que nadie puede aprobar, pero que se tiene el deber de explicar. La cronología no miente y jamás podrá alterarla el señor Casariego con sus flacas citas y su información que, lo repito, es insuficiente, como tampoco podrá suprimir la culpabilidad de un hombre invocando piezas de archivo referentes a su infancia o juventud.

Lo que fue la lucha de 1813 a diciembre de 1814, mes de la muerte de Boves, ya lo sabemos. Level de Goda, en informe al rey fecha 4 de noviembre de 1815, dice que cuando Morillo llegó a Venezuela la halló "sin enemigos, porque casi todos habían muerto a manos de Boves y Morales, dos caudillos aparecidos súbitamente, y el resto se hallaba refugiado en las Antillas extranjeras. Entre esos matados a millaradas, lo fueron igualmente innumerables, a millaradas también, que sin parte alguna en la revolución estaban meramente pasivos en sus casas trabajando para cubrir sus exigencias naturales, pero criollo e insurgente se tenían por sinónimos... No encontró Morillo ni aun mujeres y muchachos pertenecientes a los reputados enemigos...".

Ni siquiera puede asegurarse que fue Bolívar quien, el primero entre los independientes, "decretó" la guerra a muerte. La iniciativa correspondió, de ese lado, a Antonio Nicolás Briceño, prócer por su inteligencia y vasta cultura en política, derecho y humanidades, pero quien mereció el nombre de *Diablo* por su endiablado carácter y violentísimas pasiones. Imitando la operación aritmética inventada en la Península por Espoz y Mina en la lucha contra los franceses, Briceño imaginó en Cartagena de Indias un reglamento de enganche con espantosas condiciones. Al llegar Bolívar a Cúcuta, por marzo de 1813 y comenzar la Campaña Admirable, sometióle Briceño sus planes recibiendo de aquel como respuesta que no debía fusilarse sino a los enemigos que se encontrasen con las armas en la mano. De San Cristóbal envió luego Briceño a Bolívar una cabeza de realista, y como el primero ordenase inmediatamente juzgar en consejo de guerra al célebre energúmeno, escapó este a Barinas donde después de un combate cayó en manos de Antonio Tizcar, sargento de Monteverde, quien le fusiló. Pero Tizcar

aprovechó la ocasión para matar a gran número de barineses absolutamente inermes e inocentes, que ya en una orden fecha 3 de mayo declarara que "sus tropas no darían cuartel ni a los rendidos". De todo lo cual tuvo noticia Bolívar a su entrada en Mérida. En Trujillo conoció los crímenes cometidos en las provincias orientales y fue entonces cuando publicó su proclama.

Con la declaración trató tal vez Bolívar de equilibrar, por decirlo así, las condiciones de la guerra porque estimara imposible permitir que las bandas enemigas continuasen exterminando la mejor parte de la nación venezolana. En realidad, el "decreto" de Trujillo fue un error funesto y agravó la situación en lugar de mejorarla. Sea lo que fuere, en los primeros tiempos aplicóselo con atenuación. La presencia misma de 800 prisioneros en Caracas y La Guaira demuestra que no siempre se procedía a ejecuciones inmediatas. Cuando Bolívar ordenó la de aquellos, la capital estaba amenazada y en sus inmediaciones un siniestro bandido nombrado Rosete, que de pulpero se había hecho jefe de partida, asesinaba multitud de gentes indefensas, muchas de las cuales se habían acogido al templo. "Rosete el primero –dice todavía Baralt– violó el recinto sagrado, pues sus tropas, después de haber robado y saqueado el pueblo (de Ocumare) derribaron a hachazos las puertas de la iglesia y regaron con la sangre de algunos ancianos el coro, la nave principal y el ara misma de los altares, luego sacándolos en las puntas de las lanzas, esparcieron por las calles y caminos sus cuerpos mutilados". Por las víctimas de Rosete y de tantos otros, pagaron los infelices prisioneros de Caracas y La Guaira. Pero Bolívar no había vacilado, meses antes, en proponer a Monteverde el canje del monstruoso Zuazola, en persona, caído en sus manos por el coronel Diego Jalón, oficial peninsular que había abrazado la causa de la independencia y estaba prisionero en Puerto Cabello: Monteverde rehusó y Bolívar ahorcó a Zuazola. Urquinaona comenta: "La Divina Providencia no ha permitido por más tiempo la existencia de estos monstruos que se alimentaron con sangre humana. Zuazola murió ahorcado en los extramuros de Puerto Cabello, a la vista de Monteverde y de sus parciales, que muy bien pudieron salvarle, *aceptando el canje de prisioneros que fue*

propuesto por los emisarios de Bolívar, en agosto de 1813". Nótense las fechas: dos meses apenas después de la declaración de Trujillo, Bolívar proponía canje de prisioneros. Y sépase que sus emisarios fueron dos españoles de España, enemigos de la República, el padre García Ortigosa y don Francisco González de Linares, quienes luego publicaron un manifiesto contra la conducta de "Monteverde y sus secuaces".

Probable es, por otra parte, que en aquella ocasión, con Caracas en peligro y sin fuerzas bastantes, Bolívar recordara cómo los prisioneros que con muchos miramientos guardaba en 1812, cuando mandaba la fortaleza de Puerto Cabello, se habían sublevado contra él mismo y apoderádose de esta.

De todos modos, no seré yo quien trate de justificar la horrenda ejecución. Mi propósito fue solo demostrar al señor Casariego que la "iniciativa" de tales atrocidades no pertenece a Bolívar.

En frases cinceladas, años más tarde, el Libertador sintetizaba aquellos tiempos: "No ha sido la época de la República que he presidido una tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía popular: ha sido, sí, la inundación de un torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela. Un hombre ¡y un hombre como yo!, ¿qué diques podía oponer al ímpetu de estas devastaciones?". Y en sus últimos días, cuando se dispone a dejar el mundo, pero no quiere que le echen de su patria, quizá porque tiene fijo el pensamiento en los años formidables de 13 y de 14 dice con augusta gravedad: "Me siento morir; mi plazo se cumple; Dios me llama. Tengo que prepararme a darle cuenta, y una cuenta terrible, como ha sido terrible la agitación de mi vida; y quiero exhalar el último suspiro en los brazos de mis antiguos compañeros, rodeado de sacerdotes cristianos de mi país y con el crucifijo en las manos: no me iré".

Bolívar y Morillo se vieron en Santa Ana de Trujillo, en 1820, y ambos colocaron con sus propias manos la primera piedra del monumento que debía conmemorar su encuentro. Entonces quedó sellada la reconciliación moral de españoles y venezolanos, sepultándose bajo

aquella piedra los horrores de la guerra. En 1911 el rey de España envió como su representante y embajador a las ceremonias del centenario de la independencia de Venezuela a D. Aníbal Morillo y Pérez, conde de Cartagena y marqués de La Puerta. Y la nación y el gobierno venezolanos recibieron con inusitada y espontánea cordialidad al nieto del general Morillo, que ostentaba títulos recordatorios de dos victorias de las armas reales. El conde de Cartagena decíame más tarde, en París, que su emoción había sido tal, al verse alzado en hombros por el pueblo de Caracas, que no hallara otro modo de corresponder a aquel entusiasmo sino arrancarse del uniforme la placa de Isabel la Católica que había llevado su glorioso abuelo y entregarla, en prenda fraternal y en nombre de España, a la aclamante multitud. Y es que Morillo, no obstante la dureza que por desgracia caracterizó la tremenda querella y arrastró al cadalso a hombres insignes, como Caldas y Camilo Torres, salvó siempre, como lo hicieron Cagigal y Latorre y tantos otros jefes y oficiales del ejército regular, ese algo grande e inmarcesible que ellos sí podían personificar: el honor español.

Dice la crónica gloriosa de mi pueblo que en plena batalla de Carabobo, reñida entre Bolívar y Latorre, el llanero Páez mandó detener las cargas de sus lanceros y pidió al coronel Tomás García, jefe del batallón Valencey, veinte minutos de tregua para rendir armas a un oficial español que acababa de caer a su frente batiéndose con insuperable bravura. Consintió García y vióse entonces a españoles y venezolanos inclinar juntos sus banderas y saludar con la espada el cadáver de un verdadero héroe. Luego, luego siguió la pelea. No fue la victoria de las tropas del rey, pero el batallón Valencey cubrió la retirada oponiendo inquebrantada resistencia al embate de la primera caballería de América. "Que los bravos se salven", dijo Páez al ordenar que se suspendiera la persecución.

Señor Casariego: así rinde armas Venezuela al Ejército español.

Madrid, 25 de enero de 1941.

***

Madrid, 28 de enero de 1941.

Excmo. Señor
D. Juan Peche y Cabeza de Vaca.
Ministerio de Asuntos Exteriores.

Mi querido ministro y amigo:

Con referencia a mi carta al señor Casariego, cuya copia me permití enviar al Excmo. señor Serrano Suñer, y a la nota oficial Nº 5 A .E., de 11 de los corrientes, confirmo a usted cuanto le expresé en nuestra conversación de esta mañana.

No vacilo en repetir que la glorificación de Boves por medio de lápidas conmemorativas y aun de estatua, según el propósito atribuido de nuevo al general D. Luis Bermúdez de Castro y a otros en artículo publicado ayer por el diario *El Alcázar*, es la idea más extravagante que pueda ocurrir a persona alguna. El oidor Heredia, decano de la Real Audiencia de Caracas, testigo de las atrocidades de aquel bárbaro y de su usurpación de las funciones de los representantes legítimos de la Corona, le llamó merecidamente "bandolero", "insurgente de otra especie". Y Andrés Level de Goda, fiscal y gobernador político de Cumaná por el rey, dijo en informe oficial, que aquel bandolero mató "a millaradas" hombres, mujeres y niños inocentes. Todo conato de rehabilitación es inútil desde el punto de vista de la historia, y notable error político y psicológico. El pueblo venezolano recibiría tal glorificación como una ofensa gratuita e inexplicable. Quienes pretenden hacer de Boves un símbolo de España, de la lealtad, del heroísmo, del honor españoles cometen un sacrilegio, y brindan argumento inesperado a los últimos sostenedores de la "leyenda negra", contra la cual me ha sido honroso luchar durante veinte años con hechos y escritos.

Agradézcole por adelantado y vivamente cuanto haga en el sentido que tuvo a bien prometerme, y me reitero de usted muy afectísimo amigo.

C. Parra Pérez.

***

Madrid, 5 de febrero de 1941.
Señor D. J. E. Casariego,
Director de *El Alcázar*.
Ciudad.

Muy señor mío:

Vuelve usted al sistema epistolar que desechó en su carta de 7 de enero. Sufra que a mi turno lo emplee, por última vez.

Usted pretende desviar el debate hacia un terreno al que no puedo seguirle, porque tengo conciencia precisa de mi responsabilidad. Al buen entendedor, pocas palabras.

La cuestión que nos divide es concreta y se reduce a dos puntos:

1º He demostrado a usted que Bolívar no "inició" la guerra a muerte. Nada replica a ello porque es imposible.

2º He tratado de demostrarle que Genserico no es tal héroe. ¿Que usted insiste en endosar a su patria los crímenes del vándalo? Allá usted, señor mío, y los que como usted piensen. Es difícil ser más realista que el rey. Lástima grande que las tiernas misivas filiales y los certificados de buena conducta escolar no hayan podido confortar en sus postreros instantes a las decenas de millares de hombres, mujeres y niños venezolanos que debieron al santo hombre su tránsito a mundo mejor. Así como Heredia escribió que Boves "y los demás bandoleros" fueron "insurgentes de otra especie", será necesario aceptar que también existen partidarios de la leyenda negra "de otra especie".

El virrey de Nueva Granada Montalvo comprobó en relación oficial cuán perjudiciales fueron a la causa real los malhechos de Boves. Los escritores que en América, de buena fe y contra viento y marea, han dedicado libros a combatir la famosa leyenda, habrán de asumir, si tuvieren tiempo y humor, que ello no es seguro, la apendicular tarea de probar que la opinión del señor Casariego no es la opinión española, y la de reparar con paciencia la porcelana de marras.

Usted se sirve de textos conocidos, comentados y juzgados para lanzar algunos guijarros más contra las botas de Bolívar. Muchos hiciéranlo antes de usted y al arroyo tornaron los guijarros y los escritos volaron, como hojas que lleva el viento.

De las lecciones de historia que quiere darme su regocijado entusiasmo, sonreirán tal vez cuantos me conocen, mas no yo, dispuesto siempre a aprender.

Y acerca de la "revisión" de hechos, historias y valores que usted dispone en tono tan apropiado, imagino que permitirá a los hispanoamericanos expresar su sentir.

Con esto, señor mío, pido a Dios que tenga a usted en su santa guarda.

C. PARRA PÉREZ.

TERCERA PARTE

SILVA

*

ESTUDIOS FRANCO-HISPÁNICOS[128]

Con sentimiento de profunda simpatía recibí en uno de estos últimos días la nueva de la constitución del Centro de Estudios Franco-Hispánicos de la Universidad de París. Diómela el verdadero creador y

[128] Publicado en *El Tiempo*, Caracas, noviembre de 1912.
La fundación del Instituto de Estudios Franco-Hispánicos en la Universidad de París, habría podido aprovecharse por las naciones de la América española para introducir en los programas de aquel cátedras relativas a la vida científica, artística, literaria y social del continente a partir de la época de la Independencia. Propicia era la ocasión para reanudar, en ambiente imparcial y sereno, el hilo de nuestra tradición y ensamblar, metódicamente, la contribución intelectual de América en el movimiento de la cultura universal. Fueron infructuosos los esfuerzos que entonces se hicieron para inclinar algunos gobiernos a prestar al asunto la atención que merecía. El señor Ibáñez de Ibero, hijo de aquel general marqués de Mulhacén que es gloria científica de España, realizó con el Instituto uno de los ensayos más notables de "cooperación intelectual", efectuados antes de la adopción oficial de la fórmula por la Sociedad de las Naciones. No sé si mi querido amigo Henri Bonnet pudo siempre utilizar completamente el concurso que el Instituto era capaz de dar a la organización internacional que dirige, hoy cataléptica.
La guerra de 1914 y sobre todo la actual, la aparición en Europa de "ideologías" diversas que repugnan de igual manera al liberalismo político de los países americanos y chocan con sus claros intereses económicos, ha determinado la formación de un frente continental basado en hechos irremediables y provisto de fórmulas jurídicas por las conferencias panamericanas. Los intereses de nuestros Estados, no siempre convergentes, son al menos paralelos y esto basta para que las políticas respectivas lleguen forzosamente a acuerdos que son naturales, a pesar de cuanto pueda pensarse en Europa. Sin entrar, porque no sería de lugar, a definir el panamericanismo, comprobemos que se trata de una entelequia, no de una ficción. Es inútil oponerle, para ciertos fines y en ciertas circunstancias, el iberoamericanismo o el hispanoamericanismo. Nuestro continente tiene el deber primordial de preservarse de la destrucción que se cumple en el Viejo Mundo, y no podrá lograrlo sino mediante la cooperación de todas las naciones que van del Canadá a la Argentina. Los tiempos han cambiado. En 1912 decíamos que el acercamiento a Europa podía salvar nuestra cultura y civilización americanas. Hoy decimos con idéntico propósito: alejémonos de Europa al menos mientras dure el incendio que la devasta. Huyamos, si fuere posible, de la locura que se ha apoderado del espíritu de los hombres de este lado del océano. Cuando vuelva la bonanza, si volviere, que no es seguro, habrá tiempo de estudiar de nuevo las condiciones de una colaboración por el momento imposible. Bolívar quería, al libertar la América española, "poner en equilibrio el universo". El problema es siempre actual, como todos los que plantea un hombre de genio. Precisa restablecer el equilibrio moral, político y económico del universo y para tal obra las fuerzas de todos los países americanos son apenas suficientes. (Nota de Madrid y febrero de 1941).

fundador del Centro y su secretario general, señor D. Carlos Ibáñez de Ibero, ingeniero civil y doctor en letras.

Y sabe Dios que fue sincero el entusiasmo con que, en aquel momento, estreché la mano de mi amigo y auguré para su obra, para la obra de su voluntad y patriotismo el más bello porvenir. Un año de labor, ruda, es cierto, y pertinaz, ha bastado al joven publicista para dejar formada, con caracteres de visible estabilidad, una institución de cuya influencia práctica y moral la raza y la cultura latinas aguardan fecundos resultados. El vasto programa que el Centro se propone desarrollar hace ya suponer cuán grande y enérgica será esa influencia y la magnitud de sus frutos. Y los nombres que aparecen enlazados en la empresa constituyen la más sólida garantía de eficacia.

En América debe empezarse a conocer desde temprano esta institución, que pertenecerá también y en gran parte a los americanos latinos, y es esta convicción la que me mueve a llamar la atención de los centros intelectuales de la patria sobre un hecho de importancia que contribuirá a cambiar por completo en Francia el criterio o manera de ver la vida, la ciencia y el arte españoles.

El Centro, fundado bajo el alto patronato de la Universidad de París y agregado a la Facultad de Letras, tiene por objeto: 1º Agrupar los esfuerzos de los españoles y de los franceses en vista de extender las relaciones y estrechar lazos de amistad entre los intelectuales de ambos países. 2º Facilitar a los españoles el estudio de la cultura francesa y a los franceses el conocimiento de la vida española. 3º Extender, valiéndose de todos sus medios, los estudios hispánicos en Francia. Con tales objetos el Centro organiza: 1º Conferencias y cursos sobre la literatura, la historia, las ciencias y el arte de España y de Francia. 2º Una sala de estudios que comprenderá una biblioteca española única en París, clisés de proyecciones y colecciones de fotografías, mapas y planos. 3º Una oficina de investigaciones científicas, que estará a la disposición de cuantos deseen emprender estudios sobre España.

No creo inútil insistir particularmente sobre los detalles de este programa, cuyo plan general ha llamado la atención de la dirección del Instituto Francés de San Petersburgo y merecido su estudio. He aquí el cuadro de las conferencias: las habrá desde luego que darán el aspecto general de la actividad política, económica, científica, universitaria y artística de España durante el año precedente. Otras, según orden metódico, seguirán el programa siguiente: Historia general de la civilización española, en sus relaciones con la francesa. Historia del arte español, así: arte ibérico, arte musulmán, arte mozárabe, arte mudéjar, arte medioeval gótico-romano; los primitivos españoles (pintores italianizantes e hispanoflamencos); el Renacimiento en España; los grandes arquitectos del siglo XVI (Diego de Silva, Enrique y Antonio Egas, Juan de Valleja, Juan de Herrera, etc.); los escultores, la escultura en madera, los retablos; la orfebrería, los vidrios, las tumbas, la tapicería; los grandes maestros de la pintura en los siglos XVI y XVII: Luis de Morales, Antonio Moro, Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz, el Greco, Herrera, Zurbarán, Ribera, Murillo y Velázquez; la pintura española en el siglo XVIII; influencias de la pintura española en el extranjero. Historia de la literatura ibérica; los oradores y escritores españoles en el siglo XIX. Historia de las relaciones científicas y literarias de España y Francia.

Estas conferencias empezarán en diciembre próximo y es casi seguro que venga a dar la primera, inaugurándolas, el eminente Altamira. Barrés, Richepin, Blasco Ibáñez, cuanto es gloria alta y pura en las letras de ambos países, enseñarán en la nueva cátedra. Y de toda esta grande y meritoria labor saldrá robustecido el sentimiento fraternal de dos pueblos que han sufrido juntos más de un revés y conquistado juntos más de un laurel.

Los latinoamericanos tenemos mucho que ganar interesándonos en el desarrollo de la nueva institución. Desde luego, ella ha tenido una actitud altruista al admitirnos en su seno, sobre pie de perfecta igualdad con españoles y franceses; y si sabemos valorar tales ventajas, acaso se logre no muy tarde ni costosamente extender a América la propaganda que hoy se hace a España, con los mismos medios y un programa

análogo. La lógica de las cosas en el momento actual nos empuja hacia Europa, en saludable acercamiento político, económico e intelectual. Este postulado es la única fórmula de salvación y de civilización para nuestros países y la hora es oportuna. Nuestra historia y nuestras cosas comienzan a despertar en este lado de los mares un interés considerable que es necesario estimular, estimular sobre todo aquí, en París, capital del mundo. El libro de Mancini es síntoma de trascendencia incalculable que no ha sido suficientemente apreciado en Venezuela. Se ve que todavía estamos en las cimas azules del lirismo, cuando ha bastado un bello artículo del grande uruguayo Rodó para absorber toda la atención y desviar la crítica de un objeto cuyo estudio sería de la más indiscutible utilidad. Por ser idea de la misma índole de las que vengo exponiendo, compruebo también que la obra última del señor García Calderón ha pasado casi inadvertida en Venezuela.

Decía que la hora es oportuna, y a fe que nunca como en estos tiempos podría señalarse un movimiento más decidido y franco de las clases intelectuales francesas hacia nosotros. Tal hecho es una fatalidad sociológica, suscitada en el momento preciso y necesario. Su influencia comienza a hacerse decisiva y ha principiado a manifestarse, en forma de presión moral, en favor del inmediato arreglo diplomático franco-venezolano. No tardará en tomar consistencia e inundar todos los cauces de actividad que constituyen las relaciones entre pueblos. Yo no quiero dejar pasar esta ocasión sin mencionar el nombre de alguien que contribuye mucho a impulsar, en la esfera de su acción, esa corriente simpática: la obra y las nobles tendencias del eminente cirujano Louis Dartigues, el amigo de América y de España, son conocidos en mi país.

Resta ahora, para concluir, apuntar algunos otros nombres que, como lo digo anteriormente, garantizan el logro de los propósitos del Centro de Estudios Franco-Hispánicos. M. Liard, vicerrector de la Universidad y el señor Pérez Caballero, embajador de España en París, presiden el Comité de Honor, que está constituido por MM. Croiset, decano de la Facultad de Letras, Appell, decano de la Facultad de Ciencias, Cauwes, decano de la Facultad de Derecho, Landouzy, decano de

la Facultad de Medicina, Larisse, Dubois, Picavet y otros catedráticos de la Universidad, Gabriel Hanotaux, etc. Anatole Leroy-Beaulieu, mi ilustre maestro en la Escuela de Ciencias Políticas, muerto hace poco, formaba también parte de ese Comité. Y entre los españoles: Altamira, Villegas, Palacio Valdés, el marqués del Muni, Jacinto Octavio Picón, la condesa de Pardo Bazán y otros.

El Comité Directivo está presidido por M. Martinenche, catedrático de Lengua y Literatura Hispánicas en la Universidad de París, y es su secretario general, como queda dicho, D. Carlos Ibáñez de Ibero.

París, noviembre de 1912.

LA TRADICIÓN LIBERAL BRITÁNICA[129]

Cierta vez oí decir a sir Thomas Barclay que la protección que Inglaterra ha prestado en el curso de su historia a los pequeños pueblos, es el resultado de una debilidad de la raza inglesa, de la extrema sensibilidad de una nación constitucionalmente inapta para tolerar el establecimiento de la tiranía de los fuertes de la tierra sobre las débiles agrupaciones de hombres libres. El antiguo diputado a Comunes creía entonces dar curso al *humour* británico, cuando en realidad enunciaba, en términos ingeniosos, la teoría de la política de su país. La lucha por el equilibrio universal, el incesante combate contra las tentativas de hegemonía de las potencias continentales, tal es la historia de este pueblo insular, dueño de un imperio que se extiende a las cinco partes del globo, condenado a defender la libertad de las rutas militares y comerciales del mar como la condición de su propia existencia. Los ingleses, insistía Barclay, miran con desconfianza los ejércitos inmensos que se levantan de tiempo en tiempo en Europa, que sirven de instrumento a sucesivas expansiones y amenazan convertir los puertos del continente en bases agresivas contra las costas británicas. Las grandes flotas son inútiles para las naciones de tierra firme, en tanto que para Inglaterra la dominación del océano es una necesidad vital.

A la luz de ese criterio aparece la continuidad de un programa de política exterior. La Gran Bretaña sostiene una contienda decisiva cada cien años, obedeciendo al sincronismo de las tentativas de dominación de diversos Estados continentales. "En mis reinos no se pone el sol",

[129] Publicado en *El Universal*, Caracas, septiembre de 1918.

decía Felipe II, y el astro de este Loyola coronado se oscureció en las brumas de la Mancha. La voluntad de Luis XIV hizo ley en Europa, y contra ella luchó Inglaterra hasta destruirla. Napoleón sujetó muchos pueblos con sus victorias fulgurantes: la marina inglesa le combatió durante quince años y el oro inglés subvencionó todas las coaliciones. El gigantesco conflicto actual manifiesta, una vez más, la inflexibilidad de las leyes históricas y la inmutable política de la Gran Bretaña. Siempre, en los últimos cuatro siglos, los conquistadores encallaron en el escollo de Flandes donde está el puerto de Amberes preparado "como una pistola sobre el corazón de Inglaterra". A iguales causas, efectos idénticos.

En rigor, lo que interesa a los pueblos no es el móvil realista de la política inglesa sino sus resultados generales que vienen, en fin de cuentas, a favorecer el desenvolvimiento de los principios de libertad e independencia comunes. El profesor Ramsay Muir, de Manchester, indica que no es por simple coincidencia que ha tocado a Inglaterra el primer papel en la resistencia de las naciones dotadas de unidad y conciencia contra los empeños de hegemonía mundial basada en la aplicación de la fuerza como ley soberana. Después de fracasar en la guerra de Cien Años, aquel país no ha tratado de subyugar a un Estado Nación en Europa, antes bien "se ha mostrado invariable campeón del derecho común a todos de existir en libertad". El caso de Irlanda es especial. Circunstancias geográficas, económicas y políticas explican, sin justificarla teóricamente, la situación de esta isla en sus relaciones con el imperio británico. Nada es más ajeno al criterio inglés que esa hipertrofia de la potencia expansionista, en perjuicio de los demás pueblos civilizados, que el alemán Treitschke defendía al decir que la más alta obligación moral del Estado es de extender su propio poder por los medios disponibles, en especial por la guerra.

En el curso del siglo XIX la política británica sostiene sistemáticamente la causa de los pequeños pueblos que luchan por la independencia. Las colonias españolas, mercado abierto a los productos ingleses, contrapeso del Viejo Mundo, según la expresión de Canning, deben su libertad al gabinete de Saint James. "Sin la oposición de la Gran Bretaña, escribe Ives

Guyot, la Santa Alianza habría hecho la guerra para forzar a las colonias de la América del Sur a ahogarse bajo el monopolio de España". La unidad de la diplomacia de Londres se revela en las discusiones del primer cuarto del siglo, fecundo en beneficios para el porvenir de la humanidad. Inglaterra combate la obra de reacción proseguida por Alejandro I y Metternich. Apenas si en la cuestión de Polonia flaquea Pitt, para rechazar, invocando los tratados existentes, el propósito del czar de restaurar aquel reino, en nombre del principio de las nacionalidades. Equilibrio, derecho de los pueblos para disponer de sí mismos: tal es el programa inglés. En las conferencias de Chaumont, lord Castlereagh sostiene la necesidad de derribar a Napoleón y de establecer el equilibrio general bajo la garantía de Europa. En Viena, los plenipotenciarios británicos, alarmados por el poder creciente de Rusia, se muestran dispuestos a examinar las proposiciones de Talleyrand sobre la formación de una alianza de Francia, Inglaterra y Austria contra Rusia y Prusia. El antagonismo de ambos grupos se manifiesta en aquel momento a propósito de la cuestión de Sajonia, reino que Federico Guillermo III pretende anexar. Esta oposición debía terminar en Laibach por una ruptura: los gobiernos constitucionales de Francia y Gran Bretaña se separaron de la alianza formada por los soberanos de Rusia, Austria y Prusia. Diez años después, Palmerston podía decir que había dos campos en Europa: el de los absolutistas: el czar, el rey de Prusia, el emperador de Austria, el sultán, y el campo de los pueblos libres: Inglaterra y Francia. Dicho antagonismo explica la evolución de la política europea en el último siglo y revela las causas del conflicto actual. Asistimos a la última fase de la lucha que Canning inició contra la Santa Alianza, "la liga de los soberanos que aspiran a tener en cadenas a Europa", y que continúa contra la supervivencia de un extraordinario concepto medioeval que partió al asalto de las fortalezas de la libertad, después de haber irritado las discusiones diplomáticas golpeando sobre el tapete con su puño enguantado de hierro.

En medio de la fiebre reaccionaria que lanzaba a los gobiernos europeos a aplastar las aspiraciones populares, solo Inglaterra, por la boca de Castlereagh, protestaba contra "la locura que los gobiernos cometían,

al dar la impresión que habían contraído una alianza contra los pueblos". La Santa Alianza, repetía el lord, es un misticismo sublime, pero es, sobre todo, un contrasentido. En el Congreso de Viena, Wellington protesta enérgicamente contra la intervención de las potencias en los negocios interiores de España y de Nápoles, que considera como "incompatible con los principios según los cuales Su Majestad británica ha obrado invariablemente". Castlereagh combate las severas condiciones que Hardenberg quiere imponer a Francia en nombre del gobierno prusiano y aconseja la moderación en las proposiciones que deben presentarse al gran país vencido. En 1826, la iniciativa de Canning determina la mediación de las potencias en favor de los griegos rebeldes. En 1831, Palmerston propone neutralizar a Bélgica, idea que encuentra inmediata acogida en el gobierno francés. Y este ministro es el primero que da, en nombre de Inglaterra, su adhesión a la Constitución española de 1834, que abolió el régimen de Fernando VII y llevó al poder a los liberales de Martínez de la Rosa. En España como en Portugal, ni el carlismo ni el miguelismo han contado jamás con las simpatías inglesas. En 1843, la presión británica fuerza al rey Otón de Grecia a adoptar el régimen parlamentario, en oposición al despotismo que este bávaro inepto importara de Alemania.

Si exceptuamos a Francia, el pueblo libertador de Magenta y Solferino, ninguno otro cooperó con mayor eficacia a la obra de la unidad italiana como el pueblo inglés, y es por ello que el papado llegó a considerar a Inglaterra, nota un escritor, como la sirviente de Satán, es decir, como el baluarte de todas las libertades. Es falso que la Gran Bretaña contrariase nunca el desarrollo de la nación prusiana, desde los tiempos en que solo el gobierno de Londres defendió a Federico II contra una coalición formidable. Fue necesario que Alemania abandonase los principios puramente nacionalistas para explotar la tesis del "racialismo maléfico", apoyada en un "militarismo turgente", convirtiéndose en un peligro europeo y universal, para que se despertara en Inglaterra el viejo espíritu de libertad y la decisión por una lucha implacable. La aventura de la Weltpolitick ha formado contra los Hohenzollern una coalición

mundial. Con frecuencia se ha hablado de la política de envolvimiento proseguida por Eduardo VII y cristalizada en la *Entente* cordial. "Eduardo VII, dice lord Esher, comprendía que poner el imperio británico al abrigo de todo ataque era el mejor medio de preservar esta paz de Europa que fue la principal preocupación de sus últimos años". Que la fuerza del imperio sirviese a la causa de la paz fue el pensamiento de hombres políticos ingleses cuyo "pacifismo" es indudable. El admirable organizador y hombre de bien que se llama lord Haldane pudo así conducir con una mano la reorganización del cuerpo expedicionario, previsto en los acuerdos, y tender la otra, franca y leal, a una Alemania que él proclamaba su patria espiritual. Y lord Edward Grey, que tan laudables esfuerzos desplegó para mantener la paz, se cree autorizado para decir que la moral de los acontecimientos recientes es que no puede determinarse el desarme universal sin garantizar la seguridad del Estado inglés.

Y véase cómo, durante el siglo último, la política extranjera del gobierno de Londres obedece casi siempre a los principios de la equidad y del liberalismo. Inglaterra, apunta Víctor Berard, el agrio crítico del imperialismo a lo Chamberlain, sostiene y reforma los viejos imperios, China y Turquía; protege las jóvenes nacionalidades, Bulgaria, Grecia y Rumania; alienta las civilizaciones nacientes, Japón, Siam y Egipto; civiliza las humanidades rudimentarias, Arabia, Afganistán y Birmania; socorre las sociedades miserables, Persia, India, Filipinas. Los liberales ingleses observan, en la historia, una conducta cuerda y generosa. Aun en la complicada y abrupta cuestión de Irlanda, la gestión de Gladstone y de su partido demuestra que el pueblo inglés no rehúsa examinar con espíritu de justicia las reivindicaciones de las pequeñas nacionalidades. Si en el Congreso de Berlín el temor de la expansión rusa y la necesidad de guardar el camino de las Indias, defendiendo la integridad del imperio otomano, obliga al gabinete de Londres a "apostar sobre el mal caballo", como decía Salisbury, muy luego la opinión pública británica denuncia el error y la noble voz de Gladstone se eleva en favor de los búlgaros. Tampoco fue unánime la opinión en la época de la guerra sudafricana y el resultado de las elecciones de 1906 marcó la desaprobación de toda

una política por la gran masa de la nación inglesa. La vuelta al poder del partido liberal fue la condenación, en bloque, de diez años de procedimientos brutales, "del orgullo delirante, de la rapacidad, del menosprecio del derecho, del culto de la violencia, de la inepta teoría de la nación elegida". En su conjunto, y a pesar de algunas empresas gravemente comprometedoras, como las campañas comerciales contra China, la política extranjera de la Gran Bretaña ha sido benéfica y tolerante.

Dueña y señora de las aguas por la flota inmensa y las rutas estratégicas Inglaterra no vacila, en 1907, en sugerir la reglamentación de la guerra marítima, y su buena voluntad contrasta con la oposición que una gran potencia continental ofrece, en la misma época, a la restricción de los derechos de los beligerantes en la guerra terrestre. La Gran Bretaña figura en primer término entre las naciones que han recurrido al arbitraje o como medio de terminar sus diferencias con los demás países.

Un realismo humanitario, un cálculo generoso sirven de base a esta política que se ha convenido en motejar de egoísta. La perfidia de Albión es una conseja que no resiste a la crítica. La suprema habilidad de los romanos consistió en hacer de Cartago la patria de la fe púnica. En verdad, los ingleses han sido los más hábiles explotadores de la riqueza del mundo, los constructores de un imperio que, como dice Maurras, "hace figura de una de las más grandes cosas humanas que haya jamás existido". Pero, de esa construcción gigantesca la civilización ha sacado incalculables ventajas. Los que se interesan, sobre todo, en el progreso social, los que pueden elevarse a un plano de crítica superior, y aprecian audazmente, por encima del incendio de Corinto y de Numancia, el conjunto de la obra romana, quedan impresionados ante el espectáculo de ese mundo formado por Inglaterra que señala, sin duda, el más alto grado de evolución de la política general y de la libertad individual que se haya obtenido.

Se ha escrito que en el porvenir podría formarse una coalición contra el navalismo inglés, a ejemplo de las constituidas contra los militarismos continentales. Sir Roger Casement, irlandés que obtuvo del gobierno británico un título de caballero y una horca, llamaba a Europa, desde

1911, a la suprema lucha contra Inglaterra "por la liberación del mar". La hipótesis de aquella coalición es improbable. Desde luego, porque, como lo recuerda el profesor Muir, es un hecho histórico evidente que el establecimiento de la libertad de los mares en tiempo de paz coincide con el establecimiento de la supremacía naval británica. El conde Reventlow, que reclama el desmantelamiento de las bases que Inglaterra posee en todos los océanos, finge ignorar que la existencia de dichas bases es necesidad impuesta por la constitución geográfica del imperio inglés. No puede afirmarse que la política británica haya amenazado jamás la existencia de las sociedades europeas, pues, al contrario, las fuerzas de resistencia contra las potencias de conquista han cristalizado en derredor de aquella política. Inglaterra ha sido el alma y el omnipotente banquero de los pueblos en sus luchas con la hegemonía de los Estados militares. Es inverosímil que una raza que se ha convertido, como dice Paul Deschanel, en el baluarte de la libertad europea, una raza cuyas características son la exacta comprensión de sus intereses, el liberalismo de las ideas y la mesura en las aplicaciones oportunas, vea nunca levantarse para combatirla una liga análoga a las que ella misma sabe suscitar o mantener contra exuberantes imperialismos rivales.

La política inglesa se basa en la concepción del equilibrio internacional y es contra las naciones que tratan de romper ese equilibrio que se organizan las coaliciones. Hay una diferencia esencial, de consecuencias incalculables para el porvenir de la humanidad, entre el poder expansivo de una democracia y los conatos de dominación de un Estado militarizado. La evolución política de las sociedades contemporáneas se efectúa en el sentido democrático e individualista, de inspiración anglosajona: los esfuerzos para detener o desviar esa evolución están condenados al fracaso. El mundo se rige por ideas, pensaba Castelar, por ciertas ideas, y lo prueba el hecho de la alianza de las democracias occidentales, que tiene su fundamento en la semejanza o identidad de principios que gobiernan a estos pueblos, tanto como en la comunidad de sus intereses materiales. La fuerza que los Estados Unidos están desarrollando, es el tremendo complemento pero no la causa de la autoridad moral del

presidente Wilson, ni, desde el punto de vista ideológico, la generadora eficiente de este fenómeno histórico que hace del sucesor de Lincoln el pontífice máximo de la democracia. Es seguro que con otro huésped en la Casa Blanca la humanidad habría perdido el noble resultado filosófico de la guerra actual: la concepción wilsoniana de la paz.

El imperialismo británico tiene origen, métodos y resultados especiales. En el fondo del programa económico formulado por Chamberlain, se agita el ideal liberador del partido radical; y en la lucha que por la defensa de sus mercados prosigue contra Alemania y los Estados Unidos, durante el último cuarto del siglo XIX, Inglaterra perfecciona sus medios de expansión y crea el edificio definitivo y admirable de su dominio. Es conveniente recordar este movimiento para convencerse de que, en general, el espíritu liberal y democrático es el verdadero inspirador de la política de la Gran Bretaña, distingue esencialmente su expansión y hace del imperialismo inglés precioso instrumento de cultura para el género humano. En el origen mismo del partido radical, que debía más tarde, siguiendo como una bandera la gardenia de Joe Chamberlain, convertirse en el campeón del imperialismo, hallamos como propulsor del gran movimiento del Oeste que revolucionó la vida inglesa, el deseo de trabajar por la libertad al propio tiempo que por la prosperidad del país. Si la amenaza comercial de Hamburgo y de Bremen; si la política proteccionista de Alemania, dirigida contra Inglaterra, según confesión del neomarxista Lensch, sugirieron a Chamberlain su programa económico, no es menos cierto que el partido radical acogió el proyecto imperialista como un medio de satisfacer reivindicaciones de orden meramente político. Cobden estableció que así como un individuo no está autorizado para imponer a otro su voluntad, ninguna colectividad puede usar de coacción respecto de otra, y es por esto que la teoría radical del imperialismo se basa en el derecho de las colonias de decidir sobre sus propios intereses con entera autonomía.

Édouard Guyot indica que el imperialismo, sinónimo de expansión en los demás países, es en Inglaterra sinónimo de concentración y no trata de conquistar sino de mantener. "Inglaterra, dice este escritor, está

territorialmente saturada. La tarea que le incumbe no es de conquistar, antes bien de conservar por una administración sabia los dominios adquiridos". Vemos, pues, desarrollarse un imperialismo interno, circunscrito a los vastos límites del mundo británico, en una evolución social y económica que va a parar en el espléndido aislamiento, en el programa orgulloso que levanta frente al mundo extranjero el concepto de un mundo inglés, distinto y superior. La asimilación de los dominios y colonias, la creación del imperio animado por un patriotismo común, ha sido el fin de los políticos y el credo nacional de las masas. Del fondo de estas surgen directores en quienes encarna el ideal, desde Chamberlain, el hombre de Birminghan, el leader agresivo de los radicales de Midland, reformador de los Comunes, hasta Lloyd George, el enérgico celta enemigo de los lores, el tribuno de las leyes agrarias. Esos hombres, en medio de fluctuaciones inevitables, jamás abandonaron la clara idea de la libertad que parece ser el patrimonio de los anglosajones y que anima las teorías políticas inglesas, ya se inspiren en el proteccionismo de Birmingham, ya vengan de la escuela de Manchester. La púrpura imperial reviste el más prodigioso dominio que conozca la historia; mas, el liberalismo innato de la raza y su hábil conducta han permitido a Inglaterra escapar a los peligros que causaron la muerte de organismos políticos análogos. Así se formaron en el seno de la gran patria inglesa, esas colectividades que pueden calificarse como la expresión del orden en la libertad: Canadá, Australia, Nueva Zelandia, la Confederación sudafricana.

Es en los últimos años del siglo XIX, cuando toma cuerpo esa magnífica religión del panbritanismo que tiene un profeta en Joe Chamberlain, un exégeta en lord Curzon, un soldado en Kitchener y un aeda incomparable en Rudyard Kipling. Movimiento germinado en las escuelas con las lecciones de Seely y de Froude, el imperialismo agresivo estalla con el ataque de las repúblicas sudafricanas y continúa su marcha ascendente, hasta cristalizar a favor del espíritu de solidaridad anglosajón, despertado en los años que corren por un peligro común. Dilke concibió la más Grande Bretaña, pero fue Chamberlain quien, según la definición de un escritor francés, lanzó el negocio imperial. Los proyectos comerciales

del leader radical encontraron la colaboración de Cecil Rhodes, personaje de genio que soporta el nombre formidable de Napoleón del Cabo; de Alfred Milner, procónsul en Capetown, de lord Gromer en Egipto, de lord Curzon en la India, tres de esos potentes administradores que Albión sabe hallar en el momento oportuno; de Roberts y de Kitchener, guerreros y organizadores. Tales son los obreros del maravilloso edificio de la grandeza británica.

Los resultados que ha logrado la administración inglesa son considerables y su enumeración no cabría dentro de los límites de un artículo. El progreso social y político es paralelo al adelanto material. Donde quiera que nosotros aparecemos, dice Balfour, la seguridad está garantizada, el comercio se desenvuelve, la riqueza aumenta. Y el venerable Freycinet, olvidando a Fachoda, declara que Inglaterra, por su obra en Egipto, ha hecho un indiscutible servicio a la causa de la humanidad. La labor británica en este último país, provoca la admiración de los europeos, a quienes la distancia impide apreciar exactamente lo que se ha conseguido en la India y en el África del Sur. "Vosotros, ingleses, decía en Berlín a un grupo de periodistas británicos Von Mulhberg, subsecretario de Estado de Negocios Extranjeros, usáis siempre de vuestro poder para abrir las fuentes de la producción y activar el trabajo de la civilización y del progreso, y es en Egipto donde esta política celebra actualmente su triunfo mayor. Lord Cromer, obrando según estos principios, ha vivificado de una manera asombrosa la prosperidad del país de los Faraones". Los procónsules británicos son los altos misioneros de la cultura y la crítica debe considerarlos no solo como los agentes de un país absorbente e imperialista, sino –escribía en 1913 un oficial colonial francés– como los organizadores europeos, cuya tarea es un fenómeno histórico y un beneficio para los pueblos civilizados.

La expansión inglesa tropezó con obstáculos provenientes de la política de las grandes potencias y de la resistencia de los pueblos atraídos a la órbita imperial, muchos de los cuales fue indispensable someter por la fuerza de las armas. De toda evidencia, el establecimiento del dominio colonial británico no podía escapar a las leyes que gobiernan

la formación de los imperios. Cuando un gran pueblo conquistador encuentra en su ruta agrupaciones débiles, con intereses políticos, geográficos o económicos opuestos al designio expansionista, es imposible que aquel no recurra algunas veces a la violencia para imponer su hegemonía. Pero, es innegable que ningún otro país ha logrado, como Inglaterra, hacer admirar y aun amar su dominación por los pueblos sometidos, gracias al espíritu de tolerancia que guía sus actos y a su hábil administración. Nadie, en efecto, puede afirmar de buena fe que entre en la tradición ni en el interés ingleses erigir la tiranía en sistema. El estudio de los métodos coloniales de Inglaterra, comparados con los de otras naciones europeas, basta para instruirnos a este respecto. Lord Beaconsfield definió un día el programa de la política británica, que emplea con repugnancia la fuerza y persigue el logro de sus fines por la evolución: "¿Cuál es el deber de un hombre de Estado? Efectuar por medios pacíficos y constitucionales lo que haría una revolución por medios violentos". La Gran Bretaña debe sus más bellos triunfos a la mesura y equidad con que ha sabido aprovechar la victoria, a la aplicación, en su política exterior y en su política imperial de los métodos hábiles y racionales con que ordinariamente gobierna los negocios insulares.

El imperio británico tiene, por otra parte, como todos los magnos fenómenos históricos, bases y causas que lo explican, resultados fecundos que justifican su existencia. Escuela de educación para los pueblos, semillero de humanidades libérrimas, exponente de la cultura social contemporánea, ese imperio es, como dice lord Curzon, "el mayor instrumento de progreso que el mundo haya visto jamás". Los anglófobos hablan con frecuencia de la guerra del Transvaal, de la India, de la cuestión irlandesa, denotando, casi siempre, total incomprensión de los hechos.

La conquista del Transvaal presenta significación considerable, que es imposible reducir al deseo de Inglaterra de apoderarse de los *gold fields* bóers. Los yacimientos auríferos son un incidente en la cuestión: la lucha entre las razas inglesa y holandesa por la unificación del dominio sudafricano es secular, no data del descubrimiento de las minas. El heroísmo bóer, la soberbia grandeza de Kruger, gigante cuya lucha con

Cecil Rhodes simboliza la suprema batalla de dos pueblos, llenaron de admiración al mundo, que vio con estupor y cólera el espectáculo de una gran potencia lanzada a la conquista de un puñado de hombres libres. Se sabe cómo fue creada una federación sudafricana bajo la soberanía británica: los bóers son hoy más libres que nunca; su antiguo y legendario generalísimo Botha es el primer ministro de una gran nación; Smuts, un bóer, un soldado de Botha, es miembro del gabinete de guerra imperial y uno de los personajes más considerables de Inglaterra. Botha y Smuts pueden decir cuáles son los resultados de la política inglesa en el África del Sur y a qué grado de devoción han llegado los pueblos que hace quince años se defendían contra la Gran Bretaña con tanto encarnizamiento. El general Smuts hizo recientemente, con ocasión de los sucesos de Irlanda, lo que podría llamarse la apología de aquella obra: "Mientras que el África del Sur podía convertirse en una fuente de grave peligro y de debilidad, ha sido, al contrario, una fuente de fuerza para el imperio en la prosecución de la guerra. ¿E Irlanda sería excepción? Estoy cierto de que los fines de nuestro gran imperio, que han sabido resolver el caso sudafricano, resolverán también el crítico problema de Irlanda". Y el héroe bóer da la fórmula orgullosa del Estado inglés: "Nosotros somos un sistema de naciones, dice, somos más grandes que todos los imperios históricos, un mundo entero nos pertenece".

La obra realizada en la India es, sin duda, de las más admirables que haya ejecutado una nación colonizadora. Son dignas de anotarse la oportunidad, la agilidad que demuestran los métodos británicos en aquel país. Un mundo cuyos habitantes se cuentan por centenas de millones, dividido étnica y políticamente hasta lo infinito, vasto conjunto de castas rivales por la religión y las costumbres; inmóviles civilizaciones seculares que no liga ningún ideal y cuyos sentimientos se dispersan en un caos de morales diversas; exuberante país, de geografía atormentada, donde las montañas, los ríos, los desiertos establecen barreras y mantienen la enemistad inexpiable de los pueblos; una historia de luchas, de matanzas, de hambres, señalada por efímeras tentativas de unificación: así nos aparece la India, incoercible y convulsa, de conciencia múltiple cuyas direcciones exceden de los cuadros ordinarios de nuestra crítica.

Renovar y lograr, en política, la experiencia del imperio mogol. Establecer la tolerancia religiosa y la colaboración, en las diferentes ramas de la actividad pública, de parsis, budistas y mahometanos. Coronar este edificio de castas superpuestas con la casta dominadora de los colonos ingleses, utilizando la estructura social. Desarrollar la agricultura, el comercio, la industria, las comunicaciones; he allí la síntesis de la labor ciclópea y el resultado de la *pax britannica* en Oriente. Inglaterra ha creado en la India dos cosas extraordinarias, el orden y la unidad, y ensaya una tercera no menos difícil, la educación política, con el desarrollo gradual del sistema representativo. La fidelidad de los hindús al imperio, ratificada en los campos de batalla, prueba la sabiduría de la administración inglesa. Ya en 1898, uno de los principales miembros indígenas del congreso nacional hindú proclamaba: "Nosotros consideraríamos la ruina de la dominación inglesa como una inmensa desgracia para la India. A ella debemos la unidad, el orden, el desenvolvimiento de la conciencia nacional. Nosotros no pedimos sino el orgulloso derecho de decir: *civis britannicus sum*".

El reciente informe del virrey lord Chelmsford examina la posibilidad de encaminar la India hacia una autonomía absoluta, y recomienda la extensión de los poderes legislativos, con la organización de asambleas indígenas elegidas por el sufragio directo, de un consejo de Estado y de un consejo de Príncipes. La etapa que marcaría la adopción de estos proyectos sería considerable, mas no debe olvidarse que las condiciones especiales de la India reclaman del gobierno inglés la mayor prudencia.

***

Un problema infinitamente más grave para Inglaterra es el de Irlanda. ¿Cómo se explica que la política británica, firme y decididamente liberal en todas las provincias del imperio, se vea condenada en Irlanda a tanteos, fluctuaciones y fracasos? Es que las dificultades de esta cuestión provienen de las condiciones políticas y sociales de la isla misma. Las invasiones anglonormandas, las guerras entre credos religiosos, las

leyes tiránicas, han dejado en el fondo del alma irlandesa un sedimento de odios que es imposible ignorar. La situación económica, por otra parte, cuyas causas son tan complejas, produce un malestar que repercute en los asuntos políticos.

Es un error imaginar que el gobierno inglés puede resolver el problema con acordar a la isla su autonomía o su independencia, porque cualquiera de las dos soluciones –si la última pudiera examinarse con seriedad– encendería la guerra civil y pondría en peligro la salud del imperio. De los partidos que dividen a Irlanda, los nacionalistas, en su mayoría católicos, son partidarios de la autonomía, en tanto que los unionistas o ulsterianos, están dispuestos a oponerse por todos los medios a la instalación de un parlamento en Dublín, como lo demuestran las milicias que, en 1914 y repitiendo el viejo grito de guerra de Randolph Churchill, ejercitaba sir Edward Carson para atacar a los autonomistas y aun a las tropas inglesas que recibieron encargo de aplicar el *Home Rule*. Los revolucionarios *sinn-feiners* forman un tercer núcleo, una minoría tumultuosa y carbonaria que reclama la independencia absoluta y no vacila en solicitar el apoyo del extranjero.

Las reivindicaciones irlandesas han seguido durante el siglo XIX una marcha lógica y ecuánime. La lucha por la emancipación de los católicos, el rescate de las tierras y el establecimiento de un ejecutivo responsable ante el parlamento de Dublín, tal fuera, en síntesis, el programa de O'Connell, Parnell y Butt. El programa de 1873 es el del actual nacionalismo: *Home Rule* en el cuadro del Reino Unido. Lo que Irlanda quiere, decía Redmond en 1910, "es la dirección de los poderes legislativo y ejecutivo en los negocios puramente irlandeses, bajo la autoridad suprema del parlamento imperial". Pero el desiderátum del nacionalismo no es en manera alguna el de los ulsterianos ni el de los revolucionarios. Irlanda sufre de esa enfermedad que imposibilita a un pueblo para ser entidad política viable. Irlanda carece de unidad. La anarquía, en la historia, como en la actualidad, dispersa el esfuerzo nacional. Sir Horace Plunkett enseña que la causa de la servidumbre es económica y preconiza la colaboración con los ingleses en el dominio de los negocios;

Griffith rechaza tal colaboración y proclama el boicoteo del extranjero; los apóstoles del renacimiento gaélico fundan sus más caras esperanzas en la restauración de la lengua y de la literatura irlandesas: triple movimiento intelectual, político y económico que anima un mismo ideal y se esteriliza en la diversidad de sus métodos en acción. Todavía más, entre los elementos revolucionarios la actividad se bifurca en una tendencia netamente antimilitarista y la propaganda por la formación del ejército verde, o rojo, de modo que las organizaciones del Sinn-Fein y de los Irish Volunteers no están lejos de combatirse con la misma aspereza que nacionalistas y ulsterianos. La situación es tal, que William O'Brien, uno de los leaders del partido parlamentario, ha podido titular alguno de sus libros: *Is There a Way Out of the Chaos in Ireland?*

El gobierno inglés ha hecho esfuerzos laudables para resolver la cuestión. El partido liberal se sirve sinceramente del *Home Rule*, como de plataforma electoral, pero hasta ahora su buena voluntad se estrella contra las dificultades prácticas. "En el curso de la historia, dice el suizo William Martin, Inglaterra ha cometido graves errores respecto del pueblo de Erin. Pero desde hace algunos lustros despliega esfuerzos sobrehumanos para reparar el pasado y asegurar a Irlanda un desenvolvimiento normal en la libertad". Este problema es, de algunos años a esta parte, el eje de evolución de los partidos en Inglaterra, sobre todo después del ruidoso fracaso de Gladstone y de la escisión de los radicales y los whigs, determinados por el proyecto de *Home Rule*. Chamberlain, que había hecho causa común con los liberales, despreciando las críticas que provocaba su versatilidad, se volvió hacia los viejos tories y pudo, después de haber transformado a su contacto el partido liberal, ejercer enorme influencia sobre el conservador y ensanchar con la ayuda de sus nuevos amigos el programa imperialista. Birmingham, por necesidades económicas, era antiirlandesa y Joe, cuya fuerza estaba en el país negro, no podía menos de lanzarse en brazos de los unionistas, en el supuesto de que Joe fuese hombre capaz de lanzarse en manos de alguien. La consecuencia fue la división efectiva de Inglaterra en dos partidos: el liberal, que sostenía el proyecto de *Home Rule* para Irlanda,

apuntalado en los Comunes por los diputados nacionalistas de la isla, y el unionista, que juzgaba la autonomía irlandesa incompatible con la seguridad del reino y sus intereses económicos y con la libertad político-religiosa de los condados protestantes del Ulster. Por encima de los dos grandes partidos históricos, así reconstituidos, Chamberlain y sus radicales predicaban el *Rule Britannia*, la más Grande Bretaña, la Federación imperial, como el único medio de salvar el patrimonio político de la raza y de realzar la prosperidad comercial del país, batida en brecha por la concurrencia de Alemania y de los Estados Unidos.

El programa imperialista estaba en contradicción con los deseos de los irlandeses, porque una de las graves dificultades del problema consiste en que Inglaterra no quiere conceder a la isla la autonomía aduanera que sería, como lo nota William Martin, uno de los derechos inherentes a la condición de dominio que goza de libertad integral. Entre los motivos de la separación de Chamberlain de la coalición liberal radical figura precisamente la incompatibilidad entre la idea del *Home Rule* irlandés y la concepción económica del imperialismo de Birmingham: una Irlanda libre empeñaría sin tardanza la lucha proteccionista por sus intereses agrícolas contra los intereses industriales de Midland y de Inglaterra en general.

Durante la actual guerra, el gobierno inglés ha renovado sus tentativas para resolver la cuestión. El proyecto del gabinete Asquith, elaborado a raíz de la revuelta *sinn-feiner*, abortó por la oposición de los unionistas del Ulster; y la prensa que sigue las directivas del *Morning Post* acumuló los obstáculos contra el *settlement* equitativo de Lloyd George. Tres de los cuatro partidos irlandeses rechazaron el proyecto y en el seno mismo de los condados ulsterianos voces nacionalistas proclamaron que Irlanda era una e indivisible, negándose a aceptar la exclusión definitiva de estas provincias del *Home Rule*, que sir Edward Carson admitía como una concesión máxima al partido autonomista. El gabinete Lloyd George hizo en 1917, al convocar la Convención irlandesa, "el esfuerzo legal más serio después de la Unión para permitir a los irlandeses dar ellos mismos una constitución a su país". Esta asamblea no

pudo reunir la totalidad de los partidos de la isla, puesto que las fracciones nacionalistas de O'Brien y de la Irish League y los revolucionarios no concurrieron, en tanto que los orangistas declararon que rechazarían sistemáticamente el *Home Rule*. Entonces, como siempre, se justificaron las desalentadoras palabras del leader Rillon: "Las grandes partes del pueblo irlandés parecen más ocupadas en combatir a sus propios compatriotas, que en oponer una nación unida al enemigo común". La Convención se separó dejando en el *Blue Book* una indicación útil para que el gobierno preparase el bill irlandés. El proyecto, que reunió la mayoría de los convencionales, prevé la creación de un parlamento y de un poder ejecutivo en Dublín. Por desgracia, la oposición suscitada por la ley de servicio obligatorio, forzó al gobierno a abandonar por el momento todo propósito de autonomía. Sin embargo, el esfuerzo de conciliación que produjo el proyecto de sir Horace Plunkett merecía mejor suerte.

La impresión causada en Gran Bretaña y en el extranjero por la oposición al servicio militar obligatorio fue considerable y privó a Irlanda de gran parte de la opinión pública americana. Mas, es necesario no engañarse con las apariencias. Los nacionalistas irlandeses rehúsan someterse a la conscripción, no porque se trate de dar soldados al imperio, sino porque desean que la contribución de Irlanda sea libre como la de los Dominios de la Corona. La negativa es también arma política para obligar al gobierno británico a otorgar la autonomía. Durante la guerra, más de trescientos mil voluntarios se han batido con magnífica bravura al lado de las tropas inglesas, y la mejor prueba de su lealtad es el fiasco de las tentativas hechas por Alemania para levantar una brigada entre los prisioneros irlandeses. La oposición al servicio militar ha sido alentada por el episcopado católico de la isla, en lo general adversario de Inglaterra, aunque se proclame *home ruler*. Parte del clero joven, nota Tréguiz, simpatiza con los revolucionarios.

Otro de los elementos que complican el problema es la situación económica de Irlanda, que es precaria a pesar de los progresos realizados en los últimos años. El fenómeno de la emigración obedece, sobre todo, a causas de esta índole. En verdad, sería interesante examinar hasta qué

punto el cambio de las condiciones políticas y la leal colaboración de los elementos indígenas con los ingleses producirían un mejoramiento económico. El señor William Martin cree que la autonomía provocaría en el país el renacimiento del espíritu de empresa y contribuiría, tal vez, a resucitar la burguesía cuya influencia sería útil.

Si se examina con imparcialidad la cuestión irlandesa, aparece con una faz distinta de la que ordinariamente se la da. La decisión, en rigor, depende de los irlandeses. La mayoría nacionalista reclama el *Home Rule*, bajo la autoridad del parlamento de Londres: la democracia inglesa, dice Louis Tréguiz, aprobó el *Home Rule* antes de la guerra. Que los nacionalistas encuentren el imposible acuerdo con los ulsterianos y los *sinn-feiners* y el asunto quedará resuelto. Porque no se trata, en manera alguna, de la separación de Irlanda del seno del imperio británico: los nacionalistas no la quieren y los orangistas la combatirían con las armas. La fidelidad al imperio es tal vez el único punto sobre el cual estén de acuerdo estos hermanos enemigos. Solo que los nacionalistas piden, en nombre del principio de las mayorías, que se imponga el *Home Rule* por la fuerza, es decir, pretenden que el gobierno inglés, para salvar la dificultad, decrete la guerra civil.

Sin duda, en la actualidad, el problema irlandés es insoluble. El porvenir depende de la fijación de los programas políticos que se transforman en el Reino Unido y en el imperio. Acaso la solución sería adoptar el federalismo en las islas británicas, o sea lo que *Le Temps* llamaba hace poco el ensanche del *Home Rule*. La idea parece ganar terreno en los medios políticos ingleses, si bien se objeta que, en el proyecto federal, Irlanda con su población católica y reducida, quedaría en situación desfavorable respecto de Inglaterra, Escocia y el País de Gales. La cuestión, en verdad, excede de los límites de la política local y se convierte en asunto imperial. La experiencia de los Dominios ultramarinos y su imparcial intervención pueden contribuir al *settlement* definitivo.

Este problema es el talón de Aquiles del imperio británico. Su resolución en sentido favorable a la más amplia libertad, según las buenas tradiciones inglesas, el ingreso espontáneo de la isla en la federación de

commonwealths autónomos, que será probablemente la fórmula realizable del organismo imperial, son puntos de honor y de existencia para la nación británica. El único argumento serio que los Estados rivales o los pensadores anglófobos pueden explotar contra la política de Inglaterra y su formidable poderío, consiste en esa situación anómala en que vegeta la isla de las verdes praderas, de la historia atormentada, de las santas leyendas gaélicas. La extirpación del abceso irlandés valdrá a la Gran Bretaña la invulnerabilidad de su imperio.

París, septiembre de 1918.

LAS ELECCIONES INGLESAS[130]

En un discurso pronunciado en Manchester el 10 de octubre último, al tratar de las transformaciones sufridas por la política inglesa a consecuencia de la guerra, M. Asquith expuso el nuevo programa del partido liberal. El venerable leader, que no presentía de seguro la derrota que en las últimas elecciones ha eclipsado su figura, resumió así las aspiraciones de su partido: realización de la autonomía irlandesa, según el viejo programa gladstoniano y nacionalista; restablecimiento de las libertades públicas, coartadas por el control y la censura; mantenimiento del libre cambio, "no como doctrina abstracta o de valor absoluto", sino como "una necesidad para un país que tiene la situación geográfica y económica de Inglaterra"; solución de los problemas de reconstrucción y de higiene social, con el logro de un "mínimum nacional" que podríamos considerar como la fórmula moderna del deseo del buen rey Henrique IV: un pollo en la marmita de cada ciudadano.

M. Asquith condena el socialismo y sus tentativas para establecer "aun bajo un disfraz democrático, la supremacía de toda clase social que enuncie ciertas reivindicaciones personales y pretenda adquirir derechos especiales".

Reprueba asimismo el leader liberal el proteccionismo aduanero que, al lesionar los intereses de las colonias, amenaza destruir el sentimiento de la solidaridad imperial.

---

130 Publicado en *El Universal*, Caracas, 17 de marzo de 1919.

La Liga de las Naciones para el mantenimiento de la paz del mundo, flamante invención del cristianismo humanitario de estos tiempos, tiene en el exprimer ministro un campeón decidido.

En el examen de este programa se pregunta uno, ante el fracaso del partido liberal, si los electores ingleses, al votar en masa por Lloyd George, quisieron simplemente marcar su predilección por el hombre enérgico que supo ganar la guerra y promete aplicar efectivamente un vasto programa nacional que engloba los desiderata de Asquith. Desde luego –y el antiguo primer ministro lo dijo en Manchester– los partidos no podían, en la última consultación popular, definir claramente sus aspiraciones. Los electores han votado por un hombre, por un sistema, no por un programa. No de otro modo se explica la coalición que sostendrá a Lloyd George durante la liquidación de los problemas que deja la guerra. Es inverosímil que los ciento veinte y siete liberales que se han unido a los conservadores, en torno del actual primer ministro, hayan súbitamente renunciado a sus ideas sobre el *Home Rule* irlandés, que es un dogma, y a las concepciones económicas, que son la base misma del partido.

Lloyd George, como antes Chamberlain, logra una concentración de las grandes fuerzas del país, que es indispensable para la explotación integral de la victoria. El pueblo inglés, en su mayoría, castiga la debilidad de Asquith, el internacionalismo equívoco de Henderson, el "pacifismo" germanófilo de Macdonald y de Snowden. La experiencia de la guerra y la situación exterior trazan a los electores las grandes líneas que debe seguir una política verdaderamente nacional.

Sin que pueda preverse la evolución de las nuevas agrupaciones políticas, es posible que, cuando las cuestiones exteriores reciban la solución que buscan los coalicionistas, se despierten las viejas querellas y asistamos a la formación de nuevos grupos parlamentarios. Winston Churchill, eventual primer ministro, se acuerda con Bonar Law para declarar que "la mejor Sociedad de Naciones no vale una flota británica" para mantener la paz del mundo; pero en la política interna graves disentimientos subsisten entre liberales y conservadores. Las cuestiones

de Irlanda y de las tarifas aduaneras, otras aun, pueden determinar una reconstitución del partido liberal y su acuerdo con los trabajistas. En tales condiciones, no puede decirse cuál será la forma definitiva que tomará, después de la paz, la "Oposición de Su Majestad" en la Cámara de los Comunes.

La guerra eliminó ciertos hombres usados, pero no destruyó los viejos partidos. En política, Inglaterra es un país que vive transformándose y donde, según nota Harrison, el vocablo revolución no tiene el mismo sentido que en el continente; mas, en ese país la tradición es fuerte, las convicciones arraigadas. Los conservadores, los liberales y los trabajistas pueden colaborar útilmente en el terreno de las reformas sociales, punto en el cual todos los programas están más o menos de acuerdo. Pero es de temerse que cuando el gobierno entre en realizaciones de índole política o económica, caiga en la impotencia o se vea condenado a sufrir la dislocación de su mayoría.

Además, la posición personal de Lloyd George es harto difícil. Hombre de tenacidad ilimitada, tan radical en ideas como austero en principios, tribuno del pueblo, forzosamente hostil a los lores cuyos privilegios y propiedades obstruyen la realización de su reforma agraria, revolucionario osado que ha podido imponerse por su energía y popularidad a la renuente aristocracia, sin apaciguar su desconfianza, ¿es verosímil que tal hombre renuncie a los ideales que son la honra y la razón de su vida, con el fin de mantener alrededor de su persona una coalición gubernativa? Chamberlain dio el ejemplo más notable de estas uniones de intereses, en las cuales los partidos sacrifican algunas de sus reivindicaciones y acuerdan la acción común, sobre la base de un programa mínimum. Pero si Lloyd George es, en cierto modo, el continuador de Chamberlain; si su gestión en la política británica es análoga a la de aquel, el carácter de los dos hombres difiere profundamente. Del radicalismo, uno y otro han pasado al campo tory y renovado el partido conservador, prestándole nuevos ideales. En rigor, es por la identidad de tendencias en política exterior que se ha efectuado la unión, pues en las cuestiones internas ninguna de estas dos fuertes personalidades

abdicará en manos del torismo. Fue el partido conservador el que, con suma habilidad, supo apropiarse y explotar los principios de ambos reformadores. "Los tories me han robado mi política y será necesario que invente otra", exclamó Chamberlain, y Filon recuerda cómo un miembro del parlamento recomendaba al leader radical mucha cautela en sus palabras, "pues si os ocurre criticar los mandamientos de Dios, Balfour depositará inmediatamente un bill para suprimirlos...".

Esta facultad de adaptación a las circunstancias, común a todos los partidos ingleses, deja esperar que la coalición que rodea a Lloyd George sea duradera; pero una evolución franca de este hacia la derecha, un renunciamiento a las grandes ideas que dirigen su vida pública, sería un hecho extraordinario aun en aquella política de sabias transacciones. Así como es inconcebible que el presidente Wilson abandone ese magno idealismo con que domina la historia contemporánea, Lloyd George está forzado por sus antecedentes y su temperamento a ser el apóstol de un movimiento revolucionario, que es quizá la más formidable manifestación de la renovación actual del mundo. Su discurso de Carnarvon es una advertencia a los conservadores que le creen su prisionero y una promesa de fidelidad a los ideales populares: "Estoy, dice, en mi puesto, soy siempre de los vuestros, siempre del pueblo. Es para vosotros para quienes he trabajado y por vosotros continuaré luchando, mientras Dios me dé fuerza y salud. La última elección da a la democracia una probabilidad de cambiar, con un gobierno diferente, la faz del país. Si el gobierno no cumple sus promesas, ofrezco volver al pueblo para pedirle nuevo mandato".

El oportunismo es de uso político frecuente en Inglaterra, sin contar con que los dos grandes partidos históricos conservan esenciales puntos de contacto que permiten la armónica evolución de entrambos. ¿No se ha dicho que, en verdad, un viejo whig es más conservador que un joven tory? Pero, la unión de ciertas fuerzas políticas en un momento dado, para aplicar en el gobierno un programa ocasional, no significa precisamente la muerte de los viejos partidos ni el nacimiento de nuevos. La fusión indica, cuando más, renovación. Los arduos problemas

sociales y financieros que deja la guerra; la futura constitución política, económica y militar del imperio; la orientación de las alianzas y, en general, de las relaciones exteriores, son otros tantos problemas que obligaron al pueblo inglés a expresar por órgano del cuerpo electoral, considerablemente aumentado, su confianza en un hombre enérgico. Pero es difícil prever la posición definitiva de los partidos políticos y las futuras bases de equilibrio de las tendencias sociales. Los viejos partidos no desaparecen en la acepción estricta del vocablo, pero es indudable que se transforman. Si un problema nacional como el *Home Rule* de Irlanda pudo desarticular hace treinta años el viejo sistema, es seguro que las cuestiones de índole imperial y mundial que se ofrecen hoy a la opinión inglesa provocarán modificaciones importantes en la teoría de la política.

La aparición de una mayoría conservadora en los Comunes (382 unionistas, contra 165 liberales y 70 trabajistas, si se suman los diputados por sus doctrinas sin tener en cuenta el hecho de la fusión provisional), asegura el predominio de las ideas proteccionistas y acusa los progresos del nacionalismo al día siguiente de la victoria. Tal resultado estaba previsto por cuantos siguen el movimiento de la opinión pública en el país. Uno de los signos decisivos de la evolución de la vida política inglesa, acaso el más importante, es la presencia de Lloyd George al frente de una coalición donde prepondera el elemento conservador. El fenómeno no tiene precedente en Inglaterra: ningún hombre público de este país se mantuviera jamás en el poder por la sola fuerza del prestigio personal, sin tener cuenta del juego de los partidos ni las inflexibles reglas del parlamentarismo. Sin embargo Lloyd George, jefe accidental del unionismo imperialista, no deja de ser un leader radical liberal, y su doble carácter abre perspectivas políticas inesperadas. No es imposible que el partido liberal cambie de orientación y forme con ciertos elementos conservadores avanzados un neoliberalismo en cuyo programa prevalecerían las tendencias del hombre de Estado celta. Puede creerse también que, por un cambio de opinión, como sucedió en 1880 y en 1906, el partido liberal reconquiste el poder, después de una experiencia

unionista más o menos larga. Por el momento, el partido conservador representa, con su programa y sus tradiciones, la aspiración del pueblo inglés a explotar completamente su victoria.

El partido del trabajo sufre una derrota en estas elecciones, si se considera la magnitud de sus esperanzas. La extensión de su participación en el gobierno, que fue, uno de los principios de Lloyd George cuando constituyó su gabinete en 1916, parece por el momento irrealizable. Pero los trabajistas están llamados tal vez a un brillante porvenir. "Creo, dice Harold Begbie, que hemos agotado dos grandes fuerzas de nuestra vida nacional, las fuerzas políticas conocidas bajo los nombres de liberalismo y conservatismo... El liberalismo está extenuado, el conservatismo no tiene ideas. Queda el partido del trabajo". Este escritor prevé la evolución del programa trabajista hacia la utilización de todas las fuerzas sociales y la fusión final de las energías con propósitos verdaderamente imperiales, que excederán del cuadro del nacionalismo insular. A este respecto, es interesante notar, con Wickham Steed, la admisión de los "productores cerebrales" en las filas laboristas, novedad que indica una renovación de las inspiraciones del partido en sentido intelectual.

¿Qué sorpresas reserva el problema irlandés? El nacionalismo de Redmond y de Dillon ha muerto, y con él la posibilidad inmediata de aplicar el *Home Rule*. La elección en masa de los candidatos *sinn-feiners* es el prólogo amenazador de un nuevo drama, o el principio del fin del viejo y tremendo drama que llena cuatro siglos de historia inglesa.

De todos modos, el triunfo de Lloyd George tiene alto significado, porque viene a afirmar la grandeza moral del pueblo británico. Ese voto exalta una gran victoria de la libertad y de la humanidad, como el voto de 1906, al derrocar a los vencedores del Transvaal, reprobó la victoria del imperialismo conquistador. Jamás fue más grande y noble el espíritu público de la nación.

París, enero de 1919.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN Y SU ÚLTIMO LIBRO[131]

[131] Artículo publicado en *Cultura Venezolana*, Caracas, Nº 10, enero de 1920.
Al reproducir esta nota veintiún años después de su publicación, pienso que García Calderón no plantearía hoy de distinto modo el amplio tema de aquel libro, pero sin duda desecharía algunas de sus conclusiones y matizaría otras.
El "igualitario socialismo" no ha resuelto aún la cuestión social ni presentado un "equivalente moral" de la guerra a los pueblos desorientados. Los principios marxistas parecen inadaptables a sociedades civilizadas, en las cuales la libertad del individuo es el bien supremo y cuya complejidad económica no puede soportar la dirección absoluta que pretenden darle innumerables e incapaces burocracias. En cuanto al comunismo, que es el marxismo triunfante, ¿quién dice que es un sistema "avanzado"? A pesar de los cincuenta mil libros escritos con oscuridad germánica o con claridad francesa y diseminados por el vasto mundo, en todas las lenguas, es imposible hacer feliz a un pueblo moderno con métodos que apenas bastaban para asegurar la tranquilidad a los súbditos de Huayna Cápac, y ello solo, quizá, en las páginas paradisíacas de Garcilaso. Es fácil gastar el capital acumulado por otros, y más fácil aún establecer fábricas o explotaciones agrícolas, imponiendo a los hombres el trabajo forzado. Así edificaron sus pirámides los faraones. Y estas pirámides subsisten porque son de piedra, mientras que nada quedará de nuestras construcciones hechas de bajareque y granzón.
La guerra contra el oro es, simplemente, la guerra por el oro. Cuando M. Renaudel amenaza con "tomar el dinero donde está", demuestra que necesita el dinero para alimentar su demagogia. Cuando se dice que la causa principal de la presente ruina de España proviene del robo por los rojos de las existencias de oro de los bancos, proclámase sin rebozo que país sin oro es país arruinado. Cuando los rusos amontonan en los sótanos del Kremlin el oro español o rumano y continúan explotando las minas del Ural, prueban que para los comunistas ciento por ciento el vil metal es más precioso que nunca. Cuando los gobiernos llamados totalitarios y autárquicos hacen declarar por doctos profesores y periódicos asalariados que las "economías nacionales" y aun "continentales" no habrán menester el oro sino para sus negocios con el extranjero, confiesan que el oro es todavía el mejor instrumento del comercio.
Nadie puede creer de buena fe que sea un adelanto destruir la moneda, que los hombres inventaron hace tres mil años precisamente para salir del sistema de trueques y permutas que ahora nos proponen como desiderátum económico los pedantes de Bonn y otros Tubingen. Mas todo ello es vana palabrería: si, lo que es imposible, Hitler ganara la guerra actual, su primera condición de paz sería el traslado a Berlín de los lingotes y bellas piezas amonedadas del Banco de Inglaterra y de la Reserva Federal. En cuanto a las famosas autarquías o economías cerradas y al no menos famoso *control* de cambios, regímenes obligatorios para países bloqueados en tiempo de guerra, significan en la paz tan absurda regresión y es tan difícil su aplicación, que los alemanes mismos, sus teorizantes seudocientíficos, opinan también ya que habrá de volverse al buen sentido. En efecto, la prensa comunica que el vicepresidente del Banco Nacional del Reich acaba de declarar

en Colonia: "Nos damos cuenta perfectamente de que para realizar un intercambio de mercancías con los países de Ultramar la libertad de cambios desempeñará un papel importante y será preciso, para salvaguardar los intereses del comercio extranjero alemán, conceder especial atención a esta libertad". Por consiguiente, aquel Banco "no ha perdido de vista la importancia del resurgimiento y reorganización del sistema económico internacional". Allá deberá, pues, retornarse: reconocimiento de zonas de producción en el mundo, libertad de comercio para canjear los productos, libertad de cambios para efectuar los pagos y, por ende, restauración de la moneda más cómoda que han creado los hombres: el oro.

Además del socialismo de Estado propiamente dicho, tenemos el "corporativismo" y el "sindicalismo", que tanto ruido hacen sin que hasta ahora sus creadores hayan logrado traspasar los límites de la pura doctrina, acertar con su funcionamiento y presentar, como no sea en la prensa oficial, resultados satisfactorios. No es imposible que el sindicalismo ofrezca ciertas fórmulas aplicables; pero, en el fondo, los sindicatos son cosa vieja. Existían desde la Edad Media, bajo el nombre en Francia, de *corps de métiers* y murieron con la Revolución. Lo interesante será saber si la vuelta a las corporaciones medioevales y su transformación y adaptación a las ideas políticas actuales y a las exigencias eternas de la economía, bastarán para resolver el conflicto entre el capital y el trabajo, asegurar la indispensable producción de riqueza y dar a los productores posibilidad normal de convivencia. Así como el marxismo no logra establecer la paz interna, porque lleva en sí mismo gérmenes de guerra, tampoco logró la Sociedad de las Naciones establecer la paz externa, porque olvidó los principios que conducen la vida de los Estados a través de la historia. La idea de justicia absoluta no puede reemplazar a la política en la dirección de los pueblos ni regular sus relaciones mutuas, y por ello los organismos ginebrinos fueron siempre como las aspas de un molino que giraran en el vacío. Ni siquiera llegó Ginebra a coordinar sus métodos de acuerdo con aquella idea que servía de base al Pacto. Durante diez y ocho años de frecuentación en asambleas y comisiones asombróme siempre la perseverancia con que hombres eminentes o distinguidos condenaban en público la política, es decir, el noble arte de gobernar las naciones, y practicaban entre bastidores la engañifa pueril, imaginando haberlo resuelto todo cuando anegaban las cuestiones más graves en copioso expedienteo. Como de la vida de José II, el príncipe de Ligne habría dicho que la vida de la Sociedad de las Naciones fue una perpetua gana de estornudar. Ginebra era el fiel reflejo del mundo contemporáneo, que se caracteriza por la confusión de nociones, el abandono de las ideas generales y el fetichismo del peritaje y la estadística. La burocracia fue allí insuperable y reunió los especialistas más notables de Europa en derecho, hacienda, economía, higiene, tránsito y no sé cuántas cosas más. No hubo sino un político, de talla ciertamente: sir Eric Drummond, hoy lord Perth. Al comenzar a hablarse de la partida de sir Eric, escribí al ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela que la crisis de la Liga se abriría, llena de peligros, cuando aquel saliese de la Secretaría donde, en mi sentir, era irreemplazable. Desechado el doctor Benes, a quien algunos acusaban de "balcanizador" y demasiado maniobrero, cayóse en el señor Avenol, tozudo y notable hacendista en cuyas manos se perdió el barco. Mas sir Eric, que ejercía eficaz dictadura administrativa, bajo formas consuetudinarias inglesas muy aceptables, e inspiraba y aun redactaba el texto preciso en el preciso momento, no podía llegar hasta dirigir la conducta de los gobiernos que, por lo demás, no estaba casi nunca de acuerdo con el propio respectivo interés. No se hable de conformidad con el interés común. La impotencia de la Sociedad de las Naciones fue la impotencia de las grandes potencias para contentar sus apetitos rivales. Los países de menor importancia, los "pequeños" fueron siempre comparsas de buena intención, clientes asiduos, muchos de cuyos representantes gastaban elocuencia y no raramente indiscreta locuacidad en el afán de lisonjear alternativamente diversos patronos. Abusábase de las palabras, alterando su sentido. Albania o

Liberia (pongo por países cuyos ciudadanos no leerán nunca las presentes líneas) intrigaban en nombre de la democracia para obtener puestos de directores y de responsabilidad en el Consejo, como si la democracia, ley del número, no pareciera lógicamente dar la preponderancia a los ochocientos millones de hombres que viven en los imperios de las cinco grandes naciones que estaban allí presentes, y como si monseñor Fan Noli o el barón Lehmann pudiesen asumir responsabilidad alguna o dirigir cualquier cosa fuera de sus propias casas.

Cierta vez, en comida amistosa de los miembros de la Comisión Fiscalizadora, a la que pertenecí durante doce años, indiqué, tratando de ser irónico, aquella antinomia de la ley democrática y los discursos de algunos delegados que pretendían "democratizar" el Consejo expulsando a los representantes de las mayorías y agregué que, por mi parte y para mi país, me contentaría con la aplicación sincera del principio de protección de minorías. Aquello no hizo reír a nadie, porque yo no acierto nunca a decir chistes, pero mi querido amigo el francés Réveillaud opinó con cierta condescendencia muy de su nación: *Tiens, il y a du vrai là-dedans*. A la voz de minorías, el húngaro Ottlick, hoy director del *Pester Lloyd*, iba a meter su cuchara, cuando el checoeslovaco Osuski frunció de tal manera el entrecejo que lord Meston, quien encarnó siempre entre nosotros la cordura, se apresuró a desviar la charla hacia las dificultades del presupuesto. La cuestión de minorías provocó siempre verborreas. El delegado de Lituania presentó una proposición cuyo resultado habría sido extender la epidemia minoritaria a todos los países y contaminar el universo. Fue la única ocasión en que lituanos y polacos estuvieron de acuerdo. El representante de la Celeste República se manifestó entonces dispuesto a votar todas las mociones que se hicieran a favor de las minorías, siempre que se aprobara alguna en favor de las mayorías chinas. Con lo cual y las cuchufletas de un canadiense tan humorista como el chino, quedó enterrada la proposición Galvanauskas.

Pero la prueba más palmaria de la incapacidad de "las delegaciones" para resolver un problema político pude apreciarla durante las sesiones de la comisión llamada de los Trece, de la cual formé parte, en unión del colombiano doctor Francisco José Urrutia, como "representante de la América Latina" (rico tema que dejaré para otra ocasión este de la "América Latina" en Ginebra). La Comisión de Trece fue convocada aparentemente para remediar lo que en el metafórico lenguaje del Lemán se llamaba "malestar de la Secretaría". En realidad, tratábase de un asunto grave, de cuya resolución dependería la permanencia de Alemania, Italia y Japón en la Sociedad o su salida de ella. El carácter esencialmente político de la Comisión se marcó con el nombramiento de sus miembros, que en su mayor parte eran hombres de autoridad y de gobierno en sus respectivos países. Por desgracia, algunos de estos como el sutil Scialoja, y Loucheur el juglar de millones, no quisieron o no pudieron asistir y designaron sustitutos de influencia nula, o que raramente tradujeron el pensamiento real de sus gobiernos. Miembros de esta comisión fueron también: Robert Cecil, tory liberaloide y prolijo, curioso ejemplo del estrago que pueden producir ciertas "ideologías" filtradas por el cerebro de un lord demagogo; el conde Bernstorff, agresivo pangermanista de la Gran Guerra súbitamente transmudado en pacífica paloma, por las necesidades de la causa de Alemania vencida y anárquica, diplomático de alto coturno que sabía ocultar bajo corteses maneras su desdén de junker; el vizconde Musakoji, embajador del Japón en Berlín, distante tras sus anteojos de oro, que escuchaba con indiferente sonrisa los más encontrados pareceres y proponía con placidez cuestiones embarazosas; Hambro, el parlamentario noruego, instruido, rudo y elocuente, de principios en apariencia inquebrantables, jefe de partido conservador propenso a aventurarse en enredos de izquierda; el doctor Nederbragt, prototipo del funcionario laborioso e inexorable, que empezaba por declarar "no tener nada contra" lo que acababa de oír y terminaba por enfliar una retahíla de argumentos que no convencían a nadie, pero mostraban de modo perentorio la holandesa decisión de no aceptar ninguna

de las sugestiones del honorable preopinante; Cahen Salvador, casuista consejero de Estado, con su lenguaje de nitidez francesa, sembrado de asechanzas talmúdicas; el doctor Urrutia, repleto de precedentes, sinceramente americano, amigo leal y jurista de prudencia bogotana. Tales fueron los señores que con algunos más dejaron de constituir una comisión política, para formar un comité "técnico" sin técnicos. En lugar de cumplir el mandato importante y efectivo, dímonos los Trece a introducir en el sistema de reclutamiento del personal y en otras partes de la simple administración reformas inadecuadas que la Comisión Fiscalizadora debió luego reformar a su vez, paulatinamente y por orden de la Asamblea. En esta materia puramente administrativa, el doctor Urrutia y yo firmamos, en unión de otros colegas, un informe de minoría, con grande escándalo de quienes creían que los latinoamericanos estábamos obligados a acatar siempre los textos de la Secretaría.

Al decidirse la constitución de la Sociedad de las Naciones, sir Eric Drummond procedió a organizar sus servicios e hízolo, probablemente con razón y en todo caso por necesidad, con elementos reclutados casi todos en Inglaterra y Francia. Posteriormente fueron ingresando en la Secretaría empleados de las demás nacionalidades, sin que llegara a debilitarse de modo sensible la preponderancia, en calidad y número, de ingleses y franceses. Y como, por otra parte, Inglaterra y Francia dominaban en la política europea, la Sociedad se convirtió muy luego en instrumento de la política anglo-francesa, o inglesa o francesa, según los casos, que la Secretaría no podía menos de aplicar. Por tal situación planteóse el delicado problema político que, en aquel ambiente rico en eufemismos y hallazgos verbales, fue bautizado, como he dicho, con el nombre de malestar de la Secretaría.

Complicóse la situación cuando la Unión Soviética entró en la Sociedad. La Secretaría, que sir Eric abandonara como se ha dicho, volvióse definitivamente un nido de intrigas tejidas por funcionarillos irresponsables. El nivel de la hasta allí capacísima burocracia bajó bruscamente con la partida de los mejores, cambiando al mismo tiempo la calidad del trabajo. Las fórmulas fueron ya menos felices. Los juristas debieron adaptar sus dictámenes a situaciones irremediables. Politis, magistral sofista, cambió por las contrarias en un cuarto de hora, sin tocar las premisas, conclusiones aprobadas en comisión durante el pleito etíope.

El primer golpe mortal al Pacto dióla el Japón. Los miembros de la Comisión Fiscalizadora que discutíamos el presupuesto de la misión Lytton, conocimos de los primeros el informe de este por telegrama que recibió el secretario general. Sir Eric creía que el gobierno de Tokio se inclinaría. Alguien que conozco íntimamente le observó: "El embajador del Japón en Roma me ha dicho que su país abandonará primero a Ginebra que a Mandchuria". Así fue.

Luego vimos el triunfo de Hitler y su decisión de echar por tierra el Tratado de Versalles, al cual otros países deseaban quedase atado el Pacto. Cualquiera que sea el criterio que se tenga hoy del nacional socialismo, del papel histórico de su jefe y de esa fuerza, independiente de rótulos y marbetes, que es el imperialismo alemán, no hay duda de que en aquellos momentos era necesario revisar la política ginebrina. De no tratar con Alemania, de igual a igual, había que atacarla mientras estaba aún desarmada. Prefirióse continuar los discursos sobre grandes principios y seguridad colectiva, a tiempo que, apenas en la penumbra, los bolchevistas tiraban las guitas de Polichinela.

Vino, por último, la "negociación" definitiva. Los etíopes se habían refugiado en la Sociedad, porque una campaña de prensa extranjera contra la esclavitud les hizo temer próximas intervenciones. Así me lo afirmó personalmente el duque de Entoto, francés, jefe efectivo de la delegación de Abisinia, cuando pidió que Venezuela votase en favor de la admisión de aquel país. Lo que entonces sucedió, sábelo el mundo. Lo que en fin de cuentas sucederá, solo lo sabe Dios. Pero el hecho realizado es que la Sociedad de las Naciones sucumbió; y el hecho probable será que si las potencias que habrán de defender la futura paz cometen los mismos errores, volverán catástrofes idénticas a la que presenciamos. (Nota de febrero de 1941).

Francisco García Calderón es quizá, entre los jóvenes, el latinoamericano que reúne el más completo y armonioso conjunto de las dotes que permiten al escritor salvar las fronteras e imponerse en medios diversos, sin perder el sello peculiar de su nación y de su raza. Limeño, posee las brillantes cualidades espirituales de los hijos de aquella ciudad amable, sensual y optimista, bajo el azul perenne de los cielos. Peruano, su nacionalismo intelectual y sentimental, herencia de un nombre esclarecido, se ensancha en la conciencia de la solidaridad del continente. Hispanoamericano, está familiarizado con las manifestaciones que caracterizan el movimiento moral y político de la humanidad.

En la América española es extraordinario el caso de este escritor de treinta y cuatro años, que discurre, en estilo sereno y luminoso, con el método y la copiosa documentación de un *scholar* y la originalidad de un observador sutil. Tan audaz como ponderado, seguro de su talento y de sus recursos, nunca lo arduo del tema le intimidó. Casi adolescente aún, estudia el sistema crítico del ortodoxo Brunetière o, guía experto, nos conduce por la inmensa floresta de Menéndez y Pelayo. Obras de aliento reclaman su actividad y el *Perú contemporáneo* (el ensayo político-social más interesante que se haya escrito sobre alguno de nuestros países) le señala pronto a la curiosidad y al aprecio del público de ambos hemisferios. Las *Democracias latinas* y la *Formación de un continente* consagran una reputación de maestro.

Su último libro es el trabajo de un espíritu que ha sido impresionado profundamente por el espectáculo de las convulsiones en medio de las cuales nace un mundo nuevo, o se prepara un nuevo aspecto de la cambiante faz del mundo. Las ideas de justicia, de verdad, de tranquilidad social, de respeto entre los pueblos, todo el tesoro moral que ahorrara la humanidad fue arrojado en la gigantesca hoguera de la guerra. Para los hombres de cabeza y de corazón, el problema consiste en saber si ese tesoro se consumirá sin remedio, o si la aurora del próximo mañana brillará sobre un universo wilsoniano en que los pueblos constituirán al fin la Liga que asegure para siempre el lírico reinado de la paz. Tremendo conflicto donde chocan distintos conceptos de la filosofía, del sistema político, de la arquitectura social, y que se resuelve en la lucha

armada de dos grupos de naciones que confían al azar de las batallas y al juicio de Dios la suerte de sus causas.

Tal es, en el drama a que asistimos, el dilema que plantea el libro de García Calderón. La guerra parece a este "uno de esos formidables puntos de interrogación que el hombre atormentado propone al silencio augusto de los cielos lejanos". Y a través de páginas nutridas de hechos, en admirable resumen de teorías, demuestra la antinomia de dos Testamentos y predice el resultado de su lucha. De un lado, Germania, "potencia asiria", que impone a los pueblos muelles e indóciles la disciplina guerrera y saludable, la ley de Asur; Germania, tribu judaica que profesa los mandamientos de Jahvé, exterminador de Amalec. Del otro lado, el Occidente liberal, campeón de Cristo, que lucha por "disminuir el número de las injusticias y de los errores, aproximar las razas y elevar, sobre los nacionalismos reconfortados, una dulce esperanza de fraternidad universal".

Al individualismo occidental se opone la teoría germánica del Estado absorbente. A la generosa ficción del contrato ginebrino, se opone el criterio de la fuerza, de la opresión como generadoras de las formaciones sociales. Alemania prusianizada olvida las doctrinas de Kant y el idealismo de Goethe, cuya elevación escapa a la mentalidad de una raza insaciable. El lírico genio alemán se transmuta, por la ardiente alquimia bismarckiana, en un genio prusiano hecho de realismos excesivos y de exclusivismo anticristiano y hostil. El socialismo alemán, imperialista como todos los socialismos, es también imperial y, según notan Andler y Laskine, decididamente nacional. Una cota de mallas se oculta bajo el manto de la socialdemocracia y se delata en las reticencias doctrinales de sus apóstoles. El marxismo de exportación es una de las fuerzas disolventes que manejan los conquistadores científicos de Postdam.

En el campo adverso, Francia representa la eminente nobleza del género humano, el heroísmo inteligente y personal, el claro genio grecolatino, corona del mundo, fuente de armonía y de lógica. A ella van todas las simpatías, porque "encarna los ideales de libertad y de diversidad, porque es la nación mesiánica que defiende los intereses universales".

Los Estados Unidos agitan en medio del conflicto el programa de Wilson, que es un evangelio salvador en la angustia de los pueblos.

Inglaterra es la escuela de la libertad, la edificadora de un enorme imperio liberal, la heredera del espíritu político de Roma, vasta cantera de Estados y naciones. "Sobre Inglaterra –dice García Calderón– pesan después de un siglo los graves destinos del mundo, la carga del hombre blanco". Bolívar prevé la expansión civilizadora del pueblo inglés e invoca la tutela de Londres para nuestras democracias anárquicas. A la destructiva empresa de Senacherib, Albión sustituye la política tolerante de persas o romanos. Si el germano tiende a establecer la hegemonía de raza y a la utilización del hombre inferior en provecho del Deutschland, emprende el inglés avisado la lenta y pacífica britanización del globo.

En esta lucha de dos fuerzas espirituales, materializadas en innumerables ejércitos, no entiende García Calderón guardar la actitud de Romain Rolland, que un ilustre hombre de letras venezolano calificó de olímpica. El autor del *Dilema de la guerra* examina, juzga y concluye. La causa que defienden las democracias occidentales es justa y merece la victoria. No se trata de matar el espíritu alemán sino de corregir sus deformaciones.

Grandes hombres hubo en Alemania incontaminados de prusianismo. Las doctrinas que presentan la guerra como un medio por el cual los pueblos se redimen de su decadencia (Hefter) y como el crisol de los valores nacionales, no resisten a un reparo de Fichte: la guerra no eleva al heroísmo sino las almas heroicas; incita las naturalezas ignobles al pillaje y a la destrucción de la debilidad sin defensa. Crea héroes y cobardes ladrones, pero ¿cuáles son en mayor número? Los juristas y los diplomáticos que pretenden que "necesidad no conoce ley" y que en política puede mentirse, contradicen con escándalo las máximas del hombre para quien la justicia es un imperativo categórico y la veracidad el supremo de los deberes. Cincuenta años antes de Treitshke, Kant repudia sus ideas sobre la expansión del Estado como pedantería escolástica. Clausewitz y Bernhardi ahogan la voz de Koenisberg que reprueba el exterminio del enemigo y proclama que la guerra es triste medio de que se valen los pueblos en el estado de naturaleza. ¿Y cómo

aplicó el conde Bertchold el precepto kantiano, según el cual, una guerra de punición entre naciones no podría concebirse, porque no existe entre ellas ninguna relación de superior a inferior?

La derrota de Prusia vale el rescate de Alemania, despojada de su fulgurante armadura; y todo cuanto el pensamiento alemán tiene de grande, a fuer de universal, subsistirá como potente elemento de cultura en la humanidad reconciliada.

Las grandes ideas de Occidente resucitan, después de la expiación, como Cristo dios de bien, de amor y de verdad. De la atroz experiencia deducen los hombres principios saludables y definitivos. La guerra "que parece indestructible porque no hemos encontrado un empleo más noble de ciertas fuerzas humanas", tendrá tal vez un "equivalente moral" en el progreso interno de los pueblos, en el igualitario socialismo que amortigua las pasiones.

La democracia corregida y fortalecida es la fórmula política del porvenir e, independientemente de la índole y nombre de los órganos que ejerzan la potencia pública, está asegurado el advenimiento de la constitución republicana que definía Kant.

El renacimiento nacional, vivaz y enérgico, da a los pueblos cuadros indispensables para su evolución, al propio tiempo que múltiples factores trabajan en atenuar la rivalidad de aquellos, creando lazos duraderos, colaboraciones fecundas, al amparo de un evangelio de concordia.

Contra fuertes Estados imperialistas y tentaculares, jóvenes naciones afirman su independencia y defienden la igualdad en el derecho público.

Conclusiones consoladoras las de este libro que es, en mi sentir, la síntesis más vigorosa que se ha hecho de las causas y efectos psicológicos de la guerra.

París, diciembre de 1919.

LOS AMIGOS DE LAS LETRAS FRANCESAS

En 1922, aquel caro y brillante Homen Christo, cuya muerte trágica no será nunca bien llorada por la literatura y el periodismo portugueses, era, en París, el gran impulsor de la Sociedad de Amigos de las Letras Francesas, que tanto trabajó por el acercamiento intelectual de los países latinos. Un día se le ocurrió que los Amigos me ofrecieran un banquete, en Ambassadeurs y bajo la presidencia de M. Fernand Laudet, Jehan d'Ivray dijo unas palabras finamente irónicas. Un general, antiguo jefe de misión militar en un país sudamericano, discurrió también. Otras personas quisieron hablar a su vez, pero afortunadamente lo impidió Homen Christo, valiéndose de un reloj de arena que él se empeñaba a llamar clepsidra. Cuando me dieron lugar pronuncié las siguientes palabras que un taquígrafo benévolo recogió, y que fueron reproducidas poco después en El Universal*, de Caracas.*

Abandono, señoras y señores, a la justa cólera de los dioses al señor Homen Christo, suerte de todopoderoso y despótico comisario del pueblo para los negocios literarios, como autor responsable de la emboscada en que esta noche habéis caído. Porque no puede ser sino en virtud de una verdadera sorpresa como se ha obtenido vuestra presencia para este acto paradójico en que se trata de mí, al propio tiempo que de las letras francesas.

Renunciemos a explicar, os lo suplico, cómo y porqué me hallo en este sitio, puesto que, en todo caso, explicar no sería en modo alguno justificar.

Habéis perfectamente comprendido, hace varias semanas, que mi querido amigo Zérega Fombona fuese recibido en el seno de los *Amigos*

de las Letras Francesas. Zérega Fombona, que es uno de los más altos representantes de las letras venezolanas. Yo habría querido haceros también, en aquel momento, una pequeña apología de su persona y de su obra; mas no me atreví a ello, en el temor de que las gentes ingeniosas se marchasen diciendo que pedía simplemente a mi camarada la devolución del ascensor.

Por el contrario, la honra que esta noche se me confiere, es, confesadlo, francamente inmerecida. Yo no soy, en efecto, hombre de letras. Cuando, a diez y ocho años, comencé a escribir, como casi todo el mundo lo hace a tal edad, abrigaba, sí, la esperanza de serlo un día. Consejeros caritativos no tardaron en demostrarme que erraba mi camino, porque era evidente que carecía sobre todo de imaginación, cualidad que parece indispensable para ejercer el oficio. Me consagré entonces al estudio de la historia en cuyo dominio es posible, más que en cualquiera otro, darse apariencias de decir algo nuevo, pillando a los demás y sin funestas consecuencias. Luego, no contento con hundirme en el pasado, quise contemplar el presente, y a fin de procurarme una cómoda butaca, entré en la diplomacia. Mi abuelo, que era jurista y letrado, pretendía que mi espíritu, previamente deteriorado por el estudio del derecho, se dañaría por completo con la frecuentación de los literatos. ¡Qué no agregaría hoy, aquel, si pudiera considerar los estragos causados en mi carácter por diez años de vida diplomática!

Ya véis que todo esto no es suficiente para justificar la iniciativa del señor Homen Christo. Razón de más, sin embargo, para que desde el fondo de mi corazón le exprese las gracias por haber inducido a la Sociedad a escogerme como pretexto para honrar de nuevo la cultura venezolana.

Vuestras intenciones son nobles, caro amigo, tan nobles como vuestro hermoso talento y vuestro esfuerzo. No me corresponde proclamar aquí el brillante buen éxito de vuestra carrera; pero, ¿cómo podría hablarse de ella sin asociar a sus triunfos esa mujer exquisita, vuestra compañera e inspiradora, cuyo ingenio y gracia vivaracha bastan para encantaros la vida?

¡Señores, os propongo consagrar a la señora de Homen Christo como madrina de todos los *Amigos de las Letras Francesas*!

Sois, señor Fernand Laudet, uno de los directores eminentes de la conciencia de este país. Por las importantes revistas que habéis dirigido, por la organización de la Sociedad de Conferencias, por vuestros libros, en fin, hallásteis el camino del Instituto. Periodista sois también en la bella acepción del término, y sabéis extraer del hecho diario la conclusión trascendental y filosófica. Durante la guerra, fuisteis uno de los mantenedores de la energía del pueblo francés y de su confianza en la victoria. Estoy profundamente conmovido por la honra que me concedéis al recibirme en este lugar, y por las palabras lisonjeras que acabáis de dirigirme: aceptad mi reconocimiento. Con la mayor benevolencia habéis mencionado mi próximo libro sobre el general Miranda. ¿Deberé expresaros mi pena de no compartir sobre aquel interesante personaje el juicio sumario que parece deducirse de vuestras palabras y, sobre todo, de vuestra hábil reticencia? Séame dable esperar, por el contrario, que las conclusiones del modestísimo libro que preparo alcanzarán de vuestra alta competencia una aprobación que les será preciosa.

Amante del arte, de las letras y de la historia, era imposible que yo no admirase a Francia, pues si por el arte y las letras no le cede a nación alguna, Francia tiene también una de las historias más bellas del mundo. Poseído por ese espíritu latino que une e inspira en un mismo ideal a los mayores maestros del pensamiento francés contemporáneo, de dondequiera que vengan, a dondequiera que vayan, llámense Paul Adam o Charles Maurras, saludo con entusiasmo el feliz desarrollo de esta Sociedad que trata de estrechar las relaciones intelectuales y morales entre los diversos pueblos latinos. Esos pueblos estiman, todos, que la grandeza de Francia es una condición de nuestra vida común y una de las bases de la civilización.

¡Levanto mi copa, señoras y señores, a la grandeza francesa y a la gloria de las letras francesas!

LA MUERTE DEL JONHKEER VAN STUERS[132]

Particular.

Exh. 29 de marzo de 1829. Nº 32/b.
Maracaibo, 20 de noviembre de 1827.

Excelencia:

Las particularidades de la desgraciada muerte de nuestro cónsul general en un duelo con el teniente colombiano Miranda, hijo del difunto general Miranda, así como los motivos que dieron lugar a este triste caso, me fueron comunicados por el señor D. Bing. En consecuencia, juzgo oportuno acompañar a la presente un extracto de la carta del señor Bing. Acabo de recibir esta comunicación por el correo y me apresuro a transmitirla a Vuestra Excelencia, no dejando de agregar que es de deplorar que un miembro tan útil de la sociedad, un hombre digno de elogios haya sido arrancado por un joven insignificante de 19 años a su Patria y a su Rey.

Aceptad, etc.

Edw. Brook Penny.

NOTA BENE.–Me permito referirme al *Constitucional* anexo, del 8 de noviembre, Nº 167.

Por copia conforme.
El Secretario del Gobierno (de Curazao)

Wm. Prinse.

A Su Excelencia el Señor Gobernador de Curazao.

---

[132] Estos documentos, tomados de los archivos holandeses gracias a la amabilidad de nuestro amigo el doctor Nederbragt, alto funcionario del Ministerio de Negocios Extranjeros de La Haya, fueron publicados por el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, junio-septiembre de 1929.

***

(TRADUCCIÓN DEL INGLÉS.—COPIA)

Exh, 29 marzo. Nº 32/b.

(Extracto de una carta del señor D. Bing fecha-
da en Bogotá el 9 de noviembre de 1827)

El 30 de octubre, después de la salida del correo, me enteré de un suceso melancólico y que será el tema principal de esta comunicación.

Ese día, entre las cinco y las seis de la tarde, nuestro cónsul general Caballero de Stuers fue muerto en duelo, de un tiro de pistola. Los pormenores de este fatal acontecimiento son los siguientes: el día 28 de octubre, santo de Simón Bolívar, se dio un espléndido almuerzo en casa del señor S. Seidersdorf, agente de Goldschmidt & Cía. a unas noventa personas, y en la noche hubo baile en la Casa de Gobierno. El Caballero concurrió a ambas partes. Parece que un frasco de olores perteneciente a una señora fue roto accidentalmente por un señor, quien lo había tomado o recibido de manos del Caballero. Este, probablemente disgustado, hizo observaciones a (¿aquella?) persona. En esto, un joven, el señor F. Miranda, hijo del difunto general del mismo nombre y teniente del ejército colombiano, sin ceremonia y tal vez sin mala intención intervino en el asunto fútil de por sí, diciendo que no era nada y manifestando sorpresa de que el Caballero le diese importancia. El Caballero, encolerizado, dijo a Miranda que se ocupase en lo que le incumbiera, o palabras similares. Habiendo Miranda contestado en tono burlón, el Caballero le insultó en presencia de los concurrentes, llamándole en francés *polisson*. Varias personas intervinieron entonces, separándoles. Al día siguiente, Miranda escribió al Caballero una carta cortés diciéndole que debía darse cuenta de haberlo insultado groseramente delante de toda la concurrencia, y que no dudaba le daría una reparación satisfactoria por aquella ofensa; y como prueba de moderación proponía al Caballero dejar la decisión del asunto a tres personas respetables que hubiesen presenciado la escena, cuyo veredicto satisfaría a Miranda, diérale o no derecho a excusas.

A esta carta contestó el Caballero que no deseaba la intervencion de nadie en el asunto y que el señor Miranda no tenía sino decirle la hora y el lugar, cuándo y dónde le daría satisfacción. Algunos amigos, tanto del Caballero como de la otra parte, hicieron cuanto pudieron para hacerlo desistir, diciéndole que la menor expresión de pena sería considerada como suficiente. Pero fue inútil: parecía determinado, diciendo que nadie le pondría en ridículo. Aun en el terreno todo se tentó en vano para arreglar la cuestión amistosamente. Se colocaron en

el terreno (doce pasos); el Caballero insistió para cargar él mismo sus propias pistolas, lo cual hizo con gran precaución. Dispararon al mismo tiempo; el Caballero erró el tiro; su antagonista le atravesó la cabeza, y aquel cayó instantáneamente sin un gemido. La bala había atravesado el sombrero en el lugar de la cinta y entrado por la sien derecha, esparciendo sus sesos.

Ud. puede difícilmente imaginar la sensación causada por esta catástrofe aquí, donde la gente no tiene idea del duelo y propende a llamarlo asesinato abierto. Lo que más sorprende a todos es que el Caballero haya escogido a este joven que no tiene más de diez y ocho o diez y nueve años de edad y no había nunca en su vida usado una pistola y con el cual jugaba frecuentemente *ecarté at partice* (*sic*). Se ha hecho mucho ruido sobre esto de parte de las autoridades, como ocurre siempre en tales casos. Aunque los padrinos son muy conocidos, ninguno, por supuesto, ha venido a acusar y el joven Miranda ha desaparecido. El Caballero fue enterrado, un sermón fúnebre o misa se efectuó en la capilla de la Catedral.

Como muchos relatos erróneos de este infausto suceso irán hasta allá, pensé que sería bueno dar a Ud. las narraciones de los hechos como realmente ocurrieron, para su información.

Por copia conforme.

El Secretario de Gobierno (de Curazao)

Wm. Prinse.

***

(TRADUCCIÓN DEL HOLANDÉS)

El Gobernador de Amberes.

9 de febrero de 1828. Nº 31.

Lamento tener que comunicaros que he recibido un informe oficial de que el Caballero de Stuers, cónsul general en Colombia, ha perdido la vida en un duelo en Bogotá. Parece que el vicecónsul van Lansberge ha informado de ello a la señora de Stuers en sobre dirigido al señor A. Gaportas. Me obligaríais si quisiéseis remitir esta carta a la misma dirección, de la manera que creáis mejor, para llevar a conocimiento de la familia la triste noticia, en caso de que no se la sepa ya en Amberes, a fin de que no llegue demasiado inesperadamente.

(Sin dirección ni firma).

***

(TRADUCCIÓN DEL HOLANDÉS)

Nº 86-4. Recibida el 9 de febrero de 1828. Exh. Nº 31.

Bogotá, 7 de noviembre de 1827.

Señor:

Lamento mucho deber informar a Vuestra Excelencia de la muerte del señor cónsul general Caballero de Stuers, el 30 del pasado mes de octubre, a las cinco y treinta minutos de la tarde.

No tengo necesidad de deciros cuánto me ha impresionado este golpe. Lejos de mi patria y de mis amigos, no teniendo aquí ni siquiera un compatriota, la pérdida de un amigo paternal como el Caballero de Stuers me pesa sobremanera.

Me es también muy desagradable tener que señalar la manera antipática como el señor Stuers ha perdido la vida. Una desgraciada querella con un joven oficial, hijo del general Miranda, causó un duelo del cual fue víctima el señor Stuers; la bala fatal le tocó en la frente determinando inmediatamente su muerte.

Sobre su mesa encontré dos cartas. La primera, al señor ministro de Negocios Extranjeros Revenga, diciéndole que en caso de enfermedad, de ausencia o de fallecimiento yo me encargaría de las funciones del señor Stuers; una copia de dicha carta seguirá. Al día siguiente expedí la carta al señor Revenga, notificando al mismo tiempo a Su Excelencia la muerte inesperada del cónsul general, con súplica de informar de ella al presidente. El señor Revenga me respondió el 2 del corriente comunicándome que el presidente sabía ya lo sucedido y que Su Excelencia había mostrado su interés, dando el 30 por la tarde orden de abrir una averiguación y de castigar los "partidos" de acuerdo con la ley; (las leyes de Colombia condenan a muerte a los dos "partidos" y a los que los secundan); y en seguida que era muy agradable a Su Excelencia confirmar la confianza que el Gobierno ponía en mí para cultivar las relaciones amistosas existentes entre los dos países. Creo que como indico a Vuestra Excelencia el contenido de esa carta es superfluo enviársela original, lo cual aumentaría los gastos de correo.

La segunda carta estaba dirigida a mí y contenía la última voluntad del señor Stuers. Dice, entre otras cosas: "Escribid al Rey; recomendad a Su Majestad mi mujer y mis hijos. Decid que el sentimiento del honor nacional era todo en mi conducta".

La siguiente explicación mostrará claramente a Vuestra Excelencia la razón por la cual el señor Stuers quiso terminar este asunto, que era una bagatela pueril, con tanta insistencia, habiendo sido vanos para disuadirlo los esfuerzos de sus amigos inclusive los del señor Martigny, su testigo.

Hace largo tiempo venía yo temiendo un encuentro de esta índole; el señor Stuers, que poseía con mucha vivacidad y fuego gran susceptibilidad había ya manifestado frecuentemente su indignación ante la cobardía de muchos de los primeros personajes de aquí, por ejemplo, del encargado de Negocios de los Estados Unidos, coronel Watts, del edecán del vicepresidente y de otros, quienes se han dejado dar de latigazos y me había asegurado varias veces que si él se hallara en un caso semejante, probaría tener en las venas sangre holandesa. Además, Miranda, aunque está al servicio de Colombia, es inglés de nacimiento y el señor Stuers, que no era amigo de esa nación, no podía sufrir la pose y el tono altanero de los ingleses: Vuestra Excelencia habrá sin duda advertido estas disposiciones en la correspondencia privada del cónsul general.

El Gobierno aquí tomó inmediatamente todas las medidas para una investigación judicial; pero, a decir verdad, creo que sea solamente para justicarse ante el Gobierno de Su Majestad y que muy pronto no se hablará más de ello.

Creyendo que sería mejor mencionar este asunto lo menos posible, he hecho cuanto he podido para mantenerlo secreto. Me costó mucho hacer callar al redactor de *El Conductor*, periódico de la oposición, pues es enemigo personal del redactor de *El Constitucional*, hermano del oficial Miranda, y hasta que no haya visto *El Conductor* de esta tarde no sabré a qué atenerme. La *Gaceta de Colombia* habla del caso y lo deduce de las circunstancias conocidas. *El Constitucional* no ha dicho nada naturalmente.

Con mucho trabajo, y merced a la intercesión del Gobierno, los amigos del difunto y yo obtuvimos por fin del arzobispo el permiso para enterrar el cadáver en el nuevo cementerio, lo que se efectuó en la tarde del 19 de este mes, en presencia del cuerpo diplomático y de algunos amigos. El Libertador quería que los ministros y dos sacerdotes estuvieran presentes, pero no vinieron a causa de la lluvia. Ayer en la mañana tuvo lugar en la capilla de Nuestro Señor un gran servicio por el alma del difunto; yo había tenido cuidado de invitar a los ministros; el cuerpo diplomático entero y muchas otras personas asistieron.

El domingo me dio audiencia Su Excelencia el presidente; Su Excelencia me expresó sus sentimientos de pésame por lo que había sucedido y me dio la seguridad de la protección del Gobierno.

Creo, señor, haber cumplido con esto mi triste deber y pido perdón a Vuestra Excelencia si hay algo que no sea claro (en mi carta), pues debo confesar que me hallo aún muy impresionado por la muerte del Caballero de Stuers.

No me queda sino suplicar a Vuestra Excelencia que asegure a Su Majestad que haré todo para llenar mi deber, en la medida que me lo permitan mi inteligencia modesta y mi poca experiencia, de manera que el fallecimiento del cónsul general perjudique lo menos posible al servicio de Su Majestad.

Tomo al mismo tiempo la libertad de suplicar a Vuestra Excelencia me haga saber, tan pronto como pueda si, durante el período en que estaré encargado del Consulado General, recibiré una subvención extraordinaria. Espero que Vuestra Excelencia no tomará esta súplica como una prueba de egoísmo, pues puedo asegurarle que, si como vicecónsul me ha sido dable vivir modestamente en mi cuarto de mi sueldo, ahora me será imposible hacerlo. He tenido que alquilar una casa para instalar las oficinas, habiendo debido amueblar por lo menos una pieza para recibir al público. El Gobierno no da nada para gastos de oficina: Vuestra Excelencia no exigirá ciertamente que yo pague dichos gastos. Me he visto obligado a pedir prestado dinero a los señores Bunch & Cía. que, felizmente para mí, se han servido acordarme el crédito que mi conducta anterior merece.

Tengo el honor de ser con el más profundo respeto de Vuestra Excelencia obsecuente servidor.

El vicecónsul encargado del Consulado General de los Países Bajos en Colombia

R. F. van Lansberge.

A Su Excelencia el barón Verstolk van Soelen, etc. etc. etc.–La Haya.

***

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS–COPIA)

Viceconsulado de los Países Bajos.–Bogotá
Exh: 9 de febrero de 1828.–Nº 31.

Bogotá, 30 octubre de 1827.

Señor Ministro:

El señor R. F. van Lansberge, vicecónsul de los Países Bajos, residente en Bogotá, habiendo sido encargado de reemplazarme en mis funciones en caso de enfermedad, de ausencia o de muerte, tengo a honra avisarlo a Vuestra Excelencia, a fin de que las comunicaciones entre mi Gobierno y el suyo no sufran ninguna interrupción, si me encontrase en uno de los casos precitados.

Tengo a honra ser, etc.

De Stuers.

Por copia conforme.

El Vicecónsul,

R. F. van Lansberge.

Al señor Revenga, secretario de Estado, encargado del
Departamento de Negocios Extranjeros.–Bogotá.

Roma, noviembre de 1928.

PROYECTO INGLÉS CONTRA TIERRA FIRME[133]

En 1806 y 1807 sir Arthur Wellesley, futuro lord Wellington, recibió encargo de establecer varios planes de expedición contra las posesiones españolas, especialmente contra México. A principios de 1807 se le encomendó estudiar la posibilidad de emplear en Venezuela las tropas preparadas para atacar a Nueva España. El gobierno británico poseía hacía tiempos datos sobre Tierra Firme suministrados por Miranda; pero los esfuerzos de este para obtener cooperación efectiva de parte de Inglaterra redoblaron después del fracaso de la expedición a Coro. Era natural que, aceptado el principio de la intervención directa en el continente americano, quisiera el gabinete verificar los informes de Miranda, sobre todo desde el punto de vista puramente militar. Debe observarse que los móviles del gobierno británico no concordaban exactamente con los del Precursor: trataba este de libertar, mientras aquel buscaba conquistar. "El proyecto de conquista, escribía Miranda, es impopular e impracticable. La independencia, al contrario, recibirá la aprobación de todas las clases de la sociedad".

Publicamos en seguida la traducción castellana del memorándum sobre posibles operaciones en Venezuela, presentado por sir Arthur a consecuencia de sus conversaciones con sir James Cockburn, quien fue nombrado poco después gobernador de Curazao[134].

---

133 Publicado en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, enero-marzo de 1930.

134 El señor William Spence Robertson menciona este documento en su obra *Francisco de Miranda y la revolución de la América española.* (Traducción de Diego Mendoza, p. 259).

Por otra parte, el doctor Gil Fortoul relata[135] cómo sir James Cockburn, ya instalado en su gobernación, envió a mediados de 1808 emisarios a Caracas y Maracaibo, con el fin de adquirir informes fidedignos del estado de aquellas provincias. La curiosidad de sir James coincidía con los demás esfuerzos del gobierno británico para darse cuenta exacta de la situación de nuestro país en punto de defensa militar y de la repercusión que allí tenían los sucesos de Bayona.

Nos parece útil publicar también el texto completo castellano de los informes de Christie y de John Robertson, traducidos de la copia inglesa que tomamos en los archivos del Ministerio de la Guerra de Londres[136]. De estos documentos insertó el doctor Gil Fortoul, en su obra, sendos párrafos.

C. Parra Pérez.

Roma, octubre de 1929.

***

Hist. Mss. Comms.
Fortescue Mss.
IX. 40-44.
1807, 17 de febrero.
11, Harley Street.

SIR ARTHUR WELLESLEY A LORD GRENVILLE:

En una conversación que tuve hace algunos días con sir James Cockburn, me informó que el señor Windham contemplaba la idea de emplear las tropas que se destinan a servir en Nueva España en conquistar el reino de Tierra Firme, procediendo luego a darles ulterior destino; y que deseaba que yo considerase el asunto y le diera un memorándum sobre él. Incluyo la copia del que envié a sir James para que lo someta al señor Windham.

INCLUSO: MEMORÁNDUM. 15 de febrero de 1807.

---

135 *Historia constitucional de Venezuela*, tomo 19, p. 103.

136 Public Record Office.

***

Se ha sugerido que podría ser practicable emprender un ataque contra el reino de Tierra Firme con las tropas destinadas eventualmente a atacar a Nueva España, y que la operación en el primero de estos países podría ejecutarse antes de que llegara la estación, la cual es de lo más favorable para el servicio en el último de ellos.

Se recordará que, según el plan, el ataque contra Nueva España estaba preparado para principios de diciembre. Esta es la estación en la cual debería atacarse el reino de Tierra Firme. Las lluvias comienzan allí en mayo y terminan en noviembre y a pesar de que aquellas podrían no ser un obstáculo insuperable para la mera ocupación de la ciudad de Caracas, lo serían sin duda para la conquista del reino.

Las operaciones de las tropas, suponiendo que pudieran mantenerse en el campo, estarían necesariamente limitadas a las tierras altas, pues los territorios bajos de las riberas de los ríos se inundan durante la época lluviosa; y muy particularmente sería menester retardar hasta el mes de diciembre por lo menos cualquiera operación en el Orinoco. Este río comienza a hincharse en el mes de abril; desborda y cubre gran parte de caminos del país, y alcanza al nivel más alto en el mes de septiembre; entonces empieza a disminuir, llegando al nivel más bajo en el mes de febrero. Aparece por lo tanto que el mes de diciembre es el período más avanzado en que sería practicable sostener operaciones en el Orinoco.

Según este aspecto del asunto, yo juzgaría impracticable relacionar los ataques contra Tierra Firme y Nueva España, los cuales deben considerarse como enteramente distintos. Sin embargo, el gobierno puede creer deseable obtener la posesión del reino de Tierra Firme, y como he estudiado la cuestión, pido permiso para ofrecer a su consideración las observaciones siguientes:

Toda la población de los territorios que forman el gobierno del capitán general de Caracas, incluyendo la Guayana española y la isla de Santa Margarita, es inferior a 800.000 almas; de este número 150.000 son blancos, 200.000 esclavos, alrededor de 300.000 libertos negros o descendientes de ellos y el resto indios.

El gobierno de este territorio está dividido en cinco departamentos: el de la provincia de Venezuela en el centro; el de Maracaibo al oeste, el de Cumaná al este, el de Guayana al sur, y el de la isla de Santa Margarita al nordeste.

Hay en Venezuela un ejército formado de 6.558 hombres, de los cuales 918 de infantería regular, 900 de artillería, principalmente milicia, 150 de caballería

de milicia, 2.400 de infantería de milicia blanca, y el resto gente de color. En Maracaibo hay un cuerpo de 1.218 hombres, de los cuales 308 son de infantería regular, 100 de artillería negra, 450 de milicia blanca y el resto gente de color. En Cumaná hay 2.916 hombres de los cuales 221 de infantería regular, 450 de artillería, principalmente milicia, 175 de caballería de milicia, 1.080 de milicia blanca y el resto de gente de color. En Guayana hay 1.120 hombres, de los cuales 150 de infantería regular, 100 de artillería de milicia, 150 de caballería de milicia, 360 de infantería de milicia blanca, y el resto gente de color. En la isla de Santa Margarita hay 1.347 hombres de los cuales 77 son de infantería regular, 400 de artillería de milicia, 50 de caballería de milicia, 360 de infantería de milicia blanca y el resto gente de color. El total de las tropas es:

En Venezuela.....	6.558
” Maracaibo.....	1.218
” Cumaná.....	2.916
” Guayana.....	1.120
” Sta. Margarita.....	1.347
	13.159

Es posible que estos números no sean completos; pero los últimos sucesos en Buenos Aires demuestran que no deberíamos reposar enteramente sobre los informes que hemos recibido de la insuficiencia de los establecimientos militares españoles en América; y en esta parte de sus dominios, en particular, es probable que se hayan adoptado medidas para su defensa, como consecuencia de las tentativas hechas contra ellos por Miranda en el año pasado.

Atendiendo por lo tanto al estado de población de estos territorios, especialmente a la proporción que alguna de las grandes ciudades guarda con la población general del país, a la fuerza de los establecimientos militares detallados más arriba y a su probable estado de preparación, concibo que el ataque contra estas posesiones no debería hacerse con una fuerza inferior a 10.000 hombres, más la artillería. De este número 6.000 deberían ser de infantería británica, 1.400 de caballería británica, 2.600 de infantería negra.

El lugar de concentración para esta fuerza debería ser la isla de Barbados; Jamaica estaría demasiado lejos a sotavento. Sus operaciones deberían ser dirigidas, en primer término, a tomar posesión de toda la parte oriental de este territorio, de donde se tendría pronto el medio de reducir las partes occidentales. El plan según el cual yo propondría llevar a ejecución estas operaciones sería de dividir el ejército en tres cuerpos para efectuar sus ataques casi al mismo

tiempo. Un cuerpo de 5.000 hombres con un regimiento de caballería, para embestir La Guaira y la ciudad de Caracas; el otro formado de 2.500 hombres, con medio regimiento de caballería, para atacar a Cumaná; y el tercero, formado de 2.500 hombres, con medio regimiento de caballería, para subir por el Orinoco, ocupar cuantos puertos de ese río fuesen necesarios, a fin de asegurar su navegación y para tomar posesión de Santo Tomás, capital de la Guayana española, situada en Angostura. Después de su primer buen éxito, los movimientos de estos tres destacamentos serían desviados para comunicar unos con otros, por la posesión de Cumanacoa, La Concepción y cualesquiera otros puntos que fueren necesarios, y para la conquista de todo el territorio.

La principal dificultad de estas operaciones sería probablemente el desembarco en La Guaira; pero tengo poca duda de que este podría efectuarse sin sufrir gran pérdida material. No habría dificultad en desembarcar en Cumaná, sino que hay que atacar un pequeño fuerte, el cual no creo que sea de gran potencia.

Los vientos alisios soplan en el Orinoco con fuerza suficiente para permitir a un barco embestir la corriente; y no habría dificultad para cumplir los objetos propuestos para este destacamento.

Suministraré un plan circunstanciado para las operaciones de estos diferentes destacamentos, si el gobierno considerare oportuno atacar dichos territorios.

Imaginaria, en vista de la situación de estos territorios y del hecho de que gran parte de ellos se inundan anualmente, que no puedan ser sanos. Algunas partes son ciertamente malsanas; pero yo no sería capaz de indicar cuáles lo son menos.

A pesar de que ello está probablemente fuera de mi incumbencia, espero que se me excusará si discuto el plan de ataque de estos territorios y considero el sistema según el cual la organización de ellos debe hacerse.

No hay duda de que los territorios de la jurisdicción del capitán general de Caracas son los más fértiles del mundo y podrían convertirse en la colonia más valiosa que la Gran Bretaña o cualquiera otra nación haya poseído jamás[137]. Pero la Gran Bretaña no derivaría, en este momento, ningún beneficio adicional de ellos como mercado para sus manufacturas y producción. Como el número de habitantes no es muy grande, no existe comunicación muy fácil

[137] "... the most fertile in the world, and might turn out to be the most valuable colony that Great Britain or any other nation ever possessed".

entre estos territorios y otras partes de Sur América; y hay razones para creer que grandes cantidades de la producción británica son ya transportadas al reino de Tierra Firme por medio de neutrales y el tráfico de contrabando. El beneficio que se derivaría de la posesión de estos países, provendría de la extensión y mejoramiento de su cultivo, el cual, como el comercio de esclavos será abolido, no da esperanzas. Por este motivo consiguientemente la posesión de la colonia sería de poca ventaja positiva para la Gran Bretaña. Se necesitará en todo tiempo una gran fuerza para guardar la posesión de aquella; fuerza probablemente tan grande como la que se empleará para conquistarla. No puede caber duda de que los hábitos y prevenciones de los criollos nativos y de los españoles habitantes de Tierra Firme serán adversos al gobierno británico; y a consecuencia de la abolición del tráfico de esclavos, sus sentimientos no serán neutralizados por el beneficio y provecho que derivarían del empleo de capital británico y del aumento del número de brazos en el cultivo y mejoramiento de sus propiedades. Estoy, por consiguiente, convencido de que la ganancia que la Gran Bretaña deducirá de la posesión de esta colonia, en las presentes circunstancias, no compensará la pérdida que pueda sufrirse, el gasto en que se incurrirá para la conquista y la incomodidad de mantenerla.

Pero si no tomásemos posesión de estos territorios durante la guerra, tengo poca duda de que el gobierno francés se apoderará de ellos, después de la paz. Desde estos puntos de vista, la conquista de Tierra Firme se convierte en muy importante, como que envuelve la cuestión de abandonar al poder de Francia los medios de establecerse, en el país más fértil y más ventajosamente situado para el comercio que ninguno otro en Sur América[138].

El único modo que puedo sugerir para lograr este importante objeto, sin incurrir en el inconveniente de mantener en Tierra Firme una gran fuerza militar, sería establecer allí un gobierno independiente. Bien que todo dependa de los detalles de tal arreglo, no es este el momento de discutirlos; y solo observaré ahora en cuanto a este aspecto del asunto que, considerando la situación local de estos territorios, la probabilidad de que sean atacados y la fuerza de la potencia que podría atacarlos, el establecimiento de un gobierno independiente en ellos no ofrece la misma dificultad que en otras partes de los territorios españoles, respecto de los cuales esta cuestión ha sido considerada.

---

[138] "... the means of establishing herself in the most fertile, and the country most advantageously situated for commerce of any in South America".

***

War Office 1/100
pp. 179-183

Curazao, 19 de agosto de 1808.

J. CHRISTIE A SIR JAMES COCKBURN

Sir:

Conforme al mandato de Vuestra Excelencia, me apresuro a presentarle un bosquejo de algunas circunstancias relativas a la parte de Tierra Firme que, siguiendo sus órdenes, visité últimamente.

Encuentro que poco más o menos desde el grado 70 de longitud oeste, comenzando en el golfo de Venezuela con el estrecho y el lago de Maracaibo al este, hasta el río Orinoco en el oeste, el conjunto de la inmensa extensión del país intermedio puede denominarse Caracas. Las varias provincias que componen esta vasta región, es decir, Venezuela, Maracaibo, Barinas, Cumaná, Guayana y la isla de Margarita, etc., eran hasta hace muy recientemente tan poco conocidas del mundo político como las más inaccesibles partes de China. La ciudad de Caracas, capital y asiento del gobierno del país entero, está situada alrededor de catorce millas inglesas del mar, donde su puerto comercial es La Guaira, la cual es una rada abierta para los navíos extremadamente expuesta a un pesado oleaje, que causa tan gran marejada que no es raro que la comunicación de aquellos con la costa sea por completo interrumpida durante cinco o seis días sucesivamente. La ciudad de Caracas es un cuadrado de cerca de diez millas de extensión, entre dos montañas de la gran cadena que va paralela al mar de Coro a Cumaná. El valle –que está abundantemente regado por cuatro ríos pequeños– presenta la apariencia de un estanque en medio de aquellas estupendas montañas que tienen sus cimas muy sobre las nubes. El clima no es el que pudiera esperarse de su latitud que es muy poco más de diez grados del ecuador. Por el contrario, sus habitantes gozan de una especie de primavera eterna; el aire y las aguas son puros y frescos; y las frutas, duraznos, fresas, etc. son como las de Europa. Esto se explica por su grande elevación: Caracas se yergue a casi quinientas toesas sobre el nivel del mar. La población de la ciudad se calcula, poco más o menos, en 45.000 almas, de las cuales cerca de 1.400 son nativos de la vieja España, principalmente mercaderes o capitalistas, quienes aunque no son ardientes por la causa de la independencia, seguirían su bandera, según todo lo que he oído. Los funcionarios que dirigen los departamentos civil

y militar son numerosos. Supongo que no hay menos de quinientos, los cuales por miedo de perder sus puestos procuran moderar los deseos de la masa de los habitantes nativos del país, quienes en caso de que Francia conquiste a España están decididamente por la independencia. Pero tienen entusiasmo por la causa de Fernando, por la que irían a cualquier parte, y en caso de muerte de Fernando, en mi opinión, este entusiasmo podría conservarse vivo y para la Gran Bretaña de lo más ventajosamente dirigido, con solo darles presencia de cualquier otro miembro de la familia de Borbón. La milicia, los hacendados y otros claman aún por una declaración de independencia, con protección británica.

Aunque una fuerza francesa podría tal vez lograr tomar posesión de ciertos puntos de la costa –como Cumaná, Barcelona, Coro, etc. y aun La Guaira– no creo que haría nada que fuese huella decidida en el interior, si se considera el aspecto del país y los hombres en armas, que calculo montan a:

Hombres	
Regulares (incluyendo ingenieros, artillería, etc.)	2.000
Diez regimientos de milicia en el vecindario de la ciudad y movilizablesen 24 horas	9.000
Del interior, movilizables en una semana	20.000
	31.000

Además de estos, tómense en consideración los numerosos indios esparcidos, muy expertos en el uso de las armas de fuego, enteramente gobernados por los curas y de esta suerte adictos a los españoles de Caracas.

El país está situado en toda su extensión sobre el océano Atlántico y defendido por una inmensa cordillera de montañas, a insignificante distancia del mar; solo los pequeños valles entre ellas están cultivados. Los pasos de estos valles hacia el interior son todos en extremo difíciles –indescriptiblemente en algunos puntos– y de tan vario modo dominados que es incuestionable que una fuerza muy pequeña, irregular y dispersa sería capaz de defenderlos contra un número muy superior, el cual, a cada paso que avanzase, se vería expuesto durante muchas millas sucesivas al fuego de un enemigo invisible. Puede ser oportuno observar que los hombres de la milicia son bien formados, fuertes, musculosos y al contrario de lo que podría esperarse del clima poseen toda la vida y actividad de los montañeses del Norte. Están, además, muy familiarizados con los caminos. Sus oficiales, en general, y particularmente los subalternos, son hombres jóvenes como los descritos; pero los jefes y de altos mandos, con pocas

excepciones, están inhabilitados. El sentimiento general, a través de este país tan extenso e interesante, es de completa confianza en su propia fuerza interior, y realmente nada parece faltarle como no sea una fuerza naval protectora y la ayuda de algunos oficiales conductores.

Vuestra Excelencia querrá, espero, ver con indulgencia este relato imperfecto, que es el resultado de información obtenida y de observación durante corta residencia de solo cinco días en Caracas.

Tengo la honra de ser, sir, de Vuestra Excelencia muy obediente y humilde servidor.

J. Christie.
Ayudante de Campo.

A Su Excelencia sir James Cockburn,
Baronet, gobernador de Curazao, etc. etc.

***

War Office 1/000.
pp. 203-209.

Curazao, 2 de agosto de 1808.

JOHN ROBERTSON A SIR JAMES COCKBURN

INFORME

La provincia de Maracaibo, por su situación ventajosa y contigua al Virreinato de Santa Fe y al Gobierno de Río de la Hacha, con los cuales tiene muchas relaciones, mantenidas con gran facilidad a través de varios ríos que comunican con la ciudad capital de la provincia (llamada también Maracaibo), se señala como más apropiada que cualquiera otra de las colonias de España para vasto ensanche de la manufactura británica y de los productos de la India Oriental. Su fácil comunicación, en todo tiempo, con la isla de Curazao haría de esta un emporio para el aumento del comercio británico con las más ricas colonias del Nuevo Mundo.

El cálculo más moderado que oí durante mi corta residencia allí es que si el comercio fuese alentado, podrían (los maracaiberos) cargar anualmente con facilidad DOS MIL BARCOS DE TRESCIENTAS TONELADAS cada uno.

Aunque el calor es excesivo, es muy sano y no hay ejemplos de enfermedades epidémicas.

La temprana costumbre que los habitantes de Maracaibo contraen, desde la infancia, de navegar en su gran lago y ríos les inclina mucho a convertirse en marinos. Sea en cortos o en largos viajes, a bordo de barcos mercantes o en navíos de guerra, han mantenido uniformemente su alta reputación. Fui informado de fuente creíble que en este momento tres navíos de línea de primera clase podrían ser fácilmente tripulados en Maracaibo. Ciertamente, ningunos marinos podrían adaptarse tan bien al servicio de las Indias Occidentales como los nativos de esta colonia y su incorporación en la marina británica produciría beneficios esenciales, en este lugar, para ambos pueblos.

A juzgar por lo que pude cerciorarme, aquellos aceptarían voluntariamente cierta proporción de oficiales británicos de todo rango, o servirían bajo estos, siempre que dichos oficiales fueran de religión romana y que fueran promovidos por servir en las colonias españolas solo a un grado más alto que el que actualmente tengan en el servicio británico. La misma observación se aplica también a su ejército. Se dan muy bien cuenta de que ni su ejército ni su marina pueden recuperar su reputación perdida hace largo tiempo, sin la cooperación de oficiales capaces, y respetan altamente el carácter de los británicos.

La madera para navíos producida en la provincia de Maracaibo se estima superior a cualquiera otra y puede tenerse en grandes cantidades. Allí se han construido excelentes bajeles, lo cual ofrece muchas ventajas.

El cacao y el café de esta provincia se consideran de calidad superior, a tal punto que frecuentemente se les exporta a otras de sus colonias (de España) que producen los mismos artículos.

Todas las clases de habitantes están muy ansiosas de una estrecha e íntima unión con la Gran Bretaña; pero no se resignarían de buena gana *a depender de ella*[139].

A menos que uno de los Borbones reinase en España, desearían independizarse. El sentimiento predominante parece ser que preferirían constituirse en soberanía independiente bajo alguno de la raza de sus antiguos principios.

El nombre de Miranda es generalmente aborrecido y detestado.

Los habitantes parecen ahora muy descontentos de la administración religiosa de su gobierno.

---

[139] "... but would not readily submit to being DEPENDANT thereon".

Habiendo los dos oficiales navales más viejos de Maracaibo, servido con frecuencia conjuntamente con los ingleses, los encontré no solo despojados de ideas preconcebidas, sino también muy adictos y dispuestos a entrar en relación. No se menciona a los franceses, sino en términos de execración, y parece evidente que la cordialidad no existió jamás ni puede existir entre los dos pueblos, al menos en este lugar.

La ciudad de Maracaibo tiene alrededor de 25.000 habitantes.

Su fuerza militar (actualmente en servicio), incluyendo artillería, tropas de línea y milicia, blancos y gentes de color, sube a cerca de 2.000; pero los habitantes están todos disciplinados como para servir en la milicia cuando se les llame. Ahora están muy necesitados (tengo razones para creerlo) de armas y municiones.

A mi llegada los hallé absolutamente ignorantes del estado de España. Habían recibido algunos relatos indirectos y no comprobados de que Fernando era rey, a consecuencia de la abdicación de su padre, pero no sabían nada de los acontecimientos subsiguientes.

Parecieron muy complacidos, tanto de la comunicación de estos sucesos por Vuestra Excelencia, como de la manera con que tuvo a bien participárselos, y estoy enteramente persuadido de que de ese modo se ha establecido tanta confianza que debe inevitablemente producir las mayores consecuencias benéficas, de lo cual se tendrá prueba de muy amplia manera.

El gobernador de Maracaibo no perdió tiempo en comunicarse con el virrey de Santa Fe y con los demás gobiernos de su vecindad.

La primera impresión producida por el importante mensaje de Vuestra Excelencia, para enviar la misión a Maracaibo, se ha hecho ahora general y debe llevar el más feliz resultado.

La brevedad del tiempo me servirá de excusa, espero, si presento a Vuestra Excelencia un informe tan incompleto sobre tan importantes asuntos.

John Robertson.
Secretario.

A Su Excelencia sir James Cockburn, Bt. Gobernador y comandante en jefe, etc., etc., etc.

SOBRE INDEPENDENCIA DE MÉXICO[140]

Entre los extranjeros que durante el siglo XVIII concibieron el proyecto de provocar disturbios en las colonias españolas de América, guiados por el deseo de independizarlas de la Madre Patria y, sobre todo, de crearse en alguna de aquellas situaciones personales, menciónase a un hidalgo francés, llamado d'Aubarède, el mismo que figura bajo el nombre de Aubarde en el libro del señor W. S. Robertson, o al menos en su traducción española, que tenemos a la vista[141].

Los planes de d'Aubarède, que remontan a 1766, se referían a México y los conocemos por la comunicación que, catorce años después, dio de ellos a John Dalling, gobernador de Jamaica, el suizo Francisco Luis Cardinaux. No sabemos que hayan sido publicados íntegramente los documentos relativos a este asunto, cuya copia tomamos en los archivos ingleses para nuestra colección particular[142] y cuya traducción al castellano se inserta en seguida.

Solo los especialistas de la historia mexicana podrían fijar el interés que convenga acordar a estos papeles y decir si fueron efectivos los tratos de los colonos del Virreinato con el noble francés.

---

[140] Publicado en *El Nuevo Diario*, Caracas, 22 de junio de 1932, con el siguiente suelto introductivo: "Nuestro distinguido colaborador el doctor Caracciolo Parra Pérez, incansable y afortunado huésped de los archivos europeos, para todo lo referente a los orígenes de las Repúblicas latinoamericanas, nos envía el artículo y documentos que insertamos en seguida acerca de la independencia de México. Gracias y aplauso al celebrado autor de *Miranda y la Revolución Francesa* y de tanta obra histórica de positivo mérito".

[141] *Francisco de Miranda y la revolución de la América española*. Traducción de Diego Mendoza. Bogotá.

[142] Colonial Office, 137-177, Londres.

Nunca pudimos, durante nuestra larga permanencia en Suiza, hallar trazas de la persona de Cardinaux, ni oímos citar este apellido entre los de las familias notables de aquel país. Por tal razón es imposible dar aquí luz alguna sobre el oficial que, al servicio de Francia y hecho prisionero de guerra en las Antillas, solicitaba alistarse en las filas inglesas y pedía el nombramiento de capitán del real cuerpo de Voluntarios de Jamaica, en el cual abundaban sus compatriotas.

Pero si nada sabemos de Cardinaux, podemos, en cambio, abrir el proceso de identificación de d'Aubarède. Miranda cita incidentalmente un individuo de este nombre, con las siguientes palabras: "William Claud (¿Claudio?), marqués d'Aubarède, hasta ahora coronel al servicio de Francia, caballero de San Luis y comandante de la ciudad y ciudadela de Belfort, en Alsacia"[143]. Aquel nombre coincide evidentemente con el llevado por el gentilhombre del memorándum remitido a Dalling y sin duda se trata del mismo personaje. El Precursor estaba siempre al corriente de cuanto se refería a América y es probable que tuviese noticia de los proyectos en cuestión por los ingleses, o quizá por el propio Cardinaux, durante su estada en Jamaica, adonde fue en 1782 con misión de las autoridades españolas de Cuba. Habría que determinar si la mención que se encuentra en los papeles del general fue escrita entonces o más tarde, cuando, en 1786, este efectuó su primer viaje a Francia. Según vemos en el *Diccionario de la nobleza* por Le Chenaye-du-Bois[144] el último d'Aubarède murió sin posteridad en septiembre de 1782. Llamábase Luis d'Astorg, caballero, conde d'Aubarède y había sido mariscal de campo y teniente general; asistió a muchos sitios y batallas en Bohemia, Italia y Alemania, distinguiéndose particularmente en el combate de Dettingen en 1743 y en Génova y Puerto Mahón, por 1744. Durante este último año casó con María Luisa de Boufflers, habiendo el rey Luis XV y varios príncipes de la familia real firmado el contrato de matrimonio. Los d'Astorg pretendían ser la rama mayor de la casa de Gramont[145].

---

143 *Negociaciones*, vol. I.

144 V. I, pp. 893-894, 1863.

145 *Memorias de Sourches*, II, 210 N° 5 XII, 170 N° 3.

Una búsqueda en los archivos del Ministerio de la Guerra de París, que hasta hoy no hemos tenido oportunidad de verificar, aclararía las cosas, pues allí debe de existir el expediente d'Aubarède. El mayor interés que ofrecen los papeles de Miranda consiste en que cualquiera de sus notas, por insignificante que parezca, abre a quien sabe leerla variadísimas perspectivas de investigación histórica. Debido al patriotismo ilustrado del gobierno nacional y al meritorio empeño del doctor Vicente Dávila, el público tendrá a su disposición, antes de mucho tiempo, todo el Archivo en su texto fiel y desnudo. De la utilidad que presentan los tomos aparecidos en esa forma, puede deducirse lo que vendría a ser una edición crítica y anotada, trabajo inmenso y enciclopédico, suficiente para ocupar durante algunos años a media docena de eruditos y especialistas y del cual resultaría sin duda una de las obras más considerables de la literatura histórica universal. Fue con tal fin que, al remitir aquellos documentos a Caracas, sugerimos, sin buen éxito, la creación de una Sociedad de Estudios Mirandinos.

Volviendo a nuestro asunto, agregamos que, en cuanto a su fondo, habría también necesidad de consultar los archivos ingleses de la época de lord Shelburne, para establecer el verdadero alcance de los proyectos de d'Aubarède y la importancia que les dio el gobierno británico.

Quiere, por último, el traductor declarar que, en general, no comparte las apreciaciones sobre el régimen colonial español que contienen las piezas que hoy publica.

Roma, mayo de 1932.

C. Parra Pérez.

***

DOCUMENTOS

Jamaica, 26 de marzo de 1780.

Señoría:

Tomo la libertad de transmitir adjunto a Vuestra Señoría un documento de carácter particularmente extraño. Tal vez estimaréis que las aserciones que contiene merecen examen atento y, si son fundadas, que hay lugar a realizar hoy lo que entonces estaba proyectado.

Tengo el honor de etc.

(Firmado) *Frans-Louis Cardinaux.*

A Su Excelencia el mayor general John Dalling,
capitán general, gobernador y comandante en jefe.

***

El 26 de febrero de 1780.

A Su Excelencia el Gobernador Dalling.

Excelencia:

No obstante mi desilusión al ver incumplida la promesa que se me hiciera de nombrarme Capitán en el Real Cuerpo de Voluntarios de Jamaica (Royal Jamaica Volunteers), a causa de haberse rehusado el ingreso en su seno de prisioneros franceses, no por ello dejo de quedar vuestro más reconocido servidor, debiendo a Vuestra Excelencia la mayor gratitud por la acogida benévola y diligente dispensada a mi petición. Confieso que la ocasión que se me presentaba había despertado en mí el deseo de reanudar mis servicios en el ejército, donde la experiencia práctica del arte militar, adquirida al principio de mi vida, me habría permitido cumplir mi deber con celo y valor; y seguramente hubiese hecho cuanto de mí dependiera para merecerme un poco de esa estima que (por lo que sé) Vuestra Excelencia concede a los oficiales de su regimiento, que son compatriotas míos (Suizos).

Habiendo aceptado, mi honorable amigo M. William Gray, llevaros este mensaje, he unido a mi carta unas observaciones, que someto a vuestro examen;

no me había sido posible presentároslas cuando V. E. me hizo el honor de concederme una audiencia por el poco tiempo de que disponía, o más bien a causa de la insuficiencia de mis medios. Y por otra parte, siendo esas observaciones de naturaleza particularmente confidencial, Vuestra Excelencia es la única persona a quien las comunico, y podía comunicarlas.

Asegurándola de mi profundo respeto, tengo el honor de ser de Vuestra Excelencia muy humilde y muy obediente servidor.

(Firmado) *Frans-Louis Cardinaux.*

A Su Excelencia el mayor general John Dalling,
capitán general, gobernador y comandante en jefe.

***

OBSERVACIONES SOBRE LA MANERA DE FAVORECER UNA SUBLEVACIÓN GENERAL EN EL IMPERIO MEXICANO

Es un hecho harto conocido que los primeros conquistadores del Imperio Mexicano fueron Hernán Cortés y sus partidarios, quienes emprendieron y terminaron aquella heroica expedición con sus propios medios, sin recibir ayuda de ninguna especie del rey de España. Sin embargo, el arbitrario régimen político de la corte de España ha permitido que los herederos de aquellos valientes aventureros fuesen despojados de todos los empleos en el país mismo que conquistaran, y que consideran, con razón, como la justa retribución de sus hazañas. A esos españoles nacidos en México se les ha prohibido el acceso a todos los empleos militares, a los puestos de la magistratura y de la hacienda, y a los de las dignidades eclesiásticas; y sin embargo, se les considera universalmente más inteligentes, más valientes, más diligentes y más activos que los españoles de Europa; además tienen en mano todos los intereses territoriales de aquel vasto imperio. Hay actualmente en el país mas de 3.000.000 de españoles de México; los indígenas, que se calcula sean unos 5.000.000, son ahora los vasallos de esos españoles de México, y comparten plenamente el odio implacable hacia los españoles de Europa. Estos llegan cada año en gran número a Vera Cruz, y de ahí se reparten por todo el imperio; utilizan las diversas funciones que ejercen para despojar y tiranizar a los habitantes; de esta manera hacen rápidamente fortuna en pocos años y vuelven a España, cargados de riquezas, pero únicamente para ceder el puesto a otros tiranos igualmente crueles e igualmente rapaces.

En 1766 Guillaume Claude, marques d'Aubarède, a la sazón coronel en el ejército francés, Caballero de la Orden real y militar de San Luis, fue a Madrid, especialmente recomendado por la corte de Francia, para solicitar el puesto de gobernador de Nueva Orleans, a orillas del Mississippi, puesto que le había sido prometido; pero, después de haberlo empleado largo tiempo en el servicio de la colonia, la corte de Madrid faltó a su promesa y colocó otro funcionario al frente de aquel gobierno.

En estos momentos, una diputación compuesta por varios personajes de México, ricos y distinguidos, se presentó en la corte de Madrid para quejarse al rey de las intolerables vejaciones, medidas de violencia y crueldades, usadas por los gobernadores españoles de México con los habitantes, y pedía que se pusiera remedio a esa situación; pero el rey, gobernado por sus ministros, rechazó la queja y les despidió. Muy resentidos quedaron los enviados, y habiendo sabido la decepción sufrida por el gentilhombre, al que nos referimos más arriba (estaba igualmente muy ofendido y muy irritado con la corte de España), le fueron a visitar y le declararon que los mexicanos, víctimas de intolerables sufrimientos, estaban dispuestos a sacudir el yugo español, y esperaban la ocasión favorable para romper sus cadenas. Los jefes de la diputación propusieron, pues, al marqués d'Aubarède un plan que tenía por objeto desposeer a los españoles de esa fuente de riquezas y de comercio. Al efecto, fueron consultados cierto número de jesuitas de los más influyentes, que habían sido expulsados de España; tuvieron lugar numerosas reuniones durante las cuales el marqués tuvo las pruebas más convincentes y mejor fundadas de que todo el pueblo de México estaba dispuesto a sublevarse y a colocarse bajo la protección del gobierno británico, si era posible adoptar un plan favorable.

Así informado de esos sentimientos, el marqués d'Aubarède concluyó solemnemente un acuerdo con un importante grupo de muy ardientes patriotas y de personajes sumamente ricos, que gozaban de una gran influencia en aquellos vastos territorios; después de varias deliberaciones y de un atento examen, el acuerdo fue establecido en los términos más rigurosos y más formales.

Los jefes se comprometían:

1º–a entregar a Su Majestad Británica la ciudad de Vera Cruz y la isla de San Juan de Ulloa;

2º–a no recibir directamente o indirectamente mercancías que no fueran las traídas por barcos ingleses al puerto de Vera Cruz, que es la llave de México;

3º–a prestarle a Inglaterra, inmediatamente después de la revolución, la suma de 20.000.000 de libras esterlinas, al interés de 3%, suma que las instituciones

religiosas (que, por otra parte, eran los principales agentes de la sublevación) prometían procurar por sí solas;

4º–se empeñaban, además, si Inglaterra quedaba implicada en una guerra por causa de México, a suscitar como diversivo, una sublevación semejante en el Perú y Chile; se habían concentrado y puesto de acuerdo sobre este punto, estimando muy fácil la ejecución de ese plan, porque no podían entenderse con parientes y amigos, igualmente numerosos en los dos países; además considerando que la corte de España sabía perfectamente que todas sus fuerzas combinadas no podían someter esos vastos imperios el día que se sublevaran, pensaban que no trataría de recuperar a Vera Cruz o México, resignándose tácitamente a perderlos, y contentándose con la posesión del Perú y de Chile. Se crearía una República a favor de los habitantes de México, cuyo territorio tiene 1.500 millas de longitud, y una anchura de más o menos igual; el gobierno británico debía apoyar la revolución y dispensar su protección a la República imperial de México, garantizando su territorio, y dejando a los habitantes la posesión de sus bienes, así como también su propia forma de gobierno y el libre ejercicio de su religión; los ingleses no ocuparían territorio más allá de Vera Cruz. Se convino igualmente que las regiones de Orizaba, Jalapa y Córdoba, que son un pasaje de Vera Cruz a México, se constituirían en Estado soberano, atribuido al marqués d'Aubarède, para establecer una frontera política y religiosa entre los ingleses de Vera Cruz y los súbditos de la República. Este territorio tiene una longitud y una anchura de cerca de 100 millas; Orizaba debía ser el centro de las relaciones comerciales entre México y Vera Cruz; los mexicanos traerían allí su dinero y los ingleses sus mercancías de Vera Cruz. Este tráfico, según una razonable tasación establecida y aprobada por el gobierno inglés –como se ha indicado más arriba– le produciría a Inglaterra por lo menos 15.000.000 de libras esterlinas por año, en oro, plata y mercancías preciosas; a esa cifra habría que añadir por lo menos 8.000.000 de libras, procuradas por la región costera del Perú en cambio de las diversas mercancías destinadas a ese país; los mexicanos cuidarían de proveer de mercancías sus depósitos de Acapulco, adonde los peruanos vendrían a buscarlas en todo momento, sin riesgo ni peligro, a despecho de la corte de Madrid.

El marques d'Aubarède, debidamente autorizado al efecto, fue a Inglaterra para decidir con el gobierno británico sobre cuáles serían las medidas más eficaces para llevar a ejecución el proyecto. Se sometió el plan entero al examen de la administración, se enviaron correos urgentes a Madrid, París, Venecia y Roma, para obtener todos los datos necesarios, y, después de varios meses de deliberaciones, durante los cuales se estudiaron cuidadosamente todas las circunstancias y se examinaron en detalle las pruebas, el plan fue aceptado por el

conde de Shelburne, a la sazón secretario de Estado, siendo el asunto de su competencia. El conde de Shelburne estaba dispuesto a llevar a cabo la empresa, lo más pronto posible; y hasta la realización de ese plan, se le atribuiría al marqués d'Aubarède una anualidad –o pensión– de 500 libras esterlinas (posteriormente le fue entregada durante varios años). El conde de Rochford, su secretario de embajada, el caballero sir Stanley Porten, y M. Laughlin Mac Lean, secretario del conde de Shelburne participaron a esa importante empresa. La expedición debía componerse de cinco barcos de guerra, de un número suficiente de tropas, y del material necesario para ocupar la ciudad de Vera Cruz y la isla de San Juan de Ulloa cuando hubiesen sido entregadas. El lugar indicado para la cita, la hora señalada, o aproximadamente, era un punto preciso de la costa del golfo de México, en donde una señal especial, les permitiría reconocerse; la revolución debía estallar al mismo tiempo en todo el Imperio Mexicano. Desgraciadamente, sea que el marqués d'Aubarède comunicara el proyecto a personas que no hubiesen debido ser informadas (y es la hipótesis más probable), o sea por otra razón, el príncipe de Masserano tuvo noticias del asunto, y, de acuerdo con el embajador de Francia, dirigió severas amonestaciones a la administración, quejándose de esos procedimientos que podían causar alarma en un momento en que reinaba una profunda paz. El conde de Shelburne fue despedido y sustituido por lord Weymouth, que por razones de orden político se vio pronto en la obligación de desaprobar aquellas transacciones, y poco tiempo después el ministerio concluyó una convención con la corte de España.

Así terminaron esos importantes proyectos. Digamos más bien que están siempre en estado latente desde 1771; en cuanto a saber si el gobierno juzga oportuno renovar actualmente esa tentativa, nadie mejor que Vuestra Excelencia puede estar informado de sus intenciones. Es un hecho asaz conocido que, a pesar de su expulsión general de todas las colonias españolas, la mayor parte de los jesuitas, por no decir todos, que estaban antes establecidos en el Imperio Mexicano, han permanecido en él protegidos por el hábito regular o seglar, y siguen siendo los principales directores espirituales de los personajes más ricos y de las familias más distinguidas. Todo se puede esperar de una clase de gente que posee un conocimiento profundo de la política, está disgustada con la corte de España y tiene la ambición de restaurar su primitivo esplendor. A estos jesuitas hay que añadir las demás órdenes de los innumerables eclesiásticos que, con excepción de los dignatarios y de algunos irlandeses, son casi todos hijos de españoles de México y de indígenas, y respiran con la masa del pueblo ese universal espíritu de rebeldía, esperando la ocasión favorable para darle curso.

Animado por el deseo de servir al mejor de los príncipes y movido por mi inalterable afecto hacia la nación inglesa, he pedido un puesto de capitán en el

Real Cuerpo de Voluntarios de Jamaica; Vuestra Excelencia me lo había prometido dándome su autorización, con arreglo a la disposición establecida; además Vuestra Excelencia me había autorizado a reclutar prisioneros franceses, en vez de otros reclutas, no disponiendo yo del tiempo necesario. No hay duda que esos prisioneros franceses hubiesen enteramente cumplido con su deber cuando se les hubiera incorporado en distintas compañías. Me proponía elegir uno de ellos como criado (a condición de que fuese católico romano); tenía la intención de ir al primer convento de capuchinos o de otra orden monástica, para que ese criado tuviese la ocasión de confesarse, esperando que finalmente él podría dar a entender que uno o varios oficiales de su cuerpo deseaban tener una entrevista secreta con el prior o con el superior; a lo que suponemos, los monjes de la misma orden, residentes en la ciudad de México, hubiesen tenido conocimiento del resultado de la entrevista y hubieran naturalmente dispuesto que una diputación procediera a una encuesta detallada sobre el fondo del asunto.

Si Vuestra Excelencia cree útil, para el servicio de Su Majestad, ordenar una nueva expedición secreta, la que se dirigiría hacia una de las costas de México, para ocupar una plaza fuerte, el proyecto antes expuesto podría fácilmente restablecerse; pero Vuestra Excelencia debería comprometerse a proteger (en la medida que lo permitieran las operaciones militares) las iglesias y las instituciones religiosas, y a colocar guardias en los conventos de monjas. Estas marcas de deferencia inspirarían confianza al clero, que ejerce un imperio absoluto sobre ese fanático pueblo, y facilitarían la ejecución de ese grandioso plan, cuya realización permitiría a nuestro muy gracioso Soberano imponer la paz a sus poderosos enemigos, desarrollar el comercio nacional, y obligar a los americanos del Norte, desilusionados, a reconstituir la unión con la Gran Bretaña, haciendo, en fin, ilustre el nombre de Vuestra Excelencia en la historia de su país[146].

---

[146] Muchos meses después de publicado lo anterior y releyendo el libro *Napoleón y la independencia de América*, de nuestro compatriota Carlos A. Villanueva, dimos con una referencia a los proyectos del marqués d'Aubarède quien, se dice allí, estuvo prisionero en la Bastilla antes de ir a España "en busca de aventuras". Villanueva no cita estos documentos y apunta ciertas circunstancias que no aparecen en ellos, por lo cual se ve que su información proviene solo de los archivos franceses que consultó (páginas 19, en nota, y 26-27). El licenciado Isidro Fabela, en su obra *Los precursores de la diplomacia mexicana*, parafrasea a aquel historiógrafo, según puede verse en el folleto Nº 20 del *Archivo Histórico Diplomático Mexicano.*
En el tomo XV del *Archivo del General Miranda*, publicado en 1938, páginas 5 a 27, está reproducido un folleto en inglés, sin pie de imprenta, relativo al "Proyecto singular del Marqués d'Aubarède, sobre formar una República en México por los años de 1770". A juzgar por la hoja de servicios allí inserta, el Guillaume Claude citado por Miranda, distinto de Louis d'Astorg, conde d'Aubarède, es indiscutiblemente nuestro personaje. Lord Shelburne le hizo ciertas promesas que no fueron cumplidas, entre otras la de una pensión de doscientas libras esterlinas. Algunos períodos de la exposición de Cardinaux al gobernador Dalling están tomados textualmente de la publicación de d'Aubarède. (Nota de 1942).

RESPUESTA AL DOCTOR GIL FORTOUL[147]

[147] Al dar cuenta de la aparición del libro *El régimen español en Venezuela*, el doctor José Gil Fortoul escribió en *El Nuevo Diario*, de Caracas, número de 13 de marzo de 1933:

"NOTAS RÁPIDAS.–Por el nombre del autor, por las relaciones intelectuales que venimos cultivando desde que él empezó a escribir y por el asunto mismo, leo con interés el libro cuyo título acabo de transcribir. Parra-Pérez figura entre los más distinguidos venezolanos a quienes atraen las cuestiones de historia patria y ha publicado obras tan valiosas como su *Miranda y la Revolución Francesa*, que bastaría para asegurarle merecido renombre.

"Lo dicho me permitirá apuntar algunos reparos, que tal vez resulten justificados y oportunos. En trece cortos capítulos, Parra-Pérez resume los conocidos datos que se encuentran en historias y recopilaciones sobre el estado social, intelectual, económico, político de la Colonia. Labor útil, pero ¿con qué propósito? No con el propósito de escribir historia propiamente dicha. Antes con el fin de sostener una tesis. En el capítulo XIV, que es el último y se titula 'Deducciones', advierte (p. 263) 'No pretendemos, *lejos de ello* (¡) *irradiar luz* (!) sobre los siglos coloniales. Pero este libro, escrito *deliberadamente en estilo polémico* y que tal vez algunos calificarán de *agresivo* quiere responder, con datos ciertos y conocidos, a varias cuestiones planteadas a propósito del régimen español en el país, y en tal sentido representa una contribución a la tarea de desvanecer las *tinieblas* que por la voluntad de los hombres o en virtud de ciertas doctrinas cubren aún *para todo nuestro pueblo* el período de su formación, hasta el momento en que se declaró independiente de la metrópoli.

"De suerte que, para el autor, en nada ha contribuido todo el secular trabajo de historiadores y recopiladores (que traen los mismos datos) al conocimiento de los siglos coloniales... Pasemos: cualquiera, si le agrada, puede emplear sus horas en descubrir la luna o inventar la pólvora o divertirse con el huevo de Colón... Lo que intento aquí es señalar una tesis que me parece insostenible, y, peor todavía, polvorientamente anticuada en los presentes tiempos de crítica científica.

"Durante la guerra internacional de Independencia y en los primeros años de la República, lógico fue que los patriotas venezolanos (aunque lo propio se pudiera decir de los demás patriotas indiohispanoamericanos, prefiero limitarme a mi tierra) lógico fue que pintasen el régimen español como despotismo absolutamente detestable y modelo de atraso en todo sentido. Porque la urgente necesidad de entonces era insuflar de cualquier modo a la clase inferior, la idea y el sentimiento de patria modernizada, autónoma, desligada de dominaciones extranjeras. El Libertador, que sin embargo veía más alto y lejos que la muchedumbre de sus contemporáneos, empleó también a veces un lenguaje violentamente exagerado; pero siempre, sobre todo en los años de 1820 y 21 (cuando ya había triunfado en Nueva Granada, e iba a triunfar en Venezuela, y se preparaba a triunfar definitivamente en Ecuador y Perú) se mostró deseoso de una reconciliación con España, a condición, por supuesto, de que la antigua metrópoli reconociese sin reservas la soberanía absoluta de los nuevos Estados...

"Ahora, ciertos polemistas pretenden, por irreflexivo espíritu de reacción, popularizar la tesis histórica contraria; que el régimen colonial fue casi perfecto, entre varias razones porque otras

Los amigos del doctor Gil Fortoul, que somos muchos, y sus adversarios, que son algunos, admiran todos en tan eminente compatriota no solo la elevada y dinámica inteligencia y la cultura vastísima sino también la generosidad, notable por rara en hombre de letras y que él parece conciliar sin inconveniente, como perfecto deportista que es, con

---

potencias europeas colonizadoras no hicieron nada (?) mejor. Pero, si las cosas iban tan buenas en Hispanoamérica, ¿a qué la Independencia? ¿para qué nació el Libertador? ¿por qué nos convertimos en República? Preferible hubiera sido continuar gobernados por algún cualquier representante de Carlos IV y Fernando VII, y olvidar también que en la misma España estalló otra revolución republicana. Desgraciadamente para España su revolución fracasó, cuando afortunadamente para las antiguas colonias la revolución libertadora venía triunfando en todas las Indias Occidentales...

"Aquellas dos tesis contrarias no merecen ya que se pierda tiempo en exponerlas ni discutirlas. Ahora tratamos de escribir historia, sin prevenciones sistemáticas ni apasionamientos anacrónicos. El Libertador y nuestros demás antepasados que fundaron la patria nueva, pelearon contra España porque el régimen político, social e intelectual de España se había quedado atrás en la revolución iniciada por Inglaterra, continuada por América del Norte, rematada por Francia y acabaron con el gobierno colonial, porque ya había llegado la hora de que el Imperio de Carlos V de Alemania y I de España, después de una sucesión de monarcas casi todos enajenados o miopes o idiotas, se convirtiese acá, en este lado del Atlántico, en Repúblicas modernas... Al cabo de un siglo largo estamos por fin viendo a España consumar también su revolución, renacer, renovarse, para acercarse a un ideal en que por la lengua y otros lazos no menos fuertes seguirá abrazada con las nacionalidades nacidas de sus antiguas colonias...

"¿Para qué gastar más pluma ni papel en polémica anticuada? Gástense en acopiar datos que se añadan a los ya conocidos; estúdiese atentamente la evolución de estos pueblos americanos, desde los comienzos del siglo XVI hasta las postrimerías del XVIII, momento en que comenzó la revolución emancipadora; y señálese en honor de España, cómo desde mediado el siglo XVIII, una parte de sus hijos, los vascongados, trajeron a estas regiones venezolanas, junto con nuevos métodos de cultivar la tierra y mejorar sus frutos, las ideas revolucionarias que alboreaban en Francia; repítase al 'hombre de la calle' cómo un criollo caraqueño, el Precursor Miranda, logró, desde Londres, desde París, desde Filadelfia, propagar en toda Hispanoamérica la aspiración de ser independiente; repítase cómo y por qué sacrificaron su vida por el mismo ideal los mestizos de Coro, y José María España, muerto en la horca y Manuel Gual, envenenado en el destierro, y aquellos otros nobles mestizos ahorcados y descuartizados en Caracas y La Guaira; repítase cómo el criollo Simón Bolívar, con su cortejo de patriotas, pudo finalmente fundar la nacionalidad venezolana y llevar a otras colonias la bandera libertadora. Aspiró también –sueño generoso– a llevarle a España la misma bandera. No lo olvidan los descendientes de Riego, y bien lo saben los altos espíritus que están ahora empeñados en transformar a España y en preparar el porvenir que por su raza y por su genio espera a la hidalga e inmortal España... A esos altos espíritus, con algunos de los cuales he cambiado cordial apretón de manos, envío en esta ocasión saludo fraternal...

"Parra-Pérez –mi amigo de siempre, a veces colaborador en misiones diplomáticas, colega distinguido en aficiones históricas– anuncia que tiene en preparación una *Historia de la Primera República de Venezuela*. Será bienvenida y encomiada, porque espero que en ella, cambie la pluma anticuada del polemista por la de verdadero historiador, que él sabe manejar también con talento y maestría".

la singular vehemencia de su carácter y la sinceridad de sus opiniones personales. Nueva prueba de esta que pudiera llamarse conformación espiritual acaba de dar aquel al tratar, someramente, del libro *El régimen español en Venezuela*. Por ello y antes de responder a sus observaciones, cumplo con el deber de expresarle mi agradecimiento por las frases benévolas que escribe sobre mi modesta labor en el campo de la historia patria, que él siempre me estimuló a cultivar, y por la mención que se sirve hacer de nuestras viejas y cordiales relaciones.

Del comentario del maestro se deduce, en rigurosa lógica, que cuanto tienda a revisar el proceso de la dominación española en América es acrítico y propio de personas retrógradas, y que solo es "científico" y "moderno" quien acepta la versión tenida hoy por oficial, aunque se demuestre que está basada casi toda ella en opiniones de polemistas, extranjeros en su mayor parte. Tal criterio, "rápido" y expeditivo, permite sin duda clasificar y juzgar en pocas líneas tres siglos de vida americana y pasar a otro asunto menos "anticuado y polvoriento". Diríase la teoría jurídica de la prescripción transpuesta al terreno de la historia.

La dificultad consiste en haberse levantado últimamente, de México al Plata, una secta no conformista que entiende ir al fondo de la cuestión y examinar los fundamentos del dogma. Estos herejes o disidentes escudriñan y analizan sucesos y papeles y, como tratan de desalojar a los ortodoxos de posiciones fortificadas durante ciento cincuenta años de beata posesión, atacan "en estilo polémico", con grande escándalo de los mistagogos llamados hasta ahora a definir la doctrina "sin prevenciones sistemáticas ni apasionamientos anacrónicos". Así, la cuestión del régimen español, interesante en todos sus aspectos porque aquel formó nuestras naciones, se debate entre dos partidos: uno que quiere sacudir el "polvo" para ver qué hay debajo, y otro que quiere dejar el polvo donde está, y seguir enseñando a los escolares que la colonización de América por los blancos fue simplemente la lucha de la barbarie peninsular contra las florecientes civilizaciones de Tunja, Anáhuac y otros Cuzcos, y que España apenas trajo al continente frailes inquisidores, encomenderos esclavistas y buscadores de oro, habiendo brotado las

Repúblicas actuales del caos, sin gestación previa, por mágico conjuro y en virtud de ciertas fórmulas y principios luminosos que no podían llegarnos sino del oriente exótico. Este último partido, digo, se proclama, naturalmente, científico y moderno, apellida a sus adversarios anticuados y anacrónicos y considera los argumentos que van contra el *statu quo* como indigna polémica, sin cabida posible en el sereno y límpido dominio de la Historia, la cual Historia está ya preparada en caracteres indelebles y para uso del pueblo por los escribas rituales. Situación semejante creóse en Francia cuando la escuela de Taine, después de remover el polvo de los archivos, reexaminó el formidable expediente de la Revolución, desgarró el velo del sanctasanctórum y mostró el cocodrilo sagrado a "los curiosos de zoología moral". Aun no ha cesado el clamor de los adoradores fanáticos del saurio, quienes –apunta Lenôtre– aplican en historia la ley contra los sospechosos y rechazan de plano pruebas y explicaciones.

El nombre que uno se dé a sí mismo y el que endilgue a su contendor son de importancia capital en las luchas de ideas o de ambiciones, pero no siempre definen realidades. Ni el hábito hace al monje ni la bacía del barbero es el yelmo de Mambrino. Las cosas tienen esencia propia e independiente de fáciles logomaquias. No podía dejar de imputarse en esta oportunidad el pecado de reacción al inquietante movimiento revisor. En cuanto personalmente me concierna, declaro que el cargo no me intimida, si con él quiere decirse que contribuyo a reaccionar contra embustes generalmente aceptados. Y entiéndase que en este caso mi "espíritu de reacción" no impetra circunstancias atenuantes ni paliatorias: es reflexivo... El libro *Miranda y la Revolución francesa*, que mi ilustre impugnador aprecia con tanta simpatía, obedeció ya a reacción contra las fábulas y calumnias que muchos extranjeros y algunos venezolanos han acumulado alrededor de una figura que es parte integrante del patrimonio nacional.

El doctor Gil Fortoul tiene a bien conceder que mi labor es "útil", mas se pregunta inmediatamente cuál propósito pudo guiarme al emprenderla y responde que, lejos de escribir historia, apenas sostengo

una tesis. ¿Qué tesis? ¿De química o derecho? No: sostengo una tesis de historia, revisora de un período histórico y me baso en hechos históricos que no invento, que tomo de autores cuyos nombres no callo y de documentos que cito. Digo que los datos son "ciertos y conocidos" y me parecen suficientes para formular conclusiones, aun cuando no me sea posible completarlos en la actualidad, por razones que aduzco. Aquellos hechos son patentes, pero el doctor Gil Fortoul tiene libertad, como yo, ni más ni menos, para interpretarlos a su manera, para desvirtuarlos o debilitarlos con otros hechos. Frente a mi tesis puede levantar otra, pero necesita fundarla en pruebas y no en desdenes. ¿Puro deporte esto de discurrir sobre la época española? Vasto error. El estudio de aquella, el conocimiento profundo, en lo posible, de la vida colonial es tan esencial para seguir la "evolución de estos pueblos americanos", como el estudio y conocimiento de la vida republicana, a que ha contribuido eficazmente en Venezuela la con justicia encomiada *Historia constitucional*. Cuando apareció esta obra que clarifica y explica en estilo impecable y con vigoroso criterio, sucesos narrados por los cronistas de la Colonia y por historiadores como Restrepo y Baralt, a nadie vino la idea de acusar al autor de "descubrir la luna, inventar la pólvora o divertirse con el huevo de Colón". En historia no hay generación espontánea. Las fuentes son públicas y su entrada libre: cada uno llena su vasija y el agua idéntica toma de aquella forma peculiar. Al aprovechar la copiosa bibliografía que indico en las primeras páginas del libro, demostré que aprecio en lo que vale "el secular trabajo de historiadores y recopiladores", sabido de unos cuantos letrados y especialistas. A que lo conozca "todo nuestro pueblo" tendemos algunos estudiosos que, por lo demás, no vamos enteramente de acuerdo en política pura, en filosofía ni en otras materias. Mi obra es modesta contribución a aquel empeño y por ello advertí que no pretendía "irradiar luz" (que así es lícito escribirlo sin pleonasmo ni exclamaciones), es decir, que no pretendía llevar mi candilejo a todos los rincones oscuros de los siglos coloniales. Limité mi programa a responder "a varias cuestiones planteadas a propósito del régimen español en el país". Enuncié conclusiones personales; combátalas quien las crea falsas.

No es la historia cosa inerte, vaciada para la eternidad en moldes únicos. Es ciencia y arte en continua transformación y está sujeta a rectificaciones, sin diferencia de ciclos ante cuyos límites cese, para el crítico, la facultad de apreciación. Ningún período de la evolución humana escapa a la regla, y opondrían expresas reservas a la pretensión muy peregrina de anticuar épocas y de acotar terrenos cuantos en Italia (para citar ejemplo que mis ojos ven) se ocupan en modificar el criterio corriente sobre tal o cual punto de los anales de la antigua Roma. Nuevo examen de textos manoseados durante veinte siglos permitió recientemente echar por tierra las aserciones de Mommsen sobre los conocimientos geográficos de Tito Livio, y no hubo quien denunciase el estudio de los eruditos como vanos ejercicios o retóricas inoportunas, aun en estos tiempos que imponen de urgencia conjurar la crisis bancaria o unificar los precios del trigo.

Entendámonos primero sobre el significado de los vocablos. La historia es una controversia interminable y controversia es voz sinónima de polémica. El historiador debe tender a la imparcialidad; mas la suya como la del magistrado, no consiste en conservar indiferencia olímpica entre lo que cree verdad o derecho y lo que cree mentira o sin razón. De otro modo la imparcialidad se convierte en complicidad. ¿La Verdad con mayúscula? Aquí te quiero, Pilatos. Por el momento y según la fantasía pirandeliana guarde cada uno su pequeña verdad; y aceptemos todos, sin reserva, la invitación que Diego Hurtado de Mendoza hiciera a su adversario en ruidosa disputa literaria: "Estudiemos, señor Juan Páez, estudiemos"[148].

[148] M. Maurice Legendre escribirá, en marzo de 1938, refiriéndose a su propia obra Nouvelle Histoire d'Espagne: "Il y aurait beaucoup à dire sur les raisons de cette négligence, mais il vaut mieux se réjouir de la voir aujourd'hui cesser. Mon livre a donc la chance de venir à son heure, et, si imparfait qu'il soit, il peut, en restaurant des vérités élémentaires longtemps méconnues, avoir d'heureux effets pour la pacification des esprits. Cette affirmation suscitera un étonnement plus ou moins sincère chez ceux pour qui l'impartialité consiste à traiter avec la même considération la vérité et l'erreur, le bien et le mal; cette impartialité-là me parait être une violente partialité en faveur de l'erreur et du mal. La vérité, ici comme toujours, est pacifiante". (Nota de 1939).

No soy hispanófilo de sola profesión. Hace catorce años, un periodista me tildó de anglófilo porque escribí un extenso artículo en elogio de la colonización británica. Soy un venezolano, sin filias ni fobias en estas disciplinas, a quien interesan los anales de su país sin excepción: los de la Colonia, los de la Independencia, los de la República. Amo nuestra historia, toda nuestra historia, y como es nuestra la quisiera limpia, si posible, de la abominación lanzada injustamente por enemigos políticos y religiosos contra los fundadores (o inventores, como decía Castelar) de la entidad geográfica, étnica y moral que se llama Venezuela, libertada después por Bolívar y los demás próceres y por ellos elevada al rango de Estado soberano. España ofrece el único ejemplo de una gran nación condenada a causa de delitos, reales o supuestos, por gentes que los cometieron idénticos o peores. Y si España no recusa esos jueces, incumbe a los americanos recusarlos en cuanto se refiere a la parte española de la historia de América. Es para tachar los jueces que se reprochan a estos sus propias faltas e hipocresía y en manera alguna para justificar crímenes o errores de nuestros antepasados. Llegó la hora de establecer balance riguroso en negocio tan grave y privativo como la formación de nuestras nacionalidades, con el activo y el pasivo, las flaquezas innegables y la innegable grandeza. Dejemos que algunas razas canten como providencial su dispersión por el haz de la tierra, su "diáspora" de predestinadas. Y depuremos en tanto nuestra historia pasada, preparando la venidera en la candencia del que esos mismos extranjeros nombran con marcado desprecio crisol latinoamericano.

De paso y con intención visible califica el doctor Gil Fortoul de internacional la guerra de la Independencia. La tesis es defendible, si se la funda en la circunstancia de haber tenido efecto el conflicto entre el Estado español y entes que se habían declarado Estados independientes. En rigor, y para limitarme a Venezuela, la República no llegó a ser reconocida por los neutrales y a obtener beligerancia sino después de su incorporación en la Gran Colombia. Hasta entonces la lucha, dentro del cuadro jurídico y político del imperio, fue intestina. Mas, por ahora, el asunto parece de poca importancia. Quisiera hacer notar, solo, que

tener por civil aquella guerra no es invención de "reaccionarios" del día. El problema de la independencia se resolvió en Venezuela entre un reducido número de oligarcas, o como guste decírseles, por una parte y, por la otra, la masa general de la población que, al menos hasta 1820, siguió las banderas del rey. Que se la llame civil, social o de cualquier modo, la guerra presentó caracteres que no eran de internacional, y así lo comprendieron algunos actores y testigos. Desde 1808 los mantuanos de Caracas tiemblan ante la perspectiva de posibles conmociones populares. En 1812, Miranda exclama: "Mis compatriotas no saben lo que es una guerra civil". Heredia habla de "una guerra civil tan sostenida y disputada como la de Venezuela". Años más tarde, en 1817, el oficial británico autor del libro *Campagnes et Croisières* apunta también que la "guerra civil" ensangrienta al país. Opiniones semejantes se recogen de los patriotas de otras partes de América. Ejemplo, no único: en 1812, Moreno escribe en Buenos Aires que México "se ha manchado con los horrores de una guerra civil".

No permanece el doctor Gil Fortoul, al condenar mi libro y expedirlo a la galería de las antiguallas, dentro del tema definido que me propuse discutir. Y la puerta por la cual se escapa de mi campo cuidadosamente limitado es de esas cuya apertura puede, si no se toman precauciones, determinar malignas corrientes de aire. A mi modo de ver, la cuestión de la independencia nacional no se prejuzga por el restablecimiento de la verdad sobre ciertos aspectos de la historia colonial, de la organización y del estado de nuestras provincias al estallar la Revolución. En los Estados Unidos abundan las obras consagradas al estudio del antiguo régimen inglés en el país y muchas de ellas traen conclusiones favorables a la Madre Patria: no sé de ningún norteamericano que haya querido repudiar la obra del Congreso de Filadelfia, pero tampoco que haya intentado restringir la libertad de juicio sobre los siglos que precedieron a Washington. Tranquilícese el doctor Gil Fortoul: nadie, que yo conozca, trabaja entre nosotros por volver a los tiempos del Demonio del Mediodía ni de Don Carlos II el Hechizado, y todos los venezolanos continuamos prefiriendo el Libertador a Fernando VII, fantasma familiar del receloso maestro.

Escribí en el último capítulo de mi obra que "estaría fuera de lugar examinar aquí los motivos que determinaron y justificaron la guerra de la emancipación hispanoamericana. En próxima ocasión estudiaremos las causas de este movimiento y veremos cómo el patriotismo americano más escrupuloso, la admiración hacia los libertadores y el legítimo orgullo de ser libres de todo poder extraño pueden conciliarse con la verdad histórica...". Tal es mi posición actual. A cada día basta su tarea.

Sin necesidad imperiosa se ha mezclado al Libertador en esta querella. Pero como la República y su creador son seres consustanciales, he aquí que se me brinda ocasión de pedir a la República juicio sobre la Colonia. La pregunta concreta que someto al alto arbitramento es la siguiente: ¿Es cierto –como hasta ahora se enseña a nuestro pueblo– que el régimen español en Venezuela fue de bárbara y ciega tiranía, de crasa ignorancia, de teocracia lúgubre y de general miseria? El Libertador, quien en historia, política y sociología americanas tiene respuesta a todo, va a fallar en nombre de la República. Sin tiempo para consultar cartas y proclamas, básteme hoy abrir un libro de Vallenilla Lanz para leer allí la sentencia pronunciada por el Libertador, en 1814, creo: "*Hemos destruido tres siglos de cultura, de ilustración y de industria*"[149].

Que el doctor Gil Fortoul se las entienda con Bolívar.

Roma, abril 1933[150].

---

149 *Cesarismo democrático* (2ª edición, p. 177).

150 Publicado en *El Universal*, Caracas, 8 de mayo de 1933.
Al día siguiente, el doctor Gil Fortoul insertó en su periódico esta respuesta y reprodujo su propio artículo con la siguiente nota: "En *El Nuevo Diario* de 13 de marzo último, dediqué unas Notas rápidas al último libro del Dr. C. Parra-Pérez titulado *El Régimen Español en Venezuela*. En *El Universal* de ayer 8 de mayo, aparece una respuesta suya. Cumplo con el deber de reproducirla, para que se tenga a la vista las dos opiniones contrarias. Polemiquear aquí, fuera incurrir en el mismo reproche que me permití dirigirle amablemente a Parra-Pérez. Diferimos en cuanto a método de escribir historia y en cuanto a tendencias intelectuales. Juzguen, y escojan, los lectores que entiendan de estas cuestiones–J. G. F.".

LAS CONTROVERSIAS DEL DEÁN[151]

Pocos escritores vivos ocupan en Venezuela lugar tan considerable como monseñor Nicolás E. Navarro. Periodista ágil y sensible a las transformaciones de la cambiante actualidad, polemista pronto a romper batalla por sus ideas, que expone siempre de acuerdo con las reglas estrictas de la dialéctica, elocuente apologista de la religión católica, puede decirse que el Deán de la Catedral de Caracas recogió y soporta honrosamente, en ese campo, la difícil sucesión del arzobispo Castro, aquel doctor que en la Iglesia venezolana merecería el agustiniano epíteto de ardiente.

A los anales eclesiásticos del país dedicó monseñor Navarro un volumen, que no llamaré definitivo porque ningún libro de historia es definitivo, pero sí muy interesante y lo más completo que exista. Y a tratar diversos puntos de historia o de política religiosa destinó en los últimos años un folleto y dos libros cuya lectura me sugiere algunos comentarios, útiles acaso como contribución al establecimiento del criterio de los estudiosos.

Pido a estos y, en general, a los lectores mil perdones por haber en esta ocasión introducido mi defensa personal, que a nadie interesa, en la discusión de graves problemas que interesan a todos. Para la culpa, si la hubiere, solicito sobre todo la absolución del Deán[152].

---

[151] Publicado en *El Universal*, Caracas, 5 de agosto de 1934.

[152] Se alude en este párrafo que no apareció en *El Universal* al comentario sobre Patronato eclesiástico.

I
LA MASONERÍA Y LA INDEPENDENCIA

El folleto así titulado tiende a demostrar que en el movimiento por la independencia de Venezuela ninguna influencia ejerció la masonería. Y como túvola primordial el general Miranda, monseñor Navarro debía forzosamente plantear la cuestión previa de las relaciones de aquel con la institución masónica.

A decir verdad, no hay documentos fidedignos que prueben que Miranda era francmasón; y monseñor Navarro ha hecho de este punto una crítica que puede aceptarse como satisfactoria. Por mi parte, jamás he encontrado papel alguno relacionado con el asunto. Aserciones de escritores no faltan, sin fundamento hasta ahora, y todas por el estilo de la siguiente que nos hace D. Benjamín Oviedo Martínez, citando a Chilhsom: "El patriota venezolano Francisco de Miranda era un ferviente admirador de Washington quien encarnaba, a su entender, el máximum de nobles cualidades cívicas y humanitarias. Llevado a él por el doble vínculo de la admiración y la amistad y, acaso, por ese afán tan humano de imitar cuanto admiramos, Miranda quiso ser masón como lo era su maestro y se hizo iniciar en una logia de Virginia"[153].

Hay allí tantos errores como líneas. Desde luego, no hubo tal admiración de Miranda por Washington y varios textos indican, al contrario, que nuestro Precursor apreciaba escasamente las cualidades del libertador de los Estados Unidos. Cuando, el 8 de diciembre de 1784, entró este en Filadelfia, de paso para Anápolis donde estaba reunido el Congreso, el venezolano presenció el recibimiento mezclado con los curiosos y poco después escribió en su *Diario*: "Niños, hombres y mujeres expresaban tal contento y satisfacción, como si el Redentor hubiese entrado a Jerusalén! Tales son las nimias ideas y sublime concepto que este hombre fortunado y singular logra en todo el Continente... bien que no faltan filósofos que le examinan a la luz de la razón y conciben

[153] Estudio sobre la Logia Lautarina reproducido en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Nº 48, octubre de 1920.

más justa idea que la que el alto y bajo vulgo se tiene imaginada. Y es cosa bien singular por cierto que habiendo tanto personaje ilustre en América, que por su virtud y talentos han formado la grande y complicada obra de esta independencia, nadie tiene un aplauso general ni la popularidad que este jefe... Así igualmente las producciones y hechos de tantos individuos en América reflejan sobre la Independencia y concentran, como en el foco, en Washington... Usurpación tan caprichosa como injusta". En otra ocasión Miranda dice que el general Knox es mucho más instruido que "el Ídolo" en cosas de guerra. Más tarde, en 1795, escribe en folleto político: "El Presidente de los Estados Unidos de América, a quien conozco personalmente, no ha obtenido la confianza de sus conciudadanos por cualidades brillantes, de que carece, sino por la precisión de su espíritu y la rectitud de sus intenciones". Conclusión: si el señor Chilhsom solo puede ofrecernos su fantasía como prueba de la supuesta iniciación, su afirmación irá a confundirse en el cesto de los desperdicios con otras innumerables inexactitudes que se han escrito sobre Miranda.

Razón tienen monseñor Navarro y otros escritores bien informados al decir que la "Gran Reunión Americana" no fue propiamente una logia masónica, pues no se ve cómo pudiera el Precursor arrogarse la facultad de crear por su cuenta organizaciones de aquella naturaleza. Los textos de Mitre, aun parafraseados por Mancini, hablan de sociedades de carácter político, con fines exclusivos de emancipar las colonias españolas. Sin embargo, los iniciados empleaban fórmulas y símbolos masónicos, y de esa circunstancia nació sin duda la creencia de que eran masónicas aquellas reuniones de conspiradores[154]. El doctor Carlos A. Pueyrredón, en obra reciente, dice, que de 1798 a 1800, Miranda "estableció un curso de matemáticas que aumentaba sus recursos y servía para disimular las reuniones políticas, siendo ellas el origen de las logias Lautaro y de los Caballeros Racionales o Gran Reunión Americana; los iniciados juraban defender la libertad de sus países

[154] Navarro, *loc. cit.*, pp. 25-32.

bajo forma democrática"[155]. D. Gonzalo Bulnes aplica acertadamente a la organización de Miranda el nombre de "masonería política", y este calificativo podría poner de acuerdo a todo el mundo, a condición de tomar el substantivo en sentido lato, es decir, de llamar masonería toda asociación destinada a alcanzar sus fines por medios secretos.

Poquísimos fueron, en realidad, los iberoamericanos que en Londres entraron en contacto personal con Miranda. El más notorio de ellos fue O'Higgins, enviado por su padre, en 1795, a estudiar en Inglaterra. Escasas noticias tiénense de los días estudiantiles del futuro Director de Chile. El cuaderno de sus cartas de entonces, a que se refiere Vicuña Mackenna, se perdió[156]. Regresó a su patria en 1802, llevando consigo los conocidos "consejos de un viejo sudamericano a un joven patriota", papel en que Miranda declara que su discípulo era el único chileno que hasta esa época hubiera tratado[157]. El primer documento de O'Higgins que menciona sus relaciones con el Precursor es una carta fechada el 5 de enero de 1811, dirigida al coronel Juan Mackenna y en la cual aquel dice que la libertad de su patria ha sido el "objeto esencial de mi pensamiento y que ocupaba el primer anhelo de mi alma, desde que en el año de 1798 me lo inspirara el general Miranda". Los apuntes manuscritos del prócer chileno[158] contienen indicaciones interesantes pero que deben tomarse con reserva, a causa de sus muchos errores cronológicos y de otra naturaleza, que revelan falta de memoria o información.

En el camino de regreso detúvose O'Higgins en Cádiz y como allí había sudamericanos, es probable que les transmitiera la palabra mirandina. Sospecho que el nombre de Lautaro fue invención chilena o argentina y que salió de Cádiz, no de Londres. De España partieron, narra O'Higgins, como agentes de la "Gran Reunión Americana" él

---

155 *En tiempo de los virreyes*, p. 45.

156 Ernesto de la Cruz, *Epistolario de don Bernardo O'Higgins*, I, p. 12.

157 Vicuña Mackenna, *Vida de don Bernardo O'Higgins*, pp. 62-63.

158 Pliego titulado: Memorias útiles para la historia de la revolución suramericana.

mismo para Chile, "Bejarano para Guayaquil y Quito, Baquijano para Lima y el Perú, los canónigos Freites y Cortés también para Chile..."[159].

Tampoco fueron francmasones propiamente dichos los "Caballeros Racionales" de Cádiz, ni siquiera los lautarinos de San Martín y Alvear, que ambos grupos se constituyeron con fines únicamente políticos. Fray Servando Teresa Mier entró en esta sociedad gaditana "inventada" en febrero de 1811 por Alvear, un vizcaíno y tres suramericanos y extinguida en septiembre siguiente. Todo ello resulta muy inconsistente y doy razón a monseñor Navarro cuando opina que "solo acumulando anacronismos" pudo Mancini mezclar a Bolívar, a San Martín y a otros próceres en las andanzas de los "Caballeros Racionales". Guardo mi admiración por el talento y mi cariño por la memoria de Julio Mancini, de quien fui amigo, pero no puedo menos de decir que su obra abunda en brillantes imposturas.

Otro historiógrafo que está, respecto a Mancini, del otro lado de la barricada, el neorrealista Marius André escribe por su parte que la masonería "no trabajó menos en Europa en favor de los independientes y atrajo a sí a algunos de sus futuros jefes. Miranda fundó una logia americana en Londres; en Cádiz había otro centro de conspiración hispanoamericana"[160]. Si las afirmaciones de Mancini provienen de su entusiasmo de liberal prendado de la Revolución y de los inmortales principios, las de André se fundan en las prevenciones de su escuela contra una y otros.

El cronista venezolano general Lino Duarte Level escribe que la masonería contribuyó poderosamente a encaminar nuestro movimiento revolucionario hacia la independencia, y agrega que aquella institución "estableció en sus logias la trinidad de los derechos del hombre"[161]. Por donde se ve que don Lino confundía alegremente los derechos del hombre con la famosa divisa: libertad, igualdad y fraternidad. En

---

159 De La Cruz, *loc cit.*

160 *La fin de l'Empire Espagnol*, p. 81.

161 *Páginas de historia*, p. 266.

Venezuela no hubo logias antes de 1814 según nos dice, entre otras personas dignas de crédito, el señor J. P. Reyes Zumeta, en conferencia pronunciada en Caracas el 17 de octubre de 1927. Nada se sabe, con certeza de la logia "Unión", que algunos suponen existió en 1809. Los católicos que entablaron polémica con Guillermo Burke, por 1811, hablaban de "los amargos frutos de la francmasonería", que extendía su influencia "hasta el desolado Guárico"[162]. Es claro que el folleto de monseñor Navarro no agota el debate de la cuestión general; pero debe convenirse en la imposibilidad actual de descubrir inspiraciones directas de la masonería en el trastorno revolucionario, porque carecemos de documentos en que apoyarlas.

En Francia, las logias se lanzaron a la lucha política después de empezada la Revolución, y encuestas recientes prueban que hasta 1789 aquellas eran solamente círculos sociales e intelectuales donde se practicaba sobre todo la filantropía. Príncipes reales, duques y pares, gentileshombres, clérigos seculares y regulares respetuosos todos del trono y del altar, formaban parte de dichas asociaciones constituidas para escuchar buena música, para comer, beber y gozar de la "dulzura de vivir" de la época prerrevolucionaria. La princesa de Lamballe dirigía una logia que contaba entre sus adeptas a las más ilustres damas de Versalles. Los masones hacían celebrar misas el día de san Juan o de otro santo y cantar el *Te Deum* en ciertas ocasiones, asistiendo en cuerpo a la iglesia. Los estudiantes francmasones de tal o cual ciudad prestaban juramento de no atacar de ningún modo al Estado, las leyes ni las buenas costumbres. En las sesiones elogiábase al rey casi tan ritualmente como hoy se toca el *God Save the King* en los cinematógrafos ingleses.

Es evidente que muchas personas juntaban a sus ocupaciones masónicas actividades de índole política y filosófica. Algunos de los grandes espíritus cuyos escritos influyeron en la Revolución eran masones. Existían también sectas como la de los iluminados, originaria de Alemania y la de los teósofos, sin contar a los discípulos de Mesmer, que trataban de aunarse con la francmasonería persiguiendo fines particulares.

---

[162] Navarro, *loc. cit.*, pp. 19-20.

En resumen: aún disputan los autores sobre la influencia que la francmasonería pudo ejercer en la preparación de la Revolución. Hay para todos los gustos. Agustín Cochin, de la escuela de Taine, que ha investigado en los archivos de algunas provincias y Luis Madelín, historiador de tendencias bonapartistas, son afirmativos, al menos parcialmente; en tanto que mi malogrado amigo el profesor Albert Mathiez, jacobino "robespierrista", niega que haya habido tal influencia, o la cree mínima.

Hay un párrafo en el folleto de monseñor Navarro (págs. 17-18) referente a la actitud de Miranda hacia el clero y la religión, en 1812, que no corresponde a la verdad histórica. Es el que dice: "El caso de Miranda es, en este sentido, típico: estamos convencidos de que una de las causas del fracaso del generalísimo fue su actitud hostil para con el Clero y la Religión. Impregnado hasta la médula de revolucionarismo francés, habituado a la práctica de los excesos que contra el estado eclesiástico y la conciencia cristiana se cometieron en aquella gesta pavorosa, creyó que iguales medios producirían aquí idénticos resultados. Se enajenó por completo las simpatías del Clero y fieles, que ya de tiempo atrás le eran harto adversos. Emprendió una campaña de verdadero odio contra el Arzobispo y sacerdotes, hasta el punto de que algún muy autorizado escrito de la época le acusa de haber ordenado la ejecución en masa de ellos, una verdadera matanza de San Bartolomé, que no se efectuó por haber sobrevenido el terremoto de 26 de marzo de 1812". Ahora bien, no solamente no existe ninguna prueba de este hecho, sino que Miranda no pudo nunca dar orden alguna del género, por la sencillísima razón de que antes del terremoto no ejercía absolutamente ningún poder civil o militar que se lo permitiese. Hacía meses había dejado el mando de las tropas de Valencia, su nombramiento de general en jefe es del 23 de abril, y fue en mayo cuando asumió su precaria dictadura. ¿Qué orden de ejecución en masa podía dictar un simple diputado y un diputado sin influencias?

En cuanto a la supuesta aplicación en Venezuela de los métodos revolucionarios franceses, es conseja fundada en la literatura corriente. Cuando a la luz de los hechos estudia la acción y la actitud del Precursor

en Caracas, maravíllase el crítico de ver cómo la leyenda ha desfigurado la personalidad de aquel, hasta el punto de transformarla por completo. El tema es fecundo y fáltame espacio para lanzarme en demostraciones. Se cree haberlo dicho todo al afirmar que Miranda era "ideólogo", o "girondino", o "jacobino" y como tal "inadaptable al medio venezolano", cuando la verdad verdadera es que, para Venezuela, el general no tuvo nunca programa distinto del que más tarde aplicó o trató de aplicar Bolívar. Ambos fueron antifederalistas y adversarios de la Constitución del año onceno, partidarios de un ejecutivo vigoroso y de un fuerte ejército, etc. El *Manifiesto* de Cartagena justifica la política mirandina. Respecto de su anticlericalismo político, copio lo que escribí en otra ocasión: "Como político (Miranda) no era ni enemigo del catolicismo, ni positivamente anticlerical; al contrario, sus proyectos constitucionales prevén una religión de Estado, según la opinión de Rousseau, que la Revolución francesa repudiara y que él creía indispensable aplicar, particularmente en la América española; veía funcionar en Inglaterra esta Iglesia de Estado y tal ejemplo, sin duda, le impresionaba siempre. Cuando conspiraba contra España se alió con los jesuitas expulsados. Su proclama a los "Americanos Colombianos", al desembarcar en Venezuela y excitar a los pueblos a rebelarse, está llena de agasajos hacia la religión católica y en ella invoca con fervor para su empresa el apoyo de la Divina Providencia y del Creador del Universo. Entonces, entendía eximir a los eclesiásticos de todo servicio público. No parece haber tenido prevenciones contra los sacerdotes"[163]. Recuérdese su famosa frase a O'Higgins sobre las condiciones del clero hispanoamericano. Otra cosa son sus diatribas contra la Inquisición de España, que acusaba de ser instrumento de opresión política y religiosa. En uno de sus planes de gobierno para el "imperio americano", comunicados al gabinete inglés, Miranda propone: "La religión católica, apostólica, romana será la religión del Estado". En otro de estos proyectos se lee: "La religión católica, apostólica, romana será imperturbablemente la religión nacional. La tolerancia se extenderá sobre todos los otros cultos y por

[163] *Miranda y la Revolución francesa*, pp. 313-314.

consiguiente el establecimiento de la Inquisición, haciéndose inútil por el mismo hecho, quedar abolido. Las funciones de los eclesiásticos siendo de una naturaleza tan sagrada y necesitando de un estudio y de una ocupación diarias, son y serán incompatibles con toda otra función civil y militar".

En 1812, el dictador tomó medidas contra el arzobispo y contra algunos clérigos, porque estos eran realistas, conspiraban contra la República o ponían trabas a la acción de las autoridades. Para demostrar la heterodoxia de Miranda y su deísmo filosófico, impregnado de moral cristiana, hay suficientes pruebas y es innecesario recurrir a imputaciones sin fundamento.

II
TEMAS BOLIVARIANOS

A discutir las ideas filosóficas y la política religiosa del Libertador dedica interesantísimas páginas monseñor Navarro. Sobre este seductor argumento me pidió que escribiese, en 1919, el *Grupo de universidades y grandes escuelas de Francia*[164]. El somero artículo de entonces reclamaría hoy, por cierto, algunos retoques y matices impuestos por mayor reflexión y lecturas ulteriores; pero, en principio, vacilo todavía en acordar a Bolívar patente limpia de catolicismo. ¿Qué le hemos de hacer, no obstante, si monseñor Navarro, autoridad indiscutible en la materia, se la da públicamente, le absuelve de sus pecados y aun llega a defender con sutil exégesis principios que los pobres laicos teníamos por olientes a auto de fe?

Conocidos y por demás comentados, en uno u otro sentido, son los textos del Libertador que tratan del problema religioso en sí y de la política religiosa. Casi todos se encuentran en mí artículo. Está fuera de duda que el grande hombre, haya o no haya sido creyente ortodoxo, ensayó más de una vez servirse de la religión como recurso puramente

---

164 *Bulletin de l'Amérique Latine*, Paris, N°s 9 y 10, junio-julio de 1919. (Ver más arriba p. 185.

político. Recuérdese, entre varios ejemplos, su carta a don Rafael Arboleda, de 29 de julio de 1828: "Me dice Ud. que el artículo de religión no ha sido puesto al acaso. Yo lo entiendo muy bien y estamos más que de acuerdo con respecto a la religión: este es el grande entusiasmo que yo deseo encender para oponerlo contra todas las pasiones de la demagogia, pues el de la guerra no puede prender sino en los jóvenes pero no en el bajo pueblo". Restrepo, que conoció a su hombre a fondo, escribe: "Respetaba la religión católica, aunque sus opiniones fueran libres y dirigía su culto a la divinidad"[165].

Monseñor Navarro, al comentar ciertas frases que Perú de Lacroix pone en boca de Bolívar, aquellas que terminan: "y mis ideas sobre todas las funciones (o ficciones) sagradas, que ocupan todavía tanto a los mortales", nos dice: "¿Y bien? Esta disertación en cuanto al origen y formación de las ideas está (aparte cierta inexactitud de los términos) en perfecto acuerdo con la doctrina escolástica al respecto, la cual no admite las ideas innatas y rechaza, por consiguiente, el concepto cartesiano de que el alma es esencialmente pensante". Y agrega monseñor: "... y ya es mucho que sus palabras (de Bolívar) sometidas al crisol de una crítica discreta, ni acusen herejías filosóficas ni contengan adefesios dogmáticos".

No queda más recurso sino inclinarse ante tan autorizada interpretación. Sin embargo, en mi citado estudio yo creí poder definir así aquellas palabras del Libertador: "Todas las leyes de la vida reducidas a un mecanismo fisiológico: es la fórmula filosófica de Holbach. Hecha abstracción de la impropiedad de este lenguaje, que debe tal vez imputarse al general Lacroix, podríamos buscar la fuente de las ideas atribuidas al Libertador en la teoría de la irritabilidad que enseñó Glisson y, sobre todo, en la concepción de la vida desarrollada por Haller a mediados del siglo XVIII y según la cual las propiedades vitales serían la irritabilidad o contractilidad y la sensibilidad. Esta teoría es francamente materialista y sirve de apoyo a la doctrina llamada de las propiedades fisiológicas".

[165] IV, p. 415.

Respecto a la conformidad de la escolástica, blanco preferido de los ataques de los enciclopedistas, con la proposición de la filosofía sensualista relativa a las ideas innatas, pedimos los legos que previamente se resuelva o elimine la antinomia esencial que existe entre ambas doctrinas. "Nada hay en el espíritu que no haya pasado antes por el canal de los sentidos", enuncia Locke. "Nada, como no sea el espíritu mismo", responde Leibnitz. A primera vista, parece que los espiritualistas deben marchar con el alemán, contra el inglés.

Holbach es, por excelencia, el compilador de los argumentos que circulaban en su tiempo en favor del materialismo y del deísmo. Como Helvecio, el barón enseña que solo existe la materia, la cual tiene la facultad de sentir, que solo las sensaciones producen esas apariencias que llamamos alma y pensamiento y que estos desaparecen con la muerte. Ideas simplistas, refutadas, entre otros, por Diderot y Voltaire. Mas, como Voltaire mismo, Holbach piensa que la tranquilidad del Estado requiere la creencia en un alma inmortal y libre, predica la práctica de rígida moral: su *Etocracia* trata del gobierno por las buenas costumbres. Es muy probable que Bolívar, y antes Miranda, hayan refrescado sus lecturas romanas sobre el "poder moral" y la censura en las páginas de aquel libro, a cuyas ideas se adhirieron los abates Mably y Coyer. En general, el Libertador debió de leer atentamente a Holbach, a juzgar por algunos de los principios que hallamos en sus escritos políticos enunciados casi en los mismos términos que emplea el barón: "Ninguna forma de gobierno es perfecta"; o "El mismo gobierno no conviene a todos los pueblos". A ejemplo de Holbach, Bolívar es ardiente partidario de las libertades civiles, pero no lo es menos del mando enérgico e indiscutido de uno solo, que ejerza la autoridad sin trabas, para el bien del pueblo.

Los grandes escritores franceses del siglo XVIII, los que por sus obras influyeron efectivamente en la Revolución, no eran republicanos: eran monárquicos, defensores del déspota esclarecido, del rey filósofo, probo y justo. Tampoco predicaban abiertamente el ateísmo, enseñando un deísmo con ribetes de cristiano; y en cuanto a moral, la querían puramente humana, desligada de dogmas, independiente de la divinidad. La

Enciclopedia dice que la igualdad de los hombres es quimérica, inaplicable en la vida práctica. Las únicas cortapisas que juzga posible poner a la autoridad real se fundan en la razón y en la equidad. Rousseau y Holbach son apenas republicanos para municipios: toda gran nación, dicen, ha menester un rey. Para Voltaire, el pueblo cuenta poco: aquel burgués cortesano teme sobre todo al "populacho" y a la "canalla".

Tales gentes no se preocupaban de sus propias contradicciones. Bolívar tampoco; ni Napoleón. Alguna vez dije, citando a Boutmy, que la contradicción es inevitable en hombres que han pensado mucho y copiosamente destruido. Y hace pocos meses leí en una obra de Bainville que es, en mi concepto, la más lógica y completa "interpretación" de Napoleón que se haya escrito, frases tan aplicables al Libertador que no resisto a la tentación de recordarlas: "Por y contra, se podría hacer la colección de sus opiniones contradictorias sobre casi todas las materias... Así cada uno de sus retratos es falso por algún lado y se puede hacerle decir todo porque él lo ha dicho casi todo"[166].

Bolívar recibió en el lecho de muerte los últimos sacramentos. De seguir la narración del doctor Reverend, concluiríamos que aquel no estaba ya en posesión de todas sus facultades, cuando el obispo de Santa Marta le exhortó a confesión: Bolívar solo pedía "con voz de moribundo" salir del "laberinto". El doctor Gil Fortoul piensa también que, en aquellos momentos, el Libertador era apenas su propia sombra. Sin embargo, Restrepo dice que gozaba de perfecta lucidez[167]. Entre estas opiniones encontradas, yo me atreví a formular la modestísima mía en los términos siguientes: "Cualesquiera que hayan sido las circunstancias, es un hecho que Bolívar murió en el seno de la Iglesia y nada permite dudar de su sinceridad. En último análisis, puede admitirse que el Libertador evolucionó en materia religiosa y que su espíritu, abandonando progresivamente las ideas brillantes de la juventud, buscó nueva orientación, bajo la influencia de la edad y del medio y por la conciencia de sus graves responsabilidades".

---

166 Jacques Bainville, *Napoleón*, pp. 567-580.

167 IV, p. 412.

Cierta frase de monseñor Navarro (p. 12) me inspira una observación final. Es aquella que dice: "Pues bien, ello demuestra que no era esa la expresión genuina de su vida que Bolívar quería se proyectase en la Historia y que, por consiguiente, lo que él mismo aprobaba en sus hechos, esperando se perpetuase en la memoria de los siglos, era toda aquella actuación pública que ya lo tenía consagrado como Creador de Naciones y Libertador de un Mundo". En rigor, lo importante es lo que la historia pueda decir de Bolívar estribada en hechos, no en intenciones. Cuanto este *quería* que se dijese es secundario. Los grandes hombres, y en su presuntuosa pequeñez los pequeños, cuidan siempre de preparar los juicios de la posteridad, suministrándole documentos y testimonios adecuados. Napoleón pasó los años de Santa Elena en componer su leyenda, en depurar y aun alterar el significado de sus acciones[168].

III
DISQUISICIÓN SOBRE EL PATRONATO ECLESIÁSTICO

Más importante que las cuestiones anteriores es la tratada por monseñor Navarro en su *Disquisición sobre el patronato eclesiástico en Venezuela*. El problema es, en efecto, de los que merecen debatirse con mayor amplitud puesto que, lejos de ser simple materia de interpretación histórica, atañe a la vida constitucional de la República e interesa a la conciencia misma de la casi unanimidad de los venezolanos. No será, ciertamente, en esta corta glosa donde pretenda yo discutir a fondo dicho problema, ni siquiera enunciar sus varios aspectos. En realidad, la razón de que eche hoy mi cuarto a espadas en tan delicado asunto es de índole completamente personal, [y] deriva del hecho de haber mi respetable amigo el Deán administrándome directamente, a páginas 96 y 97 de su estudio, una poción agridulce cuyo gusto tengo todavía en la boca. Y es que la evangélica benevolencia que monseñor me concede, no alcanza a cubrir por entero la injusticia de sus reconvenciones.

---

[168] La glosa relativa a la *Disquisición sobre el patronato eclesiástico* será publicada posteriormente. (Dicha glosa aparece solo ahora. Nota de 1943).

Véase de qué se trata. En 1912 escribí, para la Sociedad de Legislación Comparada, de París, un estudio jurídico sobre el *Régimen de cultos en Venezuela* que, traducido al francés por el eminente jurisconsulto y abogado Gastón Brunet, fue publicado en el Boletín de la Sociedad[169]. En ese estudio opiné que era conveniente que la República mantuviese la Ley de patronato eclesiástico, la cual, basada en experiencia cuatro veces secular, presenta, en Venezuela, la solución aceptable de uno de los problemas de gobierno más complicados que existen. No sería pertinente renovar aquí las razones que aduje entonces, ni alegar nuevas. Sin duda, algunas de mis consideraciones llevan el sello de la vehemencia y desenvoltura juveniles a que se refiere monseñor Navarro, y sin empacho convengo en ello. En cuanto al fondo de la cuestión, sobre todo a su faz puramente constitucional, mi opinión no ha variado. Es probable que haya utilidad en celebrar un concordato con la Santa Sede, pero esto debería hacerse, en mi sentir, preservando el derecho de la República al patronazgo, según el espíritu de la autorización que para tal fin acordó al Poder Ejecutivo el Congreso de la Gran Colombia. Es evidente, por otro lado, que la Ley actual necesita retoques, y ya en 1912 escribí que las reformas políticas ocurridas en Venezuela de 1831 a aquella fecha, imponían la "adaptación de las disposiciones de esta Ley y de la de Mayordomía de Fábrica al aparato constitucional existente".

Acaso pueda sostenerse que el derecho de patronato era exclusivamente personal, inherente al rey de España y, por lo tanto, intransmisible como atributo de soberanía nacional a la República. El rey de Francia, no la Nación francesa, fue llamado por los papas hijo mayor de la Iglesia. El título pasó a la literatura, si no al protocolo, y hoy se acostumbra darlo a Francia, aun cuando, según el ingenioso retruécano atribuido al santo pontífice Pío Décimo, *il n'y a pas de pire ainée*[170]. En fin de cuentas, si el origen histórico de nuestro patronato está en la Colonia, su existencia legal descansa sobre la Ley colombiana de 28 de

[169] Octubre-diciembre, año dicho.

[170] Alusión a la conocida frase de Luis XIV, o del embajador español, a Felipe V: "Ya no hay Pirineos".

julio de 1824 y en el Decreto legislativo de 21 de marzo de 1833, que declaró aquella ley vigente en Venezuela. La aquiescencia secular del papa ha saneado, por decirlo así, de todo defecto jurídico el ejercicio del derecho. La alta autoridad eclesiástica viene preconizando y consagrando los prelados elegidos por el Congreso nacional. En la bula de institución de monseñor Ponte, Roma dijo explícitamente: "Se declara, en virtud de indulto y privilegio apostólico, que corresponde y toca al muy ilustre varón que fuere Presidente de la República de Venezuela, la nominación y presentación que haya de hacerse al Romano Pontífice de persona idónea". En 1884, cuando la designación de monseñor Uzcátegui, León XIII manifestó en su bula: "Nombramiento y presentación que incumbe y pertenece, por concesión apostólica, al que sea entonces Presidente de la República de Venezuela"[171].

Más de una vez el papa invocará, por medio de su nuncio, la aplicación de las facultades legales que al gobierno confiere el patronato, y así aconteció en el doloroso caso de monseñor Durán.

De la injusticia de monseñor Navarro hacia mí hablé más arriba y ¿qué nombre sino ese merece el hecho de omitir, al censurarme, alguno de mis textos principales y de truncar otros de tal manera que al lector, pérdida la propia brújula, no le quede más camino que seguir el trazado por el hábil polemista que omite y trunca? Mi estudio, bueno o malo, versó puramente sobre los aspectos histórico, político y jurídico de la cuestión y de ninguna manera sobre su aspecto religioso. No interesaba este último a la Sociedad de Legislación Comparada, y su examen, por otra parte, exigía competencia que yo ni remotamente poseía. Sin embargo, en la segunda página de dicho estudio aparece ya el criterio que me guió al emprenderlo: "La inmensa mayoría de los venezolanos profesa la religión católica romana: esta religión y la comunidad de lengua y de sangre son la herencia que España dejó a sus colonias americanas,

[171] *Memorias* de Relaciones Interiores de 1877, p. 42 y de 1886, p. 149. Monseñor Navarro cita también estos textos en el capítulo VIII de su obra. Mi eminente amigo el doctor Carlos F. Grisanti ha tenido la bondad de comunicarme un interesante trabajo inédito sobre este asunto, en el cual se señalan, entre otros, los documentos aquí referidos.

hoy repúblicas independientes. Aunque en Venezuela la libertad de cultos sea completa, la legislación religiosa, por respeto a los principios elementales de la ciencia política, se funda esencialmente en el hecho de ser la religión católica la religión nacional y en el deber que tienen los poderes públicos de satisfacer los sentimientos y creencias de los habitantes protegiendo y cuidando el ejercicio de aquella religión, sin que, por otra parte, ese deber excluya la impersonalidad religiosa del gobierno ni la libertad absoluta de ideas y de cultos". Monseñor Navarro aboga, en su doble condición de sacerdote y de ciudadano, por la abrogación o fundamental reforma de la Ley que llama tiránica. Otros creen que la Ley es tutelar y debe conservarse: la discusión no tiene viso de terminar.

Mas no pueden disputarse amigos y adversarios del patronato cuando se trata de comprobar hechos históricos conocidos o situaciones jurídicas. Es innegable, por ejemplo, que el gobierno de Páez expatrió al arzobispo Méndez y el de Guzmán Blanco al arzobispo Guevara y Lira. Tampoco es dudoso que el gobierno de Castro privó a los obispos durante cierto tiempo de la subvención legal. No había lugar de juzgar aquellos actos en mi estudio y, no obstante, con referencia al último escribí las siguientes frases que monseñor Navarro olvidó reproducir: "Sin embargo, hace pocos años, cuando el presidente Castro hizo decretar por el Congreso una nueva ley de división territorial de las diócesis nacionales, que suprimía algunas de ellas, la división suscitó la viva oposición del clero, cuya razonable firmeza dio por resultado que el gobierno dejó la ley sin ejecutar, hasta que en época reciente otra ley ha vuelto las cosas a su antiguo estado". Allí está el homenaje claro y justo a la actitud del episcopado venezolano en aquella ocasión, allí, sobre todo, la alusión al admirable carácter religioso y cívico del ilustre Silva, prelado a quien en reciente oración panegírica el brillante padre Quintero llamó, con entera propiedad, Sacerdote Magno. Nuestros obispos actuales conservan y aun realzan las tradiciones de decoro, ciencia y virtud que honraron a sus predecesores. Representantes y jefes de la religión practicada por la casi totalidad de los habitantes del país, altos dignatarios de la república, colaboradores preciosos del poder público

para el funcionamiento de la vida moral, espiritual y política de la nación, ellos merecen el respeto y la consideración de todos los venezolanos, cualesquiera que sean las ideas de estos en materia religiosa.

Termino el comentario declarando candorosamente que los conceptos que contiene mi citado estudio sobre seminarios y cursos eclesiásticos no corresponden a mis ideas actuales. En ese punto sí que habría podido monseñor Navarro corregir mi temeridad e impertinencia. Es clarísimo que en buena política el gobierno debe tratar de que se forme clero nacional suficiente, y, con ese fin, proteger los seminarios episcopales. La falta de sacerdotes hace difícil, por no decir imposible, a algunos obispos el cumplimiento de la misión que les tienen encomendada la Iglesia y (no hay que olvidarlo) la República. Territorios venezolanos existen en los cuales los únicos instrumentos de civilización efectiva y de moralización serían buenos curas de almas. El sistema, laudable en sí, de excluir a los extranjeros de las funciones parroquiales implica lógicamente la existencia de párrocos venezolanos. Además, interesa a la nación entera que el clero sea ilustrado y sepa llenar a conciencia sus deberes patrióticos. Otro punto en el cual la política actual es digna de alabanza es el relativo a misiones. Aparte de que nadie discute el papel de los misioneros y su obra evangelizadora, es útil recordar la cooperación que las misiones, por desgracia poquísimas, prestaron en más de una oportunidad a las autoridades públicas en la defensa de nuestras fronteras.

Roma, noviembre de 1933[172].

---

[172] Monseñor Navarro dio a las dos primeras partes de estos comentarios la siguiente respuesta: "*El Generalísimo Miranda y el Clero.–En torno de unos lisonjeros comentarios.–Consideración final sobre el debatido tema de la religiosidad del Libertador.*–Algo tardíamente, por causas del todo ajenas a mi voluntad, vengo a darme por entendido de las gentiles apreciaciones que le han merecido al eminente publicista y aventajado diplomático doctor C. Parra-Pérez algunos de mis opúsculos sobre temas que han estado sobre el tapete de la discusión en estos últimos tiempos. Bajo el mote: *Las controversias del Deán*, esas apreciaciones aparecieron en las columnas de *El Universal*, los días 5 y 6 y 7 de agosto último, y muy grato me es darle desde estas mismas columnas un cordial apretón de manos al ilustre amigo al referirme en las presentes líneas a sus doctos comentarios.
Desde luego, reciba el doctor Parra-Pérez mis más cálidas gracias por las frases con que se ha servido favorecerme. Nada tan satisfactorio para mí como ese testimonio, proveniente de

tan alta intelectualidad, de haber yo 'recogido y soportado honrosamente' en el campo de la defensa católica 'la difícil sucesión del Arzobispo Castro', y de que la exposición de mis ideas va 'siempre de acuerdo con las reglas estrictas de la dialéctica'. Si me fuera lícito envanecerme, me bastaría ese elogio para estar orgulloso perpetuamente, ya que a ninguna otra alabanza había aspirado nunca.

Y poniendo ahora la vista en los comentarios del doctor Parra-Pérez, es también harto placentero hallar que estamos sustancialmente de acuerdo en nuestros juicios. Sobre todo en lo relativo al tema de la 'masonería' de Miranda, el fallo de Parra-Pérez, que es hoy la primera autoridad en exégesis mirandina, resulta por ende inapelable. Mi expectable comentarista pone en claro ser leyenda lo de la iniciación masónica de Miranda en una Logia de Virginia y, demostrando no haber sido tan ferviente como se ha dicho la admiración del Precursor por Washington, despoja a éste del mérito de maestro del mismo con que D. Benjamín Oviedo Martínez, siguiendo a Chilhsom, quiso enriquecerle. Las siguientes conclusiones de Parra-Pérez son del todo irrebatibles:

'Si el señor Chilhsom solo puede ofrecernos su fantasía como prueba de la supuesta iniciación, su afirmación irá a confundirse en el cesto de los desperdicios con otras innumerables inexactitudes que se han escrito sobre Miranda'. 'D. Gonzalo Bulnes aplica acertadamente a la organización de Miranda el nombre de 'masonería política', y este calificativo podría poner de acuerdo a todo el mundo, a condición de tomar el sustantivo en sentido lato es decir, de llamar masonería toda asociación destinada a alcanzar sus fines por medios secretos'. 'Es claro que el folleto de monseñor Navarro no agota el debate de la cuestión general; pero debe convenirse en la imposibilidad actual de descubrir inspiraciones directas de la masonería en el trastorno revolucionario, porque carecemos de documentos en qué apoyarlas'.

Ahora una aclaración.

Refiriéndose a un párrafo mío tocante a la religiosidad de Miranda y a su actitud para con el Arzobispo Coll y Prat y el Clero, el doctor Parra-Pérez juzga infundada mi aseveración y expone largamente su sentir en cuanto a la real posición subjetiva de Miranda en materia de creencias religiosas. He aquí la parte de mi párrafo que él declara destituida de fundamento:

'Emprendió (Miranda) una campaña de verdadero odio contra el Arzobispo y sacerdotes, hasta el punto de que algún muy autorizado escrito de la época le acusa de haber ordenado la ejecución en masa de ellos, una verdadera matanza de San Bartolomé, que no se efectuó por haber sobrevenido el terremoto de 26 de marzo de 1812'.

Y he aquí ahora el comentario en referencia:

'Ahora bien, no solamente no existe ninguna prueba de este hecho, sino que Miranda no pudo nunca dar orden alguna del género, por la sencillísima razón de que antes del terremoto no ejercía absolutamente ningún poder civil o militar que se lo permitiese. Hacía meses había dejado el mando de las tropas de Valencia, su nombramiento de general en jefe es del 23 de abril, y fue en mayo cuando asumió su precaria dictadura. ¿Qué orden de ejecución en masa podía dictar un simple diputado, y un diputado sin influencias?'.

Pues bien, el documento de apoyo existe y yo tuve suficiente razón para alegarlo al mencionar de paso aquel fracasado proyecto. Se trata de una relación muy solemne, consignada en nuestras actas capitulares, y hecha con motivo de justificar la conducta del Arzobispo Coll y Prat en las contingencias de la revolución emancipadora durante su primera etapa. Esa pieza documental lleva la fecha de 25 de septiembre de 1816, y ostenta al pie las firmas autógrafas de quienes la expidieron, o sea, todos los miembros del Capítulo en la época, testigos presenciales que habían sido (como capitulares o como individuos del Clero) de los acontecimientos, y quienes por ende constituían entonces los sujetos más respetables y destacados del orden eclesiástico en Caracas. Tales personajes eran: el doctor D. José Suárez Aguado, Arcediano (se hallaba vacante el Deanato); el doctor D. Domingo Blandín, Chantre; el doctor D. Nicolás Antonio Osío, Maestrescuela; el doctor D.J. Ambrosio Llamozas, Tesorero; el doctor D. Manuel

Vicente de Maya, Magistral; D. Justo Buroz y doctor D.P. Echezuría y Echeverría, Racioneros; D. Bartolomé Cerdá y D. Pablo Gomilla, Medio-Racioneros.

Ya en mis *Anales Eclesiásticos Venezolanos*, pág. 149, consta una cita de este documento, en la cual aparece haber decretado el gobierno revolucionario la prisión del Arzobispo, 'por sugestiones de Miranda (que aborrecía a Su Sría. Ilima. como contrario a sus ideas y detestables irreligiosas máximas'): prisión que no llegó por fin a efectuarse. Y cuanto al hecho particular que ahora nos interesa, el mismo documento lo especifica, anunciándolo como 'la inaudita carnicería que intentó ejecutar Miranda con otros sus semejantes el año de doce'. Me repugna copiar literalmente el pasaje, y por eso he evitado hasta ahora hacerlo, limitándome a una alusión al vuelo. Pero veo que ya no tengo más remedio que transcribirlo íntegro, para quitarme de encima el sambenito de 'imputaciones sin fundamento'. Dice, pues, nuestra acta:

'El horrible plan era, que el Jueves Santo, al primer golpe de la queda o silencio que acostumbra tocarse con la campana mayor en la Metropolitana esa noche, comenzase el degüello de todos los eclesiásticos seculares y regulares, comenzando por el Señor Arzobispo, a reserva de muy pocos abiertamente declarados y exaltados en su sistema; había setenta encargados repartidos por manzanas para la cruel ejecución, que se habría realizado si a las cuatro de esa tarde por particular disposición de Dios no se hubiera experimentado el horrendo terremoto que derribó todos los templos y casi todos los edificios de la ciudad dejando sepultados bajo sus ruinas más de seis mil de sus habitantes e infinidad de estropeados: este es un hecho en el día indubitable, y que aterrados con el espanto de tan visible castigo publicaron a voces esa tarde muchos de los destinados a la execución'.

Es evidente, por tanto, que yo estuve bien apoyado al emitir mis conceptos, ya que difícilmente se podrá hallar un testimonio contemporáneo mejor garantizado de cualquier suceso histórico. ¿Exageraron aquellos Señores en su narración? ¿Fueron excesivamente crédulos y se dejaron llevar demasiado lejos por las prevenciones corrientes contra el filosofismo del Precursor? Eso sería cuestión de averiguarlo aparte, y no tenía yo para qué detenerme en semejante trabajo crítico. Si a cuentas vamos más bien me gustaría que Miranda saliera ileso de tal acusación, pues nunca le he sido hostil; antes bien, siempre he admirado su personalidad y reconocido sus altos méritos en la preparación de la gesta emancipadora. Pero entretanto, ahí está el documento, en cuya presencia no es posible negar que Miranda careció de ambiente favorable en Caracas, *a causa de sus ideas y detestables irreligiosas máximas*, sin que hubiesen sido parte a desvanecer la irreductible antipatía los agasajos de su proclama de Coro y sus invocaciones en ella a la Divina Providencia y al Creador del Universo.

Me complazco, sin embargo, en reconocer que el doctor Parra-Pérez está en lo cierto al asentar que 'Miranda no pudo nunca dar orden alguna del género, por la sencillísima razón de que antes del terremoto no ejercía absolutamente ningún poder civil o militar que se lo permitiese'. La expresión mía de que nuestro documento le acusa de *haber ordenado* la ejecución en masa, etc. no es, en efecto, del todo exacta. Allí se habla, en el primer caso de 'sugestiones' hechas por Miranda al gobierno revolucionario; y, en el segundo, de cosa 'que intentó Miranda con otros sus semejantes'. Se trata, pues, no de ejercicio de autoridad que ordena y manda, sino de influencia política y de actividades extraoficiales de un hombre que, por más que fuese 'un simple diputado', gozaba de gran prestigio entre sus compañeros de causa, y de cerca o de lejos podía fomentar planes de magnitud espantable. Y así queda desvanecida la incongruencia que sería justo advertir en mi expresión.

Cuanto a las buenas relaciones que Miranda gustó siempre de guardar en sus campañas con el Clero, permítaseme agregar aquí, a la cita que el doctor Parra-Pérez ha hecho de su bello libro *Miranda et la Révolution Française*, y como una ofrenda mía a la gran memoria del Precursor, esta otra de la misma obra (1ª pte., c. VI, pp. 86 y 87):

'El clero belga fue compelido a suministrar mucho dinero para contribuir al mantenimiento de las tropas francesas: en Gante él consintió al general Ferrand un préstamo de un millón de libras en numerario, de las cuales trescientas mil fueron destinadas al ejército de Miranda, por orden del comisario-ordenador. Al convocar a los delegados de la ciudad de Amberes, el 5 de diciembre, Miranda había hecho venir también a los jefes del clero para explicarles las resoluciones de la Convención respecto de Bélgica y las intenciones de los comandantes militares; esas explicaciones parecieron satisfactorias. El clero, que había suministrado al general un poco de numerario, le prometió dar el valor total del empréstito que pedía; por lo cual, en aquel momento, Miranda juzgaba que no había motivo de queja tocante a la conducta de los delegados del clero y del pueblo, y esperaba poderlo arreglar todo. En verdad, de parte de un general jacobino, parece que las relaciones de Miranda con las autoridades eclesiásticas fueran más bien demasiado amigables; cuando iba él a dejar a Amberes, el Obispo Mons. Corneille-François de Nelis sentía que 'los destinos llamasen a otra parte al general, y que éste partiese tan pronto para el gusto de sus solícitos deseos'. El prelado, que se había presentado en su casa, no habiéndole encontrado, le enviaba 'como tarjeta de visita, las bagatelas adjuntas': unos clásicos latinos y españoles y folletos de su composición; si el general gustaba del regalo, el Obispo se permitiría remitirle pronto otras 'naderías literarias'. Dondequiera 'que esté el general Miranda, agregaba Mons. Nelis de manera muy lisonjera, el respeto y todos los sentimientos debidos a los grandes talentos irán a encontrar, de parte de su servidor, al hombre de letras, al filósofo lleno de amenidad y de los más vastos conocimientos, al gran militar, a aquel, en fin, de quien Homero y tras él Horacio habrían dicho: *Qui mores hominum multorum vidit et urbes*'.

El comentario de los *Tópicos Bolivarianos* es también sobrado lisonjero y, para mi fortuna, nada contiene que me obligue a hacer aclaraciones. Repito que estamos sustancialmente de acuerdo y en lo tocante a la sincera religiosidad del Libertador, que es el tema de mayor cuantía, bástame poner de resalto esta conclusión de Parra-Pérez:

'Cualesquiera que hayan sido las circunstancias, es un hecho que Bolívar murió en el seno de la Iglesia y nada permite dudar de su sinceridad. En último análisis, puede admitirse que el Libertador evolucionó en materia religiosa y que su espíritu, abandonando progresivamente las ideas brillantes de la juventud, buscó nueva orientación, bajo la influencia de la edad y del medio y por la conciencia de sus graves responsabilidades'.

Después de esto, algunas pequeñas divergencias de criterio en la interpretación de ciertos hechos, actitudes o palabras, no merecen la pena de ser tomadas en cuenta.

No obstante, *por no dejar*, como decimos en criollo, y sin que ello sea incurrir en argucia, permítame el doctor Parra-Pérez oponer al apotegma de Locke: 'Nada hay en el espíritu que no haya pasado antes por el canal de los sentidos', el viejo axioma escolástico: *Nihil est in intellectu nisi prius fuerit in sensu*, con el cual, manteniéndose inconmovible la espiritualidad del alma, quedan, sin embargo, del todo desechadas las ideas innatas. Me bastaba, pues, someter las palabras de Bolívar 'al crisol de una crítica discreta' para despojarle del significado materialista que, seguramente, no se avenía con la medida de su grandeza. No hay que olvidar, por otra parte, que Bolívar no era un creador de sistemas de filosofía ni un profundo estudioso de la materia; por lo cual es preciso no tomar muy en serio sus dichos sobre el particular y darnos por bien servidos de que *ni acusen herejías filosóficas ni contengan adefesios dogmáticos*.

Termino, pues, reiterando las más cordiales gracias a mi buen amigo el doctor C. Parra-Pérez por la amable atención que se ha dignado prestar a mis modestas producciones.–*N. E. Navarro*, Prot. Apost.".

(*El Universal*, 27 de septiembre de 1934).

MIRANDA Y EL CLERO[173]

No quisiera que el respetable público imaginase que monseñor Navarro y yo estamos de acuerdo para devolvernos mutuamente el ascensor, y por tal motivo me abstengo de renovarle aquí elogios que el insigne prelado merece, sin necesitarlos. Permítame solo este que le exprese las gracias por la benevolencia con que tuvo a bien leer mis comentarios sobre algunas de sus opiniones.

Del cotejo de piezas históricas presentadas por ambos aparece esclarecido un punto esencial, a saber: el texto que cita monseñor, si bien confirma su jamás discutida probidad de historiógrafo, no prueba en manera alguna que Miranda haya "ordenado la ejecución en masa" de los sacerdotes, "una verdadera matanza de San Bartolomé" antes del terremoto del 26 de marzo, cosa materialmente imposible por las razones que aduje y quedan aceptadas como buenas. El documento, que data de septiembre de 1816, período de plena reacción española, fue destinado a "justificar la conducta del arzobispo Coll y Prat en las contingencias de la revolución emancipadora durante su última etapa". Que los rumores de matanza a que se refiere hayan sido fundados, es difícil averiguarlo. El justificativo resulta, en rigor, inútil: el arzobispo era realista, y tenía perfecto derecho de serlo, sobre todo si se recuerda

[173] Publicado en *El Universal* de Caracas. En fecha 9 de enero de 1936, monseñor Navarro tuvo a bien escribirnos con referencia a este nuevo artículo: "Aunque no se ha tratado, en el caso, ni con mucho de una polémica, sino de una simple aclaración de puntos de vista, no ha dejado de ser aplaudida la serenidad y cortesía en que este cruce de ideas se ha desarrollado, sobre todo en los momentos en que por un asunto fútil, se exhibían aquí por la prensa los contendores con demasiada acerbidad".

su condición de peninsular. Por lo demás, la cuestión de la actitud del clero, o de muchos sacerdotes, ante la causa republicana es compleja y no puede analizarse en pocas líneas.

Es bueno precisar hechos y fechas. Miranda, diputado, no sugirió al gobierno revolucionario la prisión del arzobispo. Miranda, generalísimo y dictador, ordenó que se condujese al arzobispo al castillo de La Guaira y dio comisión para ello al canónigo Cortés de Madariaga. La orden, que no fue ejecutada, se dictó meses después del terremoto, cuando ya la paciencia del dictador se había agotado, porque monseñor Coll y Prat rehusaba colaborar con las autoridades, en la necesaria tarea de convencer al pueblo de que la catástrofe no era castigo divino por el crimen de independencia. ¿Qué hizo el arzobispo cuando se le pidió una pastoral tranquilizadora? Todo lo posible por retardarla y, cuando no hubo más remedio, arreglóselas de manera que el gobierno se vio obligado a prohibir que circulase dicha pastoral, por estimarla contraproducente.

A Miranda se le tildaba entonces –al gusto de cada uno de sus numerosos adversarios– de agente de Inglaterra o de jacobino francés. Los clérigos, aun los republicanos, preferían hacerle este último cargo. Varias veces se ha insistido sobre las ideas y acciones de pura invención atribuidas a aquel célebre personaje. La leyenda es más fuerte que la historia y, con frecuencia, la reemplaza. ¿Quién deshace el enredo? Todo el mundo acepta que, como nos dice monseñor Navarro, "Miranda careció de ambiente favorable en Caracas, a causa de *sus ideas y detestables irreligiosas máximas*". Ahora bien: Juan Germán Roscio, testigo ocular e importante, en carta a Andrés Bello de 9 de junio de 1811, acusa expresamente a nuestro asendereado general de complicidad con el arzobispo y su clero, amén de otras lindezas. Todo, a propósito de la publicación por Guillermo Burke de sus consideraciones sobre tolerancia religiosa. Escribía Roscio:

"Apenas leyó Miranda la *Gaceta*, cuando se propuso la idea de negociar por el camino de la religión o más bien, de la hipocresía refinada. Creyó hallar, o haber hallado un medio muy proporcionado para reparar ventajosamente las quiebras que había padecido su opinión en los

sucesos anteriores. Marchó a la casa arzobispal; y revestido de un tono muy religioso, graduó el discurso de irreligioso y ofensivo a la pureza del cristianismo; y excitaba al prelado metropolitano a tomar parte en la censura de la *Gaceta* y en la condenación del discurso. El arzobispo supo eludir esta tentativa con mucha discreción; y traslujo desde luego el espíritu del nuevo defensor del catolicismo.

"Frustrado este primer paso, dio el segundo trasladándose a la casa del doctor Lindo para alarmarle contra el tolerantismo político. No dejaría el buen anciano eclesiástico de manifestar el sano concepto de religioso que había ganado Burke desde que vino a esta ciudad. Entonces Miranda disculpó a este escritor, afirmando que Uztáriz, Tovar y Roscio eran los autores del discurso. Con este arbitrio, excitó a otros eclesiásticos y doctores; y celebraron claustro para impugnarlo; pero todos quedaron convencidos de la hipocresía del promotor y de las miras que llevaba para acreditarse entre los miembros del congreso, que estaba ya para instalarse y se componía de algunos eclesiásticos y seculares muy celosos por la religión.

"A este convencimiento, contribuyó mucho el hallarse en el plan de los incas un artículo expreso de constitución para establecer en Venezuela y en toda la América, la tolerancia de religiones; y esto mismo desacreditó más a su autor en las elecciones del nuevo gobierno. Antes de este acto, procuró que Burke fuese expelido de la tertulia patriótica, donde estaba incorporado; y también se desopinó mucho con esta pretensión"[174].

Ahí tenemos, pues, a Miranda sindicado como principal autor de la campaña hecha por la Iglesia y la Universidad contra su viejo amigo el liberal Burke. Entiéndalo quien pueda. Don Juan Germán y también Uztáriz estaban reñidos con el general, a causa del proyecto constitucional. El ilustre patriota habría querido introducir los famosos incas en Venezuela, pero como sus colegas no aceptaron la sugestión, apartóse del trabajo y no volvió a decir esta boca es mía, en cuanto al proyecto,

[174] Véase Amunátegui: *Vida de don Andrés Bello*, p. 98.

hasta que votada la Carta, formuló sus reservas. Aquí podríamos recordar aquello de que la ideología mirandina perdió a la República y otras doctísimas sentencias. Si las ideologías constitucionales perdieron a la República, fueron ellas de Roscio, de Uztáriz y de otros próceres, y nunca del general, cuyos incas no tuvieron ninguna responsabilidad en la catástrofe, aunque sirvieron quizá de alimento a la guasa de los caraqueños, quienes siempre han sabido reír. Recuérdese, en todo caso y para su descargo, que en la tradición peruana Miranda solo buscaba un nombre, apoyándose en ciertas razones. Es probable que a estas se agregara entonces la de no querer, por odio a Bonaparte, llamar cónsules a sus magistrados. En 1816 Belgrano y tal vez San Martín pensarán en coronar en Buenos Aires a un inca auténtico. Pero esa es otra historia.

Roma, 17 de diciembre de 1934.

NOTA SOBRE MADARIAGA[175]

El reciente estudio del historiador colombiano D. Daniel Arias Argáez sobre la misión de Madariaga a Santa Fe[176], llama por un momento la atención sobre la personalidad del célebre *canónigo de Chile*, a quien tocó llevar a aquella ciudad las ideas de Miranda acerca de la formación de un solo Estado con las provincias venezolanas y granadinas. El Precursor comunicaba el viaje a la Junta del Nuevo Reino, el 22 de enero de 1811, con estas palabras decisivas: "El canónigo doctor D. José Cortés Madariaga, que hace poco salió de esta ciudad para esa capital y va encargado de una importante comisión, dirá a V. A. cuanto yo podría sugerir en esta acerca de una reunión política entre el Reino de Santa Fe de Bogotá y la Provincia de Venezuela, a fin de que formando juntos un solo cuerpo social gozásemos ahora de mayor seguridad y respeto y en lo venidero de gloria y permanente felicidad"[177].

Los datos que se poseen respecto a Madariaga son insuficientes y aun contradictorios. Su nacimiento, en Santiago, puede situarse entre 1770 y 1780. Arístides Rojas escribió sobre el personaje un estudio en el cual mezcló a informaciones útiles y ciertas algunas puras invenciones de la imaginación, que tal vez deban atribuirse a los "biógrafos chilenos" a que alude[178]. Según el polígrafo caraqueño, la familia del

---

175 Publicado en *El Nuevo Diario*, Caracas, 16 de abril de 1933.

176 Véase el comentario del *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Nº 68, Oct.-Dic. 1934.

177 Una traducción inglesa de este documento y de la respuesta de Acevedo Gómez se encuentra en Londres, en los archivos del *War Office*, 1-108, pp. 347-355. Estas y otras copias aquí utilizadas pertenecen a la colección de papeles de archivo ingleses referentes a la independencia de Venezuela, que posee el autor del presente artículo. Dicha colección va hasta el año de 1816.

178 Los hombres de la revolución, en *Estudios históricos*, Serie primera, pp. 174 y ss. Edición de 1926.

canónigo estaba emparentada con la de los Carrera. Agrega que, prebendado de la Catedral de Santiago, hubo de marchar a Madrid, en 1794 o 1796, a causa de un litigio con el fiscal de la Audiencia D. Miguel de Eizaguirre, litigio que vino a arreglarse a satisfacción de entrambos, por intervención del neogranadino Mallo, privado de la reina María Luisa. Algunos años más tarde menciónase su nombre como uno de los agentes enviados por Miranda a propagar la revolución en América. Cuanto dice Rojas sobre las relaciones personales de entonces entre el Precursor y el canónigo parece sin fundamento, y es absolutamente inverosímil la participación del primero en la provisión de una canonjía para el segundo. Las observaciones hechas a este último respecto por monseñor Navarro son muy pertinentes y nos dispensan de insistir[179]. La frase: "Yo me glorié de ser americano cuando vi, cuando traté a este hombre", pronunciada por Madariaga en San Carlos en 1811, no prueba lo que pretende D. Arístides y este, además, confunde el grado de teniente general que la Junta Suprema había dado entonces a Miranda, con el cargo de generalísimo que le confió el Poder Ejecutivo al año siguiente. La suposición de las referidas relaciones trae su origen en cierto párrafo de un escrito de O'Higgins citado por D. Ernesto de la Cruz[180] y que dice: "La paz de Europa con la Francia por los tratados de Basilea y la guerra de aquella con Inglaterra, presentaron un nuevo teatro lisonjero a las meditaciones de Miranda, porque se esperaba esta circunstancia para dar principio a las operaciones; partió O'Higgins para España con los planes convenidos en Londres con los americanos del Sur, Bejarano, Caro... y otros, con los planes que presentó a su ingreso a la Península, a la Gran Reunión Americana, reservando para la *Comisión de lo Reservado* de esta lo más secreto y que no se podía revelar al común de la Gran Reunión. Fijó esta su cuartel central en las mismas columnas de Hércules y de allí partieron las centellas que vinieron a despedazar el trono de la tiranía en América del Sur: O'Higgins para Chile y Lima; Bejarano para Guayaquil y Quito; Baquijano para Lima

179 *Anales Eclesiásticos Venezolanos*, pp. 130-131.

180 Epistolario de O'Higgins, I, p. 30.

y el Perú; los canónigos Freites y Cortés también para Chile, aunque el último tomó y se le encargó la...". El insigne Vicuña Mackenna, no siempre fidedigno, incluye el nombre de Isnardi después del de Caro[181]. Los hechos a que se refiere O'Higgins (cuya memoria ofrece lagunas como hemos tenido ocasión de indicar), corresponden al año de 1799.

Ramón Azpurúa escribe: "Por el año 1806 volvía (Madariaga) a Chile, pero incidentalmente tocó en tierra venezolana, que le cautivó por la cultura de sus hijos, lo que le indujo a fijar su residencia en Caracas. Al fin del reinado de Carlos IV ocupaba un puesto eclesiástico en el coro de la catedral"[182]. D. Gonzalo Bulnes da otra versión aún más inexacta que la anterior: "Había sido en Chile en 1808 de la parcialidad del deán Recabarren, en su enconada lucha con el vicario Rodríguez Zorrilla, y a consecuencia de ello se había marchado a Madrid a presentarle sus reclamaciones al Rey, y ese día (el 19 de Abril) estaba en la capital venezolana de paso para Santiago". Por una dificultad no conocida retardaba su partida, la cual enuncia así el comisario de la Regencia en 1813, Urquinaona, que narró estos sucesos con documentación española: "por la causa que a la sazón se le seguía en la Capitanía General" (¿de Chile?)[183].

Lo que hay de cierto es que, según las actas del cabildo eclesiástico de Caracas, citadas por Arístides Rojas, una Real Cédula de 6 de mayo de 1803 acordó a Madariaga la canonjía de Merced de la catedral de Caracas, a cambio de la que años antes se le había otorgado en la de Santiago, y que a fines de junio de aquel año tomó posesión de su destino.

José Domingo Díaz traza un retrato truculento del canónigo, a quien concede algunas cualidades y atribuye muchos defectos[184]. Muy significativos son, en todo caso, los pormenores que nos da monseñor Navarro sobre la actitud del segundo durante los siete años de su residencia en Caracas que precedieron a la Revolución de Abril y sobre sus actividades

---

181 Citado por Becerra: *Vida de don Francisco de Miranda*, II, p. 20. (Edición de Madrid).

182 *Biografías de hombres notables de Hispanoamérica*, I, pp. 111-112.

183 *Nacimiento de las repúblicas americanas*, II, p. 132.

184 *Recuerdos de la rebelión de Caracas*, p. 17.

que "no se compaginaban con las funciones litúrgicas". Un deseo parece haber dominado siempre al inquieto chileno: salirse de Caracas. Solo la oposición del cabildo eclesiástico, apoyado en reales cédulas, le retuvo en nuestra capital, y su insistencia en pedir permiso para dejar el puesto contribuye a destruir la presunción de que anduviese en conspiraciones por la libertad de Venezuela ni allí trabajase por orden de Miranda. Su nombre no figura antes de 1810 sino en pleitos con sus colegas del capítulo, quienes declararán luego que se hallaba "desviado del servicio de su prebenda y totalmente retirado de la Iglesia hai más de seis años" y repudiarán por completo toda idea de que fuese su delegado en la Junta Suprema. Lo curioso del caso es que el cabildo no quisiera deshacerse de aquel sacerdote, amigo de querellas y nada cumplidor de sus deberes, y le retuviese a la fuerza, por decirlo así, para un sillón que no ocupaba y el cual no vino a declararse vacante sino en 1817. La consecuencia muy funesta fue que el clero caraqueño careció de verdaderos representantes en el gobierno revolucionario, pues tampoco podía tener tal carácter aquel otro atrabiliario presbítero Ribas Herrera.

Mancini cita a Madariaga entre las personas que tomaban parte en las reuniones tenidas en casa de los Bolívares, los Ribas y los Montillas, donde se conspiraba contra el capitán general. El canónigo se proponía para arengar al pueblo[185]. Ignoramos la fuente de tales informaciones, y se sabe que las del admirable escritor francés no son siempre seguras. En todo caso, Madariaga no aparece en el largo proceso a que dio pábulo la agitación de los mantuanos en 1808, publicado por D. Jorge Ricardo Vejarano, cuyo libro permite seguir de cerca los sucesos de aquella época.

En cuanto a la participación en el golpe de Abril, Rojas dice que el padre José Félix Blanco, encontró a Madariaga en el confesonario y que este "absolviendo con la prontitud que exigían las circunstancias a su hija de confesión, deja el templo y sale con el comisionado...". Versión que ratifica D. Andrés F. Ponte: "... se precipitó sin sombrero, dejando absorta la penitente que confesaba"[186]. Monseñor Navarro no cree en lo

[185] *Bolívar et l'Émancipation des Colonies Espagnoles*, pp. 281-284.

[186] *La revolución de Caracas y sus próceres*, p. 102.

de la confesión y supone más bien que el canónigo andaba "merodeando por la Merced", en vez de haberse hallado en los oficios de catedral. Urquinaona dice: "... se presentó en la Sala el canónigo de Chile, conducido por los amotinadores (sin embargo de que en más de tres años no había asistido al coro pretextando enfermedades) y con la desfachatez que lo caracteriza..."[187]. Y Mancini inventa: "El canónigo venía de la iglesia de la Merced, situada en la parte alta de Caracas, a bastante distancia de la plaza. Pronto a responder al llamamiento de sus amigos, había permanecido desde el alba, en observación, en aquel punto alejado, a fin de asegurar la adhesión de los habitantes del barrio de la ciudad sobre los cuales era más cierto su ascendiente"[188].

Una carta de Roscio a Andrés Bello[189], confirma el carácter voluble y extravagante de Madariaga y nos trae fuerte presunción de que no tuvo tales relaciones anteriores con Miranda ni trabajó por cuenta de este. Adviértase, por lo demás, que ni Precursor ni canónigo fueron nunca santos de la devoción de D. Juan Germán: "El canónigo de Chile D. José Cortés Madariaga, que desde la primera solicitud de Miranda para regresar a su país la contradijo con tanto ahínco que protestó ausentarse a su tierra luego que se le concediese el permiso que solicitaba desde esa Corte[190], varió de tono cuando aquel fue recibido en La Guaira: y fue el único miembro del Gobierno que salió de la ciudad a recibirle en la bajada de la cumbre. Con este motivo, y el de su posterior comunicación, estrechó con él su amistad; y por el camino de su comisión a Santa Fe fue recomendando y aplaudiendo la persona y conducta de Miranda en los términos que usted habrá leído en nuestra *Gaceta*. Mucho más lo aplaudió y recomendó en aquella capital, donde logró que sus aplausos y recomendaciones se insertasen en el periódico ministerial, y que en el mismo se publicasen las alabanzas que Miranda había hecho imprimir en Londres bajo el título de Emancipación de la América".

---

187 *Relación documentada*, p. 30. (Edición de la Editorial América, 1917).

188 *Loc. cit.*, p. 287.

189 Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello*, 9 de junio de 1811, pp. 101-102.

190 Miranda, se entiende.

Rojas afirma que Madariaga llegó a Bogotá en mayo de 1811, después de cinco meses de viaje. La mencionada traducción inglesa de la respuesta de Acevedo Gómez a Miranda lleva fecha del 22 de marzo y dice entre otras cosas: "Los anexos documentos impresos darán a Vuestra Excelencia una idea de la recepción encontrada en este Supremo Gobierno por D. José Cortés Madariaga, tanto por sus propios méritos y haber sido digno de la confianza de su Corte (*sic*), como en consideración a la respetable recomendación de Vuestra Excelencia". Y según aparece también de la traducción inglesa de la contestación dada por el secretario de Estado al propio Madariaga, este presentó sus credenciales el 15 de marzo, habiendo sido recibido "con los honores señalados por ordenanza a los embajadores de Estados soberanos"[191]. Como el Tratado no se firmó sino el 28 de mayo, es posible que haya error de fechas en estos documentos ingleses, sin que excluyamos que tal error provenga de la copista que trabajó para nosotros hace diez años, la cual es, sin embargo, especialista concienzuda.

Habría que consultar los anexos impresos o verificar el punto en Caracas o Bogotá. A menos que las negociaciones se prolongasen por más de dos meses, lo que es también posible. La data del Tratado resulta de la certificación de Acevedo Gómez de 7 de junio, que dice haberse aquel celebrado el "28 del mes próximo anterior"[192].

El canónigo regresó a Venezuela por el río Meta y de este subió por el Orinoco y el Guárico hasta Calabozo. De su viaje publicó una relación citada por Rojas[193] que no hemos leído. Pero tenemos a la vista una noticia sucinta de su paso por aquellas regiones, probablemente inspirada en la publicación referida e inserta en la *Ojeada sobre Hispano-América*, escrita por el negociante inglés o norteamericano William D. Robinson. Este sujeto residió siete años en Caracas a principios del

---

191 *War Office*, *loc. cit.* Nos vemos naturalmente obligados a retraducir los textos al español.

192 *Documentos para la vida pública del Libertador*, III, p. 32. Véase también a Restrepo, *Historia de Colombia*, I, p. 106; y a Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, I, p. 187.

193 *Loc. cit.*, p. 219. La cita de Doc. III, p. 610, hecha por Mancini respecto de esta relación del viaje de Madariaga es inexacta.

siglo XIX, defendió a Miranda en 1806 desde las columnas del *Barbados Mercury* y envió más tarde al almirante Durham interesantes informes sobre el estado de América y de Venezuela en tiempos de nuestra Segunda República[194]. Creemos oportuno recordar que el eclesiástico chileno no fue el descubridor del Meta y que los españoles practicaban por esas aguas considerable comercio, que fue después abandonado. Mas he aquí la traducción de Robinson:

"No fue sino en los años 1810 y 11, durante el período en que Caracas gozó de corta vida independiente cuando un distinguido patriota llamado Madariaga Cortés, canónigo de Chile, se propuso explorar *una navegación al interior, desde las extremidades de Venezuela hasta pocas leguas de la ciudad de Santa Fe de Bogotá, capital de Nueva Granada*[195]. Seguido solo de algunos compañeros, partió de Santa Fe hacia las cabeceras de un río llamado Meta, que era tan desconocido de los geógrafos como de reputación. Algunos jesuitas escapados de la persecución y algunos misioneros, eran los únicos habitantes blancos que habían visitado este río y a quienes se permitiera establecerse en él. El canónigo de Chile y su pequeña e intrépida banda, en lanchas de su propia construcción, comenzaron sin aprensiones la bajada, visitaron varias tribus de salvajes que vivían en las riberas o a pocas millas del río, siendo tratados hospitalariamente por todas ellas, debido a que el canónigo llevaba en sus manos el estandarte de la libertad y se declaraba hostil a los españoles. De otra manera no habría pasado con seguridad, pues muchas de estas tribus traían guerras eternas con los últimos y habrían sacrificado a todos estos aventureros, sin la habilidad y buena dirección del canónigo. Después de navegar catorce días, a través de un país muy bello y fértil y por un río de *una milla de ancho generalmente y de cinco o seis brazas de profundidad*, de plácida corriente, sin caída o bajo algunos que interrumpiesen el curso de más de ochocientas millas, llegaron a los ríos *Apure* y *Apurito*,

---

194 Foreign Office, 72-181. Georgetown, 1815. El título completo del Informe es: "Ojeada sobre Hispano-América, en particular sobre los vecinos Virreinatos de México y Nueva Granada, con el intento principal de ilustrar una política de pronta conexión entre los Estados Unidos y estos países".

195 La bastardilla es de Robinson.

uno que serpea por el corazón de Venezuela y otro que desciende hacia el Orinoco (*sic*), probando así una grande y fácil comunicación por agua de *más de mil seiscientas millas, desde las bocas del Orinoco en el Atlántico, en el golfo de Paria*, hasta el centro mismo de Nueva Granada y *a pocas millas de Santa Fe*".

"La suerte del Canónigo se deplora en toda la América del Sur. Ni el brillo de sus talentos, ni sus virtudes privadas, pudieron preservarle de la rabia de Monteverde. Este ordenó encerrarle durante muchos meses en las bóvedas de Puerto Cabello y de allí se le envió encadenado a España. Las noticias más recientes dicen que arrastra sus grillos en la fortaleza de Ceuta".

Saltemos sobre los incidentes de la carrera de Madariaga en la época de la Primera República, que son perfectamente verificables[196], para llegar precisamente a su prisión en Ceuta y en compañía de Roscio, Juan Paz del Castillo y Juan Pablo Ayala. Según Rojas, los americanos se fugaron de aquella plaza, a fines de febrero de 1814, con la complicidad del comerciante inglés de Cádiz Tomás Richards, refugiándose en Gibraltar. El gobernador general Campbell entrególos de nuevo a las autoridades españolas y fue entonces cuando los próceres imploraron la intercesión del príncipe regente y del gobierno de Inglaterra. Los otros revolucionarios que habían sido enviados con aquellos a España, Varona o Barona, Mires, Ruiz e Isnardi, que eran peninsulares, permanecían también en prisión y varios autores afirman que allí murieron[197]. Estos y los cuatro americanos formaban el grupo de "los ocho monstruos" de que hablaba Monteverde a la Regencia.

---

196 Con referencia al amistoso cambio de idea que tuvimos hace poco con monseñor Navarro sobre el tema Miranda y el clero, recordemos que en 1812 se había designado a Madariaga para ir en misión diplomática a los Estados Unidos; pero, el 5 de julio, el dictador decidió que fuese Gual en su lugar y se quedara el canónigo "para arreglo de materias eclesiásticas". Este último recibiera antes las conocidas órdenes para llevar al arzobispo a La Guaira, órdenes pronto suspendidas por una carta de Soublette, secretario de Miranda. (Véase a José María de Rojas: *El general Miranda*, pp. 687-688).

197 Sin embargo, Mancini (*loc. cit.*, p. 394), da noticia de la evasión de Mires.

En un escrito de siete páginas (¿dirigido a lord Grenville?) fecha 14 de mayo de 1814[198], el canónigo acusa al gobernador de Gibraltar de violación de la ley británica de la hospitalidad, por haber entregado al de Ceuta cuatro naturales de Caracas, mientras se amparaban de injusta persecución. Se negaba a estos todo derecho, desoíase su defensa y no se les permitía apelación alguna. Al volver al presidio encerróseles rigurosamente y fueron privados de comunicación con el exterior[199], siendo de todo ello responsable el general inglés. Comprendidos en la capitulación de julio de 1812, violada traidoramente por el jefe español que la firmara, habían sido, sin embargo, encarcelados y luego remitidos a Cádiz, y a pesar de que dicha capitulación fue aprobada por las Cortes, se les mantuvo en prisión. Escapados, helos de nuevo en manos de sus enemigos.

Otro extenso memorándum de nueve páginas fue enviado esta vez directamente al príncipe regente con fecha 23 de junio. Madariaga afirma allí que no ha cometido ningún crimen ni merece las contumelias que le prodigan los periódicos de Cádiz. Ni él ni sus amigos han sido juzgados. Debería ponérseles en libertad y aun recibírseles en triunfo "por haber capitulado de modo que aseguraba la sumisión de las Provincias de Venezuela a las Cortes y a la Regencia de España". Pero las gacetas y periódicos tenían interés en que se infringiera la capitulación en lo relativo a su proceso y las pruebas que favorecían a los presos se ahogaban en medio de la algarabía. En España, la mayor parte de las gentes aprobó la actitud de las Cortes, pero los peticionarios continuaron en las cárceles, con el pretexto de que tal vez habían cometido algún crimen después de la capitulación.

Llegados a Ceuta el 5 de mayo, multiplicaron inútiles súplicas a la Regencia y a las Cortes. Resolvieron entonces "emigrar" a Gibraltar, contando con recibir protección. Pero el gobernador les entregó a

198 Foreign Office, 72-169. También aquí retraducimos textos.

199 A juzgar por toda esta correspondencia y por la fuga misma, el encierro de los patriotas en Ceuta y su incomunicación no debieron ser excesivas. Parece que lo de grillos y cadenas es literatura.

despecho de sus ruegos y contra todo derecho. Las cartas escritas a varias personas, al gobierno español y aun al príncipe regente de Inglaterra, cuya copia remite el canónigo, quedaron sin contestación: una vez más, el último pide auxilio.

Lord Grenville transmitió la solicitud a lord Bathurst, ministro de la Guerra, y este a *Downing Street*, por la siguiente carta: "Ministerio de la Guerra.–13 de agosto de 1814.–Por orden del conde Bathurst envío a Vd. las anejas traducciones de dos papeles españoles que ha puesto en sus manos lord Grenville. Han sido escritos por cuatro naturales de Venezuela, que escaparon de Ceuta a Gibraltar, fueron entregados de nuevo a las autoridades españolas y desde entonces se hallan confinados estrechamente en Ceuta. Sin embargo, la operación aparece hecha bajo el gobierno del teniente general Campbell, muerto después, y lord Bathurst no ha tenido ningún informe anterior sobre el particular. Su Señoría pide a Vd. sugiera a lord Castlereagh la conveniencia de mandar copia de estos documentos a Sir Henry Wellesley, para que este pueda dar los pasos que la naturaleza del caso requiera, a fin de obtener la liberación de los peticionarios. Tengo a honra ser, Señor, su obediente servidor.–*H. B. Bundbury*.–Al señor Wm. Hamilton".

Sir Henry Wellesley, embajador en España, practicó inmediatamente oportunas diligencias, mas la irritación de las autoridades contra los insurgentes sudamericanos era tal y aquellas fueron recibidas con tanta frialdad, que sir Henry no esperaba buen éxito. En efecto, el gobierno español dejó sin respuesta su nota de 5 de enero de 1815. El embajador escribió otra vez el 9 de marzo y el 17 del mismo mes tuvo una entrevista con Cevallos[200].

El 12 de agosto Vaughan, sucesor de sir Henry, avisó a Castlereagh que la prisión de los cuatro *gentlemen* había sido aprobada por el Consejo de Indias, e incluyó varias copias de la correspondencia cruzada entre la embajada y el gobierno español, especialmente de una nota de Cevallos

[200] Foreign Office, 72-173, Nº 6. Wellesley a Castlereagh, 10 de enero de 1815; *ibidem*, 72-174.

que daba pormenores sobre el arresto, fuga y detención de los revolucionarios venezolanos. Mandó también copia de una deposición de Madariaga, fechada el 21 de febrero de 1814. Pero la insistencia británica consiguió sus fines, y el 15 de diciembre, Vaughan comunicó que los prisioneros habían sido devueltos a Gibraltar y puestos a disposición del príncipe regente[201].

El último documento que hallamos en los archivos de Londres en que se mencione este asunto es una carta de Cevallos al embajador inglés, de 14 de mayo de 1816. El ministro español recuerda que los prisioneros fueron entregados a las autoridades de Gibraltar, en virtud de la intervención del príncipe regente. Roscio, Ayala y Castillo habían llegado a San Tomás el 27 de enero anterior y seguido el 28 para Jamaica. Como se temía que recomenzaran las maniobras revolucionarias, Cevallos confiaba en que Inglaterra tomaría medidas para impedir las consecuencias[202]. Nada se dice allí de Madariaga, pero todo permite creer que regresó a América con sus compañeros. Hay cartas de Bolívar, dirigidas a Jamaica en septiembre y noviembre del dicho año 1816, por las cuales el Libertador excita a aquel a volver a Venezuela. De estas misivas citadas por Rojas[203], el doctor Vicente Lecuna solo inserta en su magnífica colección la del 26 de noviembre[204].

Después de la aventura del Congresillo de Cariaco, en 1817, el Libertador escribió a Martín Tovar Ponte, mantuano demócrata y federalista inveterado: "El canónigo restableció el gobierno que tú tanto deseas y ha durado tanto como casabe en caldo caliente"[205]. En diciembre ordenó al gobernador de Guayana que si Madariaga, intrigante e impostor, se presentaba en la provincia le arrestase con el fin de juzgarle[206]. Por

---

201 Foreign Office, 72-76, Nº 4; *ibidem*, Nº 17. Nota a Castlereagh.

202 Foreign Office, 72-186.

203 *Loc. cit.*, p. 229.

204 *Cartas de Bolívar*, 1, p. 256.

205 *Ibidem*, p. 291, 6 agosto de 1817.

206 Rojas, *loc. cit.*, p. 235.

último, el 21 de julio de 1821, Bolívar puso en carta a Montilla esta frase que puede considerarse como un epitafio: "El canónigo es loco y debe tratarse como tal"[207].

Roma, 18 de marzo de 1935.

[207] Lecuna, *loc. cit.*, II. p. 230.

LA CONFESIÓN DE BERNARDO BERMÚDEZ[208]

La muerte de Bernardo Bermúdez es uno de los episodios más dolorosos y dramáticos de la guerra de la Independencia en el oriente de Venezuela. El fusilamiento y luego el asesinato del héroe milagrosamente sobrevivo, la cólera de Aquiles José Francisco, y hasta la romántica y quizá supuesta intervención de las mujeres entre Cerveriz y el herido, todo contribuye a dar a aquel lance carácter de grandeza trágica.

Las nuevas *Memorias* de Andrés Level de Goda, publicadas como las anteriores por el doctor Vicente Lecuna[209], a cuya labor inteligente y nobilísima tanto debe la historia patria, traen otro elemento turbador a la apreciación de la personalidad del joven cumanés, al mismo tiempo que esclarecen las circunstancias de la ejecución misma. Según Level, Bernardo Bermúdez había abandonado la causa patriota cuando cayó en poder de los realistas. El testimonio es formal y merece tomarse en cuenta, aunque muchas de las afirmaciones que vemos en los escritos de aquel vehemente letrado deban sujetarse a caución. Sigamos su relato: "Recibí carta muy expresiva de mi referido cuñado Bermúdez, el cual me rogaba le tuviese junto conmigo en Cumaná, pues quería separarse de la causa en que había entrado; que después de ocupar a Maturín y como jefe de allí haber derrotado al coronel La Hoz, se introdujo un tal Piar intrigando y revolviendo aquello con alborotos y escándalos, hasta usurpar el mando, y me ofrecía ponerme al corriente de lo que había descubierto acerca de quitárseme la vida. Le contesté manifestándole todo el placer que su carta me había causado y le dije

---

208 Publicado en *El Nuevo Diario*, 29 de abril de 1935.

209 *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, N°s 63 y 64, agosto-diciembre de 1933.

'que inmediatamente se saliera de Maturín para Trinidad, procurando navegar por la derecha del Golfo a Pedernales y de Trinidad se viniese a Cumaná sin perder tiempo ni tocar en ninguna parte, aunque fuese necesario fletar una embarcación', a cuyo fin le mandé una libranza de mil pesos fuertes que dicho D. Juan Manuel de Tejada me franqueó". Fue entonces cuando Bermúdez cayó en poder de Cerveriz, quien ordenó fusilarle. "Bernardo –agrega Level–, recibió cuatro balazos, como lo probaba la mucha sangre que vertía, e inclinó la cabeza, pero a poco rato la levantó, habló y el capuchino Fray José de Ricla, que le auxilió y no se había retirado, contemplando aquel sangriento espectáculo, individuo de mi casa y familia que algunos años había mirado con la mayor predilección, se echó sobre Bernardo abrazándole y gritando perdón, cuya palabra repetía todo el pueblito junto con los soldados". Llevaron al herido a casa de un rico hacendado de nombre don Antonio Toro, donde cierto español, siguiendo instrucciones dadas por Cerveriz, antes de embarcarse para Trinidad, le mató de un trabucazo. Al cabo de una hora llegó a Yaguaraparo la partida de José Francisco, quien encontró al hermano muerto y empezó sus venganzas".

Hasta aquí Level de Goda.

En la colección de papeles de archivo ingleses que hemos mencionado en recientes ocasiones, figura una pieza que creemos inédita, y la cual a menos de haber sido inventada por Cerveriz para impresionar a las autoridades inglesas, complica la cuestión y constituye un cargo grave contra Bernardo quien resulta, en vísperas de morir, denunciando a los realistas los planes militares de sus compañeros. Acaso fuera la denuncia expediente para salvar la vida, sugerido por el mismo verdugo que luego faltó a posible promesa. Sin tiempo ni medios en este momento para verificar todas las informaciones contenidas en la *Confesión*, la entregamos a la crítica de los estudiosos, evitando, como es natural, un juicio definitivo.

Ralph Woodford, gobernador de Trinidad, remitió a lord Bathurst, ministro de la Guerra y de las Colonias, con carta privada de 14 de agosto de 1813, la "copia de la confesión de Bernardo Bermúdez, quien

acompañó a Bideau desde este puerto y, después de mandar a los patriotas en Maturín, cayó prisionero en el trayecto de Maturín a Güiria y fue condenado al fusilamiento"[210].

La *Confesión* había sido enviada por Cerveriz a Woodford, acompañando la siguiente carta que retraducimos libremente del inglés: "Excelentísimo señor: El estado presente de esta provincia de Cumaná y la situación de Venezuela me obligan, con mucho pesar, a pedir a Vuestra Excelencia justicia contra los autores que han sido causa (*sic*) de tan serios males para este inocente territorio español. Vuestra Excelencia no puede ignorar cómo brotó la llama devoradora que amenaza a cada instante invadir todos los rincones de la provincia; pero con el fin de remover cualquier duda en su ánimo le incluyo copia de la última confesión de Bernardo Bermúdez, de modo que, bien informado, Vuestra Excelencia pueda obrar según lo requieren la justicia y los sagrados lazos de la alianza existente entre las dos naciones. Deseo vivamente y espero que termine la causa de nuestras presentes desgracias y de las que podrían seguir. Soy al mismo tiempo, etc. *Franco. Xavier Zerberiz*, Comandante de las tropas de Su Majestad Católica en Yaguaraparo, en la provincia de Cumaná.–Yaguaraparo, 7 de agosto de 1813".

He aquí la citada *Confesión*, también retraducida libremente:

Traducción.–"*La Última Confesión de Bernardo Bermúdez*.–La expedición para el Continente español está patrocinada por los señores Toros, Mayces, Pepe Alcalá, Pablo Cipriani, quienes viven ahora en Trinidad y corresponden con los españoles de Granada (¿Nuevo Reino?). La expedición de la isla de San Bartolomé consistió en los siguientes buques: un bergantín, una corbeta, una fragata, una goleta mandada por un corso, llamado el 'One sped' (*sic*), una balandra y otros dos barcos: se espera que zarpará para el Golfo el 1º próximo. La expedición de Jamaica, con asistencia de Norte-América, donde Du Cayla coronel francés encuentra protección, está destinada a Puerto Cabello, para operar allí este mes en combinación con las tropas que están bajo el mando del mulato

[210] Foreign Office, 72-165, Nº 17. Copia.

Arévalo, que viene por tierra de Santa Fe a Puerto Cabello, y en comunicación con Mariño y Bideau. Su correspondiente en Granada envía a Trinidad todos los papeles que recibe de La Guaira y Pablo Pietri recibe y manda la correspondencia de Güiria. Mariño está en Maturín con sus tropas y en espera de ochocientos hombres mandados por el Niño Ladrón de Guevara de la Provincia de Caracas, y los objetos de su combinación con Bideau son Cumanacoa y Cariaco, para poner a Cumaná en tal situación que se rinda sin disparar un fusil. El ejército de Santa Fe viene en dos divisiones. La primera mandada por Arévalo y la segunda por dos hidalgos de Barinas llamados Pulidos: estos tienen por objeto la ciudad de Caracas y el primero Puerto Cabello, ayudado por la expedición de Jamaica. Pedro María Freites y su hermano Antonio están llamados a marchar a la ciudad del Pao, establecer allí su cuartel general y al mismo tiempo un *rendez-vous*[211]; para después dirigirse contra Barcelona, reclamando en caso de extrema necesidad socorros de la Provincia de Barinas. Todos los abastos y municiones que están en Maturín vienen de Trinidad y han sido enviados bajo la dirección de Cipriani, quien remite buena cantidad de doblones. Todos aquellos a quienes se permitió salir de Caracas al volver el gobierno legal en 1812, se han reunido con Arévalo. José Ramírez y Don Manuel Marcano, nativos de Cumaná, que están en Trinidad, son las personas que mandan informaciones de allí a Cumaná y Caracas y corresponden con un rico negociante cuyo nombre ignoro. Declara que lo anterior es verdad por su conciencia y por el Santo Sacramento que acaba justamente de recibir. Yaguaraparo: 7 de agosto de 1813.–*Bernardo Bermúdez*.–Testigo: Esteban Al. Rosas".

Roma, marzo de 1935.

[211] En francés en el texto inglés.

UN BUEN PUNTO AL VIEJO GUZMÁN[212]

Puede decirse que el criterio histórico de los venezolanos sobre Guzmán Blanco tiende a uniformarse, en sentido francamente favorable al vigoroso personaje que dominó la vida nacional durante veinte años y a quien se debieron, con errores explicables casi todos por circunstancias de su propia época, grandes iniciativas de carácter civilizador. Mas si la balanza de la crítica se inclina del lado del hijo, no sucede lo mismo cuando se trata de pesar al padre don Antonio Leocadio, quien es una de las figuras más combatidas de los anales patrios. Preténdese, en general, que el viejo Guzmán, el viejo Leocadio como decía más familiarmente nuestro abuelo[213], supo servirse con habilidad de la influencia decisiva que ejerció su ilustre hijo en la fijación de nuestros partidos políticos, para ocupar en la historia ciertas posiciones disputadas.

No emprenderemos aquí la interpretación de don Antonio Leocadio, y solo el reciente examen de algunos papeles inéditos nos conduce a prestar interés a sus actitudes en los primeros años de la República. Con la lectura de las piezas que se publican a continuación, los lectores decidirán sin duda inscribir una nota buena en el activo de aquel tipo nacional.

---

212 Publicado en *El Universal*, Nº 9.682, 15 de abril de 1936.

213 El doctor Caracciolo Parra, quien murió de noventa años y conservó hasta sus últimos tiempos notable vigor intelectual y físico, era en la conversación diaria fuente inagotable de hechos, anécdotas y críticas referentes a los hombres públicos del país. "El viejo Leocadio" no salía favorecido de sus comentarios, dichos en tono zumbón y salpicados de agudezas. Aprendimos a conocer a los Monagas con los nombres de "el viejo Tadeo", "el viejo Gregorio" y "Rupertico". Las ideas políticas de nuestro abuelo coincidían con las de su hermano el doctor Antonio Parra, cuya muestra puede verse en algunas cartas publicadas recientemente por el doctor José Santiago Rodríguez. El doctor Caracciolo Parra creyó en la Revolución Azul y llevó correspondencia personal con José Ruperto. Había un hombre a quien jamás despojaba de su grado: "el general Páez".

Cuando Páez hubo restablecido el orden público con el vencimiento de la Revolución llamada de las Reformas y la restauración del doctor Vargas en la presidencia, acordóle el Congreso, a 12 de mayo de 1836, una espada de oro y el dictado de Ciudadano Esclarecido. Un año después, el vicepresidente Soublette, de regreso de su misión a Madrid, tomó posesión de la primera magistratura que Vargas había abandonado y que interinamente ocupara el general Carreño. En su *Historia constitucional de Venezuela*[214] el doctor Gil Fortoul nos enseña lo que fueron las luchas que entonces desgarraron al partido que venía gobernando y cómo, de estas luchas y de otras circunstancias convergentes, nació hacia 1840 el partido liberal a que adhirió Guzmán. Apenas asumió Soublette el poder, el ala derecha de los que luego se dejaron imponer el nombre de conservadores o godos lanzóse al campo de la oposición, apoyándose en la personalidad todopoderosa de Páez y defendiendo, contra la política tolerante y civil del presidente, la aplicación de medidas de represión contra los perturbadores y otras que complacían al elemento militar. Entre las críticas que los personalistas de Páez dirigieron a Soublette figuraba una que importa se mencione, porque permite apreciar los documentos a que nos referimos: "Le criticaron –apunta el citado historiador– que en la fiesta nacional del 5 de julio recordase oficialmente la gloria de Bolívar, llamándolo Padre de la Patria, porque la nación 'lo proscribió y calificó enemigo de las libertades públicas' y porque 'un presidente no puede permitirse todo lo que puede hacer un ciudadano'". La dicha derecha conservadora sostenía la candidatura de Páez a la presidencia, y, en efecto, el general ascendió a esta, por segunda vez, en enero de 1839.

Fue bajo la magistratura de Soublette y en medio de tales contiendas cuando, en febrero de 1838, el presidente del Congreso entregó al Ciudadano Esclarecido la espada decretada dos años antes. Guzmán, separado del gobierno y reñido con Ángel Quintero, continuaba, sin embargo, ligado de amistad con Páez y tuvo de este encargo de escribirle el discurso que debía pronunciar al recibir el presente. Cumpliólo Guzmán y preparó una pieza de estilo incorrecto y llena de los lugares comunes

[214] Segunda edición, vol. II, pp. 203-206.

que prodigó el romanticismo revolucionario. Pero, en su proyecto, el futuro apóstol del liberalismo deslizó con elogios los nombres de Bolívar y de otros próceres ya muertos para entonces; y quiso poner en boca del propio Páez la apología de las instituciones civiles y de la soberanía popular, en contraposición al poder personal. Aquí está el interés del asunto: Páez, por voluntad propia o más probablemente siguiendo el consejo de otro de sus íntimos, suprimió la referencia al Libertador y a los demás héroes y el párrafo alusivo a la situación preponderante que él mismo ocupaba en la República, basada en hazañas homéricas e indiscutibles servicios como ciudadano y mandatario.

Véanse las piezas, copiadas con entera exactitud de los manuscritos originales que se hallan en nuestras manos.

Roma, noviembre de 1935.

C. Parra Pérez.

***

CARTA DE GUZMÁN A PÁEZ

Caracas, febrero 24 de 1838.

Muy estimado Gral. y amigo mío:

Incluyo a v. su encargo. Mi vivo deseo de que quedase al gusto de Vd. me ha hecho esperar a que mi cabeza estubiese, sino en disposición libre al menos del torbellino de dificultades en qe ha estado. En fin, yo cuento seguramente con la indulgencia de Vd., y esto me consuela. Tenga v. presente, qe en esta ocasión no he logrado oirle sus ideas sobre el particular, y esto debe producir un gran vacío en la obra.

Espero con inquietud su contestación, pa. saber su opinión sobre mi travajo, qe deseo sea perfecto, y qe sé qe no lo es.

Disponga spre como quiera de su inútil amo. y servr.

A. L. Guzmán.

Al Esclarecido Ciudo.
Jl. J. A. Páez, etc. etc. etc.

***

DISCURSO PREPARADO POR GUZMÁN

Recibo, Sor, la espada, que me presentáis a nombre de esta patria grande y generosa, que hoy me colma a un tpo de gloria y de confusión. Agolpanse las emociones sublimes, que necesariamente, produce la magnanimidad nacional. Grandes lágrimas, brotadas pr una gratitud profunda, en medio al silencio; este debería ser hoy mi lenguaje. Pero no puedo callar. Ni en medio de la sangre del combate, ni entre los vivas entusiastas de la victoria, ni en los días angustiosos del desierto, nunca he sido yo menos, con relación a lo que me rodeaba.

Habeis escogido Sor, el 19 de abril pa esta solemnidad, como si quisierais hacer todabia mas superior a mis fuerzas el peso de la gracia. Ese sol, que alumbró el nacimiento de la bella Repca, habeis querido que presencie un acto, en qe ella ostenta su robustez y su poder. Aquí está unida con el hombre; ella es todo; el hombre es nada. Aniquila el valor de los servicios con sus soberbias recompensas, como aniquilo a sus enemigos con la fuerza de sus armas.

La patria de Bolivar, de Miranda, de Sucre, de Bermudez, y tantos heroes, que en el seno de la eternidad ocupan el templo de la gloria, y de tantos otros, qe todabia en la tierra, viven ya en la historia; esta Venezuela, cuyos campos, disputados palmo a palmo, en una guerra de muerte y esterminio, presenta todabia en mil hogares, las hecatombes que han servido de ofrendas a la libertad; este pueblo, qe joven y tierno por la edad, puede sinembargo ostentar sus anales militares entre todos los de la tierra: esta Repca qe sin capitanes, sin soldados, sin parques, sin pericia, sin otro elemento qe el valor indomable de sus hijos, se dió una existencia invulnerable, y un nombre que la gloria ha promulgado entre las potencias de la tierra; esta Repca me presenta hoy una espada, símbolo del valor. ¿Qué es esto, Sor., sino confundirme? ¿Qué valor, en medio de los venezolanos?... ¡Guardára mi patria esa muestra de su grandeza, para que yo pudiera recordar con gusto qe la he servido a la par de millares de sus hijos! Ya no podré ni aún gozar de la memoria de aquellos días de sangre y gloria, en qe pase una vida entera; porque esta espada, como fuego del cielo, devora los humildes trofeos qe yo había podido añadir al monumento de la gloria venezolana.

La celosa Repca. qe ha destruido en su amor ardiente pr la libertad todo poder, todo prestigio, toda fuerza que pudiera atenuar siquiera los colores brillantes de su soberanía popular; esta patria de principios y solo principios; ¡me presenta una espada!... ¿Qué confianza es esta? ¿Puedo yo inspirarla? Un hombre qualqa qe fuese; Washington mismo, trasladado de la esfera de la inmortalidad a esta tierra de hombres todos iguales ¿merecería una espada de manos del

pueblo? No: ningún mortal. Esto no es mas en cuanto a mi, qe una muestra de la omnipotencia social. Es una dádiva magnífica, ostentosa, inmerecida. Es la prueva qe da Venezuela al mundo de qe no puede haber ya espada, ni hombre, ni poder qe le arranque, ni le mengüe siquiera, el (¿beneficio? ¿ejercicio?) soberano de su libertad. Si se me decreta y se presenta a mi es solo como al Gral. del pueblo; porque fué el pueblo en masa, el qe formó el Exto restaurador de la Consts[215]. Solo bajo este aspecto, me es lícito gozar hoy, a par de mis compatriotas, la emoción del placer.

Nada mío tengo que ofrecer a la patria, en el momento solemne en que ella me da un puesto en la historia y una recomendación pa la posteridad. Yo la consagré mi corazón, mi brazo y hasta mi alvedrio al tpo qe la vi nacer. Spre he sido suyo, en el campo, en el gavinete y en el hogar. Pero esta espada es un poder qe ella me da hoy, y que yo le consagro desde luego. A la voz del Govierno, la rodearan sin duda todos los venezolanos en el momto. de cualq. peligro ella servirá de antorcha entre el polvo y el humo del combte. y arrancaremos sin duda la victoria. Si antes me tocare morir, iré seguro de qe todos mis compatriotas volarán sobre mi cadáver, a rescatar esta prenda de su amor: ellos serán los que la arranquen a mis manos. Si como debemos esperarlo, pasaron ya todos los días de dolor pa la patria y ya las armas han dejado pa siempre el campo a la razón y a la libertad; yo protesto, qe en el seno de la paz, aunque la veleidosa fortuna me ciñerá los ojos con su propia venda, esta espada, talisman sagrado, me conducirá spre pr la senda del deber, hta lograr una muerte que lloren todos; porque no haya un solo enemigo de la soberanía del pueblo de Venezuela, ni del Imperio apacible, inalterable y filantrópico de la ley.

PALABRAS DE...
AL ENTREGAR LA ESPADA AL GENERAL PÁEZ

Hechos heroicos y de incalculable influencia en la suerte de Venezuela han ilustrado la vida pública de V. E. Desde simple soldado de la independencia hasta general en gefe de los ejércitos de la república, desde simple ciudadano, hasta primer magistrado de la nación, V. E. ha hecho una larga y espléndida carrera en que el valor militar y los principios políticos que le han conducido en ella han asociado el nombre de V. E. a la memoria de las grandes épocas de la patria. Los venezolanos no olvidan y la historia transmitirá a la posteridad tantas batallas en que brilló la espada de V. E. tantas situaciones políticas en que acreditó su

[215] Aquí hay, borrada, la frase: "y solo ayudé al pueblo venezolano".

previsión y su prudencia. Un acontecimiento portentoso debido solo al nombre y denuedo de V. E. ha exitado recientemente los sentimientos que V. E. supo merecer por los importantes servicios que (prestó) a la República en 1835. Pero son estos los que especialmente debe recordar hoy el P. E. al presentar a V. E. en cumplimiento de una Ley especial esta espada de oro, signo de honor y de gratitud nacional. En ella se encuentra escrito este pensamiento "Al ciudadano esclarecido, defendiendo la constitución y leyes de su patria, la representación nacional en 1836". No acierto a explicar de otro modo más digno el motivo i objeto de este noble e inestimable presente, i solo podré añadir que siento la más viva satisfacción porque me haya tocado el honor de depositar en las manos de V. E. la espada de Venezuela, que transmitirá a nuestros descendientes la prueba más positiva i honrosa de la confianza que V. E. ha inspirado al pueblo por sus servicios y por su sumisión a la Ley.

CONTESTACIÓN DE PÁEZ

Recibo, Señor, la espada que me presentais a nombre de esta mi patria generosa, que hoy me colma a un tiempo de gloria y de confusión. Agólpanse las emociones sublimes que necesariamente produce la magnanimidad nacional. Grandes lágrimas, brotadas por una gratitud profunda, en medio del silencio; este debería ser hoy el lenguaje.

Habeis escogido, Señor, el 19 de abril para esta solemnidad como si quisiérais hacer todavía más superior a mis fuerzas, el peso de esta gracia inmortal. Ese sol, que alumbró el nacimiento de la bella República, habeis querido que presencie un acto en que ella ostenta su robustez y su poder. Aquí se mide con el hombre: ella es todo: el hombre es nada. Aniquila el valor de los servicios con sus soberbias recompensas, como aniquiló a sus enemigos con la fuerza de sus armas. Esta espada, Señor, como fuego del cielo, viene a devorar los humildes trofeos, que yo había podido añadir al monumento de la gloria nacional.

Nada mío tengo que ofrecer a la patria, en el momento solemne en que ella me da un puesto para la posteridad. Yo le consagré mi corazón, mi brazo y hasta mi albedrío, al tiempo que la ví nacer. Siempre he sido suyo, en el campo, en el gabinete y en el hogar... Pero esta espada es un poder que ella me da y que yo le consagro desde luego. A la voz del Gobierno, la rodearán todos los venezolanos, en el momento de cualquier peligro; ella servirá de antorcha entre el polvo y el humo del combate y alcanzaremos sin duda la victoria. Si antes me tocara morir, iré seguro de que todos mis compatriotas volarán sobre mi cadáver a rescatar esta prenda de su amor. Ellos serán los que la arranquen de mi mano.

Si como debemos esperarlo, pasaron ya todos los días de dolor para la patria, y ya las armas han dejado para siempre el campo a la razón y a la libertad, yo protesto que en el seno de la paz, aunque la veleidosa fortuna me ciñera los ojos con su propia venda, esta espada, talismán sagrado, me conducirá siempre por la senda del deber, hasta lograr una muerte que lloren todos, porque no haya un solo enemigo de la soberanía del pueblo de Venezuela, ni del imperio apacible, inalterable y filantrópico de la Ley[216].

[216] El laborioso historiógrafo D. Héctor García Chuecos publicó en *La Esfera* de 5 de octubre del año corriente un interesante artículo sobre este asunto: "Un título y una espada". Vemos allí que no fue, como creíamos, el presidente del Congreso quien entregó la espada a Páez, sino el propio general Soublette, encargado de la presidencia de la República; y que el acto de la entrega se efectuó en abril y no en febrero del citado año de 1838. Los párrafos de la contestación de Páez que inserta el señor García Chuecos presentan ligeras variantes de nuestro texto. (Nota de noviembre de 1941).

MEMORIA SOBRE LA REFORMA DE LOS MANUALES DE ENSEÑANZA[217]

I

La revisión de los manuales de historia destinados a la enseñanza, la eliminación de los pasajes que puedan alimentar desacuerdos y predisponer al menosprecio y al odio hacia los pueblos vecinos, preocupan justamente, sobre todo después de la guerra, a los educadores y a cuantos, por títulos diversos, tienen responsabilidad en las relaciones internacionales.

Desde las primeras asambleas de la Sociedad de las Naciones planteóse en la tribuna la cuestión, que ha sido también objeto de estudios y debates en los congresos de historia. Para tratarlo hanse convocado reuniones mixtas de profesores y pedagogos.

---

[217] Esta memoria fue presentada al II Congreso Internacional de Historia de América, reunido en Buenos Aires, en julio de 1937, y fue publicada en *El Universal* de Caracas, números de 9 y 10 de septiembre del mismo año, con la nota siguiente: "El Dr. Caracciolo Parra-Pérez, notable diplomático e intelectual venezolano fue invitado especialmente al Segundo Congreso Internacional de Historia de América, reunido hace poco en Buenos Aires, y se le distinguió como Relator del importante tema sobre la reforma de los manuales de enseñanza. No habiendo podido asistir al Congreso, por motivo del alto cargo que ocupa en Europa, nuestro Ministro en Londres, últimamente trasladado con el mismo cargo a Suiza, donde es ampliamente conocida su labor en el seno de la Sociedad de Naciones, envió al Congreso la importante Memoria que publicamos de seguida sobre asunto de tanto interés y transcendencia.
"La actividad intelectual e internacional de Parra-Pérez es pródiga y conocida en Europa y América. En nuestro servicio diplomático, en la obra internacional de Ginebra, en la Conferencia de la Paz, de Buenos Aires, donde nos representó con acierto y brillantez, su personalidad ha quedado siempre de relieve. La prensa argentina, en la ocasión de dicha conferencia, supo rendir homenaje a nuestro compatriota, que a sus capacidades de diplomático une las del historiador erudito, investigador incansable, e intelectual responsable y ponderado, preocupado siempre por el país, y en general, por la gran patria continental. He aquí la Memoria sobre reforma de los manuales de enseñanza de la historia, enviada con motivo del Congreso aludido":

Cuando pensamos en la importancia de la educación para el porvenir de la paz, en la huella que deja en el espíritu de los jóvenes, no podemos menos de felicitarnos por el profundo interés que despierta el aprendizaje de la historia. Cuantos están familiarizados con el asunto reconocen que aquella actividad ha obtenido ya resultados, que el libro actual de historia supera a los anteriores y que los métodos de enseñanza progresan continuamente. Hay, sin duda, en todos los países síntomas alentadores, que demuestran que el esfuerzo debe proseguirse. Y en ninguna parte podría acogerse tal esfuerzo con mayor favor como en la América Latina, donde los recuerdos del pasado, tanto como el interés presente, militan en pro del acercamiento de los pueblos y de la mutua comprensión.

Por estos motivos parece útil resumir brevemente y explicar los conatos más notables hechos en el dominio de la revisión de los manuales de la historia, ora los de carácter universal, que interesan conjuntamente a la América Latina y a las demás partes del mundo, ora los que solo se refieren a nuestro continente.

II

Varios métodos han sido establecidos para obtener la revisión de los manuales escolares contentivos de textos perjudiciales al avenimiento de las naciones.

El primero de aquellos, elaborado por la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual en 1925, mejorado y completado después muchas veces, es el método llamado Casares, por el nombre del distinguido delegado español, ponente del asunto ante la Comisión. Según su procedimiento, en sustancia, las comisiones nacionales de Cooperación Intelectual pueden examinar los manuales extranjeros conforme al criterio de su país respectivo, y si encuentran errores en ellos piden a la comisión hermana del otro Estado que trate de hacerlos modificar. Las comisiones nacionales dirigen luego copia de las peticiones y respuestas al Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, para lograr la divulgación de

estos esfuerzos de acuerdo y acercamiento. En caso de que dos comisiones nacionales no llegaren a entenderse, la Comisión Internacional se pondría a su disposición para obrar como amigable componedora. Vese allí una aplicación interesante, en el dominio intelectual y en materia de educación, del principio incorporado en diversas convenciones entre Estados que prevén, antes de todo recurso a procedimientos judiciales, una tentativa de conciliación, rodeada de sólidas garantías morales, por un cuerpo internacional.

El método Casares dio resultados satisfactorios en los últimos años; y puede alguien preguntar por qué no se ha empleado más rapidamente de modo sistemático. Pero hay razones evidentes para que este trabajo de revisión por crítica recíproca haya sufrido retardos, pues no pueden, en efecto, esperarse frutos tangibles sino del examen profundo y cuidadoso de los manuales usados en los diferentes países. Para facilitar los estudios y evitar críticas inútiles, el Instituto de Cooperación Intelectual ha establecido listas de los manuales más empleados y publicádolas en su *Boletín*. Existen, además, publicaciones nacionales, señaladas por el Instituto, en las cuales se hallan los títulos de los manuales. Las comisiones nacionales han podido así reunir las colecciones de manuales extranjeros que les interesaban y confiado en seguida su estudio a historiadores y pedagogos, cuyo dictamen sobre los puntos litigiosos fue materia de interesantes memoranda. Entre los informes más completos de esta índole establecidos hasta ahora conviene citar los de las comisiones nacionales francesa, italiana, neerlandesa y polaca. Dichos trabajos, que es imposible resumir aquí, prueban la excelente calidad de las verificaciones emprendidas en cada caso particular; y demuestran también que, con frecuencia, los progresos de la enseñanza permitieron ya la redacción de textos que dan satisfacción a los educadores. En resumen, gracias a un cambio organizado de informaciones entre las comisiones nacionales, se ha llegado repetidas veces a rectificar gran cantidad de detalles.

El procedimiento está abierto a todos los Estados americanos que son miembros de la Sociedad de las Naciones y poseen comisiones nacionales de Cooperación Intelectual.

III

Otra forma eficaz de acción preparada por la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual y aprobada por la Asamblea de la Sociedad de las Naciones, está igualmente al alcance de los Estados americanos. Se trata de firmar una declaración sobre la revisión de los manuales escolares, en la cual se pide que se llame la atención de las autoridades competentes en cada país y la de los autores de manuales sobre la oportunidad: "a) de asegurar una parte tan amplia como sea posible a la historia de las demás naciones; b) de subrayar en la enseñanza de la historia universal los elementos que hagan comprender la interdependencia de las naciones".

Para dar efecto a estas prescripciones generales, la declaración recomienda que se cree en cada país, por la comisión nacional de Cooperacion Intelectual donde exista y con la ayuda eventual de otros organismos calificados, un comité compuesto de miembros del cuerpo docente y que comprenda profesores de historia.

Numerosos Estados han respondido al envío de esta declaración, aceptándola enteramente la mayoría, y aprobándola algunos otros con ciertas reservas. La secretaría de la Sociedad de las Naciones pedirá a la próxima Asamblea autorización para ofrecer la declaración a la firma de los Estados miembros y de todo Estado no miembro, al cual se le hubiere comunicado. La declaración entrará en vigor cuando reciba dos firmas y será entonces registrada por el secretario general, quien procede ahora a consultar a los gobiernos sobre la fórmula de la firma. En julio próximo la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual establecerá, de acuerdo con las respuestas que se reciban, el texto definitivo que, anexo a la declaración, será abierto por la Asamblea de 1937 a todos los Estados. Por primera vez se emprendería entonces una acción sistemática, en materia de libros de clase, sobre la base de cláusulas ratificadas. La enseñanza de la historia se vería dotada, como lo está la radiofonía, desde la adopción en 1936 de la Convención internacional sobre la radiofonía y la paz, de un código de principios generales que los Estados civilizados se comprometerían a respetar.

IV

Aparte de estos dos procedimientos de carácter universal, hay otros que se limitan al continente americano.

Desde luego, es menester señalar el Acuerdo sobre revisión de los manuales escolares celebrado entre la República Argentina y el Brasil en 1933. Por este Acuerdo los dos Estados se obligaron a purgar los respectivos textos de enseñanza de la historia nacional de las expresiones que puedan contribuir a excitar en el espíritu de la juventud la aversión de otro pueblo americano. Además, los gobiernos signatarios harán rever periódicamente los textos de la enseñanza de la geografía con el fin de adaptarlos a las estadísticas más recientes, y de suministrar nociones exactas o aproximadas de la riqueza y de la capacidad de producción de los Estados del continente.

El convenio que quedó abierto a la firma de todos nuestros países, apenas ha sido suscrito hasta ahora por el Uruguay, pero sirvió de modelo a la Convención Panamericana para la Enseñanza de la Historia, celebrada en la Conferencia de Montevideo, en diciembre de 1933. Dicha Convención contiene casi todas las mismas cláusulas que el Acuerdo y prevé, además, la fundación y sostenimiento en Buenos Aires, por todas las repúblicas americanas, de un instituto para la enseñanza de la historia. Aquel instituto asumirá la responsabilidad de realizar los propósitos indicados y recomendaría además que:

a) Se fomente en cada una de las repúblicas americanas la enseñanza de la historia de las demás.

b) Se dedique mayor atención a la historia de España, Portugal, Gran Bretaña y Francia, y de cualesquiera otros países no americanos en aquellos puntos de mayor *atingencia* con la historia de América.

c) Se procure que los programas de enseñanza y los manuales de historia no contengan apreciaciones inamistosas para otros países o errores que hayan sido evidenciados por la crítica.

d) Se atenúe el espíritu bélico en los manuales de historia y se insista en el estudio de la cultura de los pueblos, y del desarrollo universal de la civilización, para determinar la parte que ha cabido en la de cada país a los extranjeros y a las otras naciones.

e) Se elimine de los textos los paralelos enojosos entre los personajes históricos nacionales y extranjeros, y los comentarios y conceptos ofensivos y deprimentes para otros países.

f) Se evite que el relato de las victorias alcanzadas sobre otras naciones pueda servir de motivo para rebajar el concepto moral de los países vencidos.

g) No se juzgue con odio o se falseen los hechos en el relato de guerras o batallas cuyo resultado haya sido adverso, y,

h) Se destaque todo cuanto contribuya constructivamente a la inteligencia y cooperación de los países americanos.

Colombia, Guatemala y México ratificaron la Convención. La delegación de los Estados Unidos de América aplaudió calurosamente la idea que la inspiraba, pero declaró que razones constitucionales relacionadas con el sistema de educación del país impedían al gobierno federal firmar el instrumento. Costa Rica, Honduras y Venezuela comunicaron, asimismo, a la Oficina de la Unión Panamericana su intención de no suscribirlo.

V

En relación con las recomendaciones de la Séptima Conferencia Panamericana de Montevideo y el Acuerdo entre la Argentina y el Brasil, deben citarse los trabajos realizados por la Comisión Argentina Revisora de los textos de Historia y Geografía Americanas. Presidida por el insigne historiador y publicista doctor Ricardo Levene, y siguiendo las tendencias al desarrollo de los sentimientos fraternales de los países americanos entre sí y a su interés colectivo bien entendido, la Comisión

emprendió el estudio de las modalidades de aplicación de los principios enunciados. Como resultado de este primer examen formuló cierto número de proposiciones que fueron luego aprobadas por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la República Argentina y comunicadas a los profesores de Historia y Geografía de América. El presidente de la Comisión insinuó al propio tiempo a su gobierno que se aprovechase la Conferencia Interamericana para la Consolidación de la Paz, que iba a reunirse en Buenos Aires, con el fin de "acordar los procedimientos para realizar en toda América los propósitos de la revisión de textos de enseñanza de historia y geografía aprobando las proposiciones que resuelvan este asunto en su fondo y en su forma".

He aquí las proposiciones de la Comisión:

PARA LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

1º–"Criterio de la realidad y necesidad de la convivencia internacional americana". Desde el punto de vista de la enseñanza de la historia y su elaboración, la interpretación de los hechos del pasado histórico es privativa de la soberanía de los Estados y se fundamenta en el sentimiento del respectivo pueblo y en la labor crítica de instituciones e historiadores representativos del mismo.

2º–"Criterio de comparación". La historia debe ser integral abarcando todas las relaciones con otros pueblos de cualquier carácter que fueren sin mutilar ni deformar la realidad. Se debe desterrar toda valoración unilateral y tendenciosa, evidenciando aquellas relaciones que surgen de una común historia americana hasta la emancipación de los Estados, así como las que explican la unión y solidaridad de los mismos en la realización de los fines superiores de democracia y cultura.

Con respecto a la historia colonial de América, debe destacarse la acción de las naciones descubridoras, estudiándose dicho período con igual criterio integral, abarcando la conquista, colonización social y económica y la organización institucional.

3º–"Criterio de veracidad". La investigación de las grandes verdades es el ideal de la historia, y esta labor corresponde a instituciones e historiadores con autoridad científica y moral. En las conclusiones generales de los historiadores debe fundarse, pues, la síntesis que contenga los textos de enseñanza y por lo tanto, el lenguaje debe despojarse de calificaciones agraviantes o simplemente molestas para la dignidad de los Estados.

PARA LA ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFÍA

1º–"Criterio de la realidad geográfica". La enseñanza de la geografía en los países americanos debe basarse en el conocimiento de los hechos geográficos y su crítica realizada por los especialistas e instituciones científicas de cada país; y sus apreciaciones fundamentarse en los datos fidedignos obtenidos mediante encuestas oficiales, censos, estadísticas, etc., periódicamente puestos al día.

2º–"Criterio de comparación". Debe recurrirse a este método para enaltecer el concepto material y espiritual de cada pueblo y estimular el sentimiento nacionalista; como para vigorizar la solidaridad que crea, entre las naciones, la necesidad de recíproca cooperación que resulta de la calidad diversa de sus riquezas y orientaciones respectivas[218].

3º–"Criterio de la veracidad". Debe lograrse una mayor comprensión entre los pueblos americanos, mediante la descripción corográfica exacta, de la que solo se desprenden interpretaciones racionales y en ningún caso conjeturales.

A los principios explicados por la Comisión Argentina corresponden las normas que aprobó el 19 de mayo de 1936 la Comisión Brasileña Revisora, formada por hombres de alta competencia y discreción. Inspirados en tradicionales sentimientos pacíficos y de cordialidad hacia los demás pueblos americanos, comparten los historiadores y profesores brasileños las inquietudes de sus colegas argentinos, e insisten

[218] Para evitar confusiones acaso convendría reemplazar aquí "nacionalista" por "nacional".

particularmente en la necesidad de borrar de los manuales de historia todo comentario deprimente relativo a pueblos extranjeros, estimulando, al contrario, cuanto depure el sentido histórico de la solidaridad humana.

La Conferencia Interamericana reunida en Buenos Aires, después de discutir en el seno de una de sus comisiones toda la materia de la cooperación intelectual, tomó a su vez la siguiente Resolución, basada en las proposiciones arriba enunciadas:

REVISIÓN DE TEXTOS

Convencida de la necesidad e importancia de orientar el criterio de las generaciones venideras conforme a una ideología de paz y amistosa colaboración con todos los pueblos, para impedir así que sean contaminadas por la prédica de odios, antagonismos y prejuicios internacionales;

Segura de interpretar el sentir de los pueblos en ella representados de que un bien concebido patriotismo, la verdad histórica, la exaltación de las grandes glorias nacionales y el culto a los héroes de cada país, no exigen el mantenimiento en los textos escolares de las controversias entre investigadores, ni alterar los hechos establecidos por la crítica en las obras generales de la historia, ni empequeñecer las glorias o los héroes de las demás naciones;

Deseosa de promover, en forma eficaz, una obra depuradora de las conciencias individuales y del espíritu público, mediante la prevención de actividades tendenciosas contra la ordenada y pacífica convivencia internacional, en los diversos grados de la enseñanza, fuente donde se plasma el alma nacional; y

Consciente de la indudable ventaja que hay en aprovechar los Acuerdos ya elaborados con tan alto propósito, La Conferencia Inter-Americana de Consolidación de la Paz, resuelve:

Recomendar a los gobiernos de las Repúblicas Americanas, que no lo hubieren hecho:

1º–Adhieran al Convenio brasileño-argentino para la revisión de los textos para la enseñanza de la historia y de la geografía, suscrito en Río de Janeiro el 10 de octubre de 1933;

2º–Ratifiquen la Convención sobre la enseñanza de la historia suscrita en la VII Conferencia Internacional Americana;

3º–Suscriban la declaración acerca de la revisión de los manuales escolares, elaborada por la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual y sometida por el secretario general de la Sociedad de las Naciones a los gobiernos de los países miembros y no miembros de la entidad; y

4º–Procuren adelantar, *motu proprio*, la revisión de los manuales escolares empleados en cada país, como aporte voluntario a la gran obra de formación espiritual de las generaciones futuras en un ambiente de paz y de buena inteligencia internacionales.

En cuanto a las normas para efectuar la revisión de los textos escolares, recomienda que:

1º–Se tenga en cuenta, respecto de los manuales de historia, no solamente los tópicos que sirven para promover o excitar la aversión a cualquier pueblo, sino las omisiones en que se haya podido incurrir, cuidándose de que se expresen con *relevancia* suficiente, los esfuerzos de cada país en obsequio de su independencia y su aporte a la liberación continental;

2º–Se procure respecto de los manuales de geografía que contengan el mayor número de datos posibles, no solo en cuanto a la riqueza y producción, sino, además, en cuanto a los aspectos orográficos, climatérico, cultural, político, social y de salubridad pública, de cada país; y

3º–Se aprovechen las excelentes sugestiones del plan Casares, elaborado por el Instituto de Cooperación Intelectual de París, y se tengan muy en cuenta las acuciosas y bien concebidas indicaciones del plan de la Comisión Revisora de Textos de Historia y Geografía, bajo la presidencia del destacado educacionista doctor Ricardo Levene, constituida

por el Ministerio de Instrucción Pública de la República Argentina, con motivo de la Convención argentino-brasileña sobre la materia.

VII

Las medidas sugeridas para la revisión propiamente dicha de los manuales escolares merecen amplia difusión, a fin de que se las aplique en todos los países, progresivamente y con la mayor continuidad. El manual escolar representa, en efecto, papel importante en la enseñanza de la historia: puesto en manos del alumno, debe temerse que los hechos falsos o controvertibles que contenga se graben para siempre en su memoria. Pero, más considerable todavía que la del manual es la influencia del maestro. Es obra inútil y acaso perniciosa la de combatir el espíritu nacional de cada pueblo, que obedece a leyes fatales de la sociedad política. Lo que puede y debe desecharse es el espíritu nacionalista en cuanto predica desdén u odio y agresión a los demás países. Si los profesores son fanáticos por el nacionalismo pueden influir desfavorablemente en la niñez y en la juventud. Les será fácil probar que el manual ha caducado o contiene errores y demostrar con elocuencia y en virtud del ascendiente que ejercen sobre sus discípulos, que otros hechos no señalados en el manual contradicen la tendencia de este. Es por ello indispensable proceder, además de la revisión de los manuales escolares, a revisar los destinados a las escuelas normales, donde se forman maestros y profesores. Sobre todo, hay que organizar con el mayor cuidado la enseñanza universitaria, pues de las universidades salen, con los profesores, los futuros historiadores que tendrán a su cargo acrecentar el conocimiento de la historia aplicando a la crítica los métodos científicos.

Es necesario, asimismo, prestar grande interés a la redacción de los programas nacionales de enseñanza, y verificar si tratan de la historia de los demás países, si coordinan la propia con la universal, si toman en cuenta la evolución de la economía y de la cultura y no exageran la importancia de los hechos puramente militares. Sería muy útil que se enseñase a la juventud la conveniencia de los métodos de arbitraje y de

conciliación, destinados a resolver los conflictos políticos, a fin de disminuir la creencia en la fatalidad de las soluciones guerreras.

Para obviar dificultades, se ha pensado a veces en el método el manual modelo, método de aparente simplificación que interesa desechar categóricamente. Proposiciones de esta índole han sido presentadas en varias reuniones relativas a la reforma de la enseñanza de la historia. Sería imposible escribir un manual internacional que narrase todos los hechos sustanciales del pasado y pudiera servir a los alumnos de todas las naciones. Para la enseñanza de la historia es preciso tomar como punto de partida la nacional, describir en seguida la de los Estados vecinos, luego la del continente y terminar con la historia de las relaciones con los países de otros continentes.

El complejo conjunto de esta materia inspiraría otras reflexiones aún, y es evidente que la solución deseada tardará en virtud de las vicisitudes políticas y económicas de nuestra época. Lo que importa es desenvolver y mejorar los métodos con esfuerzo sostenido, aunque se comprueben retrasos y obstáculos debidos a causas fortuitas. Será concentrando la atención de los especialistas, historiadores y educadores en particular, sobre los aspectos de esta vasta empresa, creando entre ellos de país a país y con el pleno apoyo de las autoridades legales la colaboración estrecha, como se llegará a hacer del libro de historia y de enseñanza de la historia un potente elemento de cultura general. Y si se tiene en cuenta la situación actual del mundo puede decirse que el terreno más pronto para este objeto es América.

Londres, mayo de 1937.

ÍNDICE

SALUDO AL LECTOR 5
PRESENTACIÓN 11
EXPLICACIÓN 25

Primera parte. EL PRECURSOR

MIRANDA EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA 35
MIRANDA Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA. CARTA AL SEÑOR POUGET DE SAINT-ANDRÉ 39
EL TESTAMENTO DE MIRANDA 45
EL NOMBRE Y LA EDAD DE MIRANDA 53
DE CÓMO MIRANDA CONSINTIÓ SERVIR EN FRANCIA 57
DE CÓMO LOS PAPELES DE MIRANDA FUERON A PARAR A LONDRES 65
LA INSPIRACIÓN DE MIRANDA 75
MIRANDA Y LOS PATRICIOS DE 1782 79
DELFINA DE CUSTINE, AMIGA DE MIRANDA 83
EL EQUIPAJE Y LOS PAPELES DE MIRANDA 99
SOBRE LOS HIJOS DE MIRANDA 103
MIRANDA Y LADY STANHOPE 109
PRÓXIMO LIBRO EN INGLÉS SOBRE MIRANDA 123
ACERCA DE MIRANDA 129
CARTA AL SEÑOR CLAVERY 133
RÉPLICA AL SEÑOR CLAVERY 134
LA REINCIDENCIA DE MONSIEUR CLAVERY 157
LOS EXTRANJEROS Y NUESTRA HISTORIA 171
LA CAÍDA DE LA REPÚBLICA EN 1812 183
CARTA A FAYARD Y CÍA 189
MIRANDA Y LA REVOLUCIÓN EN EUROPA Y LAS AMÉRICAS 191
EL BALANCE DE LA REVOLUCIÓN 207
MIRANDA Y LA INDEPENDENCIA DEL BRASIL 213

Segunda parte. EL LIBERTADOR

BOLÍVAR Y LA GUERRA 229
BOLÍVAR Y LA PAZ UNIVERSAL 237
IDEAS RELIGIOSAS Y FILOSÓFICAS DE BOLÍVAR 251
BOLÍVAR Y SUS AMIGOS DEL EXTRANJERO 267
BOLÍVAR Y ROMA 279
SIMÓN BOLÍVAR 285
BOLÍVAR Y HODGSON 309
LA INSANIA DE CASARIEGO 313

Tercera parte. SILVA

ESTUDIOS FRANCO-HISPÁNICOS 337
LA TRADICIÓN LIBERAL BRITÁNICA 343
LAS ELECCIONES INGLESAS 363
FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN Y SU ÚLTIMO LIBRO 369
LOS AMIGOS DE LAS LETRAS FRANCESAS 377
LA MUERTE DEL JONHKEER VAN STUERS 381
PROYECTO INGLÉS CONTRA TIERRA FIRME 389
SOBRE INDEPENDENCIA DE MÉXICO 401
RESPUESTA AL DOCTOR GIL FORTOUL 411
LAS CONTROVERSIAS DEL DEÁN 421
MIRANDA Y EL CLERO 441
NOTA SOBRE MADARIAGA 445
LA CONFESIÓN DE BERNARDO BERMÚDEZ 457
UN BUEN PUNTO AL VIEJO GUZMÁN 461
MEMORIA SOBRE LA REFORMA DE LOS MANUALES DE ENSEÑANZA 469

Este libro se terminó de editar por
La Academia Nacional de la Historia
y La Fundación Bancaribe para la Ciencia y la Cultura
en formato digital en Caracas a 12 de noviembre de 2018

*

PÁGINAS DE HISTORIA Y DE POLÉMICA

El lector tiene pues la dicha de ver rescatadas y reunidas aquí, por primera vez en un solo volumen, dos obras que yacen absolutamente desaparecidas del mercado editorial desde que fueran editadas por primera vez en 1939 y 1953 y que, al mismo tiempo, ofrecen un valioso instrumento para la comprensión de la política insurgente venezolana que, como puede verse gracias a las exploraciones documentales de Parra Pérez, también experimentó, con puntos y comas, una serie de contactos más allá de los que comúnmente se conocen de su relación con el mundo exterior.

Edgardo Mondolfi Gudat.

RIF: J-00248718-6

Fundación BANCARIBE para la Ciencia y la Cultura
Rif: J-29439649-6

9 789807 088831